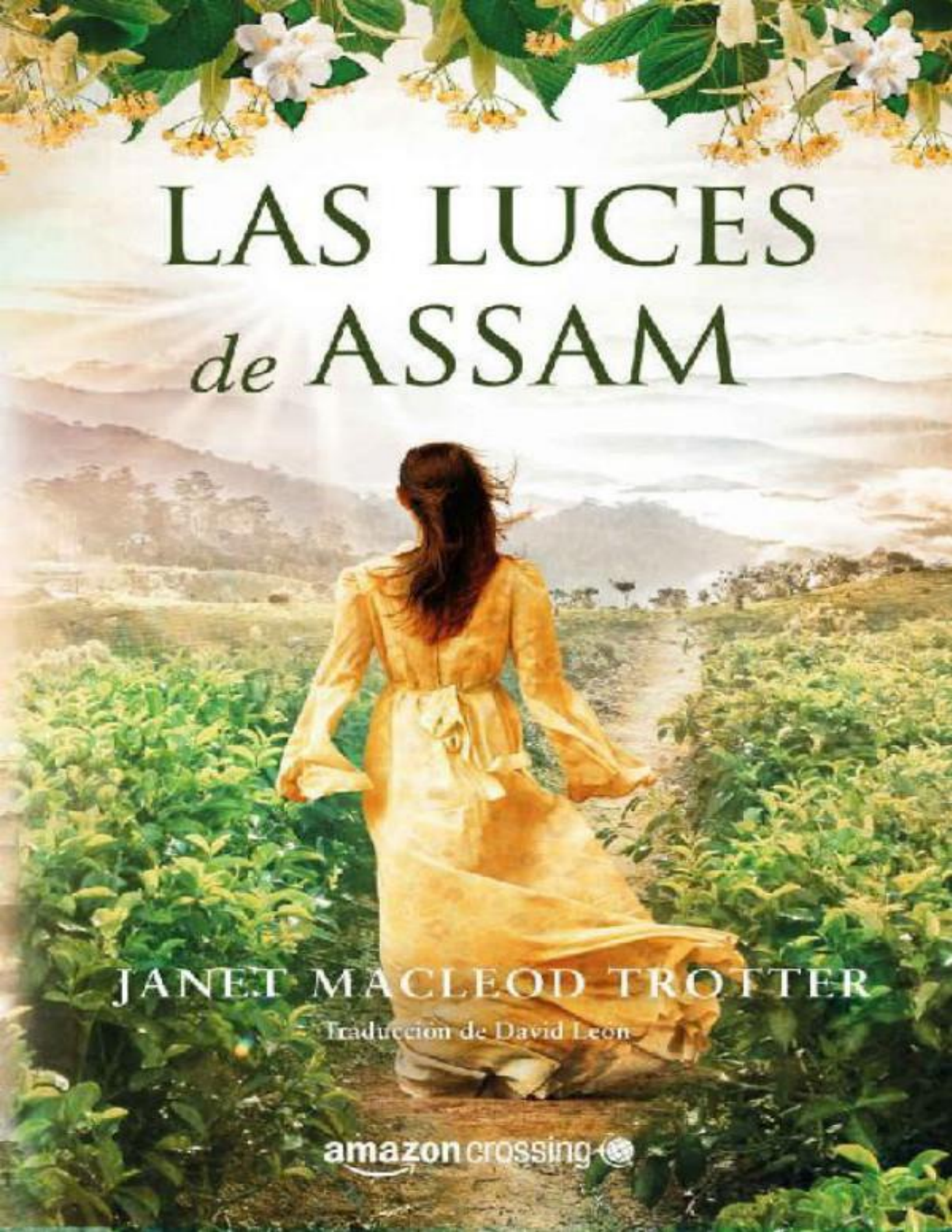
LAS LUCES *de* ASSAM



JANET MACLEOD TROTTER

Traducción de David Leon

amazon crossing

LAS LUCES *de* ASSAM

LAS LUCES *de* ASSAM

JANET MACLEOD TROTTER

Traducción de David León

amazon crossing

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *The Tea Planter's Daughter*
Traducción al español a partir de la edición publicada por Lake Union, Estados Unidos, 2016

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Abril, 2018

Copyright © Edición original 2016 por Janet MacLeod Trotter
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por David León Gómez

Adaptación de cubierta por lookatcia.com
Imagen de cubierta por © book cover art Joana Kruse
© Valentyn Volkov / Alamy Stock Photo © Paul Kennedy /Getty Images

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919800179

www.apub.com

Sobre la autora

La escritora británica Janet MacLeod Trotter ha publicado veinte novelas, trece de las cuales son sagas históricas ambientadas en el siglo xx. La primera, *The Hungry Hills*, fue candidata al premio del *The Sunday Times* al mejor autor novel, mientras que *Las luces de Assam* participó en la nominación a mejor novela del año de la Romantic Novelists' Association y ha figurado entre los diez títulos más vendidos de Amazon, además de obtener un gran éxito de ventas en ruso y en francés. Janet ha escrito también para el público adolescente y es autora de numerosos relatos para revistas femeninas, algunos de ellos recogidos en la antología *Ice Cream Summer*. Sus memorias de infancia en Durham y Skye en la década de 1960, *Beatles & Chiefs*, fueron protagonistas del espacio de la BBC Radio 4 *Home Truths*. Asimismo, la autora ha sido columnista en *The Newcastle Journal*, ha dirigido *The Clan MacLeod Magazine* y es miembro de la Romantic Novelists' Association. (www.janetmacleodtrotter.com)

Las luces de Assam es la primera entrega de la serie Aromas de té, cuya acción transcurre entre el Reino Unido y la India.

A la memoria del tío Duncan y el tío Donald, que empezaron su vida en la India. A estos dos hombres joviales, amables, divertidos, generosos, humanos y dotados del optimismo indomable, el sentido de la justicia y la fe en la especie humana que caracterizaban a los Gorrie, con toda mi admiración y todo mi cariño.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Breve glosario de términos angloindios

Capítulo 1

Assam (la India), 1904

—¡Fuera de aquí! —gritó Jock Belhaven desde su estudio—. ¡Y llévate también esa bazofia!

—Pero, *sahib*, tiene que comer…

Una pieza de porcelana fue a estamparse contra el marco de teca de la puerta.

—¿Qué quieres? ¿Envenenarme? —espetó Jock en tono ebrio—. ¡Sal de aquí ahora mismo si no quieres que te pegue un tiro!

Clarissa y Olive, en la habitación contigua, se miraron alarmadas: las delgadas paredes del bungaló hacían bien audible cuanto se decía al otro lado. Olive, con los ojos desorbitados por el miedo, dejó caer el arco del violín al oír a su padre estrellar más platos. Clarrie saltó del asiento que ocupaba frente al fuego.

—Tranquila. Yo lo calmaré —dijo forzando la sonrisa ante la mirada petrificada de su hermana menor antes de correr hacia la puerta.

Tal fue su ímpetu que a punto estuvo de chocar con Kamal, su barbado *jansama* bengalí, que se retiraba apurado del estudio de su padre con el rostro desencajado y perseguido por un rosario de improperios.

—*Sahib* no está bien —dijo mientras cerraba la puerta con prisa—. Se ha encrespado como un tigre.

Clarrie posó la mano sobre el brazo del anciano. Kamal había estado al servicio de su padre desde sus días de militar, mucho antes de que naciese ella, y sabía que aquel borracho iracundo que había tras la puerta no era sino una sombra grotesca del hombre vigoroso y amable que había sido.

—Habrá bajado al pueblo a comprar alcohol —le susurró—. Me había dicho que se iba de pesca.

Kamal negó con la cabeza con pesadumbre.

—Lo siento, señorita Clarissa.

—No es culpa tuya —respondió ella al instante.

Ambos escucharon con gesto infeliz los reniegos que soltaba Jock mientras arrojaba trastos por toda la habitación.

—Su padre tampoco tiene la culpa —respondió Kamal—. Solo es la fiebre: cada vez que tiene un acceso, bebe para frenar el dolor. Ya verá, de aquí a unos días estará tan fresco como

una rosa.

A Clarrie le resultaba conmovedora la lealtad de aquel hombre, pero los dos sabían que los accesos de fiebre no eran lo único que atormentaba a su padre: su afición a la bebida había empeorado a pasos agigantados desde el terrible terremoto en el que había muerto su esposa, aplastada por un árbol caído mientras yacía en el lecho encinta de su tercera criatura. A esas alturas, a Jock le tenían prohibido comprar alcohol en el comedor de oficiales de Shillong y, en las raras ocasiones en las que viajaban al interior para asistir a una yincana o a las carreras, en el club de cultivadores de té de Tezpur lo recibían con recelo. Al no poder permitirse ya hacer llegar cajas de *whisky* de Calcuta, para mitigar su desesperación dependía del aguardiente barato que le proporcionaban los aldeanos de Jasia o de tisanas de opio.

—Ve a hacerle té —le pidió Clarrie— y siéntate con Olive: no le gusta estar sola. Yo me encargaré de papá.

Tras dedicar a Kamal una sonrisa tranquilizadora, respiró hondo y llamó con firmeza a la puerta del estudio. Su padre respondió a gritos en una mezcla de inglés y bengalí, pero ella reunió el valor necesario para entreabrir la puerta.

—*Babu* —le dijo, usando el apelativo afectuoso con que lo había tratado desde niña—, soy yo, Clarrie. ¿Se puede?

—¡Vete al infierno! —le encajó él.

Ella acabó de abrir y entró con cuidado.

—Vengo a darte las buenas noches, *babu* —insistió—, y a preguntarte si quieres tomar té antes de irte a dormir.

En el fulgor amarillento de la lámpara de aceite alcanzó a verlo tambalearse entre todo aquel estropicio como quien sobrevive a una tormenta. El suelo de madera estaba alfombrado con los libros comidos de moho que había arrancado de sus estantes y fragmentos de porcelana azul y blanca con el motivo de sauces que tanto había gustado a su madre esparcidos entre salpicaduras de arroz y de dal. A los pies de su padre descansaba una porción de pescado frito. A pesar del frío, la habitación olía a licor fuerte y a sudor.

Clarrie, haciendo todo lo posible por ocultar su turbación, avanzó sin hacer comentario alguno sobre el caos que tuvo que esquivar para hacerlo, pues sabía que así solo lograría enfurecerlo. Por la mañana, a su padre lo consumiría el remordimiento. Él la miró con recelo, pero dejó de protestar.

—Ven a sentarte frente a la lumbre, *babu* —trató de convencerlo—. Voy a avivar el fuego. Pareces cansado. ¿Has pescado algo hoy? Ama dice que sus hijos atraparon ayer unas cuantas carpas *mahsir* en Um Shirpi. Tal vez deberías probar allí mañana. Yo podría ir primero a echar un vistazo. ¿Quieres?

—¡No! No me gusta que salgas sola —masculló él—. Con esos leopardos…

—Siempre tengo mucho cuidado.

—Y esos hombres… —añadió con un gruñido.

—¿Qué hombres? —dijo ella mientras lo conducía a un sillón raído.

—Los reclutadores que andan husmeando por aquí. Ese maldito Robson.

—¿Wesley Robson? —preguntó Clarrie con gesto sorprendido—. ¿El de la Oxford?

—Sí —gritó Jock, alterado de nuevo—. ¡Siempre está intentando robarme a los braceros!

No era de extrañar aquella reacción. Los responsables de algunas de las grandes plantaciones

de té, como la Oxford, se mostraban implacables en su búsqueda de mano de obra que se ocupara de sus vastos cultivos. Clarrie había conocido a Wesley Robson en un partido de polo celebrado en Tezpur hacía un año. Era uno de aquellos jóvenes presuntuosos, bien parecidos y arrogantes recién llegados de Inglaterra que, tras solo tres meses de estancia, creían saber más de la India que quienes llevaban allí toda la vida. Su padre le había tomado ojeriza desde el principio por el hecho de pertenecer a los Robson de Tyneside, una familia poderosa que, de ser arrendataria como la de los Belhaven, había llegado a ganar dinero a espuertas y había decidido invertir en el té. Daba la impresión de que todo lo que tocaban se trocaba en fuente de riquezas. Los Robson y los Belhaven se habían enemistado hacía ya muchos años por algo relacionado con unos aperos.

—¿Has visto al señor Robson? —preguntó Clarrie consternada.

—Estaba acampado a orillas del Um Shirpi —respondió él con un bufido.

—Quizás solo fuera a pescar —sugirió ella por tranquilizarlo—. Si estuviera reclutando a mano de obra para las plantaciones de té, andaría de pueblo en pueblo, repartiendo dinero y opio como si fuese el dueño del lugar.

—Lo que quiere es arruinarme. —Jock no pensaba calmarse—. Es igual que el viejo Robson, no paró hasta sacar a mi abuelo del negocio. Nunca se lo perdonaré. Y ahora han venido a la India, ¡a mi India! Han venido para acabar conmigo.

—No te angusties. —Clarrie lo hizo sentarse en el sillón—. Nadie nos va a sacar del negocio. El precio del té tiene que volver a subir de un momento a otro.

Con la espalda encorvada y el rostro macilento, él se sentó y observó a su hija soplar con dulzura las brasas moribundas y echar más leña sobre las mismas. Cuando las llamas volvieron crepitantes a la vida, la habitación se llenó del suave aroma del sándalo. Clarrie lo miró con cautela. Tenía la barbilla hundida en el pecho y los ojos caídos con gesto somnoliento. Su padre estaba esquelético, tenía la piel como el cuero viejo y apenas le quedaba pelo en la cabeza. De no ser por las prendas europeas que vestía, habría parecido más un asceta hindú que un soldado convertido en cultivador de té.

Ella se sentó en cuclillas para continuar alimentando el fuego. En su interior oía aún la brillante voz de su madre reprendiéndola: «¡Siéntate como una señorita, Clarissa, tú no eres una simple campesina!». Últimamente le costaba evocar su rostro: su sonrisa cauta y sus ojos castaños siempre atentos, su pelo oscuro bien trenzado y recogido en la nuca. En el escritorio de su padre había una fotografía de toda la familia tomando el té de la tarde en la terraza. Olive era aún un bebé y descansaba en la rodilla de su padre y Clarissa, una chiquilla impaciente de cinco años, tiraba de la mano de su madre y salía con las facciones movidas por haberse cansado de posar para el fotógrafo. Aun así, su madre había sabido mantener la compostura y aparecía en el retrato con su esbelta figura de hermosura prerrafaelista y su media sonrisa melancólica.

Ama, la vieja aya, aseguraba que, a medida que se hacía mayor, se parecía cada vez más a su madre. Había heredado la piel oscura y los grandes ojos castaños de Jane Cooper, en tanto que Olive poseía el cabello pelirrojo y la tez pálida de los Belhaven. Las dos hermanas no se asemejaban en nada y solo Clarrie delataba por su aspecto la ascendencia india de su madre mestiza. Por más que hubiesen crecido en Belguri, alejadas de la vida social, sabía bien que en los círculos británicos las consideraban un tanto peculiares. Aunque eran muchos los hombres que tenían amantes indias, su padre había sacado los pies del tiesto al contraer matrimonio y formar una familia con una. Jane Cooper, hija de un funcionario británico y una trabajadora de la

seda procedente de Assam, había sido abandonada en el orfanato católico y había recibido la formación propia de una maestra en la escuela misionera de Shillong.

Como si aquella no hubiera sido ofensa suficiente, Jock había causado más bochorno aún al esperar que la sociedad angloindia acogiera a sus hijas como a rosas de pura cepa inglesa. Y, para rematarlo, aquel soldado con ínfulas llegado de lo más agreste de Northumberland creía saber cultivar té.

Por supuesto, Clarrie había oído los hirientes comentarios que les prodigaban en la iglesia y en el club y advertido que, al verla entrar en las tiendas del bazar, además de interrumpir descaradamente sus conversaciones, todas las mujeres del fuerte de Shillong le lanzaban duras miradas de desaprobación. Olive odiaba ir de compras, pero su hermana mayor se negaba a dejarse amilanar por aquellas gentes mezquinas. Tenía más derecho a vivir allí que ninguna de ellas y amaba con pasión la casa que habitaban en las colinas de Assam.

Y por todo ello compartía la inquietud de su padre respecto de la hacienda. El terrible terremoto sufrido hacía siete años había destruido hectáreas completas de terreno en pendiente y los había obligado a replantar a un precio elevadísimo. Los arbustos de té apenas habían empezado a alcanzar su madurez, mientras que el mercado de sus delicadas hojas parecía haberse desvanecido como la bruma matinal. Los insaciables paladares británicos habían empezado a demandar los tés fuertes y robustos de los valles tórridos y húmedos del Alto Assam. Ella ansiaba dar con alguien a quien poder pedir consejo en aquel momento en que su padre daba la impresión de estar resuelto a autodestruirse.

Clarrie lo miró. Se había dormido. Recogió una manta del catre de campaña que había en un rincón y en el que había dormido su padre los últimos siete años por verse incapaz de entrar en la alcoba en la que había muerto su queridísima Jane. Lo arropó y él se removió y abrió los ojos parpadeando hasta fijarlos en ella mientras dejaba caer la mandíbula.

—¿Jane? —preguntó como entre sueños—. ¿Dónde has estado, chiquilla?

A Clarrie se le heló el aliento en la garganta. Aunque era frecuente que la confundiera con su madre estando bebido, aquello siempre la perturbaba.

—A dormir —dijo ella con ternura.

—¿Y las niñas? —Arrugó el entrecejo—. ¿Se han acostado ya? Voy a darles las buenas noches.

Se afanó en ponerse en pie, pero ella se lo impidió con suavidad.

—Están bien —repuso entonces con voz melosa—. Están dormidas, no las despiertes.

Él se relajó bajo la manta.

—De acuerdo —suspiró.

Ella se inclinó y le besó la frente. Los ojos le escocían por el llanto. A sus dieciocho años, se sentía abrumada por una carga insostenible de responsabilidades. Sabía que las cosas no iban a poder seguir así mucho tiempo: la plantación de té parecía condenada a la ruina, la casa necesitaba algunas reparaciones y la profesora de música de Olive acababa de subir el precio de las clases. Clarrie tragó saliva para arrastrar con ella el pánico. Hablaría con su padre cuando estuviera sobrio, porque antes o después tendría que hacer frente a los problemas de la familia.

Al volver a la sala de estar se encontró a Olive encogida en su asiento y abrazándose las rodillas mientras se mecía hacia delante y hacia atrás. Kamal estaba de pie al lado de la mesa tallada de la ventana, custodiando la tetera de plata.

—Se ha dormido —les anunció.

Olive dejó de acunarse. Kamal hizo un gesto de aprobación y le sirvió una taza de té mientras Clarrie iba a sentarse al lado de su hermana. Con una caricia, le apartó el pelo del rostro a Olive. La muchacha dio un respingo y se alejó de su hermana mayor con el cuerpo tenso como una cuerda de piano. Clarrie pudo oír el silbido que anunciaba un ataque de asma.

—Ya ha pasado todo —le dijo en tono tranquilizador—. Puedes seguir tocando si quieres.

—No, ya no puedo —respondió Olive entre resuellos—. Estoy demasiado alterada. ¿Por qué tiene que gritar así? ¿Por qué rompe cosas? Siempre se pone a romper cosas.

—No lo hace queriendo.

—¿Por qué no se lo impides? ¿Por qué no le impides que beba?

Clarrie hizo un gesto implorante a Kamal mientras él depositaba una taza para ella en la mesita tallada que tenía al lado.

—Yo me encargaré de limpiar todo, señorita Olive —dijo el *jansama*—. Ya verá como mañana por la mañana estará mucho mejor.

—¡Nunca volverá a estar mejor! ¡Yo quiero a mi madre! —gimió ella. En ese momento la acometió un acceso de tos, de aquella extraña tos jadeante que la afligía durante la estación fría y que hacía creer que estuviera tratando de expulsar un efluvio maligno.

Clarrie la abrazó y comenzó a frotarle la espalda.

—¿Dónde está tu ungüento? ¿En el dormitorio? Yo voy a buscarlo, Kamal hervirá agua para que hagas vahos, ¿verdad, Kamal?

Los dos se pusieron a andar de un lado a otro para atender las necesidades de Olive, hasta que la pequeña se calmó y remitió la tos. Kamal volvió a hacer té, que puso en infusión con especias reconfortantes: canela, cardamomo, clavo y jengibre. Clarrie aspiró el aroma que despedía aquel líquido dorado y sintió que los nervios se le apaciguaban con cada sorbo. Comprobó, aliviada, que el semblante pálido de Olive empezaba también a cobrar color.

—¿Dónde está Ama? —preguntó al reparar, de pronto, que no la había visto desde el almuerzo. Había estado demasiado ocupada en la plantación de té, supervisando el desherbado, para darse cuenta.

Kamal cabeceó con aire de desaprobación.

—Ha ido al pueblo a hacer lo que le viene en gana.

—Tiene un hijo enfermo —dijo Olive.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —quiso saber Clarrie—. Espero que no sea nada grave.

—Nunca es nada grave —aseveró Kamal—. Siempre es por un dolor de muelas o por gases, pero Ama echa a correr como mamá gallina —añadió con un cacareo.

Clarrie rio echando aire por la nariz y Olive sonrió.

—No te burles de ella —dijo la mayor—. Se preocupa por ti más que nadie.

Kamal dejó asomar también una sonrisa y se encogió de hombros, como si la forma de ser de Ama y de quienes se comportaban como ella escapara a su comprensión.

Poco después, se retiraron todos a dormir. Olive se acurrucó junto a su hermana bajo las sábanas heladas y húmedas. Cuando su padre bebía más de la cuenta, la pequeña de trece años le pedía siempre a Clarrie que la dejase meterse en su cama. No es que Jock fuese a entrar y despertarlas, sino que cualquier ruido nocturno —el ulular de un búho, el aullido de un chacal o el chillido de un mono— le hacía temblar con un miedo insondable.

Clarrie seguía despierta mucho después de que se hubiera aplacado la afanosa respiración de Olive para transformarse en el ritmo propio de quien está durmiendo. Tras un sueño irregular, se despertó antes del alba. Decidió que no tenía sentido seguir tumbada rumiando los problemas que tenía y que saldría a montar. Salió de la cama con cuidado, se vistió aprisa y dejó la casa para ir a los establos, donde Príncipe, su poni blanco, la recibió con un suave bufido.

Sintió que se le animaba el corazón cuando lo acarició con la cara y sintió su olor cálido. Se lo habían comprado a unos comerciantes butaneses en el transcurso de unas insólitas vacaciones que habían hecho en la falda del Himalaya después de morir su madre. Durante un tiempo, Belguri se le había hecho insoportable a su padre y habían pasado varios meses caminando. A Olive la habían transportado en una cesta dispuesta entre dos varas y su rostro preocupado asomaba de cuando en cuando bajo un sombrero grande de rafia. A Clarrie la había conquistado de inmediato aquel animal robusto y ágil y su padre le había dado su aprobación.

—Los ponis de Bután son los mejores. Claro que te lo puedes quedar.

Desde entonces lo había montado casi a diario. Era normal verla con él por la hacienda y los senderos forestales de los alrededores. Los cazadores y los aldeanos la llamaban para saludarla y ella se detenía a hablar con ellos del tiempo, de los rastros de animales que había encontrado o de las predicciones relativas al monzón.

Ensilló a Príncipe, tratándolo en todo momento con dulzura, y lo sacó al aire frío de la hora que precede al amanecer para descender con él el sendero que serpeaba por entre el jardín descuidado. Una vez en la espesura de arecas, bambúes, rotas y madreselvas, montó, se echó una manta basta y gruesa sobre los hombros y enfiló la pista.

La penumbra le permitió distinguir las hileras puntiagudas de arbustos de té cayendo como en cascada por la pendiente empinada. De las fogatas que habían encendido los más madrugadores de las aldeas que se ocultaban en la selva que se extendía a sus pies se elevaban columnas de un fantasmagórico humo rosado. A su alrededor se alzaban espesas colinas boscosas de pinos, salabs y robles por donde los ruidos nocturnos empezaban a dejar paso al chillido de los pájaros que saludaban al día.

Clarrie cabalgó durante casi una hora hasta llegar a la cumbre de su colina favorita y salir de entre los árboles a un claro en el instante mismo en que apuntaba el alba. A su alrededor yacían las piedras caídas de un viejo templo en ruinas que hacía tiempo que reclamaban las enredaderas de la selva. A su lado, al amparo de un tamarindo, se encontraba la cabaña de un santón hecha de palma y musgo. El techo estaba invadido de jazmines y mimosas y ante ella había un hermoso jardín de rosas que cuidaba el asceta. De unas rocas situadas poco más allá borboteaba un venero de aguas cristalinas que volvía a desaparecer bajo tierra después de llenar una charca. Aquel era un lugar mágico de flores de olor penetrante con una vista vertiginosa que se extendía a lo largo de varios kilómetros. La ausencia de humo en la vivienda del *swami* llevó a Clarrie a suponer que debía de hallarse de viaje.

Se apeó y llevó a Príncipe a beber a la charca. Sentada sobre una columna derribada esculpida con tigres, contempló el amanecer que iba llegando a todas partes. Muy hacia el este se elevaban como olas surgidas de la oscuridad las majestuosas colinas verdes del Alto Assam. El poderoso río Brahmaputra que se abría paso por el fértil valle se ocultaba entre la niebla y, más allá, mirando al norte, pudo ver la luz que incidía en los picos distantes del Himalaya. La cordillera rasgaba la bruma, dentada y etérea, mientras la alborada ruborizaba de carmesí sus

laderas nevadas.

Envuelta en su manta, la joven permaneció sentada e inmóvil, como atrapada por un hechizo. Príncipe se alejó en busca de hierba que pastar mientras la luz del sol cobraba fuerza y teñía los montes remotos del oro de los tejados de los templos. Al fin, se puso en pie con un suspiro. Aquel lugar lograba siempre aplacar su irritación. Dejó dos saquitos de azúcar y de té ante la puerta del santón y volvió a montar a Príncipe. Un ruido suave la hizo volverse. Al ver un gamo de porte elegante que se inclinaba en aquel momento para beber en la charca, no pudo sino maravillarse de que se hubiera acercado tanto a ellos sin dar muestras de temor.

Un instante después surgió de los árboles de los alrededores un disparo ensordecedor. El gamo levantó la cabeza como movido por un resorte. A la primera, siguió una segunda descarga, tan cercana que Príncipe se encabritó aterrado y Clarrie tuvo que tirar frenética de las riendas para calmarlo. El tercer disparo acertó de lleno en el gamo, cuyas patas se doblaron como un castillo de naipes que se desmorona.

La muchacha, horrorizada por la violencia del momento, relajó la tensión sobre las riendas y Príncipe, enajenado, se puso a danzar en círculos y a resbalarse sobre la hojarasca mojada. Clarrie cayó de la silla y dio con estruendo en el suelo húmedo. Se golpeó la cabeza con una piedra y sintió que la visión se le tornaba roja. Apenas fue consciente de las voces de hombres que gritaban y de los pasos que corrían hacia ella.

—¡Estás loco! —bramó una de ellas, profunda.

—¿Por un dichoso nativo? —espetó otra voz—. Además, he hecho un disparo de advertencia.

—¡Es una mujer, por Dios bendito!

Ella hizo lo posible por seguir escuchando, pero los sonidos habían empezado a desvanecerse. ¿De quién estaban hablando? Antes de poder hallar una respuesta, perdió el conocimiento.

Capítulo 2

Cuando volvió en sí se encontró tendida bajo un toldo de lona. A su lado, sentado en una silla de tijera e inclinado para observarla, había un hombre de espeso bigote pelirrojo.

—¡Se está despertando! —exclamó mientras se incorporaba.

Un segundo hombre apagó un cigarrillo en la suela de su bota y dio un paso al frente para mirarla desde arriba. Tenía el pelo de color castaño oscuro y muy corto y la barbilla, prominente, bien afeitada. La inspeccionó con ojos verdes y muy sagaces. Clarrie estaba convencida de haber visto antes el rostro de aquel hombre apuesto. Tenía que conocerlo, pero ¿quién podía ser y qué estaba haciendo ella allí?

—¿Señorita Belhaven? —preguntó mientras arqueaba con gesto inquisidor las gruesas cejas —. Nos alegramos de ver que abre los ojos.

—¡No sabe cuánto lo siento! —corrió a decir el otro—. No sé cómo se me pudo ocurrir disparar a aquel gamo estando usted tan cerca. Jamás lo habría hecho de haber sabido que, en fin, que se había escondido bajo la manta y llevaba pantalones de hombre. Creí que… Yo ya llevaba veinte minutos siguiendo a aquella pieza y no quería perder la ocasión.

¡El gamo! Clarrie recordó de pronto la espantosa visión de aquel ser hermoso abatido ante sus ojos y del pavor de Príncipe ante los disparos. Intentó incorporarse, pero el movimiento le provocó un fuerte dolor de cabeza.

—¿Y Príncipe? ¿Dónde está? —logró decir.

El hombre más alto la miró con gesto sarcástico.

—Imagino que no se refiere a ninguno de sus rescatadores…

—¿Rescatadores? —repuso ella con una mirada fulminante—. Han estado a punto de matarnos a mí y a mi poni. Y ese pobre gamo…

Se dejó caer de nuevo y se palpó la zona más dolorida de la cabeza. Se la habían vendado. Se encogió de dolor.

—¿Dónde está Príncipe, mi poni?

—Está mejor que quiere —dijo el del bigote militar—. Los porteadores le están dando de comer. Hay que reconocer que es un animal de primera, señorita Belhaven. De todos modos, creo que no debería estar montando sola a estas horas. Me sorprende que su padre consienta algo así en unas colinas tan agrestes y peligrosas como estas.

Clarrie lo miró con gesto desafiante.

—Pues yo diría que el único peligro que hay por aquí son los cazadores de gatillo ligero.

Él dio un paso atrás con el rostro encendido.

—¡Vaya, Robson! Está claro que tiene el mismo espíritu belicoso de su padre.

Su compañero respondió con una risotada grave.

—¿No te lo había dicho yo? —añadió sin apartar la mirada de la joven—. Los Belhaven son famosos por su orgullo fogoso.

Ella reconoció de inmediato aquella voz honda que compartía el ligero acento norteño de su padre.

—¡Wesley Robson! —exclamó—. Ya me acuerdo de ti.

—Me halaga —murmuró— que de todos los hombres que trataban de captar su atención en los encuentros de cultivadores me recuerde precisamente a mí.

—Pues no te hagas ilusiones —replicó indignada—. Si me acuerdo es porque mi padre me dijo que eras un Robson problemático y me pidió que te evitara.

Él se limitó a soltar una risita que le resultó irritante.

—¿Y sigue siempre el consejo de su padre?

Ella se ruborizó.

—Por supuesto.

—¿Debo entender entonces que recomienda a su hija, una muchacha joven y hermosa, cabalgar sola a estas horas de la mañana y a más de una hora de viaje de casa?

Ella se incorporó a duras penas, furiosa ante el tono condescendiente de él.

—Mi padre sabe que soy buena amazona. Conozco estas colinas mucho mejor de lo que podréis conocerlas nunca tu amigo o tú, por más que os creáis los dueños de todo esto. —El corazón le batía con fuerza cuando se puso en pie—. Por favor, devolvedme a Príncipe.

Entonces sintió avergonzada que le fallaban las rodillas. Wesley corrió a sostenerla.

—Tranquila —le dijo mientras la apretaba contra sí. Olía a humo de leña y a algo más semejante a la tierra.

Tan cerca la tenía que ella pudo ver la breve cicatriz que fruncía su ceja izquierda y resaltaba su mirada sardónica, así como las arrugas diminutas que surcaban la piel atezada de en torno a sus ojos de tanto entornarlos ante el sol tropical. El verde vivo de su iris resultaba hipnótico.

—No está usted en condiciones de volver a montar, señorita Belhaven —concluyó el otro en tono severo—. En absoluto.

—Me temo que va a tener que dejar que la cuidemos —añadió él.

Clarrie no pasó por alto el aire burlón de su voz. Notó la fuerza de los brazos que la mantenían erguida y el aliento de Wesley en su cabello. Temblando, volvió a tomar asiento.

Wesley ordenó a uno de los porteadores que le llevase té caliente y huevos revueltos, haciendo caso omiso de las negativas de ella, que decía no tener hambre. Clarrie se sorprendió al verse devorándolo todo y aceptando la oferta de repetir, mientras ellos fumaban y la observaban como si fuera una especie desconocida y exótica que hubiesen descubierto en el bosque.

—¡Muy bien! Coma todo lo que quiera —dijo el joven subalterno, que se presentó como Harry Wilson y se ofreció a servirla en cuanto fuera menester mientras estuviese acantonado en el cuartel de Shillong—. Wesley y yo somos amigos. Nos conocimos en el barco y nos llevamos de maravilla. A los dos nos encanta pescar y disparar. Este lugar es excelente para cobrar aves. También me han dicho que abundan los jabalíes y hasta los osos, pero con eso no he tenido suerte todavía. Tal vez su padre pueda darme consejo…

—A él lo que le gusta es pescar —respondió la muchacha—. Odia la caza mayor.

—¿Sabe que la semana pasada encontraron un leopardo suelto en medio de la ciudad? —siguió diciendo él como si ella no hubiese hablado—. A plena luz del día. Se paseó por el bazar indígena y entró en el cementerio del fuerte. Lo acorralaron cuando se puso a tomar el sol sobre una lápida. Un animal magnífico. La esposa del coronel ha mandado hacer una alfombra con su piel.

Clarrie se preguntaba si aquel soldado parlanchín no volvería locos a sus camaradas con tanta charla. Tal vez le resultara incómodo el silencio o quizás echara de menos su hogar. No debía juzgarlo con demasiada dureza, porque ella había pasado horas enteras cantando cuantas canciones conocía a fin de no añorar tanto a su difunta madre. Cuánto había odiado por aquel entonces el silencio de la casa que poco antes había llenado la voz de su madre. Cerró los ojos para tratar de apartar de sí aquel recuerdo.

—Harry, la señorita Belhaven debe de estar cansada —terció Wesley—. Vamos a dejarla reposar mientras uno de nosotros se acerca a su casa para decir a su padre que se encuentra bien.

—Claro —dijo él con entusiasmo—. Voy yo. Es lo menos que puedo hacer…

—No hace falta —protestó Clarrie sin demasiada convicción.

—Échese —le pidió Wesley mientras la hacía entrar en la tienda—. Cuando haya descansado, la acompañaremos a casa.

Ella acabó por rendirse y se tumbó en el catre de campaña. Wesley la cubrió con la manta que había llevado ella.

—Ya sé que no es el mejor de los dormitorios —se disculpó—, pero espero que le resulte lo bastante cómodo como para descansar.

Ella reparó al momento en que se trataba de la tienda y de la cama de él. Olían a alcanfor, a humo y a hombre. Si no le hubiera dolido tanto la cabeza, habría puesto reparos, pero lo único que quería en aquel momento era cerrar los ojos y esperar a que se aplacase aquel tormento.

Se durmió enseguida y, al levantarse, lo primero que vio fue a Wesley sentado en una silla de campaña al lado del faldón de la tienda, con las largas piernas estiradas y sumido en la lectura de un libro. Aquello la sorprendió, pues él daba la impresión de ser un hombre de acción al que una actividad como aquella debía de resultar insustancial. Sin embargo, su amplia frente y sus fuertes rasgos dejaban ver que se hallaba absorto en aquel volumen. Al sentir que lo observaba, se volvió hacia ella y ambos quedaron mirándose en silencio. Clarrie se ruborizó ante la situación de encontrarse acostada en la cama de aquel extraño mientras él la miraba desde tan cerca.

—¿Qué lees? —preguntó por ocultar su vergüenza.

Él cerró el libro de golpe.

—*Deporte en la Birmania británica* —dijo él leyendo el título en voz alta—, del capitán Pollok. Me lo ha prestado Harry. Resulta muy útil para saber cuáles son los mejores lugares para pescar en Assam, pero, eso sí, se escribió hace ya treinta años, conque quizá me vaya mejor buscarlos por mi cuenta. —Lo dejó en el suelo, se puso en pie y se acercó a ella para mirarla con detenimiento—. ¿Te encuentras mejor, Clarissa?

—Sí, gracias —respondió ella apartando la mirada. La perturbaba tenerlo tan cerca y tuteándola como a una amiga—. Si no te importa, me gustaría recuperar a mi poni y volver a casa.

—Todavía no estás para montar. Déjame echarte un vistazo. —Alargó la mano y tomó la de

ella. La joven dio un respingo ante su contacto y abrió los ojos con gesto de alarma. Wesley la soltó enseguida.

—¿Por qué te caigo tan mal? —quiso saber él arrugando el sobrecejo.

—No te conozco tanto como para tener una opinión de ti —repuso ella.

El muchacho dejó escapar una sonrisa fugaz.

—A mí también me gustaría llegar a conocerte mejor.

—No era eso lo que quería decir —replicó Clarrie irritada.

—Entonces, dime —la desafió él— ¿qué piensas de mí? ¿O vas a dejar que los prejuicios mezquinos que alberga tu padre acerca de mi familia impidan que seamos amigos?

A la joven le resultó exasperante oírlo hablar así de su padre. Aquel hombre no tenía la menor idea de lo que había sufrido ni, por supuesto, tenía ningún derecho a tratarlo de mezquino. Aquello confirmaba la primera impresión de ser insufrible y arrogante que le había causado Wesley Robson. No pensaba permanecer un minuto más confinada en aquella tienda espartana.

—Te tengo por un engreído con demasiadas ínfulas —contraatacó.

Wesley dejó caer la mandíbula asombrado. Dio un paso atrás y metió las manos en los bolsillos.

—Tampoco habría estado mal mostrar un poco de gratitud.

—¿Gratitud? —gritó ella—. ¡Tendrás cara…! Yo estaba disfrutando tranquilamente del amanecer en mi lugar favorito cuando me habéis disparado y me habéis tirado al suelo. Me he llevado un buen susto, todavía me duele la cabeza y te ríes de mí con tu amiguito el soldado como si fuera una niña. Mi padre se va a poner hecho una furia cuando se entere. ¡Y, ahora, lo único que quiero es irme a casa!

Se miraron. Ella vio crisparse de rabia un músculo de la mejilla de él. Saltaba a la vista que no estaba habituado a encajar críticas y menos aún de una jovencita. ¿Qué le importaba a ella haberlo ofendido? Había sido él el causante de todo y, por lo tanto, era él quien debía haber pedido perdón.

Wesley se dio la vuelta y salió. Lo oyó dar órdenes a los porteadores y, cuando dejó la tienda, vio que habían montado un *doli*, una silla de mano improvisada con palos de bambú.

—Los sirvientes te llevarán a casa —la informó él en tono brusco.

—Prefiero montar a Príncipe —repuso Clarrie.

Él la miró de arriba abajo con ojos burlones.

—Yo me encargo de llevar a tu valioso poni de vuelta: no pienso correr el riesgo de que te desmayes y termines cayéndote de la silla. ¿O acaso quieres que le dé a tu padre más motivos para enfadarse conmigo?

Ella le lanzó una mirada furiosa, pero subió al *doli* sin decir palabra. Los porteadores emprendieron la marcha a paso ligero y no hubo de transcurrir mucho para que se arrepintiera de haberse dejado transportar, pues con cada salto sentía magullado el cuerpo y le dolía la cabeza. Con todo, apretó los dientes y se aferró a las andas. Tenía que haber insistido en volver sola con su poni, pero no veía ni rastro de Wesley ni de Príncipe tras ella. Cuanto más se acercaban a Belguri, más crecía su inquietud. ¿En qué estado habría encontrado a su padre Harry Wilson? Tal vez hubiera echado al joven subalterno a tiros de su propiedad mientras le lanzaba improperios por haber puesto en peligro a su hija. Eso si la resaca no le había impedido levantarse.

Al fin, los porteadores enfilaron a duras penas la empinada ladera de la hacienda y pasaron

las lindes amuralladas de la casa. Kamal y Olive corrieron a recibirla.

—¡Señorita Clarissa! ¡Alá es misericordioso! —gritó Kamal mientras la ayudaba a apearse de la silla de manos.

—¿Dónde has estado? —le espetó Olive—. Estaba sola y asustada. ¿Te has hecho mucho daño?

—No, solo son magulladuras —respondió Clarrie mientras abrazaba a su hermana—. Siento que os hayáis preocupado.

La pequeña bajó la voz.

—Esta mañana nos ha costado horrores levantar a papá. He tenido que atender yo al señor Wilson mientras Kamal lo afeitaba. ¿Sabías que su hermana toca la viola?

—No, pero me alegro por ti —repuso ella con una sonrisa tensa.

De no haber sido por aquel condenado Wilson, habría podido regresar de su paseo para atender a su padre sin que nadie la hubiera echado en falta.

Kamal llevó a los porteadores a la cocina para ofrecerles un refrigerio y se mostró solícito con las hermanas mientras las acompañaba escaleras arriba. En la terraza, a la que daban sombra enredaderas que hacía tiempo que reclamaban ser podadas, se hallaban sentados su padre y Harry, inmersos en una conversación sobre pesca.

—Aquí está —dijo Jock en tono quejumbroso—. ¡Mi Clarrie! Ven, cielo, y deja que te vea.

Clarrie no pudo sino sorprenderse al verlo tan frágil cuando se puso en pie. La ropa daba la impresión de colgarle del cuerpo mientras le tendía unos brazos temblorosos. Tenía la piel del color del pergamino que ha empezado a amarillear. Sus borracheras estaban empezando a hacer mella en su salud: nunca le había visto tan mal aspecto.

—Estoy bien, papá —se apresuró a decir—. Solo ha sido un rasguño en la cabeza.

Se acercó a ella con movimiento vacilante y la habría abrazado de no haber estado Olive aferrada a su hermana de un modo tan posesivo. Clarrie notó de inmediato el olor a alcohol de su aliento. Miró la mesa y vio que ya habían empezado a beber, y él, al darse cuenta, optó por defenderse atacando.

—¿Qué te ha dado para que te vayas a deambular de madrugada? Tendrías que haberme despertado para que te acompañase. Dime la verdad, Clarrie, ¿qué quieres que piense de nosotros este gallardo oficial?

Clarrie le clavó la mirada. ¿Cómo iba a responderle que, en el momento de marcharse ella, él seguía durmiendo los excesos de la noche anterior?

—Desde luego, no puedo tener mejor concepto de ambos —corrió a decir Harry, quien se puso en pie y le ofreció un asiento—. Por favor, no sea duro con la señorita Belhaven: toda la culpa del incidente es mía.

Jock soltó un suspiro como para decir que no tenía ganas de discutir.

—En fin, lo que importa es que mi pequeña ha vuelto sana y salva.

Clarrie vio que se le humedecían los ojos y lo tranquilizó con una sonrisa.

Todos tomaron asiento y Kamal llevó a la mayor un vaso de cordial de rododendro y sus dulces favoritos, galletas de miel y pasteles de coco, que ella compartió agradecida con Olive mientras Harry charlaba animado sobre pesca y Jock servía más aguardiente de la región de una garrafa. Clarrie no dejaba de preguntarse cuándo llegaría Wesley y pensó que era extraño que nadie lo hubiera mencionado. Ya de regreso a la seguridad del hogar, comenzaba a arrepentirse

de las palabras que le había dedicado sin pensarlo mucho. Por más que ella hubiese sufrido una conmoción, él no había merecido semejante desdén.

Los interrumpieron los gritos con que anunció el portero una nueva llegada.

—¿Será tu amigo? —preguntó Jock.

—Trae a Príncipe —dijo Clarrie mientras se ponía en pie y se dirigía a las escaleras.

—Sí. Es un tipo estupendo —respondió Harry aclarándose la garganta.

—¿Oficial también?

—No exactamente…

Clarrie se detuvo y miró a Harry. Por la expresión de él supo que no había revelado a su padre la identidad del otro; no había querido ser portador de más malas noticias.

—Su amigo es Wesley Robson —lo informó ella arrugando la frente a modo de advertencia a su padre.

—¿Robson? —farfulló él con gesto incrédulo—. No pienso dejar que pise esta casa.

—Tal vez deberíamos marcharnos… —Harry se puso en pie con el rostro encendido por la vergüenza.

—Siéntese —le dijo Clarrie antes de mirar a su padre y rogarle—: Ya sé que no es fácil, pero el señor Robson ha tenido la amabilidad de cuidarme y traerme a Príncipe. Además, es amigo del señor Wilson, de modo que deberíamos comportarnos como seres civilizados.

Dicho esto, bajó los escalones antes de que pudiera detenerla. Príncipe relinchó al verla mientras lo conducían a la casa. Clarrie echó a correr hacia él y se abrazó al cálido cuello del animal. Tras él se hallaba Wesley, aún a lomos de su caballo.

—Gracias, señor Robson —dijo ella alzando la vista—. Por favor, venga a tomar un refrigerio. —Miró con gesto cauteloso hacia la vivienda—. Mi padre también quiere agradecérselo.

Él la miró perplejo, pero asintió sin palabras y descabalgó. Kamal llamó a un mozo de cuadra para que llevase las monturas al establo, en tanto que Clarrie acompañaba a Wesley a la terraza por entre los maceteros de metal. Jock hizo una brusca reverencia por todo saludo y le ofreció asiento, pero siguió con la mirada clavada en el recién llegado mientras este se acomodaba. Fue Clarrie quien le ofreció y sirvió algo de beber. Harry rellenó aquel silencio incómodo parloteando sobre la pesca con mosca e hizo saber a su amigo que Jock le había hablado del uso que hacían los indígenas de la corteza de ciertos árboles para envenenar a los peces y hacerlos subir a la superficie.

Clarrie se excusó, deseosa ya de desprenderse de aquella ropa sucia y disfrutar de un baño caliente, y Olive la siguió al interior de la casa.

—Es guapo, ¿verdad? —preguntó con gesto tímido mientras se retorcía un mechón pelirrojo.

La mayor la miró en el espejo mientras se retiraba el vendaje.

—Supongo que sí —respondió tocando con cuidado el chichón magullado que tenía en la sien. Parecía limpio. Quienquiera que lo hubiese curado, uno de los porteadores, seguramente, lo había hecho con gran eficiencia.

—Pues yo lo veo muy guapo —respondió la hermana poniéndose colorada—. Es la clase de hombre con la que me gustaría casarme un día.

Clarrie se dio la vuelta y rio sorprendida.

—¿De veras?

—Sí, de veras. —Se puso aún más roja—. Aunque está claro que quien le gusta eres tú.

—No digas bobadas —exclamó Clarrie—. Eso es imposible: es la clase de hombre que solo se preocupa por sí mismo.

—No seas tan mala. —Olive frunció el ceño—. ¿Sabes qué? Que a mí me gusta digas tú lo que digas. ¿Quién sabe si algún día, cuando yo sea mayor, no se preocupa también por mí?

La mayor soltó media carcajada.

—Que no te oiga papá.

—¿Y por qué no? A papá le cae bien. Ha disfrutado tanto hablando de pesca con él que ni siquiera se le ha pasado por la cabeza salir a tu encuentro.

Clarrie sintió que se le encendían las mejillas al caer en la cuenta de su error.

—¡Ah! ¡Te refieres a Harry Wilson!

—Claro que sí —respondió la pequeña clavando en ella la mirada—. ¿En quién pensabas tú?

La otra se dio la vuelta y se concentró en la labor de desvestirse.

—Estaba de broma. Me alegro de que te guste: es muy simpático.

A Olive se le iluminó el rostro.

—¿Podemos pedirle que se quede a comer?

A Clarrie se le encogió el corazón.

—Si quieres… —asintió.

Se sorprendió al ver que los visitantes aceptaban de buen grado la invitación, a pesar de haberla formulado sin mucho entusiasmo y de la mueca de desaprobación de Jock. Cuando Harry y Wesley salieron a pescar en una cascada de las inmediaciones, no dudó en recordarle a su padre:

—Siempre dices que un extraño no sale nunca de casa de un northumbrio con el estómago vacío. Además, yo diría que Wilson y tú os lleváis de maravilla.

—No me estoy quejando del señor Wilson precisamente —bramó antes de retirarse airado a su estudio.

Ella suspiró resignada y fue a hablar del menú con Kamal.

—¿Ha vuelto Ama? —quiso saber.

Él negó con la cabeza. Clarrie estudió su expresión antes de preguntar:

—Tienes que decirme algo, ¿verdad?

Kamal hinchó los carrillos y dejó escapar un largo suspiro.

—Entre los criados corren rumores… —dijo encogiéndose de hombros.

—Dime.

—Por lo visto, su pequeño está muy enfermo. Ella lo está cuidando.

—¿Qué le pasa? —preguntó preocupada.

Kamal bajó la voz.

—Primero decían que era malaria. Ahora, que es disentería…

—¿Malaria? —Clarrie estaba desconcertada—. Pero si aquí en los montes no se da. —El gesto de Kamal la hizo recelar—. ¿No habrá estado trabajando en el valle, para la competencia?

Él asintió con un movimiento de cabeza y miró temeroso a su alrededor.

—No diga nada, señorita Clarissa.

El corazón le dio un vuelco.

—O sea, que el hijo de Ama ha incumplido su contrato, ¿no? Se ha fugado. —Ante la

respuesta positiva de Kamal, le agarró el brazo para preguntar—: ¿A qué hacienda? Por favor, no me digas que ha huido de la Oxford.

—Sí.

—¡Santo cielo! —Clarrie se estremeció—. Tenemos en el pueblo a un fugitivo de la plantación de los Robson y su principal reclutador viene hoy a cenar.

Kamal se llevó un dedo a los labios para hacerla callar y ella agitó la cabeza con aire incrédulo.

—Tengo que ir a ver a Ama, por si necesita ayuda.

El *jansama* la miró horrorizado.

—No, señorita Clarissa, lo único que conseguirá con ello será empeorar la situación. Su padre empezará a hacer preguntas y sabe que se pondrá furioso cuando descubra que el hijo de Ama ha estado trabajando en los campos de esos potentados. Robson también se enterará y entonces sí que podremos echarnos a temblar.

Clarrie titubeó.

—Lo último que quiero es causarle problemas a Ama o hacer que Wesley Robson se lleve a su hijo.

Kamal bajó la barbilla.

—Debería descansar. Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza.

Ella acabó por rendirse.

—¿Te importa hacer llegar medicinas a Ama?

Él asintió y la joven se retiró a su dormitorio para echarse. Olive pasó a verla.

—¿Quieres que te lea algo? —le preguntó.

Su hermana sonrió.

—Sí, gracias.

La pequeña eligió una novela de Thomas Hardy de la estantería que les había hecho su padre y comenzó. Tenía la voz clara y leía con fluidez. Clarrie no podía menos de admirarse del talento de aquella niña, autodidacta en gran medida, que también tenía grandes dotes para la pintura. Aunque su madre las había instruido, Olive apenas tenía siete años cuando murió. La mayor había seguido dándole clases de matemáticas y le había enseñado, con la ayuda de Ama, a coser y cocinar. Sin embargo, era Jock quien compartía su amor por la lectura y la alentaba a profundizar en el arte y la música. Él había tocado el violín en su juventud y Olive tenía diez años cuando había alcanzado el nivel de su padre practicando con su viejo instrumento. El interés de Jock había decaído en los últimos tiempos, pero Clarrie estaba resuelta a hacer que el dinero destinado a los gastos del hogar alcanzase para pagar las clases quincenales con una profesora procedente de Shillong.

La joven cayó dormida al son de la voz rítmica de su hermana y no despertó hasta después de que el sol se hundiera tras la colina y la selva comenzase a cobrar vida con los ruidos vespertinos. Sintiéndose recuperada, se levantó y se puso enseguida su mejor vestido, una pieza heredada de su madre, de seda de color de melocotón y encaje de un tono crema. Se cepilló el cabello con dulzura y se peinó de tal modo que los bucles sueltos le cubrieran la sien magullada. Mientras se preparaba, no dejaba de pensar en Wesley. Tal vez se había apresurado demasiado en juzgarlo. A fin de cuentas, acababa de llegar a la India y aún se estaba aclimatando.

En aquel momento se le pasó por la cabeza que aquel joven podía serles de utilidad. Ya había

empezado a hacerse con un nombre en el negocio del té y contaba con el apoyo de personas poderosas. ¿Y si era capaz de sacar provecho de su presencia en la casa? Corrió a la cocina, pero Kamal la hizo salir de allí.

—Vaya a atender a sus invitados, señorita Clarissa. De lo demás ya nos hemos hecho cargo nosotros.

Por lo que oía, la visita se encontraba ya en la terraza y Olive se había dejado convencer para tocar el violín. Mientras aguardaba unos instantes protegida por las sombras, Clarrie sintió una emoción cada vez más intensa ante aquella música enérgica y la contemplación del rostro serio y apasionado de su hermana al interpretarla. Nunca había visto a su hermana tan feliz como cuando se encontraba entregada a una composición musical o absorta frente al caballete. Sintió que la acometía una oleada del afán protector que le profesaba. Debía asegurarse de que el talento de su hermana recibía la formación adecuada. Había que conseguir que la suerte sonriera a la plantación de té para poder garantizar su futuro. Necesitaban una inyección de capital si querían superar los malos tiempos antes de que madurasen por completo los árboles nuevos. Un patrocinador. Observó a Wesley, quien, relajado en su asiento, daba la impresión de estar sumido en sus cavilaciones. Necesitaban el apoyo económico que podían brindarles su familia y otras gentes como ella. Si convencer a Wesley no iba a ser fácil, peor sería persuadir a su padre para que cooperase con sus planes, pero tenía que intentarlo e iba a empezar por mostrarse más amable con Wesley Robson.

Acabada la pieza, cuando los hombres rompieron a aplaudir, Clarrie respiró hondo y avanzó hasta quedar iluminada por la lámpara. Harry se puso en pie de un salto.

—¡Señorita Belhaven! Está usted radiante. Espero que se encuentre mejor.

La recién llegada sonrió.

—Mucho mejor, gracias.

Wesley la estaba mirando sorprendido, como si la viese por primera vez. Aunque tarde, también se puso en pie y le ofreció el asiento que tenía a su lado.

—¿Quiere usted sentarse?

Ella aceptó con una inclinación de cabeza y se acomodó.

—¿Han tenido buena pesca? —preguntó.

Harry se zambulló enseguida en una detallada relación sobre la cascada, la claridad de las pozas y el tamaño de los peces. Clarrie no pasó por alto que Wesley la estuvo observando en todo momento, si bien el gesto perplejo de su ceja marcada no permitía adivinar en qué debía de estar pensando. Era probable que recelase de ella después del enfrentamiento de aquella mañana, cuando Clarrie lo había tildado de arrogante y había dado a entender que no albergaba simpatía alguna por su familia. Si pretendía conseguir un préstamo de él, necesitaba hacer que se sintiera cómodo.

Cuando Harry se detuvo al fin a respirar, la joven se volvió hacia Wesley con una sonrisa.

—Señor Robson, espero que se haya enamorado usted de las colinas de Jasia como su amigo.

Escrutó el rostro de él, la expresión desconfiada de quien piensa que están tendiéndole una trampa.

—Me gusta mucho —dijo—. Tienen una belleza salvaje que no he encontrado en ningún otro lugar de Assam.

Ella lo miró fugazmente y vio que hablaba en serio.

—¿Les apetece venir mañana a visitar nuestra hacienda? Las plantaciones están en flor y el té que producimos es muy delicado y de gran calidad. ¿No es cierto, papá?

Jock arrugó la frente.

—No querrás desvelar nuestros secretos a la competencia, ¿verdad?

—No son rivales —corrigió ella de inmediato—, son cultivadores como nosotros.

Wesley la miró fijamente, incapaz de ocultar la sorpresa que le había producido aquella defensa de su persona.

—Al fin y al cabo —siguió diciendo—, nos necesitamos unos a otros para prosperar y en el mercado hay sitio para todos. ¿No es así?

Wesley sonrió al fin.

—Tiene muchísima razón, señorita Belhaven: ninguno de nosotros puede subsistir sin los demás. Me encantaría que me enseñara su plantación.

—No —espetó Jock—. Yo me encargo de hacer la visita.

A esto siguió una pausa incómoda que salvó Clarrie preguntando a Wesley por la vida del valle a fin de cambiar de tema. El joven parecía entregarse con la misma pasión a su trabajo que a sus momentos de ocio: pasaba largas horas aprendiendo el negocio y no dudaba en disfrutar de las carreras que se celebraban de cuando en cuando en Tezpur ni de alguna que otra cacería.

—Wesley no es de los que pasan sus noches jugando a las cartas en el club —terció Harry—. Eso supondría estar sentado mucho más rato de lo que él puede aguantar.

Kamal anunció que la cena estaba servida y Clarrie los condujo al comedor, cuya frialdad, propia de toda estancia cerrada —pues raras veces se utilizaba—, se encargaba de mantener a raya un fuego que ardía con viveza, mientras que las manchas de humedad de las paredes quedaban disimuladas por la luz de las velas. La presencia a la mesa del locuaz Harry garantizaba que no faltase la conversación y Clarrie consiguió hacerlo reír con las anécdotas relativas a los residentes de Shillong. Olive también se mostró más animada que de costumbre. La mayor se aseguró de hacer participar a su padre en la velada cuanto le fue posible a fin de tenerlo de buen humor. Por el momento, no estaba bebiendo demasiado y parecía estimulado por una compañía tan poco común. También tuvo ocasión de sentirse aliviada al ver que Wesley ayudaba manifestando un gran respeto por el conocimiento que tenía de Assam el cabeza de familia y formulando toda clase de preguntas sobre las especies de bambú que se daban en el lugar o la diversidad que presentaba el suelo. Jock se sintió halagado y no dudó en ablandarse ante el joven.

Tan bien avanzaba la cena que Clarrie decidió abordar de nuevo el cultivo del té.

—¿Qué novedades hay en las tierras de la Oxford? —preguntó a su invitado.

Wesley se lanzó a hablar largo y tendido sobre la mecanización de sus haciendas y las máquinas de gran tamaño que estaban instalando para secar y enrollar las hojas.

—Es el futuro —declaró—: economía de escala y producción en masa.

—Pero siempre habrá demanda del té de sabor más delicado —replicó Clarrie— que se cultiva a más altitud y se recoge a principios de la temporada.

Él se encogió de hombros.

—Quizá, siempre que se gestione bien la hacienda. Sin embargo, son muchísimas las que se han arruinado por ser demasiado costosas y tener prácticas muy poco eficaces.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —Jock arrugó el sobrecejo.

—Del sistema de mano de obra, por ejemplo: hay que tener peones en la plantación durante todo el año, que no aparezcan y desaparezcan con la temporada cuando les venga en gana o según sea buena o mala la cosecha.

Clarrie se tensó al ver a su padre responder furioso:

—Los peones trabajan mejor cuando están contentos, a mi entender. Nuestros recolectores viven en las aldeas de por aquí y vuelven a casa todas las noches con su familia, como debe ser.

—Los nuestros también —repuso el joven—, pero ellos viven en la hacienda para que podamos sacar un mayor provecho de su tiempo.

—Como los engranajes de una máquina —dijo mordaz Jock.

—Trabajan mucho, pero se los trata bien. Muchos de ellos han llegado a nosotros de sitios mucho peores donde ni siquiera tienen ocasión de ganarse la vida.

Clarrie, pensando de pronto en el hijo enfermo de Ama, no pudo evitar preguntar:

—Si viven tan bien, ¿por qué tienen que obligarlos a firmar contratos vinculantes para garantizar su permanencia?

Wesley clavó en ella la mirada al responder:

—Allí no se obliga a nadie a quedarse, pero el sistema se desmorona si se deja que los culis vayan y vengan a su antojo. Si no se hace así en ninguna industria, ¿por qué habría de ser distinto en la del té?

—¿Hasta cuando contraen malaria y no reciben el tratamiento adecuado?

Él entornó los ojos.

—Da la impresión de que esté hablando de alguien en particular.

—No —dijo ella ruborizándose—. Era una observación general.

—Tenemos médicos que cuidan de la salud de los culis y sus familias —aseveró Wesley—. Deben de haberla informado mal.

Jock estampó el puño contra la mesa.

—Mi hija está muy bien informada. De hecho, sabe más de té de lo que llegará nunca a saber usted. —Su indignación fue creciendo—. Y ni se le ocurra echar la culpa a las plantaciones pequeñas de la caída de los precios del té. Más que nuestra falta de eficacia, los responsables son las grandes haciendas como la suya que se dejan llevar por la codicia y plantan más de lo que permite la tierra. Así consiguen un producto de calidad muy inferior. E introduciendo esas máquinas modernas y llevando sus plantaciones como si fueran fábricas solo van a conseguir empeorar las cosas. Sabrá usted mucho de calderas y arados, joven Robson, pero el té es harina de otro costal: no se puede someter a las normas de la industria.

—¡Claro que sí! —Wesley también se había animado—. Y ahí es donde se está usted equivocando.

—Quizá sea posible que convivan ambos métodos —sugirió Clarrie, tratando de apaciguar la conversación y maldiciéndose por haber provocado al joven cultivador.

—¡Qué va a ser posible! —exclamaron al unísono Jock y Wesley.

Harry soltó una risotada muy poco sincera, incómodo ante aquel encendido desacuerdo, y preguntó con las mejillas abrasadas:

—Señorita Belhaven, sabe usted mucho del negocio del té para ser una muchacha. ¿No cree que es mejor dejar estas cosas en manos de los hombres? Mañana, cuando ellos dos visiten la hacienda, ¿no prefiere venir con su hermana a verme pescar?

—¡Sí! —saltó Olive enseguida—. Nos encantaría. ¿Verdad, Clarrie? Yo podría llevar el cuaderno de bocetos.

—¿También es usted artista? —corrió a preguntar Harry ante la ocasión que se le brindaba de cambiar de tema.

—Y de las buenas —aseguró Clarrie haciendo lo posible por ocultar su irritación ante el desprecio del comentario del soldado—. También puedes llevar el caballete y las pinturas.

A Olive se le iluminó el gesto.

—¿De verdad? ¡Gracias!

—En ese caso, no hay más que hablar —concluyó Harry.

Clarrie y Olive se retiraron poco después para dejar fumar a los hombres. La mayor convenció a su hermana para que se acostara prometiéndole que se levantarían temprano para reunirse en la cascada con el señor Wilson y a continuación se sentó en la terraza a escuchar la discusión que llegaba amortiguada desde el comedor. Su padre y Wesley seguían aireando sus desavenencias en lo tocante a la producción de té. Estaba extenuada. Había sido una locura pensar que podía persuadir a alguno de aquellos dos testarudos: eran demasiado iguales.

Los invitados salieron media hora más tarde para despedirse.

—Me temo que su padre está un poco cansado —dijo Harry—. Se ha retirado a su estudio.

Clarrie asintió sin palabras. Él le dio las gracias por la velada e hizo una inclinación de cortesía. Wesley le dedicó una de sus miradas osadas y valoradoras. Ella sospechaba que debía de dudar de ella tanto como ella de él. Le tendió la mano y él la tomó como para estrecharla cuando, cambiando de opinión, se la llevó a los labios y acarició su piel con un beso. Ella abrió los ojos al mismo tiempo que se estremecía por el contacto. Él la miró y elevó las cejas con gesto burlón, como si hubiera percibido el cambio que había experimentado su anfitriona. Se aferró a su mano un tanto más de lo que recomendaba el decoro. Clarrie no la apartó.

Harry se aclaró entonces la garganta.

—En fin, Robson, amigo mío, ¿nos vamos?

—Gracias por una velada tan agradable —murmuró Wesley antes de soltarle la mano.

Clarrie sabía que era ridícula la decepción que estaba sintiendo ante su partida.

—Ha sido un placer —respondió.

Él la miró con gesto escéptico, como pensando que se burlaba de él.

—Estoy deseando que llegue la visita de mañana. —Dicho esto, se dispuso a marcharse.

—Señor Robson —lo detuvo Clarrie—, deje que le diga algo sobre mi padre. Sabe muchísimo de la India y del té. Por favor, escúchelo. Es un hombre muy orgulloso, pero si consigue ganarse su respeto, sé que él también lo escuchará a usted.

Wesley dio la impresión de ir a replicar antes de contenerse, pero, con una breve inclinación de despedida, echó a andar.

Los dos hombres bajaron las escaleras y pidieron sus monturas. Ella los vio ensillar y salir del recinto dejando atrás las antorchas de sus porteadores. Sus llamas le permitieron observar su avance por entre los árboles durante unos minutos antes de que doblasen la colina y se perdieran de vista.

Capítulo 3

Clarrie se despertó de madrugada, preocupada por Ama y su hijo. Todavía le dolía la cabeza del golpe de la víspera, pero prefirió no hacerle caso y abandonó el dormitorio de puntillas. Diez minutos después se coló en el conjunto de viviendas en el que habitaba Ama y, agachándose hasta quedar por debajo del techo bajo de paja, llamó a su antigua aya.

Ama llegó renqueando envuelta en un chal. Parecía agotada. Clarrie se dirigió a ella en una mezcla de inglés y dialecto de Jasia.

—¿Cómo está Ramsha? ¿Te hizo llegar Kamal la medicina?

La mujer asintió con una sonrisa cansada.

—Está durmiendo mejor, gracias. Ya no tiene fiebre, pero está muy débil. Se ha quedado en los huesos y temo que lo encuentren antes de que se haya recuperado.

—¿Seguro que aquí está a salvo? —preguntó la recién llegada tratando de no sobresaltarla.

—¿Quién sabe? —repuso Ama con gesto tenso—. A los que vienen cazando culis les da igual lo lejos que puedan haber llegado y siempre hay alguien dispuesto a traicionar a otro por unas rupias.

—No te preocupes: no vamos a dejar que nadie lo toque. Le bastarán unas semanas disfrutando del aire sano de la montaña y de tus guisos para recuperarse. —Sonrió para alentarla.

Ama tendió los brazos mientras decía:

—Es usted muy buena, *memsahib* Clarissa. Igual que su madre.

Las dos se abrazaron. A la joven le llamó la atención lo pequeña que se había hecho Ama, como un frágil pajarillo. Cuando ella era niña, sus abrazos la habían envuelto como un árbol bajo el que cobijarse. El aya le prodigaba más muestras de cariño que su madre y Clarrie la seguía a todas partes como si fuera su sombra. Más de una vez tenían que ir a buscarla a su casa y reñirla por perderse en las casas de los criados. Sin embargo, ella tenía claro, pese a su corta edad, que Ama era alguien importante. Era la matriarca de su familia y la dueña de su hogar, pues, entre las gentes de Jasia, la propiedad se transmitía de mujer a mujer. Clarrie había crecido convencida de que las mujeres que la rodeaban gozaban de una posición especial y eran respetadas. Su padre había fomentado su independencia y jamás había pensado en hacer que se limitara a las labores domésticas. De hecho, ella no podía sino sorprenderse al ver lo constreñida y anodina que era la existencia de las mujeres que habitaban los hogares angloindios que visitaban.

Clarrie seguía ensimismada en estas cavilaciones cuando cabalgó de vuelta a Belguri a la luz del alba. De pronto surgió un jinete de los árboles que crecían a su izquierda y, sobresaltada,

sofrenó a Príncipe. No necesitó verle el rostro, oculto en la oscuridad, para saber, por el semental castaño y la complexión musculosa de quien lo montaba, que se trataba de Wesley.

—¿Qué haces aquí?

—Buscarte —confesó él sin ambages—. Tenía la esperanza de que estuvieras dando uno de tus paseos de madrugada. ¿Adónde has ido?

Ella sintió que se le encendía el rostro.

—He estado dando un paseo, nada más.

Él se acercó y sus monturas se acariciaron con curiosidad con el hocico.

—¿Te apetece pasear un rato más —preguntó— y ver amanecer?

Ella notó que le daba un vuelco el corazón.

—De acuerdo. Desde lo alto de Belguri hay una vista espléndida. Sígueme si quieres verla.

Cabalgaron monte arriba por entre la espesa arboleda, rodearon la casa y recorrieron la senda serpeante que tan bien conocía Clarrie. Veinte minutos después, acompañados por una cacofonía de cantos de ave, salieron a un claro en el que moría el camino. Ante ellos se erguía un afloramiento rocoso. La joven desmontó y ató a un arbusto las riendas de Príncipe.

—Desde ahí arriba se ve el sol salir por el Himalaya. Eso sí: la subida no es fácil. ¿Te atreves a seguir?

Él levantó las cejas con gesto sorprendido.

—Claro que sí. Si tú puedes… —Se mordió la lengua al ver la mirada burlona de ella.

Clarrie, sin esperar siquiera a que él desmontase, se encaminó a las rocas y se encaramó a la primera de ellas.

—¡Date prisa si no quieres perdértelo! —exclamó.

Tuvieron que servirse de manos y rodillas para ir pasando de una a otra y salvar pedregales salpicados de maleza. Las ansias por llegar a la cima llevaron a la muchacha a perder pie y tener que aferrarse a un arbusto. Lanzó un grito apagado al ver que una espina de gran tamaño le atravesaba uno de los guantes para ir a clavarse en la palma de su mano. Al soltar la rama se escurrió hacia atrás y se desolló las rodillas pese a vestir los pantalones de montar. Wesley detuvo la caída lanzándose hacia delante para sujetarla contra el suelo.

Los dos quedaron tumbados y jadeantes, el cuerpo atlético de Wesley pegado al de ella. Sentía su aliento cálido en la mejilla y el corazón le batía como un caballo desbocado. También percibía el golpeteo del corazón de él. Ninguno de ellos se movió.

—¿Te has hecho daño? —preguntó él al fin.

Ella tragó saliva.

—Me he clavado una espina en la mano.

—A verla… —Él giró y la soltó para estudiar la herida. Le retiró con cuidado el guante y vio que aún tenía parte de la espina clavada en la palma—. Estate quieta —le ordenó y, con un movimiento ágil, le sacó la esquirla que quedaba.

Clarrie se encogió y ahogó un grito. Wesley sacó una petaca de la chaqueta y echó unas gotas de *whisky* en la herida.

—¡Ay! —chilló ella—. Ahora duele más que antes.

Él sonrió.

—Espera un minuto —dijo sin soltarle la mano.

Clarrie se sentó con cierto esfuerzo y se miró las rodillas magulladas.

—Parece que también necesitan cuidados —aseveró él mientras hacía ademán de recuperar la petaca.

Ella se apartó exclamando:

—¡Ni se te ocurra! Estoy estupendamente.

La carcajada que provocó en Wesley su reacción resonó en las rocas.

—Estoy de acuerdo.

Los dos se miraron a la luz creciente del amanecer.

—Dime la verdad —dijo Clarrie—, ¿qué hacías por aquí tan temprano?

—Ya te lo he dicho: me apetecía. Siempre me despierto antes del alba. A Harry no hay manera de levantarlo a esas horas y he pensado que tú estarías ya paseando y no me he equivocado.

—O sea, que no estabas espiando…

—¿Espiando? —preguntó él con aire desdeñoso—. ¿A quién?

—Haciéndote con los alrededores, con los pueblos, quizá. Pareces de esos hombres que anteponen el trabajo a todo lo demás. —Le sostuvo la mirada—. No me extrañaría que estuvieras sopesando la posibilidad de hacerte con jornaleros de aquí…

—¿Y si es así…?

Ella volvió a tragar saliva.

—Tendría que decirte que estás perdiendo el tiempo: a las gentes de Jasia no les interesa trabajar en los latifundios. Son gentes de pocas ambiciones y están demasiado apegados a la tierra para aventurarse más allá de estos montes por mala que sea aquí la cosecha.

Él se inclinó hacia ella entornando sus ojos verdes. La intensidad de su mirada impidió a Clarrie apartar la suya. Daba la impresión de que pudiese ver en su interior y supiera que le estaba ocultando algo.

—Has ido a la aldea —dijo con voz suave—. Te he visto.

Ella contuvo el aliento.

—¡Me has seguido!

Él no lo negó.

—¿Por qué no quieres que sepa dónde has estado? ¿Qué es lo que no quieres contarme? No estarás dándole refugio a ningún fugitivo, ¿verdad?

Clarrie se estremeció de terror.

—Claro que no —mintió—. ¡Y que sepas que no tienes ningún derecho a andar husmeando por Belguri… ni a espiarme a mí!

Él sonrió sin un atisbo de arrepentimiento.

—Me tienes intrigado. No consigo entenderte, Clarissa. Al principio dabas la impresión de odiarme y, sin embargo, anoche te mostraste muy distinta: amable, atenta… y muy hermosa. La niña salvaje que habíamos conocido cabalgando por los bosques como una indígena se convirtió de pronto en una mujer hecha y derecha. Tengo que confesarte que me cautivaste. —Se acercó más aún—. ¿Estabas haciendo de anfitriona diligente o es que ha cambiado lo que sientes por mí como ha cambiado lo que yo siento por ti?

Clarrie clavó en él su mirada. Las mejillas le ardían ante semejante arrojo. Ni siquiera debería estar allí en su compañía. ¿Dónde había tenido la cabeza para invitarlo a acompañarla? Tragó con dificultad.

—Puede ser que al principio te juzgase con demasiada dureza —reconoció—. Empezamos con muy mal pie y no quiero que tengas una impresión negativa de los Belhaven, con independencia de lo que haya ocurrido en el pasado. De hecho, tenía la esperanza de que pudiésemos entablar una colaboración, de que mi padre y tú llegarais a hacer negocios.

—¿Negocios? —Wesley echó atrás la cabeza para soltar una risotada severa—. ¡Clarissa! ¡No me digas que llevas todo este tiempo haciendo planes sobre la plantación de tu padre y yo, aquí, pensando que te portabas así conmigo porque te gusto!

—¡Y me gustas! —corrió a decir ella.

—¿Pero? —preguntó él.

—Pero también me pareció una ocasión inmejorable para que olvidarais vuestras diferencias por el bien de nuestros negocios. Pensaba que, si veías nuestra hacienda y el gran potencial que tiene, quizá te interesase, en fin, aportar algo de capital…

Durante un momento, Wesley dio la impresión de haberse quedado mudo.

—¿Estáis buscando inversores? ¿Tan mal le van las cosas a tu padre que ha decidido ir a suplicar a un Robson?

Clarrie se sintió ofendida.

—¡Nosotros no pensamos suplicar! Además, las cosas no nos van tan mal: solo estamos pasando una mala racha. Estoy convencida de que sobran inversores deseosos de hacer negocios con mi padre. Lo único que quería era darte a ti la ocasión de recibir un trato prioritario.

Wesley la sorprendió al tomar su mano y responder con una sonrisa:

—Eres una joven de veras notable. Jock Belhaven no sabe la suerte que tiene.

Inclinó la cabeza y le besó la palma herida. Ella contuvo el resuello al sentir su contacto. Sus ojos se encontraron y él la atrajo hacia sí para darle un beso resuelto en los labios. Ella abrió los ojos de par en par alarmada, pero no lo apartó. Él vaciló, le dedicó un atisbo de sonrisa y sostuvo la cara de ella entre sus manos para volver a poner los labios sobre los de ella con un beso largo, intenso y ávido que la dejó aturdida.

El corazón le golpeaba con fuerza las costillas cuando él apartó los labios. En parte se sentía ofendida por tamaño descaro y, en parte, deseosa de que la besara de nuevo. La experiencia la había hecho estremecerse en lo más hondo.

Wesley la observó.

—De verdad estás dispuesta a hacer cualquier cosa por tu padre y por Belguri, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con voz ronca.

—Coquetear con el enemigo y hasta dejar que te bese un Robson. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar, Clarrie, monada? —Dicho esto, le dedicó una mirada insolente.

Ella, como movida por un resorte, alzó la mano buena y le asestó una buena bofetada en la mejilla. Él la aferró exultante.

—Y ahora vas a representar el papel de la inocente Clarissa, ofendida por las insinuaciones de un hombre. —Se echó a reír—. Pero la mirada te delata, Clarrie: sé que eres de esas mujeres que responden a los besos de un hombre. Puede ser que lo hagas por conseguir el dinero que necesita la bonita plantación de té de tu padre, pero me da en la nariz que, de todos modos, te ha gustado.

De no haber tenido él apresada su mano, lo habría abofeteado de nuevo por semejante ofensa. ¿Se podía ser más arrogante?

—¡No te hagas ilusiones! —le espetó indignada—. No he disfrutado nada, pero tienes razón en una cosa: solo me interesas si puedes ayudarnos a nosotros y a las gentes de Belguri, pero tampoco creo que te moleste, porque seguro que, como buen Robson, lo único que te preocupa son las perspectivas de negocio que podamos ofrecer.

Wesley le soltó la mano.

—Desde luego, no tienes pelos en la lengua. Hablas como toda una Belhaven.

Clarrie le volvió la espalda y corrió a ponerse en pie. Las peñas que los rodeaban se habían teñido de rosa. Wesley la detuvo tomándola del brazo.

—¿Adónde vas con tantas prisas? Me has prometido enseñarme el amanecer. Vamos —ordenó.

El joven siguió adelante, ascendiendo con cierta dificultad el último tramo antes de inclinarse para ayudarla. Ella le permitió que la aupase para sortear la zarza y poco después estuvieron ambos en la cumbre, rodeados de rocas puntiagudas, en el preciso instante en que asomaba el sol tras la cordillera que se extendía al este. Clarrie señaló al norte, a los picos nevados del Himalaya, y Wesley los contempló sobrecogido.

—Nunca lo había visto con tanta claridad —dijo emocionado—. Es como el techo del cielo.

Clarrie lo observó. Si la mayor parte del tiempo se mostraba arrogante o burlón, en aquel momento le estaba ofreciendo la imagen de un Wesley distinto, capaz de encogerse ante la visión de una belleza tan franca como aquella. Sus rasgos marcados se habían vuelto casi infantiles de asombro. Los dos permanecieron en silencio mientras el sol iba cobrando fuerza, hasta que pasó un papagayo y rompió el hechizo con su graznido.

—Debería volver ya —anunció ella—. Seguro que Olive se está inquietando por llegar tarde a la excursión de pesca. Está encantada con tu amigo el señor Wilson.

Wesley soltó un gruñido.

—Tú, no tanto, imagino. Tenías que haber visto tu expresión cuando te dijo que dejases los negocios en manos de los hombres.

Clarrie soltó un bufido.

—Estoy acostumbrada a esa clase de actitud: en Shillong es muy frecuente, pero, dime, ¿qué tiene de sorprendente que una hija se interese por la empresa familiar cuando no hay hijos varones?

Él esbozó una sonrisa.

—Supongo que no te falta razón.

—¿Las mujeres de tu familia participan en los asuntos de los Robson?

—No —admitió Wesley.

—Pues llegará un día en que lo hagan —declaró Clarrie—. Las de mi generación no van a conformarse con hacer de segundonas para lucimiento de los hombres. He leído sobre lo que está ocurriendo en Inglaterra y sé que ya han empezado a cambiar las cosas.

Él no pudo sino mofarse.

—¿Te refieres a ese puñado de mujeres antinaturales que quieren que las dejen votar? No lo van a conseguir. Nosotros, por lo menos, no lo vamos a ver.

—No estés tan seguro.

Wesley se echó a reír.

—Ya veo que Jock Belhaven ha criado a una radical en su plantación de té. No tengo nada

claro que quiera hacer negocios con él.

Ella lo miró preocupada.

—Por favor, al menos no descartes ninguna posibilidad. Es lo único que te pido.

Mientras se disponían a bajar de la peña, él le preguntó:

—¿Por qué no quiere tu padre que me enseñes tú la hacienda?

Ella se ruborizó.

—La verdad es que no lo sé.

—¿Le da miedo que nos hagamos amigos? —sugirió Wesley.

—Dudo mucho —lo atajó ella— que tenga que preocuparse por eso.

Durante el descenso no pasó por alto que él iba riendo entre dientes.

Clarrie disfrutó del día de pesca más de lo que había esperado. Harry le dejó usar la caña de Wesley, una maravilla adquirida en Hardy, en Northumberland.

—Estas son tierras de los Belhaven —había declarado ella—, conque me traerán suerte.

Y lo cierto es que le reportaron un par de *mahseer* de tamaño medio que hicieron con arroz los porteadores para el almuerzo. Después, estuvo dormitando bajo la caricia de aquel sol apacible mientras Olive pintaba y charlaba con Harry. Sin embargo, a medida que se fueron alargando las sombras, crecieron sus ansias por regresar y ver si habían llegado a un entendimiento su padre y Wesley.

Estaba preparándolo todo para volver cuando llegó Wesley a medio galope al claro con rostro ceñudo.

—¿Va todo bien? —preguntó ella en tensión.

—Perfectamente. —Él ni siquiera desmontó—. El cabezota de tu padre me ha echado de su hacienda y me ha dejado claro que no quiere volver a verme por allí.

—¿Qué has dicho para irritarlo tanto? —exclamó Clarrie.

—¡Si casi no he hablado! —le espetó él—. Ni siquiera me ha dejado. Quizá tú sí. —Descabalgó con un movimiento ágil—. Escúchame, Clarrie —le dijo tomándola por los brazos —: tu plantación es un desastre, mucho peor de lo que me imaginaba.

—¿Un desastre? —repitió ella—. ¡Qué tontería…!

—Los árboles que habéis replantado están esparcidos de forma anárquica por toda la ladera, como los cultivan en la China. Deberíais haberlos dispuesto en terrazas y mucho más juntos unos de otros: a más plantas, más hojas y más beneficios. Y el suelo tampoco es bueno: le falta tierra. Tu padre compró Belguri con el corazón, no con la cabeza. Si quieres mi opinión, creo que está demasiado interesado en la pesca como para preocuparse por el té.

Clarrie lo escuchó pasmada, pero, antes de que pudiera protestar, él se había enfrascado de nuevo en su informe.

—En cuanto al procesado… ¡Lleváis siglos de retraso! Seguís teniendo un cobertizo lleno de hombres que enrollan las hojas a mano. Así, el negocio no os va a ser rentable en la vida. El único modo que tenéis de salvar vuestra hacienda de la ruina es uniros a los grandes para poder usar maquinaria moderna y cambiar vuestras prácticas. He intentado hacérselo entender a tu padre, pero ¡me ha echado con cajas destempladas!

—No me sorprende. —Clarrie pudo hablar al fin—. Ya veo que te has esforzado en insultarlo

y despreciarlo. Él vivía muy bien en Belguri cuando tú todavía andabas en pañales.

Wesley la soltó con gesto hosco.

—Los tiempos han cambiado. Pensaba que tú serías más sensata, pero es evidente que también estás ciega.

Ella no dudó en reaccionar.

—Belguri tiene futuro, pero todavía hay que encontrar a alguien con la imaginación necesaria para entender lo que tiene de especial y con el arrojo suficiente para hacer algo más que criticar.

Pensé que podrías ser tú —añadió con desdén—, pero ya veo que me equivocaba. Mi padre tenía razón: eres tan estrecho de miras y tan prepotente como cualquier otro Robson.

—Y vosotros, los Belhaven, sois todos iguales —replicó él—: no podéis aceptar que a los Robson se nos da mejor este negocio de lo que se os dará jamás a vosotros.

Clarrie le volvió la espalda hecha una furia.

—Olive, recógelo todo, que nos vamos.

—Pero todavía no he acabado —se quejó la hermana.

—Se está haciendo tarde —dijo la mayor con aire cortante— y aún nos queda media hora de viaje.

Harry salió del río, alertado por los gritos, pero no consiguió convencerla de que se quedaran un rato más.

—Gracias por la salida de hoy —dijo, ayudando a Olive a llenar las alforjas—. Espero que vuelva a contar con nosotras, señor Wilson.

—Encantado —respondió él—. En su próxima visita, me gustaría ofrecerles un té en Shillong.

—¡Sí, sí, por favor! —respondió Olive por ellos.

Clarrie se puso los guantes de montar y subió al poni mientras se despedía con una sonrisa.

—Sería todo un detalle, gracias.

Wesley, enajenado, había apretado la mandíbula.

—Adiós, señor Robson —dijo ella con sequedad—. Dudo mucho que vayamos a volver a vernos en breve.

Él alzó la mirada inyectada en rabia. Ella experimentó una fugaz sensación de triunfo por haberlo dejado sin palabras.

Hizo que Príncipe echase a andar y él, inclinándose hacia delante, se hizo con las riendas.

—¡Suelta! —gritó.

—Escúchame —dijo entonces él atropelladamente—. Cometes una insensatez al rechazar mi consejo. Belguri está abocada a la ruina. Si no hacéis algo pronto, os vais a quedar sin nada que ofrecer a nadie. —No parecía tener intención de soltar a Príncipe, que se había puesto a bufar—. Francamente, lo mejor que le queda a tu padre por ofrecer eres tú.

Ella abrió los ojos y la boca con gesto pasmado.

—¡Cómo te atreves…! —Tiró de las riendas para arrancárselas de la mano y, azuzando al poni para que emprendiese el trote, obligó a Wesley a apartarse de un salto si no quería que lo aplastara. Sin embargo, no logró poner distancia entre ella y aquel joven odioso con tanta rapidez como deseaba.

Capítulo 4

Las semanas que siguieron dieron tiempo a Clarrie a reflexionar sobre la desastrosa visita de Wesley. *Vasanta*, la estación de la primavera, se presentó calurosa en exceso y sin las tempranas lluvias suaves que hacían brotar los primeros capullos de la flor del té. Cosecharon cuanto les fue posible, pero los agentes de Calcuta se quejaron de tan exigua producción y les ofrecieron una miseria.

El calor y la sequía continuaron cuando llegó el verano. Las hojas de los arbustos de té fueron escasas y demasiado pequeñas. Todos esperaron en vano que comenzasen las precipitaciones.

—El monzón no tardará en llegar —predijo Kamal— si Dios así lo quiere.

Los de la aldea ofrecieron a los dioses una *puya* tras otra para que les enviaran agua, porque los prados de las colinas se hallaban agostados y las reses estaban cada vez más escuálidas. Clarrie oyó los tambores desde el amanecer hasta después del ocaso.

Sin embargo, lo que más le preocupaba era su padre. Desde la aparición perturbadora de Wesley, se había vuelto a sumir en una honda depresión que hacía pensar que había dejado de creer que hubiese ya futuro alguno para Belguri. Clarrie maldijo al joven cultivador de té por haber sembrado semejantes dudas en la cabeza ya afligida de su padre. Trató de hacer lo posible por animarlo, pero él prefirió encerrarse en su estudio y beber hasta perder la conciencia.

En momentos así se preguntaba si había sido prudente rechazar el consejo de Wesley, por crítico y receloso que se hubiera mostrado. Tal vez la única posibilidad de subsistir consistía en someterse a las exigencias de una familia más poderosa y aceptar cualquier condición que pudieran proponerles. Porque cada día parecía más cerca de hacerse realidad la ominosa predicción que había hecho Wesley sobre la ruina inminente de su plantación.

Desesperada, trató de hablar al respecto con Jock, pero a él lo aterraba tanto la idea misma de un acuerdo con los Robson que no tardó en desistir.

—Tú no sabes cómo son, criatura —le reprochó el padre—. ¡No tienen piedad! ¡No tienen piedad ninguna! Te convencerán con promesas para luego no cumplirlas. Los Robson no descansan hasta haberse quedado con el último penique de su presa. —Sus ojos vidriosos la miraron temerosos—. A mi abuelo y a mi padre los arruinaron y los dejaron sin un negocio que darme en herencia ni más opción que meterme a trabajar en el triste *pub* del primo Jared de Newcastle o alistarme en el ejército. —La agitación lo había cubierto de sudor—. Lo que tengo lo he tenido que lograr yo solo, durante toda una vida de trabajo y de ahorro. Belguri es mío.

¡Que me aspen si dejo que nos lo vuelvan a quitar todo!

—Claro que no lo van a hacer, papá —dijo ella tratando de apaciguarlo—. Claro que no. Encontraremos otra manera de salir adelante.

Si lo que sentía Clarrie por Wesley se había ido suavizando, todo cambió de forma abrupta la semana siguiente, cuando Ama llegó corriendo a buscarla a la plantación, llorando desconsolada.

—¡No está! ¡Se lo han llevado! —exclamó entre sollozos—. ¡Me han robado a mi chiquitín!

—¿A Ramsha? —preguntó la joven sin resuello.

—Sí, a mi Ramsha. —Ama se derrumbó en los brazos de ella.

Clarrie la llevó enseguida a la casa, tratando de consolar a su vieja aya. Sentada con ella en los escalones de la terraza, mientras hacía que se repusiera con sorbos de agua con limón, oyó la historia de los tres matones que habían irrumpido en su vivienda para llevarse a rastras a su hijo, aún enfermo.

—¿Estás segura de que eran de la Oxford?

—Sí. Dicen que tiene que servir de ejemplo para que no huyan más. He intentado detenerlos, pero han venido cuando los hombres estaban en el monte con el ganado. Me han tirado al suelo de un empujón y han apagado el fuego con tierra. Todo eso mientras golpeaban a Ramsha con un palo grande. ¡Y ahora no sé si volveré a ver a mi niñito! —El llanto le impidió continuar.

Clarrie la apretó contra sí. Aquello había sido obra de Wesley. Sus impetuosas críticas al trato que daban a sus trabajadores lo había llevado a recelar y a la mañana siguiente la había seguido con la única intención de descubrir al fugitivo. Estaba convencida. Sus intenciones de ver amanecer y pasear a caballo con ella no habían sido más que un subterfugio. ¿Cómo había sido tan tonta como para no darse cuenta? Sintió que la invadía una oleada de vergüenza y de rabia. Había guiado a Wesley hasta Ramsha y ella era, por lo tanto, responsable de que se lo hubiesen llevado. Nunca se lo perdonaría.

Acompañó a Ama al interior de la casa y, ayudada por Kamal, trató de hacer que se sintiera mejor con dulces y con té. Sin embargo, el aya no tenía la intención de quedarse allí ni de dejarse consolar: regresó a la aldea y se puso a llorar a su hijo perdido como si hubiera muerto.

A medida que empeoraba su situación, Clarrie hizo cuanto pudo por resguardar a Olive de la verdad. Para el décimo cuarto cumpleaños de su hermana, se avino a llevarla a Shillong y poner a Harry al corriente de su viaje. En primer lugar visitaron a las monjas de la misión en la que había enseñado su madre y, a continuación, el joven las obsequió con un té en el hotel Pinewood y colmó a Olive de cumplidos acerca de los bocetos que le mostró la pequeña.

—Tienes un talento excepcional para las aves —se entusiasmó—. No les falta ni un detalle.

Ella, eufórica, le regaló varios dibujos. Cuando se despedían, Harry tomó a Clarrie por el hombro y le preguntó con timidez si tenía noticias de Wesley.

—No —respondió ella con aspereza—, ni tampoco quiero saber nada de él. ¿Por qué me lo preguntas?

Él se puso colorado.

—En fin, ya sé que tuvisteis desavenencias por lo de tu padre, pero me dio la impresión de que te tenía mucho cariño.

Clarrie soltó un bufido.

—Pues creo que te confundiste. El señor Robson solo se tiene cariño a sí mismo y a su prosperidad. A mí, al menos, me lo ha dejado muy claro. —Entonces, al percibir la turbación del joven, añadió enseguida—: Lo siento, ya sé que es tu amigo, pero el señor Robson y yo somos incompatibles.

El rostro de Harry se iluminó.

—En tal caso, ¿te importaría si… eh… si te aviso cuando vuelva a disfrutar de un permiso breve?

Clarrie lo miró boquiabierta. Si había alentado a su hermana a seguir en contacto con el joven oficial había sido para verla contenta. Personalmente no sentía atracción alguna por él. Mirando a la pequeña, respondió en tono cauto:

—A Olive y a mí nos encantará volver a verte. Eres muy amable al animarla con sus dotes artísticas y ella valora mucho tu amistad.

Él la miró desconcertado, pero se limitó a asentir con un movimiento de cabeza y estrecharle la mano con gesto efusivo. Cuando se reunieron con Kamal, que las aguardaba en el exterior, Olive le dio un pellizco en el brazo.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó en tono malhumorado—. ¿No estarás intentando robarme a mi amigo? ¡No es justo!

—No seas tonta —repuso Clarrie—. No tengo ningún interés en el señor Wilson. Si hago esto es por ti.

—Pero te ha dicho que quiere volver a verte, ¿a que sí? —dijo ella con un mohín—. Finge que le gustan mis dibujos para complacerte a ti.

—Le gustan porque son muy buenos —la tranquilizó Clarrie—. Te prometo que no tengo ninguna intención de alentar al señor Wilson a otra cosa que a ser amigo tuyo.

Esto último calmó un poco a la pequeña. Sin embargo, en las dos semanas siguientes, Clarrie recibió cartas de amor del subalterno que no dudó en lanzar al fuego y que dejó sin respuesta. Dio por hecho que el joven debía de sentirse solo en un cuartel remoto y que tal vez ella era la única muchacha casadera que había conocido hasta entonces, así que se convenció de que su interés declinaría tan pronto diera con alguien más apropiado u oyese el número suficiente de comentarios despectivos sobre los Belhaven.

Las conjeturas que se hacían en los alrededores sobre cuándo llegaría al fin el monzón se multiplicaron de forma enfermiza. La segunda recolección de los arbustos de té resultó tan infructuosa como la primera. Clarrie supervisó el proceso de secado, enrollado y fermentación cada vez más alarmada. Una vez secas y clasificadas las hojas, apenas quedaron bastantes para llenar dos cofres.

Cuando llegó el agente, echó un vistazo a las de *Orange Pekoe* y, tras declarar que eran de calidad muy inferior a las de la cosecha anterior, se fue sin comprar nada. Clarrie cabalgó a la apartada cumbre en la que vivía el ermitaño y lloró amargamente. Los problemas de su familia no parecían tener solución.

De pronto apareció el *swami*, apoyando su figura marchita en su largo báculo mientras la miraba con ojos acuosos. Ella se secó las lágrimas y lo saludó uniendo las manos y humillando la cabeza. Él sonrió y le habló en hindi. Aunque no entendió gran cosa de lo que decía, la joven encontró cierto consuelo en la compasión que transmitía su voz. El anciano se puso en cuclillas a

su lado y entonó un canto débil y agudo que, sin embargo, llenó el claro como un trino de ave. Cuando acabó, ambos quedaron sentados en silencio y la muchacha sintió descender sobre ella una paz extraña. El anacoreta le estaba diciendo que no perdiera la esperanza, que tenía un camino por seguir y que debía tomarlo y confiar en que todo iba a salir bien.

Cuando se levantó para marcharse, el anciano se puso en pie con agilidad y alzó la mano a modo de bendición. Ella sacó del bolsillo los saquitos de té y azúcar que dejaba siempre en el umbral del sabio y se los dio. Ambos se sonrieron en señal de agradecimiento y ella partió fortalecida por aquel encuentro.

Días después, vio las primeras nubes congregarse a lo lejos en el horizonte.

—¡Va a llover! —exclamó aliviada—. ¡Va a llover! ¡Bendita lluvia!

Aquel mismo día, el cielo se oscureció como en el crepúsculo y se sintieron en el tejado las primeras gotas gruesas. La lluvia no tardó en llegar como una densa cortina de agua que empapaba todo a su paso. Clarrie y Olive salieron corriendo al patio con Kamal y bailaron sobre el barro, chillando y riendo como niños. Jock se presentó en la terraza, salpicada de goteras, blanco como una aparición, pero sonriente. Alzó la cara a la lluvia y dejó que corriese por sus macilentas mejillas. Entonces, desplegando por completo los brazos, gritó a los cielos:

—¡Belguriii!

Más tarde, Clarrie se preguntaría si con el agua no se habrían mezclado lágrimas en su rostro.

La selva floreció y tomó exuberantes tonos verdes los días siguientes. Los árboles y las enredaderas estallaron en colores con flores de vivos rojos y morados con forma de pico de loro, flores colgantes amarillas y las fragantes flores blancas del *bokul*. La casa estuvo a punto de desaparecer bajo la abundancia de madreselvas y jazmines. La planta favorita de Clarrie era el hibisco que crecía cerca de la entrada y echaba por el día flores blancas que por la noche se volvían de un intenso color carmesí.

Durante una semana o dos, la llegada del monzón renovó su optimismo y avivó también los ánimos de Jock. Sin embargo, aquel desahogo resultó efímero: las lluvias se habían presentado demasiado tarde para los delicados brotes de los arbustos de té y cuanto recogieran en adelante sería muy inferior en calidad. Las hojas estaban tan húmedas que secarlas se volvió una labor tan complicada que requirió grandes cantidades de carbón. Aparte de labores de poda y desherbado, aquella estación iban a tener poco trabajo que ofrecer a sus braceros. Su situación económica no mejoraría, como mínimo, hasta el año siguiente.

No tardaron en correr rumores relativos a la complicada situación en que se encontraban cuando empezó a llegar correspondencia de los acreedores de Calcuta: había que amortizar un préstamo bancario, pagar la cuenta que se había ido acumulando desde hacía mucho con cierto sastre y liquidar la deuda contraída con un exportador por una serie de baúles de té. Jock se negaba a tratar con ellos.

—Ya pueden esperar sentados —dijo irritado—. No pienso dejarme intimidar.

—Pero antes o después habrá que pagarles —repuso Clarrie con preocupación—. ¿Y con qué vamos a hacerlo?

Su padre no tenía respuesta para eso. Ella se llenó de aire los pulmones y propuso:

—Quizás ha llegado el momento de vender parte de la hacienda… o, al menos, de arrendar la casa. Seguro que las partidas de caza están interesadas.

La desolación con que lo miró él la hizo desistir.

—Esta es nuestra casa —bufó él—, la casa de tu madre. Aquí está enterrada. ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera semejante idea?

—¡Pues, si seguimos así, no va a ser nuestra por mucho tiempo! —exclamó Clarrie desesperada.

Después de aquello, Jock se encerró en el estudio y se negó a salir durante tres días. Ella no tenía más evasión que los largos paseos que daba con Príncipe. Los momentos que pasaba con él en las colinas eran los únicos en que experimentaba cierta calma. Desde las alturas, miraba la plantación que se extendía a sus pies y la veía pequeña e insignificante en medio de los majestuosos bosques y montañas. Estas últimas seguirían allí, en pie, cuando las plantaciones y sus habitantes hubieran desaparecido. Semejante reflexión le hizo pensar en los comentarios que había hecho Wesley sobre la belleza salvaje de las colinas de Jasia. ¿Habría vuelto por allí para cazar o pescar sin que ella tuviera noticia de ello? Si lo había hecho, habría sido evitando Belguri, donde sabía bien que no era bienvenido.

En momentos así se permitía jugar con la posibilidad de acudir a los Robson para rogarles su ayuda. Sin embargo, sabía que no podía caer tan bajo: eran enemigos de su padre y Wesley no pasaba de ser un reclutador desalmado que había hecho que arrancasen a Ramsha de la cama a golpes para llevarlo a la miserable servidumbre de la Oxford.

Durante una de aquellas salidas observó un banco de nubes formarse al norte tras un día caluroso y húmedo. Su negrura se veía iluminada por destellos repentinos: iba hacia ellos una tormenta furiosa del noroeste. Volvió grupas y puso rumbo a su hogar asaltada por una extraña congoja. El aire pegajoso la oprimía. Aguijó a Príncipe y vio que se acercaban las nubes. Se elevaban en un arco cuya corona semejaba la cresta amenazadora de una ola gigante a punto de romper. A su alrededor habían callado los sonidos del bosque, como si la naturaleza estuviese conteniendo el aliento, y el aire quedó inmóvil con una quietud de muerte.

Clarrie supo entonces que no llegaría a casa antes de que estallara la tormenta. Debía de estar ya a poco más de un kilómetro de ella y avanzaba a pasos agigantados. El viento comenzó a azotar las hojas y el polvo y a formar remolinos en torno a las pezuñas de Príncipe, que avanzaba al trote, y la temperatura descendió con gran rapidez. La joven corrió a buscar refugio en el bosque, donde encontró una imponente acacia de las que dan goma arábiga y, tras llevar al poni bajo sus raíces elevadas, partió unas ramas de bambú para improvisar un techo.

Se agazapó en el momento preciso y contuvo el resuello mientras irrumpió en los alrededores con furia repentina una brutal ráfaga de viento, que tardó minutos en arrancar y hacer que saliera volando el refugio de bambú junto con varios árboles jóvenes desgajados de la tierra. Entonces estalló un sonoro trueno precedido por un rayo enérgico. Príncipe relinchó alarmado. Con todo, los fuertes brazos de las raíces de la acacia los protegieron y Clarrie calmó al animal con palabras dulces y caricias. A continuación, llegó la lluvia torrencial. Ambos aguardaron ocultos bajo el árbol, escuchando cómo se estrellaba el agua contra la densa cúpula de hojas que se extendía sobre sus cabezas.

Una hora más tarde, cuando pasó la tormenta, Clarrie salió de la espesura, empapada, pero sana y salva. Al regresar al camino, pudo disfrutar del aire, frío y refrescante. La selva resplandecía de color verde esmeralda frente al violeta intenso de las nubes en retroceso. La tierra del bosque desprendía vapor y se presentaba encharcada tras el diluvio. Clarrie respiró su aroma embriagador. El ominoso presentimiento que la había asaltado con tanta fuerza se había

ido con la lluvia. Fue eligiendo con cuidado su camino de regreso, porque el sendero se había convertido en un modesto torrente en el que Príncipe se escurría una y otra vez. Cuando llegó, había caído ya la tarde.

En casa la recibieron consternados.

—¿Dónde estabas? —gritó Olive mientras corría a su encuentro—. ¿Por qué no estabas aquí cuando ha venido? ¡No estarías escondiéndote hasta que se ha ido! Papá se encuentra en un estado…

—¿De qué estás hablando? ¿Quién ha estado aquí?

—¡Señorita Clarissa! —Kamal salió a la carrera con un paraguas negro descolorido bajo el que la cobijó sin reparar en que ya estaba calada hasta los huesos—. Entre, entre en casa y séquese.

En esto la llevó escaleras arriba hasta el bungaló. El agua seguía cayendo del tejado al barril dispuesto a fin de recogerla y goteando de las enredaderas al mobiliario de exterior de tonos desvaídos.

—Estoy bien. Pero cuéntame qué está pasando.

—¡Ha estallado el polvorín! —anunció Kamal con el rostro surcado de arrugas de preocupación.

—Ha estado aquí Wesley Robson —dijo Olive con aire nervioso.

A Clarrie se le removieron las entrañas al oír su nombre.

—Papá y él han tenido una discusión terrible. ¡Terrible! Tenías que haber estado aquí para detenerlos.

—Me ha sorprendido el aguacero —se excusó ella—. No podía seguir cabalgando. ¿Y por qué demonios ha tenido que venir el señor Robson?

Kamal y la pequeña se miraron inquietos, como si ninguno de los dos quisiera ser quien le diera la noticia. El *jansama* la ayudó a deshacerse del abrigo empapado, la llevó hasta un asiento situado frente al hogar y la envolvió en una manta. Clarrie lo tomó de la mano e insistió:

—¡Dímelo!

Él dejó escapar un suspiro y se sentó a su lado.

—Robson *sahib* ha oído… el chisme de que se ha puesto en venta Belguri.

—¿Dónde?

—No lo sé. Puede ser que en Calcuta haya alguno con la lengua demasiado suelta…

—¿Y qué es lo que quiere el señor Robson?

—Ha traído una oferta. Quiere que la Oxford arrebate Belguri a Belhaven *sahib*. Pagarán todas las deudas, pero administrarán Belguri como está mandado.

—¿Como está mandado? —exclamó ella—. ¿Cómo puede tener la…?

—¡Escucha, Clarrie! —imploró Olive.

El rostro barbado de Kamal adoptó una expresión dolorida.

—Dice que el funcionamiento de la plantación será responsabilidad de los Robson y no de Belhaven *sahib*. Además, le gusta mucho este lugar. Robson *sahib* quiere vivir aquí.

—¿Vivir aquí? —saltó ella—. ¿Y nosotros? Supongo que querrá mandarnos a alguna sórdida casa de huéspedes de Shillong. Debe de saber que papá nunca va a consentir dejar Belguri. ¡Menuda arrogancia, la de este hombre!

—El señor Robson dice que podemos quedarnos —aclaró Olive con el rostro tenso.

Clarrie observó a su hermana y a Kamal intercambiar de nuevo miradas nerviosas y frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—Si te casas con él —espetó la pequeña—. Si accedes a ser su esposa, nos podremos quedar todos en la casa. Le ha pedido tu mano a papá.

Clarrie los miró boquiabierta. Por una vez, se había quedado sin palabras.

—Robson *sahib* dice que así los Belhaven podrían guardar las apariencias —añadió Kamal —. Está dispuesto a librarlos a todos ustedes del arroyo.

—¿Del arroyo? —farfulló Clarrie—, pero ¿quién se ha creído que es?

—Eso es lo que le dijo papá —respondió Olive—. Se puso a gritarle cosas terribles. Le aseguró que jamás permitiría que te casaras con él, aunque fuese el último hombre de la India. El señor Robson también se puso furioso. Manifestó que quería hablar contigo, que tu opinión también era importante. —La pequeña empezó a tener dificultades para respirar mientras hablaba de manera atropellada—. Pero papá le replicó que, si lo veía acercarse siquiera a ti, le dispararía con su propio revólver, que tú lo odiabas tanto como él y que no volviera nunca por aquí. Le aseguró que prefería morir de hambre antes que dejar que le arrebate todo lo que ama…

La interrumpió un acceso de tos.

—Levanta los brazos —le pidió Clarrie, que se apresuró a frotarle la espalda para calmarla mientras Kamal corría a administrarle sorbos de té frío.

Cuando pudo hablar de nuevo, la pequeña preguntó:

—¿Por qué odia tanto al señor Robson?

—No confía en él —respondió la hermana—, igual que yo.

—Entonces, ¿no vas a casarte con él?

La mayor la miró con gesto adusto.

—Claro que no. Sería impensable. —Se encendió solo de pensarlo—. Además, a él ni siquiera le intereso: lo único que quiere es echar la zarpa a Belguri.

—Pero ¿para qué lo quiere si no vale nada?

—Sí que vale: vale mucho, tanto para plantar té como para cazar. El señor Robson es muy consciente del potencial de estas tierras. ¿Por qué crees que la hacienda de Oxford está deseando hacerse con ellas? Robson es, por encima de todo, un hombre de negocios implacable.

Olive parecía decepcionada.

—Pero, si te casas con él, al menos podremos seguir viviendo aquí.

—Y vamos a seguir viviendo aquí —repuso Clarrie alzando el tono—, pero papá ha tomado una decisión y yo voy a apoyarlo. No pienso casarme con ese hombre.

Poco después fue en busca de su padre, a quien encontró en el estudio, mirando por la ventana. Al posarle la mano en el hombro, apenas se inmutó.

—Olive y Kamal me han contado la visita del señor Robson.

Él se volvió hacia ella con la mirada ausente.

—Quería apartarte de mí, quitarme no ya mis tierras, sino a la niña de mis ojos.

Clarrie lo tomó del brazo.

—Eso no va a poder hacerlo nunca.

—Le he dicho que no podía tenerte a ti. ¿He hecho bien? —Jock la miró en busca de una respuesta afirmativa.

Ella vaciló al recordar el entusiasmo con el que había respondido a los besos de Wesley. Se sentía tan desleal…

—Sí, por supuesto. Yo nunca sería feliz con un hombre así y, además, sé lo mucho que te dolería a ti.

Él exhaló un largo suspiro que más parecía un gruñido antes de cerrar los ojos. Entonces volvió a hablar con voz exánime y vacía de emoción.

—En ese caso, prefiero que no volvamos a mencionar nunca su nombre.

Si Clarrie había abrigado alguna esperanza de ver mejorar el humor de su padre una vez despejada la amenaza de la proposición de Wesley, estaba muy equivocada. Jock se retrajo más aún en el caparazón de su estudio y en un mundo crepuscular de embriaguez y delirios en el que le resultaba imposible acercarse a él.

A veces, a medida que el verano se fue trocando en otoño, pasaba días enteros encerrado, sin salir de su enclaustramiento sino para buscar más alcohol o más opio. Tembloroso y delgado hasta extremos lamentables, reunía las fuerzas necesarias para cabalgar hasta la aldea y trocar cuchillos, un reloj, una caña de pescar o la silla de montar por dosis de una de las dos sustancias. Clarrie sabía por el olor dulzón que emanaba de su refugio cuándo estaba fumando la droga, que lo dejaba débil, trémulo y melancólico y le provocaba dolor en las articulaciones y el estómago. Ni ella ni Kamal conseguían hacer que comiese: se estaba consumiendo delante de ellos y su hija se sabía incapaz de detener su autodestrucción. ¿Había sido un error rechazar con tanta rapidez la proposición de matrimonio de Wesley? Era frecuente que acudiese a su memoria de forma imprevista su rostro sensual y burlón con su ceja marcada. En aquellos momentos se preguntaba cómo sería estar casada con él, pero no tardaba en ahogar aquellos pensamientos traidores, pues sabía que no ayudaban un ápice a su padre.

Con la llegada del invierno y los fríos, Clarrie se desesperó, pues sabía que el menor resfriado podía llevarlo a la tumba. La falta de dinero para poder gastar en regalos o golosinas en Shillong se tradujo en una Navidad deprimente. Un día de enero, poco después de que pasase sin la menor celebración el décimo noveno cumpleaños de la joven, la profesora de música de su hermana anunció que habían destinado a su marido a Lahore y debía dejar las clases. Al alivio inicial que supuso para Clarrie el no tener que volver a reunir dinero para pagarle, siguió en breve la culpa ante la consternación de Olive por aquella pérdida, que la llevó a vagar sin propósito por la casa y negarse a practicar.

—¿Qué sentido tiene si ya no queda nadie que aprecie mi música?

—Quedo yo —le respondió la mayor en tono lisonjero— y también Kamal.

—Pero vosotros no la entendéis —se quejó ella—. Papá es el único que la entiende y ya hace tiempo que no le importa.

Cuando no pudo más, Clarrie acabó por enfrentarse a Jock. Irrumpió en el estudio y abrió de golpe las persianas para dejar que la luz entrara con fuerza en aquella sala rancia y maloliente. Su padre se encogió y se puso a gruñir.

—Esto ya ha ido demasiado lejos —lo reconvino—. No pienso dejar que abandones todo de esta manera. Tienes dos hijas que mantener. ¿O se te ha olvidado? ¿Cuándo fue la última vez que te molestaste en escuchar a Olive tocar el violín? ¿Y la última vez que saliste a ver la plantación de té y hablar con tus trabajadores? —Avanzó hacia la figura que se arrebujaba en el catre de campaña y retiró los cobertores.

—Levántate, papá. ¡Levántate ya!

Se tensó ante la contemplación de aquel esqueleto en camisón de piernas pálidas y demacradas y brazos que habían perdido la mitad de su volumen. La cabeza parecía demasiado voluminosa para el cuerpo que le había quedado y los ojos, demasiado grandes para el rostro. Se obligó a hacer que saliera de la cama, pues sabía que, de no conseguirlo, su padre moriría allí mismo.

—Estoy dispuesta a cabalgar hasta la Oxford y decir a los Robson que pueden venir y hacer cuanto les plazca con Belguri, que Jock Belhaven se ha rendido. ¿Eso es lo que quieres que haga, papá? —preguntó con ira.

Él la miró como a una desconocida, pero permaneció inmóvil.

—Wesley Robson tiene razón —lo zahirió—: este sitio está en ruinas. ¿Quién lo va a querer en este estado? Cometí una insensatez al no aceptar su proposición de matrimonio. De hecho, puede ser que lo haga ahora.

Con esto último, dio en el clavo, porque la expresión de Jock se nubló de dolor.

—No, no… —susurró con un hilo insignificante de voz mientras se afanaba en incorporarse.

Ella se inclinó hacia delante para ayudarlo.

—Entonces, levántate, *babu*. Hazlo por mí y por Olive: levántate, que tienes que vivir.

Él, sin embargo, volvió a hundirse de inmediato en el lecho.

—No puedo —graznó—. Estoy muy cansado. Tú puedes encargarte de todo.

—¡No! —exclamó ella alarmada—. Sin ti no puedo.

Él la miró con ojos exánimes.

—Escribe… al primo… Jared —dijo entre jadeos—. Él te… ayudará…

—¿Y cómo quieres que me ayude? Vive en Inglaterra, a miles de kilómetros de aquí, y dirige un *pub*, no un banco. ¡Necesitamos dinero, papá!

Él apartó el rostro y cerró los ojos.

—Lo siento. Lo único que… quiero… es que… me dejéis solo.

Ella lo miró con gesto incrédulo. Los meses de angustia y de lucha por mantener Belguri en funcionamiento no habían servido para nada. Sintió una oleada de rabia y de miedo que amenazaba con abrumarla. Contemplando a su padre derrotado, hubo algo que se quebró al fin en su interior.

—¡Te odio! —gritó—. ¡Eres un cobarde! Por suerte, mamá está muerta y no tiene que ver lo débil, lo inútil que pareces ahí tumbado. —La ira la hizo agitarse mientras le gritaba—: ¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está el soldado intrépido, el hombretón de Northumberland? Tú no eres él. ¡Si no te levantas ahora mismo para ayudar a tus propias hijas, no esperes que vuelva a dirigirte la palabra en la vida!

Él, a todas luces insensible a sus pullas, siguió tumbado con los ojos cerrados como si ella no estuviese allí. De hecho, si Clarrie hubiera estado insultando a la humedad de las paredes de aquella estancia, no habría cambiado nada. Salió del estudio hecha una furia y cerró la puerta con tanta violencia que hizo temblar toda la casa. Por el gesto de estupefacción de Olive y Kamal, supo que no necesitaba contarles lo que había ocurrido: habían oído cada una de sus mordaces palabras. Cruzó corriendo la sala de estar para salir a la terraza.

Aferrándose a la balaustrada, oyó a Olive echarse a llorar en la habitación contigua, pero, por una vez, no se veía con ánimo de consolarla: tanto la había encendido aquella cólera que ni

siquiera se atrevía a decir nada más. Apretó los dientes y se obligó a contener las lágrimas.

—Señorita Clarissa. —Kamal aguardaba al lado de la puerta—. Entre, por favor, que voy a hacerle un té especiado.

Incapaz de soportar tanta amabilidad, se dirigió tambaleante hacia la escalera.

—Voy a ver a Ama —espetó antes de echar a correr.

Mientras se aupaba a lomos de Príncipe, oyó a Kamal pedirle que se quedara. En ese instante salió corriendo Olive a la terraza.

—¡Deja que vaya contigo! —le gritó—. ¡No me dejes atrás!

—Quiero ir sola —respondió ella mientras apremiaba a Príncipe a encaminarse a la salida.

Kamal estaba intentando razonar con la pequeña y convencerla de que volviese adentro. Clarrie contuvo las lágrimas y puso rumbo a la aldea a galope sostenido.

El humo de las fogatas de la noche se abría ya paso hacia el cielo estrellado mientras los lugareños recogían las últimas reses. Oyó a mujeres cantar al ocaso y llamar a sus pequeños. De algún lugar llegaba una melodía procedente de una flauta de bambú que llenaba el ambiente con su hechizo. De pronto, sintió que se había aliviado su dolor, como si le hubiesen quitado el peso que le oprimía el pecho.

Encontró a Ama y a los suyos reunidos en torno al fuego, mascando nuez de areca envuelta en hojas de betel y escupiendo su jugo rojo y agridulce. Ama le dio la bienvenida de inmediato, sin preguntarle qué la había llevado allí a aquellas horas. Una de sus hijas le llevó una escudilla de arroz con dal y otra, té dulce.

Poco después se retiraron todos para dejar a Clarrie sola con su vieja aya. La recién llegada le contó todos sus pesares y la puso al corriente del enfrentamiento que había tenido con su padre.

—Le he dicho cosas terribles, odiosas —confesó—, pero verlo así… Estaba tan asustada, tan furiosa con él… Y sigo estándolo. No sé qué hacer. ¡Dime, Ama!

La anciana se limitó al principio a mascar y contemplar el fuego con la mano de Clarrie posada en el regazo, hasta que, por fin, habló.

—Esta noche deberías poner a dormir tu rabia y, cuando salga el sol, hacer las paces con *babu sahib*. —Miró a Clarrie con gesto solemne—. Te dio la vida y tienes que respetarlo. Es un hombre bueno, pero su espíritu está agotado, vaga perdido y busca el camino a casa. Nunca ha dejado de quererte.

Clarrie humilló la cabeza al sentir que le brotaba una oleada de emoción. Entonces, con un gemido, rompió a llorar al fin. Ama la atrajo hacia sí y la meció mientras ella se deshacía en lágrimas, acariciándole el pelo y susurrándole palabras de aliento.

Más tarde, Clarrie se hallaba tumbada con la cabeza apoyada en la falda de Ama, contemplando las llamas con la cabeza felizmente vacía. No necesitaba pedirlo para saber que podía pasar la noche bajo el techo de su aya, como había hecho a veces de niña. Poco después, se arrebujaba entre una esterilla de junco y una pesada manta de lana y conciliaba el sueño con el olor a humo de leña prendido en el cabello y los sonidos del ganado que olisqueaba al otro lado de la separación de bambú.

Se despertó con las primeras luces, extrañamente tranquila y liberada de la rabia de la víspera, y salió al frío gélido de la mañana envuelta aún en la manta.

Estaba ayudando a remover las gachas cuando oyó pasos que corrían hacia ella y vio a Kamal irrumpir en el claro.

—¡Señorita Clarissa! —exclamó con rostro afligido.

—¿Qué ha pasado? —respondió ella, alarmada y con el corazón acelerado.

—Su padre…

De pronto, su rostro recio y barbado se encogió como el de un niño. Se detuvo en seco y dejó escapar un extraño aullido de dolor que heló a la joven.

—¡No! —gritó ella con la voz rota—. ¡No!

Rígida, observó desbordarse las lágrimas de él y correr por sus mejillas. El dolor de Kamal se lo dijo todo: su padre había muerto.

Capítulo 5

A Jock Belhaven lo enterraron, conforme a su deseo, al lado de su esposa, Jane, detrás de la casa y no en el cementerio de Shillong como al resto de británicos. Kamal no lo había encontrado en su estudio, sino en el dormitorio en el que había convivido con ella, encogido sobre el lecho ya añoso en que había muerto la madre de Clarrie. El médico del fuerte dijo que su corazón estaba débil y había sucumbido tras años de fiebres. Los cultivadores solían morir a los cincuenta y cinco años.

A Clarrie la obsesionaba el recuerdo de la crueldad de las palabras que le había dirigido, las últimas que oyó de su hija mayor, y la imagen de su padre escabulléndose como un animal herido al santuario de su antiguo dormitorio. Su culpa se veía exacerbada por la amarga aflicción de Olive.

—¡Lo has matado tú! —le recriminaba entre sollozos—. ¿Cómo pudiste decirle cosas tan horribles?

Ella evitaba toda confrontación, en parte por considerar que estaba en lo cierto.

Al entierro, oficiado con premura por un misionero que trabajaba en el hospital de Shillong, acudieron pocas personas venidas de fuera de la aldea. Estuvieron presentes dos de las monjas del convento de Loreto, así como un cultivador de té de Gauhati que había pescado con el difunto en tiempos mejores, pero le habían dado sepultura dos semanas antes de que pudieran tener noticia de ello los cultivadores de plantaciones más lejanas, cuyas cartas de condolencia estaban empezando a llegar. Harry Wilson envió una nota breve, pero no hizo intento alguno de presentarse. De la hacienda de Oxford no se recibió nada y Clarrie no sabía si sentir rencor o alivio por ello.

Las hermanas prosiguieron nadando entre dos aguas, vestidas de luto y esperando a que ocurriera algo. No tuvo que pasar mucho tiempo para que el banco de Calcuta y otros acreedores hicieran llegar cartas de pésame en las que no olvidaban insistir de forma obstinada en la necesidad de vender Belguri. Clarrie se vio de pronto acosada por la posibilidad de ser desahuciada y tener que vagar sin blanca por las calles de Shillong o, lo que era aún peor, de Calcuta. Tal vez pudiesen rogar a las monjas que las aceptaran entre ellas, pero el simple hecho de pensar en una existencia tan limitada le resultaba deprimente.

El distanciamiento de Olive también le causaba dolor. La pequeña apenas le dirigía la palabra como castigo por haberla dejado sola la noche que murió su padre. Se había sumido en un lamentable estado infantil que la había llevado a pasarse las horas tumbada en la cama llorando.

Ni siquiera el sufrido Kamal podía hacer nada por consolarla.

Revisando los papeles de Jock, Clarrie había encontrado la dirección del primo Jared y le había escrito para comunicarle la muerte de su padre. Comenzó a coquetear con la idea de abandonar la India y aventurarse por el norte de Inglaterra, tierra desconocida para ella. Su padre había hablado con cariño de su infancia en una granja de montaña de Northumberland, aunque aquella hacienda hacía mucho que había desaparecido y el único familiar que les quedaba en aquellas tierras era, al parecer, aquel primo menor que había viajado a Newcastle en busca de trabajo. Jock había hablado con desdén de su ocupación al frente de un *pub*, pero cabía la posibilidad de que Jared tuviera más ojo para los negocios del que jamás había tenido *babu*. Si ella conseguía también colocarse allí, le sería posible mantener a Olive hasta que alcanzara la mayoría de edad. Después, tal vez pudieran encontrar un modo de regresar a la India. Cuanto más se preocupaba por su situación, más se convencía de que, si querían subsistir, debían abandonar Assam.

Pese a no haber recibido contestación alguna de Jared, Clarrie volvió a escribirle para preguntar si podía ayudarla a encontrar trabajo en Newcastle de ama de llaves o señora de compañía. Se le daban bien la cocina, la costura y la contabilidad y tenía buena mano con los criados y con la gestión de provisiones. No dudó en añadir a aquel primo desconocido que sabía muchísimo de té.

Tras enviar esta segunda carta, comenzó a inquietarse por lo que había hecho, pues no sabía gran cosa de aquel tal Jared. ¿Estaría casado? ¿Tendría familia? ¿Seguiría vivo? Como Jock no había sido nunca un hombre dado a mantener el contacto con sus amistades ni había escrito a nadie si no había sido estrictamente necesario, no tenía modo alguno de saberlo.

Cuando, un mes más tarde, llegó una carta en respuesta a la primera, Clarrie sintió una oleada de alivio al comprobar que había al menos alguien a quien recurrir. Corrió a contárselo a su hermana.

—¡Mira, Olive! ¡Ha escrito el primo Jared! Dice que siente mucho lo de papá y habla de cuánto lo quería cuando eran niños. La carta lleva la firma de Jared y Lily Belhaven. Debe de ser su mujer. —Se sentó en la cama, al lado de la pequeña—. ¿No es maravilloso tener al menos un pariente en este mundo?

—¿Y de qué sirve tenerlos tan lejos? —rezongó Olive.

La mayor hizo lo posible por transmitir optimismo.

—Podrían encontrarme trabajo. Les he pedido que lo intenten.

—¿Qué? —Olive se incorporó—. No estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿Quieres que nos vayamos a vivir a Inglaterra?

—¿Por qué no?

La pequeña se quedó pasmada.

—No sabemos nada de Inglaterra, aparte de que hace frío y llueve y las ciudades están llenas de humo, menos, claro, donde vive el rey. Tampoco conocemos a esos primos. ¿Y si resultan ser gente cruel que nos vende como esclavas?

Clarrie resopló con gesto divertido.

—No seas tonta. Me parece que has leído demasiados cuentos…

—¡No te burles de mí! —repuso la menor en tono de reproche—. Estoy hablando en serio: no quiero irme de aquí. En la vida.

Su hermana la tomó de las manos.

—Escúchame bien: yo tampoco, pero parece que no tenemos elección. Si queremos pagar las deudas de papá, tenemos que vender Belguri. No podemos dirigir este sitio solas. ¿Lo entiendes?

—Sí que tenemos una salida. —Olive hablaba con mirada implorante—. Podrías cambiar de opinión y casarte con Wesley Robson.

Clarrie la soltó.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que le hizo a *babu*? Papá se rindió después de discutir con él. Su visita le quitó todas las ganas de luchar.

—No —repuso indignada la hermana—, eso fue culpa tuya.

La mayor se puso en pie, cansada de oír quejas.

—No pienso discutir.

—¡Fue culpa tuya! —gritó Olive—. ¡De tu estúpido orgullo! Si le hubieses dado el sí al señor Robson, todo habría sido muy distinto. Papá habría acabado por aceptarlo después de ver que Belguri volvía a ser un sitio próspero.

—¿Quieres hacer el favor de bajar de las nubes? No habría sido como tú te lo quieres pintar: Robson se habría quedado con nuestras tierras y habría roto después sus promesas.

—Te equivocas —repuso la pequeña, de nuevo al borde de las lágrimas—. Esa era nuestra única salida, pero tú tenías que echarla a perder. ¡Si te hubieses casado con él, *babu* seguiría aún vivo!

Clarrie salió corriendo de la habitación con semejante acusación resonándole en los oídos. ¡No tenía sentido! Aunque ella se hubiera avenido a una unión tan detestable, su padre no habría dado jamás su consentimiento.

Sin embargo, fue incapaz de liberarse de aquel odioso pensamiento: ¿había acelerado la muerte de su padre por su negativa a consentir contraer matrimonio con Wesley? El futuro de Belguri habría sido muy incierto, pero, al menos, era el único clavo al que agarrarse y podía haber supuesto su salvación. Quizá debería haber tratado de convencer a su padre antes de que hubiese sido tarde. Aunque no había modo alguno de saberlo, la idea hacía más hondo aún su sentimiento de culpa por su muerte.

La semana siguiente salió a la venta la hacienda. Olive no había dejado de hostigar a Clarrie con la cantinela del egoísmo que había demostrado al rechazar a Wesley.

—Lo hecho, hecho está —espetó Clarrie—. Ahora ya es tarde para cambiar nada.

—Tal vez no —insistió Olive—. ¿Por qué no escribes al señor Robson para decirle que has cambiado de opinión o, mejor, por qué no vas a verlo? Yo te acompaño.

—¡No! —gritó Clarrie—. No podría. Ni siquiera ha mandado una nota de pésame.

—Entonces no le tienes a Belguri el aprecio que dices tenerle, ni el que le tengo yo —la acusó Olive—. Si estuviera en mi mano, yo haría cualquier cosa por quedarme aquí. Hasta casarme con alguien como Wesley Robson.

—Cállate ya —le rogó la mayor.

—No quiero —contestó ella—. Ni tampoco pienso irme de aquí. No voy a viajar a Inglaterra, ni a Newcastle, ¡y no me puedes obligar!

Clarrie trató de hablar con Kamal sobre lo que debían hacer, pero fue imposible contar con

él.

—Debe usted aceptar la voluntad de Alá —le respondió antes de seguir con su trabajo. La pena lo envolvía como bruma matinal.

Cuando llegó la segunda carta de Jared y Lily, en la que ambos se ofrecían a acoger a las dos jóvenes en su casa de Newcastle hasta que hubieran alcanzado la mayoría de edad, Clarrie sintió que le quitaban una losa de encima. Olive, en cambio, lloró hasta enfermar. Sufrió varios accesos violentos de tos que la dejaron postrada y un resfriado que le afectó al pecho. Su hermana y Kamal la cuidaron cada vez más preocupados. La doliente callaba con ojos febriles y recriminadores.

Clarrie comenzó a considerar lo impensable: iría a ver a Wesley Robson para rogarle que la ayudase. Se humillaría y pediría perdón si era lo que hacía falta para propiciar la recuperación de Olive. Tras llamar a Ama para que cuidase de ella, partió con Kamal al Alto Assam.

Cabalgó todo un día colina abajo por bosques y selvas y, tras pasar la noche en un salón de té, montaron de nuevo hasta llegar a Gauhati, a orillas del inquieto Brahmaputra. Dejaron los ponis en el albergue y tomaron un vapor que los dejó en Tezpur tras una travesía de dos días río arriba. Tras desembarcar, alquilaron un *tanga* que los llevó a las colinas que rodeaban Nagaon.

Tanto fascinó en un primer momento a la joven la ribera brumosa y templada del río que apenas había pensado en otra cosa que el propio viaje. Sin embargo, a medida que se internaban en territorio desconocido y se aproximaban a la hacienda de Oxford, se fue agigantando su desazón. ¿Qué diablos iba a decir cuando se encontrase cara a cara con Wesley Robson?

Cuando llegaron a las puertas de la hacienda, Kamal y ella quedaron sobrecogidos ante la escala descomunal de las plantaciones de té. Se extendían a lo largo de varios kilómetros y cubrían laderas completas hasta donde alcanzaba la vista. Después de recibir permiso para entrar, tardaron una hora en llegar al edificio de los cultivadores tras rebasar toda una colección de cobertizos grandes y bien construidos. Veintenas de braceros se afanaban entre las filas de arbustos, doblados todos bajo cargas pesadas. A Clarrie le sorprendió ver tanta actividad en un momento tan temprano de la estación, pero lo cierto es que allí las plantas estaban ya en flor y el aire era templado y húmedo, cuando en Belguri aún helaba por la noche.

En el corazón de la hacienda, rodeados por hermosos jardines, había bungalós bajos y un club con un campo de polo bien cuidado frente a él. El *mohurer* salió de su despacho para recibirlos y ofrecerles un refrigerio. Era bengalí y se puso a departir amigablemente con Kamal.

—Dice que puede llevarla a ver al subgerente —le dijo el *jansama*—. Está en la fábrica.

A Clarrie se le encogieron las entrañas.

—¿Y el señor Robson? —preguntó con la boca seca.

Kamal negó con la cabeza.

—Lo siento: él no está.

Ella insistió abatida:

—¿Y cuándo volverá?

Kamal volvió a cabecear.

—Debe hablar con el subgerente, el señor Bain.

En la fábrica, el ruido era ensordecedor. Las máquinas de vapor giraban entre chirridos al poner en movimiento rodillos gigantescos y ventiladores que zumbaban mientras secaban grandes cantidades de hojas. Clarrie pensó en su pequeño cobertizo de secado con bandejas de

bambú, que necesitaba cuatro kilogramos de leña de calidad para producir el carbón suficiente para secar quinientos gramos de té, y comenzó a hacerse cargo del abismo que había entre la Oxford y Belguri. Con razón se había mostrado Wesley tan sarcástico.

Quizá fuese aquel el motivo por el que su padre había dudado tanto en dejar que tuviera contacto social con los cultivadores de té del Alto Assam o visitara sus haciendas: para que no viese lo insignificante que era la suya propia. Se ruborizó al recordar cómo había presumido ante Wesley de sus exquisitos campos de té. Tal vez en otros tiempos hubiera tenido cabida un productor tan modesto, pero bastaba una mirada a aquella plantación industrializada para entender que Belguri había quedado anticuada.

El señor Bain era un hombre alegre de rostro rubicundo que no parecía mucho mayor que ella. La llevó de nuevo afuera y, al saber de dónde venía, no hizo nada por ocultar su sorpresa.

—¿De Belguri? Está en venta, ¿verdad? Tengo entendido que ha muerto su dueño.

—Mi padre —aclaró ella.

—¡Cuánto lo siento! ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy buscando al señor Wesley Robson —dijo Clarrie con el semblante encendido—. El año pasado se mostró interesado en comprar la hacienda.

—¡Ah! ¿Sí? —El subgerente alzó sus cejas claras.

—Me preguntaba cuándo podría hablar con él.

—Lo siento, señorita Belhaven, pero ya no está aquí. Desde septiembre.

—¿Desde septiembre? —repitió ella casi sin aliento.

—Sí. Yo lo estoy sustituyendo. Decía que ya sabía cuanto necesitaba. Lo cierto es que me sorprendió su actitud. Era como si tuviera prisa…

Clarrie consideró muy propio de Wesley creer que en menos de un año había aprendido todo sobre el cultivo de té.

—¿Y adónde ha ido? —preguntó.

—Pues… —El señor Bain soltó el aire de sus carrillos sonrosados—. Yo diría que quería viajar a Ceilán para comparar las plantaciones de allí, conocer mejor la India de camino, cazar unos cuantos tigres… En fin, esas cosas.

—Así que no piensa volver —dijo Clarrie con una extraña sensación de desaliento.

—Que yo sepa, no —respondió el subgerente mirándola con una curiosidad muy poco disimulada—. ¿Es que había alguna clase de entendimiento entre el señor Robson y usted?

La joven se puso colorada.

—No, nada de eso. Era solo una visita de negocios. Antes no teníamos intención de vender Belguri, pero, ahora, con la muerte de mi padre, ha cambiado la situación.

Bain asintió con un movimiento de cabeza.

—Entiendo, aunque dudo de que su presencia hubiera supuesto diferencia alguna.

—¿Por qué no?

—Porque Robson no es de los que se quedan a esperar y sospecho que, si vio rechazada su oferta, no debió de volver a pensar en ella: se la quitaría de la cabeza para dedicarse a la siguiente idea de negocio que debió de ocurrírsele. —Y con una sonrisa pesarosa añadió—: Siento no haberle sido de gran ayuda. Deje que la invite a almorzar.

Ella declinó la oferta. De pronto, no pensaba en otra cosa que salir de aquel lugar exuberante y opresivo. En cambio, rogó al joven que le proporcionase un cesto con alimento para el viaje de

vuelta. Él hizo patente su asombro al saber que había salvado tamaña distancia sin más compañía que la del *jansama* de su padre, pero Clarrie hizo caso omiso de su insistencia en que pasaran al menos la noche en la hacienda y lo dejó meneando la cabeza aturdido ante tan excéntrico proceder.

Antes de partir tenía otra misión que cumplir. Regresó al despacho del contable y preguntó al supervisor bengalí si podía echar un vistazo a «las hileras», las filas de casas de los braceros. Él pareció recelar de semejante solicitud, pero, cuando ella insistió en que contaba con el permiso del señor Bain, cedió y le indicó dónde se encontraban. Enseguida la asaltó el hedor de las aguas residuales. Los niños jugaban en el fango que rodeaba las chozas de adobe. Obviando los gritos del *chowkidar* que vigilaba las hileras, se agachó y entró en una de las viviendas.

Se trataba de un cubículo diminuto sin ventanas ni ventilación, tan oscuro que al principio le fue imposible ver nada. No entraban más luz ni más aire que los que lograban colarse por una abertura practicada en la techumbre de paja. Supuso que, en la estación de las lluvias, el suelo debía de trocarse en un charco de barro. En un extremo había apiladas ollas y esterillas para media docena de personas, en tanto que, por el olor, el rincón opuesto debía de hacer las veces de letrina.

Clarrie salió de allí aquejada de náuseas. Cuando regresara la humedad del verano, aquel lugar se convertiría en un criadero de mosquitos. Preguntó al agitado vigilante en lo poco que sabía de la lengua de Assam si conocía a un joven llamado Ramsha procedente de Belguri, en las colinas de Jasia.

—¿De los de las tribus? —dijo él con desdén—. Esos no son de fiar: están siempre metiéndose en peleas y buscando la ocasión de fugarse.

Cuando lo describió, el hombre se encogió de hombros como si quisiera convencerla de que no valía la pena perder el tiempo con gentes así. Ella montó en cólera.

—¡Su madre es amiga de mi familia!

Kamal intentó hacerla desistir.

—No nos puede decir nada.

—Tengo que encontrar a Ramsha. Se lo prometí a Ama. —No podía soportar la idea de que todo aquel viaje hubiera sido en balde.

Cuando volvieron al edificio principal, había corrido ya la voz de que andaba espiando y el subgerente se encaró con ella sin rastro alguno de la amabilidad que había desplegado poco antes.

—No debería haber ido a las hileras de los culis —espetó alterado—. Yo no le he dado permiso. Si se entera el gerente…

—Estoy buscando al hijo de una amiga —contestó ella sin intención de ceder— y quiero poder decirle que lo he visto y que se encuentra bien.

Él la miró boquiabierto.

—¿Uno de nuestros culis? —preguntó incrédulo.

—Por favor. Le prometo que me iré después de verlo. No he venido a causar ningún problema.

Con un suspiro impaciente, el joven se dirigió al despacho del *mohurer* y le dio la orden de satisfacer su petición.

—Y, luego, encárguese de que acompañan a la señorita Belhaven y su criado a la salida —

dijo antes de marcharse con una seca inclinación de cabeza.

El otro buscó en sus archivos y volvió cabeceando con gesto compungido.

—Lo siento. Murió hace dos meses. Como muchos de los que vienen de los montes, no se adaptó al clima de aquí.

—O a las condiciones —murmuró Clarrie.

Kamal la sacó del despacho y la llevó al *tanga* antes de que volviese a montar una escena. Ninguno de los dos fue capaz de decir palabra casi hasta que llegaron de nuevo al Brahmaputra.

Las semanas siguientes, mientras recogían y embalaban el contenido de la casa, Clarrie apenas tuvo tiempo de pensar mucho en la despedida que se acercaba. Como no habían logrado venderla, el banco se haría con ella, de modo que estaba deseando partir antes de tener que enfrentarse a la humillación de verse desahuciada. Había decidido viajar a Inglaterra con el dinero que pudiesen reunir de la venta de sus enseres personales. Se celebró una subasta que atrajo a no pocos curiosos del fuerte de Shillong: mujeres de militares y funcionarios que no querían perderse la deshonrosa retirada de lo que quedaba de la familia Belhaven.

Clarrie mandó a Olive a dibujar al campo para evitarle el oprobio de soportar a la muchedumbre expectante y se armó de valor para representar el papel de anfitriona y servir el té. Al final, apenas quedaron sillas en las que sentarse ni libro que leer. Lo único que se negó a vender fue el violín de la hermana, pese a los ruegos de la esposa de un policía que lo quería para su hijo: el instrumento de Olive viajaría con ellas a Newcastle a toda costa.

Reservaron pasajes para el vapor de Calcuta a Londres. Clarrie ansiaba salir antes del monzón, cuando aún era segura la travesía río abajo. Kamal había declinado la oferta de acompañarlas.

—Prefiero volver a mi pueblo y abrir un salón de té —había declarado— o quizás un albergue.

Clarrie temía el momento de tener que despedirse de Kamal y de Ama. Y de Príncipe. Un camarada de Harry Wilson se presentó con intenciones de adquirirlo y ofreció por él una cantidad considerable.

—¡No! —exclamó ella al verlo inspeccionar de arriba abajo al animal—. No está en venta.

A continuación, Kamal intentó hacerla entrar en razón:

—No puede llevarlo consigo a Inglaterra: ya se lo han advertido sus primos. ¿Por qué no se lo vende al soldado?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero regalárselo a alguien especial que sé que cuidará bien de él.

—Necesita dinero, señorita Clarissa —insistió Kamal con un suspiro—. ¿Quién es esa persona especial? No será ningún desharrapado de la aldea, ¿verdad?

Clarrie se echó a reír.

—No, no es ningún desharrapado: eres tú, Kamal. Quiero que te quedes con Príncipe.

Él abrió los ojos de par en par con gesto incrédulo. Se llevó un puño a la boca y fingió toser.

—No… No puedo… —balbució.

—Sí que puedes. Ojalá pudiese yo darte más por todo lo que has hecho por nosotros.

—Gracias —murmuró el *jansama* antes de volverse para ocultar las lágrimas.

El último día que pasó en Belguri, Clarrie se levantó antes del alba y cabalgó hasta el retiro del *swami* para observar por última vez cómo el sol se elevaba y besaba las cumbres del Himalaya y escuchar la agitación del bosque que se despertaba. Mientras recordaba la mañana aciaga en la que Harry abatió al ciervo y Wesley la llevó inconsciente a su tienda, se preguntó si la situación no habría sido distinta en caso de no haberlos conocido nunca.

Wesley había conseguido avivar la amarga rivalidad que había enfrentado a los Belhaven y los Robson y llevar al límite la crisis sobre el futuro de Belguri. En la soledad romántica de aquel lugar tan querido por ella se avino a reconocer que se había sentido atraída por él. Aun así, se odiaba por ello. Wesley era un ser resuelto y egoísta y, después de ver las condiciones en que había vivido y había muerto Ramsha en la plantación de té de los Robson, jamás perdonaría la crueldad con la que dio caza al hijo favorito de Ama. La vieja aya había llorado sin consuelo ante la noticia de su defunción y el sonido de su llanto y sus lamentos, que no cesaron en toda la noche, había sido casi insoportable.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición del anacoreta. Después de que se saludaran, como si supiera de su partida, el anciano se adelantó para ponerle una guirnalda de flores en el cuello y posar en su mano una piedra de tacto suave y del color rosa de las montañas al amanecer. Ella, conmovida, le dio las gracias y sacó del bolsillo el regalo que le había llevado.

—Son conchas marinas —le explicó—, de una playa de Northumberland, en Inglaterra. Mi padre las guardaba para no olvidar el mar de su hogar. Allí me dirijo. Nunca he visto el mar del Norte. Mi padre dice que muchas veces tiene el color de las nubes de tormenta. —Las puso en las manos del santón—. Seguro que quedan preciosas en su jardín.

Él asintió con la cabeza y sonrió. Al verla partir, entonó un canto de alegría de tonos agudos que la acompañó hasta mucho después de haberse internado de nuevo en el bosque y haberlo perdido de vista.

Kamal les hizo para desayunar unos huevos revueltos que ni ella ni Olive fueron capaces de comer. Tenía la intención de acompañarlas hasta que subieran a bordo del vapor de Gauhati y luego proseguir camino hasta Bengala occidental. Las pisadas resonaban en el bungaló vacío cuando lo recorrieron por última vez. En la terraza, la pequeña se lanzó a los brazos de su hermana y se aferró a ella.

—No quiero irme —lloró—. Siento todo lo que te he dicho. De verdad que no es lo que pienso.

Clarrie la apretó contra sí.

—Ya lo sé.

—Prométeme que nunca vas a abandonarme como mamá y como *babu* —le rogó.

—Te lo prometo —dijo ella abrazándola de nuevo con fuerza—. Vamos, que nos espera Kamal.

Tras mirar por última vez el bungaló, cerrado a cal y canto, llevó a su hermana, deshecha en lágrimas, hasta la entrada y la subió al *tanga* que iba a conducir Kamal mientras ella montaba a lomos de Príncipe. Se detuvieron en la aldea, donde Ama salió con sus hijas para abrazarlas y despedirse de ellas bañada en lágrimas. Clarrie no pasó por alto que llevaba puesto el broche y el collar que le había dado como recuerdo. Habían pertenecido a su madre y era justo que las tuviese la mujer que llevaba ocho años actuando como tal.

—No sé cuándo, pero volveremos —prometió la mayor—. Ya lo verás.

Se alegró de poder cabalgar detrás del *tanga* las horas siguientes, mientras cruzaban la selva, y que su llanto quedase ahogado por los chillidos de las aves y los monos.

Al día siguiente llegaron a Gauhati y al *ghat* en el que estaba fondeado el vapor. Hacía calor y había mucha humedad. Las lluvias tempranas habían doblado el caudal del río desde abril, las islas que se habían formado entonces habían quedado sumergidas y las aguas bajaban pardas por el limo que arrastraban de las laderas.

En el jardín del albergue, al lado de un cañón en desuso, se despidieron de su querido Kamal, por cuya barba resbalaban las lágrimas mientras se dejaba abrazar y prometía a las jóvenes ponerlas al corriente de su vida de cuando en cuando.

—Ha sido un honor conocerlas a ustedes y a Belhaven *sahib* —aseveró con voz ronca—. Que Alá las proteja.

—El honor ha sido nuestro, Kamal. —Clarrie sonreía y lloraba a un tiempo—. Has sido nuestro mejor amigo. Gracias.

Entonces, acarició a Príncipe y hundió el rostro en su cálido cuello por última vez.

—Cabalga bien, Príncipe mío —le susurró al oído.

El animal soltó un bufido y le frotó el hocico con ademán inquieto, como si adivinara que iban a separarse.

Lo último que vieron de Gauhati mientras el vapor se alejaba del concurrido *ghat* fue a Kamal saludándolas a lomos del poni. Ellas le respondieron agitando los brazos y gritándole hasta que quedó convertido en un punto en la distancia.

Exhaustas por la emoción, tomaron asiento en la cubierta de proa y vieron pasar las colinas boscosas de Garo, tras las cuales, muy a lo lejos, se hallaba su hogar de Belguri. A medida que avanzaban río abajo y embarcaban pasajeros nuevos, el Brahmaputra se iba ensanchando casi hasta tomar dimensiones más propias de un mar. Los cocodrilos dormitaban en los arenales de la ribera y la tripulación aprovechaba la oscuridad de la noche para pescar desde la popa.

Tras pasar dos días más a bordo, llegaron a Rangpur, el nudo ferroviario desde el que habrían de proseguir viaje en tren hacia Calcuta. Clarrie apenas guardaba recuerdos de haber hecho aquel recorrido con sus padres cuando habían acudido a la gran ciudad para hacer negocios, comprar ropa y disfrutar de una velada en el teatro. Olive, que no tenía memoria alguna de nada de aquello, se fue volviendo más afligida y callada a medida que se alejaban de Assam. Cuando llegaron a Calcuta y a la misión en la que habrían de pasar dos noches antes de partir de la India, se había sumido ya en el silencio.

Su barco zarpó el 8 de julio con un asfixiante viento cálido y un sol cegador que reverberaba en el mar y obligó a Clarrie a entornar los ojos y usar las manos de visera para contemplar los últimos vestigios de tierra firme mientras se internaban entre sacudidas en alta mar. El ajetreo del muelle, el parloteo de los vendedores callejeros y los olores de sus fogones retrocedieron con demasiada rapidez. La India, el único hogar que había conocido, el único en el que había deseado estar, se desvaneció sin que pudiera hacer nada. Con todo, cuando se había hecho ya de noche y las estrellas iluminaban el cielo, ni ella ni la silenciosa Olive lograron dejar el lugar que ocupaban al lado del pasamanos para retirarse al interior.

Capítulo 6

Newcastle (Inglaterra), 1905

Cuando bajaron del tren a primera hora de la mañana al llegar a la estrepitosa Estación Central de Newcastle, Clarrie sintió que la mano con que le tenía tomado el brazo Olive se estrechaba como un torniquete. Todos parecían saber adónde iban en aquel edificio cavernoso: solicitaban los servicios de los maleteros y se echaban a andar sin tiempo para reparar siquiera en aquellas muchachas de extraño atuendo rematado por coloridos chales de lana y *sola topis* o salacots, sombreros para el sol tropical que sujetaban a la cabeza con sendos pañuelos.

—Tranquila —dijo la mayor—, el primo Jared prometió que estaría aquí para recibirnos.

De pie al lado de su modesto baúl y tomadas del brazo, aguardaron nerviosas a que las llamasen. Llevaban toda la noche en vela y estaban cansadas y muertas de hambre. Cuando el andén se despejó, Clarrie vio a un hombre que les hacía señas desde la barrera y contuvo el aliento. Por un instante, pensó haber visto en él a Jock, pues tenía su misma calva, su rostro alargado y su constitución enjuta. Además, tenía los brazos en jarras con el mismo aire impaciente de su padre. Sin embargo, el parecido acababa aquí: aquel hombre tenía unas enormes patillas que casi formaba barba y una panza que tensaba los botones de su chaleco marrón.

—¡Hola, jóvenes! —gritó—. Si estáis buscando a Jared Belhaven, ¡aquí lo tenéis!

Viendo que su primo no tenía ninguna intención de pagar el acceso al andén para ayudarlas, Clarrie se agachó para asir un extremo del baúl con una mano y el violín de su hermana con la otra.

—Venga, Olive. Coge tú la otra asa, que no hay que andar mucho.

La pequeña no dijo nada, aunque lo cierto es que en lo que había durado la larga travesía por mar apenas había hablado. Había pasado la mayor parte del viaje encerrada en el camarote, aquejada de mareos. Mientras avanzaban a duras penas hacia la cancela con el equipaje, corrió a ayudarlas un maletero muy joven y porte alegre que colocó el baúl en su carrito antes de decir con gesto amable algo que Clarrie no entendió.

Jared las recibió con un desgarbado apretón de manos.

—Así que vosotras sois las hijas de Jock. Siento vuestra pérdida. Es una lástima, de verdad. —Las miró sin disimular su curiosidad antes de preguntar—: Bueno, y ¿quién es quién?

—Yo soy Clarissa —contestó la mayor—, pero papá siempre me llamaba Clarrie, y ella es

Olive.

Él sonrió a esta última y le pellizcó la mejilla.

—No puedes negar que eres Belhaven: eres clavada a tu padre. —A lo que añadió con menos certidumbre—: Y tú, Clarrie, supongo que habrás salido a tu madre. Por lo que sé, tenía sangre india.

—Sí —dijo ella sonrojándose—, era medio inglesa, medio asamesa.

Él le dirigió una mirada extraña.

—¡Qué le vamos a hacer! —Volviéndose, las llevó hacia la entrada—. Nos está esperando la calesa ahí fuera —les dijo con aire misterioso.

La calesa resultó ser una carreta plana que tenía por tiro un poni negro y robusto. Jared ordenó al maletero que cargase el baúl en la parte trasera. El muchacho aguardó silbando a recibir la propina que le correspondía y Clarrie, al ver que Jared no le hacía el menor caso, buscó una de las pocas monedas que conservaban aún, una pieza de plata de seis peniques, y se la dio. Al verla, el joven abrió los ojos de par en par con gesto sorprendido.

—¡Gracias, señorita! —Sonriendo, la metió de inmediato en el bolsillo.

Jared la reprendió al ver desaparecer al muchacho.

—Con un penique habría bastado. Con mimarlos demasiado no les hacemos ningún bien. —Antes de que ella pudiese responder, preguntó—: ¿Y el resto del equipaje? ¿Os lo enviarán después?

—No, esto es todo lo que tenemos —dijo Clarrie.

Él la miró con incredulidad antes de encogerse de hombros y concluir:

—En fin, siempre podéis compraros ropa nueva aquí. Mi Lily estará encantada de llevaros de tiendas.

Ella asintió con la cabeza, aunque se preguntaba con qué dinero iban a adquirir aquella ropa nueva. Iba a tener que encontrar trabajo pronto si no quería ser una carga para sus primos.

La inquietud relativa al dinero no tardó en disiparse cuando subieron a la carreta y se unieron al tráfico dando sacudidas. Jared arreó al poni para que trotase en dirección oeste. Las dos jóvenes contemplaron boquiabiertas los edificios enormes y sólidos que se elevaban a uno y otro lado, altos y sólidos, dotados de espléndidas puertas y ventanas con arcos de medio punto de mampostería y rematados en tejados puntiagudos, cúpulas y esbeltos cañones de chimenea que se alzaban hacia el cielo gris preñado de humo.

Clarrie había visto edificios grandiosos en Calcuta, pero nunca semejante variedad de estilos, todos ellos ennegrecidos. Si los de la India relucían a la firme luz del sol, la piedra de los de allí se mostraba oscura como el hollín.

De pronto, Jared se apartó con un movimiento brusco para esquivar un vehículo enorme que se dirigía hacia ellos con un ruido mecánico. Olive dio un chillido y se aferró a Clarrie en el momento en que pasó a su lado su gigantesca estructura, haciendo sonar la campana por encima del traqueteo.

—¿Qué era eso? —consiguió preguntar Clarrie.

Jared soltó una sonora carcajada antes de anunciar:

—Un tranvía eléctrico, joven. ¿En la India no hay?

—Donde vivíamos nosotras, no —dijo ella.

—Te deja en la ciudad en un santiamén. Mi Lily, sin embargo, prefiere ir andando. Dice que

Dios nos ha dado las piernas para algo. Además, en las tiendas de Elswick tienen de todo. ¿Para qué vamos a ir a la ciudad?

Jared pasó el resto de aquel breve trayecto hablándoles de su negocio. Llevaba un *pub* muy respetable que él prefería llamar hotel. Tenía un bar, una sala de estar en la que cobraban un penique extra por el servicio de camarera y, en la parte trasera, una pastelería que dirigía Lily y que no iba nada mal.

—Vienen de todas partes a comprar sus pasteles. Hasta hay gente de postín de Westgate Hill que nos hace sus encargos de manera habitual. —Miró a Clarrie—. Decías en la carta que te gusta cocinar y todo eso. Tal vez puedas echarle una mano a Lily en la cocina mientras Olive me ayuda a mí en el bar. Seguro que los clientes agradecen una cara bonita y joven como la suya.

La pequeña miró a su hermana con gesto horrorizado.

—Yo estaré encantada de ayudaros —respondió Clarrie— y dedicaros todo el tiempo que me sobre, pero Olive tiene la salud delicada. Además, tenía la esperanza de poder enviarla a la escuela aquí.

Él se volvió hacia ella, tan sorprendido que a punto estuvo de caer de su asiento.

—¿A la escuela? ¿Qué edad tiene?

—Acaba de cumplir los quince.

—¡Quince! Las muchachas de aquí empiezan a trabajar con doce o trece años. —Rompió a reír como si acabase de oír un chiste desternillante—. No, no: las dos vais a tener que ganaros el sustento.

Clarrie, con el corazón en un puño, se las compuso, no obstante, para dedicar una sonrisa alentadora a la pequeña, en cuyo rostro fue asomando un desasosiego cada vez más evidente a medida que avanzaban. Los grandiosos edificios no tardaron en dar paso a hileras uniformes de viviendas de ladrillo que, encaramadas a una ladera pronunciada, escupían humo sin excepción. A la izquierda se veían naves fabriles, grúas y remolcadores que ululaban en un río de color lodoso. Rodaron por una larga calle de comercios con los escaparates resguardados bajo toldos desvaídos donde ya había empezado el ajetreo.

—Esta es Scotswood Road —las informó orgulloso Jared—. Aquí podéis comprar cualquier cosa que se os ocurra.

Clarrie observó a las comerciantes que poblaban la acera polvorienta, ataviadas en exceso con faldas pesadas y oscuras y abrigos, pese a que aquel prometía ser un día veraniego. Como si quisieran compensar lo insulso de su vestimenta, llevaban una variedad inverosímil de sombreros, de ala ancha y adornados con cintas, plumas y flores falsas.

Un par de críos descalzos que vigilaban un caballo de tiro miraron embobados al verlas pasar.

—¿Has visto qué par de pimpollos? —dijo uno de ellos señalándolas.

—¿Adónde van, señoritas, a un baile de disfraces? —gritó el otro.

Su desparpajo hizo que Clarrie recordase a los niños de la aldea. Los saludó con un gesto del brazo y provocó con ello que se echaran a reír con más intensidad.

—No les hagas caso —dijo Jared—. No son más que un par de golfos.

—Tranquilo, no me importa —sonrió ella—. Supongo que llamamos la atención con nuestros *sola topis*.

—Sí —respondió él en tono burlón—. Desde luego, no os van a hacer mucha falta con el sol

de Elswick. —De pronto, giró esquivando el tráfico para enfilar una bocacalle—. Esto es Cherry Terrace —anunció.

La joven hizo lo posible por ocultar su desaliento. Había imaginado una avenida amplia de hermosos ejemplares del árbol que daba nombre a la vía dando sombra a casas con barandas y jardines bien cuidados, como las que había visto representadas en las paredes del hotel Pinewood de Shillong. Sin embargo, aquella «calle de los cerezos» era estrecha, tenía el suelo empedrado y estaba constreñida por dos filas ininterrumpidas de casas de ladrillo en las que no cabía ver una brizna de hierba ni un árbol.

—Pues ¡ya hemos llegado! —exclamó Jared al detener la carreta ante una hilera de ventanas sucias a medio esmerilar. Sobre la puerta de entrada había unas letras doradas desvaídas que anunciaban el Cherry Tree Hotel.

—Bajaos aquí, que voy a llevar a la parte de atrás a Barny y la calesa.

Al abrir la puerta, Clarrie se vio asaltada por el olor nauseabundo de *whisky* rancio y humo de pipa que tan bien conocía del estudio de su padre. Tuvo que tragar bilis y apartar la imagen del cuerpo consumido de Jock tumbado en el viejo catre de campaña que iba a asaltarla. Las dos se encontraron en un vestíbulo diminuto de madera barnizada de color oscuro con una puerta a la izquierda, identificada como «Bar» y otra, a la derecha, con un cartel que decía «Salón». De la primera llegaba un murmullo de voces masculinas. ¿Bebiendo, a esas horas de la mañana? Ante ellas se abría una tercera puerta, que Clarrie abrió sin dudar un instante.

—¿Prima Lily? —llamó.

Entraron en una sala con cocina envuelta en un olor abrumador de carne hervida. En los fogones humeaban ollas de gran tamaño cerca de una mesa robusta cubierta de harina y masa estirada con rodillo. El suelo de madera estaba despejado y restregado con esmero y, en el mobiliario, de sobriedad espartana, solo destacaba un sillón tapizado frente a la candela. Las paredes estaban desnudas, sin más decoración que un opúsculo religioso de estridentes ilustraciones sobre la invitación a entrar por la puerta estrecha. Muchos son los que lo intentan, advertía, pero pocos los que dan con ella.

Clarrie miró a Olive, cuyo rostro había quedado teñido de un enfermizo tono ceniciento, y corrió a sentarla en una banqueta de cocina. De la trascocina apareció entonces una mujer menuda y recia con la blusa arremangada sobre unos brazos robustos y el cabello gris recogido en un moño bien apretado.

—Prima Lily —dijo Clarrie con una sonrisa mientras le tendía la mano.

—Llamadme señora Belhaven —respondió ella haciendo caso omiso del gesto.

—Por supuesto —respondió Clarrie antes de presentarse y hacer otro tanto con la pequeña.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lily a Olive—. Tienes peor cara que un pez sin agua.

—Lo ha pasado muy mal durante el viaje en barco —explicó la mayor—. Bastará con que guarde cama un par de días para que recupere las fuerzas.

Lily soltó un bufido.

—En mi casa no se guarda cama. —Entonces se acercó a Olive y le puso una mano en la frente.

La joven se echó atrás ante el olor a cebolla que emanaba de aquellos dedos ásperos.

—No te vendría mal comer un poco. Estás hecha un saco de huesos. ¿Te gusta el pastel de cerdo?

—No comemos cerdo —anunció Clarrie.

Lily clavó en ella una mirada incrédula.

—¿Por qué no?

—Nuestro *jansama*, Kamal, no podía cocinarlo. Es mahometano, ¿sabe? Así que nosotras tampoco lo comíamos.

Lily vació el aire de los carrillos con aire escandalizado.

—Pues aquí vais a comer lo que se os dé. ¡Y dad gracias! Ya le dije yo al señor Belhaven que se estaba metiendo en camisa de once varas trayendo a dos jovencitas bajo este techo, pero es más blando que unas gachas. Dice que sois familia suya y que no puede hacer otra cosa. Lo que no entiendo es por qué se empeña en sentirse en deuda con ese primo suyo. Jock siempre fue un bala perdida. ¡A quién se le ocurre gastarse la pensión del ejército en un pedazo de selva entre paganos! ¡Si se veía a la legua que de ahí no iba a sacar nada!

Sin parar siquiera para tomar aire, siguió sermoneándolas sin dejar de remover las ollas que tenía al fuego.

—Y aquí os tenemos: dos huérfanas que se nos meten bajo el ala, ¡como si no fuera bastante trabajo comer los dos y mantener un negocio respetable en esta parte de la ciudad! ¡En fin! Son pruebas que nos manda el Señor.

De pronto, Olive dejó escapar un gemido angustioso y se deshizo en lágrimas. Clarrie corrió a rodearla con los brazos.

—Y, ahora, ¿qué le pasa? —gritó Lily.

—Pues —respondió Clarrie— que la ha impresionado con su charla sobre huérfanas. No es más que una niña y acaba de dejar a miles de kilómetros el único hogar que ha conocido nunca. ¿No se da cuenta de lo aterrador que es eso?

Lily la miró como si no estuviera acostumbrada a que le replicasen. Resopló con gesto de desaprobación, pero se acercó a Olive y le puso la mano en la cabeza gacha de la pequeña.

—No hay que ponerse así, chiquilla: en mi cocina no quiero lágrimas. Si no te gusta el cerdo, puedes comer queso y patatas. Los clientes se vuelven locos con mi pastel de queso y patata. Es el más popular de los que hago. ¿Ese te gusta?

La mayor asintió con un gesto.

—Seguro que le encanta. Gracias.

Lily dio un paso atrás.

—¡Por Dios bendito! ¿No tiene boca la niña o es que a ti te gusta oírte hablar?

Clarrie soltó una abrupta carcajada.

—Un poco de todo, señora Belhaven.

Sin embargo, el gesto severo de Lily dejaba claro que no lo había dicho en tono jocoso. Clarrie, en consecuencia, se puso en pie de inmediato para preguntar:

—¿Puedo ayudar en algo?

En ese momento se abrió de golpe la puerta de atrás y entró Jared.

—¡Vaya! Me alegra ver que habéis congeniado las dos —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja.

Su esposa resopló y lo fulminó con la mirada mientras contestaba:

—Tú, al bar, que hay muchos clientes a los que servir y no me fío de que el joven Harrison no esté cobrando de menos.

Él obedeció resignado, lanzando un guiño a Clarrie como si quisiera compartir una gracia con ella.

La joven, agotada por el viaje, pasó el resto del día ayudando a Lily a hornear pasteles, escuchando con atención las veleidosas críticas que dirigía a sus clientes, vecinos y rivales. La convenció de que dejase a Olive retirarse temprano. Cuando a ella, en cambio, la dejaron unirse a su hermana una vez cerrado el *pub*, le dolían los ojos y la cabeza del cansancio.

La porción del desván que haría las veces de su dormitorio no era más espaciosa que la despensa de Belguri, aunque el sucio tragaluz que tenía por toda ventana la hacía casi tan lóbrega. Las dos tenían que compartir la cama que, junto con una mesa, una silla y dos cajones para el té puestos en equilibrio uno encima del otro a fin de que guardasen sus pocas prendas de vestir, conformaba el escaso mobiliario de la alcoba. Si bien las salas de la planta de abajo contaban con lámparas de gas, ellas no tenía más que una vela con que iluminar el camino desde su cuarto hasta la letrina situada en el patio trasero.

—Os tiene que durar toda la semana —les advirtió Lily.

Para lavarse tenían que usar la trascocina.

Olive quedó petrificada ante la distancia que había que salvar y que pasaba al lado del dormitorio de los Belhaven y del cuarto que reservaban para viajeros y les permitía presentar con orgullo su establecimiento como un hotel. Clarrie tuvo que acompañarla. Mientras hacía guardia en aquel gélido patio, se asomó a la media puerta del cobertizo contiguo para acariciar a Barny. Mientras frotaba su rostro contra el hocico del caballo y aspiraba su olor, sintió una honda punzada de dolor por la pérdida de Príncipe y de su antigua vida.

¿Qué estarían haciendo en aquel momento su poni y Kamal? ¿Cómo estarían Ama y los suyos? ¿Se habría instalado ya alguien en Belguri? Si le dolía imaginar a un grupo de extraños viviendo en su hogar, menos gracia aún le hacía la idea de que este pudiese caer en la decadencia, sin vender y sin nadie que lo amara.

Al volver al desván, ninguna de las dos pudo conciliar el sueño por la ansiedad del futuro que tenían ante sí.

—No soporto estar aquí. Esta habitación parece una celda —susurró Olive— y esa mujer es una bruja. No pienso trabajar en ese horrible bar que tienen. No pueden obligarme.

—No te preocupes —la tranquilizó Clarrie—, no vamos a estar aquí mucho tiempo. Voy a encontrar un buen trabajo.

Olive se aferró a ella.

—No irás a dejarme aquí, ¿verdad?

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar una cosa así? Voy a cuidarte siempre. Lo prometo.

Clarrie tenía la impresión de acabar de quedarse dormida cuando la despertaron violentos golpes en la puerta.

—Arriba, muchachas —gritó Jared—. Hay mucho que hacer. ¡Se acabó el dormir!

Mientras la mayor gruñía y se afanaba en salir de la cama, Olive se tapó la cabeza con las delgadas colchas que tenía por todo abrigo y rompió a llorar.

Capítulo 7

Cuando tocaba a su fin la semana, Clarrie estaba al borde de la extenuación. Nunca había trabajado tanto: se levantaba a las cinco para alimentar los fuegos, cocinar y limpiar para Lily, después de haber atendido a los clientes y haber fregado los vasos para Jared hasta altas horas de la noche. Le dolía la espalda a todas horas de acarrear cubos de la carbonera y tenía las manos en carne viva de tanto fregar.

Con todo, parte de aquella situación era culpa suya, pues desde el principio se había mantenido firme respecto de Olive.

—Es demasiado joven para ponerla a servir a hombres hechos y derechos en el bar —insistió — y el humo de sus pipas es perjudicial para su asma.

—Pues yo necesito a alguien que se encargue del salón —rezongó Jared—, sobre todo por las noches, cuando está más concurrido.

—¿Y cómo os las arreglabais antes? —se atrevió a preguntar Clarrie.

—Teníamos contratada a una muchacha de la edad de Olive —respondió él con gesto significativo.

—Una completa inútil —espetó Lily—. Cuando nos enteramos de que ibais a venir, la despedimos.

Clarrie ocultó su consternación.

—Entonces, yo haré su trabajo —dijo. Creyeran lo que creyeran sus primos, aquella situación sería temporal.

—¿Y qué me dices de la pequeña? —replicó Lily—. No pensarás que puede pasarse el día sin hacer nada como una marquesa, ¿verdad? Nosotros, desde luego, no podemos permitírnoslo. Tendrá que hacer algo para ganarse el sustento.

—Tiene muy buenas manos —respondió Clarrie—. Sabe coser y zurcir y puede ayudarla a hacer pasteles si le enseña a hacer la masa.

—¿Nunca habéis hecho masa? —exclamó la otra.

—No, nuestro *jansama*… —La joven se interrumpió. No había tardado en comprender que sus primos odiaban oírla hablar de su vida en la India o referirse a sus sirvientes. Sonrió—. Le estaremos muy agradecidas si nos enseña.

Olive se resignó a confinarse en la cocina de Lily, por más que odiase perder de vista a Clarrie. A esta, por su parte, le resultaban más soportables las noches atendiendo a la clientela que las críticas y los sermones de Lily. Aunque le había repugnado la idea de verse en aquel bar

lleno de humo, lo cierto es que tuvo ocasión de sorprenderse al ver que los hombres que lo frecuentaban eran, en su mayoría, gentes simpáticas y amables. Jared hablaba con orgullo del hecho de que se hubiera criado en la plantación de su primo.

—¡Si es la emperatriz de la India!

—¿Cómo se encuentra hoy la *memsahib*?

—¡Vamos, cielo! ¡Ponme otra!

—¡Nos vemos mañana, Clarrie, guapa! ¡Que seas buena!

El único cometido que se resistía a hacer era el de limpiar la escupidera que había en la entrada del bar, aquello le provocaba arcadas.

—No pienso hacerlo —había dejado bien claro a Jared.

Él cedió.

—Supongo que podemos dejarlo en manos del joven Harrison.

El «joven Harrison» era un hombre carrilludo que había cumplido ya los treinta y al que había que explicarle las cosas tres veces antes de que se pusiera a ello. Estaba a las órdenes de Jared en el bar y también repartía pasteles en la calesa. Se confundía si le cambiaban la ruta y se molestaba si le gritaban, pero la mayor parte del tiempo se mostraba alegre y servicial. Clarrie tuvo ocasión de sentirse aliviada al saber que no le resultaba repugnante retirar los gargajos de la clientela de aquel recipiente de latón.

En el salón, se maravilló al ver que tenía que atender también a mujeres. Algunas entraban con sus maridos para tomar media pinta de cerveza negra o una copa de jerez dulce, pero había otras que acudían sin compañía. Cuando se lo comentó a Lily, esta respondió con gesto de desaprobación:

—¡Esa panda de ordinarias…! Mientras paguen lo suyo y no den problemas entre los hombres, habrá que aguantarlas.

A la joven le daban lástima. Casi todas parecían desnutridas y extenuadas. Después de una o dos copas, empezaban a alegrarse y ofrecían un concierto improvisado. A veces las seguían varios hijos como pollitos tras la gallina, aunque Jared los hacía esperar fuera.

Una tarde de calor, entrada casi la noche, Jared perdió los estribos cuando la vio salir con una bandeja con agua para los niños.

—¿Qué diablos haces? ¿Te has creído que somos de la beneficencia?

—Es que tienen sed —respondió ella, estupefacta ante tanta vehemencia. Nunca lo había visto tan furioso y se sintió casi aterrada.

—Y cuando vean lo blanda que eres vamos a tener haciendo cola aquí delante a todos los golfillos del barrio —gritó—. Vuelve adentro, a servir a los clientes que pagan, y ni se te ocurra volver a hacer algo así.

Después de verlo marchar con la cabeza en alto, las mujeres del salón acudieron a consolarla.

—No le hagas caso. ¡Es un tacaño sin corazón! —le dijo una tocada con un colosal sombrero morado.

—Lo que pasa es que tiene miedo de que se entere esa arpía con la que está casado —rio una más joven—, que odia a los niños.

—Sí, cielo, la verdad es que has sido muy atenta —dijo una tercera mientras apuraba su bebida y se ponía en pie con torpeza.

Clarrie notó que renqueaba de manera aparatosa.

Aquellas mujeres parecían personas respetables, pese a estar envueltas en cierto olor acre y tener los zapatos desgastadísimos. Quiso preguntarles cómo habían ido a parar a un lugar tan deprimente como aquel, en el que ni siquiera podían entrar con sus hijos, pero tuvo miedo de ofenderlas.

—Es un placer que la atiendan a una personas como tú —aseveró sonriente la que cojeaba, que se llamaba Ina—. Tienes una cara muy linda y una voz preciosa.

—Sí, pareces demasiado refinada para un sitio como este —sonrió Lexy, la más joven—. ¿Dónde te encontró el viejo Patillas?

—Somos familia —respondió Clarrie—. Mis padres murieron y el primo Jared nos ha acogido a mí y a mi hermana, Olive.

Las mujeres se compadecieron de ella y su amabilidad la llevó al borde de las lágrimas.

—Cuídate mucho, cariño: eres un rayo de sol después de la tormenta de esa arpía de ahí dentro. —Maggie, la del sombrero morado, hizo una mueca y señaló hacia la cocina con la barbilla—. No se cansa de mirarnos como quien huele orines.

Ina bajó la voz.

—Pues ella no es que sea de alta cuna. Mi madre fue la comadrona que la trajo a este mundo y dice que su casa no era precisamente un palacio. Lily sin Calzas, la llamaban.

—Sí, por eso es tan mala persona —añadió Lexy—. ¡Si hasta agria la leche! Seguro que a ti te trata con la punta del zapato. De las otras no ha habido una sola que fuera capaz de aguantarla más de cinco minutos.

—¿Las otras?

Lexy asintió.

—Ha tenido aquí más camareras que jarras de cerveza.

Clarrie sonrió.

—Yo tampoco voy a quedarme aquí mucho tiempo: solo hasta que encuentre una mejor posición.

Las mujeres se echaron a reír a carcajadas.

—¿Una mejor posición?

—¡Que tengas suerte, cielo! —exclamó Ina.

—¡Venga, Maggie! —dijo Lexy entre risitas a su amiga—. Que nosotras tenemos que volver a nuestras *posiciones* en el lavadero.

Salieron del *pub* con ruido de tacones y despidiéndose con gesto alegre. Pese a sus burlas, Clarrie rio mientras limpiaba y deseó volver a verlas.

Por fin llegó el domingo, un día que traía consigo la promesa de poder levantarse algo más tarde. Sin embargo, la sacaron de un sueño profundo los golpes que dieron en la puerta a las seis y media. Había que hacer tareas domésticas y preparar el almuerzo antes de la misa de once. A las diez y media salieron juntos para ir andando a la iglesia. Lily, ataviada con un vestido azul marino, un abrigo negro y un sombrero de rafia del mismo color, miraba de reojo el atuendo de color de melocotón de Clarrie y el amarillo pálido de Olive.

—¿No tenéis abrigos? —les preguntó.

—Aparte de nuestros chales, no —respondió la mayor—. Vamos a tener que comprar unos

para el invierno.

—Los vais a necesitar antes. —El tono de Lily era inflexible—. No puedo llevaros a la iglesia como si fuerais a un baile. Mañana iré al ropavejero. ¡Y ni se os ocurra salir con esos sombreros!

Se fue a buscar algo más adecuado y volvió con una capota lila pasada de moda que encajó a Clarrie en la cabeza antes de atársela bajo la barbilla con un lazo negro enorme haciendo caso omiso de sus quejas.

—Vas a tener que arreglártelas con esto —gruñó—. Olive es todavía joven y puede ir sin sombrero. La semana que viene le habremos encontrado uno.

Jared y Lily encabezaron la comitiva por Cherry Terrace seguidos por las dos hermanas. Tanto le dificultaba la visión la capota que Clarrie tenía que avanzar girando la cabeza a izquierda y derecha para ver cuanto tenía a su alrededor. A Olive, que había pasado toda la semana triste y sumida en el silencio, le entró la risa.

—¡Vaya facha que llevas! —murmuró.

—Tengo la sensación de estar en un túnel —respondió ella—. Avísame si ves que me va a arrollar un tranvía, por favor.

Olive la tomó del brazo.

—¡Pareces una pastorcilla!

—¡Más bien una abuelita!

Las dos ahogaron las risas al ver volverse a Lily con gesto de reprobación.

Llegados a lo alto de la calle, Lily y Jared se detuvieron para recuperar el aliento. Clarrie miró a su alrededor. El día se presentaba soleado y era la primera vez desde su llegada que dejaban los confines del Cherry Tree Hotel. La brumosa ribera del río se perdía en la distancia, acotada a uno y otro lado por una gran extensión fabril y por casas apiñadas. Más allá, en cambio, se veían lomas verdes de pendiente suave salpicadas de arboledas. Sintió la necesidad imperiosa de liberarse de aquella ridícula capota y cabalgar por aquellas colinas misteriosas.

—¿Qué es aquello? —preguntó señalando.

—El condado de Durham —respondió Jared—. Está al sur, pero todo lo que ves al oeste y al norte —añadió extendiendo el brazo con un gesto amplio— es Northumberland.

El corazón le dio un respingo: ¡Northumberland, la tierra de su padre!

—¿Se ve desde aquí la granja de papá? —preguntó emocionada.

—¡Qué va, criatura! Eso está kilómetros más al norte, cerca del mar.

—¿Nos vas a llevar un día?

—¡Por supuesto que no! —los interrumpió Lily—. ¿Tú ves que tengamos tiempo para excursiones? Además, allí no hay nada que ver. ¡Hierba, agua y se acabó!

En aquel momento, Clarrie ansiaba ver precisamente hierba fresca y agua clara. Por un instante se imaginó en el claro que se abría ante la cabaña del *swami*, el lugar en el que el destino la había arrojado a los brazos de Wesley Robson. Resultaba extraño pensar en eso en aquel momento. Molesta, imaginó que él habría disfrutado viéndola caer tan bajo después de que ella lo rechazase. Al menos, era muy poco probable que llegara a dar con ella en la Elswick de la clase obrera.

Se tragó el desengaño que le habían provocado las palabras de desdén de Lily, aunque resolvió más aún descubrir, algún día, el viejo hogar de su padre.

Los Belhaven asistían al culto en la iglesia presbiteriana de John Knox de Elswick Road, un edificio imponente con pórtico y una galería en la planta alta. Los bancos estaban muy pegados unos a otros. Jared las llevó a uno situado en la mitad del pasillo. La iglesia era sencilla si se comparaba con la de la guarnición de Shillong o la capilla de las monjas: sin velas, incienso ni sacerdotes de túnicas coloridas. Jock, que en teoría era anglicano, raras veces las había llevado a la iglesia.

Con todo, Clarrie recordaba momentos en los que su madre, de educación católica, había acogido misas sencillas en el jardín de Belguri en conmemoración de algún santo y el aire se había preñado de los cantos de los pájaros. A veces, las había llevado, a Olive y a ella, a la aldea a observar las fiestas locales y a dejar ofrendas en forma de alimento en los escalones del templo. Había quedado embelesada por la exuberancia de ocasiones así, rodeada de tambores y de gentes que bailaban y cantaban, cubiertas de pintura roja o guirnaldas de flores.

Aquel culto era mucho más sombrío, repleto de rezos y con un sermón larguísimo. Aun así, al llegar a los himnos, el poderoso sonido del órgano y las voces amenazaron con arrancar el tejado de sus cimientos. Olive se unió al resto y su rostro desvaído se iluminó ante la música como una flor que se abriera a los rayos del sol. Hasta entonces, Lily le había prohibido practicar con su instrumento.

—No me gustan los violines —había dejado claro—: son armas del diablo que empujan a la gente a bailar y a pecar.

Al final de la larga ceremonia, fueron saliendo en primer lugar los miembros más pudientes de la congregación, feligreses vestidos con elegancia que ocupaban los bancos de la fila de delante. Una pareja agraciada de mediana edad —él, alto y de cabello entrecano, con un sombrero de copa asido en una mano y un bastón en la otra; ella, rubicunda, de hermosos ojos azules y visiblemente embarazada— se detuvo al llegar a la altura de los Belhaven.

—Buenos días, señora Belhaven —sonrió el hombre—. Espero que la esté tratando bien la vida.

Clarrie quedó asombrada al ver a Lily ruborizarse y sonreír con afectación.

—Excelentemente, gracias, señor Stock. ¿Le gustó el pastel de carne y riñones?

—Estaba exquisito —respondió él—. ¿No es verdad, Louisa? —añadió volviéndose hacia la mujer que llevaba del brazo.

—Es uno de los mejores que ha hecho —aseguró ella a Lily—. No dude en enviarnos mañana a Harrison para que le hagamos un encargo. El señor Stock tiene que recibir a unos clientes esta semana y sus pasteles triunfan siempre en sus meriendas.

Lily asintió con un movimiento de cabeza que fue casi una reverencia.

—Claro, señora Stock. Estaré encantada de complacerla.

El matrimonio intercambió cumplidos con Jared y el señor Stock miró con curiosidad a las dos jóvenes, pero, al ver que él no hacía ademán alguno de presentarlas, siguió adelante con su esposa. Tras ellos caminaba un joven alto no mucho mayor que Clarrie cuyo parecido con el señor Stock hacía evidente que se trataba de su hijo, y un muchacho de unos doce años con el cabello rubio y lacio, atractivos ojos azules y la sonrisa franca de su madre.

—Hola, señora Belhaven —dijo el pequeño sin dejar de sonreír—. La próxima vez, ¿le importaría no poner riñones? A mamá y a mí no nos gustan demasiado.

—¡Calla, Will! —lo riñó su padre volviéndose hacia él—. No le haga caso, señora Belhaven:

Will habla primero y piensa después. Haga el favor de no cambiar un ápice de sus recetas, porque están deliciosas.

Al verlos alejarse, Clarrie vio que Will la miraba y le dedicó una sonrisa que llevó al pequeño a ponerse colorado y correr a alcanzar a sus padres.

De regreso a casa, la joven preguntó por los Stock. Jared hinchó el pecho y dijo con aires de importancia:

—El señor Stock es un abogado muy respetado. Vive en Summerhill, cerca de Westgate Road, un lugar muy selecto. Yo, de hecho, he recurrido a sus servicios. Me ayudó a comprar un par de apartamentos en Benwell, ¿verdad, Lily?

—¡Nuestros asuntos privados no le importan a la chiquilla! —lo recriminó ella.

—Claro que no, mi vida —repuso él con gesto de disculpa antes de aclararse la garganta y decir—: En fin, el señor Stock es todo un caballero y su mujer… ¿Qué te voy a contar? ¡Ya has podido ver qué señorío!

—Ojo —se interpuso Lily—, que tampoco es muy elegante estar esperando a su edad. Bonito no está, desde luego.

—¿Qué está esperando? —terció Olive.

Lily se sonrojó y Clarrie corrió a aclararlo:

—Creo que lo que quiere decir la señora Belhaven es que la señora Stock va a tener un bebé.

La pequeña inspiró sorprendida.

—¿De verdad? Pero ¿no es muy mayor? Sus hijos deben de tener…

—¡Ya está bien de comadrear sobre la señora Stock y su familia! —las interrumpió Jared, azorado ante la franqueza de aquella conversación.

Tras aquello, hicieron en silencio el resto del camino.

Aquella tarde, tras una merienda contundente de pastel de cerdo y verduras, bizcocho y natillas, las hermanas descubrieron lo tedioso que podía ser un domingo en casa de sus primos. Antes de retirarse a dormir la siesta con su marido en el dormitorio de la primera planta, Lily les mandó lavar la vajilla.

—Y, luego, a descansar —añadió con una sonrisa magnánima.

—Creo que vamos a dar un paseo —respondió Clarrie—. Hace un día muy hermoso y he visto un parque mientras volvíamos…

—¿Un paseo? —exclamó ella—. No, no: aquí no se sale los domingos por la tarde. Si lo que queréis es hacer ejercicio, podéis ir andando hasta la iglesia para el culto vespertino.

La joven la miró con gesto incrédulo.

—Casi no nos ha dado el aire en toda la semana. ¿Qué puede tener de malo un paseo por el parque?

—¿Dos jovencitas solas en el parque? —replicó ella chasqueando la lengua—. ¡Si está lleno de indeseables! Os quedaréis en casa leyendo la Biblia. ¡Eso es lo que vais a hacer!

—No somos niñas pequeñas —contestó Clarrie tratando de no perder los estribos— y estamos acostumbradas a tener un poco más de libertad.

Habría añadido que en la India cabalgaba sin compañía casi a diario durante horas sin sufrir percance alguno, pero sabía que solo lograría encrespar aún más a aquella mujer.

—Pues, para bien o para mal, ahora vivís bajo nuestro techo —concluyó Lily— y tenéis que acatar nuestras normas. ¿No es así, señor Belhaven? —dijo mientras lanzaba a su marido una

mirada severa.

Él asintió con un gesto abochornado.

—Sentaos y poned los pies en alto, ¿de acuerdo, muchachas? El domingo está para descansar. Aprovechad.

—A las cuatro tiene que haber agua hirviendo para el té —ordenó Lily.

Jared les dedicó una sonrisa torpe antes de apretar el paso para alcanzar a su esposa.

Fregada la loza, Clarrie y Olive contemplaron malhumoradas la voluminosa Biblia encuadernada en piel que descansaba en la mesita dispuesta al lado del hogar. En la cocina hacía un calor sofocante. La mayor pensó que enloquecería si no podía salir.

—En cuanto se hayan dormido —dijo en voz baja—, salimos.

—¡No podemos! —respondió Olive alarmada.

—Sí que podemos.

—Pero se va a enterar —insistió la pequeña con inquietud—. Tiene ojos en la nuca.

—¿Y qué puede hacernos, además de gritar? —repuso Clarrie encogiéndose de hombros—. Y eso lo va a hacer de todos modos…

—Si nos echa, no tenemos adonde ir. Ni siquiera este cuchitril. Nos llevarán a un hospicio, nos separarán y…

—Eso no va a pasar —insistió Clarrie rodeándola con los brazos—. La prima Lily sabe que ha encontrado una ganga con nosotras: nos tiene esclavizadas como a culis. Y parece que dinero no les falta: simplemente son unos tacaños. Al primo Jared se le ha escapado que también tienen propiedades en Benwell. Ayer me preguntaba adónde iría de traje y bombín. A cobrar el alquiler, imagino, porque cuando volvió le dio dinero a Lily. —Estrujó los hombros de Olive—. Esa señora Scrooge no va a estar dispuesta a perdernos porque sí. Por más que quiera hacer ver que somos una carga, le encanta la idea de tener su propia servidumbre, porque cree que eso la pone a la altura de familias como los Stock.

—¡Ya quisiera parecerse a ellos! —declaró Olive—. Estaba ridícula con esa vocecita que ponía.

Clarrie se puso en pie para imitarla mientras hacía zalemas a su hermana.

—¿Que les quite los riñones a sus pasteles? Por supuesto, señora Stock, estaré encantada de complacerla.

Olive soltó una risita y Clarrie prosiguió con su teatrillo.

—Yo solo digo que una dama, esperando a su edad… No lo veo muy femenino. Tendría que haber pasado las tardes encerrada en su casa y leyendo la Biblia y no… —tomó aire con gesto dramático— ¡entregándose a pasear por el parque!

La pequeña ahogó una carcajada y su hermana sonrió.

—Venga, vamos a dar una vuelta, a ver con qué indeseables nos encontramos.

La otra se puso en pie y humilló la cabeza ante ella mientras decía:

—¡Por supuesto, señora Stock! Estaré encantada de complacerla.

El parque que había vislumbrado la mayor mientras volvían de la iglesia era grande y abundaba en parterres de flores y en bancos, campos de césped para jugar a la petanca y un quiosco donde debía de tocar una banda de música de colores vivos. Las dos descubrieron con deleite que estaba lleno de personas que disfrutaban de aquel día de sol, paseando en familia o sentadas para escuchar la banda de metales. Fueron de un lado a otro para contemplar todo y

observar lo que se llevaba. Sus propios vestidos se veían recargados e hinchados en comparación con los de corte más recto de las mujeres que las rodeaban. Con todo, muchas llevaban blusas más elaboradas y tocados voluminosos.

—Yo quiero uno de esos sombreros de rosas gigantes de color rosa y plumas de avestruz verde lima —declaró Clarrie.

—Vas a parecer el jardín de Belguri —se burló Olive.

Ella sonrió mientras contestaba:

—Eso es.

—Pues, entonces, yo quiero uno que tenga un loro encima —respondió la pequeña—. Y hojas de bambú.

—Está bien: el mío, que lleve dos loros y un mono.

—Dos loros, un mono y una mata de hibisco —contraatacó Olive.

Clarrie soltó aire con fingido desdén.

—Cinco loros, un tigre, un árbol de areca y…

—¡Un pino silvestre! —exclamó su hermana.

La otra le hizo una reverencia.

—Sí, señora Stock, estaré encantada de complacerla.

Las dos estallaron en una risotada, exaltadas por la escapada a aquel parque regado por el sol. Quienes pasaban a su lado volvían la vista para sonreír a aquel par de chiquillas hermosas de vestidos vistosos. Ellas siguieron paseando, tomadas del brazo, bromeando y riendo mientras llamaban la atención de jóvenes admirados que sacaban las manos de los bolsillos para inclinar sus sombreros y saludarlas a su paso.

El reloj del pabellón no tardó en advertirles que ya eran las tres y media. Cuando, a regañadientes, dieron media vuelta para irse, llegó rodando por el sendero un aro de acero que golpeó a Clarrie en la pierna.

—¡Lo siento! —gritó sin aliento un chiquillo que corría detrás y que atrapó el juguete antes de que siguiera rodando hasta la carretera.

Sorprendida, la joven se volvió y vio las mejillas encendidas de Will Stock.

—¡Este niño…! —exclamó su padre al llegar a su altura—. Lo siento de veras. ¿Se ha hecho daño?

—No, ¡qué va! —lo tranquilizó Clarrie—. Solo ha sido el susto.

—¡Will, pide perdón enseguida! —dijo enfadado levantando del cuello de la chaqueta al pequeño, que soltó el aro y lo hizo caer al suelo con un ruido metálico.

—Perdón —se excusó con el rostro al rojo vivo—. No se me da muy bien el aro… ni, de hecho, ningún deporte. Excepto la equitación.

—A esta dama no le hace falta tanta información —aseveró el padre con impaciencia—. Con «perdón» bastaba.

Clarrie tocó el brazo de Will.

—Tranquilo, sobreviviré. Quedaré cojita para el resto de mi vida, pero sobreviviré.

Cuando él la miró con los ojos desencajados, la joven se echó a reír.

—Era broma. Claro que estoy bien. Un aro es poca cosa: en mi tierra, cuando sales a pasear, tienes que estar pendiente de que no te ataquen una serpiente o un tigre.

—¿En serio? —exclamó el pequeño—. ¿No son ustedes de Newcastle?

Ella sonrió.

—No: nos hemos criado en la India, pero ahora vivimos aquí.

—¡Caray! ¿Me cuenta cómo es aquello?

—Ahora no, Will —terció su padre antes de examinar a Clarrie con sus ojos azul oscuro—. ¿No nos conocemos?

Ella asintió.

—De esta mañana, después del culto. Estábamos las dos con los Belhaven.

—¡Ah, sí! —A continuación volvió a fruncir el entrecejo—. Pero no acabo de…

—Yo soy Clarrie Belhaven y ella es mi hermana, Olive. Somos primas del señor Belhaven y… en fin, las circunstancias nos han traído aquí.

Estaba a punto de tenderle la mano cuando reparó en que la tenía áspera y enrojecida por las labores domésticas y optó por retirarla. Él las saludó a ambas con una inclinación de cabeza mientras anunciaba:

—Herbert Stock.

Saltaba a la vista que estaba intrigado, pero en aquel instante apareció por el sendero su hijo mayor acompañado de una joven delgada y bien vestida del brazo. Los grandes ojos del color de la miel de ella destacaban sobre una nariz puntiaguda y una boca pequeña que había fruncido en señal de reproche ante la interrupción de su paseo.

—¿Ya ha vuelto Will a hacer un estropicio? —preguntó arrastrando las palabras el hermano del chiquillo.

Tenía las facciones proporcionadas del padre y sus ojos azules, pero el cabello le clareaba de manera prematura y en la barbilla se le había empezado a acumular el fruto de sus comidas opíparas.

—Al contrario: nos ha procurado dos nuevas amistades, las señoritas Belhaven —respondió Herbert—. Ellos son mi hijo mayor, Bertie, y Verity Landsdowne, una amiga de la familia.

Bertie las saludó inclinando la cabeza con un gesto aburrido y sin hacer ademán alguno de darles la mano.

—¿Son ustedes familia de los de los pasteles? —preguntó.

Clarrie se ruborizó.

—Sí, pero…

—Excelente —la interrumpió él—. Un plato sencillo, pero muy bueno. —Y, dicho esto, se dio la vuelta.

Verity soltó un suspiro.

—¡Qué calor, Bertie! ¿Volvemos a la berlina?

—Por supuesto —convino él antes de partir con ella.

Clarrie alcanzó a ver al final del sendero una hermosa yegua gris rodada enganchada a un coche.

—¿Podemos llevarlas a casa? —preguntó Herbert.

—Muy amable —dijo Clarrie, dolida aún por la rudeza de Bertie—, pero nos apetece caminar. No solemos tener la ocasión… —Se interrumpió: no quería tener que describir a aquel profesional tan refinado las labores a las que habían de consagrarse durante la semana.

De haber conocido a los Stock en la India, habría podido tratar con ellos en igualdad de condiciones, pero allí era socialmente inferior a ellos. Con todo, aquello no excusaba, en

absoluto, la falta de consideración de Bertie. Desde luego, había encontrado más caballerosidad entre los obreros de Elswick que en el dedo meñique de aquel pisaverde.

Herbert se quitó el sombrero en señal de despedida y llamó a Will. El pequeño, que había recuperado su aro, le dedicó una sonrisa tímida.

—Tengan cuidado con las serpientes y los tigres —bromeó.

—Lo tendremos —respondió ella—. Y usted, caballero, siga practicando con el aro.

Él se despidió de las dos agitando el brazo y echó a correr tras su padre.

Cuando llegaron a Cherry Terrace eran ya casi las cuatro y Lily estaba ya en la cocina, yendo de un lado a otro mientras hacía el té con gesto airado.

—¿Cómo os atrevéis a desobedecerme? —las reprendió—. ¡En vez de santificar las fiestas, preferís traer la desgracia a esta casa!

Clarrie se mantuvo firme.

—Siento si la hemos ofendido, pero a nosotras nos educaron para que gozáramos del aire fresco y el resto de la creación del Señor.

—Os educaron… ¡Si os han criado entre paganos! —bufó Lily—. Casi no habéis pisado una iglesia, conque no me vengáis con sermones sobre la creación del Señor. Él hizo del séptimo un día de descanso, o sea, de recogimiento y lectura de la Biblia.

—¿Un día de descanso? —exclamó Clarrie—. ¡Llevo de pie desde las seis y media haciendo tareas por toda la casa! Y antes de salir, las dos hemos pasado una hora fregando platos. El domingo debería suponer un descanso del trabajo semanal y eso quiere decir salir a la calle y disfrutar del sol además de dormir la siesta.

Lily, con el rostro amoratado de la rabia, quedó sin habla unos segundos y en ese momento apareció Jared con ojos somnolientos.

—¿Qué es todo este estrépito, muchachas?

Lily tendió un dedo acusador hacia Clarrie.

—Esta niña deslenguada…

—Hemos salido a dar un paseo, primo Jared —explicó la joven—. Siento mucho las molestias.

Él la miró boquiabierto, atónito ante semejante atrevimiento y sin saber muy bien qué decir.

—Díselo —le ordenó Lily—. Dile que ni se le ocurra volver a hacerlo.

Jared parecía incómodo y no dejaba de tirarse de las pobladas patillas.

—Eh…

—No sé qué puede tener de pecaminoso una cosa así —repuso Clarrie de inmediato— cuando al señor Stock y sus hijos les parece una idea espléndida pasear por el parque los domingos.

—¿El señor Stock? —preguntó Jared—. ¿Lo habéis visto?

Ella asintió y les refirió el incidente del aro.

—Bertie Stock volvió a insistir en lo ricos que están sus pasteles, señora Belhaven.

—Eso es estupendo, ¿verdad? —dijo él sin atreverse a sonreír demasiado.

Aunque a su rostro asomó un atisbo de confusión, Lily no mostró intención alguna de aplacarse.

—Si los Stock deciden incumplir el precepto del domingo, allá ellos y su conciencia. En mi casa, desde luego, no pienso consentirlo y vosotras haréis lo que yo diga mientras viváis bajo mi

techo.

La joven estaba a punto de replicar cuando reparó en el gesto angustiado de Olive. A la pequeña la aterraba la idea de tener que enfrentarse a Lily y esta podía tomarla con ella durante la semana mientras Clarrie estaba demasiado ocupada en el *pub* como para poder protegerla. No tenía sentido atraer la inquina de Lily sobre aquella cuestión cuando había otras más importantes, como su horario laboral o su salario, que abordar. En consecuencia, tragó saliva y, con ella, sus palabras rebeldes, para decir en cambio:

—Lo siento. No era consciente del daño que podía hacer. No volverá a pasar.

Tomaron té en silencio. Jared fue el único que hizo algo por animar la conversación. Poco después, las hermanas escaparon a su desván insípido y se echaron, tras abrir de par en par el tragaluz, a escuchar el parloteo crepuscular de los estorninos y los gritos de los niños que jugaban a perseguirse en el callejón de atrás.

A Clarrie le costaba hacerse a la idea de que solo llevaban una semana allí. De hecho, resultaba difícil imaginar que en otro tiempo hubiesen conocido una existencia diferente. La India le parecía un lugar casi olvidado, un sueño inventado o vivido por otra persona. Se hacía cargo de lo fácil que resultaba dejarse abatir por lo tedioso de vivir en Cherry Terrace y los estrictos dictámenes de Lily. ¡Cuántos miles incontables de obreros debían de sentirse así! ¡Para cuántos no sería todo un triunfo el simple hecho de poner fin a otro día agotador!

Clarrie supo entonces, en los confines de aquella alcoba lóbrega, que iba a tener que huir de allí si quería mantener con vida los recuerdos de aquella otra existencia que había conocido, si quería conservar una chispa de esperanza. Sacando la piedrecita rosa del *swami* que llevaba en un cordón de cuero bajo su combinación de algodón, pasó los dedos por su superficie lisa y cerró los ojos. En aquel instante volvió a cabalgar envuelta en la frescura del bosque y a trotar hasta el claro del asceta mientras asomaba el alba por sobre las montañas.

Dejó afluir las lágrimas mientras sostenía la piedra y se obligaba a recordar. Nada ni nadie, se juró, podrían robarle nunca sus preciados recuerdos ni quebrar el espíritu de la hija de Jock Belhaven.

Capítulo 8

Nochebuena de 1905

—Iré yo —propuso Clarrie mientras regresaba impetuosa a la cocina con una bandeja de vasos sucios—. Tengo mano con los caballos y Barny me conoce.

—Pero el suelo está helado, chiquilla —repuso Jared arrugando el sobrecejo—. ¿No es mejor que vaya yo?

—El bar está de bote en bote —señaló ella.

—Sí, tú tienes que quedarte aquí, Jared —le espetó Lily mientras fulminaba con la mirada a Harrison, que estaba tumbado en un banco—, porque ese muchacho no va a ser de mucha ayuda y hay que repartir veinte pasteles.

Harrison lloraba en silencio, con el tobillo vendado tras la caída que había sufrido al bajar los escalones de la bodega cuando se disponía a cambiar un barril de cerveza. Aquel era el día más concurrido del año y Lily estaba más irritable aún de lo habitual.

—Tendrá que ir Clarrie —concluyó con un suspiro—. Olive puede echar una mano en el salón, ya va siendo hora de que haga algo en el *pub*.

La joven estaba a punto de responder que era Lily quien debía ayudar allí en cuanto hubiera acabado los pasteles cuando la pequeña se avino con gran rapidez.

—Yo me encargo —dijo secándose las manos y atusándose el cabello pelirrojo.

—Pues deja que te enseñe —se prestó la hermana.

—Sé de sobra lo que tengo que hacer —repuso Olive, aunque con gesto inquieto—. Te he visto a ti muchas veces.

Clarrie la miró sorprendida, pero Lily dio su aprobación.

—Siempre has protegido demasiado a esta chiquilla. Ya no es ninguna niña. Yo me encargaré de que lo haga bien. Tú, vete ya a repartir pasteles.

Tras dedicar unas palabras de aliento a Harrison, cargó el carro y llevó a Barny hasta el callejón acariciándole el cuello y animándolo con susurros. El poni estaba nervioso y se escurría sobre el hielo, pero ella lo llevaba con firmeza por las riendas, sin hacer ningún intento por subir a la calesa. Al llegar a lo alto de la ladera, suspiró aliviada. Hacía un frío glacial y la luz había desaparecido por completo de un cielo gris de invierno. Sin embargo, la invadió una oleada de emoción al verse en la calle con el ocaso y contemplar las ramas de acebo y las coloridas bolas de cristal de la decoración navideña de las tiendas de Elswick Road.

Con el exiguo salario que había logrado sacar a los Belhaven, le había comprado a Olive un cuaderno de dibujo y lápices. Aquella había sido una de las batallas que había mantenido con Lily en los meses anteriores. Desde muy pronto había quedado claro que no tenían ninguna intención de permitir que Clarrie encontrase trabajo en ningún otro lugar.

—Nadie va a querer contrataros a las dos —le había dicho Jared—. No va a servir de nada que te pongas a buscar.

—¿Así nos agradeces —había rezongado Lily— que os acogiéramos cuando os quedasteis sin nadie? Ahora estaríais en la calle si no llega a ser por nuestra generosidad. Lo mínimo que puedes hacer es ayudar.

—Estamos muy agradecidas por lo que han hecho por nosotras, pero llevamos un mes deslomándonos aquí sin recibir salario —había insistido Clarrie—. Si vamos a tener que quedarnos, deberían pagarnos.

—Os damos alojamiento y comida —replicó Lily.

—Pero no tenemos nada con que comprar ropa y nos van a hacer falta botas para el invierno. Necesitamos tener nuestro propio dinero. Podría darnos lo que pagaba a las otras muchachas y descontar lo que considere justo por nuestra manutención.

A regañadientes y gracias a la intervención de Jared, Lily había acabado por asignarles cuatro chelines a la semana para sus gastos, aunque con la condición de que destinaran uno al cepillo cada domingo. Así, aunque las hermanas se habían hecho expertas en descubrir gangas en las tiendas de ropa de segunda mano de Scotswood Road y alrededores y en confeccionar su propia ropa interior y de dormir con retales baratos adquiridos en la mercería, con aquel salario irrisorio les resultaba imposible ahorrar y, por descontado, buscar otro lugar en el que vivir. Además, Clarrie ni siquiera sabía por dónde podría empezar: desde su llegada no había ido más allá de Elswick ni del West End de Newcastle, ni había vuelto a ver el grandioso centro de la ciudad. Pese a todos sus empeños, había perdido la batalla al intentar que les dieran una tarde libre a la semana.

—Aquí hay demasiado quehacer —le había dicho Lily en tono desdeñoso— y nosotros nunca nos hemos permitido una tarde libre en años.

—Además, es peligroso que dos chiquillas como vosotras vayan solas al centro —había coincidido Jared—. Un día os llevaremos a que lo conozcáis, aunque tampoco hay gran cosa que ver.

Clarrie sabía que aquello no era cierto, ya que, tras la cortina de humo, por lo poco que se alcanzaba a ver desde lo alto de Elswick, había tenido ocasión de contemplar las elegantes agujas de las iglesias y la catedral y los refinados tejados de estilo georgiano.

Resuelta a disfrutar de aquel instante de libertad, comenzó a hacer el reparto con paso ligero, consultando el papel en el que llevaba apuntada la ruta y las direcciones: cuatro casas al norte de Elswick, más un asilo, una casa de huéspedes y varias chocolaterías de Westgate Road. Al asomarse a estas últimas, sintió una punzada de nostalgia ante el tintineo de las tazas de té y los grupos de hombres que se calentaban a la lumbre mientras jugaban a las cartas y a las damas. En Belguri habían pasado muchas veladas frías de invierno bebiendo té y jugando a juegos de mesa envueltos en el olor del humo de leña. El de allí, sin embargo, era el acre y mineral del carbón quemado al que estaba acabando por acostumbrarse.

Fue haciendo las entregas hasta llegar a la última, la de los Stock, en Summerhill, cuando se

encendían ya las farolas. Se preguntó con qué se encontraría en aquella casa elegante y esbelta situada con discreción en una plaza tranquila lejos del bullicio de Westgate Road. Hacía un mes, Louisa Stock había dejado de pronto de ir a la iglesia.

—Habrá tenido que quedarse en la casa con el recién nacido —había supuesto Jared.

—Sí —había confirmado Lily—, no volveremos a verla hasta que cristianen a la criatura. No sería apropiado.

Sin embargo, no se había anunciado bautizo alguno y Clarrie estaba intrigada por las caras largas que mostraban los varones de la familia cuando salían del culto dominical sin entretenerse. Solo Will se demoraba un tanto al pasar por el banco de los Belhaven para sonreír tímidamente a Clarrie, aunque ya no se detenía para hablar de aros y caballos como había hecho desde su encuentro en el parque. Sabía que debía de ocurrir algo y, mientras bajaba los escalones que llevaban a la cocina, situada en el sótano, deseó que no le hubiera sobrevenido ninguna enfermedad a aquella mujer tan cariñosa.

Will fue la primera persona a la que vio. Estaba sentado sobre la mesa de la cocina, balanceando las piernas mientras comía un plátano.

—¡Clarrie! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué traes, tartaletas de fruta? ¡Huele a tartaleta de fruta, mi favorita!

En ese momento lo echó de la mesa una joven ataviada con un delantal y un gorro de ayudante de cocina.

—¡Como te encuentre ahí subido la cocinera…! Gracias —dijo a Clarrie mientras recogía la bandeja de pasteles—. Tú eres nueva, ¿no?

—Es una prima del señor Belhaven, Dolly. ¡De la India! —la informó el niño.

—¡No digas embustes! —la riñó la joven.

Clarrie se echó a reír.

—No, si es verdad.

Dolly la miró como si tuviera dos cabezas.

—¡Caramba! —Desapareció con la bandeja en una de las despensas—. Más nos vale esconder esto para que no lo vea la cocinera. No le hace ninguna gracia que al señor le gusten los pasteles de Belhaven más que los suyos y, si se los encuentra, es muy capaz de dárselos al Ejército de Salvación.

—Ven a ver las figuritas de mi nacimiento —dijo Will a Clarrie tomándola del brazo.

Ella vaciló y, mirando la suciedad que llevaba en las botas y la chaqueta harapienta con la que se abrigaba, respondió:

—No puedo subir así.

—Claro que puedes —insistió él—. Si está en el recibidor: ni siquiera vas a tener que pisar la alfombra.

Dolly volvió a aparecer.

—No te preocupes, no va a verte nadie. El señor de la casa y el señor Bertie siguen todavía en el despacho y la señora está en cama.

—Yo pensaba que eran de los que convidan a medio vecindario para las celebraciones —dijo Clarrie.

—Este año, no.

—¿Ha pasado algo?

Dolly lanzó a Will una mirada cautelosa.

—No creo que yo sea la persona más indicada para decir nada.

—¡Vamos, Clarrie! —insistió Will con impaciencia mientras tiraba de ella en dirección a la puerta de la cocina.

—Pero solo un minuto —cedió ella—. No puedo dejar a Barny mucho tiempo ahí fuera, con este frío.

La llevó escaleras arriba hasta la planta baja y cruzó con ella una puerta forrada de tapete verde. Por una puerta abierta al otro lado del vestíbulo en penumbra se veía una sala de estar espaciosa sin más luz que el fulgor inquietante de una farola que entraba por las ventanas sin cortinas. Una escalera amplia de balaustrada sin decorar ascendía hasta las tinieblas de la planta alta. Hasta donde alcanzaba la vista, no había indicio alguno de ornamentación ni demás preparativos navideños. Para ella fue toda una decepción encontrar la casa tan vacía, apagada y fría.

Asió fuertemente a Will por temor a tropezar con algo.

—Está en el rellano mismo —dijo él mientras la llevaba hacia las escaleras.

—¡Si me has dicho que estaba en el recibidor! —La joven titubeó—. Creo que no debería estar aquí.

—¡Por favor, Clarrie!

El tono de desesperación que creyó percibir en su voz la llevó a dejarse guiar escaleras arriba.

Al final del rellano titilaba una luz tenue y Clarrie alcanzó a ver un belén dispuesto sobre un arcón bajo de madera. La casa estaba tan en silencio que los dos contuvieron el aliento al acercarse lentamente a él. Al llegar, pudo ver que estaba conformado por figuras de gran calidad vestidas con telas de colores vivos. Había bueyes y ovejas de confección delicada y una cuna de madera tallada en la que descansaba un bebé envuelto en tejido blanco. Toda la escena se hallaba iluminada por una hilera de velas en miniatura que la bañaban con un resplandor acogedor.

—Es muy bonito —aseveró ella impresionada—. ¿Quién lo ha hecho?

—Mamá —susurró Will—. Me lo hizo a mí cuando tenía cinco años. Lo pongo todos los años, aunque ahora soy ya muy mayor para jugar con él.

Clarrie extendió un dedo y tocó con cuidado al recién nacido.

—Tan pequeño y tan bien hecho… A Olive le encantaría.

—Tráela cuando quieras —le dijo él emocionado.

—Gracias. —La joven posó una mano en el brazo de él para añadir—: Eres un niño encantador.

Will negó con la cabeza.

—¡Qué va! Soy un incordio. Al menos, eso es lo que dice mi padre. No me deja que me acerque al cuarto de mamá y dice que hago mucho ruido.

—Bueno, por lo que yo sé, se puede ser ruidoso y encantador al mismo tiempo.

Él respondió con una breve sonrisa.

—Me caes muy bien, Clarrie. ¿Por qué no vienes a la comida de Navidad?

Ella se echó a reír.

—Ojalá pudiese, pero tengo que estar con Olive y ayudar al señor y la señora Belhaven con la suya.

—¿En la India celebrabais la Navidad?

El corazón de Clarrie le dio un vuelco al oír mencionar de pronto su hogar.

—Claro. —Tragó saliva mientras la asaltaba el recuerdo de su última Navidad y la inquietud que supusieron la falta de dinero y la afición de su padre a la bebida.

—¿Con pavo y pudin de frutos secos?

—No, perdiz asada y pudin de jengibre.

—Imagino que la Navidad no tiene por qué ser siempre igual —dijo él con aire pensativo antes de sumirse en el silencio mirando la cuna.

Clarrie estaba a punto de retirarse cuando Will volvió a hablar:

—El bebé de mi mamá nació muerto.

El corazón de ella latió con fuerza.

—¡Oh, Will! Eso es terrible. Lo siento mucho. Debe de estar muy triste.

Él se encogió de hombros.

—No dice nada. Nadie dice nada. Creen que no lo sé porque solo tengo once años, pero vi al doctor sacar una caja del dormitorio y dejarla en el lavabo mientras iba a hablar con mi padre.

Llegado a este punto vaciló y Clarrie pudo oírlo tragar saliva.

—Era una caja como las que uso yo para guardar mis soldados de juguete. —Su voz se apagó hasta quedar en un susurro—. Miré dentro y la vi envuelta como el Jesús del nacimiento, pero ella era real. La toqué y estaba caliente.

La joven contuvo un gemido.

—Sé que no lo tenía que haber hecho —dijo el niño agitado—. ¿Crees… crees que fui yo quien la mató? A lo mejor el doctor se la estaba llevando para que se pusiera bien… —Dejó escapar un sollozo.

Ella corrió a abrazarlo.

—¡Pobrecito mío! Pues claro que tú no la mataste. El doctor jamás la habría puesto en una caja si hubiera estado viva.

Will se apretujó contra ella y lloró en silencio mientras Clarrie le acariciaba el pelo para confortarlo.

—No se lo vas a contar a nadie, ¿verdad? —dijo él entonces separándose de ella.

—Claro que no —lo tranquilizó—, pero quiero que tengas claro que no hiciste nada malo. No debes sentirte culpable. ¿Me lo prometes?

Él asintió sin palabras y se secó los ojos y la nariz con la manga de la camisa.

—Ahora me tengo que ir —anunció Clarrie con dulzura—. ¿Te encuentras bien?

Will volvió a decir que sí con la cabeza. Mientras regresaban por el pasillo, preguntó:

—¿Por qué has hablado del bebé como si fuese una niña?

—No lo sé —respondió la joven—. El caso es que tenía la impresión de que tu mamá traía una hermanita. ¿La han enterrado?

—No lo sé —contestó él encogiéndose de hombros—. A mí no me han dicho nada.

Clarrie bajó las escaleras cogida de la mano del pequeño, con el corazón en un puño por el estado de confusión y desdicha en que se encontraba sumido. Sentía lástima por toda la familia y se preguntó por la gravedad de la enfermedad de la madre. Cuando llegaron abajo, sintió un movimiento encima de sus cabezas y, al volverse, tuvo la sensación de ver una figura vestida con una bata pálida pasar por detrás de la baranda, pero no estaba segura de haber visto bien.

Fuera había empezado a nevar con fuerza.

—¡Mira, Will! —exclamó Clarrie—. ¿No es precioso? —Giró sobre sí misma mientras alzaba la cara hacia los copos que caían—. ¡La primera vez que veo nevar en Inglaterra!

El niño, no menos emocionado, corrió de un lado a otro dando gritos de alegría. Reunió con las manos un montón de nieve y, haciendo con él una bola gigantesca, se la lanzó a Clarrie. Ella gritó sorprendida cuando el proyectil fue a estrellarse contra su cuello y un instante después estaba persiguiéndolo por la plaza desierta, contraatacando con más bolas de nieve.

—¿Will? —surgió entonces como un gruñido una voz de la oscuridad—. ¿Eres tú?

El pequeño echó a correr hacia delante y Clarrie arrojó una bola de gran tamaño. El muchacho fue a chocar con la silueta imprecisa de un hombre en el preciso momento en que alcanzaba su objetivo la bomba lanzada por la joven. Los dos quedaron rociados de nieve húmeda. Will soltó una aguda carcajada y se sacudió la que le había caído, pero el hombre gritó indignado.

—¡Para ya, diablillo!

Clarrie se dio cuenta demasiado tarde de que se trataba de Herbert Stock. Corrió hacia él, resbalando sobre la nieve fresca, despeinada y con la ropa salpicada de marcas blancas.

—Lo siento muchísimo, señor Stock —dijo sin resuello—. Me he dejado llevar…

Él trató de reconocerla a la luz tenue de la farola de gas y a través de la cortina de nieve.

—¿Quién es?

—Clarrie Belhaven —jadeó—. He venido a traer las tartaletas de fruta.

—¡Clarrie! ¡Por Dios bendito! Pensaba que eras uno de los amigos de Will.

—Es que es amiga mía, papá —aseveró sonriente el pequeño—. ¡Ha sido la mejor batalla de bolas de nieve de mi vida! Clarrie las lanza tan bien como un niño.

Ella soltó una carcajada.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Herbert esbozó una sonrisa de arrepentimiento mientras se limpiaba el hombro.

—Estás en tu derecho, porque está claro que no te falta puntería.

—Lo siento —repitió la joven.

—Pues no deberías —respondió él—, porque hacía semanas que no veía a Will tan feliz.

Clarrie deseaba expresarle sus condolencias por la muerte de la criatura, pero no quería poner al pequeño en un aprieto.

—Siento que la señora Stock no se haya encontrado bien últimamente.

Él la miró sorprendido.

—Dolly me ha dicho que estaba en cama —se apresuró a añadir—. Si hay algo que podamos hacer para ayudarles, por favor, no dude en decírnoslo. Si necesitan una hornada extra o cualquier otra provisión…

—Muy amable de tu parte —repuso él con cierta frialdad—, pero no queremos ser una carga…

—No sería ninguna carga —le aseguró ella—. Estoy acostumbrada a llevar una familia, porque no tuve más remedio cuando murió mi madre, así que sé de buena tinta lo mucho que puede hacer hasta la ayuda más modesta.

Herbert suavizó la expresión de su rostro.

—Gracias.

—¿Podemos tomar chocolate caliente y tartaletas de fruta, papá? —preguntó Will—. ¿Y

puede quedarse Clarrie?

Ella vio al padre vacilar con gesto azorado y dijo:

—Me encantaría, pero no puedo: tengo que volver al hotel a echar una mano.

—¿Vives en un hotel? —preguntó asombrado el niño—. ¿De lujo?

Ella reprimió una risotada amarga.

—No exactamente.

Mientras se dirigía con paso rápido al paciente poni, oyó que Will le estaba contando a su padre que le había enseñado el nacimiento y no pudo sino ruborizarse al pensar en la audacia que había cometido de subir a la planta alta como quien posee la misma posición social que ellos. Herbert Stock se mostraría, sin lugar a dudas, molesto. A sus ojos, ella no era más que una camarera de baja estofa a la que encargaban toda clase de menesteres. Su hijo Bertie ni siquiera se dignaba hablar con ella en la iglesia y apenas habría de transcurrir un año para que hasta Will entendiese que no podía invitar a entrar en su casa a las jóvenes de su condición. Partió a la carrera, apartando de su cabeza todo pensamiento relativo a la vivienda refinada de los Stock. Si se permitía hacer comparaciones con los lúgubres alrededores de Cherry Terrace, de los que parecía no haber escapatoria alguna, se volvería loca.

A su regreso, el *pub* estaba atestado de bebedores y el ruido era ensordecedor. Algunos llevaban horas allí dentro. A Olive no le estaba resultando nada fácil atender a toda la clientela del salón y no paraba de acudir a la carrera a la barra por bebidas y a la cocina en busca de vasos limpios. Lily, mientras, se ocupaba de fregar y había puesto a Harrison a secar.

—¿Dónde demonio has estado? —exigió saber con el rostro encendido—. ¡Harrison habría acabado antes a la pata coja!

—Ahí fuera no es fácil moverse con el hielo y la nieve —respondió ella resollando mientras se dirigía a la lumbre para calentarse las manos entumecidas.

—¿Qué te hace pensar que ahora puedes pararte delante de la chimenea sin hacer nada? —le espetó la señora de la casa—. Ve a ayudar a esa inutilidad que tienes por hermana. ¡Es más lenta que una bestia de tiro!

Clarrie lanzó una mirada solidaria a Harrison y salió de la cocina. Encontró a Olive a punto de echarse a llorar.

—¡Este ruido es insoportable! No dejan de pedirme cosas a gritos y me resulta imposible acordarme de todo —se quejó entre sollozos en el pasillo mientras se aferraba a una bandeja llena a rebosar—. Encima, esa bruja de Lily no para de decirme que voy muy lenta.

—Déjame a mí —dijo Clarrie—. ¿A qué mesa va?

—A una de las que hay a la derecha de la puerta, creo —respondió la hermana sorbiéndose la nariz.

—Entra en la cocina y ofrécete a fregar los vasos. Dile a la prima Lily que merece descansar un rato.

—¡Como si lo mereciera! —protestó Olive.

—Si eso te quita de servir mesas, no te quejes —replicó la mayor tomando la bandeja con los dedos helados.

Salió decidida al salón y fue abriéndose camino hasta la mesa que esperaba lo que había

pedido.

—¿Adónde ha ido la pelirroja —preguntó uno de los parroquianos—, ese duendecillo tan lindo?

—Ha ido a envolverle regalos a Papá Noel —contestó Clarrie mientras descargaba los vasos de la bandeja.

—Me había prometido sentarse en mis rodillas —la informó con una risita.

—Ya se sentará nuestra Clarrie, Billy —le dijo su amigo dándole con el codo. Se trataba de un cliente habitual llamado Burton que a veces tocaba la armónica—. Ella es más cariñosa.

—Entonces te costará el doble —bromeó ella—. Esto será una libra con tres peniques.

Billy pagó la cuenta y la joven corrió a atender la mesa que la llamaba en aquel momento.

No paró en toda la noche, yendo a la carrera de una sala a otra, estrujándose entre la multitud de bebedores con bandejas a rebosar de cerveza. Algunos trataban de manosearla y otros le declaraban su amor. Hubo también unos cuantos que se sobrepasaron y Jared tuvo que llamarlos al orden y pedirles que refrenasen la lengua o se fueran a otro local.

Clarrie comenzaba a marearse por tener el estómago vacío, pero Lily no abrigaba intención alguna de permitir que parase para comer algo hasta después del cierre, pues, según le dijo, si había estado ausente para la hora del té había sido solo por su culpa. Sabía bien, y pensarlo la aterraba, que cuando llegase la hora de cerrar habría peleas de borrachos delante del establecimiento. El truco estaba en sacarlos de allí antes de que estallase la riña. En la forma de consumir alcohol de aquellos hombres había algo de desesperación, como si confiasen en poder borrar con cerveza y licor el hastío de las largas horas pasadas en astilleros y fábricas. Durante unas horas, aquel *pub* deprimente de suelos desnudos, ventanas sucias y mesas desvencijadas se convertía en un refugio entre la tiranía de la sirena del trabajo y sus hogares atestados y llenos de humo. Clarrie se hacía cargo de ello, pero no podía evitar sentir rabia. Había visto lo que podía hacer el alcohol con un hombre: comenzaba siendo una vía de escape y acababa por consumirlo. Si hubiera sido Jared, haría ya horas que habría echado a la mitad de ellos. El ambiente había empezado a dejar de ser jovial para volverse agresivo y ruidoso, y se entablaban discusiones que chispeaban como fósforos al encenderse.

Cuando, al fin, Jared anunció que debían pedir las últimas consumiciones, se levantó un clamor provocado por las voces de quienes querían seguir bebiendo. Olive apareció entonces con una bandeja de vasos limpios y se la tendió a Jared desde detrás de la barra. Tenía aspecto cansado y las manos en carne viva por las horas que había pasado fregando vasos y Clarrie no pudo evitar sentir una punzada de culpa al ver tan hinchados los que no hacía mucho habían sido hermosos dedos de violinista. Sin embargo, la pequeña no emitió una sola queja mientras ayudaba a su hermana a cargar con otra bandeja llena.

Mientras se dirigían a la puerta del bar, uno de los hombres dio un paso atrás tratando de mantener el equilibrio y fue a tropezar con Olive, que a su vez volcó la bandeja que llevaba Clarrie en las manos. Los vasos se estrellaron contra el suelo y desparramaron por todas partes la cerveza que contenían. Los parroquianos miraron a su alrededor desconcertados o se apartaron entre gritos de protesta.

—¡Furcia estúpida! —gruñó con la chaqueta empapada el hombre que había provocado todo.

Se trataba de Hobson, un hombre por lo común tranquilo que ejercía de capataz en la fábrica de armamento Armstrong Whitworth. Asió a la pequeña y la zarandeó con fuerza. Olive soltó un

grito endeble.

Clarrie tomó al hombre del brazo.

—Ha sido culpa mía. Por favor, suéltela.

—¡Mi chaqueta nueva…! ¡El jornal de dos semanas, a la mierda! —vociferó borracho sin liberar a la menor, que parecía aterrada.

—Lo siento —insistió Clarrie haciendo lo posible por calmarlo—. Ahora mismo se la limpio. No se preocupe.

Vio que dejaba el brazo de la pequeña y la apartaba de sí con firmeza.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó por encima del estruendo la voz de Jared, que acababa de reparar en el altercado.

Los clientes habían empezado ya a pisar los cristales rotos sin darles la menor importancia.

—Ha sido un accidente —respondió la mayor mientras trataba de separar al capataz de Olive.

—¿Está usted bien, señor Hobson?

La indignación de aquel hombre volvió a inflamarse.

—¡Qué voy a estar bien! —exclamó con dificultad—. ¡Condenadas chiquillas…!

Por un instante, se afanó en fijar en Clarrie su mirada vidriosa. Saltaba a la vista que estaba muy bebido. La joven conocía bien aquella expresión, la misma que había visto con demasiada frecuencia en los ojos de Jock; aquella mirada agresiva y amenazante que hacía pensar que ni siquiera la reconocía. Lo soltó y a sus propios ojos debió de asomar el miedo, pues acto seguido él cerró el puño y lo estampó contra su cara.

Ella trastabilló anonadada hasta darse contra la barra. Olive chilló con todas sus fuerzas. Jared se abalanzó hacia delante y un tipo que estaba al lado de Hobson le devolvió el golpe. Todo el bar se enzarzó entonces en una pelea. Clarrie sentía en la nariz un dolor insoportable que la hizo doblarse con las manos aferradas al rostro, incapaz de abrir los ojos. A su alrededor oía a los hombres lanzando aullidos y puñetazos. Se agachó y se pegó a la barra con la intención de quitarse de en medio. Una bota dura le golpeó la cadera.

—¡Socorro! ¡Ayúdame! —gritó Olive cerca de ella.

Clarrie tendió un brazo y tanteó el aire, incapaz aún de abrir los ojos. Su hermana se asió a él. La mayor tiró entonces de ella para envolverla y las dos se abrazaron con fuerza mientras a su alrededor llovían los golpes. Minutos más tarde oyeron la voz de Lily tronar por encima del estruendo de la refriega.

—¡A casa todo el mundo, panda de granujas!

Clarrie entreabrió los párpados y vio a la señora Belhaven empujarlos a todos hacia la puerta con el palo de una escoba. El local no tardó en quedar vacío una vez que el ruido se trasladó a la calle. Oyó a Jared cerrar con llave la puerta exterior y regresar a continuación.

—¡Vosotras dos, arriba! —ordenó entonces Lily, aguijándolas con la escoba—. ¿Me queréis explicar qué demonios ha pasado aquí?

Clarrie se puso en pie a duras penas, con la nariz dolorida y ensangrentada, pero, antes aún de que pudiera explicarse, la señora Belhaven ya la estaba reprendiendo:

—Has tirado una bandeja, ¿no es verdad? Todo esto está lleno de cristales rotos. Pues ¡que sepas que lo pienso descontar de tu sueldo!

Olive se levantó y se abrazó a su hermana.

—¡Qué va! Si la pobre no ha tenido ninguna culpa, tesoro —aclaró Jared mientras sentaba a

Clarrie en una silla y le colocaba en la nariz un pañuelo sucio—. Ese Hobson no tenía ningún motivo para pegarle.

Lily pareció volverse más loca aún al ver a su marido ayudando a Clarrie. Tenía el rostro amoratado y le brillaban los ojos de rabia.

—¿Y tú, estúpido, cómo has dejado que se salga todo de madre? —le espetó—. ¡No te puedo encargar nada! —Entonces acercó la cara a la de Clarrie para seguir con la reprimenda—. ¡Seguro que le has faltado al respeto! ¿O no?

La joven se apartó.

—No. Solo estaba intentando calmarlo. La había tomado con Olive.

—¡Vaya par de mocosas! —bramó Lily—. ¡Sois las dos unas inútiles! —Y tras asestar una patada a una de las sillas que había volcadas, añadió—: Este era un sitio como Dios manda antes de que llegaseis vosotras con vuestros aires de grandeza, dándoos pisto y creyéndoos mejores que la gente trabajadora de por aquí. ¿Os creíais que podíais mirarlos por encima del hombro sin que se molestaran? —Las miró con verdadera inquina—. ¡Pues ya podéis estar limpiando todo este desorden vosotras solitas! —les ordenó blandiendo la escoba.

Clarrie, que no la había visto nunca en semejante estado, se levantó tambaleante y mareada y, temiendo que hiciese daño a Olive, protegió a la pequeña con el brazo.

—Tranquila, nosotras nos encargamos.

—Que sepáis que me da igual cuánto tardéis —añadió Lily de malos modos—: acabéis cuando acabéis, mañana por la mañana quiero que esté lista la lumbre a la misma hora de siempre.

Clarrie se agarró a Olive para no desmayarse.

—Pero… ¡si mañana es Navidad!

—En esta casa no hacemos excepciones. ¡Además, tengo que hacer pasteles para San Esteban!

Volvió a amenazar a la joven con la escoba y salió hecha una fiera. Suspirando, Jared tomó un trapo de detrás de la barra y ayudó a limpiar la sangre de la nariz de Clarrie. Tardaron una hora en limpiar el estropicio del bar, recoger el salón y lavar y guardar los vasos. Jared iba de un lado a otro colocando las mesas y tratando de ayudar sin que se diese cuenta su mujer, hasta que ella le ordenó que llevase a su casa a Harrison, a quien dijo que volviera a presentarse en el trabajo a los dos días.

—Si no quieres tenerla mañana más morada que un boxeador —murmuró Jared al marcharse —, deberías ponerte un paño frío en la nariz cuando te acuestes.

Cuando acabaron al fin, Lily se había ido ya a dormir, después, como siempre, de cerrar con llave la alacena. A Clarrie hacía mucho ya que se le habían pasado las ganas de comer, pero Olive se estaba asiendo el estómago.

—Tengo mucha hambre, Clarrie. Hoy ni siquiera me ha dado un triste té.

Buscaron en la cocina sin encontrar nada que pudieran echarse a la boca más que algunas sobras duras de masa que habían guardado para Barny y que Olive masticó sin mucha alegría.

—La odio —dijo con gesto afligido—. Hoy estaba como loca. ¿Por qué no nos advirtió nunca papá de lo horribles que eran sus primos?

Clarrie se dejó caer en el banco que tenía al lado.

—Jared no es tan malo y a lo mejor papá no llegó a conocer nunca a la verdadera Lily. Se fue

de aquí hace muchos años. De hecho, no creo que llegaran siquiera a conocerse.

—De todos modos, tenía que haberlo pensado. —Olive tragó lo que tenía en la boca y trató de reprimir las lágrimas—. Tenía que haber pensado adónde iban a llevarnos su afición a la bebida y sus deudas.

La mayor cerró los ojos exánime.

—Esto va a cambiar.

—¡Eso es lo que dices siempre! —la acusó Olive—, pero ¿cómo quieres que cambie? Nos tienen como esclavas. ¡Esa bruja no nos va a soltar en la vida! —y dicho esto, rompió a llorar.

Su hermana hizo ademán de pasarle un brazo por encima de los hombros, pero Olive no quería que la consolaran y se zafó.

—Voy a escaparme de aquí —dijo—. No puedes impedírmelo.

Clarrie soltó un suspiro.

—¿Y adónde vas a ir?

—Me da igual. ¡A cualquier parte! No teníamos que haber venido a Inglaterra. Teníamos que habernos ido con Kamal. Cualquier cosa habría sido mejor que esto. ¡Ahora ya no vamos a volver nunca a la India!

La mayor sabía que, una vez que su hermana se encontraba en aquel estado, tratar de rebatirle algo solo iba a servir para empeorar las cosas.

—Vámonos a la cama ahora que podemos —dijo poniéndose en pie.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba poco menos de las doce.

—Ya es casi Navidad. Hoy nos vamos a divertir, diga lo que diga Lily sin Calzas.

Olive hizo un mohín, pero la siguió por la oscura escalera que llevaba al desván. Se habían acostumbrado a subirla y bajarla sin luz para reservar su vela para leer en la cama los pocos libros mohosos de Jock que habían hecho con ellas el viaje desde Belguri.

Se pusieron más ropa, guantes y calcetines de lana para hacer frente al frío helador y se metieron juntas en la cama. La pequeña dejó que Clarrie la rodeara con sus brazos.

—Mañana podríamos sacar el violín para que toques —susurró su hermana—. A ver si alegras un poco el día.

—No nos va a dejar.

—Podemos convencer a Jared cuando se haya tomado una copita de Navidad. Le gusta que los clientes toquen en el bar.

Las dos guardaron silencio. A Clarrie la había arrastrado el cansancio a dormitar cuando Olive se incorporó de pronto a duras penas.

—¡Claro!

—¿Qué? —murmuró su hermana.

—Pues que bebe —declaró la pequeña.

—¿Quién?

—Lily sin Calzas.

La impresión despertó por completo a Clarrie.

—No digas tonterías.

—Estoy convencida —replicó Olive—. Tiene algo oculto en un tarro grande de encurtir que guarda en la alacena. Una vez la vi echarlo en una taza y me riñó por mirar. Dijo que era vinagre blanco, que así hacía mejor la digestión. Bebe todos los días antes de la siesta.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —preguntó la mayor con gesto incrédulo.

—Porque me había creído lo del vinagre.

—Tal vez sea verdad.

Olive sacudió la cabeza.

—Ese hombre tan horrible, Hobson, estaba bebiendo lo mismo. Olía igual, como a flores rancias.

—Ginebra —anunció Clarrie conteniendo el aliento—. Hobson bebe ginebra sola. Es incolora.

—Pues eso es lo que tiene ella en el tarro de encurtir —concluyó inflexible la menor.

—Pero yo me habría dado cuenta. —Clarrie estaba perpleja—. Yo a los bebedores los reconozco.

—Tú no estás con ella tanto tiempo como yo —señaló Olive—. Ella sabe esconderlo y huele tanto a cebolla y a guisote que solo se lo noto cuando me pone la cara delante para regañarme. Siempre tiene peor carácter por la mañana, antes de tomarse su vinagre.

—¡No me digas! —exclamó la mayor.

—Esta noche, mientras yo fregaba vasos, no paraba de ir a la alacena por un trago tras otro.

—Con razón ha llegado al bar echando espumarajos por la boca. Eso explicaría su comportamiento.

—¿Lo sabrá el primo Jared? —preguntó Olive.

—A lo mejor… —se dijo Clarrie—. Puede ser que por eso le guste contratar a muchachas jóvenes en el bar: para tenerla a ella en la cocina haciendo pasteles.

—Yo creo que no sabe lo del vinagre. En el fondo, es igual que todas esas ordinarias que vienen por aquí.

—No son ordinarias: son muy amables —repuso Clarrie pensando en Lexy y sus amigas—. Y, por lo menos, no son ningunas hipócritas como ella, que se cree más santa que las Escrituras.

Olive sonrió con suficiencia.

—Lilinebra. Así la vamos a llamar a partir de ahora: Lilinebra sin Calzas.

Capítulo 9

Clarrie se despertó temprano la mañana de Navidad, aterida y aquejada de dolores. Tan acostumbrada estaba ya a levantarse mucho antes de que amaneciera que no necesitaba que fuera nadie a tocarle a la puerta. Tenía lastimada la cadera de la patada que había recibido y sentía dolorosas palpitaciones en la cara. Tras dejar el regalo de Olive a los pies de la cama para que lo encontrase al despertar, bajó las escaleras cojeando. Dejó otros dos obsequios sobre la mesa: sendos pañuelos hechos a mano para Jared y Lily a los que Olive había añadido un bordado de pájaros por insistencia de Clarrie.

Hasta que fue a avivar el fuego de la cocina no reparó en el reflejo que le devolvía el guardafuego de acero de la chimenea. Ahogó un grito de pavor y, corriendo al espejo cuarteado de la trascocina, a la luz tenue de una vela vio que tenía hinchado el puente de la nariz y los ojos hinchados y amoratados.

Aterrada, se cubrió el rostro y sintió que la ahogaba un llanto de humillación. ¿Qué iba a decir la gente cuando la viera? Sintió el impulso de salir corriendo y esconderse. De nuevo en la cocina, reprimió las ganas de llorar y sintió que las lágrimas le escocían los ojos y le hacían palpitar la nariz. Se echó el chal sobre la cabeza para usarla a modo de velo. Si alguien veía lo que le había hecho aquel bruto, se moriría de vergüenza. Se puso en cuclillas al lado de la lumbre y notó que se le aceleraba el pulso. Se sentía pequeña, vulnerable, del todo insignificante.

—Buenos días, Clarrie. —Jared apareció bostezando en el umbral—. ¡Feliz Navidad!

Ella apretó los dientes para sofocar un aullido de dolor.

—¿Clarrie? ¿Qué te pasa?

La joven se volvió hacia él muy poco a poco y se retiró el chal de la cara. Lo vio encogerse de la impresión.

—¿No te…? Mira que te dije que te pusieras algo anoche —balbució—. Deja que te mire bien.

Clarrie hizo una mueca de dolor cuando él la tocó con sus torpes dedos.

—Yo diría que te la has roto —sentenció él chascando la lengua—. Vas a tener que aprender a esquivarlos.

Ella lo miró con gesto incrédulo. No estaba de humor para chistes, pero él parecía estar hablando en serio. Hizo silbar el aire entre las mellas de su dentadura antes de añadir:

—¡Mira que he visto cosas así en lo que llevo de oficio, pero esto supera todo! Emplastos de vinagre: eso es lo que necesitas. Eso lo cura todo. Ahora, que nos dé un poco mi Lily cuando

venga con las llaves. —Esquivándola, se sirvió una taza de té de la tetera que había medido Lily la víspera y Clarrie había hecho y dejado en el hogar para que se mantuviera caliente.

Ella volvió a esconderse bajo el chal mientras reprimía las ganas de ponerse a gritar. En ese momento entró Olive con una sonrisa de oreja a oreja y corrió a darle las gracias por el cuaderno de dibujo y los lápices, pero sus palabras murieron antes de salir de sus labios en el instante en que vio el rostro de su hermana.

—¡Clarrie! —dijo conteniendo el aliento mientras la abrazaba.

—¿A qué viene este jaleo? —Lily tenía los ojos llorosos y un humor de perros.

¿Cómo no se había dado cuenta antes Clarrie de aquellos signos, que hablaban a voces de un problema con el alcohol? La recién llegada apartó a Olive de un empellón y miró a la mayor para exclamar con aliento nauseabundo:

—¡Por Dios bendito, chiquilla! ¿Tú has visto cómo estás? Con esa pinta no puedes ir a la iglesia…

La joven se echó atrás, luchando por no dar una arcada.

—Ve por el vinagre, cielo —le dijo Jared—. Eso es lo que le hace falta.

Su esposa titubeó y Clarrie y Olive cruzaron una mirada cómplice.

—¡Claro que sí! ¡Vinagre! —bramó Lily—. ¿De verdad quieres que malgaste un conservante tan valioso en un cardenal de nada?

Hasta él quedó boquiabierto ante tamaña insensibilidad.

—Pero, cariño…

—¡De *cariño*, nada! —gritó ella—. ¡Que no hubiese molestado al cliente! El señor Hobson es un capataz respetable. ¡No podemos permitirnos que vayan ofendiendo a gente así! Que le sirva de lección. —Se frotó la frente y miró a Clarrie con ojos inyectados en sangre—. ¡Venga! Levántate y deja de compadecerte. Olive, ¿qué pasa con la mesa, que no está puesta todavía?

La pequeña, nerviosa de nuevo, inclinó la cabeza y se apresuró a obedecer. Clarrie se contuvo, atenazada por la desesperación. Lily sabía que iban a hacer lo que les mandase porque no tenían más opción. La joven se odió por ser tan cobarde, pero lo cierto es que no tenía fuerzas para rebelarse.

Los Belhaven salieron para la iglesia y dejaron a Clarrie preparando las verduras de la comida y acabando de hacer el pastel que habían empezado Lily y Olive. Cuando esta había preguntado si podía quedarse con Clarrie, Lily le había espetado:

—¡Ni soñarlo! A ti te toca rezar por las dos.

Sola, la mayor tuvo que contener el deseo de huir al parque. ¿Cómo iba a salir con aquel aspecto? Sin saber por qué, se sentía tan culpable como si hubiera sido ella la que, borracha, se hubiese puesto a repartir golpes en una pelea. Por poco sentido que aquello tuviese, la sensación de fracaso y de haber provocado el ataque la presionaban como un peso muerto.

Sin fuerzas, se dedicó a sus quehaceres sin poder dedicar la cabeza a otra cosa que el deseo de que pasase pronto la mañana y, a continuación, el resto del día para poder, al fin, caer en la cama y refugiarse en un sueño reparador. Era mejor tomarse aquel día como otro cualquiera como había dicho Lily, pues ponerse a recordar la emoción de las Navidades pasadas en la belleza de Belguri con sus padres y Kamal no serviría sino para conjurar la desesperación más negra.

La comida de Navidad fue deprimente: un trozo de cordero recalentado que había sobrado de

los pasteles y patatas hervidas con nabo. Lo más destacado fue una tartaleta de fruta diminuta de la que las muchachas apenas probaron bocado. Jared se bebió de un sorbo la única cerveza que le permitió tomar Lily e hizo lo que pudo por alegrar la conversación.

—La iglesia estaba repleta. Y han cantado muy bien, ¿verdad, cielo?

Lily soltó un gruñido.

—¡Como si fueses capaz de distinguir una nota de otra!

—De la señora Stock sigue sin saberse nada —dijo Jared—. Corre el rumor de que perdió al bebé y no lo está llevando nada bien.

—Debería estar agradecida por los dos varones que tiene —replicó Lily—. ¡Lo que habría dado yo por dos muchachos hechos y derechos capaces de llevar este local…! Louisa Stock no sabe lo que tiene.

Clarrie soltó la cuchara, de pronto sin apetito. Había sido testigo de la honda pena que había caído como una losa sobre el hogar de los Stock, pero Lily ni siquiera parecía capaz de decir nada amable al respecto: no pensaba más que en sí misma y en la existencia tan dura que le había tocado vivir. Había dejado que la amargura la corroyese y destruyera toda solidaridad que pudiese sentir hacia otros. Clarrie no sabía si despreciarla o compadecerla.

—¡No irás a dejarte eso! —exclamó Lily al verla apartar el pastel sin apenas tocarlo—. Dame, que yo lo aprovecho. —Y, con esto, echó los restos a su propio plato.

Olive no habló mucho en todo el día, hasta que, cuando, al fin, se encontraron solas las dos hermanas en su alcoba, sacó del bolsillo un paquete de tamaño reducido.

—Siento no haberte regalado nada para Navidad —se disculpó—, pero Will Stock me ha pedido que te dé esto. Parecía muy desilusionado por no haber podido verte.

La mayor retiró el papel de seda a la luz de la vela para descubrir dentro del envoltorio uno de los bueyes del nacimiento, hecho de pana con diminutas cuentas negras por ojos y escobillas para pipas por cuernos. La tela estaba gastada por donde la habían rozado los deditos de Will al jugar con él un año tras otro. La nota que iba con el regalo decía: «Ya sé que lo que más te gusta son los caballos, pero papá dice que en la India también hay bueyes. Feliz Navidad, de William».

Clarrie tomó con dulzura el muñeco de trapo.

—Mi Will…

Tragó saliva. Aquel era el obsequio más sencillo imaginable y, sin embargo, el más generoso, porque sabía muy bien lo que significaba para el pequeño aquel belén. Su bondad le llegó al alma.

De pronto le brotó un sollozo de lo más hondo de su ser y segundos después tenía las mejillas cubiertas de lágrimas irrefrenables. Olive corrió a abrazarse a su cuello.

—No, Clarrie, no. Odio verte llorar. —Ella también se había echado a llorar.

Las dos se asieron con fuerza, agradecidas por no tener que enfrentarse solas a aquel infierno.

—Vamos a salir de esta —susurró la mayor con furia—. ¡Ya verás!

Aunque aquel día triste acabó como tantos otros anteriores en aquel desván austero y gélido, la sorpresa del regalo de Will llevó consigo cierto consuelo, como un atisbo de amabilidad en un mundo terrorífico. La joven supo que en lo más hondo de su ser daría con las fuerzas que necesitaba para seguir luchando.

Capítulo 10

1906

Clarrie estuvo casi un mes recluida en la casa hasta que no quedó asomo alguno en su rostro del hematoma. Con todo, de su hermosa nariz recta no desapareció nunca un bultito, recuerdo permanente de aquella noche terrible. Lily la hizo trabajar en la cocina y obligó a Olive a servir en el *pub*, cosa que la pequeña temía y odiaba. Aunque el humo del local le provocaba frecuentes ataques de asma, Lily no hizo concesiones. Harrison, por su parte, se encargó de que la mayor no olvidase ni un momento el aspecto que ofrecía.

—Tienes un color raro, Clarrie —decía cada vez que la veía—. ¿Te encuentras bien?

El desprecio que sentía por Lily no hizo sino crecer cuando se vio encerrada con ella en aquella cocina tórrida y apestosa, en la que no dejaba de intimidarla y criticarla. No pasó por alto las continuas visitas que hacía a la alacena para beber en secreto, lo que le dio motivos para preguntarse de nuevo por qué no se había dado cuenta antes. El humor de la mujer tras aquellos episodios furtivos resultaba impredecible. En el mejor de los casos se adormilaba y se le olvidaban las cosas y, en el peor, se volvía violenta y la insultaba. Clarrie reparó en lo que había tenido que soportar Olive en silencio todo aquel otoño.

Al final llegó el momento temido en que Lily la mandó de nuevo al bar. Tuvo la desconsideración de elegir el día en que cumplió los veinte.

—En esta casa no se celebran cumpleaños —fue su respuesta cuando Olive le preguntó si podía hacer una tarta para su hermana—. Tú, compra una si quieres con tus pagas, pero yo no puedo malgastar el dinero.

La pequeña, desafiante, no dudó en sacar el violín de debajo de la cama cuando llegó el día y tocó para Clarrie en la cocina antes del desayuno. Era la primera vez en meses que tenía el instrumento en las manos y, aunque tenía los dedos agarrotados y faltos de práctica, la mayor no cabía en sí de gozo al contemplar la luz que había vuelto a los ojos cansados de Olive y su sonrisa de satisfacción al terminar.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca. —Clarrie besó a su hermana—. Gracias. Y, ahora, vuelve a guardarlo antes de que Lily venga a protestar y lo convierta en leña para el fuego.

A pesar de que lo de su hermana hubiera sido solo una broma, Olive puso gesto de terror y corrió arriba a esconder el violín.

Más tarde, Clarrie hizo de tripas corazón y regresó al bar, sudando y sin aliento ante la idea

de tener que volver a ver a Hobson. La exasperaba el que sus primos esperasen que lo sirviera como si no hubiese pasado nada. Temblaba tanto que a punto estuvo de tirar otra vez la bandeja cargada de cerveza. Aliviada, pudo comprobar, sin embargo, que Hobson no asomó por allí aquel día.

De forma inesperada, se alegró al ver entrar por la tarde a Lexy, Maggie e Ina.

—¿Dónde has estado, guapa? —preguntó Maggie a voz en cuello.

—Pensamos que te habrías fugado con alguno de los cerveceros —se burló Lexy.

—Seguro que habría sido divertido —respondió Clarrie.

—¡Si estás más delgada que un lápiz! —observó Ina—. ¿No te da de comer esa arpía?

—Eso debe de ser, porque tu hermana también está en los huesos —convino Maggie—. No habla mucho Olive. Cada vez que le digo algo, da la impresión de que se vaya a echar a llorar.

—Normal, a mí también me dan ganas de llorar cada vez que abres esa bocaza, Maggie —bromeó Lexy.

La otra la empujó con gesto juguetón.

—No les hagas caso —dijo Ina poniendo los ojos en blanco—. Tenemos una cosa para ti. Vamos, Lexy —añadió con un codazo a su amiga.

Lexy sacó una pastilla de jabón y la metió deprisa en el delantal de Clarrie.

—Es de Pears, sin ácido carbólico. No dejes que esa bruja lo huela siquiera.

—No, es solo para ti —recalcó Ina.

Clarrie las miró boquiabierta.

—¿Cómo sabíais que era mi cumpleaños?

Ellas rieron sorprendidas.

—Pues… la verdad es que no teníamos ni idea —respondió Ina—. ¡Qué maravilla! ¿Verdad?

—Es todo un detalle. —Clarrie se ruborizó—. Pero ¿qué he hecho yo para merecer una cosa así?

Maggie bajó la voz.

—Nos han contado lo que te pasó con Hobson. Cuando está borracho, ese hombre es de lo peor. A su mujer le pega con el cinturón.

—Sí —asintió Lexy—. Ella viene muy peripuesta al lavadero, pero hemos visto las marcas que tiene. La pobre…

Los ojos de Clarrie se llenaron de lágrimas. Tragó saliva, incapaz de darles las gracias. Ina sacó una mano áspera y estrechó la suya.

—Esa cabeza, bien alta, cariño. Los tipos de la calaña de Hobson no te llegan ni a la suela del zapato. ¡Mira que pegarte! ¿Será cobarde?

—¡Vaya! —añadió Lexy—. No te preocupes, que vamos a devolvérsela. La próxima vez que su mujer lleve a lavar la ropa, Maggie y yo vamos a ponerle pimienta en los calzoncillos largos.

Todas rompieron a reír con estruendo y lograron que Clarrie sonriese.

—Eso está mejor —dijo Ina—. A esa carita no le pega estar triste.

—Con vosotras es muy difícil tener pena. —Rechazando los peniques que le tendía Maggie, añadió—: A esta invito yo. Guardaos el dinero para esa pimienta.

Clarrie escondió el jabón en el desván y ella y Olive lo usaron con la jofaina que subían cada noche. Los días más crudos de enero y febrero hacían que a veces tuvieran que partir por la mañana la capa de hielo que se formaba en la superficie.

Cada vez que se lavaba con él y olía su perfume delicado, Clarrie pensaba en la amabilidad de aquellas mujeres y se preguntaba cómo mantenían el ánimo un día tras otro. Hablando con ellas se había enterado de que Ina era viuda y tenía que vender ropa de segunda mano con una carretilla para dar de comer a sus cinco hijos. Maggie estaba casada con un borracho y Lexy se había quedado huérfana y tenía que hacer de madre de sus seis hermanillos.

Aunque le encantaban los momentos de camaradería que compartían en el *pub*, sabía que merecían algo mejor. El ambiente de allí era muy cambiante y en cualquier momento podía estallar una pelea por medio penique caído al suelo. Muchas veces tenían que aguantar bromas obscenas o comentarios ofensivos y no era raro que Lily irrumpiera en el salón para echarlas sin motivo aparente. Le daba lástima la pandilla de chiquillos que las acompañaban a menudo y que tenían que aguardar fuera, acurrucándose bajo la lluvia o la cellisca, a que sus madres o hermanas mayores entrasen en calor a golpe de licor. Ojalá hubiera un lugar más seguro y agradable donde pudiesen ir las mujeres pobres de clase obrera como ellas y sus pequeños. Tenía la impresión de que a los cerveceros y a los taberneros les daba exactamente lo mismo siempre que pagasen lo que consumían.

Un día ventoso de primavera, acababa de tender la ropa en el callejón de atrás cuando oyó el traqueteo de un carro de reparto que bajaba por la colina.

—¡Cuidado con la colada, señorita! —gritó un joven.

Ella corrió a salir a la calle y agarró las camisas y los delantales que ondeaban al viento. De pronto, vio que el vehículo iba hacia ella sin conductor. Se apartó de un salto en el último momento. El poni llegó trotando y se llevó consigo parte de la ropa y el resto siguió su misma suerte cuando el tendedero se enganchó en la cubierta de madera del carro.

El joven corría detrás sin aliento, agitando la gorra en el aire.

—¡Deténgalo, señorita!

Ella salió tras él como una flecha y lo alcanzó al final del callejón.

—¡So! —Se aferró a las riendas y tiró de ellas para hacerlo parar.

En ese momento llegó el repartidor, un muchacho rubio con el pelo de punta como un cepillo y ojos vivos del color de la miel. Los dos tardaron un tanto en recobrar el resuello.

—Gracias, señorita —dijo él jadeando—. En cuanto ve la ocasión, se vuelve a casa. Esta Bella es lo más retozón que me he echado a la cara.

Clarrie dio unos golpecitos al animal.

—Es una hembra fortachona. Lo que pasa es que hay que ser firme y enseñarle quién manda.

—¿Ah, sí? —Él la miró con gesto burlón—. Sabe usted mucho de caballos, ¿verdad?

—Lo bastante como para que no se me escapen y estropeen la colada de otros. —Y tiró de la camisa que se había enganchado en el arnés de Bella.

—Lo siento, señorita —respondió él con el rostro encendido antes de ponerse a ayudarla a recoger la ropa que había quedado desperdigada.

—Prefiero que me llames Clarrie —le dijo.

—Yo soy Jack, Jack Brewis. Ya me encargo yo de volver a poner el tendedero.

Ella soltó algo que estaba a medio camino entre la risa y un suspiro resignado.

—Me parece que voy a tener que volver a lavar la mitad de la ropa.

Él recuperó de la cubierta del carro la cuerda con los delantales.

—¿Trabajas en el Cherry?

Clarrie asintió con una inclinación de cabeza.

—Buenos jaleos se montan ahí a veces… —gruñó Jack.

Ella se puso colorada.

—Sí, a veces, pero a ti no te he visto nunca en el local.

Él la miró de hito en hito.

—No, yo no bebo: prefiero ir a bailar o al Pabellón.

—¿Al Pabellón? ¿Qué es eso?

Él la miró estupefacto.

—La sala de conciertos de Westgate Road. ¿No has ido nunca?

Clarrie negó con la cabeza.

—Pues ¡te estás perdiendo lo mejor!

Clarrie hizo por disimular una punzada de nostalgia. ¿Cómo iba a poder explicarle que estaba como cautiva, que, si no le permitían salir por la tarde, no podía siquiera soñar con una velada teatral? No le costaba imaginarse a Lily echando espumarajos por la boca para hablar de la música del demonio y de las rameras sin vergüenza que se subían al escenario.

—¿Qué vendes? —le preguntó.

—Té —respondió él mientras le tendía un montón de ropa.

La joven miró por primera vez con detenimiento el carro, decorado con unas letras vistosas que anunciaban la Tyneside Tea Company, y abrió los ojos con interés.

—¿Y tienes de muchas clases?

Él estudió el vestido harapiento que usaba ella para trabajar y sus botas de clavos.

—El más barato que tenemos es el Household.

Clarrie se apoyó las manos en las caderas.

—¿Y de qué está hecho? ¿Flowery, Orange Pekoe, Broken Pekoe, Souchong o Dust?

Él la miró boquiabierto.

—¡Y yo qué sé! Es té del bueno, del fuerte que toman los trabajadores. A mi madre le encanta.

Clarrie reprimió una sonrisa.

—Si quieres que te compre, vas a tener que ser mejor vendedor.

—De acuerdo, Clarrie —dijo con voz de engatusador—. Tenemos Assam Breakfast, Darjeeling y Ceylon. El Ceylon viene que ni pintado para el té de la tarde: es lo que beben todos los señoritingos. Ven y echa un vistazo.

Jack sacó del carro un cesto lleno de paquetes de té envueltos en papel de arroz de distintos colores. Ella eligió uno y lo abrió.

—¿Qué haces? —preguntó él con recelo.

—Olerlo.

Inspiró el aroma de aquellas hojas oscuras. Era fuerte y terroso y le hablaba de un clima cálido y húmedo. El siguiente era más fragante, en el tercero se percibían tonos ahumados y el cuarto consistía en una mezcla acre de hojas de menor calidad. Cerró los ojos y pudo ver los remolinos pardos del Brahmaputra y las laderas de arbustos de té verde esmeralda, que chorreaban vaporosos tras la lluvia. Tomó el último paquete y lo olió. Su perfume delicado y aromático le evocó recuerdos de sándalo y roble, de manantial y bruma matinal. La nostalgia agridulce le hizo un nudo en el estómago. Olía a Belguri.

—Este —dijo con los ojos anegados en lágrimas—. Quiero este.

Él la miró indeciso.

—Ese es Darjeeling. No es precisamente barato.

—Lo sé. —Y sonrió al borde del llanto mientras sacaba la faltriquera que llevaba consigo en todo momento.

Jack no le quitaba ojo mientras ella le entregaba buena parte del sueldo de aquella semana.

—Eres una chica rara, Clarrie. ¿Cómo es que sabes tanto de té? ¿Eres extranjera o algo así?

Ella vaciló. ¿Para qué le iba a decir que era hija de un cultivador de té? Iba a pensar que estaba mintiéndole.

—Mi padre sirvió en la India de soldado, aprendió mucho de té y me lo enseñó a mí.

—¡Si hasta hablas diferente! —dijo él desconcertado— Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Pero antes de que Jack pudiese preguntar nada más, tronó una voz a sus espaldas:

—¿Qué demonio está pasando aquí?

La joven miró alarmada a su alrededor y vio a Lily hecha una furia en el patio trasero.

—¡Venga aquí, señorita! ¿Qué has hecho con mi colada?

Jack, percibiendo la tensión que asomaba en el rostro de Clarrie, intervino:

—Lo siento, señora —gritó por el callejón arriba—. Ha sido culpa mía. Yo lo arreglaré.

—¡Tú, vete de aquí con viento fresco! —respondió ella con un bramido—. Y tú, desvergonzada, vuelve aquí ahora mismo.

—¡Qué encanto de mujer! ¿No? —murmuró Jack.

—Es mejor que te vayas —dijo Clarrie— antes de que te cueza y haga pastelitos contigo.

Él soltó un bufido a modo de risa.

—Siento haberte metido en un lío. Y muchas gracias por pararme a Bella.

—A ti, por el té. —Y dedicándole una breve sonrisa, guardó el paquete en el delantal y dio media vuelta para marcharse.

—A ver si nos volvemos a ver, Clarrie —dijo él mientras volvía a encasquetarse la gorra y agarraba a Bella.

—Espero que sí. —Agitó el brazo a modo de despedida y corrió por el callejón con un montón de ropa arrugada entre los brazos.

Clarrie soportó las palabras hirientes de Lily sobre su conducta descarada, su incompetencia a la hora de lavar la ropa y su indolencia en general, porque sabía que, al final del día, cuando los Belhaven se hubieran acostado, iba a poder agasajar a Olive con té de verdad. Llevaban demasiado tiempo teniendo que soportar el Dust barato y amargo de Lily. Lo pondría en infusión con el jengibre que le había comprado Ina para que aliviara el asma de Olive, como hacía Kamal.

Aquella noche, ya tarde, se sentaron cerca del fuego y, bebiendo a sorbos aquel té negro humeante, hablaron en voz baja de su vida anterior. Clarrie refirió a Olive su encuentro con aquel repartidor apuesto y su caballo desbocado.

—Le gustan el baile y la música —dijo la mayor con gesto de aprobación—. Y no bebe.

—Me está gustando ese Jack tuyo —convino Olive—. ¿Crees que volverá a verte?

Clarrie suspiró.

—Si Lilinebra no lo ha espantado…

—¿Te imaginas ir a un concierto o a un baile? —soñó Olive—. ¿Cuándo vamos a poder

hacer algo de eso, Clarrie?

Su hermana estaba a punto de prometerle que no iban a tener que esperar mucho cuando se detuvo al pensar que ya eran muchas las promesas vanas que le había hecho y que Olive no era ya una niña a la que pudiese consolar con palabras fáciles.

—No lo sé —respondió.

La pequeña inclinó la cabeza con gesto desolado. Al contemplar su rostro demacrado y su cabello, en otro tiempo de un vivo tono pelirrojo y ahora apagado y hasta escaso, sintió que la invadía una oleada de compasión por aquella hermana tan sensible que, sin embargo, había hecho frente a aquella nueva vida de pesares y desamparo con mucho más estoicismo del que podría haber imaginado Clarrie. Se había tenido siempre por la más fuerte, la que tenía que proteger a su hermana, pero en aquel remanso de tranquilidad, bebiendo aquel té especial, reparó en que no habría podido soportar aquellos meses sin tener a su lado a Olive.

Ella era la única con la que podía hablar de su hogar y su vida pasada, la única que entendía cómo se sentía. Su carácter veleidoso le recordaba mucho al de su padre: tenía sus mismas pasiones, sus cambios de humor y sus inseguridades. Olive era el único vínculo impagable que la unía a Belguri y a los padres que tanto habían amado y que habían perdido.

Sin embargo, la aterraba la posibilidad de que perdiera la esperanza. Su salud se había deteriorado a pasos de gigante durante el invierno que habían vivido en aquella casa húmeda y llena de humo. Hasta Lily se había acostumbrado a su tos constante hasta el punto de haber dejado de protestar cuando la oía. Tenía que hacer algo para mejorar su suerte.

Las semanas siguientes, Clarrie pensó mucho en Jack, en su simpatía y en su té. Miraba a la calle con la esperanza de ver pasar su carro. Había sido muy reconfortante conocer a alguien nuevo y de su edad que, además, no tenía nada que ver con el *pub* ni con sus clientes aficionados a la bebida, pero ni él ni su poni, Bella, habían vuelto a dar señales de vida.

Un día llegaron al bar Lexy e Ina sin Maggie. La primera estaba muy apagada, cosa extraña en ella. Cuando Clarrie le preguntó por su amiga, meneó la cabeza y murmuró airada:

—¡Ese hijo de perra de su marido…! Esta vez casi la mata.

Clarrie reprimió un grito.

—¿Qué quieres decir?

—Que le ha dado una paliza de mil demonios. ¡Llena de cardenales la ha dejado!

—¿Y por qué?

—¡Yo qué sé! Porque habrá encontrado la panceta más hecha de la cuenta… —dijo Lexy con amargura—. Si no tiene un motivo, se lo inventa.

Clarrie sintió que se mareaba y tomó asiento.

—Pero ¡eso es terrible! ¿Dónde está?

Ina miró con miedo a su alrededor antes de señalar con la barbilla a Lexy, quien respondió:

—En mi casa.

—¡Chist! Habla más bajo —susurró Ina—, que sus compañeros de trabajo vienen a beber aquí…

La otra recorrió el local con una mirada desafiante, pero bajó la voz:

—Tengo a los niños cuidando de ella.

—¿No se le ocurrirá mirar allí? —preguntó Clarrie.

—Ya ha ido a hacernos una visita. Se ha desgañitado delante de la puerta, pero no le he abierto.

Ina soltó un suspiro.

—Pero antes o después la encontrará y la llevará a rastras a su casa.

Clarrie sintió que la rabia le invadía la garganta.

—¿Y no hay nadie que pueda pararle los pies? ¿Por qué no le decís a la policía lo que ha hecho?

Las otras la miraron con gesto de compasión.

—La policía no hace nada —dijo Lexy con desdén—. Lo que pase en su casa es cosa de ellos: un hombre puede hacer lo que le venga en gana con su mujer.

Clarrie tragó saliva.

—Pues está claro que no puede volver. Tiene que buscar cualquier otro sitio.

—Eso es muy fácil de decir —suspiró Ina—. Su hija vive cerca, pero le tiene tanto miedo al viejo como su madre.

—Y, si no vuelve pronto al trabajo, va a perder su puesto en el lavadero —añadió Lexy con aire desolado—. Yo no voy a poder encubrirla mucho más tiempo.

Clarrie no sabía qué decir para consolarlas. Tuvo que pasar el resto del día obligándose a no dejar el trabajo que había empezado a odiar con fuerza. Aunque nunca había servido al bestia del marido de Maggie, a veces se sentía cómplice. ¿Cuántos ataques de ira provocados por el alcohol debía de haber alimentado en otros hombres? ¿Cuántos de los que había echado Jared a la hora del cierre no habrían regresado a sus casas para pegar a sus mujeres?

Aquella noche le fue imposible dormir. Tumbada, escuchaba la respiración sibilante de Olive mientras luchaba con sus pensamientos afligidos. Al día siguiente era domingo. De camino a la iglesia, reunió el valor suficiente para pedir lo que había estado rondándole la cabeza toda la noche.

—Primo Jared, he tenido una idea para el negocio.

—¡No te lo pierdas! —exclamó Lily—. ¡Una idea para el negocio!

—Por lo menos vamos a escucharla, cariño —respondió él volviéndose para mirar a Clarrie.

La joven sabía que, si se trataba de ganar dinero, podía captar su atención.

—Tengo entendido que los salones de té están teniendo mucha aceptación últimamente y me estaba preguntando si no podríamos empezar a servir té en el salón. Lo podríamos poner bonito, con manteles en las mesas y cortinas en las ventanas —se fue entusiasmando—, vender los pasteles de la señora Belhaven y quizás hasta tartas.

Lily se paró en seco.

—¿Tartas? —gritó.

—Sí —respondió la joven—, como las que sirven en las chocolaterías Lockart’s. Las podríamos hacer Olive y yo.

Los dos la miraron boquiabiertos, sin palabras. Jared fue el primero en recuperar la voz.

—¿Y por qué íbamos a hacer una cosa así? Los hombres no vienen al local a tomar té ni tarta —dijo con desdén.

—A lo mejor lo harían si lo convertimos en un sitio más acogedor —repuso Clarrie—, más familiar.

—Si quisieran algo más familiar —saltó Lily—, se irían a sus casas.

—Haríamos que vinieran más mujeres —insistió la joven—. Por aquí no tienen ningún sitio decente al que ir a sentarse y tomar una taza de té.

Lily soltó un bufido con gesto burlón.

—Ni nosotros, desde luego, vamos a animarlas: deberían estar en sus casas, cuidando de sus maridos y sus hijos, que es lo que les corresponde. Si el señor Belhaven no fuera tan blando, en nuestro local no entrarían esas mujerzuelas.

Clarrie se mostró alicaída.

—¡Y no me vengas con tus caritas! —dijo Lily—. No tenemos dinero para cortinas ni manteles refinados y, si lo tuviéramos y los pusiésemos, la gente de por aquí tampoco iba a saber apreciarlos.

Jared negó con la cabeza.

—No, Clarrie: eso no es lo que buscan los clientes. Los salones de té son para los de clase media del centro de la ciudad. Nosotros tendríamos que cerrar el negocio al cabo de medio mes si pusiéramos uno aquí. Los hombres se irían a otra parte y adiós, muy buenas.

Lily y él volvieron de nuevo la espalda a las hermanas para seguir camino pendiente arriba.

—¡Un salón de té! —siguió mascullando la señora Belhaven—. ¡Habrase oído semejante insensatez!

Clarrie se tragó su frustración. Sabía que tratar de hacerlos cambiar de opinión sería perder el tiempo. Olive la abrazó con la intención de consolarla.

—Es una idea excelente —le susurró—. No es ninguna insensatez.

La mayor la miró agradecida mientras ambas seguían a los Belhaven en dirección a la iglesia.

Louisa Stock no había vuelto a la iglesia presbiteriana de John Knox desde que había perdido el bebé. En la congregación había corrido la voz de que no podía valerse y lo cierto es que hacía meses que nadie la veía salir de su casa de Summerhill. Nadie mencionaba nunca la muerte de la criatura: a lo sumo, se decía que había tenido «problemas de mujeres». Herbert Stock tenía siempre el rostro tenso y ojeroso. Parecía que le hubiesen caído encima varios años desde aquel verano, tenía la cojera más pronunciada y ya apenas hacía nada más que saludarlos con una inclinación de cabeza en el momento de salir del templo. Bertie seguía cantando a voz en cuello y tan envanecido como siempre. Will era el único que se entretenía al final del culto para hablar con Clarrie pese a que su hermano lo instaba a darse prisa. Se había preocupado mucho al ver que faltaba a la iglesia un mes entero.

—Temía que te hubieses metido en la cama y no salieses más, como mi madre —le había confesado con timidez—. Quería ir a verte, pero mi padre y Bertie no me dejaban.

Durante la ceremonia, Will no dejó de mirar a todas partes y sonreír a Clarrie, tanto que Lily acabó por asirla del brazo y hacer que se colocara tras una columna para que el niño no pudiese verla.

—Estás dando el espectáculo —siseó indignada.

Acabado el culto, Lily la sacó afuera y estaba a punto de soltarle un sermón sobre lo que debía ser una conducta decente cuando se acercó a ellos Herbert Stock. La señora Belhaven corrió a hacer su reverencia adulona con una sonrisa de oreja a oreja. Will llegó dando saltitos detrás de su padre, sin dejar de sonreír a Clarrie.

—La señora Stock desea pedirles algo —dijo Herbert con cierta rigidez.

Lily puso gesto de asombro a la vez que de satisfacción.

—Por supuesto, señor mío. Estaremos encantados de ayudarle. ¿Cómo se encuentra la señora?

—No muy bien —respondió él con sequedad.

—¡Vaya por Dios! A todos nos apena oírlo —aseveró ella—. ¿Verdad, señor Belhaven?

Jared asintió con un gruñido.

—¿Y qué puedo hacer por ella, señor? —preguntó Lily.

—En realidad, deseo hablar con Clarrie —dijo Herbert, quien los sorprendió a todos al volverse hacia la joven—. A mi esposa le gustaría conocerte. Tal vez si le dan permiso para ir a visitarnos esta tarde, digamos a las cuatro…

La muchacha lanzó una mirada a sus primos, a los que la incredulidad había dejado con la boca abierta.

—Sí, señor Stock. —Tragó saliva—. Estaré encantada.

Herbert hizo un ligero gesto de aprobación con la cabeza.

—Espero no causarle ninguna molestia por ello, señora Belhaven.

Lily se afanó en contener su indignación.

—No, no —balbució—. Supongo. Pero me parece un poco extraño. ¿Por qué la muchacha?

—Mi esposa —contestó él un tanto incómodo— ha oído a Will hablar mucho de Clarrie y desea conocerla personalmente. Si le resulta inoportuno, podemos dejar la visita para cualquier otro momento.

La joven vio a Lily esforzarse por no perder la compostura ante uno de sus clientes más prestigiosos.

—No, no: esta tarde está bien.

—Perfecto —dijo Herbert llevándose la mano al sombrero antes de darse la vuelta.

—Nos vemos esta tarde, Clarrie —gritó Will encantado mientras se alejaban.

Ella se despidió agitando el brazo mientras hacía caso omiso de la mirada furiosa de Lily, quien pasó todo el camino de vuelta recriminándole que hubiera confraternizado con el pequeño de los Stock.

—¡No vayas a creer que puedes codearte con los de su clase! No es así como está mandado. Seguro que la señora Stock quiere advertirte que no puedes tomarte tantas confianzas. Escúchame bien: tus aires de grandeza van a acabar metiéndote en un buen lío. Cuanto más yergue uno el pescuezo, más alta es la caída. —Sorbió el aire por la nariz—. ¿No es verdad, señor Belhaven?

Jared, que caminaba con la frente arrugada, agitó la cabeza.

—Es muy raro… Me pregunto qué será lo que quiere.

Olive era la única que estaba tan entusiasmada como Clarrie. Más tarde, cuando tuvieron que fregar los vasos, le dijo: «Ojalá pudiera ir yo contigo. ¿Crees que te invitarán al té de la tarde? Tráeme un trozo de tarta, Clarrie. Y, si vuelven a pedírtelo, ¡diles que, la próxima vez, me llevas contigo!».

Mientras apretaba el paso en dirección a Summerhill, la sorprendió un chubasco primaveral que hizo que llegase empapada a la puerta de la casa del abogado. Al ver que no respondía nadie a su llamada, entró para evitar mojarse más aún. La cocina estaba sin recoger y el humo del fogón revocaba hacia la pieza. Saludó en voz alta, pero nadie le contestó. Entonces tomó la

escalera secundaria que le había enseñado Will en Nochebuena y salió al corredor en penumbra. Permaneció en pie unos instantes, pero de ninguna de las estancias contiguas parecía llegar sonido alguno: solo el pesado tictac del reloj antiguo que descansaba en su hornacina. Eran las cuatro y cinco minutos.

—¡Hola! Soy Clarrie Belhaven. ¿Hay alguien?

La puerta principal se abrió y se volvió a cerrar de golpe después de que entrase corriendo Will.

—¡Clarrie! Si te estaba esperando en los escalones. ¿Cómo es que no te he visto?

—He entrado por detrás —explicó ella sintiéndose un poco torpe—. Lo siento.

—No pasa nada: ya estás aquí. Vamos —dijo—. Mi padre está en el estudio. Como no has tocado el timbre, no sabe que has llegado.

La joven, escarmentada, lo siguió escaleras arriba y dobló con él a la izquierda en el rellano. El pequeño llamó a una puerta y entró sin esperar respuesta. Herbert dormitaba ante el hogar de una sala espaciosa forrada de libros desde el suelo hasta el techo. Ante la elegante ventana había una mesa grande de caoba cubierta de papeles que se derramaban de diversas carpetas. Por el resto de la estancia había dispersos varios rimeros torcidos de documentos.

—¡Papá, ha llegado Clarrie! —exclamó el niño, que sacó a su padre de su sopor con un sobresalto.

Herbert alzó la mirada con aire confundido, el rostro marcado por el sueño y los ojos empañados. Durante un instante, la recién llegada sintió que se le paraba el corazón cuando evocó el despertar de su padre en el estudio de Belguri. A continuación, el señor Stock se puso en pie, se atusó con la mano el cabello gris y puso fin a toda similitud.

—Señorita Belhaven, gracias por venir. No la he oído llegar. —Le tendió una mano a modo de saludo formal.

—Ha entrado por la puerta de servicio —lo informó Will.

—¡Ah, claro! —Al estrechar la mano de ella, comentó preocupado—: Está usted chorreando. Venga a calentarse al fuego. —La acercó al hogar con un gesto suave—. Yo iré a ver si la señora Stock está despierta.

Cuando salió, Will le preguntó:

—¿Sabes jugar al *backgammon*?

Clarrie sonrió.

—Y muy bien.

—Seguro que yo te gano —sentenció él antes de tomar el juego de debajo de una pila de libros.

Cuando, diez minutos más tarde, regresó Herbert, los encontró sumidos en una partida muy animada. La joven se puso en pie de inmediato y Herbert atajó las protestas de su hijo por haberse visto interrumpido.

—Podéis acabar luego, Will. ¿No quieres llevar a la señorita Belhaven a ver a mamá?

El niño se puso en pie de un salto.

—Vamos, Clarrie. Por aquí.

La llevó de nuevo al pasillo y, tras pasar el arcón sobre el que había estado el nacimiento, se detuvo ante la puerta del fondo. Llamó con suavidad y esperó hasta que oyó al otro lado una voz débil que decía:

—Adelante.

Clarrie sintió que la invadía de pronto la inquietud ante la idea de entrar en el dormitorio de aquella extraña sin saber qué iba a encontrarse. Le parecía una intrusión. Sin embargo, a continuación pensó en el estado en que se había encontrado su padre cuando estuvo cuidándolo los últimos meses de su vida y aquello le dio el valor de cruzar el umbral: después de haberlas mirado a ambas a la cara, la enfermedad y la muerte ya no la preocupaban.

La habitación estaba protegida con cortinas, iluminada tenuemente por una lámpara de gas parpadeante y caldeada hasta extremos asfixiantes por un fuego intenso de carbón. A uno y otro lado del hogar había sendos sillones refinados de color azul y un tocador elegante cubierto de frascos de cristal, tarros y brochas criando polvo. El extremo opuesto de la estancia estaba dominado por una colosal cama con dosel en la que, apoyada en una montaña de almohadas, descansaba una mujer diminuta con un gorro de encaje. La mesa que tenía al lado estaba invadida de envases con medicamentos.

—Mamá —anunció Will moderando la voz—, aquí la tienes. —Corrió hacia la cama como si tuviera la intención de lanzarse encima, pero se detuvo al llegar.

Louisa alzó una mano frágil e invitó a Clarrie a acercarse sin pronunciar palabra. Al aproximarse la recién llegada, fue a recibirla un olor corporal dulzón y enfermizo. La joven hizo lo posible por ocultar su turbación. Aquella mujer de rostro enteco, ojos hundidos y mechones desgreñados que asomaban por debajo del gorro de dormir no se parecía en nada a la dama de mejillas rosadas y ojos vivaces que recordaba.

—Hola, Clarrie —susurró con un hilo de voz delgado como papel de arroz—. ¿Puedo tutearte?

—Claro que sí. —Ella sonrió y se acercó más para tomar la mano que le ofrecían. Se sorprendió al notar sus dedos hinchados, tanto que la gruesa alianza de oro había quedado hundida en la carne húmeda y fría—. Me alegra volver a verla, señora Stock. Siento que no se haya encontrado bien estos días. En la iglesia se la echa de menos.

Los ojos de Louisa adoptaron un brillo melancólico a la luz de la lámpara.

—Gracias.

—Mamá. —Fue Will quien se encargó de rellenar el silencio—. ¡Si vieras qué paliza le estoy dando al *backgammon*…!

—Todavía no has ganado —rio Clarrie—. No olvides que llevo mucho más tiempo jugando que tú.

—¿Cómo… se os está dando aquí la vida? —preguntó la enferma con voz lenta y fatigada—. ¿Os hacéis a Inglaterra?

La joven vaciló.

—La verdad es que todavía no nos hemos adaptado —dijo con franqueza—, pero hacemos lo que podemos. Mi primo Jared ha sido muy bueno al acogernos a Olive y a mí.

—¿Olive es tu hermana? —preguntó Louisa.

—Sí. Ella es la lista de la familia: es una artista, toca de maravilla y le encanta leer. Le fascinaría la biblioteca del señor Stock.

—Quizá podría… llevarse algún libro en préstamo —respondió Louisa mirando con ojos vidriosos más allá de donde estaba Clarrie.

—Por supuesto que sí, vida mía —repuso Herbert.

La muchacha se dio la vuelta sorprendida al reparar por primera vez en que los había seguido el señor Stock. Tenía el rostro marcado por una tierna preocupación.

—Es muy amable de su parte, gracias. A Olive le encantaría. —De pronto frunció el ceño—. Aunque… tal vez la señora Belhaven no lo permita. La única lectura que aprueba es la Biblia.

Will la miró con gesto incrédulo.

—¡Qué aburrido! ¿No?

—¡Will! —lo amonestó su padre—. Eso no es asunto tuyo.

—¿Y si los mete en la casa sin que lo noten? —sugirió el niño—. Podría esconderlos entre las bandejas de los pasteles.

—Ya está bien, William —dijo Herbert—. ¿Por qué no vamos tú y yo a preparar té? Dolly me ha dicho que iba a dejar dispuesto todo lo necesario.

Cuando salieron, Louisa invitó a la muchacha a ocupar la silla que había al lado de la cama.

—Clarrie, háblame de… la India. ¿Cómo era?

—Era el lugar más hermoso en el que pueda vivir nadie —afirmó ella mientras se sentaba—. Nuestra casa estaba en los montes, rodeada de bosques, entre las gentes de Jasia. Yo cabalgaba todos los días para ver el sol salir tras las montañas. Eso es lo que más echo de menos.

—Sigue —dijo su anfitriona en tono soñoliento—. Aunque cierre los ojos, te estoy escuchando.

Una vez que empezó a hablar de su existencia pasada, Clarrie se dio cuenta de que le era imposible parar. Le describió Belguri de cabo a rabo, el carácter tenaz de su padre, originario de Northumberland, y la dulzura de su madre medio india. Le habló de Kamal, de Ama y de Shillong; de las dificultades que suponía el cultivo de té en un lugar tan remoto; de Príncipe, del *swami* y del esplendor del Himalaya. Lo único que calló fue la enemistad de su padre y los Robson y la prepotente oferta que había hecho Wesley con la supuesta intención de salvar a su familia. Pensar en este último suponía instigar tal tormenta de resentimiento y culpa por la muerte de su padre que Clarrie ni siquiera podía pronunciar su nombre. ¡Cómo se habría regocijado en su suerte de haberla visto tan humillada!

Tras mencionar brevemente la muerte de su padre y su marcha para siempre de Belguri, guardó silencio ante tantos recuerdos. En todos los meses que había pasado en Inglaterra, sus primos no habían llegado a preguntar nada de Jock ni de la vida que habían tenido Olive y ella y lo cierto es que agradecía a aquella mujer impedida que le permitiese hablar al fin de todo aquello.

Pensando que se había dormido, cubrió la mano hinchada de ella con la suya mientras musitaba:

—Gracias.

Louisa abrió entonces los ojos y las dos se miraron.

—Ya veo… por qué te quiere tanto Will —dijo la señora Stock.

Clarrie sonrió.

—Es un niño encantador.

—Sí.

Guardaron silencio unos instantes. La joven recordó el día que le había enseñado su belén y ella había tenido el convencimiento de haber visto a una mujer cruzar el rellano en camisón cuando se marchaba. ¿Los habría oído la madre de Will hablar del bebé muerto? Sentía que debía

decir algo, porque la inmensidad de aquella pérdida lo impregnaba todo —aquel dormitorio, aquella casa, la familia que la habitaba…— como un efluvio maligno. No sabía cómo había podido afectar el parto a la salud de aquella mujer, pero era evidente que la pena la estaba corroyendo como un cáncer.

—Señora Stock —dijo con dulzura—, siento mucho la pérdida de su bebé.

Louisa retiró la mano como si se la hubieran abrasado y dejó escapar un gemido suave mientras apartaba el rostro. Clarrie se puso en pie. Había juzgado muy mal el momento. Aquel era un asunto privado y ella acababa de ofender a la mujer que tan amablemente le había ofrecido su amistad.

—Siento haber sido tan inoportuna —se excusó—. No quería hacerle daño.

Y con esto dio un paso atrás para marcharse.

—Quédate —le susurró la enferma.

La muchacha se detuvo y esperó. Cuando la madre de Will volvió la cara para mirarla, vio que tenía las mejillas, pálidas, llenas de lágrimas.

—Tenías razón —murmuró—. El bebé era… niña. Una niña preciosa.

Clarrie volvió enseguida adonde estaba para posar una mano en su brazo.

—Nos oyó a Will y a mí en Nochebuena, ¿verdad? Estaba usted allí.

—Sí.

—Él creía que había sido culpa suya —dijo la muchacha sin alzar la voz.

—Sí. El pobre. No he podido… —La postración le impidió acabar la frase.

Clarrie sintió que las lágrimas le tensaban la garganta.

—¿Llegó a ponerle nombre?

Louisa soltó un suspiro estremecedor y negó con la cabeza.

—Pero ¿había elegido ya uno?

Los ojos de su anfitriona se trocaron en charcos de dolor cuando dijo:

—Iba a llamarse… Henry, si era niño, y Lucinda… si era… niña.

—Lucinda es un nombre precioso.

Louisa volvió a sacar la mano y buscó la de Clarrie, que la tomó entre las suyas.

—Rezaré por Lucinda —prometió.

—Ni siquiera sé dónde está… enterrada —se lamentó la señora Stock.

La muchacha buscó palabras de aliento.

—Las gentes de Jasia creen que, cuando muere un niño, su alma toma la forma de un pajarillo y se aleja volando, libre de todo dolor.

—¿Un pajarillo? —repitió Louisa.

—Sí, las colinas de Jasia están llenas de pájaros hermosísimos de colores muy vivos.

Por primera y única vez, Clarrie vio algo semejante a una sonrisa asomar fugaz en el rostro atribulado de aquella mujer.

—Me gusta —murmuró—. Un pájaro hermoso. —Miró a la joven con ojos angustiados y musitó algo en voz tan baja que Clarrie tuvo que agacharse para oírlo.

—Gracias por… hacerte amiga de Will.

A continuación, cerró los ojos y no dijo nada más. La muchacha salió de puntillas para dejarla descansar. Encontró a Herbert y a Will subiendo las escaleras con una bandeja de té y bollos de pasas de Corinto demasiado tostados. Al saber que su esposa se había dormido, el señor

Stock la llevó de nuevo a su estudio.

—No se nos da muy bien cuidarnos sin Dolly —se disculpó mientras le ofrecía los panecillos medio carbonizados.

—¿Es su día libre? —preguntó Clarrie, que de todos modos no dudó en tomar uno: Lily nunca horneaba dulces, quemados o no.

Herbert asintió con la cabeza mientras miraba a Will, quien, de rodillas frente al hogar, estudiaba el tablero de *backgammon*. Bajando la voz, dijo:

—Nuestra cocinera tuvo que irse inesperadamente el mes pasado a cuidar de la familia de su hermana y, como ves, mi mujer está guardando cama. Ella se encargaba de todos los arreglos de la casa. Lo hacía muy bien y estaba muy orgullosa: se negaba a tener ama de llaves. —Vaciló con gesto cohibido—. Sin embargo, como habrás podido ver, las cosas de la casa se nos han escapado de las manos.

Calló para servir el té, oscuro como la melaza negra, y después prosiguió sin dejar de lanzarle miradas cautelosas.

—Llevo un tiempo intentando convencer a la señora Stock para que contrate a alguien que pueda ayudarnos durante su convalecencia y al final ha reconocido que necesitamos un ama de llaves que sepa también cocinar. Bertie opina que deberíamos poner un anuncio, pero la señora Stock no quiere dejar a ningún extraño a cargo de la casa.

»Quiere que sea alguien de la iglesia. —Se aclaró la garganta—. Por eso habíamos pensado… En fin, la señora Stock quería verte antes. Para ella es importante que se trate de alguien que sea capaz de sobrellevar a Will.

—¿Sobrellevarme? —intervino el aludido—. ¿Qué quieres decir?

—Estoy hablando con Clarrie —repuso su padre con brusquedad.

—¿Me está ofreciendo el puesto de ama de llaves? —exclamó la joven.

—Mmm… Sí, supongo que sí. Me dijiste que tenías experiencia llevando una casa…

—Sí —dijo ella de inmediato—. Me encantaría. Por supuesto que acepto.

Will se levantó de un salto y se puso a aplaudir entusiasmado.

—¿Cómo? ¿Que se viene a vivir Clarrie con nosotros?

—Sí —respondió el padre con una sonrisa aliviada—. Solo hay una cosa que me preocupa: ¿estás segura de que podrán prescindir de ti los Belhaven? Lo último que queremos es causar perjuicio a su negocio…

—Antes de que llegásemos nosotras —replicó ella— se las arreglaban perfectamente. No me cabe la menor duda de que la señora Belhaven estará encantada de perdernos de vista: no hace nada por ocultar la inquina que nos tiene a Olive y a mí.

—¿Olive? —Herbert arrugó la frente—. ¡Vaya! No tenía intención de ofrecerle también un puesto a tu hermana.

Cariacontecida de pronto, Clarrie dejó en la bandeja la taza de aquel té fortísimo.

—No puedo dejar sola a Olive en ese sitio, señor Stock. No tiene usted idea de lo duro que puede ser vivir allí. Sola no lo va a resistir. Además, maneja bien el horno, sabe coser y toca el violín. Podría darle clases a Will. También sabe pintar.

—¡Sí, sí, papá! —exclamó Will con efusión—. Me gustaría aprender a tocar el violín además del piano. ¿Puedo?

Herbert se rascó la barbilla con gesto meditabundo.

—No se me había ocurrido: lo siento. Tendré que consultarlo con la señora Stock. Y Bertie, cuando vuelva de su estancia con los Landsdowne, querrá opinar al respecto sin duda.

Clarrie asintió sin palabras, con el estómago contraído ante la posibilidad de que le arrebataran de nuevo la ocasión de escapar.

—Y si no nos parece bien contratar también a Olive —quiso saber Herbert—, ¿cuál sería tu respuesta?

Pese a sus ansias por huir de Cherry Terrace a toda costa, la muchacha no dudó un instante:

—Tendría que decir que no, señor Stock —aseveró con firmeza—. Le he prometido que nunca voy a dejarla sola y no pienso faltar a mi palabra.

Capítulo 11

—¿Qué se creen que somos, papá? ¿La beneficencia? —Bertie estaba indignado—. Ya tenemos bastante con que queráis contratar a una india mestiza, ¡una tabernera, por Dios bendito!, de ama de llaves. ¡Resulta que también trae en el lote a su pobrecita hermana tísica!

—No es tísica —repuso Herbert, atónito ante la vehemencia de su hijo.

—¿Cómo lo sabes? Desde luego, da la impresión de ir a salir volando con la primera corriente de aire —contestó Bertie desdeñoso—. Lo único que sabemos de esas muchachas es que son familia de los Belhaven, de esa gente horrible, dueña de una tasca de medio pelo en lo más sórdido de Elswick. ¡La mujer de los pasteles, que apesta la iglesia todos los domingos!

El padre se levantó del sillón de su escritorio y se puso de nuevo a caminar de un lado a otro delante de la ventana. Tenía la sensación de que su hijo mayor lo estaba intentando intimidar. Llevaba así dos días, desde que había vuelto de la casa de campo que tenían los Landsdowne cerca de Rothbury. Sus críticas podían ser implacables, pero lo cierto es que era un joven inteligente y le preocupaba lo que podía ser socialmente aceptable mucho más que a ninguno de sus padres. Quizá se debía al influjo de Verity, cuyo hermano Clive había sido compañero de Bertie en la escuela primaria. Los Landsdowne se encontraban un escalón por encima de ellos en la pirámide social y nadie dudaba de que Bertie bebía los vientos por aquella chiquilla tímida y coqueta. La niña de la casa era bonita, aunque frívola y sin gracia en opinión de Herbert; si bien, claro, eso era problema de Bertie.

—Papá —dijo este último levantando las manos mientras adoptaba de pronto una sonrisa encantadora que su padre tuvo por heredada de Louisa—, eres un buen hombre. Sé que quieres ser amable con esas huérfanas desdichadas, pero lo que tiene que importarnos es si podrán llevar la casa y ser buena compañía para mamá. Sinceramente, no veo que las hijas de un comandante de tres al cuarto incapaz de gestionar una plantación de té y su mujer india vayan a ser lo más conveniente para mi pobre madre enferma.

Herbert lo miró anonadado.

—Pero ¿cómo diablos sabes tú todo eso de las señoritas Belhaven?

Bertie, reprimiendo una expresión petulante, respondió:

—Me he preocupado por averiguarlo desde que se te metió en la cabeza esta idea descabellada. Los Landsdowne tienen ciertas nociones del comercio del té de la India, porque algunas de sus ramas familiares se dedican al cultivo en Assam y a la venta en Londres. Verity está muy preocupada con todo esto.

El comentario irritó a Herbert.

—En fin, me parece un detalle por su parte, pero la decisión la tenemos que tomar nosotros, no los Landsdowne, por buenos que puedan ser sus contactos. Yo, al menos, pienso que Clarrie es una muchacha de lo más apropiada para el puesto: es inteligente y trabajadora y siempre está de buen humor. Will la adora…

El otro soltó una carcajada.

—¿Y vas a asignar un puesto de trabajo basándote en la opinión de ese diablillo? Ese niño tiene la cabeza llena de pajaritos: se cree que son princesas indias o algo parecido. ¡Santo Dios, papá! ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Contratar a un duendecillo de jardinero y a un hada de lavandera?

—No seas ridículo. —Herbert dejó escapar un suspiro—. Además, no es solo Will: tu madre también parece estar decidida a traerlas a casa a las dos. Y, si te he de ser sincero, me preocupa tanto su estado de salud que estoy dispuesto a contratar a quien ella quiera. Quizá las Belhaven puedan animarla.

—Pero si se trata precisamente de eso —dijo Bertie con rabia, sintiendo que había perdido la batalla—: mamá no está en condiciones de tomar una decisión así. Deberíamos tomarla nosotros por ella. Además, creo que tendríamos que protegerla de esas chiquillas tan raras. Vienen sin más referencia que el entusiasmo pueril de mi hermano. Tenemos que poner un anuncio como hace todo el mundo y darle el trabajo a alguien competente. A mamá debería cuidarla una enfermera titulada.

Herbert se sintió ofendido ante aquel comentario, que parecía dar a entender que estaba fallando a su esposa. Ya había intentado varias veces proporcionarle la ayuda de la que hablaba su hijo, pero Louisa la había rechazado siempre diciendo con desaliento:

—No estoy enferma, simplemente estoy cansada.

Se frotó la pierna reumática y miró por la ventana a la plaza resguardada. Habían empezado a abrirse ya las primeras flores de los narcisos de primavera.

—No. Lo he decidido —aseveró con mayor firmeza de la que poseía—. Voy a ofrecerles el puesto a las hermanas Belhaven.

Oyó a Bertie salir de la habitación con un reniego desdeñoso y un portazo y exhaló un largo suspiro. Parecía incapaz de hacer feliz a nadie de su familia. Louisa decía siempre que era demasiado permisivo con Bertie y demasiado duro con Will. Pues bien, esta vez se había plantado ante el primogénito. No albergaba la menor duda de que aquel hijo suyo tan vehemente iba a aprovechar cualquier ocasión que se le presentara las siguientes semanas para echarle en cara su insensatez. El muchacho estaba desperdiciando su espíritu belicoso ejerciendo de pasante para su padre: debería haberse formado para pleitear. Ojalá llegara a ser feliz con algo. En este sentido, tal vez fuese de cierta ayuda un futuro compromiso con Verity. Tenía la intención de alentar aquella alianza: un matrimonio feliz era un regalo del cielo.

Herbert apretó la mandíbula para contener las lágrimas que luchaban por brotarle. Su queridísima Louisa se estaba consumiendo en aquel dormitorio fétido y nada de lo que pudiera hacer o decir parecía servir de mucho para poner freno a su deterioro. Daba la impresión de que no le importase lo más mínimo seguir con vida o morir. ¡Desde aquel día terrible…! No, no debía afligirse: su esposa tenía que ponerse mejor. La vida sin ella resultaba impensable. Si un día llegaba a recobrarse, jamás insistiría en compartir de nuevo el lecho con ella. Le rompía el

alma pensar que su amor y su deseo le hubiesen podido causar a ella tanto dolor y sufrimiento.

Se dirigió con paso firme al escritorio y comenzó a redactar el nombramiento de Clarrie y de Olive. Las dos hermanas llevarían la vida y la esperanza a aquel hogar infeliz y ayudarían a restablecer la salud de su esposa.

—¡Ven aquí! —ordenó Lily sosteniendo el sobre grueso y de aspecto caro como si le estuviera quemando los dedos—. ¿Quién te escribe estas cartas tan elegantes?

Clarrie miró a su hermana al volver del lavadero secándose las manos. Olive, de pie ante la mesa de la cocina y llena de harina por haber estado haciendo pasteles, le devolvió una expresión febril mitad entusiasmada y mitad alarmada. Las dos sabían que dentro de aquel envoltorio estaba sellada su suerte.

—¿A qué esperas para abrirla? —gruñó la señora Belhaven.

Clarrie tomó el sobre, lo rasgó y leyó la oferta, escrita con letra exquisita, imaginando a Herbert Stock sentado al escritorio de caoba mientras la redactaba. El corazón le dio un vuelco conmovido. Volvió a leerla para asegurarse.

—Es del señor Stock —anunció tragando saliva.

—¿Y qué quiere? —preguntó Lily con recelo.

La joven miró triunfal a su hermana.

—Ofrecerme un puesto de ama de llaves. Y a Olive, de criada.

La pequeña se llevó una mano a la boca para ahogar un chillido. La señora Belhaven dejó caer la quijada con gesto incrédulo.

—Quiere que empecemos cuanto antes —añadió Clarrie sin aliento—. La semana que viene si les parece oportuno.

—¿Oportuno? —logró articular Lily—. ¡Yo sí que le voy a dar oportunidad! —gritó—. Lo habéis planeado todo, ¿verdad? Primero, a ese mentecato de niño y, luego, al mentecato de su padre. ¡A los dos te los has metido en el bolsillo! —Se encaró con Clarrie—. ¿Qué más les has prometido? ¿Eh?

—Nada —contestó ella—. Fue él quien me lo ofreció. Se les ha ido la cocinera y la señora Stock no puede con todo. Querían a alguien que conociesen de la iglesia.

—¿De la iglesia? —vociferó Lily—. Pero ¡si vosotras sois un par de paganas, de sucias mestizas! ¿Para qué os van a querer? —Le arrebató la carta de las manos, la agarró del pelo y tiró de ella con furia.

Clarrie lanzó un alarido de dolor.

—¡Déjala en paz! —gritó Olive, que corrió hacia ellas y le clavó las uñas en el brazo—. ¡Es usted odiosa!

Lily la apartó de un empujón y la lanzó al suelo de espaldas. En ese instante irrumpió Jared y a punto estuvo de tropezar con la pequeña.

—¿Qué pasa aquí? —Al ver a su mujer aferrada al pelo oscuro de Clarrie, exclamó a voz en cuello—: ¡Lily, suelta a la chiquilla! Se os oye gritar desde Scotswood Road.

La señora Belhaven rechazó a Clarrie con un chillido furioso.

—Cálmate, mujer —pidió alarmado su marido—. ¿Qué ha pasado?

Lily, blandiendo la carta y con el rostro morado, respondió:

—¿Que qué ha pasado? ¡Una traición! Así se me agradece que acoja a las salvajes hijas de tu primo y las alimente con la leche de la bondad humana. ¡Con esto me han abofeteado! Sabía que no iban a traer más que problemas. ¿O no te lo advertí? Pero tú no quisiste atender a razones. Pues resulta que han tendido sus tentáculos hasta la casa de los Stock. ¡De mis propios clientes! Esto es el colmo. No pienso consentirlo. ¡Diles que no pueden irse!

Se dejó caer en una silla y comenzó a sollozar ruidosamente. Clarrie ayudó a Olive a ponerse en pie, horrorizada ante el acceso de histeria de Lily. Las dos hermanas se abrazaron.

Cuando él leyó la carta, la mayor dijo con firmeza:

—Vamos a servir en casa de los Stock, primo Jared, y no nos lo va a impedir nadie. Con esa intención vinimos a Inglaterra: con la de encontrar trabajo y mantenernos para no ser una carga para nadie. Os agradecemos que nos hayáis acogido y nos hayáis dado una ocupación, pero vosotros también deberíais agradecer que nos hayamos dejado la piel por ti y por la señora Belhaven.

Jared la miró mientras su esposa seguía gimoteando.

—Hasta tu mayoría de edad —le recordó—, seguimos siendo responsables de vosotras y para eso tiene que llegar el año que viene, muchacha. Tendrías que haberlo consultado con nosotros. —Le dedicó una mirada terca—. No quiero interponerme entre vosotras y vuestro futuro, Clarrie, pero tenemos derecho a esperar una compensación.

—¿Una compensación? —repitió ella.

—Sí. Sois de la familia y vais a recibir un salario. El señor Stock debería pagarnos a nosotros, como tutores vuestros, la mitad de vuestros ingresos.

Lily dejó de llorar de pronto y miró al espacio que había entre los dos.

—Eso es: vais a tener que pagarnos. Es lo mínimo que podéis hacer. Y hasta que tengamos un acuerdo en firme, no vais a iros a casa de los Stock.

Clarrie se contuvo. ¡Menuda familia se había ido a echar! Los Belhaven tenían la desfachatez de exigir semejante cosa después de cómo las habían tratado. Sin embargo, el precio era poco si a cambio escapaban de aquel lugar deprimente y aquel trabajo insoportable.

—La mitad de nuestro sueldo —convino—, hasta que cumpla los veintiuno el año que viene.

Lily señaló a Olive y sorbió aire con gesto indignado.

—No: hasta que ella cumpla veintiuno.

La mayor se encaró entonces con ella.

—No, señora Belhaven. Una vez que yo sea mayor de edad, Olive será responsabilidad mía y de nadie más.

Notó que Olive le estrujaba la mano en señal de apoyo.

—Ya cruzaremos ese puente cuando llegue el momento —gruñó Jared antes de retirarse al bar.

Capítulo 12

Lily no volvió a dirigirles la palabra hasta que, a la semana siguiente, llegó el momento de su partida. Las obligó a comer en la trascocina y les daba las órdenes a través de Jared o de Harrison. Y, además, les asignó tareas de limpieza nada livianas (como la de lavar todas las mantas) que hubieron de sumar a su trabajo diario.

Sin embargo, no había nada que pudiese empañar el entusiasmo de las dos jóvenes ante la idea de que al fin iban a marcharse de allí. Lexy e Ina no cabían en sí de alegría por su amiga.

—¡Qué bien, cariño! —exclamó Ina—. Te mereces algo mucho mejor.

—Si están buscando gente de primera —rio Lexy—, acuérdate de recomendarnos.

Su alborozo solo se apagó cuando Clarrie preguntó por Maggie.

—Ha vuelto con él. ¡Sí, señor! —suspiró Lexy.

—Es que tenía miedo —la justificó Ina.

—Y no podía permitirse no volver —añadió la otra indignada.

Clarrie sintió lástima por todas ellas. Estuvo a punto de confiarles la idea que había tenido de poner un salón de té, pero temía que ellas también se echasen a reír. Además, como no había convencido a los Belhaven, el proyecto no iba a salir adelante.

Las dos tenían tan poca cosa que embalar que dejaron las maletas para la mañana misma del lunes de su partida. Jared se había arriesgado a sufrir la ira de su esposa al ofrecerse a llevarlas en la carreta. Al ir a mirar debajo de la cama, Olive dio un chillido de angustia.

—¡No está!

—¿Qué? —quiso saber Clarrie.

—Mi violín. ¡No está aquí!

La mayor puso la vela en el suelo y escrutó la penumbra.

—¿Cuándo fue la última vez que lo tocaste?

Olive frunció el ceño.

—Hace unas semanas. Como esa mujer lo odia tanto…

—¡Lily! —exclamó su hermana—. Seguro que lo ha escondido para hacernos daño.

Durante el desayuno, Clarrie no dudó en enfrentarse a ella.

—Dígale, señor Belhaven —respondió ella a través de su marido— que yo no he escondido ese instrumento del diablo. En mi casa no lo quiero.

—Entonces, ¿dónde está? —insistió la joven.

—Dígale —desveló ella con gesto ufano— que lo he vendido.

—¿Que lo ha vendido? —Olive contuvo el aliento y contrajo el rostro.

—¡No tenía usted ningún derecho! —le espetó furiosa Clarrie—. Era de mi padre.

—Lily, cariño… —Jared parecía estupefacto.

—¿Cómo que «Lily, cariño»? —le encajó ella—. El dinero que me han dado por él no cubre ni una parte de lo que hemos gastado en alimentar a estas dos, conque ni se te ocurra sentir lástima por ellas.

La pequeña estaba consternada. Clarrie intentó consolarla en la trascocina.

—Vamos a recuperarlo —le aseguró furiosa—. ¡No lo dudes! Aunque no nos diga a qué casa de empeño lo ha llevado, lo averiguaremos. Voy a pedirles a Ina y a Lexy que estén al tanto.

Al salir por última vez de aquella trascocina, la mayor se hizo con el colosal tarro de encurtir.

—¿Qué haces? —preguntó su hermana alarmada.

—Enseñarle a Lilinebra que donde las dan las toman —dijo ella mientras echaba el alcohol por el desagüe.

Dejaron Cherry Terrace un día ventoso de abril, subidas a la carreta con su arcón mientras se despedían de Harrison.

—Ven a vernos a Summerhill —lo animó Clarrie—. Cuando vengas a traer pasteles, nos encargaremos de que te den una taza de té.

La joven se había obligado a decir adiós de manera civilizada a Lily, pero al ver que ella hacía caso omiso de aquel gesto, no había insistido. Su espíritu se fue animando con cada paso que daba Barny alejándolas del *pub*. Estaba sentada con un brazo rodeando los hombros de Olive, incapaz de borrar la sonrisa de deleite que le había asomado al rostro. Al llegar a la puerta trasera de la alta casa de los Stock, Jared ayudó a la mayor a bajar con el arcón los escalones del sótano.

Dolly salió a recibirlos envuelta en humo.

—Me alegro de verla, señorita. Los fogones están humeando como chimeneas.

—Puede ser el cañón —dijo Jared—. Si quieres, puedo mandarte al deshollinador que viene al *pub*.

—Gracias, primo Jared. Eso sería perfecto —respondió Clarrie antes de volverse para acariciar a Barny por última vez.

El otro, tras vacilar, comentó:

—Ya sé que no has congeniado con mi Lily, pero, de todos modos, seguirás encargándole pasteles, ¿verdad?

Clarrie sofocó el resentimiento que la embargaba, pues sabía hasta qué punto dependían de aquella fuente de ingresos.

—Sí —le aseguró—. Con los pasteles tiene buena mano.

Jared se mostró aliviado.

—Eso sí —añadió Clarrie—: creo que te conviene no perder de vista lo que guarda en el tarro de encurtir.

Él se ruborizó.

—Ah, sí, el tarro de encurtir. —Y dejó escapar un sonoro suspiro—. Lo sé.

La joven sintió de pronto una gran compasión por él, que tenía que soportar a diario el humor de Lily y su lengua viperina.

—Nos veremos el domingo en la iglesia —dijo sonriendo—. Gracias por traernos.

—Adiós, pues, criaturas. Os voy a echar de menos.

Clarrie lo miró sorprendida.

—Adiós, primo Jared.

Dolly les enseñó los aposentos del servicio, situados en la tercera planta. El suyo era sencillo, pero limpio. Tenía un aguamanil, un armario y una cama de estructura de hierro con sábanas limpias. Entraba luz a raudales por una claraboya que permitía contemplar la ciudad por encima de sus tejados.

—El tuyo es el siguiente —informó Dolly a Olive— y el mío, el que hay a continuación.

—¿Tenemos nuestros propios cuartos? —exclamó la mayor.

—Es la primera vez —dijo su hermana mirándola con gesto nervioso.

Dolly se echó a reír al verlas tan sorprendidas.

—Sí. ¿A que es maravilloso? Yo tengo que compartir dormitorio con mis dos hermanas y mi hermano cuando voy a casa. ¡No sabéis las ganas que tengo de volver aquí después de mi día de descanso!

—¿Está bien trabajar para los Stock? —quiso saber Olive.

—Los señores son muy amables —respondió Dolly—. Eso sí: de ella hay que estar pendiente todo el día. No come casi nada y está débil como un ratón. Tengo que ayudarla a lavarse, porque ya no tiene fuerzas para meterse en el baño, pero eso, a partir de ahora, ya no me toca a mí. El señor quiere que estés en su estudio a las diez para darle las órdenes. Ojo —añadió alzando las cejas—, que lo más seguro es que el que le ponga los puntos sobre las íes sea el señorito Bertie. Le encanta oírse. Cualquiera diría que esta casa es suya y no de su padre. De todos modos, si haces lo que él mande, no tendrás ningún problema.

Clarrie asintió y Dolly se volvió hacia Olive.

—Tú quédate conmigo, te iré diciendo lo que hay que hacer. Hay un uniforme en el armario, aunque me da la impresión de que no lo vas a rellenar. A los Stock les gusta que el servicio vaya bien vestido.

La pequeña miró a su hermana con preocupación.

—¿No tengo que ir con Clarrie a ver al señor Stock?

Dolly puso cara de espanto.

—Claro que no: la criada solo sube a la primera planta cuando el señor y el señorito Bertie están en su bufete, a no ser que la señora te necesite. Tienes que ser invisible, sobre todo cuando vienen clientes. El señorito Bertie es muy exigente con eso. Pero no te preocupes: cuando la señora o la señorita Clarrie necesiten algo, sonará una campana en la cocina. Venga, Olive: vamos a empezar.

Olive lanzó a la mayor una mirada de pánico teñida de resentimiento antes de salir de la habitación siguiendo a aquella sirvienta parlanchina. ¿Qué esperaba? Tenían que acostumbrarse a que las trataran como servicio donde fuesen y lo cierto es que aquella casa parecía mejor que la mayoría. Clarrie suspiró nerviosa y se preparó para ir a ver a Herbert Stock.

—¿Tiene alguna pregunta, señorita Belhaven? —preguntó Herbert, de pie ante la ventana y apoyado en su bastón.

Bertie, arrellanado en un sillón, la observaba sin ocultar su desdén.

A Clarrie le daba vueltas la cabeza por toda la información que acababan de darle sobre llaves, suministros, pedidos, horarios y menús. Olive ayudaría a Dolly en la cocina y con la limpieza general, en tanto que de la colada y la plancha se encargaba una mujer llamada Marjorie que acudía a la casa dos veces a la semana y un anciano por nombre Timothy cuidaba el jardín de la plaza y comía en la casa los martes.

Mientras pensaba en algo que decir, intervino Bertie arrastrando las palabras:

—Sabrá usted algo de comida inglesa, ¿verdad? Lo digo porque, al ser india…

La joven, molesta por su tono altivo, le recordó:

—Mi padre era de Northumberland y yo soy capaz de distinguir un plato cocinado en Inglaterra. De hecho, sé hacer la mayoría de ellos.

—En adelante me tratará de señor —la reconvino el muchacho— y a mi padre también. Yo, en cambio, la llamaré, sin más, Belhaven.

—Sí, señor —respondió ella sonrojándose.

Herbert, incómodo a todas luces, se aclaró la garganta.

—Bertie, ¿no tenías que ver a un cliente a las diez y cuarto?

—He suspendido la reunión para poder ayudarte con Belhaven —contestó con una débil sonrisa.

—En ese caso, supongo que uno de los dos debería estar en el bufete. —Herbert lo despidió con un gesto antes de añadir—: De aquí a veinte minutos me reuniré contigo allí.

El joven se levantó a regañadientes y salió con paso airado. El señor de la casa se volvió entonces a Clarrie para ponerla al tanto:

—Tenemos un despacho pequeño en Westgate Road. Resulta muy práctico. Fue idea de Bertie, que piensa que es más profesional que hacer que los clientes vengan a casa. A mí, sin embargo, me sigue gustando recibir aquí a algunos de ellos y ofrecerles un refrigerio. A la señora Stock le gusta ocuparse de esas cosas. —Se detuvo con el rostro crispado—. O le gustaba —corrigió—. Supongo que depende de si se ve usted capaz de hacerse cargo.

—Si usted lo quiere así —repuso ella con brío—, por supuesto que sí.

—Gracias, Clar… mmm… señorita Belhaven. ¿Cómo prefiere que la llame? —preguntó con timidez.

—Casi todos me llaman Clarrie y a mí me gusta.

—En ese caso, que sea Clarrie. —Herbert sonrió y distendió las manos—. No dejes que te intimide Bertie: puede llegar a ser un poco quisquilloso con las convenciones sociales, pero tiene buena intención.

Ella asintió con la cabeza, preguntándose cómo podía ser alguien tan pretencioso y pagado de sí mismo hijo de Herbert, un hombre que no parecía tener ínfulas.

—¿Cuáles serán mis deberes con la señora Stock? —quiso saber—. Los personales, quiero decir.

—Me gustaría que pasase con ella todo el tiempo que le permitan sus ocupaciones. Se ha aislado de todo contacto social. El médico dice que sufre melancolía. La compañía de una joven podría serle de ayuda y me consta que la aprecia mucho a usted. —Y con gesto implorante, concluyó—: Haga cuanto pueda por animarla, Clarrie.

—De hecho, me gustaría ir a verla ahora mismo, si se me permite —propuso—, para darle los buenos días.

Él dio su aprobación mientras dejaba que su rostro se iluminase con un gesto de alivio.

Aunque encontró a Louisa soñolienta y poco comunicativa, Clarrie volvió más tarde con Olive y una bandeja de té y apartó una de las cortinas.

—Los narcisos se están animando, ahora que vuelve el sol de la primavera —dijo con voz alegre—, y han empezado a florecer. Mírelos, señora Stock. —Sirvió el té en una taza de porcelana delicada. La última vez que lo había hecho había sido en Belguri. Le tembló la mano al colocar la infusión en la mesilla de noche.

—Ella es mi hermana, Olive —anunció—. ¿Quiere que la ayudemos a incorporarse?

Louisa asintió, entornando los ojos ante la claridad del sol de la tarde. Con cuidado, las dos hermanas la apoyaron sobre las almohadas.

—¿La música? —preguntó con voz ronca—. Tocas el violín, ¿verdad?

La pequeña inclinó la cabeza por toda respuesta.

—¿Le gustaría que tocase para usted un día? —sugirió Clarrie.

La señora echó atrás la cabeza con un movimiento cansado y susurró:

—Quizá sí.

—El problema —dejó escapar Olive llevada por un impulso— es que a la señora Belhaven no se le ocurrió otra cosa que vender mi violín sin que yo lo supiera.

El rostro de Louisa se ensombreció entonces.

—¿Por qué?

—Por hacer daño —respondió la niña.

—Pobrecita.

—La señora Belhaven —se apresuró a añadir la mayor— no sabía lo que significaba el instrumento para mi hermana. Necesitaba dinero y lo vendió, pero vamos a recuperarlo.

—Sí —musitó la doliente—, tenéis que recuperarlo.

Clarrie la ayudó a tomar sorbos de té hasta que Louisa se cansó de beber y les pidió que se retirasen.

—¿A qué viene defender a Lilinebra? —reprochó Olive a su hermana mientras ambas apretaban el paso escaleras abajo.

—¿Qué ganamos echando nuestros problemas sobre otros? —respondió ella—. Más aún, cuando es una mujer tan enferma como la señora Stock.

—Ha sido ella la que ha sacado el tema —apuntó la pequeña—. Me dijiste que iba a darle clases a Will.

—Tiempo al tiempo —repuso Clarrie—. Primero tenemos que ganarnos su confianza. Sobre todo, la del señorito Bertie.

Olive hizo un mohín.

—Vuelvo a ser una simple criada, como en casa de los Belhaven. No ha cambiado nada.

La mayor se volvió hacia ella para contestar:

—¿Cómo que no? Ahora tienes tu propio cuarto, puedes comer cuanto desees y no tienes que entrar todos los días en ese *pub* horrible sin saber si vas a tener que separar una pelea de borrachos. ¡Además, no tienes a Lilinebra hostigándote día y noche!

—Dolly lleva mangoneándome desde que llegamos —replicó la hermana al borde de las lágrimas.

Clarrie le tomó las manos.

—Escúchame, Olive: el día que murió papá perdimos también la vida que habíamos conocido con él. Ahora tenemos que aprender a cuidarnos, porque nadie lo va a hacer por nosotras, y eso quiere decir que tenemos que contentarnos con lo que se nos ofrezca y trabajar con ahínco. Deberías estar agradecida por estar sirviendo en una familia buena como la de los Stock, porque ahí fuera hay veintenas de chicas que darían su brazo derecho por estar en tu situación. Que no se te olvide. —Al verla pestañear para reprimir las lágrimas se recordó lo traumática que debía de haber resultado para aquella hermana delicada y sensible suya la situación del último año. Entonces, estrechándole las manos, añadió en tono alentador—: Ya verás como las cosas no hacen más que mejorar en adelante. Tú, ocúpate de hacer tu trabajo y yo me encargaré de Dolly.

El primer mes en Summerhill pasó volando. Clarrie trabajó más que nunca hasta hacerse con el manejo de la casa, la supervisión de la cocina, los refrigerios de Herbert y sus clientes y el cuidado diario de Louisa. Se acostaba pasada la medianoche y estaba de nuevo en pie a las cuatro para elaborar la lista de cuanto había que hacer cada día y arreglar sus papeles en el silencio de la salita diminuta de que disponía el ama de llaves al lado de la cocina.

Trataba con los vendedores que llegaban a la casa, a quienes preguntó acerca de las familias de los alrededores y su personal de servicio. Se ocupó de ir a visitar al resto de amas de llaves de la plaza para presentarse, pedirles consejo acerca de los proveedores y ofrecerles su ayuda en caso de que la necesitaran.

—Las mujeres tenemos que echarnos una mano —les decía—. Cuando tenga una tarde libre, si le apetece, puede venir a tomar el té.

La mayoría la doblaba en edad y mostraba no poca sorpresa ante semejante atrevimiento.

—Somos gente reservada —le dijo una de ellas—. Los señores tienen su intimidad en alta estima.

Otras, sin embargo, se mostraron más cordiales, deseosas de saber de la señora Stock y agradecidas por su amabilidad. En la casa de la esquina, perteneciente a un comerciante de la construcción, conoció a una joven viuda llamada Rachel Garven que solo llevaba seis meses en aquel puesto.

—Este trabajo puede resultar muy solitario —le confesó—. Yo soy de Cumberland y no conozco a casi nadie en Newcastle. Cuando tengo tiempo libre, me gusta tomar el tranvía para ir a la ciudad y dar una vuelta por las tiendas para verme rodeada de gente.

La entendía perfectamente: había conocido bien la soledad estando en Belguri, cuando todas las decisiones habían descansado sobre sus jóvenes hombros y, ya en Inglaterra, también había visto que las mujeres estaban cargadas de responsabilidades domésticas sin tener un solo lugar en el que reunirse a compartir sus problemas con otras.

—Podíamos ir juntas una tarde de estas —propuso Clarrie—. Yo llevo aquí nueve meses y todavía no sé qué hay más allá de Westgate Road.

Rachel abrió los ojos de par en par.

—Pues a mí me encantaría enseñártelo. Libro la tarde de los miércoles y los domingos por la mañana.

—Veré qué puedo hacer.

En la casa, dividía las tareas entre Dolly y Olive de tal modo que ambas tuvieran el menor contacto posible. La primera tenía buena mano para la cocina y, por lo tanto, debía ocuparse de la mayor parte de las comidas, en tanto que Olive ayudaba a cuidar a Louisa y servía la mesa después de sus labores matutinas. Clarrie echaba una mano allí donde hiciera falta y jamás pedía a las otras nada que no estuviera dispuesta a hacer ella misma. Tal como había esperado, las protestas de su hermana por tener que madrugar para encender los fuegos y sacar brillo sin parar comenzaron a perder fuerza a medida que fue conociendo a Louisa. Fue ella quien, tras ayudar a lavar a la señora y cambiar las sábanas, la que reparó en la colección de novelas de Thomas Hardy y George Eliot que poseía.

—Mi favorita es *El molino del Floss* —aseveró entusiasmada—. Papá la tenía, pero yo la leí tantas veces que acabó destrozada.

El comentario dio pie a la conversación más larga que hubiese oído Clarrie mantener a Louisa. Desde entonces, la pequeña estuvo media hora cada tarde leyendo a la señora. Tanto complació a Herbert que su esposa mostrase interés por algo que no dudó en permitir a la muchacha tomar prestados otros libros de su biblioteca para uso personal.

Por desgracia, nadie había sido capaz de dar con pista alguna sobre el paradero del violín de Jock. Lexy había hecho llegar un mensaje a las hermanas poco después de su partida de Cherry Terrace para comunicarles que, tras visitar con Ina todas las casas de empeño de los alrededores, ambas habían llegado a la conclusión de que Lily no había llevado el instrumento a ninguna de ellas. Sin embargo, cuando Herbert supo de su desaparición, salió a adquirir uno nuevo para Olive.

—Que conste que es porque me gustaría que enseñases a Will a tocar algo —dijo con brusquedad ante la incomodidad que le produjo el lloroso agradecimiento de la niña.

Así fue como, todas las noches, después de la cena, se oía al pequeño de los Stock frotar las cuerdas del nuevo instrumento en el antiguo cuarto infantil de la segunda planta. Tan prometedores eran sus avances que su padre no tardó en comprarle un violín propio. Clarrie no salía de su asombro ante la paciencia que desplegaba Olive con su alumno, pero la posibilidad de tocar de nuevo estaba reavivando los ánimos destrozados de su hermana, quien, llegado el verano, ya se refería a sí misma como doncella y profesora de música al hablar con las otras criadas de la plaza.

Al cumplir los dieciséis, comenzó a florecer como una flor silvestre tras la lluvia: su figura se fue rellenando y su rostro perdió su complexión enjuta y su aire tenso. Su cabello pelirrojo se hizo más denso y lustroso y, cuando sonreía, sus ojos de color castaño claro relucían y le embellecían todo el gesto.

Cuando no estaba en el colegio ni practicando con su violín, Will seguía a Clarrie a todas partes como un perrito fiel, cotorreando o insistiéndole para que jugase con él al *backgammon* o a las cartas. Los días de lluvia se refugiaba en la salita del ama de llaves de las críticas de su hermano o la falta de atención de su padre, de modo que no era extraño que la joven lo encontrase acurrucado con un libro en el maltrecho sofá.

—Mamá no quiere charlar hoy —le decía a veces con tristeza, o, en un tono más travieso—: Si viene Bertie buscándome, me esconderé en la alacena.

Cuando lo encontraba allí, su hermano mayor no dudaba en echarlo y regañar a Clarrie. En realidad, la criticaba cada vez que tenía la ocasión. Jamás había cambiado de opinión sobre la

falta de aptitud y cualificación de las hermanas Belhaven y el cariño creciente que les profesaban sus padres y su hermano lo colmaba de resentimiento. Clarrie no pasó por alto que, cada vez que volvía de casa de los Landsdowne o iba a verlo la hija de estos a Summerhill, crecía su hostilidad para con ellas.

Verity la trataba como si fuera invisible: ni le daba las gracias ni respondía a ninguno de los comentarios amables que hacía el ama de llaves sobre el tiempo ni a sus preguntas relativas al transcurso del viaje. En cierta ocasión se presentó en la casa con una amiga con la que había ido de compras mientras ella arreglaba un jarrón de flores en el salón. Olive tomó los paquetes que llevaban las dos jóvenes y Verity se coló en dicha estancia sin ser invitada.

—Tú —dijo señalando a Clarrie—, tráenos té ahora mismo. Estamos agotadas.

Ella, mordiéndose la lengua para no contestarle que una dama no debía tratar al servicio con modales tan groseros, respondió:

—Enseguida, señorita Landsdowne.

—Y deja esas flores, Belhaven —ordenó además agitando un guante—, que lo estás haciendo fatal.

Mientras ella cruzaba el salón, Verity se puso a arreglarlo a su manera.

—¿Cómo esperan que sepa hacer estas cosas una culi? —comentó a su amiga.

Clarrie apretó los dientes para no contestarle y apretó el paso.

Cuando llegaron las vacaciones escolares de agosto y Will tuvo mucho tiempo libre, a la joven le resultó imposible mantenerlo lejos de la cocina y sus alrededores, por más que supiera que la iban a reconvenir por ello.

Un día se encaró con ella Bertie hecho una furia.

—Sabe que el niño no puede estar aquí, así que deje de alentarlo —le espetó—. Si sigue mezclándose con la servidumbre, no llegará nunca a ser un caballero —añadió con una mirada fulminante. Si normalmente era desagradable con ella cuando no los oía su padre, en aquella ocasión parecía estar particularmente furioso.

»A mi padre le podrá parecer todo lo encomiable que él quiera que traten ustedes de imitar a sus mejores, pero se arriesga a que olviden cuál es su posición. No sé adónde va a ir a parar la sociedad: doncellas que enseñan a tocar el violín y piden libros prestados y amas de llaves que hacen visitas de cortesía al vecindario como si fueran aristócratas. Supongo que todo esto se lo tenemos que agradecer a esas indecentes que piden poder votar y trabajar como los hombres. —Y señalándola con un dedo rollizo, añadió—: Pues bien, no crea que en esta casa se le va a consentir semejante actitud subversiva. Aquí todos sabemos cuál es nuestro lugar, y el de usted y el de su hermana la doncella está en el piso de abajo. ¿Me ha entendido?

Clarrie lo había entendido demasiado bien. Un par de días más tarde, la informaron de que iban a ir a cenar Verity Landsdowne y sus padres. Se trataba de una visita especial y todo tenía que salir a pedir de boca. Herbert le hizo saber que el cabeza de familia era armador, aunque había dejado el manejo cotidiano del negocio en manos de su hijo Clive.

—A Landsdowne le gusta pasar todo el tiempo que puede en Rokeham Towers, su casa de campo, cazando y pescando. Seguro que sus hijas lo han tenido que traer a rastras a la ciudad en plena temporada cinegética.

—Me consta que la señorita Landsdowne es muy capaz —murmuró Clarrie.

Herbert la miró sorprendido.

—¿Capaz de qué? ¿De traerlo a rastras?

La joven respondió con una sonrisa inocente:

—Solo digo que es muy capaz.

La sonrisa de él era divertida.

—Es cierto. Tendrá que discutir el menú con la señora Stock.

—¿Va a sentarse con ustedes? —preguntó ella atónita.

—No lo creo —suspiró Herbert—, pero quiero que participe de algún modo. Se trata de una ocasión especial que podría animarla.

—¿Una pedida? —dejó escapar ella.

Herbert la miró consternado.

—He dicho demasiado. No soy yo quien…

—No se preocupe, señor —sonrió Clarrie—. No diré nada.

Mientras trataba los detalles con una Louisa apagada, no pudo evitar preguntarse cómo iban a cambiar las cosas en Summerhill el compromiso matrimonial y la posterior boda. ¿Se mudaría Verity a vivir con ellos o sería Bertie quien cambiase de domicilio? ¿Tomaría Herbert el ejemplo del señor Landsdowne poniendo buena parte de su negocio en manos de su hijo? Eso le permitiría dedicar más tiempo a Louisa y a Will, por lo que bien podía sentir que eso era lo que debía hacer, pero Clarrie conocía bastante bien la devoción que profesaba el señor a sus clientes para saber que su trabajo era vocacional. Le dedicaba largas horas y la joven no sabía de nadie que no destacara su reputación de hombre leal y digno de confianza. Su ocupación era su vida.

Aunque la señora se negó a abandonar su dormitorio a la llegada de los Landsdowne, Clarrie y Olive llevaron más sillas y embellecieron la estancia con flores para que pudiese recibir a sus invitados unos minutos. Los Landsdowne y los Stock tomaron asiento en torno a ella, apoyada en sus almohadas con gesto tenso por la atención que le estaban brindando. Cuando llegó el momento de servir el té de la tarde, el rubicundo señor Landsdowne sorprendió al ama de llaves al preguntarle:

—Usted debe de ser la joven cuyo padre era propietario de una plantación de té en Assam, ¿no es verdad?

Clarrie lo miró boquiabierta.

—S… Sí, señor.

—Nosotros tenemos contactos en ese mundillo —dijo él en tono ampuloso—. El joven Bertie mostró cierto interés por su historia familiar cuando le ofrecieron el puesto y lo cierto es que pudimos proporcionarle cierta información. —Aunque sonrió al decirlo, su mirada era fría como la de Verity.

A la muchacha se le hizo un nudo en el estómago. ¿Qué les habrían dicho sobre ellas? ¿Que su padre había muerto por el alcohol y endeudado? ¿Que Olive y ella tenían una abuela india? Eso explicaría los comentarios desdeñosos que hacía su hija sobre los culis estando ella delante.

—Por supuesto, los parientes de mi esposa no se dedican solo al té —prosiguió el invitado, que tenía el extraño hábito de dirigir sus comentarios a los Stock aunque estuvieran dedicados a Clarrie—. Como todos los hombres de negocios prósperos, han sabido diversificar sus intereses con los años. Tal vez los conozca. Son los Robson.

La impresión hizo que el ama de llaves soltase la tetera con demasiada fuerza y derramase unas gotas en la bandeja, detalle que no pasó por alto Verity.

—Ten cuidado —le espetó.

A Clarrie se le encendió el rostro.

—Sí, los conozco —respondió Herbert—. Si no me equivoco, deben su fortuna a la fabricación de aperos de labranza y calderas, ¿verdad?

—En efecto, y ahora les está yendo de maravilla en el negocio del té —repuso el señor Landsdowne con una sonrisa satisfecha—, no solo cultivándolo, sino también en lo que toca a la importación y la venta al por menor. En realidad, al decir de James, están haciendo dinero a manos llenas. —Y sonriendo a Louisa, aclaró—: James Robson es primo segundo de mi esposa. Su ama de llaves ha tenido que coincidir con él en la India.

El rostro de la anfitriona se crispó aún más, como si el esfuerzo que estaba haciendo al recibirlos fuera excesivo.

—No, señor, no tuve el gusto —se apresuró a responder Clarrie sin dejar de mirar preocupada a su señora.

—¿Ni a su sobrino Wesley?

El corazón le dio un vuelco. Tragó saliva con dificultad y trató de concentrarse en limpiar el té que había derramado en la bandeja. En ese momento no deseaba otra cosa que salir de aquella estancia y alejarse de aquellas personas.

—Ha llegado muy lejos para ser tan joven —siguió diciendo el señor Landsdowne volviéndose hacia Herbert—. A los veintiséis años ha visitado ya las plantaciones de toda la India y de Ceilán y ahora ejerce de corredor de té en Londres. Sabe más que nadie del negocio o, al menos, eso dicen.

—¿De veras? —repuso el señor Stock inclinando la cabeza con gesto admirado—. Es de los que aprenden pronto.

Clarrie no pudo contener su enojo.

—Hacen falta muchos años para saber de verdad de té —dijo—, aprender año tras año sobre las técnicas de plantación y el cuidado que necesita en las estaciones buenas y en las malas, hasta que corre por las venas de uno.

Al ver que todos la miraban, se ruborizó y tomó la bandeja del té. Había sido una estupidez dejarse provocar por la sola mención del odioso nombre de Wesley.

El señor Landsdowne le dedicó una mirada gélida mientras ella salía a la carrera anunciando entre balbuceos que iba a preparar más té. Por la puerta abierta, oyó a Verity decir:

—Todo un privilegio, papá, que le dé lecciones a uno la hija de un cultivador de té fracasado.

Clarrie quedó petrificada al otro lado de la puerta, incapaz de dejar de escuchar.

—Sí que lo es, cariño —dijo el padre con voz desdeñosa—. Sobre todo teniendo en cuenta que a los Robson les va cada vez mejor.

Bertie no dudó en sumarse:

—Disculpad su atrevimiento. Ya me ocuparé de hablar con ella.

—Vamos, caballeros —les reprendió Herbert—: la muchacha solo estaba hablando en nombre de su padre. La verdad es que bien merece que la compadezcamos por las circunstancias que le han tocado en suerte.

El padre de Verity soltó un gruñido.

—Por lo que tengo entendido, Belhaven fue siempre un desastre en el mundo de los negocios. No dejó nunca de anhelar encumbrarse por encima de su posición. Envidiaba a los

Robson y la vida que llevaban porque gozaban de un éxito mucho mayor. No baje nunca la guardia con sus hijas, es lo único que le digo.

—No sufras, papá, Bertie sabe cómo hay que tratar al servicio —dijo Verity en tono meloso —. Y yo también.

Clarrie echó a correr escaleras abajo, furiosa a un tiempo por el desdén que mostraban para con su padre y el tono de superioridad que empleaban al hablar de ella y de Olive. Tenía ganas de arrancarse el delantal almidonado y los puños e irse de allí. ¡Nadie se dirigía de ese modo a una Belhaven! Recorrió la cocina de un lado a otro, rellenando la tetera, la jarra del agua caliente y la leche mientras murmuraba airada.

A sus espaldas chirrió una bisagra que la hizo volverse de un respingo sintiéndose culpable. Se abrió la puerta de la alacena y asomó la cabeza Will.

—¿Es seguro salir? —susurró.

Clarrie ahogó un grito.

—¡Llevan un rato buscándote! Anda, ve ahora mismo a saludar a los Landsdowne.

Él puso los ojos en blanco mirando al cielo.

—No quiero. Son unos pesados y a Verity no le caigo bien. Siempre me está diciendo que me vaya por ahí y los deje solos a Bertie y a ella.

—Todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan. —El tono de Clarrie era seco.

Él la miró con más atención.

—Tienes la cara roja. ¿Has estado llorando?

—¡No!

Will se metió las manos en los bolsillos con un suspiro.

—¿Sabes que Verity y Bertie van a casarse?

Clarrie sintió que se le ablandaba el corazón al ver el gesto desolado del niño.

—¿Tan malo es, si Berti es feliz con eso?

El pequeño la miró perplejo.

—Pero ¿por qué tiene que ser ella? ¡Si ni siquiera le gusta el *backgammon*!

La joven no pudo contener un golpe de risa.

—¿Sabes, Will? —le dijo rodeándolo con un brazo—. Eres un gran tipo. No cambies nunca.

Él la abrazó tomándola por la cintura.

—Espero que cuando Bertie sea feliz no se pase el día regañándonos.

—Eso es —convino ella—. Claro, que también podría ser que se pusieran de acuerdo para perseguirnos. —Le besó la coronilla—. Vamos. Si pasa eso, tú y yo lucharemos juntos. ¡Los dos mosqueteros!

Dicho esto, volvió a la planta de arriba con Will manteniendo bien alta la cabeza como toda una Belhaven.

Capítulo 13

—La señorita Landsdowne quiere casarse en diciembre —informó Clarrie a su amiga Rachel, con quien se hallaba sentada en el Empire Tea Rooms.

A las dos les encantaba aquel café del centro, de techos altos y vidrieras de colores, jarrones de flores naturales sobre manteles limpios de lino y palmeras en macetas dispuestas a modo de biombos para salvaguardar la intimidad de los clientes que lo desearan. Olive estaba sentada a su lado, garabateando en una libreta.

—No deja de venir a hablar de los preparativos. La señora Stock está ya harta.

—¿Dónde van a vivir cuando se casen? —preguntó Rachel mientras servía una segunda taza para ambas.

Su amiga hizo una mueca.

—De entrada, en Summerhill. Esa es otra: la señora Landsdowne quiere convertir toda la planta segunda en un apartamento para el señorito Bertie y ella. Él dice que tiene que estar cerca del bufete y a ella le gusta estar en la ciudad. Los Landsdowne les van a dar una casa para los fines de semana en la finca que tienen en el campo.

Rachel puso los ojos en blanco.

—¡Qué suerte tienen algunos! Bob y yo teníamos una habitación en una casa de campo y nos teníamos por afortunados.

—No sé dónde va a acabar el pobre Will —dijo Clarrie—. En el desván, si dejan que esa Verity se salga con la suya.

—Es buen chico —suspiró Rachel—. Bob quería un hijo. Ahora me alegro de no haberlo tenido, porque no sé cómo habría podido criarlo sin él.

Clarrie vio asomar las lágrimas en los ojos de su amiga y le tendió una mano.

—Lo siento: no debería haberme puesto a hablar de bodas.

Rachel negó con la cabeza.

—No me importa. Me gusta oírte hablar. —Se sonó la nariz con un pañuelo almidonado—. Y me alegro de tener compañía, porque sola no me habría atrevido nunca a entrar aquí.

Clarrie sonrió.

—Yo también me alegro. —Y volviéndose hacia su hermana, le pidió—: ¿Podemos ver lo que has hecho?

—Una tontería —respondió Olive mientras le daba el cuaderno sin demasiada convicción.

La mayor contempló un dibujo llamativo de aves entrelazadas con flores que parecía querer

salirse de la página.

—Pues a mí me encanta —la contradijo antes de enseñárselo a Rachel.

Esta asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Qué chica tan inteligente! ¿De dónde sacas las ideas?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, me vienen a la cabeza.

El estilo exuberante del dibujo le recordó a Clarrie la frondosa belleza natural de Belguri, aunque prefirió no decir nada, porque sabía que se entristecía con facilidad con cualquier mención de la vida que habían conocido en la India. Sabía que era como abrir una herida aún sin cicatrizar.

—Pues es mejor que la mayoría de las cosas que tienen colgadas en el número 6 —aseveró Rachel—. Al señor le gustan los mapas y los barcos: aburridos a más no poder. Deberías pintar esto con colores vivos, Olive.

La pequeña enrojeció de placer.

—Tienes razón —convino Clarrie—. Ojalá tuviese dinero para comprarle una caja de pinturas como está mandado.

—Antes tenía pinturas, pinceles y un caballete —dijo Olive en tono de reproche.

—Y volverás a tenerlos —le aseguró su hermana— en cuanto dejen de llevarse los Belhaven la mitad de nuestro sueldo, pero hay que tener paciencia.

—¡Tener paciencia! —repitió Olive con el ceño fruncido mientras recuperaba de un tirón el cuaderno—. No sabes decir otra cosa.

Clarrie no quería discutir delante de su amiga. Compartía la frustración de Olive, aunque habría deseado que fuese menos temperamental. La pequeña se puso a suspirar y a tamborilear con el lápiz en el cuaderno para poner de relieve que estaba aburrida y quería irse.

Su hermana intentó no hacerle caso. Aquellos pequeños lujos tan poco frecuentes —sentarse y dejarse servir por otros, hablar con Rachel y saber de las clases medias de Newcastle…— eran lo que le permitía soportar los quehaceres de su larga semana. En uno de los apartados había un grupo de mujeres debatiendo sobre unas elecciones locales. En la mesa siguiente, cuatro amigas se afanaban en dar cuenta de tres pisos de emparedados y pastelitos mientras hablaban de sus hijos. En el rincón, se acomodaba una pareja que había llegado por separado al establecimiento y que Clarrie sospechaba debían de estar viéndose a escondidas.

Sin mucha convicción, apuró la última gota de su té.

—Vamos —dijo a Rachel con gesto de disculpa—. ¿Paseamos un rato al sol?

El calor se prolongó hasta el mes de septiembre. «Veranillo indio», lo llamaba Herbert. El recuerdo de los ratos de los que había disfrutado en la terraza de Belguri le dio la idea de animar a Louisa a salir de la cama y sentarse ante la ventana abierta del balcón para contemplar el jardín con aquel tiempo apacible. Su señora estaba cada día más demacrada, hasta extremos que resultaban preocupantes. A Olive y a ella apenas les costaba ya levantarla ahora que tenía las piernas consumidas por la falta de uso.

Louisa no dejaba de suspirar, pero parecía complacerle que la dejasen allí. De hecho, el rostro se le iluminaba al ver a su larguirucho Will llegar corriendo del colegio y saludarla desde

el otro extremo de la plaza. Al pequeño, al que se le habían alargado y enflaquecido muchísimo las piernas desde las vacaciones de verano, le encantaba subir a saltos las escaleras para echarse a los pies de su madre y ponerse a charlar con ella.

En cierta ocasión, mientras Verity trataba de hacer que Louisa se interesara en la reforma de las habitaciones de la segunda planta, entró Will de sopetón y tiró las muestras de tela que estaban apiladas. Clarrie, que estaba sirviendo el té, corrió a recogerlas del suelo.

Verity hizo lo posible por ocultar su exasperación con una risotada muy poco natural.

—¡Qué torpe que eres!

—Lo siento —dijo él antes de lanzarse a besar a su madre haciendo caso omiso de su futura cuñada—. ¡Mira, mamá, mi primera castaña! —exclamó sacando el fruto del bolsillo del pantalón—. Clarrie puede ayudarme a atarle una cuerda para jugar a *conkers*.

—¿No eres muy mayor ya para andar golpeando castañas? —preguntó Verity—. Estás a punto de cumplir trece años. A tu edad, Clive se dedicaba al boxeo, un deporte de hombres.

Louisa posó una mano protectora sobre el cabello rubio de su hijo.

—Todavía es pequeño —replicó con dulzura—. Ya tendrá tiempo de hacer cosas de hombres.

Poco después de aquello, Clarrie oyó a Bertie proponer a su padre que enviasen a Will a un internado.

—Debería curtirse, papá. Además, pasa demasiado tiempo con el servicio. Ese niño no tiene modales. Con Verity llega a ser muy grosero —se quejó.

Herbert soltó un suspiro impaciente.

—Soy el primero en reconocer que puede llegar a irritar a cualquiera, pero no quiero tenerlo lejos. Además, tu madre no lo permitiría nunca. Verity se acostumbrará con el tiempo.

El tiempo se tornó de improviso frío y otoñal y Louisa volvió a confinarse en su lecho. Nadie habló de nuevo de la idea del internado, ya que Verity centró su atención en los complejos preparativos de su boda. La pareja iba a contraer matrimonio en la catedral de San Nicolás la semana previa a la Navidad y ofrecería una recepción y un baile en el suntuoso edificio de las Assembly Rooms. Parecía querer invitar a medio Newcastle. Bertie deseaba organizar una recepción colosal la víspera de la boda y brindar alojamiento a los parientes de Yorkshire, de manera que Clarrie tenía claro que no le iba a faltar trabajo.

Fue Will quien la llevó a preocuparse por Louisa.

—Mamá tiene una tos rara —le dijo— y se ha vuelto a dejar toda la cena.

Lo cierto es que comía tan poco que al ama de llaves no le había parecido extraña su abstinencia y, además, solía ser Olive quien se encargaba de sus comidas. Clarrie había estado tan ocupada últimamente con las exigencias de Verity que apenas había pasado tiempo con la señora después de asearla a diario. Pero los dos últimos días no se había dejado lavar ni aun tocar y, cada vez que la joven se había asomado a su dormitorio, la había encontrado dormida. ¿Por qué no habría estado más pendiente?, se preguntaba con una punzada de culpa.

Bertie y Verity habían salido al teatro y Clarrie corrió al dormitorio de Louisa para encontrarla colorada, con los ojos vidriosos y la respiración sibilante. Cuando le puso la mano en la frente, la enferma gimoteó:

—¡Déjame! Por favor, ¡déjame!

—Está usted ardiendo, señora —repuso inquieta la joven.

La otra sufrió un doloroso acceso de tos.

—Voy a buscar al médico —dijo Clarrie de inmediato.

—No —logró decir Louisa entre una expectoración y otra—. Más médicos… no.

El ama de llaves intentó incorporarla para calmarle la tos, pero ella hizo una mueca de dolor y se echó a tiritar como si la hubiese tocado con manos de hielo. Aterrada, Clarrie corrió en busca de Herbert, a quien encontró trabajando en el estudio. El horror que vio en su expresión lo hicieron levantarse de un salto.

—¿Qué pasa?

—La señora Stock no se encuentra nada bien. Creo que tiene fiebre.

—¿Fiebre? —repitió él—. Pero, esta mañana, cuando he ido a verla…

La muchacha no lo dejó acabar:

—Está ardiendo y lleva dos días sin comer. No hace más que dormir.

—¿Por qué no me ha dicho nada? —preguntó él con sequedad.

—Lo siento. —Clarrie se ruborizó—. Creo que habría que llamar al médico, señor.

—Iré yo —le espetó.

Ella negó con la cabeza.

—Déjeme ir a mí y así usted podrá estar con ella.

Él se mostró de acuerdo y salió del despacho dejando su trabajo desperdigado por la mesa.

Cuando volvió con el médico y lo llevó al piso de arriba, Clarrie encontró a Will sentado en la cama con gesto inquieto y a Herbert de pie ante el hogar con las manos a la espalda. Al ver al doctor, el señor Stock echó del dormitorio al pequeño, que fue a refugiarse con Clarrie en la planta de abajo.

—¿Y si le lee Olive —sugirió el niño— o yo le toco una canción? ¿Crees que eso la ayudaría?

—Seguro que sí, pero mejor mañana, cuando haya descansado un poco. ¿Por qué no vas a buscar a Olive… y así practicáis?

Will no dejó pasar la ocasión de hacer algo y corrió a buscar a Olive. Entonces sonó la campana del estudio y Clarrie acudió enseguida a la planta de arriba. El doctor estaba tomando una copa rápida con Herbert. Bertie había vuelto ya y bebía a tragos un generoso vaso de *whisky*.

—La señora Stock se ha resfriado —anunció el médico al ama de llaves.

—No me extraña —dijo Bertie en voz alta—. Belhaven se ha dedicado a dejar a mi querida madre expuesta durante horas a las corrientes de la ventana como si viviésemos en el trópico.

—No habrá sido por eso, ¿verdad? —preguntó Clarrie consternada.

El médico alzó las manos como para indicar que no tenía sentido culpar a nadie.

—Le he prescrito friegas en el pecho. Tiene la temperatura más elevada de lo que debería. Debe aplicarle paños templados durante la noche para que le baje. Haga lo posible por que beba algo.

—Sí, señor.

—Volveré mañana. —Trató de calmar a Herbert con un golpecito en el hombro—. A esas horas posiblemente haya pasado lo peor.

Clarrie, picada por la desconsiderada acusación de Bertie, estaba dispuesta a pasar la noche al lado de su señora, pero Herbert la mandó a la cama al dar las doce.

—Yo me quedo con ella —anunció con gesto sombrío—. De todos modos, no voy a poder

dormir.

Ella se puso en pie, agotada pero intranquila, sin atreverse a obedecer. Louisa estaba inquieta. Con los ojos cerrados, gemía y movía la cabeza de un lado a otro como si no estuviera cómoda, aunque no respondía a ninguna de las preguntas que le hacían.

—Use la campana si me necesita, señor —dijo ella al salir—, sea la hora que sea.

Él asintió con la cabeza, pero sin dejar de mirar a su esposa.

Clarrie improvisó una cama en el suelo de la salita del ama de llaves por si la llamaban y se acostó con la ropa puesta. A las tres de la madrugada, cuando comenzaba a conciliar el sueño, la desveló por completo el sonido de alguien que entraba con sigilo en la habitación.

—¡Ah, estás aquí! —susurró Will abrazado al estuche de su violín—. Pensaba que estarías con mamá, pero he entrado y papá me ha dicho que me vaya. Dice que conmigo se pondría peor, pero no puedo dormir. ¿Me puedo quedar aquí? Por favor.

—Claro que sí. —Clarrie no vaciló un instante, a pesar de ser muy consciente de que aquello exasperaría a Bertie. Se puso en pie y echó una manta sobre los hombros del niño, que no dejaba de tiritar—. Acurrúcate en la silla, que voy a preparar algo calentito.

Hirvió leche y avivó el fuego. Los dos bebieron juntos y hablaron en voz baja de cosas triviales hasta que, al fin, Will se puso a bostezar y se dejó vencer por el sueño. Cuando ella volvió de llevar las tazas al fregadero y fregarlas, el muchacho dormía como un tronco. Se enjuagó la cara con agua fría y subió con una bandeja de té recién hecho.

Herbert se había dormido con los brazos extendidos sobre la cama. Al acercarse, Clarrie oyó el cambio que había experimentado la respiración de Louisa, que traqueteaba y chirriaba como guijarros arrastrados por la corriente. Ahogó un grito y soltó de golpe la bandeja. Conocía ese ruido: se lo había oído a su padre agonizante.

El señor se despertó sobresaltado.

—¿Qué? ¡Qué! —exclamó confundido.

Clarrie tomó la mano de la enferma. Apenas tenía pulso. De pronto, ella abrió los ojos y los clavó en la joven. Intentó hablar. El ama de llaves se volvió hacia Herbert y puso la mano de ella en la del señor.

—Quiere decirle algo —anunció con urgencia.

Cuando Clarrie se apartó, Herbert presionó la mano de su esposa contra su rostro.

—¿Qué quieres, amor? —Se le quebró la voz—. ¡Dime!

—W… Will —murmuró ella—. Will…

—¿Qué? —quiso saber Herbert—. ¿Llamo al médico? ¿Eso es lo que quieres?

Ella sacudió la cabeza y miró a Clarrie con gesto suplicante. La muchacha supo en ese instante lo que intentaba decir.

—Quiere ver al señorito Will —gritó—. Voy a traerlo.

Sin aguardar a que le dieran permiso, accionó la campana de los cuartos de abajo y salió de la sala.

El niño, desaliñado y con los ojos desencajados, topó con ella a mitad de las escaleras.

—He oído la campana, pero te habías ido…

—Tu madre quiere verte —lo informó Clarrie con el corazón encogido ante el gesto de preocupación del pequeño—. Corre, ve a verla.

Él subió los escalones de dos en dos y luego se dio la vuelta.

—Se me ha olvidado el violín y seguro que quiere oírlo.

Ella lo detuvo.

—Ve con tu madre, que yo voy por él. —Al verlo vacilar lo apremió—: ¡Venga!

El chiquillo corrió escaleras arriba gritando para avisar a su madre de su llegada. Clarrie volvió a la carrera en busca del violín con el corazón acelerado por el miedo. Lo encontró bajo la manta arrugada que había tirado Will al suelo cuando había corrido a responder a la campana. Se hizo con él de inmediato y volvió arriba a toda prisa.

Encontró a Herbert aferrado aún a la mano de su esposa en la misma postura en que lo había dejado. El niño se había asomado por encima de su hombro. Louisa tenía los ojos a medio cerrar y la boca a medio abrir. Los estertores se habían calmado un poco.

El muchacho se volvió hacia Clarrie con los ojos llenos de lágrimas.

—No dice nada —musitó—. Creo que ni siquiera me ha reconocido.

Herbert guardaba silencio. Un impulso la llevó a tender el violín a Will.

—Quiere que toques. Eso ha dicho.

Él titubeó y miró a su padre.

—¿Toco, papá?

Herbert pareció no oírlo: no podía hacer otra cosa que asirse a la mano de su esposa como si así fuera a anclarla a este mundo. Clarrie posó una mano en el hombro del pequeño y bajó la barbilla con gesto alentador.

—Hazlo por mamá —le dijo con dulzura.

Él se colocó el instrumento bajo la barbilla e interpretó con manos temblorosas *The Water of Tyne*, que Olive le había enseñado hacía no mucho. Cuando llegó al final, se detuvo y volvió a tocarla, en esta ocasión con más confianza y haciendo que las notas llenasen toda la estancia.

Con el último impulso del arco, el sonido reverberó en torno a ellos como si no quisiera apagarse. El recuerdo de la melodía quedó como flotando en el aire mientras volvía a enseñorearse del dormitorio el silencio. Un silencio total. Will estaba de pie con el violín suspendido y Herbert no soltaba a Louisa.

Clarrie reprimió un lamento al reparar en que no se oía ya la sonora respiración de su señora. Alargó una mano hacia Will.

—Nos ha dejado —anunció con suavidad.

Will se apartó de ella, dejó caer el instrumento y rodeó de un salto la cama.

—¿Mamá? —exclamó—. ¡Mamá!

Herbert dejó escapar un gemido terrible, como si le hubiera arrancado el aliento un golpe horrible. Clarrie recogió el violín y salió enseguida de la habitación para dejarlos a solas con su dolor. Instantes después, oyó a Herbert rugir:

—¡Apártate! ¡No la toques!

Will gritó:

—¡No está muerta! ¡No!

La joven quedó petrificada. Deseaba volver corriendo y abrazar al pequeño para consolarlo, como debería estar haciendo su padre.

—¡Vete! —aulló el señor como un animal atrapado por un cepo—. Déjame solo con ella, por Dios.

El niño salió disparado del dormitorio, gimoteando y con los ojos desorbitados.

—Will… —Ella trató de detenerlo, pero él la apartó de su camino y se lanzó a correr por el pasillo y escaleras abajo. Lo oyó trastear con la puerta principal con la intención de escapar de la casa y corrió a la habitación de Bertie para llamar a golpes a su puerta.

—¡Por favor, señor, venga enseguida! —gritó, sin dejar de dar con los nudillos hasta oírlo responder.

—¿Qué pasa? —preguntó con el sobrecejo arrugado y el pelo, de costumbre engominado, revuelto.

—Lo siento, señor Bertie. Se trata de su madre. Su padre lo necesita.

Al ver el estado en que se hallaba ella, acudió sin más preguntas. Clarrie bajó corriendo en busca de Will, que había conseguido abrir la pesada puerta principal y la había dejado abierta de par en par. Salió a la plaza a buscarlo entre las sombras que apenas lograba ahuyentar la tenue luz de gas. «Dios, por favor, que no haya ido hacia la ciudad.»

Oyó un llanto al doblar la esquina. El niño se encontraba en cuclillas al lado de la verja, temblando y deshecho en lágrimas. Clarrie se inclinó y le tocó el hombro.

—Lo siento mucho, Will —susurró.

—Ha sido culpa mía… —dijo él entre sollozos—. Pensaba que se iba a poner mejor con la música. ¡Seré pueril…! No soy más que un niño estúpido. ¡Estúpido!

Ella se echó de rodillas a su lado. El pequeño no hacía más que repetir las palabras de desaprobación de Herbert y Bertie.

—Tú no tienes la culpa de nada —le aseguró ella con firmeza—. Tu mamá llevaba enferma mucho tiempo. Estaba demasiado débil como para superar un resfriado. Ni siquiera el médico ha sido capaz de salvarla.

—Papá me ha echado —dijo Will desconsolado—. Me odia.

—No, jamás —aseveró ella—. Tu padre está demasiado dolido ahora como para saber lo que dice. —Y apretándolo contra su pecho, añadió—: Te necesita, Will. Ahora os tenéis que consolar el uno al otro en vez de salir corriendo. ¿Me prometes que nunca más volverás a escaparte?

Él asintió con la cabeza y se dejó abrazar.

—Tú te vas a quedar con nosotros, ¿verdad? Ahora que mamá ha… —No pudo articular la palabra.

—Claro que sí —le prometió—. Yo estaré aquí todo el tiempo que me necesitéis.

Lo estrujó con fuerza en medio de aquella oscuridad gélida, deseando poder proteger a aquel niño cariñoso y sensible del dolor que sabía que estaba a punto de envolverlo.

Capítulo 14

Aquel invierno, el número 12 de Summerhill se vio inmerso en el luto. Herbert no hallaba consuelo. Se abandonaron todos los compromisos sociales y se pospuso el casamiento de Bertie. El señor de la casa pasaba largas horas encerrado en su estudio y aceptaba toda causa que le proponían con la esperanza de atenuar su dolor. Trataba con brusquedad a Clarrie y dejó de permitir que Olive dispusiera de sus libros a su antojo. Era su modo de castigarlas por no haberlo puesto al corriente del deterioro de la salud de Louisa. Tal fue la frialdad que desplegó con ellas durante un tiempo que Clarrie temió que las echaría a la calle, cosa que, sin embargo, no ocurrió.

Will recorría la casa como un alma en pena, apagado e infeliz. Su décimo tercer cumpleaños pasó sin pena ni gloria, a excepción de la partitura que le compraron Clarrie y Olive y la tarta que le hizo Dolly. La mayor de las hermanas hizo cuanto pudo por reconfortarlo y lo alentó a seguir tocando, pero Herbert no soportaba oír el violín.

—¡Deja ya esa música horrísona, por Dios! —vociferaba por el pasillo—. Estamos de luto por tu madre. ¿Acaso ya no respetas nada? —Y a continuación volvía a cerrar de un portazo.

Tras unas cuantas regañinas, el niño perdió las ganas de tocar y dejó de practicar con Olive. Clarrie sufría por él y se preguntaba si debía o no defenderlo, pero Herbert parecía perdido en un lugar oscuro y solitario que le recordaba el estado en que quedó su padre al morir su esposa.

—Dale tiempo —aconsejó a Will—. Hay que dejar que pase el duelo en paz, pero no siempre va a querer silencio. Como decía mi amigo Kamal: «Recuerda que tras la lluvia siempre vuelve a salir el sol».

Él se levantó con las manos metidas en los bolsillos y sacudió la cabeza con gesto desconfiado. Después de aquello, empezó a dejar de frecuentar la salita del ama de llaves y pasaba más tiempo en su propio cuarto o se colaba en el de su difunta madre para sentarse a solas entre los frascos de perfume y los libros, que no dejaban de acumular polvo, puesto que Herbert había prohibido que se tocara ni limpiase nada. No era raro que volviese tarde a casa y Clarrie sabía que era porque prefería vagar por la ciudad para retrasar su llegada a aquel hogar infeliz. Sin embargo, a su padre parecía no importarle, si es que llegaba a darse cuenta.

Bertie era el más difícil de todos. Ya no le funcionaba el método de costumbre de lisonjear ni de intimidar a su padre para lograr lo que quería. Herbert ni siquiera quería oír hablar de fijar una nueva fecha para la boda. Aunque Verity apenas los visitaba, pues trataba de evitar la desolación que reinaba en la casa, Clarrie tenía claro que debía de estar presionando a Bertie para que aguijara a su padre.

El joven, que había mostrado escaso dolor por la pérdida de una madre que apenas le había prestado atención en comparación con su hermano menor, pagó con el servicio la frustración que le provocaba aquel duelo forzoso. Consiguió hacer llorar a Olive lanzándole sus zapatos.

—¿A esto llamas tú limpiarlos? ¡Menudo desastre!

Ofendió a Dolly devolviéndole la comida por considerarla intragable y aprovechaba cualquier ocasión para humillar a Clarrie delante de los clientes.

—Belhaven, tráiganos té, pero té inglés del bueno y no esa bazofia nativa con especias que bebe usted.

Una vez lo oyó poniendo al corriente de su procedencia a un tendero corpulento que le había lanzado una mirada gélida en el umbral.

—¿Es mestiza?

—Sí, me temo que es una de las enclenques descarriadas que recogió mi padre de la iglesia.

—Su padre tiene un gran corazón —había dicho el otro con un gruñido—. Esperemos que ella sepa agradecérselo.

Aunque aquellos comentarios denigrantes la encendían en su fuero interno, ella se obligaba a mostrarse impasible: no podía poner en riesgo su puesto de trabajo ni el de Olive a esas alturas. Sin embargo, sabía que algún día iba a tomar venganza de todo aquel desprecio y de aquellos actos de crueldad.

Clarrie cumplió los veintiuno a finales del mes de enero de 1907. Triunfante, fue a visitar a sus primos a Cherry Terrace con el último sueldo que iba a tener que pagarles. Los veía todas las semanas en la iglesia, donde les entregaba la cantidad pactada, pero hasta entonces nunca había vuelto al *pub*.

La calle tenía el mismo aspecto deprimente y humoso que recordaba. Las hileras de casas de ladrillo seguían negras de hollín y los callejones resbalaban por el barro y los charcos sempiternos. Caminó con cuidado hasta la puerta de atrás y entró en el momento en que Lily abroncaba a una pobre camarera.

—¡Mira quién asoma por aquí! —espetó al verla allí de pie con su uniforme de ama de llaves.

La recién llegada supo de inmediato que estaba bebida por cómo se balanceaba y se apoyaba en la mesa para no perder el equilibrio. Con todo, la cocina hervía de actividad como de costumbre: la mesa estaba llena de pasteles puestos a enfriarse y los muebles estaban cubiertos de harina. La muchacha se escabulló al ver que la situación no auspiciaba nada bueno.

—Hola, señora Belhaven. Traigo el último pago —anunció Clarrie sin más ceremonia mientras le tendía el sobre con el dinero—. La semana pasada cumplí veintiún años y he pensado que lo querría ahora en lugar de tener que esperar al domingo.

Lily se sorbió la nariz y lo tomó.

—¡Qué detalle de tu parte! —exclamó en tono burlón—. Por cierto, feliz cumpleaños. Espero que no te hayas puesto en evidencia celebrándolo cuando los Stock están de duelo.

—Claro que no. ¿Dónde está el primo Jared?

—Por ahí con la calesa —se quejó ella—. Nunca está aquí cuando hace falta. La única ayuda que tengo son esa chiquilla inepta y el zoquete de Harrison. —Se dejó caer en una silla—. ¿No quieres quedarte a echar una mano?

—Prefiero disfrutar de otro modo de mi tarde libre —recalcó ella—. He quedado con una

amiga.

Lily la miró con gesto agrio.

—¡Qué señorita tan desagradecida! —masculló.

Clarrie se sintió herida por la acusación.

—Tal vez sea usted la que, para variar, debería mostrar un poco más de gratitud por lo que hicimos por usted Olive y yo, por no hablar ya del dinero que llevo dándole durante casi más un año sin recibir nada a cambio.

Lily la miró boquiabierta.

—Sea como fuere, ya hemos hecho bastante —declaró la joven— y podemos dar por concluida nuestra aportación.

La otra se levantó al oír aquello.

—¡Eso es lo que tú crees! Tú serás mayor de edad, pero tu hermana todavía no. Seguimos siendo sus tutores legales y tenemos derecho a recibir parte de su paga hasta que cumpla los veintiuno.

Clarrie avanzó furiosa hacia ella, tanto que la obligó a dar un paso atrás.

—¡Ni se le ocurra! —le gritó—. No van a recibir un solo penique más del salario de mi hermana y sepa que, como se le ocurra amenazarla, haré que el señor Stock la lleve ante los tribunales. No pienso permitir que sigan mangoneando a Olive. Dios le ha dado más dones que al resto de nosotros juntos y voy a encargarme de que los utilice.

Lily quedó muda unos instantes. Entonces, frunciendo el ceño, dijo:

—Todo eso son fanfarronerías. ¡No os atreveríais a denunciarnos! Pienso tomar lo que me corresponde por derecho.

—Usted no tiene ya ningún derecho sobre el sueldo de Olive ni sobre nada de lo que haga en adelante —aseveró Clarrie—. Es mi hermana y, por lo tanto, responsabilidad mía. Y si quieren ustedes que los Stock sigan siendo sus clientes, ya pueden ir pensando en renunciar a más exigencias.

La señora Belhaven se tambaleó y su rostro delató un titubeo repentino.

—No se te ocurrirá tocarme el negocio, ¿verdad?

—Deje en paz a Olive y yo dejo en paz su negocio —negoció Clarrie—. Y, ya que estamos, más le vale ir diciéndome a quién le vendió el violín.

—No me acuerdo —respondió ella moviendo una mano con desdén—. No era muy bueno y apenas me llegó para un saco de harina.

—¿Y qué sabe usted de si es bueno o no un violín? —le espetó la joven.

—Prefiero no saber nada —repuso Lily frunciendo el labio con repulsión—. Tocar esas cosas lleva al pecado.

—Pues, cuando lo recuerde, me gustaría saberlo —dijo ella con determinación— para comprarlo de nuevo. Era de mi padre y pertenece a nuestra familia.

De pronto, el semblante de la señora Belhaven se hundió como un pastel que se viene abajo en el horno. Volvió a dejarse caer sobre una silla.

—Sabía que ibais a dar problemas —gruñó—, desde el principio. Ese estúpido con el que me casé estaba convencido de que os quedaría algo de dinero: ¡no podía creer que el inútil de su primo hubiera podido perderlo todo en la India! —La miró con ojos de odio—. Sin embargo, yo no dudé nunca que ibais a traer problemas. ¡Qué otra cosa podía esperar de la sucia sangre

extranjera que os corre por las venas!

Clarrie se aferró al respaldo de una silla a fin de dominar su cólera.

—Mi madre, a la que con tanta facilidad desprecia sin haberla conocido, mostró en su corta vida más amabilidad y bondad de la que podría reunir usted así viviera hasta los noventa. Me enorgullece llevar su sangre india, conque sus insultos no me hieren. —Le lanzó una mirada de desprecio—. Es usted la que me da lástima, porque, corra lo que corra por sus venas, nunca estará contenta. Mientras siga preocupándose por usted misma y por nadie más que usted, no será más que una mujer infeliz y amargada. No sé cómo la soporta el primo Jared.

Lily torció el gesto indignada y, poniéndose de nuevo en pie, gritó beligerante:

—¿Cómo te atreves? ¡Fuera de aquí! —Y, agarrando un cucharón de madera, la emprendió a golpes con ella.

Clarrie levantó un brazo para protegerse y retrocedió mientras Lily exclamaba:

—¡No quiero volver a verte en mi casa! ¿Me oyes? ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

La joven corrió hacia la puerta trasera mientras la señora Belhaven la perseguía tambaleante sin dejar de renegar. Huyó por el patio hasta el callejón trasero seguida de Lily, que parecía ir a desgañitarse, y se alejó de aquella escena humillante, turbada aunque triunfante: al fin había dicho a aquella abusona lo que pensaba de ella. ¡A ver si ahora se atrevía a mantener sus amenazas sobre Olive! La crueldad furiosa de aquella mujer no era sino la máscara tras la que se ocultaba una cobarde y una borracha, alguien más digna de conmiseración que de miedo.

Al doblar sin aliento la calle, fue a darse de bruces con un hombre que llevaba una cesta llena de paquetes.

—¡Mire por dónde va!

Ella corrió a asir la mercancía tambaleante, pero uno de los paquetes cayó al suelo y se abrió, derramando hojas de té negro sobre sus zapatos.

—¡Lo siento!

Alzó la mirada al rostro airado del repartidor mientras trataba de rescatar el paquete medio vacío.

—¿Jack Brewis? —exclamó.

—Sí, y usted es… —empezó a decir él. Entonces se detuvo y la miró con más detenimiento —. ¡Tú eres la muchacha que lo sabe todo sobre el té! Clarrie, ¿no?

Ella sonrió mientras asentía muda.

—¿De quién huías con tanta prisa —se burló—, del mismísimo demonio o de la poli?

—De algo peor —rio ella aliviada.

—De esa bruja del Cherry Tree —adivinó—. Eso lo explica todo. —Entonces añadió con gesto perplejo—: Pensaba que te habías ido ya: llevo meses sin verte por aquí.

—He venido de visita.

—Pues he estado buscándote.

—¿Ah, sí? —Clarrie estaba encantada.

—Es que —repuso él sonriente— por aquí no hay nadie más que gaste dinero en Darjeeling.

Ella se echó a reír.

—En ese caso, tendré que comprar más. Al menos, deja que te pague el que he tirado.

—No seas tonta —dijo Jack de inmediato mientras tomaba el paquete mediado de las manos de ella—. Uno menos no va a notarse. De todos modos, no creo que me dure mucho el trabajo.

—De pronto, el joven pareció abatido.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

Jack soltó un suspiro.

—El señor Milner no lo está pasando bien. Las otras compañías de té están celosas, no quieren que prospere y están haciendo todo lo que pueden por ver fracasar su negocio. Si te lo cuento, no te lo crees. —Se detuvo y la miró con inquietud—. No debería contártelo, aunque, a fin de cuentas, ¿qué iba a poder hacer una muchacha como tú?

—Tal vez pueda ser de más ayuda de lo que crees. Ahora trabajo para un abogado. Soy su ama de llaves —lo informó con orgullo.

Él abrió con interés sus ojos del color de la miel.

—¡Ya decía yo que te veía muy elegante! ¿Y para quién estás trabajando?

—Para los Stock, del número 12 de Summerhill.

—¡De Summerhill, nada menos! —exclamó él con un silbido de admiración—. ¡Sí que has llegado alto!

—Eso parece —sonrió ella—. Y todavía pretendo subir más.

Él le hizo una zalema burlona.

—Me honra que todavía se digne usted a hablar con un pobre muchacho como yo, Jack Brewis, repartidor de té y futuro desempleado a no ser que el señor Milner encuentre el modo de librarse de la competencia. —A continuación, soltó un hondo suspiro y se reveló incapaz de mantener la broma—. Es una verdadera lástima, Clarrie, porque no hay muchos jefes como él. En Navidades caí enfermo y me estuvo pagando hasta que me recuperé y eso que no podía permitírselo con sus rivales aliándose en su contra. La cosa es que tampoco le va a resultar nada fácil demostrarlo, aunque está convencido de que es así.

Ella le posó una mano en el brazo.

—Dile que vaya a hablar con el señor Stock. Si alguien puede ayudarle, es él. Haría cualquier cosa por sus clientes. Además, en este momento, ahora que está destrozado por la muerte de su esposa, necesita algo así: sentir que está ayudando a enmendar un ultraje. Me preocupa que no consiga sobreponerse nunca a su desesperación.

Vio ruborizarse a Jack y se dio cuenta de que seguía apoyada en su brazo, así que también a ella se le encendió el rostro mientras apartaba el suyo.

—Perdón —dijo.

—No hay de qué —sonrió él—. Nunca había disfrutado tanto de que chocaran conmigo y me apretasen el brazo.

Clarrie rompió a reír. Ambos estuvieron unos instantes escrutándose. Él era tan apuesto como lo recordaba y estaba segura de que también se sentía atraído por ella.

—A lo mejor puedo ayudar de otro modo al señor Milner y su negocio —aseveró ella al fin.

—¿Cómo, si puede saberse? —Jack la miró sorprendido.

—Encargándote un envío periódico de té a los Stock. Al fin y al cabo, soy yo la que se encarga de los pedidos. El vendedor que nos suministra el té tiene una selección muy limitada en comparación con la vuestra.

—Yo estaría encantado de serviros —repuso él con una sonrisa traviesa—, sobre todo si eres tú la que recibe al repartidor.

—Por supuesto. —Clarrie sonrió también de oreja a oreja.

Se despidieron y Clarrie corrió a Summerhill más alegre de lo que había estado nunca durante las largas semanas transcurridas desde la muerte de Louisa. Quería pensar que su decisión de tomar como proveedor de té a la Tyneside Tea Company constituía un acto de apoyo a aquel negocio incipiente. Sin embargo, los saltos que le daba el corazón cuando pensaba en el rostro pecoso de Jack y sus ojos joviales le decían que había otra razón: la esperanza de volver a ver a menudo al joven repartidor de Milner.

Capítulo 15

De pie ante la puerta del estudio de Herbert mientras reunía el valor suficiente para llamar, Clarrie sintió que el corazón le batía con la misma inquietud que se apoderaba de él cuando tenía que lidiar con el espíritu voluble de su padre. Sin embargo, no pensaba eludir aquella labor: hacía ya ocho meses de la muerte de Louisa y, para que aquella familia subsistiera a todo aquello, era necesario sacar al señor Stock de su duelo. Will estaba cada vez más rebelde, la relación de Bertie y Verity peligraba por la ausencia de planes de boda y Herbert se estaba trocando en un eremita irascible como su padre. Había descuidado a sus clientes y cada vez delegaba una porción mayor de su trabajo en un resentido primogénito. Ya no cuidaba tampoco su aspecto externo y había dejado que el pelo le creciera demasiado y su barbilla, antes afeitada, se cubriera de una barba irregular y gris.

—¡Váyase! —gruñó desde el otro lado de la puerta cerrada.

Ella desobedeció y entró con una bandeja de galletas y limonada casera. Él estaba sentado en la penumbra del anochecer, mirando por la ventada y con un libro apoyado ocioso en el regazo. Recortada contra el ocaso de mayo, su silueta parecía la de un profeta desgreñado.

—Le he traído un refrigerio, señor —dijo Clarrie con una voz calmada que no reflejaba en absoluto su pulso acelerado.

—Le he dicho que no entrara. Por favor, lléveselo.

—Mejor lo dejo aquí para que pueda servirse —repuso ella antes de avanzar hacia la mesa de la ventana y dejar la bandeja al lado mismo de donde estaba él.

Él ni siquiera la miró, pero ella se llenó los pulmones de aire y añadió:

—Me estaba preguntando, señor, si ha oído usted hablar del señor Daniel Milner, el comerciante de té. Hemos empezado a usar su servicio de reparto. Sé que tiene problemas en su negocio y he dado a entender que tal vez usted sería capaz de ayudarlo.

—¿Quién? —Herbert suspiró impaciente sin volver aún la cabeza hacia ella.

—El señor Milner, de la Tyneside Tea Company. Al parecer, algunos comerciantes de los de la competencia están intentando obligarlo a dejar el negocio, aunque no tengo muy claro cómo…

—¡Usted y su dichoso té! —le espetó él girando la cabeza de forma abrupta para mirarla—. ¿Y por qué tiene que importarme a mí eso?

Clarrie dio un respingo.

—Me ha parecido la clase de hombre de negocios decente al que estaría usted encantado de ayudar. Está levantando una empresa honrada que otros, más poderosos que él, están intentando

echar abajo.

Él volvió a hundirse en su sillón orejero.

—Negocios, empresas, honradas o abyectas. ¿Qué diferencia hay? Al final, por más que nos esforcemos, acabamos todos en el mismo sitio: una tumba fría.

Ella, horrorizada ante tan crudas palabras, contestó:

—¡Por supuesto que importa, señor! Todo importa, desde el modo en que nos saludamos por la mañana hasta la forma en que se cierran las flores por la noche. ¿Para qué iba a darnos Dios la vida si no importase nada?

Él crispó las manos sobre los brazos del sillón.

—Si la vida importa, ¿por qué puede arrebatarse con tanta facilidad, de un modo tan aleatorio, tan cruel? —protestó.

El ama de llaves se acercó más y respondió:

—No lo sé, pero ¿acaso no hace eso que sea más importante que vivamos cada día con total intensidad y no perdamos el tiempo encerrados en salas oscuras, aislados de cuanto puede consolarnos?

—¿Consolarnos? —repitió él desolado—. ¿Qué puede haber en el mundo que nos dé consuelo?

—Sus hijos —se aventuró a decir ella— y los amigos que quieren volver a verlo feliz.

Herbert dio un golpe en el sillón y se inclinó hacia delante con gesto agitado para mirarla.

—¡Yo ya no voy a volver a ser feliz jamás! ¿Cómo te atreves a insinuarlo siquiera? Si piensas que voy a poder recuperarme nunca de una pérdida así, no sabes nada del amor.

Clarrie deseó dejarle bien claro a gritos que Olive y ella sabían mucho de pérdidas, que era él quien no tenía la menor idea de lo que era perder todo —a sus queridos padres, su hogar, a sus amigos de la infancia…— sin haber llegado aún a alcanzar la edad adulta. Sin embargo, se tragó su indignación.

—Nadie espera que se recupere usted con rapidez de semejante tragedia —dijo ella con dulzura—, pero no es usted el único que está sufriendo: al aislarse del señor Bertie y el señorito Will, los está haciendo padecer doblemente. El señor Bertie no ve la hora de casarse y el señorito Will se siente desdichado…

Él se puso en pie de un salto.

—¡No me diga cómo tengo que tratar a mi familia! Usted, menos que nadie.

—¿Qué quiere decir, señor? —Clarrie dio un paso atrás, aturdida ante tamaña vehemencia.

—Si hubiese hecho bien su trabajo, mi esposa estaría aún viva —la acusó con expresión atormentada—. Confié en usted para que cuidase de ella y me falló, me falló tal como predijo Bertie. Ojalá le hubiese prestado atención en lugar de dejarme llevar por la compasión que mostró Louisa por su situación. ¡Voy a estar arrepintiéndome el resto de mis días!

La joven se tambaleó hacia atrás como si la hubiera golpeado.

—No voy a dejar que me culpen de su muerte —logró decir—. Yo era su ama de llaves, no su marido, y la pobre estaba ya enferma mucho antes de que yo llegase aquí. Estaba enferma de dolor por su bebé, por el bebé del que nadie se atrevía a hablar. ¡Eso fue lo que acabó con su salud! —Clarrie no pudo contener la angustia y la frustración de los últimos meses.

»¿Sabía usted que Will se culpaba de la muerte de su hermana porque tuvo la osadía de tocarla y nadie se molestó en explicarle qué era lo que había ocurrido? —gritó—. ¿Se paró usted

a considerar en algún momento lo infeliz que lo estaba haciendo al negarse a consolarlo? Ha perdido a su madre, a la que adoraba, a su manera, tanto como usted, y en sus momentos de agonía la reconfortó tocando para ella. Pero usted no tiene intención de dejar que lo consuele, de modo que el chiquillo piensa que la muerte de su madre es también, en cierto sentido, culpa suya. —Había empezado a temblar mientras hablaba—. ¿Por qué es tan duro con él, con usted y con todos los que lo rodeamos y nos preocupamos tanto por usted?

Él, de pie, la miraba de hito en hito, rígido de pies a cabeza por la rabia. Clarrie pensó por un instante que estaba a punto de atacarla. Había ido demasiado lejos. ¿Qué la había poseído para hablarle como lo había hecho? El señor no iba a dudar en despedirla.

—Váyase —le ordenó él con los dientes apretados—. ¡Fuera de mi vista!

Ella se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Estando en el umbral, oyó un estrépito de cristales rotos y miró hacia él aterrada. Herbert había volcado la bandeja con la limonada sobre el suelo pulido. Entonces lo vio asir un pisapapeles y apuntarlo en dirección a ella mientras lanzaba un gruñido feroz. Tuvo tiempo de salir y cerrar la puerta en el preciso instante en que el proyectil fue a estrellarse contra la madera. Aunque aquella habría sido la reacción que habría cabido esperar de su padre en estado de embriaguez, ver una rabia así en el abstemio señor Stock le resultaba aterrador. Corrió hacia las escaleras, tragando saliva para contener el llanto. Sus buenas intenciones, lejos de lograr el efecto deseado, habían empeorado diez veces más la situación. ¡Y todo por su manía de hablar sin pelos en la lengua!

En la planta de arriba, una vez encerrada en su cuarto, se echó a llorar. ¡Qué ama de llaves tan inútil estaba hecha! Nunca se acostumbraría a callar su opinión por deferencia a los demás. En unos instantes de locura había echado por tierra todo el trabajo de un año. ¿Cómo iba a poder mirar de nuevo a la cara a su señor?

Se tapó la boca para amortiguar sus sollozos. No le quedaba más opción que la de presentar su dimisión. Herbert no iba a esperar menos y Bertie iba a disfrutar de lo lindo, pero ¿y Will? Últimamente apenas le dirigía la palabra, así que quizá tampoco le importara demasiado.

Se obligó a dejar de gimotear y se secó la cara. Tenía que interceder por Olive para que al menos ella no perdiera su trabajo. Quien había cometido la imprudencia había sido ella y nadie más que ella. Hasta Herbert debía reconocerlo.

Pasó la noche en vela y, a la mañana siguiente, temprano, bajó con la carta de disculpa y dimisión. Deslizó el sobre por debajo de la puerta del dormitorio de Herbert y bajó a cebar los fogones y hacer té y gachas.

Veinte minutos después la sobresaltó el toque imperioso de la campana del estudio. Llevaba el estómago encogido mientras subía las escaleras dispuesta a recibir la ira de Herbert.

—Entre —ordenó él cuando oyó llamar a la puerta.

Lo encontró de pie ante la ventana, con los mechones grises de su cabello revuelto iluminados por la luz del alba. Levantó la carta, se volvió hacia ella y agitó el sobre con gesto acusador.

—Lo siento, señor —logró decir ella—. No tenía derecho a decir todo lo que dije.

—Por supuesto que no —repuso él en tono severo antes de apartarse de la ventana y rodear el escritorio cojeando. A continuación, la miró un largo rato. Tenía el rostro consumido, surcado por la pena y el cansancio, como si hubiera envejecido diez años en menos de uno—. Pero lo que dijo es cierto: he sido muy egoísta en mi duelo. Me he sentido muy culpable… —Se le apagó la

voz y tuvo que tragar con fuerza para proseguir. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Y ha tenido que venir una joven a hablarme con franqueza para que me dé cuenta.

Clarrie no pudo menos de asombrarse al ver que le devolvía la carta.

—Me gustaría que lo reconsiderase.

—No… ¿No desea que me vaya? —balbució confundida.

—No —respondió él—. Por favor, Clarrie, quédese. Se lo pido por mí y por Will.

Consciente de lo difícil que estaba siendo para él humillarse de ese modo ante ella, se apresuró a decir:

—Por supuesto que me quedaré. Irme de aquí es lo último que quiero. Gracias, señor.

—No, Clarrie: soy yo quien debería darle a usted las gracias —repuso él con algo semejante a una sonrisa.

Ella corrió a guardarse el sobre en el delantal y se volvió para marcharse.

—Clarrie —la detuvo Herbert—, dígale a Will que me gustaría desayunar con él antes de que se vaya a la escuela.

—Sí, señor —dijo ella sintiendo que el corazón se le henchía de gozo mientras cerraba la puerta tras ella.

Capítulo 16

Verano de 1907

Aquel verano fue el más feliz que había conocido Clarrie desde la muerte de su padre. Quedó a menudo con Rachel para tomar té o aprovechar aquellas tardes espléndidas para pasear por el parque. Con el dinero con el que por fin contaba en su totalidad, le regaló a Olive pinturas y un caballete y tomó prestadas en dos ocasiones las bicicletas de los Stock para ir de excursión a la periferia de la ciudad y merendar sobre la hierba mientras su hermana pintaba. Con todo, las tardes que aguardaba con más impaciencia eran las de los jueves, cuando llegaba Jack con el pedido: ella encontraba siempre una excusa para hacer que se quedara un rato más —un grifo que goteaba o cualquier cacharro de cocina que había que arreglar— y recompensar después sus empeños con una taza de té y una porción de la tarta de semillas que hacía Dolly.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó en cierta ocasión a Olive, sentada a la mesa frente a él.

La muchacha se ruborizó.

—Solo es un boceto.

—Enséñaselo —la animó Clarrie.

Ella se negó agitando con brío la cabeza, pero Jack tendió el brazo y se lo arrancó de las manos.

—¡No, no! —chilló ella.

Jack soltó una risotada.

—¡Si somos tú y yo! —anunció mostrándoselo a Clarrie—. ¡Y Cupido está sentado sobre la tetera!

La mayor se tapó el rostro con las manos y farfulló:

—¡Olive, por Dios!

La pequeña recuperó el dibujo con el rostro encendido.

—Era solo por entretenerme. Jack no tenía por qué verlo.

A él le resultó divertido verlas tan azoradas.

—¿Cuántos dibujos más me has hecho? ¿Eh? No tendrás en tu cuarto una colección de retratos de este rompecorazones, ¿verdad?

—¿Tú lo estás oyendo? —bromeó Clarrie—. ¡Si hasta le cuesta pasar por la puerta con ese cabezón que tiene!

—Es verdad —convino Olive con un mohín mientras cerraba de golpe el cuaderno de dibujo

—. No eres tan guapo.

—¡Vaya, hombre! —exclamó él simulando enfado—. Las hermanas Belhaven sí que saben bajarle a uno los humos. Soy la envidia de todos los repartidores de esta margen del Tyne, pero si supiesen cómo se me trata en esta casa…

Clarrie le dio un empujoncito cariñoso mientras él se encasquetaba la gorra y se ponía en pie para irse. Desde la puerta, le preguntó:

—¿Te gustaría ir al Pabellón mañana por la noche?

Ella abrió los ojos de par en par, encantada con la propuesta, pero enseguida vaciló.

—No sé si podré escaparme a tiempo. Viene a cenar la señorita Landsdowne.

—Yo podría servir la mesa —se ofreció Olive.

Su hermana la miró agradecida.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —respondió ella—. Lo he hecho más veces que tú.

Jack sonrió.

—Entonces, no hay más que hablar. Mañana vendré a buscarte a las ocho menos cuarto. —Y dicho esto, lanzó a Olive un beso en son de burla—. Muchas gracias, Cupidito mío.

La pequeña dejó los ojos en blanco.

—Lo hago por Clarrie, no por ti —repuso.

Él se fue con una risita.

En lo que duró el verano, Clarrie y Jack fueron varias veces a la sala de conciertos y al cine. Él le compraba bombones y después la llevaba a su casa, le daba tímidos besos en la puerta de la cocina y le decía piropos. Pese a todo lo que gustaba de fanfarronear acerca de sus dotes de galán, lo cierto es que sus abrazos eran torpes e inexpertos. Clarrie se ruborizaba de pensar que no tenía otra cosa con que compararlos que el contacto apasionado y seguro de Wesley Robson. ¿Cómo se le ocurría contrastarlos? Jack era divertido y amable, diez veces más caballero de lo que sería nunca el desvergonzado Robson, por mucha delantera social que le llevase. Con todo, le resultaba irritante no poder quitarse a Wesley de la cabeza cada vez que Jack la rodeaba con los brazos para darle un beso de buenas noches.

La casa de Summerhill también fue testigo de otros cambios aquel verano. Herbert fue saliendo poco a poco de la depresión en la que se había sumido y se esforzó por comer con Will y por entregarse de nuevo a su trabajo. El enlace de Bertie y Verity se fijó al fin para el mes de septiembre y la prometida regresó con entusiasmo a la labor de remozar las habitaciones de la segunda planta. Will tuvo que mudarse a un dormitorio más pequeño, pero pareció no importarle.

El jovencito pasaba la mayor parte de su tiempo libre con Johnny Watson, un amigo suyo de la escuela, o cantando en el coro de la iglesia. Olive seguía dándole clases de violín de manera ocasional, pues ahora él prefería pasar las largas tardes de verano jugando al tenis o ayudando en los establos del padre de Johnny. Acabó el último trimestre de su educación primaria y, durante las vacaciones, pasó tres semanas con la familia de su amigo en Escocia, de donde volvió coloradote y más reservado con el servicio.

Volvió a hablarse de llevarlo a un internado. Bertie lo consideraba una idea excelente.

—Allí harán un hombre de él —dijo a su padre—. Lleva demasiado tiempo pegado al delantal de la Belhaven. Yo habría dado cualquier cosa por haber tenido una ocasión así. Mira al hermano de Verity: se le dan tan bien los deportes como los negocios. ¡Todo un triunfador! Y

eso lo obtuvo Clive en el internado.

—Yo no lo tengo tan claro —titubeó Herbert—. Parece muy feliz en casa.

—No se trata de eso —replicó Bertie—. Él nunca va a tener agallas para salir de aquí si no lo obligas.

El padre dejó escapar un suspiro.

—Habrá que ver lo que opina él.

A Clarrie la sorprendió y abatió a partes iguales la decisión de Will, que quiso comenzar el curso en la misma escuela de Yorkshire a la que había asistido Clive Landsdowne.

—¿No vas a echar de menos todo esto? —le preguntó cuando bajó a la cocina en busca de algo que comer.

No había un instante en que no tuviera hambre y lo cierto es que estaba creciendo como si lo regaran.

—Claro que os voy a echar de menos a ti, a Olive y a Dolly —respondió él encogiéndose de hombros, tras lo cual se apresuró a añadir—: Y a mi padre. Pero, sin mamá, esto ya no es lo mismo.

Clarrie lo abrazó.

—Tienes razón.

Él se zafó con dulzura de sus brazos.

—Además, Clive dice que en esa escuela te lo pasas en grande y que puedo salir a cabalgar los fines de semana. Además, me darán clases de música de verdad. —Con las mejillas encendidas, se corrigió atropelladamente—: N… no quiero decir que Olive no sea buena profesora…

—¿Y a tu amigo Johnny? —preguntó ella en su empeño en dar con motivos para que se quedara—. ¿No lo vas a echar de menos?

—No seas pueril —repuso él con desdén—. De todos modos, él va a ir a una escuela de Edimburgo.

Saltaba a la vista que estaba decidido a irse.

—Pues yo te voy a echar mucho de menos —reconoció ella dándole unos golpecitos en el cabello ondulado.

Él le imitó el gesto con aire juguetón y sonrió:

—No creo: tú estarás demasiado ocupada con Jack, el del té.

Ella soltó una carcajada y le dio un codazo.

—¡Serás descarado…!

Will se bajó de la mesa y salió corriendo de la cocina entre risas, aunque no sin antes hacerse de camino con uno de los pasteles de cerdo de Lily.

Corría ya el mes de agosto cuando Clarrie conoció a Daniel Milner, el comerciante de té, quien fue a reunirse con el señor de la casa. Era la primera vez que se veía a un cliente en Summerhill desde la muerte de Louisa y Clarrie sirvió un refrigerio ligero. Se trataba de un hombre menudo y enjuto con el pelo oscuro, un bigote poblado que se levantaba al sonreír y modales francos.

—¿Señorita Belhaven? Tengo entendido que es a usted a la que tengo que agradecer el haber conocido al señor Stock. El joven Brewis me ha hablado de usted.

Ella se ruborizó al oírlo añadir:

—Siempre bien, por supuesto.

—Espero —dijo ella sonriendo— que piense usted seguir en el negocio, señor, porque a todos nos encanta su té.

—¡Qué bien! —Milner parecía encantado—. Me alegra ver que no es solo nuestro Jack el que la ha conquistado.

En ese instante apareció Herbert.

—¿Quién es Jack? —quiso saber.

—Mi repartidor —lo informó el comerciante—. ¿Sabía usted que está cortejando a su hermosa ama de llaves?

El recién llegado la miró sorprendido.

—¿De veras, Clarrie?

—No. No del todo, señor —contestó ella con las mejillas ardiendo—. Somos amigos y nada más.

Él le dedicó una sonrisita inquisidora.

—En fin, no es asunto mío. Es solo que no me gusta la idea de tener que quedarme tan pronto sin un ama de llaves tan excelente.

—No tiene que preocuparse por eso, señor —concluyó ella antes de correr a servir una copa de jerez a la visita.

En sus idas y venidas durante la merienda, no pudo evitar oír parte de lo que decían. La conversación le resultaba fascinante, porque siempre le habían interesado más los negocios y el comercio que la música y la literatura. Supo así que los otros comerciantes estaban intentando echar a Milner del negocio engañándolo con los precios. Clarrie no ignoraba que casi todo el té se vendía por subasta en Mincing Lane, en Londres.

—… me advirtió de lo que estaba haciendo mi corredor con los precios del Assam —estaba diciendo Daniel Milner cuando entró a recoger las bandejas de fiambre y encurtidos—. Me estaba dando precios falsos y haciéndome que pujara más de lo necesario por mi té.

—Resulta alarmante tener noticias de que el agente de uno está actuando de un modo tan inmoral —aseveró Herbert chasqueando la lengua—. Se les paga para que defiendan los intereses de sus clientes y no para que maquinen contra ellos.

—Sí. En fin, en el negocio del té no falta precisamente quien esté dispuesto a pisotear al más humilde si considera que puede perjudicarle en un solo penique —dijo Milner— y pondrá en juego cuantas artimañas tenga a su alcance para hacerlo. Por supuesto, el corredor negó todo cuando le pedí explicaciones y lo cierto es que no he logrado saber con exactitud quién está detrás de esas maquinaciones. Todos han cerrado filas frente a mí, yo soy el forastero.

—Sin embargo, no hay ninguna necesidad de comportarse así: hay negocio suficiente para todos —señaló Herbert—. El té está en auge.

Milner soltó un gruñido.

—Se ve que les incordia que un hombre de clase trabajadora como yo llegue y haga las cosas mejor que ellos, vendiendo más barato y llevando el producto a la puerta misma del cliente. Quieren tenerlo todo: comercios, salones de té, venta a domicilio… Me tienen por un advenedizo.

Clarrie tuvo que hacer un esfuerzo para no unirse a la conversación. Aquella era precisamente la actitud que había hecho a su padre renunciar al cultivo del té: la de familias

poderosas como la de los Robson ansiosas por dominar todo, adquirir las plantaciones modestas y consolidar su hegemonía. Quería decir a voz en cuello que sabía cuál era la familia que estaba detrás de aquella conjura, pues nadie podía querer que fracasara la Tyneside Tea Company más que los Robson. ¿No se habían jactado los Landsdowne de tener en su familia a Wesley, el corredor de té más avispado de Londres? No albergaba la menor duda de que tenía que estar detrás de los empeños en echar a Daniel Milner del mercado engañándolo con los precios. No tenía piedad cuando de negocios se trataba y el caso de Ramsha, el desdichado hijo de Ama, dejaba bien claro hasta dónde podía llegar por el bien de los intereses de la familia.

De pronto, reparó en que ambos la estaban mirando.

—¿Pasa algo, Clarrie? —le preguntó Herbert—. ¿Hay algo que quieras decir?

Ella vaciló, sin saber si debía advertirlos sobre Wesley o evitar que pensasen que se estaba entrometiendo. El que los Robson fueran parientes de los Landsdowne complicaba mucho su decisión. ¿Cómo iba a hacer acusaciones sobre la familia de Verity sin más prueba que su instinto? Tal cosa pondría a Herbert en una posición muy incómoda. En consecuencia, tragó saliva y preguntó:

—¿Querrá el señor el café aquí o en el estudio?

Él la miró desconcertado, porque nunca tomaba café después del mediodía.

—Déjelo, gracias. Tráiganos solo una jarra de agua.

Clarrie, frustrada por verse obligada a guardar silencio, se limitó a inclinar la cabeza. Mientras salía, los oyó proseguir la conversación sobre la falta de efectivo de Milner y la oferta que le hacía Herbert de invertir en su empresa. No le quedaba más remedio que confiar en el sentido común de su señor. De un modo u otro, estaba convencida de que la Tyneside Tea Company iba a subsistir si se dejaba guiar por él.

Capítulo 17

—¿Qué dices, niño estúpido? —exclamó Verity—. ¿Dónde se ha oído que se invite al servicio a una boda?

—Pero es que, si no vienen, apenas voy a poder verlas —repuso Will decepcionado—. En el cole solo me van a dar un día libre y tendré que estar de vuelta en el tren de las cuatro.

La novia, a la que en el fondo no importaba que el pequeño estuviera o no presente, dijo con aire estirado:

—Se supone que deberías estar interesado en vernos a tu hermano y a mí mientras nos casamos y no en chismorrear con esas dichosas hermanas Belhaven.

Clarrie oyó aquella conversación poco antes de que Will partiese al internado. Estaba en el cuarto de él, disponiendo la ropa en su arcón nuevo de cuero, y sintió una oleada de afecto por aquella criatura tan buena. Al verlo entrar con aire abatido le dio un escueto abrazo.

—Olive y yo iremos a la catedral para verte —le prometió—. Eso no nos lo puede impedir la señorita Landsdowne.

—Pero no vais a estar en la recepción —se quejó él—. No voy a tener a nadie interesante con quien hablar: solo a adultos aburridos.

—Imagino —replicó ella sonriente— que entre los doscientos invitados habrá alguien con quien puedas charlar, ¿no? A esas alturas tendrás muchas cosas de las que hablar con Clive de vuestra escuela.

—Supongo que sí —convino él.

Se marchó al día siguiente, joven y asustado, vestido con su uniforme nuevo. En la intimidad de su dormitorio se lanzó a los brazos de Clarrie, hundió el rostro en su delantal y se echó a llorar. Ella lo abrazó fuerte un largo rato mientras hacía por contener las lágrimas antes de apartarlo con dulzura.

—Te veré el día de la boda —le recordó—. Ya verás: antes de que te des cuenta, estarán aquí las Navidades.

Después, sin el taconeo de sus botas por las escaleras ni los retazos de canciones que resonaban en el pasillo, la casa dio la impresión de haberse quedado vacía por completo. Clarrie no dejaba de mirar hacia la puerta de la cocina, como si esperase verlo llegar a la carga para arramblar con la comida que se estaba enfriando, pero sabía que tal cosa no iba a volver a ocurrir hasta que transcurrieran varios meses. Olive también lo añoraba. Pasaba las cálidas tardes de septiembre tocando el violín ante la ventana abierta del dormitorio de Will con el pretexto de

airearlo y quitar el polvo a sus cosas.

—Pobre cosita —decía Dolly—. ¡Mira que mandarlo a un internado, como si hubiera hecho algo malo! A los señores no hay quien los entienda.

Por la noche, cuando comprobaba que todo estuviera cerrado y se retiraba a su dormitorio, Clarrie oía a Herbert recorrer inquieto su estudio de un lado a otro. A veces, cuando volvía a bajar por la mañana, veía aún encendida la luz de aquella estancia. Estaba convencida de que echaba de menos a su hijo pequeño más de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero su forma de hacer frente a aquella nueva pérdida consistía en sumergirse más aún en su trabajo. Era su tabla de salvamento y Clarrie no podía sino agradecer que hubiera decidido aferrarse a ella en lugar de dejarse ahogar por la desesperación y la pena. Aunque era habitual que su rostro, ya visible con el cabello corto y algún que otro corte en la barbilla por causa de un afeitado poco cuidadoso, se presentara preocupado y ojeroso, de cuando en cuando asomaba a sus labios pálidos una sonrisa que le devolvía el donaire de antaño y despertaba en Clarrie la esperanza de que acabaría por encontrar la paz.

Cuando empezó a acercarse la fecha de la boda, todos agradecieron tener algo en lo que ocupar sus pensamientos.

Una mañana, Herbert llamó a Clarrie al estudio.

—Supongo que estará deseando tener de nuevo una señora en la casa —dijo estrujándose las manos y mirándola con cautela—. Todo esto va a estar más animado, desde luego. A Bertie y Verity les gusta mucho más que a mí recibir visitas.

—Señor… —asintió ella sin saber muy bien adónde quería llegar.

Él se aclaró la garganta.

—Verity me ha hecho ver que quizá le resulte difícil llevar todos los asuntos de la casa después de la boda, que tal vez necesite usted ayuda. Me temo que he sido un tanto egoísta al no darme cuenta antes.

—Soy muy feliz con este trabajo, señor —dijo ella enseguida—, y estoy segura de que, con la ayuda de Olive, seré capaz de hacer frente sin dificultad a la nueva situación.

—Está bien. —Herbert dejó caer la mirada y se puso a mover de un lado a otro los papeles que tenía en el escritorio—. Sin embargo, Verity viene de una casa grande y está acostumbrada a tener su propia doncella. Vendrá con ella y… mmm… eso quiere decir que Olive y usted tendrán que compartir dormitorio. ¿Será mucha molestia?

Clarrie se sintió consternada, aunque no abatida. Llevaba tiempo preguntándose cuáles serían las exigencias de Verity con respecto al servicio y daba por supuesto que querría tener su propia criada.

—Ninguna, señor —lo tranquilizó.

—Bien —dijo él con expresión aliviada—. La dejo al cargo de los detalles relativos a la doncella de Verity.

Dos días antes de la boda llegó una carreta enorme con cuatro arcones que contenían el ajuar de la novia y con Lavanda, su sirvienta personal, que debía guardar el contenido en los aposentos profusamente decorados de la pareja. Se trataba de una mujer recia con el cabello encrespado recogido en un moño y una marca de nacimiento de gran tamaño en la mejilla, a la que los Landsdowne habían empleado en calidad de aya de Verity desde su nacimiento.

—Mi verdadero nombre es Mary —hizo saber a Clarrie mientras esta la ayudaba a colgar los

vestidos de Verity en los armarios de nogal—, pero la señorita Verity escogió el de Lavanda por ser la planta del jardín que más le gustaba. —A continuación, lanzó al ama de llaves una mirada satisfecha como si hubiese que envidiarle semejante honor—. Siempre ha sido una niña muy dulce. Mi terroncito, así la he llamado yo siempre. Le dije que me rompería este corazón cargado de años si se le ocurría siquiera irse sin mí de la casa. Así que no tiene usted que preocuparse por nada de lo que concierne a la señorita Verity. Yo me encargaré de supervisar el lavado de su ropa y la preparación de sus comidas.

—Si así lo quiere ella… —dijo Clarrie, agradecida, en realidad, de no tener que estar a entera disposición de la señorita.

—Por supuesto que lo quiere así —aseveró categóricamente Lavanda.

La joven la dejó colocando pañuelos y corrió feliz a contar a Olive y Dolly que a la altiva Verity llevaban años llamándola «mi terroncito».

La víspera del casamiento, los Stock celebraron una recepción en un club de la ciudad al que pertenecía Bertie. Herbert se había negado a que la hiciese en la casa tal como habían planeado el año anterior.

—No me parece apropiado —había sentenciado—: antes de que pase el año de luto por tu madre no voy a consentir que se festeje nada aquí.

Cuando el primogénito lo había acusado de no estar siendo razonable, el señor le había gritado:

—¿No tienes bastante con que me haya avenido a que os caséis en estas fechas? Yo nunca he necesitado recepciones ostentosas. Tu madre y yo nos conformamos con una ceremonia sencilla en la iglesia presbiteriana y un té con la familia, pero los jóvenes de hoy en día lo queréis todo.

De hecho, apenas asomó por el club. Hizo acto de presencia por no ser desconsiderado con los invitados de Bertie, pero no tardó en retirarse y apartarse de un jolgorio y un copeo que no aprobaba. Clarrie le llevó al estudio una jarra de té helado con menta. Tenía la sensación de que el señor Stock tenía la cabeza puesta en el día que le aguardaba: para él sería un calvario afrontarlo sin revelar lo que sentía de veras.

—¡Qué bien, poder ver a Will mañana! —comentó ella con alegría.

—Sí —dijo él sin alzar la vista del libro que estaba leyendo.

—Y el señor Bertie parece muy feliz —añadió mientras le servía un vaso de té fragante.

Él la miró.

—¿Está intentando decirme algo?

Clarrie se mordió el labio.

—No. En fin, sí: creo que la señora Stock habría estado totalmente de acuerdo con que permitiera al señor Bertie casarse antes de que se cumpliese el año. Me parece que ha sido una decisión valiente y muy considerada. Eso es todo.

El vello hirsuto de sus cejas adoptó un gesto ceñudo que la hizo temer que estaba a punto de reprenderla por su impertinencia cuando, de súbito, resopló entre impaciente y divertido.

—Clarrie, es usted la joven más extraña y fuera de lo común que he conocido nunca. Cada vez que pienso que debería regañarla, acabo por querer darle las gracias. ¿Por qué será?

El ama de llaves reprimió una sonrisa.

—Quizá porque, como buena Belhaven, no puedo evitar decir lo que pienso. Lo siento.

—Pues no lo sientas —dijo él—: resulta reconfortante tener una criada así.

Ella hizo una inclinación de cabeza y salió haciendo un esfuerzo por ocultar la irritación que le había provocado aquel recuerdo de su condición. Cuando, tarde ya, se fue a la cama, acompañada por el ruido que hacía Bertie al regresar con su padrino, un antiguo amigo de la escuela llamado Tubby Blake, pensó con inquietud en la vida que la aguardaba más allá de Summerhill: un día trabajaría para ella misma y no sería criada de nadie; sí, sería una mujer de negocios próspera, propietaria de su propio salón de té. Tumbada en el lecho, pensó en Jack y en cómo sería estar casada con él. Le gustaba mucho, pero no le removía las entrañas como lo había hecho Wesley. Nadie lo había logrado. Sin embargo, emociones así no podían constituir la base de un matrimonio sólido: para poder compartir toda una vida con otra persona, hacían falta estabilidad y sentido común, y Jack poseía ambas cosas.

Además, tenía ambiciones compatibles con las suyas y, pese a la apariencia de despreocupación que gustaba de ofrecer, era un joven sensato. Si la empresa de Milner lograba salir adelante, Jack no tardaría en ascender y tal vez un día tendría una participación en el negocio. De ese modo, podrían abrir juntos su propio salón de té o su propia cafetería. Sin embargo, cabía la posibilidad de que su jefe se arruinara por culpa de la competencia y Jack no alcanzara nunca a ser más que un repartidor. ¿Y si la idea de casarse con él no tenía ningún sentido?

Lo más importante, fuera como fuere, era poder garantizar su propia seguridad y la de Olive. Había prometido a su hermana que siempre iba a cuidar de ella y así sería. Si Jack no podía hacer nada en ese sentido, no habría boda por más que le gustase, pues si había algo que temía de veras Clarrie era la idea de verse de nuevo desamparada, sin hogar y sin dinero.

Capítulo 18

Se levantó más temprano aún que de costumbre para supervisar el desayuno y ayudar a Olive a llevar agua caliente a los invitados. En la casa se alojaban tres de los amigos de Bertie, incluido el padrino, y todos querían comenzar aquel día especial con un desayuno abundante. A Tubby Blake lo acompañaba su ayuda de cámara, que había dormido en la salita del ama de llaves y se dedicaba a coquetear con Dolly cuando no estaba en la planta de arriba, sacando brillo a los zapatos de los hombres y ayudándolos a vestirse.

A Clarrie le gustaba oír sus risas varoniles reverberar en el comedor, así como el aire de expectación que flotaba en el ambiente. La casa había estado mucho tiempo albergando poco más que tristeza y ruido de pasos amortiguados. El buen humor de los convidados resultaba contagioso y hasta Bertie la saludó con una sonrisa.

—¡Buenos días, Belhaven! El *kedgeree* tiene un olor delicioso —dijo al ver la fuente de arroz con pescado, huevos y curri—. ¡A la carga, muchachos, que hay que preparar el estómago para el champán de los Landsdowne!

Herbert, que desde la marcha de Will había recuperado el hábito de tomar un exiguo desayuno en su estudio, se unió con ellos en la planta baja. Parecía cansado y tenso, pero Clarrie no pasó por alto la alegría que produjo en su primogénito su súbita aparición.

—¡Papá! Date prisa, que Tubby se ha comido ya casi todo el beicon.

—Buenos días, caballeros. Por favor, no os levantéis —dijo Herbert—. Seguro que Clarrie podrá traer más en caso de que falte.

—Por supuesto, señor. —El ama de llaves corrió a llenar los platos.

Había tantas cosas que hacer aquella mañana que Clarrie dudaba que fuesen a llegar a la catedral a tiempo para ver llegar a la novia, pero le había prometido a Will que estarían las tres presentes. Acabaron corriendo por Westgate Road y Collingwood Street, sujetándose los sombreros para que no se los llevara el viento, mientras los relojes daban las once.

Aunque ya era tarde para ver a los invitados entrar en la catedral de San Nicolás, llegaron a tiempo de contemplar a la comitiva de la novia detenerse ante el templo en dos carruajes relucientes.

—¿No parece sacada de un cuadro? —exclamó Dolly mientras hacía por acercarse entre el gentío a la entrada de la catedral para ver mejor.

El cochero estaba ayudando a Verity, envuelta en una profusión de seda y encaje y con el rostro alargado oculto tras un velo largo y recargado, a bajar del landó. A continuación, se

apearon del otro coche su dama de honor y tres jóvenes acompañantes vestidas de satén lila que la ayudaron a colocar y llevar la larga cola adornada con cuentas. El señor Landsdowne tomó con orgullo el brazo de su hija.

Mientras accedían en procesión al interior cavernoso de la catedral anunció su llegada un estallido de música de órgano y Clarrie sintió que su hermana le apretaba la mano, conmovida por aquel sonido.

—¿Te imaginas, casarse así? —preguntó Olive embelesada—. Con ese vestido tan hermoso y el órgano tocando…

La mayor observó su gesto nostálgico bajo el sombrero de paja de segunda mano. Las dos llevaban puestos sus mejores abrigos y Olive había añadido adornos imaginativos a sus tocados, pero ninguna de ellas iba a poder permitirse nunca, por más que trabajase, el vestido de novia de seda que llevaba Verity. Clarrie ocultó su irritación ante lo injusto de la vida.

—Cuando llegue tu momento —susurró a Olive—, vas a estar el doble de guapa que la señorita Landsdowne sin importar lo que lleves puesto.

La pequeña puso los ojos en blanco con gesto incrédulo, pero no apartó su mano de la de su hermana mayor hasta que se cerraron las pesadas puertas del templo y dejó de oírse la música del interior. Permanecieron donde estaban, aguardando y charlando con la muchedumbre, conformada por gentes que conocían a las familias de los contrayentes y otras que habían acudido por simple curiosidad.

En el preciso momento en que empezaron a cansarse y a acusar el frío de las ráfagas de viento, volvieron a abrirse las puertas y se pusieron a doblar las campanas para celebrar que Bertie y Verity eran ya marido y mujer. Los dos salieron sonriendo con orgullo, alzando las manos para saludar a la multitud expectante mientras se lanzaban coquetas miradas de satisfacción. No tardaron en salir en tropel los invitados tras ellos, riendo y saludándose.

Olive y Clarrie observaron aquella concurrencia de elegante atuendo: los hombres, con sombrero de copa y frac, y las mujeres, con vestidos hermosos y sombreros enormes engalanados con cintas y plumas. Nunca habían visto tanta opulencia y distinción. Con su casamiento, Bertie había entrado en una de las familias más adineradas de la ciudad y, en opinión de Clarrie, parecía particularmente pagado de sí mismo.

—¡Señorito Will! —gritó de pronto Dolly—. ¡Aquí!

Clarrie vio al niño, con aire incómodo y las manos metidas en los bolsillos. Él miró a su alrededor y por un instante dio la impresión de estar abochornado. A continuación, dejó asomar una sonrisa bajo un mechón rebelde y corrió hacia ellas para dejarse abrazar brevemente por las tres, que en seguida dejaron caer sobre él toda una lluvia de preguntas.

—¿Cómo te va en la escuela? ¿Se portan bien contigo?

—¡Has crecido por lo menos cuatro dedos!

—¿Estás comiendo bien?

—Y tu profesor de música ¿qué te está enseñando?

—¿Has hecho amigos ya?

Él puso los ojos en blanco y les pidió que dejaran de alborotar. Sí, se había adaptado bien a la escuela. Estaba aprendiendo a tocar el chelo además del violín, le daban de comer de sobra y tenía un amigo llamado Spencer-Banks.

—¿Spencer-Banks? —preguntó Dolly—. ¡Qué nombre tan raro para un niño!

Will se echó a reír.

—Es su apellido: nos llaman a todos por el apellido.

En ese momento, Herbert le hizo una señal para que volviese a su lado: los aguardaba un coche para salvar la escasa distancia que los separaba de las Assembly Rooms de Westgate Road. A Clarrie le dio un vuelco el corazón al pensar en lo breve que había sido el encuentro con Will. Pese a lo jovial de su saludo, con el cuello apretado y el sombrero que daba la impresión de quedarle demasiado grande, seguía pareciéndole demasiado joven y desorientado. La ausencia de Louisa parecía pesar sobre ellos, como si les recordase en todo momento que tenía que haber estado allí, al lado de Herbert y Will, en un día así.

Dolly le puso en las manos una bandeja de latón diciendo:

—Toma. Te he hecho una tarta de naranja y no pienso volver a cargar con ella hasta la casa.

—Gracias… —empezó a decir Will con voz ronca.

Clarrie le puso una mano en el hombro para darle un breve apretón.

—Cuídate. ¿Quieres que te escribamos?

Él asintió con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Pues ve con tu padre y disfruta de la fiesta —le dijo Dolly con un empujoncito. Al verlo obedecer, añadió con aire burlón—: ¡Nos vemos, Stock!

—¡Adiós, Dawson! —repuso él con una sonrisa.

Lo vieron volver con su padre y subir al carruaje mientras de la catedral seguían saliendo invitados.

—¿Habíais visto alguna vez tanta gente en una boda? —preguntó Dolly.

De pronto, Olive se aferró al brazo de su hermana y dio un grito ahogado. Clarrie siguió su mirada y vio, en medio de un grupo de convidados jóvenes, escoltando a una muchacha alta tocada con un elegante sombrero rojo, a Wesley Robson. Sintió que se le revolvían las entrañas. Estaba tan apuesto como siempre, alto, gallardo y vestido de manera impoluta, desde sus polainas relucientes hasta la pajarita blanca. Su cabello castaño oscuro, en otro tiempo corto, se ensortijaba ahora en torno a sus orejas y su mandíbula prominente se encontraba ceñida por dos patillas delgadas, en tanto que la barbilla partida seguía bien afeitada. Lo vio inclinarse hacia su compañera y adoptar un gesto divertido con los labios para decirle algo que la hizo reír.

La joven tenía el cabello rubio claro y la piel traslúcida. Llevaba un vestido gris reluciente con guantes largos que parecían envolver unas manos delicadas. «Unas manos delicadas que nunca habrán tenido que guisar, fregar ni sacar brillo», pensó Clarrie con una punzada de resentimiento que la tomó por sorpresa. ¿Qué más le daba a ella a quién hubiese elegido Wesley de compañera? Lo despreciaba, a él y a su familia, pero… no podía dejar de mirarlo. El corazón le latía con fuerza y las manos le habían empezado a sudar de pronto. Tenía que evitar que la viese.

—¿Qué pasa? —preguntó Dolly—. Cualquiera diría que has visto un fantasma, Clarrie.

Ella, sobresaltada, se llevó las manos a la boca, incapaz de hablar.

—A ese hombre —explicó Olive señalando a Wesley con la cabeza— lo conocemos de otro tiempo.

Dolly parecía impresionada.

—¿Habéis trabajado para él?

—¡No! —respondió ofendida la menor—. Lo conocimos en la India antes de perder todo.

Quería casarse con Clarrie.

—¡Calla! —exclamó Clarrie ofuscada.

Dolly bufó con gesto incrédulo.

—¡Sí, claro! Y yo soy la próxima reina de Inglaterra.

—Es verdad —protestó Olive—. Díselo, Clarrie. Dile que nos codeábamos con gente como Wesley Robson.

Su hermana sacudió la cabeza. Sabía que recordar su antigua vida solo servía para causarles dolor. Dolly podía pensar que lo único que querían era menospreciarla. En aquel momento eran criadas y de nada servía presumir de un tiempo en que pertenecían a una clase más elevada.

—Pues, si no me crees, lo llamaré —dijo Olive indignada.

—¡Ni se te ocurra! —le ordenó Clarrie asiéndola por el brazo—. No pienso dejar que me humille Robson delante de toda esta gente. ¿No te imaginas cómo se iba a reír de nosotras?

La pequeña guardó silencio al ver la ira que salía de la mirada de su hermana. En aquel momento, Wesley miró a su alrededor como si hubiera intuido que estaban hablando de él. Estudió a los circunstantes con no demasiado interés y posó la mirada por un instante en Clarrie. La joven sintió que se le helaba el aliento. A continuación, la mujer del sombrero rojo dijo algo para llamar su atención y él se dio la vuelta.

Clarrie tomó aire con el corazón acelerado y una extraña mezcla de alivio y resentimiento. No la había reconocido. Su orgullo estúpido la había llevado a imaginarse que sería capaz de distinguirla de inmediato del resto de la multitud con la misma facilidad con que lo había visto ella. Sin embargo, a los ojos de él, la hija mayor de Jock Belhaven no era sino una espectadora más, una humilde obrera con abrigo de sarga y sombrero pasado de moda que había acudido a contemplar embobada a la alta sociedad. En aquel instante, se sintió más afrentada que si se hubiera dirigido a ella dando grandes zancadas sobre los adoquines para ridiculizarla por su caída en desgracia.

Wesley y el grupo de sus amigos no tardó en alejarse paseando por Collingwood Street en dirección a las Assembly Rooms, riendo y charlando entre ellos. Clarrie se sintió mareada por la impresión de haberlos visto. En su interior se mezclaba toda clase de emociones. Dolly, desaparecido de pronto todo entusiasmo, estaba deseando volver a la casa.

—A ver si el ayuda de cámara del señor Blake tiene hambre —sonrió con aire de suficiencia.

A Clarrie no le apetecía regresar y en la expresión de su hermana pudo ver que también se había apoderado de ella la misma sensación de abatimiento. Aquella tarde, la ausencia de Herbert y de los convidados iba a permitirles un momento de esparcimiento.

—Vamos a regalarnos con té y con tarta en el Empire —propuso—. Es lo mínimo que nos merecemos.

Las hermanas atravesaron Bigg Market en dirección a Grainger Street tomadas del brazo. En la lujosa calma del salón de té, rota solo por el tintineo de la vajilla y el murmullo de las conversaciones, las hermanas se sintieron más animadas.

De súbito, Olive quiso saber:

—¿Vas a casarte con Jack Brewis?

—¿Qué te ha hecho pensar eso? —contestó sorprendida la mayor.

La otra la miró con aire impaciente.

—No me digas que no lo has pensado. Jack es simpático y amable y está claro que te quiere.

Clarrie dejó la taza en el plato con el pulso un tanto agitado.

—Sí, Jack es un encanto, pero…

No lograba expresar con palabras aquel extraño anhelo, aquella ansia de algo más, que le oprimía el pecho. Era ridículo pensar que el haber visto a Wesley durante aquel instante fugaz pudiese haberle dejado una sensación tan grande de insatisfacción. No tenía nada que ver con él y, sin embargo, no lograba dejar de pensar en su presencia ni de preguntarse qué estaría haciendo en aquel momento. ¿Tal vez sentado a una larga mesa en el banquete, alzando la voz por encima del ruido de la cubertería de plata y la vajilla de porcelana para conversar con la alta sociedad de Newcastle? ¿Bailaría más tarde con la joven refinada del sombrero rojo, dotada de la languidez propia de la gente rica y ociosa? ¿Sería su mujer?

Entonces reparó en lo absurdo de sus meditaciones. ¿Qué más daba? Ella nunca iba a formar parte del mundo de los Robson, ni tampoco lo deseaba. Jack, en cambio, era otra cosa. Era guapo, daba gusto estar con él y parecía la pareja ideal para una muchacha sin más posesiones que un trabajo respetable. Jack era alcanzable.

—Pero ¿qué? —preguntó Olive.

Clarrie inspiró con fuerza.

—Pero nada. —Con una sonrisa, añadió—: Si me lo pide, le diré que sí.

Su hermana abrió los ojos emocionada.

—¿En serio?

Ella soltó una carcajada.

—¡Sí, en serio!

Olive arrugó de pronto el sobrecejo.

—Pero, si te casas con Jack, no me pensarás dejar atrás en Summerhill, ¿verdad? Tener todo el día detrás de mí a la señora Landsdowne dando órdenes sin ti sería insoportable.

Clarrie tendió los brazos para cubrir con las suyas las manos ásperas de la pequeña.

—Claro que no —le garantizó—. Pase lo que pase, quiero que siempre estemos juntas.

Al ver aliviarse la expresión de su hermana, la invadió un sentimiento de cariño y lealtad. Cuidar de Olive era lo que daba sentido a su vida. Siempre se tendrían la una a la otra.

Estaba muy avanzado el día cuando regresó Herbert a Summerhill con aspecto agotado y pidió que le llevasen té al estudio. Bertie y Verity habían partido para pasar una semana en la costa meridional. La estridente multitud de amigos que había acudido a la estación a despedirlos se había ido luego a cenar a la ciudad y el abogado agradeció poder dar por concluida la jornada.

—Me temo que Tubby y el resto podrían llegar bastante tarde —se disculpó ante Clarrie, que tendría que estar en vela hasta aquel momento.

—No me importa, señor —le dijo ella—. Ya tendré tiempo para descansar cuando se vayan mañana. Me ha encantado ver el buen aspecto que tiene Will. ¿Ha llegado bien al tren de las cuatro?

Herbert asintió sin palabras mientras daba un bostezo y Clarrie lo dejó por considerar que querría estar solo. Cuando regresó para recoger la bandeja, se lo encontró profundamente dormido en su sillón frente al hogar, así que alimentó el fuego con carbón, tapó al señor Stock con una manta y salió de puntillas de la sala.

Ni siquiera se inmutó ante el alboroto que se formó en la plaza bien entrada la noche. Clarrie corrió a abrir y encontró a un grupo de los amigos de Bertie trastabillando ante la puerta principal. Tubby se hallaba en el centro de una docena aproximada de jóvenes que olían a alcohol y tabaco y reían con estruendo los chistes de sus compañeros. El padrino los llevó al salón principal en busca de más *whisky*.

—Solo una última copita antes de irnos a la cama, ¿de acuerdo? —preguntó agitando los brazos al ama de llaves, cuyo nombre había olvidado.

—Encontrarán las licoreras en el comedor —le dijo—. Les he dejado también emparedados de pollo y jamón, señor Blake. Si desean beber algo caliente…

—No, no: lo que queremos es *whisky*. Buena chica —concluyó mientras regresaba por el pasillo dando tumbos.

—Señor, no olvide, por favor, que al señor Stock no le gusta que haya ruido en la casa después de la medianoche del domingo —dijo ella sin ambages.

Tubby emitió un siseo exagerado con un dedo puesto ante los labios y repuso en tono zumbón:

—Vamos a estar muy calladitos, pero luego tendrás que venir a arroparnos y darnos las buenas noches.

Ella respondió guardando la compostura:

—Buenas noches, señor Blake.

Acto seguido, los dejó y bajó las escaleras, molesta ante la idea de tener que aguardar aún a que decidieran marcharse los juerguistas que no estaban allí alojados. Había dejado a Olive y a Dolly que se fueran a dormir antes que ella. Dado que el ayuda de cámara de Blake estaba roncando en la salita de estar del ama de llaves, decidió salir a respirar el aire fresco de la noche a fin de mantenerse despierta, pero antes tomó la precaución de echarse un chal sobre los hombros y cubrirse con él la cabeza.

El viento se había calmado, la noche estaba tranquila y fría y de cuando en cuando asomaban entre las nubes las estrellas. Aunque oculta tras los altos edificios, la primera luna llena del otoño iluminaba la plaza como una farola de gas. Una criada de la casa de enfrente había salido a dejar en la puerta una cesta de botellas de leche vacías y la saludó con la mano.

Tras devolverle el gesto, Clarrie caminó hasta el jardín central y accedió a él por la puerta de hierro forjado. Olía a hojas mojadas. Inspiró con fuerza y, cerrando los ojos, evocó la fragancia de tierra húmeda de la selva. Se encontró de pronto en Belguri, entre árboles de gran talla, escuchando los sonidos nocturnos y oliendo humo de leña. ¡Cómo ansiaba poder tender la mano y sentir los flancos musculosos y cálidos de Príncipe, abrir los ojos y ver las volutas de humo que ascendían por encima de los árboles procedentes de los fuegos de las aldeas! La envolvió entonces una oleada de nostalgia por su antiguo hogar, tan aguda que la dejó temblorosa y débil. Dejó escapar un gemido grave.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una voz profunda sumida en las tinieblas.

Clarrie abrió los ojos sobresaltada y no vio a nadie. Entonces distinguió el fulgor de un puro que destacaba en la oscuridad. En el banco situado bajo el haya del jardín había alguien sentado. Por eso había olido a humo de leña. Se trataba de un hombre alto que se puso en pie y caminó hacia ella con el paso sinuoso de quien ha bebido demasiado. Pudo vislumbrar que llevaba puesto un frac y dio por sentado que debía de ser uno de los amigos de Bertie que no había

llegado a entrar en la casa.

Solo cuando avanzó hasta una zona iluminada por la luna se le reveló el contorno de un rostro de rasgos marcados y, horrorizada, advirtió que se trataba de Wesley.

—¿Le ocurre algo? —quiso saber él.

—No —respondió ella cubriéndose enseguida el rostro con el chal. Sintió deseos de dar media vuelta y echar a correr, pero temió picar aún más su curiosidad. Él tiró el puro y lo apagó con el zapato.

—Venga a sentarse. —Señaló el banco y ella negó con la cabeza—. ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó mientras la escrutaba de más cerca—. Una joven como usted no debería estar sola a estas horas.

La estaba mirando de hito en hito a los ojos, la única porción de su rostro que había quedado visible. El corazón de ella parecía querer salírsele del pecho. Tan cerca estaba él que percibía el olor a licor de su aliento y el brillo de interés que había asomado a sus ojos verdes.

—¡Qué extraño! —murmuró—. Así, tapada con ese chal, me ha recordado a alguien. La luz de la luna engaña a veces.

Tendió la mano y tiró del pañuelo para tratar de verle la cara, pero ella lo agarró con fuerza.

—¡Por favor, señor!

—Esos ojos… —dijo él—. ¡Qué extraño, por Dios! ¿Quién es usted? ¿De dónde sale?

Clarrie tragó saliva.

—Yo… Eh… Me llamo Dolly, señor —balbució mientras adoptaba el acento de su compañera—. Trabajo aquí al lado.

—¿Y qué hace en este jardín?

—Nada. —La joven apartó la mirada, sin aliento ante semejante interrogatorio.

Wesley se echó a reír de pronto.

—Venía a encontrarse con alguien, ¿no es verdad? ¿Una aventura secreta?

—No —respondió ella—. He salido a tomar el fresco, como usted.

Él se inclinó hacia delante.

—No sé, Dolly, pero tengo la impresión…

Clarrie contuvo el aliento. Sintió que la atrapaba su mirada. En cualquier momento descubriría su verdadera identidad y la humillación sería total.

—Tengo que irme —musitó dando un paso atrás.

—Espere —dijo él tomándola por el brazo—. Quédese un poco más y hablemos.

Ella intentó zafarse.

—¿Para qué hablar con alguien de mi condición cuando tiene tantas amistades refinadas?

—¿Qué amistades? ¿Me conoce?

—N… No —farfulló—. Pero… tiene aspecto de venir de la gran boda. Por aquí no se habla de otra cosa.

—La gran boda —gruñó él—. Sí que lo ha sido. Mis amistades refinadas, como las llama usted, siguen celebrándolo. Lo más seguro es que estén dando buena cuenta del *whisky* de Bertie Stock. Yo ya he tenido bastante por hoy. No soy un gran bebedor. Desde luego, no aguanto tanto como ellos. —Dicho esto, sonrió con gesto coqueto y la atrajo hacia sí—. Pero de la compañía de una joven hermosa no me canso nunca.

Clarrie sintió que el corazón quería salírsele del pecho al tenerlo tan cerca. ¿Cómo había

llegado hasta allí? Se sintió indispuesta por el miedo y una llamarada repentina de deseo.

—Por favor, señor —dijo en tensión—. Suélteme.

La voz de Wesley resonó grave como un trueno distante cuando ordenó:

—Antes, déjeme verle el rostro.

Sus palabras le produjeron una súbita indignación. ¿Cómo se atrevía a comportarse de ese modo con ella por el simple hecho de suponerla una humilde criada? Se liberó del abrazo de él y, con la rapidez del rayo, levantó la mano derecha y le dio una fuerte bofetada en la mejilla. El movimiento hizo que se le cayera el pañuelo del rostro.

Wesley dio un paso atrás y dijo mientras recobraba el equilibrio:

—Perdón… He bebido demasiado…

Ella se dio la vuelta y huyó. Salió del jardín y corrió tan rápido como pudo hacia las escaleras del sótano. Solo alcanzaba a oír su propio pulso en los oídos cuando las enfiló a toda prisa y cruzó el umbral de la cocina. ¿La habría seguido? Se apoyó en la puerta, temblando y sin aliento. Tras ella no oyó paso alguno.

Entonces comenzó a sentir un gran alivio, pero… ¿y si se le ocurría unirse a los del salón principal? Cerró los ojos e intentó apaciguar su corazón desbocado. Aguardaría allí hasta que todos se hubieran retirado a dormir y rezaría por que ninguno de ellos la llamase para pedir más comida o carbón para el fuego. Solo entonces sería seguro subir a la planta principal y cerrar la puerta con llave.

Se sentó y dormitó en una silla de la cocina, despertando sobresaltada cada vez que se le caía la cabeza hacia delante. Poco después de la una, oyó cerrarse de golpe la puerta principal y risas de borrachos en la calle. Esperó otro cuarto de hora antes de subir al comedor vacío para recoger los platos sucios y las copas.

Habían pasado las dos de la madrugada cuando subió a duras penas las escaleras del desván para irse a dormir. Se tumbó, exhausta por las emociones de aquel día. Ver a Wesley le había provocado una gran conmoción: en el momento en que pensaba que había retomado las riendas de su vida y aliviado su sentimiento de pérdida por Belguri, había aparecido él como una tormenta de verano para despertar una añoranza que ella creía bien enterrada. ¡Qué extraño había sido el momento en que, en el jardín, había recordado con tanta fuerza su antiguo hogar! Daba la impresión de que él tuviera el poder de concitar sus emociones más profundas, sus deseos más intensos. Se hizo un ovillo con la intención de contener el dolor físico que sentía en su interior.

Lo odiaba por haber destruido su serenidad, por hacer que se sintiera insatisfecha con la vida nueva que había construido para Olive y para ella. Las lágrimas de rabia le escocían los ojos, pero se negó a llorar: ella era más fuerte. Estaba resuelta a sacar partido de aquella rabia desconocida que había provocado Wesley en su interior. En adelante, cada vez que pensase en él, se recordaría que debía medrar, lograr una vida más próspera para las dos hasta poder volver a mirarlo a los ojos de igual a igual.

—Te prometo —susurró decidida— que llegará ese día.

Capítulo 19

Después de que Bertie y Verity regresaran de su luna de miel no tuvo mucho tiempo de mortificarse por lo ocurrido el día del casamiento, pues aquel hogar renovado la tuvo más ocupada que nunca. La recién casada no tardó en asumir el papel de señora de la casa y los Stock varones se avinieron a cuanto disponía en lo tocante a asuntos domésticos.

Verity hacía acudir a diario a Clarrie a su sala de estar de la planta alta, que ofrecía una vista espléndida de la plaza, para dictarle los quehaceres de la jornada. Era ella la que resolvía a qué proveedores había que acudir, qué atuendo debía llevar el servicio y a qué hora podían entrar a los dormitorios para limpiarlos. No tardó en cancelar los pedidos de los pasteles de Lily, pese a las protestas de Clarrie.

—Son indigestos y antihigiénicos —dijo con desdén—. No puedo servir comida elaborada en un *pub*.

—Pero ellos dependen de encargos de familias como la de los Stock —apuntó Clarrie.

—No somos ninguna obra de caridad, Belhaven —le espetó ella—. Seguro que Dolly puede ingeniárselas para hacer pasteles así y, si no, ya encontraremos a alguien que sea capaz.

—Dolly es perfectamente capaz —repuso el ama de llaves—, aunque lo cierto es que una persona más en la cocina sería de gran ayuda.

Verity se mostró de acuerdo.

—Supongo que cuando empecemos a recibir visitas será muy conveniente.

A Verity le bastó una semana para convencer a Bertie de la necesidad de una ayudante para Dolly. Clarrie hizo avisar a Lexy, que seguía trabajando en el lavadero de Elswick y no dudó en mandar a una de sus hermanas a solicitar el puesto. Una semana más tarde, entró a formar parte del servicio de la casa Sarah, una muchacha de quince años. Lexy envió a Clarrie una pastilla de jabón Pears en señal de gratitud.

Verity no dejaba pasar una sola ocasión de recordar a Clarrie y Olive que su función consistía en servir a sus señores y no en confraternizar con ellos. Se impuso un complicado código de uniformes. El ama de llaves y Lavanda tenían que usar vestidos de color malva por la mañana, beis para el té de la tarde y negros por la noche. Olive y Dolly llevaban indumentaria azul marino por el día y vestían de negro con delantal blanco de encaje después de las cuatro de la tarde. Sarah, de gris, no podía subir las escaleras si estaban presentes los Stock.

Las visitas abundaban durante la semana y Verity organizaba «recepciones» de manera regular y meriendas con té para agasajar el flujo constante de las amistades que iban a verla.

Lavanda no se cansaba de mimar a su señora y se complacía en detallar a Clarrie cuántas veces necesitaba cambiarse de ropa, que ascendían a cinco o seis en caso de que hubiera alguna celebración por la noche.

A Marjorie, la lavandera artrítica de los Stock, la despidieron enseguida en favor de dos jóvenes fornidas capaces de hacer frente a la labor de lavar y planchar toda la cantidad extra de vestidos y ropa de cama y de mesa.

Herbert y Bertie pasaban largas horas en el bufete y no regresaban hasta las seis de la tarde. Era frecuente que el padre pidiera entonces una refacción en su estudio para eludir las cenas formales que exigía Verity en el espléndido comedor. Tal cosa parecía contentar a su nueva nuera, que encontraba desconcertante su falta de interés en los banquetes suntuosos y su austeridad. Clarrie sospechaba que su retraimiento constituía un escudo frente al mundo exterior, cuyo contacto evitaba si no era por motivos de negocios. Sabía que la ausencia de Louisa le dolía aún demasiado y que hacía tiempo que había dejado de sentirse a gusto en sociedad.

Cuando más feliz parecía era durante la salida semanal a la iglesia, cuando ocupaba sin compañía alguna el banco de los Stock y cantaba con energía o se ensimismaba en sus pensamientos. Dado que Bertie y Verity pasaban casi todos los domingos en su casa de campo, era raro que asistieran con él al culto. Además, cuando estaban en la ciudad, Verity prefería ir a la catedral.

Clarrie hacía cuanto estaba en sus manos por contentar a su señora y tragarse cualquier pensamiento díscolo. Ya llegaría el momento en que Jack ascendiera y le propusiese matrimonio y, entonces, tendría el gran placer de anunciar su marcha a Verity y a Bertie. Solo hubo una cuestión en la que se opuso de lleno a ella: la del reparto del té.

—No sé por qué tenemos que hay que hacer un pedido distinto para eso —se quejó la señora —. Sería mucho mejor encargarlo todo a través de Clayton’s Emporium. Me consta que el té que importan es de primera.

Ella apretó los dientes. Sabía perfectamente que eran los Robson quienes vendían el producto a aquellos almacenes. La mayoría de las casas de la plaza adquirían allí su té y Jack estaba sudando sangre para convencer a las amas de llaves de que cambiasen de proveedor en favor de su empresa. Normalmente se veía obligado a viajar mucho más que el resto de repartidores para repartir en zonas periféricas a las que nadie se molestaba en llegar.

—La Tyneside Tea Company se especializa en té —dijo ella— y ofrecen calidad a muy buen precio.

La otra arqueó las cejas.

—Se me olvidaba que se tiene usted por toda una experta en té. De todos modos, los Landsdowne han confiado siempre en Clayton’s a la hora de abastecerse y son ellos quienes quiero que nos sirvan también aquí.

Clarrie ocultó su enojo.

—Tal vez debería consultar primero al señor Herbert. La Tyneside Tea Company se cuenta entre sus clientes.

Verity le lanzó una mirada colérica.

—Sepa usted, Belhaven, que no estoy dispuesta a dejar que mi ama de llaves me diga lo que tengo que hacer. Además, no se me ocurriría siquiera molestar al señor Stock por una fruslería doméstica como esta.

Clarrie, sin embargo, no pensaba dejarlo así y a la noche siguiente buscó una excusa para entrar en el estudio de Herbert con una bandeja de galletas de manteca recién hechas. Él la miró por encima de las gafas.

—¿Qué le ronda la cabeza, Clarrie?

Ella lo puso al corriente de lo que la preocupaba.

—Está claro que el señor Milner necesita toda la ayuda que podamos brindarle. —El abogado suspiró y dejó la pluma sobre el escritorio—. Pero le he dicho a Bertie que no voy a interferir en el gobierno de la casa por parte de su esposa y me parece…

—Usted sabe, señor, que bastará con que cancelen sus pedidos uno o dos clientes acomodados para que se corra la voz y sigan su ejemplo otros. No querrá que su cliente tenga que cerrar la empresa después de los esfuerzos que está haciendo por salvarlo.

Él la miró sorprendido.

—Estoy impresionado por su lealtad —dijo—, aunque algo me dice que su inquietud tiene más que ver con la suerte que pueda correr su repartidor, ¿Jack se llamaba?, que con la empresa del señor Milner.

Ella se puso colorada.

—Señor, Jack Brewis y el negocio del señor Milner dependen mutuamente el uno del otro.

Herbert la observó un largo rato antes de asentir con la cabeza.

—Déjelo en mis manos, Clarrie. Y gracias por las galletas.

Con esto, volvió a sumergirse en sus papeles y ella lo dejó trabajar.

El reparto de Jack no corrió peligro alguno y Verity, furiosa al verse desautorizada, se desquitó asegurándose de que el ama de llaves estuviera ocupada en una de las plantas de arriba cuando llegaba el momento de la entrega. Así, las tardes de los jueves la tenía entretenida en el salón sirviendo té a sus amistades o la enviaba al sombrerero o el sastre a hacer algún recado que no pudiera delegar en nadie más. Además, en el orden de cosas impuesto por Verity, debía servir hasta tarde las más de las noches, de modo que le resultaba casi imposible quedar con él para ir al cine o a bailar.

Por mayor que fuese su frustración, Clarrie no podía hacer nada más que hacer llegar a Jack algún que otro mensaje a través de Olive. Una vez que Verity y Bertie decidieron ir a la casa de campo el sábado en lugar del domingo, corrió a pedir a su hermana:

—Dile a Jack que tengo disponible la noche del sábado si quiere ir al Pabellón.

Sin embargo, en aquella ocasión recibió, decepcionada, la respuesta de que Jack no iba a poder volver a tiempo de completar su ruta.

—Dice que tiene que ir a los poblados mineros de alrededor de Stanley y no volverá hasta las nueve.

La joven empezó a sospechar que Jack no estaba haciendo un gran esfuerzo por verla y comenzó a inquietarse.

—¿Habrá encontrado a otra? —preguntó a Olive—. Debe de conocer a docenas de mujeres durante sus viajes.

—No seas tonta —le respondió ella—. Siempre pregunta por ti cuando viene.

—Pero tampoco hace nada por volver en cualquier otro momento para verme.

—Porque se pasa el día trabajando. No puede venir a todas horas por si da la casualidad de que tienes cinco minutos libres.

—Ni quiere que quedemos los domingos por la tarde —replicó Clarrie.

—Sabes que su madre es muy religiosa y después de misa lo obliga a quedarse en casa. Cuando consiga ahorrar para independizarse, todo será diferente.

—Es verdad —reconoció la mayor—, pero para eso podrían pasar siglos.

—Pues habrá que tener paciencia. —Olive se encogió de hombros—. ¿No es eso lo que me dices siempre?

Aparte de saludarlo con la mano desde la ventana de la planta en la que la tenían entretenida, Clarrie solo logró salir con él dos veces en todo el otoño: una para ir al cine y otra para pasear por el parque de Elswick. Jack se mostró apagado, casi como si recelara de ella.

—¿Me puedes decir qué ocurre? —insistió la joven.

Él se encogió de hombros y aseguró que no pasaba nada. Ella lo achacó a que estaba preocupado por su trabajo.

—El señor Stock tiene puesta una gran confianza en el señor Milner —lo animó—. Está convencido de que con el tiempo logrará erigir un gran negocio.

Llegó el invierno y a pocas semanas de las Navidades se hicieron mayores las exigencias de Verity a la hora de agasajar a sus visitas. A esas alturas, Clarrie y Jack se veían tan poco que Olive había empezado a alarmarse.

—Dice que el señor Milner le ha cambiado la ruta. Ahora va a tener que hacer su reparto al sur del río.

—¿Y eso por qué? —preguntó Clarrie consternada.

—Milner está ampliando el negocio y Jack es su mejor vendedor, supongo. Se le da bien conseguir clientes habituales.

Aguijada por la advertencia de su hermana, la mayor se las compuso para citarse con Jack una noche en el Pabellón, pero, cuando Verity organizó de improviso una cena en la que tenía que estar presente el ama de llaves, no tuvo más remedio que enviar a Olive en su lugar para no dejarlo plantado. La pequeña no dudó en criticar la situación tras la velada:

—No puedes seguir así —le dijo sin ambages—. Está convencido de que ya no te importa.

—Pero sí que me importa.

—Pues parece que no lo bastante. Lo vas a conseguir otra vez.

—¿El qué?

—Perder la ocasión de casarte —declaró Olive.

—¡No me vengas con eso! —dijo ella con enojo.

Olive, sin embargo, estaba empezando a indignarse.

—Pero tengo razón: si te casaras ahora con Jack, podríamos irnos de aquí.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Montar nuestro propio establecimiento como has querido siempre —sugirió su hermana—. Trabajar por nuestra cuenta en vez de para esa engreída de Verity.

Clarrie resopló impaciente.

—A mí también me encantaría, pero todavía no podemos permitírnoslo. Con el sueldo que le dan a Jack, ni lo sueñes. Todavía vamos a tener que trabajar para otros mucho tiempo. —Al ver la cara larga de Olive, corrió a consolarla—. Ya verás: algún día tendremos nuestro propio salón de té. Tuyo y mío solamente.

Pero su hermana la apartó.

—No me trates como a una niña pequeña. Tú estás bien aquí, mejor que yo, y serías capaz de quedarte en esta casa guardando fidelidad al señor Stock hasta llegar a vieja.

—¡Ni soñarlo! —protestó Clarrie.

—Si yo estuviera en tu lugar, pondría a Jack a marchar a paso ligero hacia el altar antes de que encuentre a otra —dijo Olive.

—Pues sí que has cambiado pronto de opinión. Hace unas semanas me estabas diciendo que tuviera paciencia y esperase.

—Sí —gritó Olive— y unas semanas es mucho tiempo. Si no te casas con él ya, me da la impresión de que no vamos a escapar nunca de aquí.

A Clarrie se le agotó la paciencia.

—¿Quieres ser un poco más práctica? Jack sigue viviendo en casa de su madre. Todavía no gana lo suficiente como para mantenerme a mí, por no decir ya a ti también. No pienso dejar este sitio para tener que estar a la entera disposición de la madre de Jack. Tal vez de aquí a un par de años hayamos ahorrado entre los dos lo suficiente como para permitirnos una casa propia.

La expresión de incredulidad de Olive hizo que se le cayera el alma a los pies. Resolvió abordar a Jack la próxima vez que fuese a hacer el reparto, sin importar lo que pudiese tenerle reservado Verity.

El jueves siguiente la sustituyó su hermana en el piso de arriba para que pudiera llevar a cabo su plan.

—Ven a tomarte una taza de té en mi salita —le dijo, empujándolo para que cruzase la cocina antes de que pudieran entretenerlo Dolly o Sarah.

Él se sentó en el borde del sofá con aire nervioso y la gorra apretada entre las manos.

—No puedo quedarme mucho rato —advirtió.

Clarrie asintió con un gesto, abatida al verlo tan cohibido. Le sirvió té y se lo tendió. Él bebió a sorbos rehuyendo su mirada.

—Me ha dicho Olive que estáis extendiendo el negocio a la margen meridional.

—Sí, parece que el negocio se va recuperando —respondió él con aire un tanto más cómodo —. Este último mes hemos doblado el número de clientes. Parece que la gente se está haciendo a la idea, sobre todo cuando ven que siempre volvemos. Saben que no los vamos a dejar en la estacada.

Clarrie lo dejó que hablase de la empresa, aunque temía que de pronto sonase una de las campanas de la salita y la obligara a subir antes de tener la ocasión de abordar la cuestión que tenía en mente. Al final, lo soltó sin más:

—Jack, tengo que saber si seguimos siendo novios.

Él se ruborizó y soltó la taza.

—No lo sé.

A ella se le secó la garganta. Hasta entonces no paró mientes en cuánto dependían de él sus planes de futuro. Toda seguridad, toda posibilidad de salir de allí estaba ligada a la prosperidad laboral de Jack, a su ascenso.

—¿Te estás viendo con alguien más? —se obligó a decir.

Él arrugó la frente.

—Yo podría preguntar lo mismo.

Ella lo miró desconcertada. Su tono era acusador.

—Yo solo tengo ojos para ti, Jack.

Él se puso en pie sin previo aviso.

—Eso era lo que pensaba yo, pero he oído otra cosa.

—¿Qué has oído? —quiso saber ella dejando también su asiento—. ¿Dónde?

—Cosas que se cuentan por la plaza. —Estaba rojo de vergüenza.

—¿Qué cosas? —Clarrie, en cambio, hablaba indignada.

—Te han visto a las tantas de la noche con otro tipo —la acusó—, abrazándolo y todo eso.

Ella soltó una risotada ante semejante tontería.

—¡Eso no es verdad! Si casi no me dejan tiempo para verte a ti, ¡imagínate a otro! Y tampoco conozco a nadie con quien pudiera querer encontrarme.

Él la miró a los ojos con gesto esperanzado.

—¿No te has reunido con otro hombre en el jardín?

—No, Jack. Te lo prometo.

—Sabía que no tenía que fiarme de las habladurías —respondió él aliviado—. Entonces, la chica del otro lado de la plaza no quería más que causarte problemas. Me dijo que ibas cubierta con un chal para que no te vieran, pero que, de todos modos, no tuviste reparo en saludarla antes de ir a encontrarte con un señoritingo. A lo mejor te confundió con otra. Pensaba que podías estar viéndote con él y por eso me evitabas. Mira que fue hace ya tiempo: la noche de la boda de los Stock.

Clarrie tomó una bocanada de aire a la vez que se llevaba la mano a la boca. Él la miró de hito en hito.

—¡Ah, eso! —exclamó ella ruborizada—. Sí que me vio, pero no es lo que se imagina. Salí solo para tomar el fresco. No tenía ni idea de que él estuviese en el jardín.

—¿Quién? —quiso saber Jack con el rostro tenso.

—El señor Robson.

—O sea, que lo conocías.

La joven vaciló un instante.

—Sí, Olive y yo lo conocimos antes… antes de venir aquí, pero no hubo nada…

—¿Fue novio tuyo antes que yo? —exigió saber.

Ella titubeó demasiado tiempo antes de negarlo.

—No, novio no. Es algo complicado. De todos modos, él no significa nada para mí: todo lo contrario.

—Eso no es lo que dice la chica —dijo Jack con gesto frío.

—No seas ridículo —repuso ella asustada—. No era más que uno de los invitados del señor Bertie. Yo no tenía ni idea de que iba a estar allí. Fue un encuentro fortuito.

—No te lo niego, pero tampoco echaste a correr en cuanto lo viste, ¿no es así?

Clarrie sintió que le ardían las mejillas.

—No pasó nada. No podría pasar nada.

—¿Porque es rico? —preguntó él con aire mordaz—. Sí pasaría si pudieras. Lo estoy viendo en tu cara. Te sigue gustando, ¿verdad, Clarrie? Yo no soy más que un repartidor: muy poca cosa para ti.

Se encasquetó la gorra y se dirigió a la puerta con paso firme. Ella lo siguió y lo agarró del brazo.

—¡Para, Jack, por favor! Estás totalmente equivocado. Yo quiero casarme contigo.

Él la apartó y dijo:

—Yo no pienso ser el segundón de nadie y menos de un pisaverde que cree que puede tener a cualquier muchacha que le venga en gana.

—No digas eso —repuso ella ahogando un grito—. No es verdad. ¿Por qué no me crees?

Jack abrió la puerta con un movimiento enérgico y concluyó:

—Nunca voy a ser lo suficientemente bueno para ti, Clarrie. Eso es lo que piensas en el fondo de tu corazón. Y, después de lo que me acabas de confesar, tú tampoco eres lo suficientemente buena para mí.

Y con esto salvó a grandes zancadas la cocina, con gran sobresalto de Dolly y Sarah, que habían estado escuchando tras la puerta. Cuando bajó Olive, se las encontró tratando de consolar a Clarrie, que no paraba de llorar. Tuvo que esperar a más tarde, cuando quedaron solas, para que su hermana se aviniera a confesarle por qué habían discutido.

—No me habías dicho que habías hablado con Wesley —señaló estupefacta la pequeña—. ¿Qué dijo cuando se enteró de que trabajas aquí?

—No lo sabe. Me hice pasar por Dolly y él no me reconoció con tan poca luz. —Su malestar se trocó en rabia—. ¡Ese hombre dichoso! —exclamó—. ¿Nunca va a dejar de darnos problemas? Ahora he perdido a Jack.

Olive la abrazó para consolarla. Por una vez, no la amonestó ni le dijo: «Te lo advertí». Se limitó a tenerla en brazos hasta que dejó de llorar, como Clarrie había hecho tantas veces con ella.

Capítulo 20

Llegó la Navidad y volvió Will para pasar las vacaciones en casa. Su llegada fue una bendita distracción para Clarrie, quien, al verlo bajar a la cocina, se lanzó hacia él para abrazarlo dichosa.

—¡No sabes lo que me alegro de verte! —gritó.

Él dejó escapar una risa cordial y respondió a su abrazo.

—¿Puedo ayudar a remover el pudin? —preguntó mientras se metía en la boca un bollito recién hecho.

Sarah lo miró maravillada, pues nunca había visto que alguno de los Stock se dignara a rebajarse tanto.

—Ya te acostumbrarás —le dijo Dolly—. ¿No es verdad, ladronzuelo?

Sin embargo, después de aquello, el niño dedicó la mayor parte de su tiempo a visitar a sus antiguos compañeros o a dejar que lo llevase Verity de tienda en tienda para comprarle ropa de su talla. Poco antes de Navidad, nevó y él desapareció para pasar el día jugando en trineo con Johnny. Para San Esteban, Bertie y Verity lo llevaron a la casa de campo de los Landsdowne para cazar conejos. Poco después, tuvo que volver a la escuela.

Clarrie, preocupada ante la escasa atención que le había prestado Herbert, le propuso que saliera a pasear con él el último día de sus vacaciones.

—¿No ves que tengo demasiado trabajo, Clarrie? —repuso él irritado—. Te agradecería que no me interrumpieras.

Will ocultó su decepción.

—No pasa nada. De todos modos, tenía pensado ir a montar a caballo con Johnny.

Al día siguiente, se marchó y no volvieron a verlo hasta las vacaciones de Semana Santa. A esas alturas, Verity se había vuelto más difícil de tratar y exigente que nunca. Se quedaba en la cama hasta tarde y consumía grandes cantidades de galletas y zarzaparrilla.

Llegado el verano, anunció a los más allegados que estaba encinta. Bertie, entusiasmado, se lanzó a mimarla más que nunca. Sin embargo, el alborozo que reinaba en la casa no tardó en empañarse por la batalla que libraron la gestante y su suegro sobre la posibilidad de convertir el dormitorio de Louisa en el cuarto del bebé.

En determinado momento, Verity arremetió llorosa contra Bertie sin importarle que Clarrie estuviera presente.

—Pero si esa habitación lleva vacía casi dos años. ¡Menudo desperdicio! Tiene el tamaño ideal para cuarto del bebé. Tienes que hacerlo entrar en razón.

—Amor —trató de calmarla su marido—, ya sabes que no es fácil. Papá se vuelve muy susceptible con todo lo que tenga que ver con ese dormitorio.

—Da miedo: lo trata como un mausoleo —dijo ella con un escalofrío—. Ya va siendo hora de que supere su pérdida.

—En eso estoy de acuerdo —reconoció Bertie—, pero, al fin y al cabo, estamos hablando de su casa.

—¡Y de mi bebé! —gimoteó Verity—. Me estoy poniendo mala de pensar que no sé dónde vamos a criarlo. ¿No lo entiendes?

Sin embargo, Herbert seguía en sus trece.

—En la planta alta hay sitio de sobra —dijo a Bertie—. Tiene un vestidor del tamaño de mi estudio y, además, no quiero que me molesten los llantos de la criatura cuando me ponga a trabajar. Los bebés y los niños deberían estar arriba, donde no se los oiga.

Clarrie no dejaba de atormentarse intentando decidir si debía intervenir o no. Entendía la frustración de Verity por el desperdicio que suponía tener vacía aquella habitación tan grande, pero para Herbert no era un simple dormitorio, sino un santuario dedicado a su difunta esposa. Todo estaba como lo había dejado, como si temiera que cambiar el menor detalle constituyera una traición a su memoria. También se preguntaba si el abogado no estaría sufriendo en su fuero interno por la llegada a aquella casa de un nieto que reavivase el recuerdo de la hija que había nacido sin vida tres años antes y había precipitado la enfermedad y la muerte de su esposa.

Clarrie tuvo ocasión de sorprenderse cuando fue Bertie quien acudió a ella en busca de ayuda.

—Belhaven, usted parece tener cierta clase de influencia sobre el terco de mi padre —le dijo sin rodeos—. ¿Cree que podría hacerlo entrar en razón con respecto al cuarto del bebé?

—No creo que sea lo más correcto —objetó ella.

—Pero eso no la ha detenido nunca —replicó él y, al ver que no decía nada, añadió en tono conciliador—: Escuche, ya sé que nunca nos hemos llevado bien, pero tampoco se me escapa que ha hecho usted un trabajo excelente en esta casa… y Verity piensa que es muy buena ama de llaves a pesar de su juventud. —Su empeño en ser obsequioso lo llevó a ruborizarse—. Le estaría muy agradecido si pudiera hacer algo para que mi padre entrara en razón, Clarrie.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre y ella no pudo menos de sentir cierto destello de triunfo al ver a Bertie reconocer que se había vuelto indispensable para los Stock.

—Lo intentaré —accedió.

Abordó a Herbert cuando regresaba de su paseo vespertino. Había adoptado tal costumbre a la llegada de Verity a fin de evitar las copas y la charla insustancial que precedían a la cena. Estuvo al tanto hasta que lo vio aparecer por la plaza y salió a cortar rosas en el jardín del centro.

—Señor —lo llamó—, ¿sería capaz de alcanzar aquellas de arriba, por favor?

Él se detuvo para ayudarla y apoyó el bastón en la barandilla. Todavía hacía calor y venía sonrojado y sudoroso por causa de su indumentaria oscura.

—Tengo una botella de limonada. ¿Quiere?

Él aceptó y se sentó a calmar la sed en un banco cercano. Clarrie siguió cortando rosas sin dejar de observarlo cada vez que las dejaba en el cesto.

—Adelante —dijo Herbert mirándola—. ¿Qué es lo que quiere contarme?

Ella le dedicó un gesto de culpabilidad y rio a continuación.

—¿Cómo lo sabe?

El señor Stock respondió con un gruñido:

—Tiene usted esa expresión resuelta en la mirada…, como cuando toma aire antes de acometer una tarea desagradable.

Ella sonrió y soltó las tijeras.

—No se le escapa nada, ¿verdad, señor?

—Venga a sentarse conmigo, Clarrie —le ordenó—. La envía Bertie, ¿no es así?

Ella tomó asiento con cuidado y, juntando las manos sobre el regazo, inclinó la frente en señal de asentimiento.

—No pienso dejarme convencer —dijo Herbert con firmeza.

—Lo sé.

—Pero, aun así, cree que no tengo razón en lo tocante al cuarto del bebé.

—No —repuso ella con suavidad—, no creo que nadie tenga la razón.

Él esperó a que prosiguiera.

—Es solo que me preguntaba… qué… qué habría querido la señora Stock para su primer nieto.

El abogado guardó silencio y, cuando se atrevió a mirarlo de reojo, Clarrie vio que tenía los dientes apretados y le brillaban los ojos.

—No puedo —susurró con la voz rota—. Es demasiado pronto.

De manera instintiva, la joven tendió una mano para posarla sobre la de él.

—Lo entiendo: a mi padre le ocurrió lo mismo con mi madre. No consintió jamás en dormir en su dormitorio después de su muerte.

Herbert dejó escapar un leve gruñido y por su mejilla rodó una lágrima.

—Si no puede soportar la idea de tener a un bebé en la casa, ¿por qué no permite que el señor Bertie y la señora Verity tengan un lugar para ellos?

Él se volvió a mirarla con el ceño fruncido. Ella corrió a apartar la mano: como de costumbre, había sido demasiado franca.

—Lo siento: he dicho más de lo que debía.

—No, Clarrie: me alegra que lo haya hecho. Nunca lo había pensado, pero tiene usted razón. Ahora que están formando su propia familia, va siendo hora de que tengan su propio hogar. —Y mirándola con detenimiento, se preguntó—: ¿De dónde sale tanta sabiduría en alguien tan joven?

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Me temo que no siempre es una tan sabia.

—¿Y qué hay de su futuro, Clarrie? —preguntó él inesperadamente—. ¿Todavía la corteja el mozo del señor Milner?

—No, señor —repuso ella poniéndose colorada—. Tuvimos un malentendido. —Y se levantó.

—Lo siento —dijo él mientras la veía recoger el cesto.

Ella bajó la cabeza y se apresuró a entrar en la casa antes de que él tuviera tiempo de seguir preguntando. No había vuelto a hablar con Jack desde el año anterior. Ya no acudía cada semana, sino cada quincena, y a veces lo veía acercarse. Se había dejado bigote. Hacía poco que había cambiado el carro por otro más grande y llevaba un traje nuevo. Estaba claro que el negocio no dejaba de prosperar. Sin embargo, nunca preguntaba por él a su hermana y Olive tampoco

mencionaba sus visitas por miedo a molestarla.

Se alegró cuando, pocos días después, llegó al sótano la noticia de que Bertie y Verity estaban buscando casa. Lavanda, convencida de ser la primera en saberlo, no dudó en contárselo al resto.

—Mi dama ha expresado una clara preferencia por vivir en Jesmond —dijo calcando las palabras de su señora—, que, siendo una zona muy agradable, no queda lejos de la ciudad.

Las hermanas chillaron de placer cuando la mujer no podía oírlas.

—¡No puedo creer que vayamos a librarnos de ella tan pronto! —exclamó la mayor.

Olive no tardó en preocuparse.

—¿Y si el señor Stock ya no nos necesita cuando se hayan ido? Puede ser que tenga suficiente con Dolly y con Sarah.

Clarrie despejó aquellas dudas repentinas.

—Seguro que se ocupa de nosotras.

La pareja eligió y adquirió enseguida una casa de amplia fachada en Tankerville Terrace y Verity pasó el mes siguiente haciendo que la llevasen y la trajesen para supervisar la decoración. Debían mudarse en noviembre, un mes antes del nacimiento del bebé, para que ella pudiese pasar allí el periodo anterior al parto. Dos semanas antes del traslado, hizo acudir a Clarrie a su sala de estar. Sentada en un sillón y apoyada contra un muro de cojines, parecía incómoda y a punto de estallar. El fuego del hogar hacía sofocante el aire de la habitación.

—Belhaven, estoy elaborando una lista del personal que necesito en Tankerville —anunció blandiendo un fajo de hojas de papel— y quiero que me ayude.

Ella la miró confundida.

—¿Yo, señora?

—Sí, usted —dijo con gesto irritable mientras se abanicaba el rostro encendido—. Me interesa saber qué opina mi ama de llaves del servicio que he elegido.

A Clarrie se le vino el mundo encima.

—¿Su… su ama de llaves? —balbució.

—Sí —insistió Verity en voz alta, como si la otra fuese estúpida—. Vendrá conmigo en calidad de ama de llaves.

—Pero yo trabajo para el señor Stock —protestó.

—Ya lo hemos hablado con él —aseveró agitando los papeles con impaciencia—. Vamos, ayúdeme.

Clarrie quedó paralizada. ¡No podía creer que no se lo hubieran consultado! ¿Qué pensaban que era? ¿Un mueble que podían llevar de un lado a otro? ¿Y qué iba a pasar con Olive?

—Lo siento, señora —dijo desafiante—, pero yo no pienso dejar Summerhill. Para eso haría falta que me despidiera el señor Stock. —Con esto se dio la vuelta y dejó a Verity con la boca abierta y gesto incrédulo.

Resultó que había sido Bertie quien había cometido la arrogancia de tratar de llevarse a Clarrie en calidad de ama de llaves sin que su padre supiera nada. Cuando este descubrió lo que ocurría, no dudó en llamar al orden a su hijo.

—No puedes tratar así a las Belhaven: tenías que habérselo consultado a ellas y haberme preguntado a mí.

Bertie intentó restar importancia a la situación y presentarla como un simple malentendido.

—Claro que tienes razón, papá. Es solo que nosotros tenemos más necesidades que tú en este sentido y Verity pensó que no te importaría.

—Pues sí que me importa. —Herbert estaba indignado—. Si Clarrie y Olive desean quedarse aquí, se quedarán.

Aunque su decisión supuso un gran alivio para las hermanas, el episodio agrió por completo los últimos días de su convivencia con Verity, quien no se contuvo de hacer comentarios ofensivos sobre ellas cuando estaban delante y las tuvo corriendo detrás suyo para satisfacer toda clase de exigencias hasta el día mismo de su partida. Sarah, la ayudante de cocina, marchó a la casa nueva para formarse como camarera.

—Me parece bien —comentó alegre—. Trabajar a las órdenes de la señora Verity es una gloria comparado con tener que andar detrás de mi familia.

Una semana antes de Navidad, volvió Will y Verity dio a luz un par de mellizos a los que pusieron por nombre Vernon y Josephine. Los Stock y los Landsdowne se reunieron para celebrar la Navidad en Tankerville, donde Verity y Bertie pudieron presumir a sus anchas de casa y de bebés. Dolly se fue a pasar tres días con su familia y, acabado el culto, Clarrie y Olive quedaron solas en la casa.

Decidieron preparar una merienda campestre y salir en bicicleta hasta la zona en la que las fábricas de armamento y las hileras de casas escalonadas de Benwell y Scotswood daban paso a las praderas. Hacía sol y el tiempo era agradable y Olive dibujó los árboles desnudos y los vivos contornos de las colinas pardas que se recortaban ante el cielo azul pálido.

—Un día de estos —anunció Clarrie mirando al norte— iremos a buscar la granja de papá. Entonces podré sentirme parte de este lugar.

Dudaba de que su hermana, absorta en sus bocetos, la hubiese escuchado. Sin embargo, mientras recogían todo y se disponían a regresar, sentenció:

—Será una granja como otra cualquiera.

La mayor la miró sorprendida.

—¿No te pica siquiera un poco la curiosidad por ver dónde están nuestros orígenes?

La pequeña se encogió de hombros.

—Pues no: será un sitio pestilente y lleno de barro alejado de las tiendas.

Clarrie se echó a reír, un tanto anonadada por su indiferencia. También le llamó la atención por vez primera que se le estaba pegando el acento de la región y estaba usando vocabulario propio de Dolly y de Sarah.

—Te has vuelto una chica de ciudad, ¿no?

Olive meditó antes de responder:

—Sí —y añadió sonriente—, pero de la parte rica.

Ya había caído la tarde cuando llegaron a la casa. Acababan de avivar los fuegos cuando entraron Herbert y Will. Clarrie se ofreció a servirles una cena ligera, pero Will lanzó un gemido diciendo:

—Yo soy incapaz de comer nada más.

—¡Pues sería la primera vez! —se burló ella.

—Con lo que han puesto en la mesa podían haber alimentado a todo Tyneside —rezongó Herbert—. Yo me conformo con una taza de té. —Mientras Clarrie y Olive se encargaban de sus abrigos, propuso—: ¿Por qué no se unen a nosotros en el estudio? Si no tienen otros planes, claro

—añadió con aire tímido.

—Podríamos jugar al *backgammon* —dijo Will entusiasmado—. Ahora sí que no vas a poder ganarme, Clarrie: me paso el día jugando en la escuela.

—Me alegra comprobar que estás aprovechando la educación que tanto dinero me cuesta —comentó su padre con sorna.

El ama de llaves se echó a reír diciendo:

—Acepto el reto.

—Olive, trae tu violín, por favor —la instó Will—. Así podremos tocar juntos cuando acabe.

Los cuatro pasaron la velada en torno al hogar del estudio. Clarrie y Will disfrutaron de una partida mientras Herbert y Olive leían y, a continuación, esta última y el pequeño de los Stock tocaron sus instrumentos mientras Herbert y Clarrie los escuchaban.

Aquello fue lo más parecido a las noches de invierno compartidas en Belguri con sus padres y con Kamal que había conocido Clarrie. No pudo menos de sentir una gran gratitud para con aquel hombre de mente liberal y su cariñoso hijo menor por permitirles saborear de aquel modo la vida familiar.

Al día siguiente, Herbert había vuelto a trabajar en su escritorio y Will fue a ver a Johnny.

—¿Por qué no lo invitas a que venga él? —propuso Clarrie—. Nosotras le prepararemos encantadas lo que él quiera comer.

El entusiasmo que mostró Will la hizo darse cuenta de que nadie le había ofrecido antes una cosa así. A su padre no debía de habérsele ocurrido y era probable que a Verity no le hubiera hecho ninguna gracia tener que soportar a otro niño por allí.

Johnny Watson era un muchacho alegre de cabello oscuro que reía tanto como Will y hablaba con cierto acento escocés. Por petición de Will, Clarrie y Olive les cocinaron platos indios de cordero al curri, arroz con garbanzos y pan ácimo que ambos ayudaron a hacer en la plancha de la cocina. El invitado, aunque asombrado ante semejante temeridad y la familiaridad que tenía su amigo con las criadas, se unió a ellos con entusiasmo. Clarrie les enseñó a usar el pan a modo de cuchara.

Cuando Herbert los encontró sentados a la mesa de la cocina, disfrutando de la comida, el ama de llaves se puso en pie de un salto con gesto culpable.

—Lo siento, señor. Pensaba que estaría en el bufete.

Él vaciló un instante mientras miraba con expresión hosca a los pequeños.

—Esto está buenísimo, papá —aseveró Will con la boca llena.

—Desde luego, por el olor lo parece —convino él mientras retiraba una silla—. ¿Puedo probarlo?

El ama de llaves sonrió aliviada.

—Por supuesto, señor.

Will y Johnny tuvieron que regresar poco después a la escuela y la casa volvió a quedar tristemente vacía. A medida que avanzaba el año de 1909, Clarrie llegó incluso a esperar ansiosa las visitas de cumplido que hacía Verity. Se presentaba en la vivienda los jueves por la tarde («No se habrá dado cuenta de que Jack y yo ya no somos novios», dijo Clarrie a Olive con sorna) para que el abuelo viera a los mellizos. Herbert llegaba antes de la oficina para estar con ellos,

pues, por más que nadie lo hubiese imaginado, los adoraba. Les hacía cosquillas en la barbilla, amén de toda clase de muecas, y los llevaba de un lado a otro, agitándolos con energía hasta hacerlos chillar. Era habitual que el ama de llaves tuviese que calmarlos a continuación, para lo cual los envolvía y se los ataba al pecho para llevarlos consigo hasta que se dormían, tal como había visto hacer a Ama siendo pequeña.

Cierta tarde de verano, estando abierta la puerta del estudio para dejar entrar el fresco, oyó a Bertie decir a voz en cuello:

—¡Son demasiadas! No necesitas a las tres.

—Yo no interfiero en los asuntos de tu hogar, conque no te metas tú en los míos —le espetó Herbert.

Clarrie, que llevaba una jarra de agua, reparó en que hablaban de ella, Olive y Dolly y se detuvo en las escaleras sin saber qué hacer.

—A nosotros, en cambio, no nos vendrían mal más criadas. Lavanda no da abasto con los mellizos. Es demasiado mayor. Tal vez podría venirse con nosotros Belhaven hasta que estén más tranquilos, papá.

—Quieres decir hasta que los hayáis mandado a un internado —bufó él—. Cuando Verity la tenga allí, no va a querer deshacerse de ella.

—¿Y qué diferencia hay? —quiso saber Bertie—. Tú puedes quedarte con la de las dotes musicales. ¡No necesitas a las dos!

El ama de llaves escuchaba indignada la conversación desde las escaleras. Si Herbert cedía, presentaría su dimisión en aquel mismo instante.

—Por favor, papá, considéralo al menos. Verity no deja de insistir en que tiene que ser la mayor de las Belhaven. Por lo visto tiene mucha mano con los mellizos. Parece haber nacido para aya.

—Muy bien —dijo el padre con un suspiro, empezando a claudicar—. Lo pensaré.

—Le pagaremos bien, si es eso lo que te preocupa —le garantizó Bertie.

Clarrie, furiosa e incapaz de presentarse ante ellos después de oír hablar de su persona en semejantes términos, se dio la vuelta y regresó con sigilo a la cocina. Olive se mostró alarmada cuando, aquella misma noche, le contó lo que había oído.

—No pueden separarnos —exclamó la pequeña—. No pueden…

—Y no van a separarnos —aseguró ella inflexible.

—Tampoco quiero que nos manden a trabajar a las órdenes de esa mujer horrible —se inquietó Olive.

—Tampoco yo. Nos iremos a otro sitio. Ahora cualquiera querría emplearnos —dijo Clarrie con orgullo—. Existen agencias a las que podemos ir para que nos busquen trabajo. De haberlo sabido cuando llegamos aquí de la India, habríamos escapado del *pub* mucho antes.

El ama de llaves se armó de valor para acudir al estudio del abogado cuando se lo requiriesen. Herbert no reunió el valor necesario para llamarla hasta finales de aquella semana, momento en el que ella se encontraba en tal estado de ansiedad que apenas se atrevía a articular dos palabras seguidas por temor a pecar de irrespetuosa.

El abogado se encontraba en la posición defensiva de costumbre, de pie ante la ventana, detrás de su escritorio, con las manos aferradas a su bastón.

—Clarrie, siéntese, por favor.

—Prefiero estar de pie, señor —repuso ella con voz tensa.

Él la miró con recelo y ella le devolvió el gesto con aire desafiante. El señor Stock apartó entonces la vista y volvió a fijarla más allá de la ventana con los dedos contraídos. Clarrie sintió una punzada de compasión: aquello era tan difícil para él como para ella. A continuación, sin embargo, endureció su actitud al pensar que estaba a punto de librarse de ella por ser demasiado débil para plantar cara a un hijo exigente y a una nuera egoísta.

—Sé lo que va a preguntarme —dijo sin más— y la respuesta es *no*.

Herbert giró sobre sí mismo y la miró de hito en hito.

—Pero ¿cómo puede ser que…?

—Lo oí por casualidad hablar del tema con el señor Bertie. —Clarrie se ruborizó—. No estaba espiando, sino que subía las escaleras en ese momento y la puerta estaba abierta.

Él rodeó enseguida el escritorio y se dirigió hacia ella.

—Lo siento… —empezó a decir.

—Sea como sea, no pensamos ir. Ni Olive ni yo. Tampoco vamos a separarnos, conque, si no nos quiere aquí, buscaremos otra casa, un sitio en el que nos aprecien. —La indignación que había logrado contener hasta entonces estaba empezando a desbordarse de pronto—. Para el señor Bertie y para usted podrá ser un asunto más de economía doméstica, pero están hablando del que ha sido nuestro hogar durante más de tres años. Y hace tiempo que le hemos tomado cariño no solo a la casa, sino también al señorito Will…

El abogado, dejando caer el bastón, tendió los brazos para tomarla de las manos.

—¡Basta ya, Clarrie!

Ella se interrumpió e hizo lo posible por dominarse. Nunca antes la había tocado el señor. Saltaba a la vista lo agitado que estaba por su estallido, pero no pensaba irse sin hacerle ver lo que sentía.

—Lo único que le pido es que nos dé buenas referencias —concluyó con frialdad apartando las manos.

Él la miró con expresión preocupada y el rostro delgado en tensión.

—No, Clarrie —dijo apretando la mandíbula.

—¿No? —repitió ella sintiendo tomar forma en su interior otro acceso de rabia—. ¿Por qué no? Es lo menos que puede hacer, señor.

—¡Porque no quiero que se vayan! —gritó.

Ella le sostuvo la mirada con aire incierto.

—¿No?

—No, quiero que se queden. Usted y su hermana —dijo él con impaciencia.

—Pero, señor, oí que le decía al señor Bertie…

—Olvide lo que me oyó decir —le espetó— y limítese a escucharme un minuto.

Ella tragó saliva. En aquel momento, era él quien parecía furioso con ella. Había echado a perder la relación entre ambos al hablarle con semejante espontaneidad y, en realidad, no necesitaba haber dicho nada si, al cabo, él no tenía intención de mandarlas a casa de Verity. Notó que a él le latía la sien mientras luchaba por no perder la calma.

—Es verdad que había pensado darles la opción de trabajar al servicio de mi hijo. Son ustedes jóvenes y la suya es una casa más animada y goza de más prestigio. Solo pensaba en el bienestar de las dos.

—Gracias, señor, pero…

Él alzó una mano para acallarla.

—Sin embargo, tenía otro motivo para apartarla de aquí. —La miró con expresión severa y penetrante.

A Clarrie se le heló el corazón cuando la asaltó de improviso la idea de que, de un modo u otro, Herbert tenía que haber sabido del incidente con Wesley en el jardín, de que debía de haber oído murmuraciones dañinas sobre ella.

—Lo cierto es —dijo— que le he tomado demasiado cariño, más del que un hombre debería sentir por su ama de llaves.

Ella lo miró de hito en hito, preguntándose si habría oído bien.

—Le sorprende, ¿verdad? —prosiguió él con gesto triste—. Ya sé que podría ser su padre y que mis sentimientos no son mutuos, pero no puedo evitarlos: mi admiración por usted se ha trocado en algo mucho más profundo. Me habría sido imposible superar estos últimos años terribles sin su ayuda. El simple hecho de oír sus pasos en la escalera o su voz llamando desde la planta de abajo ha sido para mí un consuelo, Clarrie. Ni siquiera puedo imaginar lo que sería esta casa sin usted.

—Señor —respondió ella perpleja—, ¿cómo voy a poder seguir sirviendo aquí después de haberme dicho esto?

Él se apresuró a decir:

—Clarrie, no quiero que se vaya. Quiero que se quede y… —Luchó con las palabras—. Lo que quería preguntarle antes… —Volvió a tomar las manos de ella—. ¿Querría casarse conmigo?

La joven sintió una sacudida de asombro.

—¿Casarme…? —consiguió articular.

Él asintió con aire angustiado.

—Sé que no puedo esperar que sienta lo mismo que yo, pero sí ofrecerle otras muchas cosas. Esta casa, un porvenir seguro para usted y para su hermana… Olive podría retomar sus estudios de música y volver a pintar. Yo podría ayudarla a financiar el salón de té que siempre ha querido tener por lo que me cuenta Will…

El corazón le latía con fuerza. Si se convertía en la esposa de Herbert Stock, Olive y ella no volverían a necesitar nunca un hogar. Adquirirían prestigio social y no tendrían que volver a limpiar una chimenea ni cumplir las órdenes de otro. Olive podría volver a estudiar, y ella, tener su propio salón de té. ¡Se iban a enterar todos los Wesley y las Verity del mundo…! De pronto, su emoción se desinfló al reparar en que la familia del abogado montaría en cólera. No lo consentirían.

Él, percibiendo la congoja que se apoderó de ella en ese instante, dijo en tono desolado:

—Ya veo que la proposición le es ingrata. Lo siento, no pretendía incomodarla. Soy un viejo chiflado.

Dio un paso atrás, pero Clarrie se aferró a su mano.

—No diga eso, señor —susurró.

Su confesión la había llenado de estupor: ni en cien años se le habría podido ocurrir que él sintiera algo así por ella. Se percibían en él una inseguridad y una vulnerabilidad que casi se dirían propias de un niño. Para un hombre tan reservado y cauto, debía de haber sido necesario

reunir mucho valor para poner en riesgo su orgullo revelándole aquel anhelo secreto. Se dio cuenta de que la oleada de cariño que la había invadido de súbito significaba que también ella sentía cierta atracción por él. No era amor, sino respeto y afecto. Herbert le estaba ofreciendo la clase de matrimonio estable al que aspiraba ella y ella estaba convencida de que podía hacer que funcionase.

—Sí —le dijo—, me casaré con usted.

Él arrugó el entrecejo con gesto inseguro.

—¿De verdad?

Clarrie confirmó sus palabras con una sonrisa.

—Será un honor convertirme en su esposa, señor.

Él la atrajo hacia sí y exclamó exultante:

—¡Clarrie, mi cielo! —La apretó contra su pecho—. ¡Alabado sea Dios!

La liberó de su abrazo, pero sin soltar sus manos, y sonrió aliviado. Ella dejó escapar una carcajada.

—Y, ahora ¿qué hacemos, señor?

Él soltó el aire de sus pulmones.

—Pues, de momento, deja de llamarme señor.

Ella se sonrojó.

—Me va a costar acostumbrarme. No me resultará fácil tutearlo, al menos hasta que estemos…

—¿Casados? ¡Venga, Clarrie, dilo! ¡Casados, casados, *casados*!

Ella lo miró sorprendida: nunca lo había visto tan contento.

—Pero ¿qué va a decir su familia? —preguntó nerviosa.

El rostro de él se ensombreció por un instante.

—Eso nos tiene que dar igual. Además, a Will le va a encantar la idea. Sabes que te adora.

—No es Will el que me preocupa —dijo ella con cierto sonsonete.

—Les haremos frente juntos. —Se llevó a los labios las manos de ella y las besó con dulzura —. Contigo a mi lado, puedo volver a enfrentarme al mundo.

Capítulo 21

Otoño de 1909

La noticia de la proposición de Herbert causó un gran revuelo entre familiares y amigos. Bertie estaba furioso; Verity, histérica, y los Landsdowne desaprobaron con frialdad semejante ocurrencia. Will fue el único que les hizo llegar por carta una entusiasta felicitación. Los feligreses del templo miraban de reojo al abogado y murmuraron cuando insistió en que las hermanas ocupasen con él el banco de la familia en lugar de sentarse atrás con el resto de criados. Hasta Dolly se indignó y dejó clara su opinión al respecto.

—No me parece bien —hizo saber a Clarrie con frialdad—. Un día eres una de nosotras y al día siguiente tengo que estar agachando la cabeza y haciéndote zalemas como si fueras alguien especial.

—Eso no va a ser así —insistió ella—. No voy a pedirte más de lo que te pido siendo el ama de llaves.

—No va a ser lo mismo —respondió Dolly con aire ofendido, como si Clarrie le hubiera hecho un desprecio deliberado.

Se despidió un mes más tarde y Herbert, por consejo de Clarrie, no la sustituyó de inmediato.

—Olive y yo nos encargaremos de la comida mientras tanto. Es mejor esperar a que estemos casados, para que la cocinera nueva no me haya tenido antes de ama de llaves.

A Olive, que había recibido encantada la sorpresa, no le sentó bien la partida de Dolly.

—Es la única amiga que tengo —aseveró llorosa—. ¿Con quién voy a cotorrear yo ahora?

—Me tienes a mí —le recordó Clarrie—. De aquí a poco tendrás un estilo de vida muy diferente: el de una dama ociosa. Podrás dedicarte a tu música y tus dibujos. ¿No es maravilloso?

La pequeña pareció animarse con aquella idea. Sin embargo, si su hermana no hubiese estado tan absorta en la hostilidad que estaba recibiendo de otros, tal vez habría advertido la creciente ambivalencia de Olive con respecto a su futuro matrimonio.

En cambio, Bertie y Verity manifestaban su oposición a voz en cuello y sin descanso. Clarrie sabía por la tensión del rostro de Herbert que su hijo le estaba haciendo la vida difícil en el bufete y por eso prefería permanecer en casa para trabajar en el estudio. Verity se negó a llevarle a los niños y no volvió a enviar invitaciones para que fuese a verlos a Tankerville.

Un día, estando Herbert ausente, Bertie irrumpió en el domicilio para enfrentarse a Clarrie y la arrinconó en la cocina.

—No crea que no sé lo que pretende, Belhaven —aseveró adelantando su carnosa barbilla con aire displicente—: quedarse con el dinero de mi padre. ¡Quiere arrebatarme lo que me pertenece por derecho!

—Por supuesto que no —repuso ella indignada.

—¡Querer ocupar el lugar de mi querida madre…! Me repugna. ¡Y no me venga con que lo ama!

—Eso no es de su incumbencia. —Clarrie soltó un bufido.

—Pues claro que lo es. —Él, hecho una furia, la empujó contra la mesa y le asió la barbilla casi como un luchador—. ¿Se me va a hacer la remilgada? —le espetó.

El horror que sintió apenas la dejaba respirar. Podía palpar el odio de él.

—Yo no quiero lo que es suyo —gritó—. Lo único que deseo es vivir en paz y dignamente con su padre.

Él soltó una risotada salvaje.

—No me lo creo. ¿Cómo ha conseguido engatusarlo? ¿Con alguna clase de brujería indígena? ¿Un filtro de amor?

De pronto, la agarró del pelo con la mano que tenía libre, la acercó hacia él con brusquedad y, poniendo sus labios húmedos sobre los de ella, le dio un beso asfixiante. Ella lo rechazó asqueada. Tras conseguir apartarlo de ella, empuñó un cuchillo de cocina y lo blandió ante él.

—Ni se le ocurra acercarse a mí —le ordenó.

—¿O qué? —dijo él con frialdad.

—O tendré que contárselo todo a su padre.

Los dos trabaron las miradas con aversión. Bertie fue el primero en apartarla.

—¿Qué precio pide por irse y olvidarse de mi padre? —Exigió—. Puedo pagarle lo suficiente como para que alquile cualquier cosa para usted y su menesterosa hermana, o buscarle una casa de huéspedes para que sea usted su propia jefa, que sé que eso es lo que quiere.

Clarrie sintió deseos de escupirle ante semejante ofrecimiento. Primero la amenazaba, luego la humillaba con un beso repulsivo y por último intentaba sobornarla. ¿Podía haber un ser más despreciable?

—No quiero su dinero —fue su vehemente respuesta—, ni tampoco su herencia. Si eso es lo único que los angustia a usted y a su esposa, le sugiero que trate los asuntos monetarios con su padre, porque a mí no me interesan.

Él seguía mirándola con recelo.

—Y, ahora, creo que debería marcharse.

—¡Maldita zorra advenediza! Si sigue adelante con este matrimonio, me aseguraré de que le dé de lado la sociedad. A nadie con cierto nombre se le ocurrirá invitarla a nada.

Ella adoptó un tono de burla al responder:

—Pues es todo un alivio.

El primogénito de los Stock giró sobre sus talones y salió airado ante semejante desfachatez. Cuando, poco después, entró corriendo Olive por la puerta trasera, Clarrie aún no había dejado de temblar.

—Acabo de ver salir al señor Bertie como alma que lleva el diablo. ¿Qué quería? —preguntó inquieta.

—Intimidarme para que no me case con su padre —respondió ella haciendo lo posible por

ocultar su angustia.

La recién llegada se acercó entonces y vio en qué estado se encontraba su hermana.

—Clarrie, ¿te parece prudente esta boda después de todo? Se diría que todo el mundo está en contra…

La mayor la miró con aire resuelto.

—Ya se acostumbrarán. No es la primera vez que un hombre decide tomar por esposa a su ama de llaves.

—Sí, pero hay muchos que se oponen no tanto porque seamos criadas como por ser medio indias —apuntó Olive con tristeza.

—¡No hagas caso a la gente! —Clarrie volvía a sentirse airada—. Yo estoy orgullosa de nuestros orígenes y a los que nos quieren de verdad, a Herbert y a Will, eso no les importa.

La pequeña suspiró con expresión aún compungida. Su hermana le tendió los brazos y ella, tras vacilar un instante, se dejó abrazar.

Pese a las palabras desafiantes de Clarrie, el compromiso se prolongó hasta el otoño sin que llegara a concretarse en ningún momento fecha para el enlace. A ella empezó a preocuparle que Herbert pudiera estar reconsiderando su apresurada proposición y cediendo a la presión de la censura familiar. Vivía con el miedo de que Bertie quisiera volver a imponerle sus atenciones. No se fiaba de él. Mientras no fuera la esposa de Herbert, seguiría siendo una criada y sería vulnerable al acoso de su hijo.

—Quizá si les damos algo más de tiempo acaben por aceptar la idea —dijo suplicante Herbert.

Clarrie no se anduvo con ambages:

—No, lo más probable es que no vuelvan a dirigirnos la palabra. Al menos, a mí. ¿Se ha hecho usted a la idea?

—Ni por asomo —concluyó él con un suspiro.

A medida que se acercaba el invierno, Clarrie llegó a la dolorosa conclusión de que aquel matrimonio estaba condenado a morir antes aún de nacer. Sus sueños de convertirse en esposa y compañera de Herbert, de montar un negocio con Olive, no eran más que eso: sueños. Una noche se armó del valor necesario para acometer la dolorosa labor de hacer ver a Herbert lo imposible de su unión, de hacerle comprender que se trataba de una quimera.

—Lo siento —le dijo con voz triste—, pero no estoy dispuesta a ser la causa de que su familia le dé la espalda.

Él la miró consternado.

—No digas eso. No vamos a dejar que ocurra algo así.

—Ya ha ocurrido y usted no puede seguir obviándolo. —Clarrie posó una mano en el brazo de él—. Bertie me ha dejado muy claro que Verity y él no me van a aceptar nunca.

—Bertie. —El rostro de Herbert se ensombreció—. ¿Qué te ha dicho?

Ella le sostuvo la mirada.

—Que nunca voy a poder sustituir a su madre. A mí jamás se me ocurriría tratar de hacer algo así, pero a él le repugna la idea misma de ver a alguien en su lugar.

Él se ruborizó y apartó la mirada.

—No se da cuenta de lo feliz que me haces, pero ya lo verá.

Ella negó con la cabeza.

—Ojalá fuese cierto. Yo también pensaba que acabaría por hacerse a la idea, pero ahora tengo claro que no lo va a aceptar nunca y eso le complica mucho la existencia a usted, que tiene que seguir trabajando con él.

Él le apretó la mano y dijo con furia:

—Me da igual que me haga imposible la vida. Lo único que quiero es que nos casemos. Lo he dilatado demasiado y tú ahora empiezas a tener dudas. La idea de perderte me asusta más que cualquier cosa que pueda hacer Bertie.

Se miraron y a Clarrie se le alegró el corazón al ver el amor que radiaban sus ojos. Supo entonces que podía hacer feliz a Herbert después del terrible dolor que le había provocado la muerte de Louisa. ¿Por qué no iba a poder aprovechar también ella aquella ocasión de ser feliz? Estaba harta de luchar, de preocuparse por el futuro, de desgastarse los dedos. Quien quisiera ofenderse por ello era libre de hacerlo.

—En ese caso —dijo con calma—, va a tener que abordar con su hijo lo que de veras le preocupa.

—¿Y de qué se trata? —Él no le había soltado aún la mano.

—El dinero. Le aterra la idea de que le vaya a robar su herencia.

—¡Eso es una memez! —protestó Herbert.

—Ya lo sé, pero es lo que piensa él.

—Te equivocas, seguro…

—Vino a verme un día —lo interrumpió ella—. Me dejó muy claro que está convencido de que lo único que me importa es su dinero. —Y con calma, pese a la mirada severa de él, añadió —: Esa sospecha acabará por envenenar nuestro matrimonio. ¿Cuánto va a tardar usted en pensar lo mismo?

—A mí me da igual el motivo por el que vayas a casarte conmigo —replicó él—. Con que quieras estoy más que agradecido.

—Ahora quizá —sonrió ella con aire melancólico—, pero de aquí a un tiempo acabará por interponerse entre nosotros si su familia sigue rechazándonos.

—Yo no voy a renunciar a tenerte, Clarrie —insistió él—. Dime qué tengo que hacer.

Clarrie se sintió alentada por su tozudez.

—El único modo que tiene de tranquilizar a Bertie consiste en cederle el negocio antes de que nos casemos, para que nadie pueda hacer acusaciones después.

—Pero estamos hablando de mi bufete —protestó Herbert.

—Y un día será de él. Si no quiere que me vea como una amenaza, tiene que dejarlo todo atado con él. Nosotros no necesitamos gran cosa para vivir: usted no es, ni por asomo, tan derrochador como Bertie y Verity. Una vez que aparte cierta cantidad para Will, ¿por qué no darle ya a Bertie lo que va a tener antes o después?

Herbert la miró con detenimiento antes de concluir:

—Si crees que eso nos allanará el camino al altar, lo haré encantado.

El ama de llaves cobró ánimos al ver la ternura que se había asomado a los ojos de él. Herbert se llevó la mano de ella a los labios y la besó.

—Te quiero, Clarrie —murmuró.

Ella sonrió.

—Lo sé, señor.

El casamiento se fijó al fin para Año Nuevo, poco antes de la fecha en que debía regresar Will a la escuela. Se pretendía que fuese algo discreto: una ceremonia sencilla en la iglesia presbiteriana de John Knox seguida de un baile con merienda en el Empire Tea Rooms para una treintena de convidados, compuesta sobre todo por amistades de la parroquia y un puñado de clientes entre quienes se incluía Daniel Milner, con cuyos parabienes contaba Herbert. Clarrie invitaría a su amiga Rachel Garven y a las mujeres que le habían brindado su amistad en el *pub*: Ina, Lexy y Maggie. Estas se mostraron emocionadas ante la idea y disfrutaron muchísimo buscando atuendos elegantes para no desentonar en el Empire. Contra la voluntad de Olive, hizo llegar también una invitación a Jared y Lily, pero la última respondió escuetamente que consideraba el viernes un día por demás peregrino para celebrar una boda y que los dos estarían demasiado ocupados con su trabajo para poder asistir.

Herbert, a instancias de Clarrie, hizo las paces con Bertie transfiriéndole la propiedad del bufete. Tal gesto, en cambio, no bastó para aplacar a su agraviada nuera. Tanto ella como el primogénito se negaron a ir a la ceremonia y este último, de hecho, pidió a su padre que no pusiera en una situación embarazosa a los Landsdowne remitiéndoles una invitación.

Verity escribió por su parte:

> **Por desgracia, para Año Nuevo estaremos en Perthshire, en casa de unos amigos. Deseamos que el día transcurra a entera satisfacción de los dos.**

—No puede perder las formas —explicó Clarrie a su hermana con sarcasmo—, no vaya a ser que Herbert cambie de opinión y los desherede.

Con todo, ella se sintió aliviada en su fuero interno al saber que no estarían allí para arruinar la celebración. Le resultaba imposible mirar a Bertie con ecuanimidad después de que le hubiese impuesto sus besos a la fuerza en la cocina. El recuerdo de aquel episodio le revolvía el estómago. Cuanto menos tuviera que verlo, mejor.

Will, por el contrario, alegró las vacaciones e hizo que creciera en ella el entusiasmo respecto del día del casamiento. Clarrie lo abrazó arrebatada cuando aceptó llevarla hasta el altar. La proposición pareció abrumar al pequeño.

—¿Yo? —dijo con las mejillas encendidas—. ¿Seguro que quieres que sea yo?

—Por supuesto —aseveró ella sonriendo—. No se me ocurre nadie a quien considere más allegado.

—En ese caso —repuso con un destello de emoción en los ojos—, será todo un honor.

Olive y ella lo llevaron de compras en busca de un traje nuevo. A sus casi dieciséis años, las había superado en altura y les hablaba con una voz grave que casaba muy poco con su aspecto juvenil. Parecía un potrillo que corriera de un lado a otro con sus patas largas y desgarbadas mientras agitaba la cabeza para apartarse el flequillo rubio de los ojos. Sin embargo, cuando oía el estruendo de su risa, Clarrie no podía sino recordar que iba camino de ser un hombre.

—¿Quieres que venga Johnny a la boda? —le preguntó cuando faltaban pocos días—. Va a haber comida de sobra.

El entusiasmo con que aceptó Will hizo que se sintiese agradecida por su natural cariñoso y su falta de presunción. Se había negado a pasar la Navidad en casa de Bertie si no iban su padre,

Clarrie y Olive, aunque sí fue con su hermano mayor y con Clive a pasar un día de caza en Rokeham Towers. Con un poco de suerte, tal vez sería Will quien, en un futuro, enmendase la relación entre Herbert y la familia de Verity.

Llegó la semana de la boda y la recta final del año 1909. Todo estaba listo. El vestido de Clarrie, confeccionado con terciopelo blanco y dotado de un velo sencillo, estaba colgado en el armario junto con el de dama de honor de Olive, cuyo color azul celeste complementaba a la perfección el tono rojizo de sus tirabuzones. Herbert había insistido en retirar los frascos polvorientos y los añejos muebles de la habitación de Louisa para poner cortinas, ropa de cama y alfombras nuevas al gusto de Clarrie y convertirla así en el dormitorio de la pareja.

Con la ayuda de Will, las hermanas reorganizaron el mobiliario para orientar la cama al amplio ventanal y al horizonte de tejados y agujas de la ciudad. Clarrie, que quería lograr que se asemejara lo menos posible a la estancia que Louisa había tenido por dominio privado y en la que había transcurrido su enfermedad, eligió telas de color esmeralda, turquesa y mandarina. En las ventanas colgó muselina blanca en lugar de los pesados brocados de antaño a fin de dejar entrar la luz.

Contempló con nerviosismo el dibujo de aves del paraíso de vivo color verde que adornaba la colcha. No quería pensar demasiado en lo que supondría compartir el lecho conyugal con Herbert. Cierto era que no carecía de atractivo y que de joven debió de gozar de una belleza sobria, pero era ya sexagenario, como lo habría sido su padre de haber vivido hasta aquel día. Ella seguía guardándole cierto temor reverencial y la idea de encontrarse con su antiguo señor en la intimidad del dormitorio hacía que se le removieran las entrañas como en medio de una tempestad.

A fin de mantener a raya pensamientos tan inquietantes, se mantuvo ocupada en tareas y recados innecesarios. Dos días antes del casamiento fue a visitar el Empire Tea Rooms. Aunque hacía semanas que habían elegido el menú de la merienda y el cuarteto de músicos, y a pesar de que desde entonces había acudido en dos ocasiones al salón de té para comprobar que estuviera todo en orden, no pudo resistir la tentación de asegurarse una vez más.

—Cualquier excusa es buena para presentarte allí —comentó Olive poniendo los ojos en blanco cuando declinó la propuesta de acompañarla—. Cualquiera diría que el local es tuyo.

Clarrie se echó a reír.

—Algún día, quizá…

Al entrar en aquel establecimiento de techos altos, tuvo que reconocer que a su hermana no le faltaba razón: le encantaban el olor a abrillantador y a horno y las luces que alegraban cada mesa y contrastaban con el tiempo gris de enero que imperaba en el exterior. Allí se sentía como en casa, como si descargase de los hombros todas las tensiones de un día ajetreado en el instante que cruzaba las puertas batientes de vidrieras de colores.

Reparó enseguida que en los alféizares habían colocado macetas nuevas de helechos y a los lados de la tarima sobre la que iba a tocar la banda había sendas lámparas llamativas de latón con forma de ninfas de los bosques. Los grabados chinos que habían colgado ante los oscuros paneles de la pared conferían un aire oriental a la decoración.

La señora Simpson, a cargo del establecimiento, salió a saludarla e hizo ademán de

conducirla a la mesa del rincón favorito de Clarrie y Rachel.

—No vengo a tomar nada —confesó ella—, sino a comprobar que está todo listo para el viernes.

—Por favor —respondió la señora Simpson mientras la invitaba a sentarse—, déjeme ofrecerle un té por cuenta de la casa.

—Deben de ser los nervios, pero tengo siempre la impresión de que falta algo por hacer.

—Es normal —le aseguró con una sonrisa aquella mujer madura y corpulenta—. Sin embargo, no hace falta que se inquiete, tenemos todo preparado.

—Contaba con ello. —Clarrie se relajó y tomó asiento.

—Como le dije, vamos a poner más mesas aquí al lado para los clientes habituales. Nos han traído unos biombos chinos que podemos colocar para que tengan más intimidad.

—Me gustan los grabados y las plantas que han puesto nuevos y las lámparas son muy bonitas —dijo la joven señalando al estrado—. ¿De dónde las han sacado?

—Nos las envió el dueño —respondió la señora bajando la voz—. Pensará que soy una anticuada, pero a mí me parecen un pelín vulgares. Yo las vestiría un poco más.

Clarrie repuso divertida:

—Quizá no sea mala idea envolverlas con servilletas, no vaya a desmayarse algún cliente.

La señora Simpson se alejó con una risita.

—Betty —ordenó a una de las camareras—, sírvele una tetera de Darjeeling a la señorita Belhaven.

La recién llegada se desprendió del sombrero de ala ancha, se reclinó y dejó escapar un suspiro de satisfacción. La docena escasa de personas que había en el establecimiento producía un murmullo sosegado. Cerró los ojos y pensó en la suerte que tenía de haber dado con Herbert. De allí a poco sería la señora Stock y podría dar por concluidos los años de fatiga.

Llegó su té y Clarrie saboreó el modesto ritual de verter el líquido dorado de la tetera en la taza, dejar caer dos terrones de azúcar con las delicadas pinzas de metal y removerlo todo con una cucharilla de plata.

Las puertas de fuera se abrieron y se cerraron, agitando el aire, que fue a enroscarse frío en torno a sus tobillos. Se estremeció y rodeó con las manos la taza caliente en busca de calor antes de llevársela a los labios y disfrutó del aroma delicado que desprendía antes de beber. Mientras lo hacía, cruzó la sala resuelto en dirección a ella un hombre con capa y sombrero de copa. Al verla, hizo más lentos sus pasos. Antes de que tuviera tiempo de descubrirse la cabeza, ella supo por su estatura y por su andar enérgico que se trataba de Wesley.

Las cejas oscuras, partidas por la cicatriz que tan bien conocía, se contrajeron en un ceño de desconcierto, como si le costara creer lo que veían sus ojos. Se detuvo ante su mesa, mirándola de hito en hito.

—¿Clarissa? —preguntó imperioso—. No puede ser.

Ella se sobresaltó al oír su nombre completo, pues nadie la había llamado así desde que había salido de Belguri. Las manos le temblaban cuando dejó la taza, que tintineó al entrar en contacto con el platillo.

—Señor Robson —dijo poniéndose en pie.

Él corrió a decir:

—Por favor, no se levante.

Se había habituado demasiado a su papel de criada, pensó enojada mientras volvía a sentarse. Sin embargo, era él quien parecía estar en una posición desventajosa en aquel súbito encuentro.

—¿Cómo se encuentra? ¿Qué la trae por aquí? No me lo puedo creer… ¿Le importa si me siento?

Ella, pese al incómodo martilleo que sentía en el pecho, asintió sin palabras. Él retiró la silla que tenía Clarrie frente a ella y se desabrochó la capa sin dejar de observarla en ningún momento. Enseguida acudió una camarera a encargarse de aquella prenda, del sombrero y de los guantes con una inclinación respetuosa. La señora Simpson corrió también hacia la mesa.

—Señor Robson, ¡qué honor! ¿Qué le sirvo?

—Té, gracias —pidió él con una sonrisa distraída—, y pan de jengibre.

La encargada sonrió de oreja a oreja.

—Por supuesto, señor.

A Clarrie se le removieron las entrañas de envidia al ver el respeto que inspiraba Wesley sin ser siquiera consciente de ello. Pensó que no debía sorprenderse de que tuviera interés en hacerse conocer en los salones de té de la ciudad, por mucho tiempo que pudiera transcurrir entre sus visitas a Newcastle, y agradeció no haber topado con él antes en aquel local. Él se inclinó hacia ella y la miró con atención.

—Tiene usted buen aspecto —dijo—. Muy buen aspecto, de hecho. —Al ver que ella callaba, prosiguió—. Siento la muerte de su padre. Cuénteme qué ha sido de usted y de su hermana, Olive. Supe que se habían ido a vivir con unos familiares, pero nadie fue capaz de decirme adónde. Di por hecho que seguirían en algún lugar de la India y pensé que cualquier día me cruzaría con usted, pero no fue así. ¡Quiero saberlo todo, Clarissa!

Ella se aferró a la silla, desconcertada por tan insistente interrogatorio. ¿Qué importancia podía tener para él lo que hubiese sido de su vida?

—Después de la muerte de mi padre, se nos hizo todo muy cuesta arriba —dijo al fin con cierta tensión—. Tuvimos que dejar Belguri y vinimos a Newcastle a vivir con un primo mío y su mujer. —No pensaba revelarle que las habían reducido poco menos que a la condición de esclavas en un *pub* de mala muerte del West End.

—¿Y han estado en Newcastle todo este tiempo? —preguntó él anonadado.

—Sí, no tuvimos elección. Habríamos preferido quedarnos en la India, pero no teníamos nada.

Él apretó la mandíbula mientras inclinaba la cabeza.

—Oí que vendieron Belguri. —La miró con impaciencia—. Pero sí que tuvieron elección. Yo me ofrecí a ayudarlas.

Clarrie sintió despertarse la ira en su interior.

—Sí, dejó usted muy claro que codiciaba la hacienda de mi padre. Una oferta comercial excelente. Seguro que los Robson debieron de adquirirla por una miseria.

Él se inclinó hacia ella entornando los ojos.

—Nosotros no la compramos, aunque deberíamos haberlo hecho: se nos adelantaron unos especuladores que pensaron que podían ganar dinero fácil con ella; pero no supieron explotarla mejor que su padre. La última vez que pasé por allí, hace dos años, estaba tan descuidada que casi daba la impresión de que se la hubiera comido de nuevo la selva.

A Clarrie se le encogió el corazón de dolor. No soportaba la idea de ver su viejo hogar dejado

de la mano de Dios y los arbustos de té asilvestrados. ¿Se habría tragado la maleza las tumbas de sus padres? ¿Las habrían escarbado los leopardos? Se agarró a la mesa a la vez que reprimía un gemido.

Wesley corrió a posar una mano en la suya.

—Lo siento, no quería disgustarla. No supe de la muerte de su padre hasta mucho después de su partida. Por favor, créame: de haberme enterado, habría hecho lo posible por ayudarla.

Ella le apartó la mano, alarmada ante su tacto.

—¿Y de qué le habría servido saberlo?

Él volvió a reclinarse y ambos se estudiaron en tenso silencio. Cuando volvió a hablar, había adoptado ya un tono burlón:

—No, tiene usted razón: las orgullosas hermanas Belhaven no habrían consentido que un simple Robson acudiera en su ayuda, ¿no es así?

Clarrie no dijo nada. No quería pensar en cómo podría haber resultado todo en caso de haber estado Wesley en Assam cuando les sobrevino la catástrofe. Él, en cambio, volvió a inclinarse hacia ella de improviso para señalar en voz baja:

—Aun así, vino a buscarme, ¿no es cierto? Se presentó en la Oxford. Bain, el subgerente, me lo dijo cuando regresé de Ceilán al año siguiente. ¿Por qué se decidió a visitarme? ¿Qué quería preguntarme, Clarissa?

Sus ojos verdes brillaron con gesto confiado. Debía de estar disfrutando con el desasosiego de Clarrie. Lo último que pensaba reconocer ella era que había ido a comunicarle su decisión de casarse con él después de todo.

—Fue idea de Olive —cedió ruborizándose—. Fruto de la desesperación.

Wesley soltó una breve carcajada.

—Tan cortante como siempre, Clarissa.

—Ya nadie me llama así —protestó ella agitada—: aquí soy Clarrie para todos. Los interrumpió la llegada de su té con pan de jengibre. Mientras se servía, le dedicó una sonrisa sardónica.

—¿Prefiere quizá que la llame, sin más, señorita Belhaven para evitar ofenderla?

Ella clavó en él la mirada.

—Podría, pero no por mucho tiempo, porque me caso pasado mañana. —La invadió una sensación de triunfo al ver su rostro perplejo—. Por eso estoy aquí, para ultimar detalles. Vamos a celebrarlo con un discreto baile con merienda en el Empire. De los salones de té de Newcastle, este es mi favorito.

Wesley recobró enseguida la compostura.

—En eso coincidimos. —A continuación la miró de hito en hito—. ¿Y quién es el afortunado?

Clarrie sonrió satisfecha.

—Creo que lo conoce: el señor Herbert Stock, el abogado.

—¿El padre de Bertie? —exclamó él en voz alta, tanto que hubo quien volvió la cabeza hacia ellos.

—Sí —repuso ella poniéndose colorada, furiosa por la expresión de incredulidad divertida de él.

—Pero ¡si es un anciano!

—Y una buena persona —replicó a la defensiva—, que es lo que importa.

—Un hombre bueno y soso —declaró Wesley—. Por lo que sé de usted, le puedo decir que se va a aburrir como una ostra a su lado.

Su arrogancia le resultaba exasperante.

—Pues parece que no me conoce —logró decir pese al nudo que le había hecho la ira en la garganta— y, desde luego, no tiene usted la menor idea de lo que ha sido mi vida y la de Olive estos seis últimos años. Jamás sabrá lo que supone ser una fregona a cambio de una miseria, no tener la certeza de si al día siguiente o al otro tendrá un techo sobre su cabeza o si Olive morirá de un ataque de asma por no poder permitirse un médico. Usted y las personas de su condición creen que gobiernan el mundo y que nadie debe interponerse en su camino. Pues sepa que no es eso lo que yo quiero: yo no tengo más ambición que contraer matrimonio con un buen hombre que nos trate con respeto a mi hermana y a mí. ¡Y puede usted reírse de mí cuanto desee, Wesley Robson, porque prefiero casarme con Herbert, por muy anciano que sea, que con los hombres de su calaña!

Dicho esto, abandonó su asiento de un brinco, tomó su sombrero y salió andando hacia la puerta con decisión. Él intentó agarrarla del brazo cuando pasó a su lado.

—Lo siento. No se vaya… Cuénteme más de…

—No tengo nada más que contarle —le espetó ella liberándose, avergonzada al ver que los clientes de las mesas de su alrededor habían dejado de hablar para escuchar su discusión.

Humillada, huyó del establecimiento sin mirar atrás. Corrió sin rumbo por las calles de la ciudad y, a continuación, horrorizada ante la idea de que él pudiese perseguirla, subió a un tranvía y se encontró yendo en la dirección equivocada. Tras apearse en Sandyford, caminó hacia el oeste en el momento en que empezaba a caer aguanieve. Cuando llegó a Summerhill, estaba helada y empapada hasta los huesos.

Olive la amonestó mientras le quitaba las prendas mojadas y la envolvía en una manta.

—¿Dónde has estado? Tenía miedo de que te hubiera ocurrido algo terrible.

Al ver la angustia en el rostro de su hermana, la mayor optó por no decir nada de su encuentro con Wesley, pues no quería mortificarla con la noticia de que Belguri había quedado en ruinas.

—Me he confundido de tranvía —dijo tiritando—. ¡Si seré estúpida! Tenía la cabeza en las nubes.

—¡Qué tonta! —exclamó aliviada la pequeña mientras la secaba. Acto seguido, le preparó algo caliente para beber y, mientras se lo daba, le preguntó—: El señor Herbert te gusta de veras, ¿no?

Clarrie la miró con gesto culpable. Había tenido el pensamiento ocupado en su encuentro con Wesley y en la turbación que le había provocado. Tomó la taza que le ofrecía y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Estoy feliz. —Olive le dedicó una sonrisa melancólica—. Me cuesta creer lo distinta que va a ser tu vida de aquí a menos de dos días.

—Y la tuya —apuntó la otra enseguida.

La pequeña adoptó una expresión reflexiva antes de decir:

—Imagino que sí, pero no será lo mismo.

Salió a tender la ropa mojada en la sala dispuesta a tal efecto antes de que su hermana tuviera

tiempo de preguntarle qué quería decir.

Capítulo 22

El día del casamiento, Clarrie se levantó destemplada e intranquila, convencida de que debía de haberse resfriado. Olive la ayudó a vestirse, sin dejar de hablar por causa de los nervios mientras le retiraba el pañuelo de la cabeza y peinaba sus largos mechones morenos para formar con ellos estudiados tirabuzones que enmarcasen su rostro ovalado.

—¡Qué guapa estás! —declaró—. Igual que mamá en aquella foto.

La novia contempló su imagen en el espejito situado sobre el aguamanil y reparó en que aquella misma noche podría mirarse en la luna del dormitorio de matrimonio. Sus ojos grandes y castaños brillaron con luz febril. Tenía la sensación de que le iba a estallar la cabeza. Tenía que salir de su letargo.

—Tienes mucha destreza con las manos —dijo a su hermana haciendo lo posible por parecer animada—. Una peluquera no lo habría hecho mejor.

Se dio la vuelta y vio la expresión satisfecha de Olive. Aquella noche, la pequeña se mudaría al antiguo dormitorio de Bertie y Verity. Sally, la hija de Ina, entraría a trabajar al día siguiente de criada y ocuparía la habitación del desván que habían seguido compartiendo las hermanas aun después de la partida del resto del servicio. En adelante, ninguna volvería a oír la respiración de la otra por la noche ni podrían conversar en voz baja cuando no lograsen conciliar el sueño. En realidad, no habían dormido separadas sino durante un breve periodo después de su llegada a Summerhill.

Sintió una punzada de dolor al reparar en la pérdida y tendió los brazos a su hermana.

—¡Oh, Olive! ¡Voy a echarte de menos!

—¡Yo a ti también!

Dicho esto, corrió a refugiarse en su abrazo y lloró con ella. Las dos estuvieron un largo rato sollozando sin soltarse.

—¡Qué tontas somos! —dijo Clarrie sorbiendo las lágrimas—. ¡Si no me voy a ir de aquí! Vamos a seguir viéndonos a diario.

—Lo sé —gimoteó su hermana—, p… pero tengo la impresión de que s… se acaba algo.

Fue la mayor quien se separó primero.

—Desde luego, lo que se acaba no es nuestra vida juntas. Te lo había prometido, ¿te acuerdas? —Le apartó el cabello pelirrojo del rostro lleno de lágrimas.

Se había convertido en una joven muy hermosa de diecinueve años y Clarrie paró mientes de pronto en que no tardaría en convertirse ella también en una mujer casadera. Cierto era que la

pequeña no había expresado ningún interés romántico en nadie desde el flechazo infantil que había sentido por el soldado Harry Wilson. Su hermana mayor no dudaría en ofrecerle su consejo cuando llegara el momento, porque seguía sintiendo que debía protegerla como si fuese hija suya y eso no podría cambiarlo nada.

—Venga, vamos a arreglarte ahora a ti —sonrió Clarrie—. Que no nos oiga el Señor gimotear como plañideras en un funeral.

—¿Sabes qué va a ser lo más difícil? —dijo Olive aspirando—. Llamar al señor Stock por su nombre de pila.

Clarrie se mostró de acuerdo.

—Herbert —probó—. Herbert, Herbert… Inténtalo tú.

—No —rio Olive.

—Vamos.

—Herbert —dijo su hermana entre carcajadas—, Herbert, Herbert.

—¡Eso es! —la alentó la mayor—. Ahora, las dos juntas.

—¡Herbert, Herbert, Herbert, Herbert! —gritaron, dejándose caer sobre la cama y retorciéndose de risa.

Aquello sirvió para exorcizar la ansiedad. El malestar que se había apoderado de Clarrie mucho antes del alba se desvaneció ante aquella hilaridad compartida.

Aunque había un carruaje preparado para llevar a las hermanas a la iglesia, Herbert insistió en salvar a pie la pendiente con Will, pese a que la novia temía que el frío le provocase un ataque de reúma. Las nubes bajas amenazaban con caer en forma de nieve y la primera ráfaga los obligó a apretar el paso.

Clarrie, con la cabeza embotada por el resfriado que estaba incubando, apenas fue consciente de que Will le cubría las frías manos con las suyas a fin de hacer que entrasen en calor cuando, un instante después, se vio caminando hacia Herbert del brazo del pequeño envuelta en la neblina vaporosa del velo. Aun así, el gesto de admiración que adoptó su antiguo señor cuando quedó con el rostro descubierto y la sonrisa en que se transformó su expresión sombría le alegraron el corazón.

Tras una ceremonia tan breve como solemne, salió del brazo de Herbert y, al ver que arreciaba la nieve, subió con él, Will y Olive al carruaje para internarse colina abajo en la ciudad. El Empire les pareció más acogedor aún que de costumbre cuando fueron a refugiarse de la cellisca en su confortable elegancia.

La banda interpretó la marcha nupcial en el mismo instante en que aparecieron los contrayentes, de nuevo del brazo mientras se retiraban mutuamente la nieve que les había caído en la ropa. La señora Simpson los condujo a una mesa alargada dispuesta en la cabecera de la sala, al lado de los músicos, y sus camareras comenzaron a sacar bandejas de emparedados exquisitos, bollos con mantequilla y porciones de tarta.

No hubo que esperar mucho para que estuvieran reunidos todos los convidados y se aprestaran a tomar el té con el rostro encendido a la luz de las lámparas a medida que entraban en calor. Antes del baile, Herbert pronunció un discurso breve y tímido para agradecer la presencia de sus amigos.

—Tras la muerte de mi primera esposa —dijo aclarándose la garganta—, me convencí de que jamás volvería a alcanzar semejante felicidad con ninguna mujer. Desde luego, no era lo que

buscaba. —Sus ojos refulgieron cuando miró a Clarrie—. Sin embargo, la tenía allí mismo, en mi propia casa, valiente, amable y siempre pendiente de nuestro bienestar en momentos en los que parecía imposible llegar al final del día. —Apoyó una mano en el hombro de ella para añadir:

»Clarrie me ha devuelto las ganas de vivir. Es un regalo de Dios. Todavía tengo que pellizcarme para estar seguro de no haber soñado que esta joven hermosa ha consentido en ser mi esposa, pero lo ha hecho y le estoy profundamente agradecido por ello, como también mi hijo Will, para el que ha sido como una madre desde que la suya falleció.

»Así que, por favor —concluyó sonriendo—, disfrutad del té y bailad si es vuestro deseo, y muchas gracias por venir a compartir nuestra felicidad en un día tan desapacible.

Los convidados aplaudieron sus palabras y Will se puso en pie de un salto para proponer un brindis por los recién casados. Todos alzaron las tazas.

—¡Por Herbert y Clarrie!

La novia rio al ver a Lexy y sus amigas haciendo mohínes por tener que beber té. El abogado no había querido correr el riesgo de que el alcohol arruinase la celebración.

—El té es el mejor estímulo que pueda imaginarse —había declarado.

Cuando todos volvieron a tomar asiento tras un nuevo aplauso y los músicos comenzaron a tocar, llamó la atención de Clarrie un hombre que salía de entre las sombras al lado del biombo chino. Quedó petrificada al ver que se trataba de Wesley, que, con los brazos cruzados, los observaba con cierto aire divertido. Al ver que ella había reparado en su presencia, arqueó las cejas en actitud insolente. ¿Cómo osaba presentarse allí y estropearle el día? El corazón empezó a latirle con fuerza y sintió que le empezaba a sudar la frente. Instantes después, Wesley llamó a una de las camareras y desapareció tras el biombo.

—Clarrie, mi vida —dijo Herbert—, ¿te encuentras bien?

Ella advirtió que tenía la respiración agitada y las palmas de las manos sudadas. Sentía frío y calor a un tiempo. Trató de centrarse en lo que le estaba diciendo él.

—Había pensado que podías bailar con Will. Así me ahorras el bochorno. —Había adoptado una expresión suplicante—. Después del paseo hasta la iglesia, no me veo con fuerzas.

Ella había abrigado la esperanza de convencerlo para que bailase con ella, siquiera un vals tranquilo, pero a él lo avergonzaba su cojera y no tenía intención alguna de ceder. En aquel momento, de hecho, Clarrie tampoco tenía claro que ella misma fuese capaz: la cabeza le daba vueltas con el calor de la sala. Will, en cambio, estaba deseando salir a la pista, así que hizo lo posible por reunir cierto entusiasmo cuando el muchacho la condujo hasta aquel suelo bien pulido. No faltó quien corriera a seguir su ejemplo.

—Has estado practicando, ¿verdad? —preguntó ella, impresionada por su soltura.

Él sonrió.

—Sí, con las hermanas de Johnny.

Mientras le hablaba de ellas, Clarrie no pudo evitar mirar a su alrededor por ver si Wesley se atrevía a dejarse ver de nuevo. ¿Cómo se le había ocurrido contarle sus planes de matrimonio? ¡Si sería estúpida! Tenía que haber imaginado que aprovecharía la información para incomodarla. Había ido allí para burlarse de ella por casarse con un viejo, celebrar una boda sencilla con invitados corrientes que se hallaban más en su medio en las calles de casas adosadas de Elswick que en las mansiones de Jesmond. Fueran cuales fueren sus intenciones, resolvió no

dejarse denigrar por su desprecio.

Mientras regresaba a la mesa con Will, llegó una camarera con una cesta enorme atada con una cinta plateada.

—Un obsequio del Empire —dijo sonriendo.

—¡Qué detalle! —exclamó Herbert poniéndose en pie para recogerla.

—Desde luego —coincidió Clarrie admirada—. Dele las gracias a la señora Simpson de nuestra parte.

—En realidad, es un regalo del propietario —respondió la muchacha.

—¡Cielo santo! —dijo el abogado—. En ese caso, habrá que agradecérselo a él.

—¿Quiere que lo llame, señor? —preguntó ella.

—Si está aquí, sí, por favor.

Ella se retiró con una cortesía. Clarrie deshizo el nudo con curiosidad. La cesta estaba llena de exquisiteces: quesos, pasteles, fruta escarchada, té y café en grano.

—¡Qué generoso! —exclamó.

—La ocasión lo merece —dijo desde atrás una voz potente.

Ella se dio la vuelta y vio a Wesley, que, inclinando ligeramente la cabeza, estrechó la mano de Herbert.

—Yo lo conozco, ¿verdad? —preguntó el abogado.

—Wesley Robson, primo de Verity —anunció él con una sonrisa—. Estuve en la boda de su hijo.

—Claro que sí. Ha sido un detalle muy generoso… y muy sorpresivo.

—Tuve amistad con el padre de Clarrie en la India —respondió el otro— y es lo mínimo que puedo hacer en señal del aprecio que profeso a los Belhaven y a usted mismo.

—Se lo agradecemos muchísimo —insistió Herbert mirando pasmado a su esposa—, ¿verdad, cariño?

Los dos la miraron. Ella estaba teniendo dificultades para respirar y el pulso se le había acelerado de un modo alarmante.

¿Aprecio a los Belhaven? ¿Amistad con su padre? ¿Cómo podía mentir con semejante descaro? Así y todo, peor aún que su insolencia era la revelación de que aquel salón de té, aquel lugar tan especial para ella, era propiedad suya. Hacía solo dos días que se había jactado ante él de su intención de celebrar allí el convite de su casamiento. Se encogió al reparar en cómo lo había recriminado en su propio establecimiento antes de salir airada de él. Sintió que la abrumaba una oleada de vergüenza sofocante.

—¿Clarrie? —la apremió Herbert.

—Sí —dijo ella con desmayo evitando mirar al otro—, muchísimo.

—¿Puedo invitar a bailar a la novia? —quiso saber Wesley.

—Yo estaré encantado —contestó sonriente el abogado—, porque me temo que a mí me va a ser imposible.

Clarrie miró alarmada a su marido. Lo último que deseaba hacer era bailar con Wesley, pero ¿cómo iba a negarse? Herbert la alentó con un movimiento de cabeza.

—Vamos, cariño. Quiero que disfrutes de este día tanto como yo.

Wesley le tendió la mano con gesto desafiante. Ella tragó saliva y se obligó a sonreír. Le ofreció la mano, trémula y sudorosa. Él la llevó a la pista de baile y la tomó en sus brazos. El

corazón de Clarrie latía errático y con fuerza y todo le daba vueltas. Tuvo miedo a desmayarse por el calor.

—¿Está usted bien, Clarrie? —preguntó él sujetándola con más fuerza.

—Sí —consiguió decir ella.

Él la hizo girar por la pista y ella comenzó a marearse.

—Míreme, Clarrie.

Ella obedeció a regañadientes. Estaban tan cerca que podía ver el verde vivo de sus ojos entre pestañas oscuras y el hoyuelo de su barbilla. Sintió una punzada de deseo, tan poderosa como la que había experimentado hacía muchos años, cuando él la había besado por primera vez. Paralizada, hizo lo posible por invocar la ira que había sentido poco antes.

—¿Por qué no me dijo que era el dueño del Empire? —lo acusó.

Él le sostuvo la mirada.

—¡Si no me dio tiempo! Salió usted corriendo como una exhalación.

—Lo siento —repuso Clarrie ruborizándose—. Fue una grosería por mi parte.

—Estaba enfadada y fue por culpa mía, pero tiene que entender que me resultó muy perturbador topar de manos a boca con usted de ese modo. ¡Y pensar que había estado viviendo en casa de los Stock todo este tiempo…! Podríamos habernos encontrado en cualquier otro momento…

—Yo tenía entendido que trabajaba de corredor de té en Londres —dijo ella por apartarlo del derrotero que estaba tomando la conversación.

—Durante un tiempo, sí. Después de la boda de Bertie, volví a la India, pero las circunstancias me trajeron aquí de nuevo y, entonces, se me presentó la ocasión de comprar este local. Tengo la intención de adquirir varios más.

Clarrie sintió envidia de que pudiera hablar con tanta despreocupación de la idea de hacerse con una cadena de salones de té, cuando ella sería feliz teniendo solo uno a su nombre. Le recordó cómo la prosperidad de los Robson había eclipsado siempre a los Belhaven.

Él estrechó su abrazo.

—Ojalá tuviese una mujer de negocios dispuesta a ser mi socia, alguien que conociera bien el mundo del té.

¿Se estaba burlando otra vez de ella o haciéndole una oferta?

—Siempre pensando en negocios, hasta en un convite de boda —dijo ella con sarcasmo. Entonces recordó a la joven elegante del sombrero rojo que había visto a su lado—. Entonces, ¿no se ha casado aún?

—No —reconoció él y ella pudo ver con sorpresa que se le encendían las mejillas—. Teníamos que habernos encontrado antes, Clarrie. Ojalá hubiese sabido que estaba aquí, en Newcastle. —Su mirada se intensificó—. Nunca la había visto más hermosa.

—No, por favor —susurró ella.

—Es cierto. Me irrita pensar que se ha casado con alguien que casi triplica su edad.

—¿Cómo se atreve —respondió agitada— a decirme una cosa así el día de mi boda? Habría dado igual que coincidiésemos antes. ¿O cree que en algún momento se me habría ocurrido casarme con un Robson?

Wesley la atrajo de nuevo hacia sí mientras giraban.

—Sí que lo hizo —insistió él—. Fue a buscarme a la Oxford. Sé que sentía algo por mí…

—Entonces era una chiquilla —lo atajó ella—. Me empujó la desesperación, pero no volvería a cometer ese error en la vida.

—No la creo —dijo él—. Si la hubiese encontrado antes de que Herbert le propusiera matrimonio, tengo la impresión de que habría estado dispuesta a darme el sí.

Ella, furiosa por semejante arrogancia, contraatacó diciendo:

—Pues se equivoca. De hecho, nos vimos otra vez hace un tiempo. Fue en los jardines de Summerhill, después de la boda de Bertie, y, si hubiese estado tan dispuesta, habría hablado entonces en lugar de hacerme pasar por Dolly.

Él abrió los ojos de par en par con gesto incrédulo.

—Aquella criada… ¿era usted?

—Sí, era yo. Podría haberle revelado entonces mi identidad, pero no quise. —Se armó de coraje para tratarlo con crueldad—. No lo amo y nunca lo he amado, conque, por favor, déjeme en paz. Soy la esposa de Herbert y no debería usted decirme esas cosas.

Él frunció el ceño y apretó la quijada dejándose acometer de pronto por la ira.

—Nunca fui enemigo de su padre ni lo he sido de usted, pero me ha dejado muy claro lo que piensa. Es usted la más tozuda e hiriente de todos los Belhaven. Perdone que le haya revelado mis sentimientos. Ya veo que estaba equivocado de medio a medio. Nuestro matrimonio habría sido un desastre.

Con estas palabras puso fin al baile de forma abrupta y la llevó de nuevo junto a Herbert antes de despedirse con una escueta inclinación. Clarrie se dejó caer en la silla, temblorosa y mareada.

—Vida mía, no tienes buen aspecto. —Su marido estaba preocupado—. ¿Te ha sentado mal el baile? Pareces molesta.

—Estoy un poco mareada —dijo respirando con dificultad—. Es por el calor.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No —respondió ella mientras trataba de calmar la agitación que se había apoderado de ella —. Creo que con descansar un poco se me pasará.

Herbert pidió un vaso de agua que ella bebió con avidez antes de ponerse a observar a los invitados que bailaban y se divertían como a través de una pantalla de dolor y con la cabeza que parecía ir a estallarle. Wesley había arruinado la celebración con su aparición repentina y su traidora palabrería de amor y matrimonio. ¿A qué venía decírselo cuando ya estaba casada con Herbert? ¿Acaso decir cosas así respondía a su cruel deseo de provocarla sabiendo que estaba ya unida a otro? No alcanzaba a desentrañar los motivos que lo habían llevado a actuar así ni si había sido o no sincero.

De cualquier modo, ya no había nada que hacer. Ella nunca habría consentido contraer matrimonio con el hombre que había hecho buscar a Ramsha para arrastrarlo de nuevo a una muerte segura en la Oxford, con alguien que anteponía su propio beneficio económico al bienestar de sus trabajadores y que había intentado arruinar a un comerciante honrado como Daniel Milner. Si podía ser tan implacable en su vida profesional, ¿cómo iba a ser digno de confianza como esposo?

Intentó apartar aquellos pensamientos de su cabeza y disfrutar de lo que quedaba de la celebración. Pese al mareo, bailó con Johnny y de nuevo con Will. Al fin, la banda dejó de tocar y llegó el momento de regresar a Summerhill. Habían decidido no hacer viaje de novios, ya que

en enero podía resultar peligroso. Herbert le había prometido llevarla al Distrito de los Lagos a comienzos del verano.

Sus amigas se acercaron a ella para despedirse.

—¡Mírala! —se burló Lexy—. Bailando con los jóvenes más apuestos de la sala y no lleva casada ni cinco minutos. Es para quitarse el sombrero, Clarrie, cariño.

—Buena suerte, muchacha —dijo Ina con ojos llorosos—. Estamos muy orgullosas de ti. Ya me irá dando mi hermana Sally noticias tuyas.

—No te olvides de nosotras ahora que estás con la gente rica —se mofó Maggie.

Ella les dio un beso y prometió no hacerlo.

Fuera había oscurecido. La nieve había dejado de caer y empezaba a helarse bajo los pies. Hacía un frío espantoso. En la casa, los cuatro se sintieron incómodos. Olive avivó el fuego de la sala de estar y anunció que iba a preparar una cena ligera.

—Yo te ayudo —se ofreció Clarrie.

—¿En tu noche de bodas? —la reconvino su hermana—. Ni se te ocurra. Descansa, que pareces agotada.

Herbert se lanzó a mimarla: la llevó al sillón que había frente al hogar y buscó una manta para que se cubriera las rodillas. Will propuso jugar a las cartas, pero su padre declinó la idea:

—Tengo un asuntito del que ocuparme antes de mañana. ¿Estarás bien, amor?

Clarrie lo miró consternada, pero asintió: prefería tenerlo arriba trabajando que dando vueltas de un lado a otro con aire de desaprobación mientras los demás jugaban. Will los miró a los dos y dijo:

—¿Por qué no te quedas y lees un libro, papá?

—No tardaré nada —contestó indignado—. Bajaré para cenar algo.

Sin embargo, no volvió a aparecer por allí. Clarrie puso todo su empeño en una partida de *backgammon* contra Will y la perdió y, a continuación, lo vio ganar a Olive a las cartas antes de que la pequeña sirviera sopa de guisantes.

—¿Quieres que le lleve un cuenco al señor Stock? —preguntó.

Clarrie vaciló antes de decir que sí.

—Solo a mi padre se le puede ocurrir ponerse a hacer papeleo el día de su boda —dijo Will con impaciencia—. Lo siento mucho por ti, Clarrie.

—No te preocupes. —Ella se obligó a sonreír—. Sabes que no tiene remedio: es así de meticuloso.

Clarrie se retiró a la planta de arriba poco después. Llamó a la puerta del estudio y encontró a Herbert sentado ante su escritorio y sumido por entero en su trabajo.

—Me… Me voy a la cama —dijo.

Él levantó la cabeza sobresaltado y se quitó las gafas.

—Lo siento mucho: he perdido toda noción del tiempo.

—No te preocupes —respondió ella enseguida—. Yo estoy demasiado cansada como para jugar más a las cartas. Will y Olive están tocando juntos.

Herbert se acercó y puso las manos sobre los hombros de ella con gesto preocupado.

—Tienes que descansar, amor. Me da la impresión de que estás incubando algo.

—No es más que un resfriado —aseguró ella.

—Aun así, tenemos que cuidar bien tu salud. —Se aclaró la garganta—. Si lo prefieres,

puedo dormir en mi cuarto. Para que descanses mejor.

—No hace falta —repuso con atropello y, a continuación, se puso colorada.

Quería pasar cuanto antes el trago de su primera noche juntos. Debían consumar el matrimonio si quería considerarse de veras la señora Stock, pues aquel era, a su vez, uno de los principales indicadores de que había dejado de ser, sin más, su ama de llaves. Tenía que ser esposa y amante y, con el tiempo, deseaba también darle hijos.

—Creo que sería mucho mejor hacerlo así —dijo él con firmeza—, solo por esta noche. —Rozó la frente de ella con los labios—. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches —masculló ella haciendo lo posible por ocultar su decepción ante un beso tan casto, más adecuado para una hija que para una esposa recién casada.

Sola en aquel dormitorio enorme, Clarrie se deshizo con dificultad del vestido de novia, lo lanzó sobre una silla y sacó el camisón que había bordado Olive con mariposas verdes. Aunque su hermana había echado las cortinas y encendido el fuego para ahuyentar el frío de la habitación, tiritó con violencia al sentarse en el borde de la cama y ceñirse los senos con los brazos.

De abajo llegó la suave cadencia de la música que interpretaban los violines y sintió ganas de echar a correr escaleras abajo para unirse a Will y a Olive en la calidez de la sala de estar y sentirse arropada por su compañía. Se puso en pie y, dirigiéndose a la ventana, apartó la cortina para escrutar la oscuridad de la noche. El día de su boda. Allí fuera estaban los convidados que se habían reunido a celebrarlo, pero a esas alturas estaban desperdigados y el día había concluido.

Con un suspiro, se subió al lecho vacío y se hizo un ovillo entre sus sábanas heladas. La cabeza le daba vueltas y le dolía todo el cuerpo. Sobre todo, ansiaba sentir el consuelo de unos brazos cálidos rodeándola. Nunca se había sentido tan sola. Ojalá Herbert cambiara de idea y acudiese al dormitorio. Trató de mantenerse despierta con la esperanza de que así fuera. Estuvo atenta por si oía sus pasos, pero no fue nadie a visitarla.

Los acontecimientos de aquel día no dejaban de dar vueltas en su interior: la ceremonia íntima, la tormenta de nieve, el baile en el salón de té, la aparición sorprendente de Wesley… Se estremeció al recordar las manos de él en la suya y sobre su cintura, el modo en que la había mirado sin hacer nada por ocultar su deseo. Desde luego, aquel hombre sí sabía besar con pasión. Al verse asaltada por un anhelo repentino de tenerlo, hundió su rostro encendido en la almohada helada para ahogar un sollozo. Se despreciaba por el deseo abyecto y destructivo que sentía por él. ¿Cómo podía estar allí tumbada, esperando a su esposo cuando aún no llevaban siquiera un día de matrimonio y pensando en Wesley de ese modo? No podía ser más despreciable.

La vergüenza la llevó a tratar de culparlo a él, pues, al fin y al cabo, había sido Wesley quien había interrumpido el convite de su boda, obligándola a bailar y revolviendo con malicia cuanto sentía por él. No era más que otro de sus intentos de dominarla incluso tras su casamiento con otro. Él era el origen de todos sus males, desde el día aciago en que la suerte había querido reunirlos en el claro de las colinas de Jasia en que habitaba el *swami*.

La única certeza que tenía su mente enfebrecida era que, en adelante, debía mantener alejado a Wesley. Tenía que hacer cuanto pudiera por no acercarse a él.

A medida que avanzaba la noche y Herbert no aparecía, fue luchando con sus pensamientos atormentados. Cuando, al fin, cayó dormida, soñó que volvía a estar en Belguri, tumbada en un

diván mientras la acariciaba el aire cálido. Un hombre la llamaba sin descanso, pero no alcanzaba a distinguir quién era…

Despertó sobresaltada y con la almohada empapada en lágrimas.

—Herbert, ¿eres tú? —exclamó.

Pero al tenue resplandor de las ascuas moribundas pudo ver que el espacio que había a su lado seguía vacío.

Capítulo 23

A todos les costó habituarse a las primeras semanas de matrimonio. Clarrie se afanaba por no asumir sus funciones habituales de ama de llaves y trató como pudo de no ir de un lado a otro ocupándose de toda clase de labores, desde pedir los suministros hasta limpiar los hogares, mientras que Herbert, que había contratado de cocinera a la señora Henderson, la regañaba por no descansar.

—Tienes que salir más, cielo —insistía—. Vete de compras o a tomar el té con tus amigas.

Ella se mordía la lengua para no decirle que todas ellas estaban deslomándose para ganarse la vida. Clarrie no pertenecía a la clase ociosa ni ninguna de las integrantes del antiguo círculo de Louisa la consideraba digna de su compañía. Ni a las vecinas ni a las feligresas adineradas se les ocurriría invitarla a sus viviendas.

Clarrie, a su vez, reprendía a Olive por hacer tareas domésticas.

—Ya no tienes que sacar brillo a la escalera. Eso es cosa de Sally. Vas a echar a perder esos dedos de violinista.

Su hermana, sin embargo, se sentía culpable si dejaba que todo lo hiciera la hija de Ina.

—Pues no tienes más remedio —le advirtió Clarrie con firmeza—. Ahora eres familia de los señores.

—¿Qué hago entonces? —preguntó Olive.

—Lo que te apetezca —exclamó ella impaciente—. ¿No estabas deseando no tener que servir de criada?

—Sí —admitió la pequeña con un suspiro—, pero sin Will me aburro: aquí no hay nada que hacer.

Por más que coincidiese con ella, Clarrie no podía reconocerlo.

Después de aquella conversación, despejó el antiguo vestidor de Verity y lo convirtió en un estudio de pintura para Olive, quien no tardó en redescubrir su antigua pasión por el arte, si bien la muchacha se sentía más feliz en la cocina, conversando con Sally y la señora Henderson, que sentada arriba haciendo compañía a su hermana mayor durante tardes cada vez más largas mientras Herbert trabajaba.

Clarrie comprobó frustrada que la vida con su marido había cambiado muy poco respecto de la que había conocido antes en la casa. Se había convertido en la señora Stock solo de nombre. Él era amable y cariñoso a su manera y parecía disfrutar de la compañía de ella durante las comidas, pero no tenían contacto social alguno como pareja sino cuando iban a la iglesia, y él parecía no

ansiar otra cosa que encerrarse en su estudio después de pasar el día en el bufete. Vivía para su trabajo.

Ella ya sabía todo esto antes de casarse, pero lo que no esperaba era que él evitase la intimidad del lecho conyugal. Al principio, se había servido de la destemplanza de ella como pretexto para dormir en otra habitación. El resfriado había degenerado en bronquitis y se había prolongado hasta el mes de febrero, pero él había seguido rehuyéndola aun después de que Clarrie se hubiera recobrado por entero. Ella estaba desconcertada y perpleja por su rechazo, pero no sabía cómo hablar de ello sin sacar los colores a ambos.

Cuando llegó la primavera y se alargaron las tardes, Clarrie comenzó a preguntarse si no debería ser más directa y acudir, sin más, al dormitorio de él para meterse en su cama. Sin embargo, Herbert se quedaba trabajando hasta muy tarde y por la mañana se mostraba tan irritable que no quería correr el riesgo de empeorar aún más la situación. Pensó en confiar su problema a Olive, pero ¿qué podía hacer su hermana? Quizás aquella farsa de matrimonio se había convertido ya en motivo de habladurías entre el servicio. Sally, que encendía los hogares y hacía las camas por la mañana, no podía ignorar que Herbert y ella dormían separados.

Mientras Olive pasaba los días dibujando y pintando, los pensamientos de Clarrie se iban fijando cada vez más en su ambición de tener su propio salón de té. Compartió sus planes con Rachel y, cada vez que su amiga tenía el día libre, iban juntas a un café distinto para tomar nota de los menús, los precios y la calidad del servicio que ofrecían. Clarrie recibió con envidia la noticia de que los Robson habían abierto otro Empire Tea Rooms en Ridley Place y un tercer establecimiento en Jesmond Road. Los dos contaban con muebles elegantes y sillas torneadas, paredes de primoroso papel pintado, estatuas de amorcillos de latón y lámparas con pantallas de vidrios de colores. Las camareras llevaban batas como las que usaban las damas para recibir a quienes acudían a sus casas a tomar el té y tenían recaderas a su servicio. Los bollos estaban recién horneados, los manteles eran inmaculados y las mezclas de té eran siempre de primera. Además, gozaban de una gran popularidad. Cuando fueron a los dos locales nuevos, Rachel y ella tuvieron que hacer cola para conseguir una mesa.

Clarrie salió de aquellos salones con una mezcla de alivio por no haber coincidido con Wesley y una profunda envidia ante su éxito. Se propuso hacerlo mejor aún, pero juró no consagrarse a complacer a las mujeres acaudaladas y ociosas de la clase media: su objetivo consistía, más bien, en abrir un salón de té entre las cervecerías y los *pubs* del West End obrero. Recorrió a pie las calles de Elswick y Benwell en busca de locales disponibles. Allí era frecuente que los negocios cambiasen de dueño y que donde había una tienda de ultramarinos se abriera a la semana siguiente una de muebles: las zapaterías, panaderías, mercerías, carnicerías y jugueterías iban y venían como las estaciones. Pocos se hacían ricos abasteciendo a las clases trabajadoras de Scotswood Road, aunque ella estaba convencida de que, si aplicaba todo su empeño, podría lograr que un negocio así fuera rentable.

Por eso le resultaba más frustrante aún que Herbert no le hiciera caso cuando trataba de hablarle de ello. Si no estaba muy ocupado, se limitaba a señalar que aquello iba a requerir esfuerzos colosales. Pero sí, podía reunir cuanta información considerase necesaria y hablarían de ello con detenimiento más adelante.

Will la distrajo de su búsqueda al regresar para las vacaciones de Pascua y rompió la quietud de la casa con sus ruidos y su risa. Fue él quien, al fin, satisfizo la ambición de Clarrie de dar con

la antigua granja de los Belhaven en el norte de Northumberland. Acompañados de Olive, tomaron el tren que llevaba a Wooler y, al llegar a la estación, un carro ligero de dos ruedas y un solo caballo. Gracias a un mapa antiguo que encontraron en la biblioteca de Herbert, averiguaron que debía de encontrarse a mitad de camino entre esta última población y la costa. Doddingham, cuando al fin lo encontraron, resultó ser un puñado de robustas dependencias rurales situado a orillas de un río y rodeado de campos feraces y de las onduladas laderas de los montes Cheviot.

Enseguida se apoderó de Clarrie una extraña sensación de conocer aquellas tierras, de pertenecer a aquel lugar. Eran tal como las había descrito su padre. Mientras se dirigían a la cima de una colina de faldas escarpadas pobladas de brezos, alcanzaron a ver al este la superficie azul grisácea del mar del Norte.

—Papá conservó siempre su amor por el mar —reflexionó la mayor de las hermanas—, ni siquiera después de pasar media vida lejos de él.

Olive le dio la mano mientras lo contemplaban en silencio y se dejaban visitar por el recuerdo de Jock y sus conchas marinas de la playa de Bamburgh y de la historia de la heroína local Grace Darling, que salvó a las víctimas de un naufragio ocurrido en las rocas de las islas Farne. A lo lejos se divisaba la antigua fortaleza que guardaba la costa y las traicioneras islas que se extendían ante ella.

Cuando se pusieron a resguardo del viento para compartir una merienda campestre, las hermanas obsequiaron a Will con anécdotas sobre su padre y con algunos de sus muchos relatos.

—Tuvo que ser un gran hombre —dijo él con una sonrisa melancólica—. Yo creo que, a mí, mi padre no me ha contado nunca un cuento. Mi madre era distinta: a ella le encantaban y yo no me cansaba de oírselos repetir. —En ese momento guardó silencio mientras su semblante, de costumbre pálido, se enrojecía—. Perdón.

Clarrie tendió una mano para apretar la de él.

—Tranquilo. No quiero que pienses que no puedes mencionar a tu madre cuando estás conmigo. De hecho, me gusta oírte hablar de ella. Tu padre nunca la nombra y eso es mucho peor, porque me hace sentirme como si, en realidad, yo no fuese parte de…

Se detuvo de pronto. Había estado a punto de decir: «de la familia», a pesar de la alianza que llevaba en el dedo. Tras su comentario se impuso un silencio incómodo que hizo que Will y Olive apartasen la mirada. Clarrie se reprochó haber dejado escapar una crítica así. Fueran cuales fueren las dificultades de su relación con Herbert, no tenía derecho a airearlas delante de su hijo.

Los condujo de nuevo a la granja, donde la curiosidad los llevó a llamar a la vivienda. En aquel momento tenía por arrendatarios a los Hudson. La señora Hudson, una mujer de cara ancha y toca de algodón descolorida, los invitó a tomar leche y lanzó un grito de asombro cuando supo que eran Belhaven.

—Claro que recuerdo a su padre con su uniforme escarlata. Yo era una niña cuando se fue. Mi padre era el herrero que arreglaba los aperos de los Belhaven. ¿No vendían aperos?

Clarrie se sonrojó.

—Sí, hasta que los Robson compraron su parte del negocio.

—¡Los Robson! —dijo la mujer con gesto admirado—. Esos sí que sabían sacar dinero de todas partes. Primero con los aperos, después con las calderas… Siempre sabían dónde había que invertir. Todavía tienen un par de granjas por aquí. —Y, tomando aire, añadió—: Pero de los Belhaven no queda nadie.

La joven sintió despertarse su inquina.

—Lo sé —aseveró—: los Robson se encargaron de que así fuera.

La señora Hudson la miró con curiosidad.

—Lo único que ocurrió es que a los Robson se les daba mejor que a nadie fabricar y vender cosas. Mi padre lo decía siempre. Por eso el de usted se enroló en el ejército: porque sabía que le iría mejor de soldado que de granjero o de hombre de negocios. Por cierto, que estaba guapísimo con el uniforme. ¡Llamaba la atención entre las muchachas!

La franqueza de aquella mujer hizo que se sintiera incómoda. Desde luego, no era aquella la historia que le había contado siempre su padre, quien no se cansaba de repetir que los avaros Robson no habían parado hasta dejar a los Belhaven sin la fuente de su sustento. Ya no quedaba nadie de aquellos tiempos que pudiese contarle la verdad. La señora Hudson no hacía sino repetir las habladurías que había oído en su infancia.

Mientras se despedían, la esposa del granjero seguía maravillada por aquel encuentro.

—¡Qué alegría, conocer a los retoños del viejo Jock! La verdad es que las dos se dan un aire a él.

Clarrie la miró con recelo, pero advirtió que hablaba con el corazón en la mano y eso hizo que sintiera una gran simpatía por aquella mujer que era capaz de percibir cierta semejanza con su padre en ella y no solo en la pelirroja Olive.

Aunque era ya tarde cuando regresaron a Newcastle, no dejaron de hablar animadamente sobre la excursión durante la cena ni de referir a Herbert toda clase de detalles relativos a la granja y la conversación que habían mantenido con la señora Hudson.

—Me alegra mucho que haya sido un día productivo —aseveró él con una sonrisa—. Además, veo que el aire fresco os ha sentado bien. Tal vez Will quiera organizar otra salida antes de volver a la escuela.

—Claro que sí —dijo el muchacho de inmediato.

Clarrie había imaginado que regresaría satisfecha de haber dado al menos con el lugar al que habían llamado hogar los Belhaven, pero lo cierto es que su inquietud había crecido aún más. Había vuelto a probar el aire fresco del campo y a contemplar cielo abierto y colinas escarpadas. No había tenido experiencia de algo tan remoto ni salvaje desde que había dejado Belguri y el saber que existían lugares así más allá del humo de la ciudad la dejó con ganas de más.

Por lo tanto, el día que Will volvió anunciando que Johnny había invitado a las hermanas a salir a cabalgar con ellos, no dudó en aceptar la oferta. Olive, que tenía miedo a los caballos, declinó la proposición. A Clarrie le asignaron una yegua de brillante pelaje gris llamada Mayflower. Nerviosa en un principio después de tanto tiempo sin montar, no tardó en recuperar su antigua confianza y disfrutar del paseo. Fueron río arriba y rebasaron la extensión de naves de la fábrica de municiones hasta que las viviendas se vieron sustituidas por huertos, matorrales y viejas casitas de campo que habían albergado antaño a los obreros de una mina abierta en la ladera de un monte. Llegados a Wylam, los sorprendió un aguacero y fueron a refugiarse en una fonda en la que les sirvieron un plato con jamón, queso y gruesas rebanadas de pan.

—¿Dónde has aprendido a montar tan bien? —preguntó Johnny admirado.

—En la India —repuso ella con una sonrisa nostálgica—. Tenía un poni que se llamaba Príncipe y salía con él a pasear todos los días.

—Pues a Mayflower la puedes montar cuando te apetezca —dijo él de corazón—, aunque yo

esté en la escuela. Se lo diré a mi padre para que lo sepa.

Ella sintió una gran simpatía por el amigo de Will.

—Eso es muy amable de tu parte. Lo haré encantada.

Después de haber disfrutado de su compañía, Clarrie y Olive echaron en falta mucho más al pequeño cuando tuvo que marcharse. Tenían la impresión de que quedasen años para su próxima visita. A fin de aliviar un tanto su desasosiego, Clarrie recordó a Herbert su promesa de llevarla al Distrito de los Lagos.

—Me temo que en este momento tengo demasiado trabajo —fue su respuesta—. Tal vez de aquí a un mes o dos.

Pero siempre hallaba alguna excusa para diferir aún más su luna de miel. A mediados de verano, la joven supo a ciencia cierta que iba a volverse loca si no se ocupaba en nada que no fuesen los pocos quehaceres diarios de la casa. Una noche decidió abordar a su marido sin ambages.

—Quiero que hablemos de mi proyecto de montar un salón de té y no pienso permitir que posterguemos más la conversación. ¿Recuerdas que prometiste que me ayudarías?

Herbert levantó la mirada.

—¿Seguro que llegué a prometértelo, cariño? Lo dije medio en broma, porque pensaba que no hablabas en serio.

Ella contuvo su enojo.

—Pues te equivocabas. Sabes que he estado planeándolo y estudiando con Rachel a la competencia.

—Y me alegra que hayas tenido algo en lo que interesarte —repuso él sonriendo—, pero de ahí a montar de veras un negocio hay un buen trecho. No tienes ninguna necesidad de trabajar, amor. —Apenas había acabado de hablar cuando volvió a posar la mirada en sus papeles.

¡Qué soberbia, la suya! En aquel momento supo cómo debía de sentirse Will cuando él lo despachaba con aquel asomo de irritación. Avanzó con decisión hacia él y se inclinó sobre la mesa para poner las manos encima de los documentos del abogado.

—Sí que la tengo: necesito trabajar. —Le sostuvo la mirada—. Quiero tener un salón de té aquí, en Newcastle. Sé que puedo hacerlo.

Él se reclinó dando un suspiro. Estuvo un largo rato estudiándola, como si quisiera evaluar si de veras hablaba en serio, antes de cambiar de táctica.

—Yo no soy un hombre de recursos inagotables: si estás pensando en algo semejante al Empire Tea Rooms de Blackett Street, tienes que saber que no puedo permitírmelo ni por asomo.

Ella sintió que se le revolvían las entrañas con la simple mención del Empire. No había vuelto allí desde el día de la boda, pues el local había quedado mancillado para siempre por el encuentro con Wesley.

—No, no quiero ningún establecimiento céntrico al que acuda solo la clase media: mi objetivo es abrir uno en Elswick.

—¿En Elswick? —Herbert arrugó el sobrecejo mientras se quitaba las gafas, atento al fin a las palabras de su esposa.

—Sí —dijo esta con entusiasmo—. Un lugar al que puedan ir las jóvenes a encontrarse con sus amigas y salir de sus casas un rato y en el que puedan entrar los hombres al final de su jornada y comer un plato caliente en lugar de calmar sus estómagos vacíos con cerveza.

—¿Algo como un comedor social, quieres decir?

—No, no estoy hablando de una obra de caridad —contestó inflexible Clarrie—. Mi salón va a tener la misma categoría que cualquier Empire Tea Rooms. No le faltará algún toque lujoso, pero a un precio que puedan permitirse los obreros y sus familias. Lo decoraremos bien y serviremos comida y té de calidad.

Herbert la estudió.

—Veo que lo has meditado bien.

—Sí, he soñado con ser dueña de un local así desde que trabajaba en el Cherry Tree y veía lo que tenían allí por diversión: peleas de borrachos y palizas inmerecidas a mujeres como Maggie. Por favor, Herbert, ayúdame a hacerlo realidad.

—La idea me parece admirable —dijo él con una sonrisa condescendiente—, pero no acabo de ver que sea una buena inversión. Además, tú no tienes experiencia: sería muy arriesgado.

La frustración la llevó a dar un golpe en el escritorio que sobresaltó a su marido.

—¡No seas cobarde! No dudaste en apostar por Daniel Milner cuando parecía tenerlo todo en su contra y siempre estás ayudando a otros hombres de negocios a salir adelante. Y, a mí, ¿por qué no? ¿Porque soy mujer y no debería ocuparme de asuntos de hombres?

Él quedó espantado ante su arrebato.

—Te estás poniendo histérica, cariño. Vamos a olvidar lo que acabas de decirme y dejarlo aquí, que tengo trabajo.

Sin embargo, ya no podía pretender hacer que se retirase cuando sus palabras lo disgustaban.

—Ya no soy tu ama de llaves, Herbert: soy tu mujer y este proyecto es algo que podemos hacer juntos. Al menos, ten la gentileza de considerar lo que te estoy pidiendo.

Dio un paso atrás sintiendo que la rabia la asfixiaba. El aire terco de la mirada de él le dijo que no estaba muy convencido. Si no la trataba como a una compañera, ¿por qué iba a tratarla de otro modo en los negocios? En aquel momento sintió la tentación de echar a correr en busca de Wesley y suplicarle un préstamo, pero podía imaginárselo burlándose de ella por conducirse como una Belhaven impulsiva y tratar de poner en marcha una empresa con el corazón y no con la cabeza. Aquello le dolería más que la negativa paternalista de Herbert.

Decepcionada, dio la espalda a su marido y echó a andar hacia la puerta.

—Espera —dijo él por fin—. Ya veo cuánto esto significa para ti y estoy dispuesto a pensarlo mejor.

Clarrie volvió a girar sobre sus talones.

—¿De verdad?

Él, tras un silencio prolongado, dejó escapar un suspiro y asintió con un gesto.

—Si quieres, puedo pedirle a mi agente que busque locales.

—Ya le he echado el ojo a dos —repuso ella de inmediato—. Podríamos ir a verlos juntos.

—Tal vez —dijo él alzando una mano con gesto cauteloso—, pero voy a tener que estudiarlo con mucho cuidado. Tendría que vender algunas de las propiedades de arrendamiento de New Benwell para financiar la empresa.

Se sintió como una chiquilla a la que dan un escarmiento: estaba resuelta a alcanzar su sueño y ni siquiera se había detenido a pensar que para un abogado próspero pudiera ser un problema encontrar el capital necesario. Fugazmente, se preguntó cuánto debía de estar sacando Bertie del bufete para costear el estilo de vida suntuoso de Verity.

—Gracias, Herbert —dijo.

Se miraron con nerviosismo. Era la primera vez que discutían y Herbert no estaba acostumbrado a que le llevasen la contraria.

—¿Eso es todo, cariño? —preguntó con cierta tensión.

—Sí.

El abogado volvió entonces a ponerse las gafas y cuadró los papeles que había descolocado Clarrie. Esa era la señal de que ella ya podía retirarse, cosa que hizo con cierto aire triunfal.

Capítulo 24

1911

El escepticismo inicial de Herbert se desvaneció ante el entusiasmo y la resolución de Clarrie. Cada vez que la prudencia de él lo llevaba a presentar una objeción, ella daba de inmediato con un remedio.

—Me preocupa el tamaño del local —le advirtió cuando ella se decidió por una antigua mercería grande y oscura de Tyne Street con un apartamento en la planta alta.

—Convertiremos la trastienda en una sala de reuniones para obtener ingresos extra —aseveró ella con optimismo—. Además, podemos alquilar el piso de arriba.

—El coste de la decoración no va a ser ninguna fruslería.

—Olive nos ayudará a pintarlo para reducir gastos.

—¿Y el personal? —añadió inquieto—. ¿Cómo vas a garantizar que es digno de confianza?

—Lo elegiré yo personalmente. Puedo entrevistar en casa a las candidatas y hablar con sus padres.

Combinando encanto y persistencia, acabó por convencerlo para comprar el local de Tyne Street y se lanzó a reformarlo. Lo consultaba todo con él, desde la contratación de carpinteros y fontaneros hasta la elección de muebles y de menús, resuelta a hacer que sintiera aquella empresa como propia. Fue idea suya ponerle su nombre al salón de té.

—Se llamará Herbert’s Tea Rooms —declaró—. Tú eres el patrocinador y a ti te corresponde el mérito.

Él se mostró encantado hasta lo absurdo y le regaló uno de los abrazos que tanto escatimaba.

—¿Ponerle mi nombre? ¡Qué honor!

Olive también se vio metida de cabeza en el proyecto al encargarse de decorar el lugar con exóticos murales de aves del paraíso y follaje exuberante. Clarrie observó encantada a su hermana sumergirse feliz en aquella tarea y se sintió orgullosa de la belleza y el talento de la pequeña. Además, le encargó tres cuadros de gran tamaño con escenas locales, dos para la sala de reuniones y uno para colgarlo sobre la barra. La autora usó para ellos colores vivos y atrevidos, muy distintos de los tradicionales óleos sombríos que llenaban el museo de la ciudad. Aunque Herbert se mostró alarmado, Clarrie sostuvo que eran perfectos.

—A la gente no le gusta que le recuerden el tedio con el que tiene que lidiar a diario. Aquí podrá escapar de todo eso durante media hora.

Olive estuvo ocupada los seis meses que tardó su hermana en montar el salón de té. Cuando el establecimiento iba tomando forma, Clarrie tuvo que ir en busca de proveedores. Cherry Terrace estaba a solo dos calles de distancia. Se armó de valor para visitar de nuevo a sus primos. Hacía ya casi cuatro años que les había dado el último pago y dos que apenas los veía siquiera en la iglesia.

El *pub* no había visto una mano de pintura desde la última vez que había estado allí y Jared tenía un aspecto desaliñado y extenuado.

—He oído que quieres abrir un café. Estás tirando el dinero, chiquilla: aquí nadie necesita un local de postín.

—Ya veremos —sonrió ella—. Me estaba preguntando si no querría hacer pasteles para nosotros la señora Belhaven.

Él la miró con aire abochornado.

—Los ha dejado. —Tras vacilar un instante, añadió—: Lleva tiempo sin bajar. Le cuesta mucho. El médico dice que es hidropesía.

—Lo siento. ¿Puedo subir a verla?

—Mejor que no. Nunca le caíste muy bien, ¿sabes?, y podría ser que te llevases un buen rapapolvo.

Su expresión alicaída le hizo suponer que Jared debía de haber recibido su ración de insultos. Ella posó una mano en su brazo y le dijo:

—¿Vas a venir a verme y a tomarte una taza de té cuando abra?

Él respondió con un gruñido.

—A lo mejor. Mucha suerte, criatura, que la vas a necesitar.

En cuanto al té, optó por la Tyneside Tea Company como proveedor. Herbert y ella fueron al almacén de Scotswood para ver a Daniel Milner. A esas alturas tenía contratados a ocho vendedores cuyas rutas llegaban nada menos que a North Shields, al este; Wylam, al oeste, y los pueblos mineros del norte de Durham, en la margen opuesta del río. Clarrie sabía por Olive que Jack Brewis seguía visitando la casa cada dos semanas para llevar el reparto, aunque ella lo evitaba desde su ruptura. Ahora que no era ya el ama de llaves, no había motivo alguno por el que tuviera que cruzarse con él.

Por eso, cuando Daniel los acompañó con orgullo en un recorrido por sus instalaciones, se sorprendió al encontrárselo en la sala de catas, sorbiendo muestras de té para escupirlas después en un cubo. Había engordado y tenía el bigote más espeso.

—¿Se acuerdan de Jack? —preguntó el empresario—. Se está formando para encargarse de la mezcla de variedades.

Él se ruborizó al verlos. Estrechó la mano de Herbert y saludó a Clarrie con una torpe inclinación de cabeza. No se había equivocado con él: era un joven ambicioso y no le estaba costando medrar en la compañía.

—Hola, Jack. Pensaba que seguías haciendo el reparto por el West End.

—Solo a algunos de mis clientes habituales —repuso él—. No quiero perder el contacto con las ventas.

—En efecto —apuntó Daniel con gesto de aprobación—. Uno tiene que estar pendiente de todos los aspectos del negocio, como le digo siempre. —A continuación, lo puso al corriente del motivo de la visita de los Stock.

—Sí, lo he oído. Por el revuelo que está causando, cualquiera pensaría que van a abrir el Alexandra Palace de Londres.

Clarrie se echó a reír.

—Eso que nos ahorramos en publicidad. —Antes de marcharse, le dijo—: Espero verte con el señor Milner en la gran inauguración.

—Iré encantado —le aseguró con una sonrisa que recordó a Clarrie por qué le había parecido tan atractivo al conocerlo hacía ya cinco años.

De no haber sido por el desafortunado encuentro con Wesley en el jardín de Summerhill, tal vez habría estado casada con él a esas alturas. Se apresuró a reprimir tales pensamientos, pues no tenía sentido lamentarse por lo que podría haber pasado y no ocurrió: lo único que le importaba en aquel instante era que iba a tener al fin su salón de té, objetivo al que había consagrado toda su energía. Dio la mano a Jack con calma y salió del brazo de su esposo.

Cuando llegó el Año Nuevo de 1911, Clarrie había entrevistado y nombrado a sus tres primeras camareras: Dinah, una muchacha alta de Scotswood; Edna, una joven aseada de cabello oscuro, y la irrefrenable Lexy. Herbert albergaba sus dudas acerca de esta última elección.

—La veo más apta para lavar ropa —señaló con delicadeza.

—Pero es una mujer muy alegre —replicó su esposa a la defensiva—, que es lo que necesitamos para animar a la clientela los días grises. Bastará con ponerle un uniforme y enseñarle a servir mesas para que borde su función.

También contrató a Ina para que fregara los platos y a Grace, otra de sus hijas, de recadera de las camareras. Quiso además contar con Maggie, pero su marido se negó.

—¿Trabajar en el saloncito de esa tabernera mestiza venida a más? ¡Ni soñarlo! Para Navidades se habrá quedado sin negocio.

Ella no había tenido el coraje de llevarle la contraria a su marido por más que la habían animado Lexy e Ina.

Por último, buscó a Dolly, quien, al ver que Clarrie no le guardaba rencor alguno por la aspereza con la que se había despedido de Summerhill, no necesitó mucho para dejar el empleo anodino que tenía en la cocina de una escuela y aceptar el que le ofrecía ella en su distinguido salón de té. Clarrie dedicó largas horas a diseñar con Olive los uniformes. Las camareras habrían de llevar falda de color verde oscuro, blusa de rayas blancas y verdes con un broche en el cuello y delantal largo de color blanco con volantes y cofia. Grace vestiría un peto también verde. Por su parte, el atuendo de Clarrie consistiría en una elegante bata de té con un delantal que pusiera de manifiesto que, pese a hallarse al mando de todo, estaba dispuesta a ponerse a trabajar con el personal en caso necesario.

Llegado el mes de febrero estaban ya listos para abrir. Con todo, llevaban ya mucho tiempo recibiendo solicitudes de las asociaciones locales para reservar la sala de reuniones. Esta circunstancia llevó a Clarrie a dotar la antigua trastienda con un par de escritorios con plumas y papel secante. Cuando no hubiese de albergar ninguna reunión, haría las veces de sala de lectura con periódicos. Bajo el cuadro que había pintado Olive de la cascada de Jesmond Dene, colocó una librería con volúmenes usados procedentes de la biblioteca de Herbert.

—Si están criando polvo en los estantes —replicó ante las protestas de su esposo—. Los clientes podrán tomarlos prestados y devolverlos cuando los hayan leído.

La semana anterior a la inauguración, Clarrie enseñó a sus empleadas a preparar las mesas,

tomar nota de los pedidos y servir el té. El sábado, día 11, a las nueve y media de la mañana, abrieron sus puertas al público.

No descansaron en todo el día. Los tenderos de Scotswood Road entraron a hacer un descanso antes de proseguir su marcha colina arriba y los niños acudieron boquiabiertos a servirse con ansia cantidades generosas de los dulces que les ofrecían las camareras en bandejas de plata. A la una se acabaron los pasteles de Dolly y Clarrie tuvo que mandar traer más. A las tres, Olive se colocó en un extremo del salón para interpretar valses y canciones populares y un grupo de trabajadoras de la cooperativa de Adelaide Terrace se arrancó a cantar sin dejarla reposar.

Clarrie no pudo sentarse un solo instante desde primera hora de la mañana hasta más tarde de las ocho de la noche, cuando, al fin, cerró el local. Cuando Herbert fue a recogerla, la encontró con Lexy, arrellanadas ambas en sillas y con los pies en alto, exhaustas por el cansancio y el éxito de la apertura.

—¿Puedes convencer a mi mujer de que se modere, Lexy? —refunfuñó posando con cariño una mano en la cabeza de Clarrie.

—Antes aprende un perro a pasear a dos patas, señor Stock —repuso ella con un bufido—. ¡Si nunca me hace caso!

Ella soltó una carcajada tomando la mano de su marido.

—En la vida había disfrutado tanto de una jornada de trabajo.

—En fin, mañana es día de descanso. Y vas a descansar, amor.

La semana siguiente fue más tranquila, aunque tampoco hubo mucha tregua entre las comidas, que solicitaron incluso algunos capataces de la Armstrong Whitworth, y el té de la tarde, que no dejó de ganar adeptos de todas las edades. Por la mañana acudieron jubilados a leer el periódico y a alargar durante una hora el té que pedían.

—Déjalos —dijo Clarrie sonriente ante las protestas de Lexy—. Puede ser que no gasten mucho, pero volverán todos los días como un reloj una vez que lo hayan tomado como un hábito. Entonces será tu misión desplegar tus encantos para que tomen un bocado aquí y no en el *pub* de camino a sus casas.

La sala de reuniones no tardó mucho en tener un uso continuado. Además de los clientes que iban a leer, la frecuentaban un grupo del movimiento contra el alcoholismo, una iglesia espiritista, una rama del sindicato de caldereros, una sociedad anticuaria y un grupo de dibujo. Había noches que Clarrie no cerraba hasta las diez a fin de satisfacer la demanda.

Cuando tocaba a su fin el mes de marzo, acudieron a ella dos sufragistas de la sección local de la WSPU, la Unión Social y Política de las Mujeres. Eran jóvenes y locuaces y Clarrie sabía que formaban parte del grupo de oficinistas del almacén de la cooperativa que iba a tomar el té los miércoles.

—Queremos alquilar todo el local —anunció Florence, la muchacha de la tez pálida.

—Y para toda la noche —añadió Nancy, la del cabello oscuro.

—Pero si no abrimos de noche —contestó ella boquiabierta.

—Se trata de una ocasión especial —dijo animada Florence.

—Es el día 3 de abril —sonrió Nancy—, noche de censo.

Al ver su expresión de desconcierto, se explicaron:

—Una protesta contra el censo del Gobierno. Ya que no quieren tratarnos como ciudadanos

de pleno derecho y dejarnos votar, nos negamos a que nos incluyan en el padrón.

—¿Una protesta? —Clarrie no las tenía todas consigo. Admiraba la tenacidad de aquellas mujeres, pero no podía permitir que su local adquiriese mala fama—. ¿Y si hay problemas? —quiso saber—. No quiero cristales rotos ni tener a la policía llamando a mi puerta.

—No, no —le aseguró Florence—. No habrá nada de eso porque no estamos infringiendo el derecho penal.

—Solo necesitamos un lugar en el que celebrar una fiesta —añadió Nancy sonriendo.

—Me lo pensaré. De aquí a un par de días os daré una respuesta.

Will volvió a casa para pasar la Semana Santa acompañado de su amigo Robert Spencer-Banks, un muchacho más bien serio. Aquellas eran las últimas vacaciones de que disfrutarían antes de dejar la escuela en verano. Se había hablado mucho sobre el futuro universitario del pequeño de los Stock. Herbert quería que estudiase Derecho en Oxford, pero él prefería ir a Durham para matricularse en Teología y Música.

Un día que estaban debatiendo, Clarrie planteó las dudas que albergaba sobre la protesta de las sufragistas. Robert recibió horrorizado la noticia.

—Pero ¡si son casi revolucionarias! ¡No hay que tratarlas ni de lejos! —se estremeció.

Will se echó a reír.

—Cristo también era revolucionario.

—¡No seas blasfemo! —lo amonestó Herbert.

Su hijo, sin embargo, no pensaba dejarse intimidar.

—Yo creo que deberías dejar que celebrasen su fiesta. ¿Qué puede tener de malo?

—El mal, querido amigo —dijo Robert—, está en alentar a esas mujeres excéntricas en su búsqueda de un imposible.

Clarrie lo miró de hito en hito.

—¿Pedir el derecho a votar es buscar un imposible?

—Por supuesto —asintió él con un movimiento enérgico de cabeza.

—¿Y por qué? —insistió ella—. No serás de esos hombres estrafalarios que creen que las mujeres son incapaces de tener ideas propias más allá de los quehaceres domésticos, ¿verdad, querido Robert?

Él puso gesto receloso, pues no tenía claro que no se estuviera mofando de él, y, al ver que Will soltaba una risotada, se encogió de hombros y guardó silencio.

—¿Qué opinas tú, Herbert? —preguntó entonces ella.

Él la estudió con detenimiento y ella se convenció de que iba a responder con su proverbial cautela.

—Alquílaselo.

Clarrie lo miró sorprendida.

—¿De verdad?

—Tienen motivos de sobra para estar descontentas con el Gobierno actual. Yo cada vez tengo más claro que los hombres inflexibles como Asquith están dejando que se desperdicie el talento de las mujeres, conque —concluyó con una sonrisa— ¿por qué no dejar que protesten?

Ella tomó su mano y le devolvió el gesto.

—Gracias. Tenía la esperanza de que dijeras eso mismo.

Lejos de limitarse a permitir que celebrasen su velada en el Herbert’s Tea Rooms, pasó la

noche en el establecimiento brindándoles su ayuda. Dinah y Lexy se prestaron a acompañarla. Las sufragistas llegaron disfrazadas y con narices de cera a imagen y semejanza de los políticos del Gobierno. Jugaron a las adivinanzas y bailaron las canciones que interpretó una banda compuesta por algunas de ellas.

Clarrie, que sirvió sopa, emparedados y un número interminable de teteras y cafeteras, estaba intrigada. Aquel era su primer contacto con mujeres así. Algunas, como Florence y Nancy, eran muchachas de clase obrera con empleos administrativos, pero el resto estaba compuesto, en su mayor parte, por mujeres de clase media y profesionales: profesoras, secretarias y hasta un par de doctoras y varias estudiantes universitarias. Le llamó la atención su camaradería y su espíritu alegre y divertido, contrario por entero a la imagen de sargentonas sin sentido del humor que ofrecían de ellas los periódicos. Aquellas mujeres bromeaban y se lanzaban pullas, debatían, contaban chismes y compartían recuerdos. Su proximidad y su motivación la llevaron a acordarse de las monjas de Shillong. Por encima de todo, se mostraban llenas de optimismo.

—Es solo cuestión de tiempo —le dijo Florence—. Yo confío en el sentido común de nuestro pueblo y en su disposición a la hora de remediar un mal.

—Pero necesitan que les pinchen un poco para darse cuenta —añadió Nancy—. Todos tienen miedo al cambio, pero están cambiando.

—Y a nosotras no nos da miedo pincharlos —concluyó Florence con una sonrisa.

Los maridos y los compañeros de aquellas mujeres se turnaron durante toda la noche para hacer guardia fuera del local por si había problemas, pero no se dio ninguno y, a las seis de la mañana, todas regresaron a sus casas para descansar o prepararse para el trabajo.

Clarrie mandó a Lexy y a Dinah a sus respectivas casas para que durmiesen unas horas, si bien ella se conformó con disfrutar de una breve cabezada sentada en una silla hasta que llegaron Edna y Grace. Las dos se morían de curiosidad por saber de aquella noche, que, de hecho, ocupó las conversaciones de muchos de los clientes que entraron aquel día en el salón. Cuando llegó la hora de cerrar, Clarrie estaba agotada y no pensaba en otra cosa que cenar tranquilamente con Herbert.

En cuanto entró en casa, salió a recibirla Olive muy agitada.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella.

—Ha venido Bertie. Está hecho una furia y se ha puesto a gritarle a Herbert.

—¿Por qué?

—Por ti. Ha salido en el diario vespertino —anunció tensa—. Clarrie, ¿por qué has tenido que dejar que usaran el local esas mujeres?

—¿Y por qué no iba a dejarlas? Ha sido por una buena causa.

—Bertie no lo cree así —repuso Olive preocupada—. Más te vale subir y aclararlo todo.

La recién llegada sintió que crecía en su interior la indignación. ¿Con qué derecho se presentaba Bertie allí para reprender a su padre? Verity y él llevaban año y medio evitándolos y el salón de té no tenía nada que ver con él. El cansancio no le impidió arremangarse la falda y subir los escalones de dos en dos.

Los encontró en el estudio. Herbert estaba sentado en posición defensiva tras su escritorio y Bertie, de pie ante él, agitaba aún un periódico delante de su cara.

—¡Vaya! ¡Aquí está! —exclamó el último al verla—. La sufragista bolchevique que está mancillando el nombre de mi familia.

—Bertie, por favor —dijo el padre mirando con cautela a su esposa—. No digas tonterías.

Se puso en pie para saludarla, pero Bertie se lanzó enseguida al ataque avanzando hacia ella con el periódico en la mano.

—¿Ha visto esto? —le espetó—. «Esposa de abogado ayuda a sufragistas a transgredir la ley» —Y dicho esto se lo lanzó con violencia.

Herbert, a pesar de estar alarmado, se limitó a decir:

—Ya sabes lo que les gusta exagerar para tener algo que contar.

—Pues en este caso no les ha hecho falta. Vamos, léalo. Entérese de que ha sido la única propietaria en todo Newcastle lo bastante estúpida como para dejarlas protestar en su local. Y no es solo eso: aquí dice que, encima, se unió a ellas de buen grado, usted y esas camareras que ha sacado de los callejones de mala muerte de Elswick.

Clarrie sintió que se incendiaba su ira.

—Ni se atreva a criticarnos, ni a mí ni a mis empleadas, en mi propia casa.

—¿Su casa? —Bertie estaba indignado.

—Sí, mi casa, y sepa que estoy orgullosa de lo que he hecho y que lo volvería a hacer mañana mismo si me lo pidieran.

Él se volvió hacia Herbert con las manos en alto.

—Papá, ¿cómo puedes quedarte de brazos cruzados mientras ella hace el ridículo… y te pone en ridículo a ti? Tu nombre se ha visto manchado por este espectáculo. Esas mujeres te han usado desvergonzadamente para obtener publicidad.

Herbert volvió a sentarse con un suspiro tenso. Clarrie esperaba oírlo decir que estaba de acuerdo con la protesta, pero él guardó silencio.

—Aquí no se ha manchado el nombre de nadie —dijo ella cuando vio que su marido no tenía intención de defenderla— y si hay alguien que está poniéndose en ridículo aquí es usted. —Y lanzando una mirada desafiante a Herbert, añadió—: Su padre aprobó sin reservas que yo abriese el salón de té para la WSPU y a Will también le pareció bien. De lo contrario, yo no habría seguido adelante.

—¡No me lo creo! —clamó Bertie.

—Díselo, Herbert.

Los dos miraron al señor Stock, quien, tenso e incómodo, acabó por asentir sin palabras. Clarrie dejó escapar una exhalación de alivio.

—¡Papá! ¿Cómo ha podido nublarte el seso de esa manera esta mujer? Nunca pensé que fueras tan débil.

—¡No le hable así a su padre! —le espetó ella—. Esto no tiene nada que ver con usted. Puedo soportar que me trate a mí con semejante falta de educación, porque, al fin y al cabo, ya me tiene acostumbrada, pero no que venga aquí para hostigar a mi marido acerca de algo que no es de su incumbencia.

—¿Que no es de mi incumbencia? ¡Pues claro que lo es! El bufete de los Stock ocupa todos los periódicos vespertinos y no precisamente para bien.

—Quizá de aquí saquen alguna cliente sufragista.

—No pienso dejar que se burle alguien que hasta hace dos días se encargaba de mi ropa de cama —dijo él con desdén.

—En ese caso, fuera de aquí. —Clarrie abrió la puerta en señal de desafío.

Él miró a su padre, dando por supuesto que intervendría y le rogaría que se quedara. Herbert, en cambio, frunció el ceño diciendo:

—Creo que va a ser lo mejor: los ánimos se han caldeado demasiado.

Bertie ahogó un grito de sorpresa y, fulminando a Clarrie con la mirada, salió de la sala con el rostro cárdeno. Ella refrenó el impulso de salir tras él para asegurarse de que se iba tal como habría hecho siendo ama de llaves, pero escuchó en silencio con su marido los pasos enérgicos con que bajó la escalera y cruzó el vestíbulo. La puerta principal se cerró de un portazo e hizo temblar la araña de la entrada.

Marido y mujer se miraron unos instantes.

—Lo siento, Herbert —empezó a decir Clarrie.

Él se acercó a ella cojeando y levantó una mano para acallarla.

—No te disculpes —dijo—. Bertie no tenía derecho a hablarte de ese modo.

—Que me lo diga a mí me da igual —insistió—, pero no me gusta nada que te levante la voz a ti de ese modo. Y la verdad es que en ningún momento se me había pasado por la cabeza que podrían usar mi relación con tu bufete.

Herbert le puso las manos en los hombros.

—¿Y habrías actuado de otro modo de haberlo pensado?

Ella esbozó una sonrisa arrepentida.

—Supongo que no.

Él sonrió a su vez.

—Yo también lo imaginaba. Y te quiero más aún por ello. Eres una joven muy valiente. Ojalá tuviese yo la mitad de tu arrojo.

—Pues no es nada comparado con el de esas sufragistas —aseveró ella—. Las historias que cuentan sobre los golpes que les han dado y las detenciones que han sufrido te hielan la sangre. Al lado de eso, tener abierto toda la noche un salón de té no tiene ningún mérito.

—No obstante, a diferencia de otros, tú las has defendido —dijo Herbert—. Si hay que creer el periódico, todos los locales importantes de la ciudad, incluido el Empire, se han negado a tener algo que ver con la protesta sobre el censo.

Clarrie lo miró sorprendida.

—¿Los Robson también?

Él asintió.

—Al parecer, Wesley Robson dijo que no quería trato con la política. En su opinión, no hay lugar para ella en el mundo de los negocios.

Ella soltó un bufido.

—Muy típico de él: ponerse moralista cuando la verdad es que tiene miedo a que un puñado de mujeres perjudique su negocio.

Herbert la estudió.

—No te hace mucha gracia Wesley Robson, ¿verdad?

Clarrie sintió que le ardían las mejillas.

—No.

—¿Y por qué? —preguntó él con curiosidad.

Ella se obligó a hablar del pasado.

—Hizo mucho daño a mi padre en un momento en que su negocio pendía de un hilo. Papá no

volvió a levantar cabeza después de aquello. —Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Y eso no es lo único. Wesley era uno de los reclutadores más entusiastas de las plantaciones de té de los Robson. El hijo de mi aya huyó de su puesto de trabajo porque estaba muy enfermo y estoy casi segura de que fue él el responsable de que lo apresaran y lo volviesen a enviar allí. Murió. —Clarrie apartó la mirada y concluyó con un susurro—: Por eso no lo soporto.

Herbert la atrajo hacia sí.

—Pobre Clarrie. No tenía ni idea.

Ella le rodeó la cintura con los brazos y se aferró a él para disfrutar aquel momento insólito de intimidad. Estaba agotada y deseaba que él la acunase en sus brazos para siempre. Sin embargo, aquel instante no duró mucho, porque Herbert se apartó poco después.

—Pareces cansada, mi vida. Vamos a cenar para que puedas irte pronto a la cama. Mañana deberías levantarte más tarde. Olive puede abrir por ti solo esta vez.

—Herbert. —Ella le asió la mano al ver que se daba la vuelta para irse, alentada por el apoyo que le había brindado y la ternura que acababa de demostrarle—. ¿Por qué no…? ¿Por qué no…?

—¿Qué, cariño? —preguntó él con una sonrisa, perplejo ante aquella súbita timidez.

—¿Por qué nunca vienes a mi cama por la noche? —soltó por fin ella.

Vio la sangre fluir del cuello de su esposo a su mandíbula y sus mejillas. Él apartó la mirada de improviso.

—¿Tenemos que hablar de eso ahora? —murmuró él.

—¿Y cuándo quieres que hablemos? —preguntó Clarrie—. Soy tu mujer, Herbert. Me preocupo por ti y sé que tú haces lo mismo por mí, pero evitas nuestro lecho conyugal. ¿Es porque sigues considerándolo de Louisa? ¿Es por eso?

Él apretó los dientes.

—Es por eso, ¿verdad? —gritó ella consternada—. No puedes quitártela de la cabeza, pero yo no soy ella y no soportas la idea de tener relaciones íntimas conmigo. ¿Soy poca cosa para ti?

—¡No! —Él se obligó a negarlo sin relajar la mandíbula.

—Entonces, ¿por qué? —exigió Clarrie—. Mírame, Herbert, y dime por qué te casaste conmigo si no querías dormir en mi cama.

Él la miró con expresión mortificada.

—Sí que quiero —respondió con voz temblorosa—, pero no me atrevo.

Ella se mostró desconcertada.

—¿Qué quiere decir que no te atreves?

—Me aterra la idea de perderte —confesó.

—¿Cómo ibas a perderme? Yo no deseo estar casada con nadie más.

—Tengo miedo de… —se esforzó por explicarse— de matarte si quedas encinta.

Clarrie no salía de su asombro.

—Me sigo culpando de la muerte de Louisa —musitó él— y no soporto pensar que tú también podrías morir… a causa de mis propios deseos egoístas.

La confesión lo dejó temblando. Ella, en cambio, estaba petrificada.

—Pero no fue culpa tuya —dijo poniendo sus manos en las mejillas encendidas de él—. A Louisa la dejó sin fuerzas la melancolía: perdió las ganas de vivir cuando perdió el bebé. Nuestro caso sería distinto. Yo soy mucho más joven y estoy sana: no voy a morir de parto.

—Eso no lo sabes —dijo él agitado tomándole las manos—. Es algo muy peligroso y yo no

quiero correr ese riesgo contigo. —Bajó las manos de ella y las apretó entre las suyas—. Te quiero tanto, Clarrie. No quiero hacer nada que pueda perjudicarte.

—Pero todo lo que hacemos tiene peligro —arguyó ella—: puede ser que pase un tranvía cuando crucemos la calle, que resbalemos al pisar un escalón mojado, que nos aplaste un caballo… No puedes ir por la vida teniéndole miedo a todo lo que podría pasar.

—Tú eres joven y no ves la necesidad de ser prudente —replicó Herbert—, pero yo sí. Ya he perdido a una esposa a la que amaba más que a nadie y no podría soportar de nuevo un dolor así. Por eso no he consumado nunca nuestra unión. Que Dios me perdone. Por favor, di que me entiendes.

Ella miró el rostro atormentado de su marido. Saltaba a la vista que estaba aterrado, pero ¿en qué convertía eso su matrimonio? Seguiría siendo una farsa y quizá se convirtiera incluso en objeto de burla si trascendía que, en realidad, vivían separados. Sin embargo, ¿qué opción le quedaba? Hizo a un lado su amarga decepción para contestar:

—Entiendo. —Y, volviéndose con rapidez para evitar que advirtiese su tristeza, lo llevó a la planta de abajo.

Capítulo 25

Contra lo que había predicho Bertie, el asunto del censo no resultó dañino para el bufete de los Stock ni para el salón de Clarrie. Aquel otoño, cuando se debatió en el Parlamento la ansiada reforma electoral, que provocó entre las militantes una campaña de rotura de ventanas y escaparates, Herbert recibió el encargo de representar ante los tribunales a dos de las integrantes de la WSPU. Aunque se les impuso una multa, que ellas prefirieron pagar con penas de cárcel, Clarrie no pudo menos de agradecer a su marido que las hubiera defendido y más teniendo en cuenta que su primogénito se había indignado con él por aceptar tal cometido.

En cuanto al salón de té, el número de colectivos políticos que se interesaron en reservar su sala de reuniones aumentó de pronto después de aquello. Lexy y la menor de sus hermanas, Edith, que había ido a sustituirla en el lavadero, ocuparon el apartamento de arriba sin necesidad de pagar alquiler como contrapartida por abrir más temprano y cerrar más tarde el local. Herbert's Tea Rooms se hizo célebre como centro informal de debates entre las secciones radicales del Partido Laborista Independiente y diversas asociaciones gremiales y femeninas. Clarrie estaba encantada con la mezcolanza de personas que iban y venían, pues los ancianos y quienes querían descansar de un día de compras coincidían en su establecimiento con artistas y miembros de sindicatos.

Aunque no siempre coincidía con las posturas políticas sobre las que se discutía en torno a sus mesas de té, se alegraba de ver que hombres y mujeres cambiaban el *pub* por el salón de té y lo convertían en su refugio seguro. Cuando llegaron las vacaciones escolares, ofreció descuentos para las familias y obsequió con manzanas, plátanos y dulces a los niños el día de su cumpleaños. El local se hizo famoso por sus platos saludables y sus precios populares, su personal alegre y trabajador y por la señora Stock, mujer de exótico atractivo que inspiraba no poca lealtad entre sus empleadas y el afecto creciente de las clases obreras del West End.

A medida que crecía su reputación radical, el establecimiento empezó a atraer también a los bohemios y vanguardistas de Newcastle, que llegaban a él empujados por la curiosidad y acababan por quedarse seducidos por su decoración colorista y su elegancia proletaria. A Olive le encargaron un par de aquellas pinturas de tonos vivos en las que se mezclaban de forma llamativa aves orientales y escenas norteñas. Nadie había visto antes nada parecido y Clarrie estaba feliz de ver a su hermana desarrollar sus dotes artísticas y mantenerse ocupada, pues ya no tenía tiempo de hacer cosas con ella ni con su amiga Rachel: el salón de té acaparaba todas sus horas de vigilia.

Una tarde de invierno ajetreada en que los escaparates se hallaban empañados por el calor del local y la lluvia azotaba el pavimento del exterior, entró un hombre alto sacudiendo las gotas de su paraguas. Clarrie fue a recogerlo para colocarlo en el paragüero y se estremeció por la impresión.

—Buenas tardes, señora Stock. —Wesley sonrió con rigidez mientras se descubría la cabeza. La lluvia relucía en su rostro apuesto y caía de sus patillas oscuras.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó ella sobresaltada.

Él la miró desconcertado antes de que sus ojos verdes adoptaran la mirada valoradora de costumbre.

—He venido a tomar té. Es lo que anuncian ahí fuera.

—Claro —repuso ella tratando de recobrarse a la carrera—. Deje que le asigne una mesa, señor Robson. Al fondo hay sitio.

Dicho esto, se abrió paso entre la nutrida clientela. El aire estaba cargado de humo de tabaco, olor a lana húmeda y vapores de comida, y las conversaciones y las risas contaban con el contrapunto del tintineo de la cubertería y la vajilla. Clarrie llevó a Wesley a una mesita dispuesta tras un tiesto de aspidistra apoyado en un soporte añoso que Olive había pintado de amarillo. Aquel era el lugar favorito de Florence y Nancy, pues estaba alejado de la corriente de la puerta principal y les permitía debatir sobre el sufragio sin verse molestadas, pero no aparecerían, si lo hacían, hasta la noche. Clarrie alisó el mantel de lino y retiró la silla.

—Haré que Lexy le tome nota, señor Robson —anunció sin mirarlo a los ojos.

La camarera alzó las cejas al verla llegar al otro lado de la barra.

—Sí, es Wesley Robson —confirmó Clarrie—. Sin duda ha venido a espiarnos. Ve y tómale nota… y averigua qué es lo que quiere.

Clarrie estuvo ocupada con la afluencia de clientes que buscaba refugiarse del aguacero, que se estaba trocando en cellisca. Tan lleno estaba el local que había quien estaba compartiendo silla, de modo que no dudó en arremangarse para ayudar con los pedidos de comida y bebida caliente. Una hora más tarde, reparó en que no había visto salir a Wesley.

—Sigue aquí —confirmó Lexy—. Lleva ya tres teteras. Está tomando nota con todo el descaro del mundo. Dice que antes de irse quiere hablar contigo.

El corazón de Clarrie comenzó a acelerarse. No tenía ningún deseo de conversar con él, pero sentía curiosidad por saber cuáles eran sus intenciones.

—Lo más probable es que se esté preguntando dónde han ido los clientes ricos que han dejado de acudir a sus locales. —Lexy le guiñó un ojo—. Debe de estar furioso por el éxito que estamos teniendo.

Clarrie soltó una carcajada.

—No, no somos ninguna amenaza para los salones de té de los Robson. —Con todo, en lo más hondo de sí la alegraba que el Herbert’s se hubiera hecho tan famoso que hasta Wesley hubiese ido a conocerlo. En menos de un año había conseguido lo que se había propuesto: demostrar que era posible hacer prosperar un salón de té de calidad en el barrio obrero de Elswick.

Media hora más tarde cesó la lluvia de forma abrupta y comenzó a despejarse el local.

—Quiere verte —dijo Lexy inclinando la cabeza hacia el fondo de la sala.

Clarrie se llenó de aire los pulmones para aquietar los nervios, se recogió los mechones de

pelo que se le habían soltado y fue a hablar con Wesley.

—¿Está todo a su gusto, señor Robson? —preguntó mientras se secaba en la bata el sudor de las manos. Tenía veinticinco años, estaba casada y era, al fin, una mujer de negocios próspera. Sin embargo, la mirada burlona de él seguía haciendo que se sintiera como una niña torpe.

—Mucho, señora Stock. Deje que le dé la enhorabuena por la calidad de su té. Debo reconocer que me ha sorprendido la rapidez con que ha triunfado en el ramo.

Ella le dedicó una sonrisa cáustica.

—¿No esperaba que una Belhaven pudiera triunfar en nada?

Los labios de él también se curvaron al decir:

—O sea, que, en el fondo, sigue considerándose una Belhaven. Me alegra saberlo.

Clarrie se puso colorada.

—Estaba bromeando, por supuesto: estoy muy orgullosa de ser la señora de Herbert Stock, como podrá comprobar por el nombre de este local.

—Cierto —concedió Wesley clavando en ella su mirada.

—Si desea algo más antes de marcharse… —dijo ella sin rodeos—. ¿O ha visto ya bastante como para hacer un informe a sus socios?

Él soltó una risa breve.

—¿Cree que la he estado espiando?

—¿Me equivoco?

—En realidad —murmuró él—, no he hecho mucho más que usted cuando hacía planes para montar este salón de té. Tengo entendido que visitó usted las nuevas filiales de mi Empire con esa atractiva amiga suya, la señorita Garven, ¿no?

Ella abrió los ojos sorprendida.

—Si nunca nos cruzamos…

—No —aseveró él con una sonrisa triunfal—, pero veo u oigo casi todo. —Y advirtiendo que estaba incómoda, se apresuró a añadir—: ¿Tiene un momento, por favor, para sentarse conmigo? Quisiera preguntarle algo.

A regañadientes, Clarrie retiró la silla del otro lado de la mesa y se sentó en el borde con la espalda muy recta y las manos entrelazadas sobre el regazo para que no temblaran.

—He oído hablar mucho de este local —dijo él bajando la voz hasta trocarla casi en un murmullo— y estoy muy impresionado con lo que ha hecho. Me parece un experimento social muy interesante.

—No es ningún experimento —repuso ella—, sino, más bien, una necesidad: algo que eché en falta cuando llegué aquí con Olive. —Vaciló. No tenía claro cuánto debía revelar, pero decidió que daba igual ahora que era la esposa de Herbert y se había hecho con una reputación en la sociedad—. Estábamos alojadas en un *pub* situado a dos calles de aquí y teníamos que servir cerveza y licores a los clientes hasta que caían al suelo borrachos. Hacíamos lo posible por no llevarnos un golpe cuando se enzarzaban a puñetazos los viernes por la noche. Aquello era aterrador. Desde luego, no se parecía en nada a lo que conocíamos de la sociedad respetable de Shillong.

Wesley arrugó el sobrecejo.

—Prosiga.

—Por desgracia, la experiencia me ha enseñado que el alcohol puede arruinar una vida y

envenenar no solo el cuerpo, sino el alma de las personas. Y peor aún que lo que hacía a los hombres era lo que tenían que soportar las mujeres. En el local entraban jóvenes como Lexy para entrar en calor y escapar durante veinte minutos del trabajo tedioso del lavadero con un par de vasos de *whisky* o una pinta de cerveza negra. Las consideraban lo peor de lo peor. Mis primos las despreciaban y mi amiga Maggie era víctima a diario de las palizas de su marido borracho por el simple hecho de que bebía. Eso no es vida: las mujeres como ellas merecen mucho más. —Clarrie señaló hacia la barra con un movimiento de cabeza—. Mire ahora a Lexy. Ya no prueba nunca una gota, entre otras cosas porque no para de trabajar —sonrió brevemente—, pero también porque no lo necesita: ahora le basta con su amor propio. A nadie se le ocurriría entrar aquí para insultarla, porque saldría por esa puerta en un decir amén.

Sostuvo la mirada de Wesley.

—Pensará, por todo el revuelo que se ha formado en torno a las sufragistas y el resto de los que aquí se reúnen, que este lugar se ha convertido en caldo de cultivo de la revolución. Pues bien: si lo es, sería solo una cuestión anecdótica. En realidad, mi establecimiento es para gente como Lexy o como Ina. Pretende ser un pedacito de ese paraíso que algunos tenemos la suerte de vislumbrar en lo que dura nuestra vida. El mío fue Belguri. ¿Por qué no iban a poder disfrutar ellas de un ápice delante mismo de sus casas?

Wesley la miró de un modo tan extraño que Clarrie se preguntó si no había cometido una estupidez al dejarse llevar de ese modo. ¿Por qué lo había hecho? Él podía desvirtuar sus palabras sobre la revolución y el paraíso a fin de tacharla de agitadora política y menoscabar su negocio.

Él se inclinó sobre la mesa con los ojos clavados en ella.

—¿Por qué no extiende esa idea suya de los cafés utópicos a otros barrios obreros? Ya ha demostrado que el modelo de negocio funciona.

Clarrie sintió una punzada de enojo.

—No es un modelo de negocio: le estoy hablando de gente real, de carne y hueso, de esta comunidad concreta. Funciona porque nosotros conocemos a nuestros clientes y ellos nos conocen. Yo no conozco otros barrios.

—Pero obtiene beneficios, ¿no? —preguntó él con entusiasmo—. Y ha alcanzado una popularidad enorme. Sean cuales sean los motivos que la llevaron a embarcarse en esta empresa, lo cierto es que está teniendo un gran éxito. Debería aprovecharlo extendiendo el negocio a otras áreas. ¿No quiere que la gente pobre de otros barrios disfrute de su porción de paraíso?

A Clarrie le costaba decidir si Wesley se había adherido a la idea o estaba planeando explotarla de algún modo.

—No tengo los fondos ni la voluntad necesarios para ampliar el negocio: este local acapara todo mi tiempo y mi energía. Me he entregado al proyecto con cuerpo y alma y es aquí donde quiero quedarme.

Él la miró con impaciencia.

—Yo podría financiar la ampliación.

—¿Usted? —Clarrie reprimió un grito.

—Sí —dijo él con los ojos encendidos—. ¡Asóciese conmigo, Clarrie!

El corazón le dio un brinco ante tan inesperada oferta.

—No —contestó enseguida—. Ni pensarlo.

—¿Por qué no? —quiso saber él.

Ella se quedó sin palabras. A fin de cuentas, se trataba de la solución que había contemplado cuando Herbert le había dado largas al proyecto.

—Somos incompatibles —fue lo único que se le ocurrió.

—Me consta, de sobra, la aversión que me tiene en lo personal, señora Stock —dijo él con sarcasmo—, pero solo le estoy ofreciendo una relación comercial.

Sintió que se le encendían las mejillas.

—Lo he entendido perfectamente. No obstante, tenemos ideas totalmente opuestas respecto del negocio: yo tengo suficiente con mantenerlo a pequeña escala siempre que siga adelante. Me importan más las personas que los beneficios.

—No sea ingenua: cuanto mayores sean las ganancias, más podrá pagar a sus empleadas.

—Pues las suyas no perciben más que las mías pese a lo mucho que obtiene usted —contraatacó ella—. Sin embargo, no dudo que sus socios y accionistas deben de tener los bolsillos cargados de dividendos.

Wesley se puso colorado: había conseguido sacarlo de quicio.

—Los salones de té de los Robson están en mejor situación que el suyo de hacer frente a las inclemencias del mercado gracias precisamente a tan prudente respaldo financiero. Y, cuando vuelva a caer el mercado, ¿me puede decir qué va a ser de sus queridas empleadas?

—Me conmueve —repuso ella mordaz— que haya venido hasta aquí para preocuparse por mi estabilidad empresarial.

—Le estoy ofreciendo la oportunidad de asociarse con el Empire —dijo él con impaciencia —. Entre los dos podríamos tener locales por todo el noreste del país y usted podría ser rica por sí misma y no depender de la generosidad de su marido.

—¿Para pasar a depender de la de usted? Habrá a quien una cosa así resulte tentadora, pero yo no tengo intención alguna de ponerme a las órdenes de los Robson y sus accionistas. Aquí, puedo hacer las cosas a mi modo y alquilar mi sala de reuniones a quien me plazca.

—Eso no tendría por qué cambiar —insistió él—. A los accionistas les da igual esa clase de detalles.

—Entonces, ¿por qué fui yo la única propietaria que puso su local a disposición de la WSPU la noche del censo? —preguntó desafiante—. Porque usted no se atrevió.

Wesley alzó los brazos con gesto de no comprender nada.

—¿Por qué es usted tan terca conmigo? —exclamó.

—Porque no confío en usted —respondió ella sin apartar la mirada.

Él tenía el rostro tenso por la frustración.

—¿Por qué no?

—Porque sé cómo hacen los Robson sus negocios. Lo he visto en la India y lo he visto aquí. No se detienen hasta conseguir que todo el mundo esté trabajando para ustedes o abandone el mercado.

—Eso es absurdo. Yo no quiero echarla a usted del mercado, sino ayudarla a prosperar.

—¿Ah, sí? ¿No será más bien que desea aprovecharse de mi éxito? No me creo, ni por un instante, que su familia esté dispuesta a dejar que financie usted un «experimento social» si no es porque piensa que puede sacar tajada. Creo que los Robson tienen celos de mi triunfo. Ven que algo prospera y enseguida tienen que hacerse con las riendas.

Wesley entornó los ojos.

—Por Dios bendito. Es usted tan exasperante como su padre cuando de hacer negocios se trata —aseveró en tono acusador—. Él tampoco era capaz de pensar a lo grande. No amplíe su negocio si no quiere, pero sepa que sin mi apoyo no va a durar más de dos o tres años a lo sumo.

—¿Es una amenaza? —preguntó Clarrie indignada.

—No —repuso él con furia—: se trata de una cuestión de economía.

—En tal caso, prefiero correr el riego. Estoy acostumbrada a capear el temporal. Gracias por su oferta, pero jamás se me ocurriría aceptar el dinero de los Robson.

Se miraron fijamente. Wesley se reclinó apretando la mandíbula y ella se puso en pie para marcharse. Él, sin embargo, se levantó también y la asió del brazo en el momento en que ella se daba la vuelta.

—¿No ve usted, Clarrie, que ese orgullo tan Belhaven no me engaña? Desprecia mi propuesta, pero no se mostró tan altiva a la hora de casarse con un anciano por su dinero para poder abrir este local.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Yo no hice eso. Si me casé con Herbert fue por…

—¿Por amor? —preguntó él con desdén—. Pues no es eso lo que cuentan.

Clarrie, indignada, apartó el brazo.

—No sé de qué me habla.

—Yo no la juzgo —dijo Wesley—, pero hay quien no tiene reparo en hacerlo.

—No debería hacer caso a las habladurías de quienes no tienen otra cosa que hacer.

—No le estoy hablando de chismes de criadas. —Se interpuso en su camino—. Se equivoca al tomarme por el enemigo, porque hay quien está deseando verla caer y yo no soy uno de ellos.

Sin más, tomó el abrigo y el sombrero y atravesó la sala con resolución sin apenas detener el paso para recuperar el paraguas de donde lo habían colocado. Clarrie lo vio inclinar el sombrero ante una Lexy atónita mientras le lanzaba a la mano un billete de diez chelines antes de salir del establecimiento.

Diez minutos más tarde, seguía teniendo el corazón acelerado por el encuentro mientras ayudaba a limpiar las mesas.

—¡Qué generosidad, la del señor Robson! —le dijo Lexy mirándola a la cara—. ¿Qué quería?

—Lo de siempre —murmuró Clarrie—: una parte del negocio de otro.

La camarera soltó un bufido.

—¡Espero que lo hayas mandado con viento fresco!

Ella se echó a reír.

—Sí, aunque con otras palabras.

—¡Bien hecho! Los hombres no soportan ver que las mujeres son capaces de hacer cosas solas.

Clarrie rodeó con un brazo a su amiga.

—Gracias, Lexy.

—¿Por qué?

—Por hacer que me sienta mejor después de rechazar el dinero de los Robson.

—Es que no habría estado nada bien, ¿verdad? Después de cómo trató a tu padre por lo que

cuentas… —dijo la camarera en tono de desaprobación—. El dinero no lo es todo, ¿verdad?

Capítulo 26

1912

Al año de la apertura, Clarrie celebró en el Herbert's Tea Rooms una fiesta de aniversario. Aunque el tiempo seguía siendo invernal y la pálida luz del sol se veía dañada de cuando en cuando por ráfagas de lluvia helada, colocaron mesas en la calle y decoraron la fachada con globos y flores de papel. Sirvieron sopa bien caliente de lentejas y jamón, pastel de carne y riñones y arroz al curri con pescado. De postre había pudin al vapor y natillas, además de tartas y bizcochos decorados con almíbar de los colores verde y naranja del establecimiento.

Aquel día dieron de comer a veintenas de personas y el *Newcastle Chronicle* publicó un artículo ilustrado con una fotografía de Clarrie y sus camareras de pie ante el local, así como una entrevista con Daniel Milner por su contribución como proveedor del té, de gran calidad.

—«Uno de los salones de té más populares de Newcastle celebra hoy su primer aniversario —leyó Herbert en voz alta y con orgullo tras la cena—. El señor Daniel Milner, comerciante de té, dijo: "La señora Stock es muy exigente con el producto. Siempre cata las mezclas antes de comprar. Es una cliente muy apreciada"». Y sigue diciendo: «La señora Stock, esposa del estimado abogado Herbert Stock, es angloindia de nacimiento y creció en una plantación de té de Assam. —Herbert la miró por encima del periódico y sonrió—. La señora Stock ha dicho: "El té es nuestra bebida nacional por encima de cualquier otra. Le gusta a todo el mundo y en Herbert's servimos el de mejor calidad posible a un precio que todo el mundo puede permitirse"».

—¡Calla! —exclamó Clarrie llevándose las manos a las mejillas encendidas—. ¿De verdad he dicho yo eso? ¡Si parezco un viajante de comercio!

Herbert dejó escapar una risita.

—Estoy muy orgulloso de ti, amor.

Estaban sentados ante la lumbre del estudio después de haber disfrutado de una cena tardía en la mesita de juego.

—¿Dónde está Olive? —preguntó Clarrie—. Quiero decirle que sus flores de papel han tenido un éxito enorme. ¿Sigue arriba pintando?

Herbert dobló el periódico y lo apartó.

—Creo que no ha vuelto todavía.

—¿De dónde?

—¿No iba a un concierto? —preguntó él sin certeza.

Clarrie bostezó. No recordaba la última vez que había podido ir a un concierto o al cine. Por lo menos hacía un año. La única noche libre que tenía era la del domingo y, cuando llegaba, no pensaba en otra cosa que irse a dormir temprano. Sin embargo, se alegraba de que Olive estuviera saliendo. Hacía mucho que no se quejaba de estar aburrida y no tener nada que hacer después de haberse convertido en cuñada de Herbert Stock.

—Habrá salido con Rachel, supongo —dijo—. Eso hace que me sienta menos culpable por no poder verla.

Él frunció el ceño.

—No deberías trabajar tanto, vida mía. ¿Por qué no te tomas un día de descanso a la semana para distraerte?

—¿Igual que haces tú? —contestó ella con una sonrisa irónica.

—Es verdad que no se me da muy bien distraerme —repuso Herbert con gesto arrepentido.

Pasaron un rato más sentados mientras se extinguía el fuego, él leyendo y ella dormitando, hasta que, al fin, oyeron abrirse y cerrarse la puerta principal y Clarrie se puso en pie.

—Será Olive —anunció.

Él alzó la mirada con gesto sorprendido.

—¿Ha salido esta noche?

Ella lo miró sorprendida.

—Has sido tú el que me lo ha dicho. ¿No te acuerdas?

—¿Ah, sí? —dijo él confundido.

—Me has dicho que creías que había ido a un concierto.

—¡Ah, sí! A un concierto. —Herbert seguía sin estar convencido.

Clarrie se acercó y le acarició la frente.

—Estás cansado. Eres tú el que debería pasar menos tiempo trabajando —le regañó— y no yo.

Él tomó su mano y la apretó con gesto cariñoso.

—Pero ¿qué sentido tendría si tú no vas a estar aquí conmigo? Sería aburridísimo.

Will volvió de Durham a pasar la Semana Santa y causó un gran revuelo al ir a echar una mano en el Herbert’s Tea Rooms. Había llegado encantado con la idea de las colonias universitarias, un programa que enviaba a los estudiantes privilegiados a vivir y trabajar junto a los pobres de los barrios bajos de las grandes ciudades. Algunos de sus amigos se habían ido al distrito oriental de Londres y Johnny se había quedado en uno de Edimburgo en lugar de volver a casa de vacaciones.

La noticia atrajo a la casa a Bertie y sus críticas.

—¿No tenemos suficiente con esa mujer que usa nuestro nombre y se mezcla con la chusma de Tyneside? —dijo a su hermano pequeño—. De ti esperaba que fueras más listo. Una cosa así es vulgar y degradante.

—¿Para quién? —preguntó Will sorprendido.

—¡Para todos nosotros! —le espetó Bertie.

—Para mí, no. De hecho, me parece divertidísimo.

—Pues para Verity y para mí es de lo más incómodo. Tenemos un prestigio social que

mantener. ¿Te imaginas cómo me siento cuando tengo de visita a algún cliente poderoso y me pregunta si tengo algo que ver con el café bolchevique de Elswick? No les hace ninguna gracia. En la familia de Verity se echan a temblar cada vez que oyen hablar del local.

—¿Lo conocen en persona? —preguntó Will con calma.

—¡Claro que no! —gritó Bertie—. ¡No seas impertinente!

—Entonces, ¿cómo pueden juzgarlo? —El pequeño sonrió.

—Escucha, Will —ordenó su hermano—. Te estoy pidiendo que dejes de ponerte en evidencia y te alejes de ese sitio. Para mí es una cuestión de lealtad familiar. En cualquier caso, deberías estar estudiando y no alternando con la plebe.

Clarrie comprobó encantada que Will prefirió hacer caso omiso del sermón de su hermano y seguir ayudando en el salón de té, donde amenizaba a los parroquianos con el violín las tardes de lluvia. Edna, la de los ojos oscuros y risa alegre, miraba con particular embeleso la apostura de Will y su actitud amable y desenfadada. No dudaba en coquetear con él ni él en bromear con ella.

—Al señorito Bertie le daría un infarto —se mofó Lexy— si al señor Will se le ocurriera fugarse con nuestra Edna.

Cuando el joven tuvo que volver a Durham para acabar el curso, Edna pasó varios días deprimida sin que ninguno de los comentarios jocosos de los parroquianos lograra levantarle el ánimo. Clarrie no pudo sino sentir cierta envidia por la manifiesta adoración que profesaba a Will aquella muchacha y preguntarse cómo debía de ser estar enamorada de una forma tan sencilla y total.

Cierta noche, al regresar a casa, encontró a Herbert mirando distraído por la ventana de la sala de estar. Le extrañó, porque él apenas usaba aquella estancia y prefería encerrarse en el estudio a todas horas. Clarrie sabía que Olive gustaba de coser allí, bajo el amplio ventanal, porque dejaba la caja de la costura en el alféizar, pero, por lo demás, no solía frecuentarse.

—¿Te encuentras bien, Herbert? —le preguntó tras darle un beso en la mejilla.

—Sí. —Él sonrió con gesto aliviado al verla—. Muy bien.

—Entonces, ¿qué haces aquí de pie y en penumbra? —insistió ella con gesto divertido—. ¿Te estás escondiendo de alguien?

—¿Escondiéndome? —dijo arrugando la frente—. No, es que tenía que contarte algo… —Se le apagó la voz.

Ella se sintió alarmada. Herbert estaba cada vez más despistado.

—¿Algo importante? —quiso saber.

—Sí, creo que sí. ¿Seré estúpido…?

Al verlo agitado, lo tomó del brazo y lo llevó a la puerta.

—No te preocupes. Si es importante, te acordarás antes o después. Vamos a cenar algo. ¿Está Olive?

—Olive —repitió—. ¡Eso es! Ya me acuerdo.

Clarrie sonrió.

—¿Qué era? ¿Ha ido otra vez al cine?

—No, no, es mucho más que eso —dijo entusiasmado—. Ha venido a verme ese joven para hablar de ella.

—¿Qué joven?

Herbert compuso un mohín enojado mientras trataba de hacer memoria del nombre.

—¡Si tú lo conoces! Simpático, coloradote… El del té.

—¿Jack Brewis? —supuso ella.

—¡Brewis, eso es! —Sonrió de oreja a oreja—. Brewis.

Ella esperó a que siguiera hablando, pero él guardó silencio con la misma expresión en los labios.

—¿Qué quería? —lo alentó ella—. Me has dicho que ha venido a hablar de Olive.

—¿Olive? Sí, sí, eso es. Ha venido por cortesía… para saber si tengo algo que objetar. Quiere casarse con ella.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Casarse con mi hermana? ¿Y cuándo ha…? ¿Cómo…? No tenía ni idea. —Se le hizo un nudo en el estómago—. ¿Qué le has dicho?

—Pues que esa decisión la tenía que tomar Olive —contestó él dándole unos golpecitos en la mano—, pero que tenían nuestra bendición si era lo que ellos querían. Y que, por supuesto, ayudaríamos a costear la boda.

La conmoción la hizo sentirse mareada. ¿Cómo era que no sabía nada? Olive ni siquiera le había dicho que tuviese novio. ¡Y Jack, precisamente!

Herbert la miró angustiado.

—No pareces contenta. ¿He dicho algo malo? Es una buena noticia, ¿verdad? Brewis es un joven agradable y Daniel… Daniel…

—Milner.

—Daniel Milner habla maravillas de su empleado.

—Sí, claro —dijo ella sin aliento—. La noticia es excelente.

De pronto sintió un gemido que le subía por la garganta y, algo avergonzada, se echó a llorar.

Olive se puso a la defensiva cuando fue a su dormitorio aquella misma noche para hablar con ella.

—Nunca me has preguntado nada. Siempre estás demasiado ocupada con el salón de té como para preocuparte por lo que hago.

—Eso no es justo —protestó Clarrie—. Siempre me he preocupado. Lo que pasa es que daba por sentado que habías quedado con Rachel y no que estabas callejeando por la ciudad con Jack.

—¿Qué más da? —dijo ella con aire impaciente.

—Nada, simplemente me habría gustado saberlo —la amonestó la mayor—. Mi propia hermana con Jack Brewis y yo soy la última en enterarse.

—A lo mejor no te he dicho nada porque sabía que te ibas a poner así.

—¿Qué quieres decir?

—Que no lo ibas a aprobar.

—Eso no es verdad. Solo estoy sorprendida.

—¿Sorprendida al enterarte de que Jack se haya enamorado de la pobrecita de Olive, la hermana tímida y menos agraciada?

—No, claro que no —dijo ella yendo hacia la pequeña, quien eludió sus empeños en abrazarla.

—Ya no soy una niña. —Tragó saliva—. Y no necesito tu permiso para casarme. Siento que haya tenido que ser precisamente con Jack, pero eso es lo que hay. ¿Por qué crees si no que ha seguido trayendo aquí el té en lugar de dejar que lo hiciera alguno de sus muchachos? Llevamos

juntos el tiempo suficiente como para estar seguros de que nos queremos. Lo que me gustaría es que tú te alegrases por mí.

—Y me alegro —repuso ella arrepentida—. Lo siento. Es muy egoísta por mi parte esperar tenerte aquí conmigo para siempre. Simplemente pensaba que eras feliz en esta casa. —Abrió los brazos con expresión desamparada—. Todo esto lo he hecho por las dos. ¿Recuerdas que te prometí que iba a cuidar siempre de ti?

Olive hizo un gesto severo.

—Pues ya no quiero que me cuides. Estoy harta de que pienses que necesito tu protección. A lo mejor tú te sientes mejor así, pero yo no.

Clarrie la miró horrorizada.

—¿Crees que he hecho todo esto por egoísmo, por sentirme mejor persona?

—¡Sí! —exclamó Olive—. A veces me da la impresión de que soy una de tus obras de caridad.

—Eres mi hermana y te quiero…

—Sí, soy tu hermana, pero no tienes ni idea de lo que espero de la vida. Hace mucho que no pasas ni cinco minutos conmigo para averiguarlo. Si no, habrías sabido que estoy enamorada de Jack. Estoy harta de vivir aquí como un pariente huérfano sin recursos que está en deuda con los Stock y pinta cuadros bonitos para su hermana, casada y próspera, a la que tiene que estar eternamente agradecida.

Clarrie sintió que aquellas acusaciones le robaban el aliento. ¿Cuánto tiempo llevaba conteniendo su hermana aquel resentimiento? El dolor que sentía la llevó, sin embargo, a contraatacar:

—Tienes razón: no te conozco. No tenía ni idea de que no querías vivir con Herbert y conmigo, ni de que pudieras ser tan ingrata con los sacrificios que he tenido que hacer para cuidarte —le dijo airada.

—Eso no es lo que te estoy diciendo —gritó Olive con ojos llorosos.

—Entonces, ¿qué?

—Tú no me necesitas. Tienes tu precioso salón de té y eso es lo único que te importa. Pues bien: Jack sí me necesita. Voy a crear mi propio hogar y ser su esposa y espero convertirme un día en madre de sus hijos.

—¿Y tu pintura? ¿Y tu música? —exclamó Clarrie—. ¿Después de lo que hemos pasado lo vas a dejar todo para ser la mujer de un repartidor de té?

Olive parecía tan furiosa que la mayor temió que fuese a golpearla.

—¡Sí —le espetó—, eso es lo que voy a hacer! Y va a ser un matrimonio como está mandado y no uno de conveniencia como el tuyo. Eso es lo que te asusta en realidad, ¿no es así, Clarrie? ¡Quedarte aquí sola con un hombre al que no amas!

La otra salió airada de la habitación antes de que su hermana pudiera ver cuánto la habían herido sus palabras. Acto seguido, se encerró en su dormitorio y hundió la cara en la almohada para acallar su doloroso llanto. ¡Qué ganas había sentido de abofetear el rostro altivo y desagradecido de Olive!

Sin embargo, cuando la noche se hizo más oscura y la casa quedó sumida en un silencio sepulcral, comenzó a sentirse atormentada por lo que tenía de cierto buena parte de la invectiva de su hermana. Se habían separado sin que ella se diera cuenta. Había estado demasiado

ensimismada en el salón de té para reparar en lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza preguntar por Jack o tratar de descubrir por qué seguía yendo a Summerhill si Milner lo había nombrado experto en mezclas. No tenía derecho a menospreciar la elección de prometido que había hecho Olive y se sentía avergonzada de haberse comportado con tanta hipocresía, pues ella misma había estado dispuesta a contraer matrimonio con Jack en el pasado.

¿Era verdad que no había deseado que Olive creciese a fin de tener a perpetuidad una excusa para cuidarla? Siempre había querido a su hermana con la intensidad de una madre y su presencia en la casa le permitía justificar el sacrificio que había hecho casándose con Herbert. Pese al remordimiento que le producían sus propias palabras, la acometió de nuevo una cólera intensa hacia Olive por echarle en cara que se hubiera desvivido por ella. Que se marchara con Jack Brewis si era su deseo y descubriese lo duro que era el mundo sin ella. Nadie la iba a querer ni a cuidar como su hermana mayor. ¡Nadie!

Capítulo 27

Tras la discusión, Olive apenas volvió a dirigir la palabra a su hermana. La boda se fijó para finales de agosto. A cambio de uno de los cuadros de Olive, Daniel Milner dio a Jack y a su prometida la fianza de una casa adosada en Lemington a fin de que estuvieran cerca del almacén de Scotswood. Fue a Rachel, y no a Clarrie, a quien recurrió para que la ayudase a elegir la tela del vestido de novia y la ropa de su nuevo hogar. Herbert pareció no advertir su frialdad, pero Will no la pasó por alto.

—Está tentando las alas para aprender a volar —dijo a Clarrie—. No se lo tengas muy en cuenta. Has hecho un buen trabajo: la Olive que yo recuerdo de cuando era niño no habría tenido la osadía de sacar los pies del tiesto ante nadie y mucho menos ante ti —señaló en tono de broma.

Ella agradeció su amabilidad y la ayuda que prestó en el salón de té durante el verano. Fue él quien convenció a Olive para que aceptase la oferta de Clarrie de celebrar el banquete de la boda en el Herbert's Tea Rooms, pues sabía que era el modo que tenía la mayor de arreglar la desavenencia entre ambas.

Olive y Jack se casaron en la capilla metodista de Elswick Road ante un grupito de amigos y familiares y pasearon a continuación hasta el salón de té bajo un sol brumoso. Lexy y Edna se habían desvivido por decorar el establecimiento con flores frescas y lazos y las mesas estaban a rebosar de comida.

Clarrie pasó llorosa todo el día, desde el momento en que vio a Olive con su vestido lleno de encajes hasta el instante en que salieron del salón de té los recién casados. La novia, sonrosada, estaba feliz del brazo de Jack, quien la miraba con tanta adoración que la mayor no pudo sino avergonzarse de los celos y las dudas que había albergado acerca de aquel matrimonio.

Se abrió paso hasta Olive para abrazarla con fuerza.

—Siento mucho todo lo que dije —susurró—. Sabes que te quiero a rabiar, más que nadie. Ven a vernos siempre que puedas.

La pequeña contrajo su rostro delgado ante aquellas palabras y se aferró a ella diciendo:

—Lo haré, te lo prometo.

Se separó al sentir la mano de Jack en su hombro.

—Hay que irse, muchacha —anunció y, mirando con cautela a Clarrie, añadió—: Gracias por todo lo que has hecho por nosotros: el té y todo lo demás. Los dos te estamos muy agradecidos.

Ella asintió con un movimiento de cabeza sin soltar la mano de Olive.

—Vas a cuidar bien a mi hermana, ¿verdad?

Él clavó en ella sus ojos del color de la miel con aire solemne y dijo:

—Sí, lo juro. Ella es toda mi vida. —Y a continuación, rodeó el talle de la novia con gesto posesivo.

Clarrie advirtió la tierna sonrisa que se intercambiaron y soltó a la pequeña.

Cuando todos se reunieron ante la puerta para despedir a los novios, que partían en uno de los carros de Milner, Clarrie sintió la primera punzada real de aquella pérdida. En unas cuantas semanas turbulentas, había pasado de ser la principal cuidadora y confidente de Olive a tener que conformarse con la función de simple espectadora de la vida que comenzaba con Jack en aquel momento, mientras le decían adiós. Tal vez a su pequeña le viniera mejor el papel de esposa de Jack de lo que le habría venido nunca a ella. Olive ansiaba tener su propio hogar y una vida doméstica acogedora desde el momento mismo en que se vieron expulsadas de Belguri. Crearía un nido confortable para Jack y él, a cambio, le daría seguridad a ella, pero ¿sería eso suficiente para su temperamento artístico? Recordando la sonrisa que acababa de verle, lo consideró más que probable.

Aunque apenas habían mediado la tarde, Herbert había insistido en que el salón de té permaneciera cerrado el resto del día. Clarrie se preguntó cómo iba a pasar las largas horas que faltaban para la de irse a dormir.

—Quítate esa ropa —fueron las instrucciones que le dio Will cuando regresaron a Summerhill. El estupor de Clarrie le provocó una sonora carcajada—. Johnny ha vuelto para pasar unos días con los suyos y hemos quedado para salir a montar. Tengo que estar en los establos a las cuatro y estoy seguro de que le gustará que vengas tú también.

—Me encanta la idea —exclamó ella besándole la mejilla—. ¡Eres un primor!

Una hora después ya habían ensillado los caballos y habían puesto rumbo al noroeste para salir de la ciudad con el amigo de Will. Clarrie, que llevaba siglos sin cabalgar, disfrutó de la sensación que le había provocado siempre la total compenetración de montura y jinete. Se detuvieron en el abrevadero de una granja para que bebiesen los animales y se sentaron apoyados en un cálido muro de piedra a observar el cielo ensangrentarse como una herida violenta con la puesta de sol.

Will y Johnny reanudaron sus discusiones políticas. Johnny no cabía en sí de admiración por Keir Hardie, fogoso dirigente escocés del Partido Laborista Independiente, al que había oído hablar en las colonias de Edimburgo.

—Estoy pensando afiliarme —dijo con entusiasmo.

—¿Al Partido Laborista? —preguntó Will con asombro.

—Sí, ¿por qué no?

—Porque son socialistas: a tu padre le puede dar una embolia.

—Siempre ha promovido el debate en casa, conque no puede quejarse —respondió Johnny —. Además, pienso decirle eso que repites tú siempre: que Cristo era socialista. Él es hijo de pastor, así que no va a tener más remedio que darme su aprobación.

—Sí, pero yo solo lo digo por enfadar a mi padre y a mi hermano.

—¿Qué opinas tú, Clarrie? —preguntó Johnny sorpresivamente.

Ella apartó la mirada del sol poniente.

—¿Del Partido Laborista o de tu idea de afiliarte?

—De los dos.

Los jóvenes la miraron de hito en hito, como interesados en su opinión. Hacía dos años, no habría sabido siquiera de qué hablaban, pero de los grupos que frecuentaban el salón de té había aprendido mucho de actualidad política desde entonces.

—Me da la impresión de que Hardie es un buen hombre y de que la clase obrera necesita un líder como él. Las mujeres también, porque fue uno de los primeros en defender el sufragio universal, aunque ahora parezca más inalcanzable que nunca. —Dicho esto dejó escapar un suspiro.

—¡Clarrie! —exclamó Will con fingido terror—. ¿No serás una socialista no declarada tal como temía Bertie? ¡Rápido, pasadme las sales!

—No te desmayes —dijo ella en tono sarcástico—. ¿O se te ha olvidado que soy una dama burguesa dueña de un salón de té?

—¡Oye —los interrumpió Johnny con gesto impaciente—, que estoy hablando en serio!

Ella le puso una mano en el brazo.

—Perdona, yo también lo intentaba. Si crees de veras en algo, deberías perseguirlo sin dejarte frenar por lo que piensen tu padre ni nadie más. Tú eres el único que puede decidir. ¿Por qué no vienes al salón de té antes de volver a Edimburgo y asistes a alguno de los debates que se celebran allí?

—Me encantaría —asintió él con entusiasmo.

El sol estaba a punto de desaparecer cuando volvieron a montar y emprendieron el camino de vuelta. Clarrie lo hizo muy a regañadientes. ¿Cuándo iba a volver a tener la ocasión de hacer algo así?

—Disfruta al máximo este momento —advirtió Will como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿Por qué? —preguntó ella sobresaltada.

—Porque cuando Johnny se una a los laboristas, va a tener que vender estos caballos burgueses para dar el dinero al partido.

Johnny soltó una carcajada antes de replicar:

—Solo voy a deshacerme del tuyo, Will. Clarrie y yo vamos a necesitar los nuestros para la revolución.

Era ya de noche cuando llegaron a Summerhill. Will se cambió y volvió a salir, dejándola con una extraña sensación de abandono. El joven iba a pasar la noche en casa de Johnny. Su estimulante compañía había mantenido a raya el vacío que se había apoderado de ella al despedirse de Olive y que en aquel instante regresó en forma de calambres en el estómago. Fue a buscar a Herbert.

Se sorprendió al no encontrarlo, como de costumbre, leyendo o trabajando en su estudio. Al pasar frente al dormitorio de él, vio luz por debajo de la puerta. Aquel había sido un día agotador y su marido se había acostado temprano. Clarrie había abrigado la esperanza de poder disfrutar de su compañía y de la ocasión de comentar hasta tarde los momentos más señalados del día, aunque eso hubiera comportado tener que recordarle a cada paso el nombre de los invitados.

Contra todo sentido común, subió al piso siguiente y miró en el cuarto de Olive, pero estaba vacío de todas sus pertenencias y Sally había quitado ya la ropa de cama. No había nada allí que pudiera consolarla. Entonces vislumbró a la luz de la farola de la plaza una prenda arrugada que había quedado abandonada sobre el respaldo de una silla. Al recogerla reconoció el vestido que

había confeccionado Olive a su llegada a Summerhill y que había usado los domingos antes de que, ajado por los años, lo dejara para las labores domésticas y, más tarde aún, para pintar. Clarrie se lo llevó al rostro y comprobó que guardaba aún el olor de su hermana mezclado con trementina.

—¡Te echo de menos, Olive! —exclamó en voz alta.

La asaltó una vez más el dolor de la pérdida de su vida pasada, de sus padres, de Belguri y los montes de Jasia, de todo lo que había compartido con su hermana. Aferrándose al vestido como a un talismán, regresó al piso de abajo para retirarse a su dormitorio. En él reinaban un silencio fantasmal y un gran vacío. Reparó en que apenas había añadido detalles personales. Dormía y se cambiaba en él, pero daba la sensación de que el cuarto siguiera guardando duelo por su antigua propietaria.

De forma mecánica, se desvistió, se puso el camisón y se tumbó. Acarició el vestido de Olive preguntándose cómo sería el hogar de Jack y Olive. Su hermana no le había enseñado la casa, pero ella se hizo propósito de ir a visitarla cuando, transcurrida una semana, hubiera tenido tiempo de asentarse. Podía llevarle algo para el hogar: un juego de atizadores para el salón o un jarrón vidriado de vivos colores. Se ausentaría del salón de té durante una hora cualquier tarde para ir a verla cuando considerara probable que Jack no estuviera. Jack y Olive.

De pronto, apartó el vestido viejo. No quería pensar en lo que podían estar haciendo en aquel instante. Hacía que se le revolvieran las entrañas y la abrumase la soledad. Inquieta, se levantó y caminó hasta la ventana. La luz etérea de la luna bañaba los jardines de la plaza y las oscuras hojas de los árboles se mecían como el mar. No era frecuente que el cielo estuviera lo bastante despejado de humo y de nubes para que el astro presentase tal fulgor.

Algo se removió en su interior. En ese momento recordó aquella otra noche de bodas, la de Bertie y Verity, en la que se había dado de bruces con Wesley en aquel jardín. ¡Qué estúpida había sido al hacerse pasar por Dolly! Habría sido mejor revelarle de inmediato su identidad en lugar de dejar que se acercara y coquetease con ella. En tal caso, no habría habido lugar para malentendidos por parte de la criada entrometida cuya murmuración había puesto a Jack en su contra.

Entonces empezó a corroerle las entrañas un deseo inopinado por Wesley. ¡No debía pensar en él! Estaba casada con Herbert, un hombre al que tenía un cariño muy real, por más que no lo quisiera con toda el alma. Se apartó del movimiento hipnótico de los árboles. Decidió acudir al lado de Herbert. Estaba harta de aquel matrimonio tibio. Se obligaría a amarlo y, si él la quería de veras como aseguraba, se lo diría también con el cuerpo y no solo con palabras.

Cruzando descalza el dormitorio, salió agitada al corredor. No podía verla nadie ni le importaba que Sally o la señora Henderson acertaran a encontrarse en las escaleras y la oyeran llamar a la puerta de su esposo.

—¿Herbert? —lo llamó en voz baja—. ¿Puedo entrar?

No recibió respuesta alguna, aunque la luz seguía encendida. Volvió a llamar y creyó oír un ruido leve, quizás un ronquido. Ya se había dormido. Su valor empezó a flaquear. Hizo ademán de retirarse y, a continuación, se detuvo, indignada ante su propia timidez. Era su esposa y tenía derecho a buscarlo. Hizo por abrir la puerta y vio que no tenía la llave echada.

La gran lámpara de la mesa bañaba con su luz amarilla la austera estancia. Clarrie apenas había entrado en ella desde sus tiempos de ama de llaves, pero ni su oscuro mobiliario de caoba

ni sus cortinas pardas de flecos habían cambiado un ápice. Sobre el antiguo aguamanil de mármol descansaba un montón de libros. Miró hacia el lecho de sobria estructura negra de metal y vio a Herbert tumbado de espaldas a la puerta con el brazo izquierdo fuera de la colcha y doblado hacia atrás en una postura incómoda. Avanzó de puntillas y alcanzó a oír su respiración. En efecto, se había dormido. Al menos no había hecho caso omiso de forma deliberada de su presencia ante la puerta.

De pie ante la cama, se estaba preguntando si retirar la cobertura para acostarse a su lado o echarse atrás cuando él dejó escapar un extraño gruñido animal. Clarrie dio un respingo, pero él no se movió ni se dio la vuelta. Estaba haciendo ruido en sueños. Ella suspiró. ¿Qué clase de demencia podía haberla empujado a entrar de ese modo? Aun en caso de haber estado despierto, Herbert no la deseaba. Iba a sentirse por demás avergonzado si se despertaba y la encontraba allí de pie con el camisón de gasa acariciando sus sábanas. Se ruborizó ante sus propias ansias de una relación íntima. En silencio, salió sin hacer ruido del dormitorio y regresó al suyo.

—¡Señora, señora, venga enseguida!

Los gritos de Sally la sacaron de un sueño profundo. El dormitorio se había teñido de la luz rosa del alba tamizada por las cortinas de muselina. Clarrie se incorporó confundida.

—¿Qué ocurre?

—Es el señor —farfulló la muchacha—. Se encuentra en un estado muy extraño. Le he llevado agua caliente para su afeitado diario y no entiendo qué pasa. ¡Por favor, venga!

Salió de la cama a duras penas, aún adormecida, aunque alarmada por el acceso de pánico de la criada. Se puso una bata y la siguió.

Herbert se encontraba tumbado en la misma postura en que lo había dejado, de espaldas a la puerta y con el brazo doblado. Rodeó la cama a la carrera y quedó petrificada: su marido la miraba fijamente con los ojos desencajados.

Capítulo 28

—¿Herbert? —Clarrie ahogó un grito.

Él seguía mirándola sin decir nada y con la boca floja. Ella se inclinó y comprobó que aún respiraba. Lo tocó, pero él no movió un músculo.

—Herbert, ¿qué te pasa? —le preguntó agitándolo suavemente.

Él dejó escapar de pronto un gruñido extraño como el de la noche anterior. Clarrie le puso una mano en el rostro.

—¡Háblame, Herbert! ¿Qué pasa?

Su marido la miró con ojos de desconcierto, como ignorando dónde estaba. Volvió a soltar algo semejante a un graznido con gesto inexpresivo. Ella le levantó un brazo, pero este volvió a caer inerte al lecho cuando lo soltó. Aterrada, le tomó una mano y se la llevó a su mejilla.

—¿Puedes hablar? —gritó y, al ver que no respondía, se volvió hacia Sally—. Necesita un médico. Iré a llamarlo. Tú, quédate con él. —Salió de un salto de la habitación y se precipitó escaleras abajo en su arrebato por llegar al teléfono del guardarropa situado al lado del vestíbulo.

Con manos temblorosas, levantó el auricular y esperó la respuesta del doctor. Cuando este contestó al fin, le describió con toda la calma que le fue posible el estado en que se hallaba su esposo y él se avino a acudir enseguida. En el momento de colgar, estaba a punto de echarse a llorar.

¿Cuánto tiempo llevaba así tumbado? ¿Una hora, dos? ¿Toda la noche? Sabía cuál era la respuesta a las preguntas que con tanta angustia se estaba formulando. Había intentado decirle algo, pero ella se había marchado tras dominar sus deseos carnales suponiéndolo dormido. Si se hubiera metido en el lecho de él, habría sabido de inmediato que ocurría algo. ¿Y si moría por causa de aquel retraso? Nunca se perdonaría semejante descuido.

Sin embargo, mientras, ya vestida, aguardaba al médico con la mano rígida de Herbert en la suya, oyó una vocecita en su interior que le recordó que, de haber sido él un marido como estaba mandado y haber compartido con ella su lecho, habría podido actuar antes.

El médico diagnosticó una apoplejía. Herbert había quedado con medio cuerpo paralizado y no podía hablar. Aún era pronto para saber si recobraría alguna de las facultades perdidas. Iba a necesitar cuidados constantes, ya en casa, ya en el hospital.

—Prefiero que sea aquí —dijo ella instintivamente—. Seguro que él lo querría así.

El facultativo salió para preparar todo.

Clarrie estaba aturdida. Telefoneó a los padres de Johnny para comunicárselo a Will, que

regresó enseguida para estar con ella. Más tarde, avisaron a Bertie, que se encontraba ya en el bufete y amonestó a Clarrie por no habérselo hecho saber en el acto.

—Sabíamos que estarías ocupado —dijo ella con un tono poco convincente y sin querer admitir que hasta entonces no se había visto con ánimo de hacer frente a su reprobación.

—¿Y cómo lo ha dejado toda la noche allí tumbado sin hacer nada? —exigió saber.

—Porque no lo he sabido hasta esta mañana —respondió ella consumida por la culpa mientras lo sacaba con rapidez de la habitación.

Will salió tras ellos y cerró la puerta.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Creí… Creí que estaba dormido —repuso ella tratando de no alzar la voz.

No le hacía ninguna gracia que Bertie la examinase con sus ojos desdeñosos. ¿Qué le importaba a él si dormían en camas separadas?

—No estaba usted con él, ¿verdad? —la acusó—. ¿Dónde estaba? ¿Por ahí, con uno de esos vándalos bolcheviques?

—¡Déjala en paz! —Will se revolvió contra su hermano—. Ni Clarrie tiene la culpa ni tú estás en situación de dar lecciones de moral a nadie. ¿Cuándo fue la última vez que viniste a ver a papá? Has dejado bien claro lo poco que te importa.

—Pues aquí me tienes —contraatacó Bertie—, dispuesto a cuidar de él… y a encargarme de que reciba cuidados profesionales como debe ser. —Y, mirando a Clarrie con gesto severo añadió—: Como tenía que haberlos recibido mamá.

Clarrie quedó sin aliento ante semejante insinuación y Will se abalanzó hacia su hermano y lo agarró por la chaqueta.

—¿Cómo te atreves a meter a mamá en esto? ¡Si Clarrie se desvivió por ella!

Bertie se zafó de él con un empujón que lo envió contra el pasamanos.

—¡Déjalo, Will! —intervino ella apartándolo—. Así no ayudamos a tu padre.

Los dos hermanos se miraron. Bertie se alisó la chaqueta con gesto indignado y Will dejó escapar un largo suspiro.

—Tienes razón. Lo siento. ¿Qué quieres que hagamos?

Clarrie sintió que se apoderaba de ella el miedo. Todavía estaba demasiado alterada para saber cómo actuar. ¿Y si Herbert no llegaba a recuperarse nunca? ¿Qué iba a hacer sin él? ¿Y sus clientes? ¿Qué iba a ser del salón de té si tenía que cuidarlo a todas horas? Trató de contener el pánico para pensar con claridad. Los hermanos la estaban mirando.

—Tenemos que sentarnos a hablar, todos —comenzó a decir con voz vacilante—. Verity también, si quiere ayudar. Hay que estudiar cuál es el mejor modo de hacer frente a esta terrible situación. —Lanzó a Bertie una mirada de advertencia—. Lo que no quiero es a nadie discutiendo a voz en grito e inquietando a mi marido. Tal vez no pueda hablar, pero estoy convencida de que nos oye y nos entiende y una pelea familiar no va a ayudarlo precisamente a recuperarse.

Will, arrepentido, asintió con la cabeza y ambos miraron a Bertie.

—Muy bien —espetó—, pero yo tengo un negocio del que ocuparme. Ya hablaremos de esto más tarde. Manténgame informado de cuanto diga el doctor.

Los días siguientes se resumieron en visitas del médico y de gentes que acudían preocupadas a preguntar por la salud del enfermo: clientes, vecinos, el pastor y el representante más anciano

de los feligreses de la parroquia y diversos amigos del salón de té. Los Landsdowne enviaron un cesto de frutas y Verity acudió sin los mellizos.

—Sería terrible para ellos verlo en este estado —dijo a Clarrie, apenas capaz de ocultar su propia repulsión ante las facciones rígidas de Herbert y su boca babeante.

Clarrie se contuvo de responderle con mordacidad que tendría que haberlos llevado a ver a su abuelo mucho antes.

—Quizá de aquí a unas semanas, cuando se haya mejorado —comentó—. Seguro que ver a Vernon y Josephine le levanta el ánimo.

Verity salió tan pronto como pudo con la vaga promesa de llevarlos pronto.

Se contrató a dos enfermeras que habrían de turnarse para ayudar a levantar, bañar, cambiar y alimentar a Herbert. Clarrie se ocupó de las noches y montó un catre de campaña en el dormitorio de su marido para oírlo en caso de que la necesitase. Tal proximidad le produjo un consuelo extraño: en lugar de dormir sola y angustiada en su propia alcoba, podía conciliar el sueño escuchando su respiración y el suave tictac del reloj de su mesilla. Cuando no podía dormir, se sentaba a su lado y le acariciaba el rostro o el brazo inútil. Parecía terriblemente vulnerable. Eran tan escasas las veces que había podido tocarlo en el pasado que aquel simple contacto despertó en ella una ternura renovada hacia él. ¡Cómo deseaba que sobreviviese a aquel ictus y se recobrara!

Pasaba sus días del salón de té a la casa y de la casa al salón de té para comprobar el estado de Herbert cada par de horas y se turnaba con Will para no dejarlo solo. A veces le leía, aunque no podía estar segura de si entendía las palabras. Lo tomaba de la mano sana y él presionaba a veces la suya en respuesta, si bien sus ojos no revelaban señal alguna de reconocimiento.

Bertie se ocupó de los clientes de su padre, con los que se puso en contacto tras escrutar el montón de expedientes que tenía en su estudio.

—No te preocupes por su trabajo —la tranquilizó Will—. Bertie se encargará de todo y, si hay algo que se le da bien, son los asuntos financieros.

—Pero Herbert no podrá firmar nada.

—Tampoco le hace falta: Bertie tiene poderes de los tribunales para actuar en su nombre.

Con todo el trabajo que tenía por delante, fue un alivio para Clarrie poder olvidarse de los asuntos legales de Herbert. Cuando se recuperase, no permitiría que volviese a imponerse aquellos horarios tan exigentes. Se había entregado demasiado a su labor, incapaz de delegar en su hijo, tal como debería haber hecho. Decidió hacer que trabajasen menos y pasaran más tiempo juntos. En ese instante solo deseaba que padre e hijo tuvieran la oportunidad de mejorar su relación.

Olive supo de la apoplejía de Herbert por Daniel Milner y Jack. Pasó a verlo cuando Clarrie estaba en el salón de té, pero Will la convenció para que se quedara hasta que regresase su hermana. Ambas se abrazaron brevemente.

—Es horrible verlo así —dijo la pequeña con lágrimas en los ojos—. ¡Si el día de la boda estaba perfectamente! Tan amable como siempre y muy alegre.

—Sí —coincidió Clarrie—. Fue un día muy feliz.

—No dejo de pensar —añadió temblorosa— que quizá fue demasiado para él. Si no hubiésemos…

—No te mortifiques —la amonestó la mayor tomándole las manos—. No ha tenido nada que

ver con la boda. Herbert llevaba años trabajando más de la cuenta.

Bajaron a la cocina, donde la señora Henderson se deshizo en atenciones a Olive. Las hermanas tomaron té en la salita que había ocupado la mayor siendo ama de llaves, donde ambas se hallaban más a gusto. Cuando Clarrie le preguntó por su vida de casada, Olive se explayó con entusiasmo.

—Solo llevamos unos días, pero me siento tan bien en nuestro nuevo hogar… Jack también está muy orgulloso de la casa y no hace más que cuidarme. Todos los días se acuerda de traer un detalle nuevo para mí. Yo le digo que no hace falta, que debería ahorrar, pero él no me hace caso —dijo sonriente.

Clarrie miró las mejillas encendidas de su hermana y también arqueó los labios.

—¿Y por qué no te limitas a disfrutar de sus obsequios?

—Eso es lo que dice él. Quizá debería hacerlo, porque nunca sabes lo que puede esperarte a la vuelta de la esquina. —Se detuvo de súbito con gesto consternado—. Lo siento, Clarrie, no pretendía afligirte.

—Y no lo has hecho —repuso ella tensa.

Después de aquello, decayó la conversación. Clarrie se desvivió por hacer que Olive se sintiera cómoda, porque no quería verla marchar, pero no sirvió de nada.

—Debería volver a casa —dijo la hermana poniéndose en pie con ademán apresurado— y preparar té para Jack.

Aunque prometió volver en breve, Clarrie no pasó por alto su expresión de alivio en el momento de partir, semejante a la de un animal que escapara de una trampa. Sabía que Olive agradecía no vivir ya en Summerhill y tener que ocuparse de un Herbert inválido.

Will tuvo que regresar a Durham al mes siguiente. Aunque no quería, dada la falta de mejoras en el estado de salud de su padre, Clarrie fue inflexible.

—Claro que tienes que volver: tus estudios son lo primero.

El muchacho sonrió con tristeza.

—Eso es precisamente lo que habría dicho mi padre.

—Razón de más —dijo ella— para que me hagas caso.

Hizo lo posible por no revelar hasta qué punto dependía de su compañía y su apoyo. Will se fue con la promesa de volver cuando le fuera posible antes de las vacaciones de Navidad.

Clarrie trabajó aún más tras la partida del joven. Apenas se permitía unas horas de sueño entre el salón de té y el cuidado de Herbert. Lo ayudaba con su terapia diaria de ejercicios y masajes a fin de evitar que perdiesen musculatura las extremidades sanas y favorecer el movimiento de las que tenía paralizadas.

Con el paso de las semanas, se advirtió cierta mejoría. El paciente recuperó parte del dominio de los músculos faciales, con lo que pudo masticar determinados alimentos blandos, y comenzó a mover la pierna izquierda. Llegado el mes de noviembre, había conseguido ponerse en pie con la ayuda de dos enfermeras, caminar tambaleante hasta la puerta y regresar.

Cierta noche de invierno, Clarrie llevó una bandeja con la comida de Herbert y la depositó en la mesilla de noche. Él estaba apoyado sobre las almohadas, observándola con la expresión ausente de costumbre.

—*Ara*.

Ella volvió la cabeza de inmediato para mirarlo, sin saber bien si se trataba solo de un ruido o

de un intento suyo de pronunciar una palabra.

—*Ara* —repitió su esposo mientras señalaba la bandeja con la mano buena.

Clarrie estudió el contenido y, de pronto, cayó en la cuenta de que habían olvidado poner la cuchara para el puré.

—¿Cuchara? —preguntó. Le tomó la mano—. ¡Has querido decir *cuchara*!

Él hizo una mueca y ella le besó la mano.

—¡Muy bien! Has dicho cuchara. Di algo más —pidió señalando el cuenco.

—*Pue*… —articuló él con lentitud— *de atas*.

—¡Puré de patatas! —chilló ella emocionada—. ¿Y yo? ¿Quién soy yo? —preguntó llevándose la mano al pecho y conteniendo el aliento.

Él la miró un largo rato con expresión desconcertada y el semblante contraído. Quizás eran demasiadas preguntas de golpe.

—Da igual —dijo disipando su decepción—. Ya verás cuando se lo diga a Will.

Salió corriendo de la habitación para tomar una cuchara y contar a la señora Henderson y a Sally la noticia de las primeras palabras coherentes de Herbert.

—No está mal de la cabeza como cree Bertie —dijo mientras se enjugaba una lágrima aliviada—. ¡Ha hablado!

De nuevo en el dormitorio, observó y alentó a su marido mientras él comía con dolorosa lentitud. Sin embargo, por primera vez, tanta atención pareció irritarlo.

—Lee —gruñó.

Ella se echó a reír. Las sesiones de lectura que había hecho para él todos aquellos meses sin saber si él entendía algo no habían sido en balde. Se sentó y le leyó un libro mientras él acababa de comer. Cuando acabó, el puré con carne picada estaba frío y se había derramado la mitad en el pijama, pero Clarrie pudo notar el aire de triunfo que teñía su resuello.

Cuando recogió la bandeja, él la tocó con sus dedos débiles. Sus miradas se encontraron. En la de él había un brillo nuevo que la llevó a pensar que la había reconocido. Dijo algo inaudible. Clarrie se inclinó y él lo repitió con más fuerza:

—Cl… Clarrie.

—Sí, soy Clarrie. ¡O sea, que me has reconocido!

Él tenía los ojos clavados en ella con gesto suplicante.

—¿Qué más, Herbert? ¿Qué más recuerdas?

—*E… E iero*.

El corazón le dio un vuelco. Los ojos se le llenaron de lágrimas, lágrimas de gozo, de alivio y de ternura. Se inclinó más aún para besarle la frente.

—Yo también te quiero —declaró con voz ronca.

Él lanzó un gruñido elevado. De uno de sus ojos se escapó una lágrima que fue a correrle por la mejilla demacrada.

—¡Oh, Herbert! —suspiró ella emocionada—. Has vuelto a mi lado.

Capítulo 29

Clarrie resolvió reunir a la familia en torno a Herbert para Navidad. Sería la primera vez que la celebrase sin Olive, que tendría en casa a la madre y al hermano de Jack, de modo que cualquier distracción era de agradecer. A Will le encantó la idea y Bertie y Verity la sorprendieron al aceptar y llevar con ellos a los pequeños. Vernon se había convertido en un chiquillo consentido de cuatro años y muy mal genio que respondía con una pataleta si no obtenía lo que deseaba. En cambio, Josephine era una niña regordeta de natural tranquilo que pasó el rato corriendo alrededor de la silla de Herbert para jugar con él al escondite.

—¡Sálvame, abuelo! —chillaba gozosa cuando la perseguía Will fingiendo ser un oso pardo.

Clarrie sabía que Herbert disfrutaba enormemente teniendo allí a sus nietos. Hacía grandes empeños en hablarles con claridad.

—¡Se le cae la baba! —exclamó Vernon asqueado—. No me gusta.

—Creo que tiene hambre —fue el diagnóstico de Josephine, que, encaramándose a su regazo, se puso a darle chocolate. La golosina empezó a derretirse y los dos montaron una escena digna de ver.

—¡Josey! —la riñó Verity—. Te estás poniendo el vestido hecho una pena. Bájate de ahí ahora mismo.

La niña no hizo caso y a su madre se le encendió el rostro de ira.

—¡Haz algo, Bertie!

Clarrie corrió a recogerla de la rodilla de su abuelo.

—Ven, que te vamos a lavar con agua encantada.

—¿Qué es agua encantada? —preguntó sorprendida Josephine.

—Ya verás.

En la cocina, llenó un cuenco con agua muy jabonosa y la entretuvo haciendo pompas mientras le lavaba las manos y la cara y le quitaba las manchas del vestido. Josephine reía mientras observaba las burbujas caprichosas alejarse en el aire para ir a reventar en los estantes de sartenes y vajilla. Clarrie había mandado pronto a casa al servicio para que pudiesen disfrutar del día de fiesta con sus familias y lo cierto es que fue un alivio cambiar el ambiente tenso de la planta de arriba por la paz de la cocina.

—Clarrie —dijo la pequeña de improviso—, ¿tú eres mi abuela?

—No —sonrió ella—, pero estoy casada con tu abuelo.

—Entonces eres de mi familia —insistió.

—Supongo que sí.

—Pues papá dice que no. —La niña frunció el ceño y balanceó las piernas—. Dice que eres una criada.

A Clarrie se le hizo un nudo en el estómago.

—Antes sí, pero ya no.

—¿Por eso nos dejan venir a la cocina? Porque en casa no puedo entrar.

Clarrie posó un dedo juguetón en la nariz de Josephine.

—Pues en esta casa puedes ir adonde te apetezca.

El rostro de la chiquilla se iluminó.

—¿Podemos jugar aquí al escondite sin que nos regañen?

—Sí, pero solo unos minutos.

Les dio tiempo a esconderse dos veces antes de que Bertie se pusiera a llamarlas a gritos. Entró en la cocina y halló a Clarrie a gatas debajo de la mesa mientras Josephine daba saltitos a su lado anunciando feliz:

—¡Te encontré!

Clarrie se puso en pie enseguida, incómoda ante la mirada de Bertie y recordando de pronto el día en que la había empujado contra aquella misma mesa para besarla a la fuerza.

—Ven aquí ahora mismo, Josey —gritó—. No puedes estar aquí.

—Puedo ir adonde quiera —replicó ella con aire obstinado—. Me lo ha dicho Clarrie.

—Pues yo te digo que no. Vamos.

Clarrie corrió a tomar a la niña de la mano.

—Vamos a ver si el tío Will te quiere pasear a caballito —dijo para convencerla.

Sin detenerse, subió con ella las escaleras. Al llegar arriba, Bertie le espetó:

—Ni se le ocurra volver a bajar con ella a las piezas del servicio. No es de recibo.

Clarrie se sintió agradecida cuando, poco después, Verity anunció que había llegado la hora de irse. De manera inesperada, Josephine rodeó con sus brazos rollizos el cuello de la mujer de su abuelo para darle un beso de despedida lleno de babas.

—¿Por qué no vienes a vivir con nosotros, Clarrie?

Ella sonrió.

—Porque tengo que quedarme aquí para cuidar al abuelo Stock.

—Eso lo puede hacer el tío Will.

—Pero a mí también me necesita —dijo besando su mejilla suave al mismo tiempo que se soltaba de ella con dulzura—. Eso sí, espero que vengas pronto a visitarnos —añadió antes de clavar su mirada en la de Verity.

—Quizás en Año Nuevo —dijo la otra sin mucha convicción.

Clarrie y Will salieron a despedirlos.

—Es muy linda —aseveró ella con un suspiro mientras regresaban al calor del interior— y muy cariñosa. Me recuerda a ti, Will, cuando eras pequeño.

—Sí —convino Herbert mirándola con un centelleo en la mirada—, como Will. Vernon… raro… como Bertie.

Todos se echaron a reír. Más tarde, después de acostar a Herbert, Clarrie se sentó a hablar con Will, quien la hizo partícipe de la sorpresa que se había llevado ante la felicitación navideña que le había hecho Edna con una ramita de muérdago en el interior y le preguntó qué había

querido decir con eso.

Ella sonrió.

—Pues que está enamorada de ti. ¿No lo sabías?

Él soltó una carcajada pudibunda y negó con la cabeza.

—Pensaba que era amable con todos.

Hablaron también de los planes de futuro.

—No puedo pensar en qué quiero hacer de aquí a mucho tiempo —dijo Clarrie con un suspiro—. Lo único que deseo es que tu padre se mejore.

Will la miró con aire pensativo.

—Parece que te llevas bien con Josey. A lo mejor la ves más ahora que Verity está haciendo un esfuerzo por visitar a mi padre.

—Eso espero, aunque lo que me habría encantado es haber tenido un hijo propio —soltó antes de ponerse colorada—. Lo siento, no debería haber dicho eso.

Sin embargo, él no parecía nada azorado.

—Quizás aún estéis a tiempo.

—No —dijo ella con calma—, tu padre nunca ha querido. Después de lo que le ocurrió a tu madre, tiene miedo de perder a un ser querido, así que parece que no estoy destinada a ser madre.

Will tomó su mano.

—Pues que sepas, Clarrie, que conmigo has sido siempre una madre maravillosa.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas ante tanta dulzura.

—Gracias —musitó con una sonrisa temblona—. Yo, desde luego, nunca podría haber soñado con un hijo mejor que tú.

Llegada la primavera de 1913, el estado de Herbert había mejorado lo suficiente como para que Clarrie pudiera sacarlo al parque en silla de ruedas e incluso para que diera algunos pasos ayudado de dos bastones. Su semblante había perdido el tono macilento y hablaba mucho mejor, aunque en ocasiones siguiera titubeando exasperado en busca de una palabra. Su memoria para los sucesos recientes empeoró tanto que, cuando Clarrie le habló de la última visita, él se enfadó por no haber estado en casa para verlos.

—Pero si estabas aquí, Herbert —le recordó—. Josey te enseñó la cuerda de saltar que le habían regalado, se le enredó en tu pie y le dijiste que parecía un vaquero atrapando con el lazo a un caballo viejo.

—¡Ah, sí! —dijo él—. Es verdad.

Sin embargo, su expresión delataba que había olvidado por completo la visita de la pequeña y Clarrie se sintió muy apenada. Entre abuelo y nieta estaba creciendo un vínculo muy especial: Josephine se deshacía con las atenciones que le brindaba aquel hombre que la dejaba subirse encima de él, le decía cosas sin sentido que la hacían reír y no le mandaba estarse quieta o dejarlo tranquilo porque estaba trabajando; en tanto que Herbert, por más que olvidase todo con rapidez, disfrutaba con sus preguntas curiosas, su risa y el hecho de que no le tuviera miedo ni repugnancia como su remilgado hermano Vernon.

Clarrie sabía que Verity llevaba a los niños solo porque se lo pedía Bertie. La enfermedad de Herbert lo había conmovido sobremanera al recordarle la condición mortal de su padre y la

esposa de este se preguntaba si no se sentiría culpable por haberlo abandonado. Fuera cual fuere el motivo, lo cierto es que se alegraba de que su mujer llevara a los pequeños de visita.

Como Vernon sentía una gran fascinación por los juguetes mecánicos, Clarrie compró una caja llena para tenerlo entretenido mientras su hermana jugaba con Herbert y con ella. Verity, habituada a dejar a los mellizos con la niñera, no tardaba en aburrirse. Tras un par de visitas de compromiso, Clarrie le propuso:

—¿Por qué no aprovecha para ir un par de horas a la ciudad? Yo puedo cuidar de los niños y la señora Henderson puede prepararles la merienda.

Después de aquello, los pequeños fueron a verlos todos los martes por la mañana y Clarrie puso a Lexy a cargo del salón de té hasta la tarde. Con la llegada del verano y la subida de las temperaturas, los llevó también al parque, donde los mellizos disfrutaban de lo lindo empujando la silla de Herbert y Vernon imitaba el ruido de un motor.

Fue en una de tales ocasiones, a mediados de julio, estando Will de merienda campestre con ellos poco después de regresar de la universidad, cuando toparon con Wesley. Vernon y Will habían ido a perseguir un aro que se les había escapado y Josey estaba sentada en las rodillas de Herbert, agitando su cuerda de saltar y dando gritos como un auriga.

Wesley, que caminaba hacia ellos del brazo de una elegante joven, atrapó el aro.

—Señor Robson —lo saludó Will—. ¿Cómo está?

Los dos se dieron la mano.

—Devuélvame mi aro —exigió enfadado el mellizo.

—No seas grosero —lo reprendió Clarrie al llegar adonde estaban.

Wesley hizo rodar el juguete hasta el niño, la saludó inclinando el sombrero y estrechó la mano sana de Herbert.

—Me alegra verlo en la calle, señor Stock —dijo—. Ya veo que lo están cuidando bien.

—Mucho —respondió él—. Mi esposa… es una… maravilla.

Clarrie miró incómoda a Wesley.

—Me consta —murmuró dedicándole a ella un breve gesto burlón.

—Estos son mis… —Herbert buscó la palabra.

—Nietos —intervino Clarrie—. Josephine y Vernon.

—¿Cómo está? —preguntó la chiquilla, tendiéndole la mano como había visto hacer a Will —. Yo no soy Josephine: soy Boudica. Clarrie dice que soy una valiente guerrera y que este es mi carro. El abuelo es mi caballo.

Wesley, asombrado, abrió los ojos de par en par antes de estrecharle la mano sonriente.

—Siempre había querido conocer a Boudica. Soy un gran admirador de las mujeres de carácter.

—Si lo desea, puede usted ser uno de mis guerreros —propuso la niña con gesto encantado.

—Gracias —dijo Wesley inclinando la cabeza.

—¿Es usted su esposa? —La pregunta de Josephine a la joven de distinguido atuendo dejó a todos sorprendidos.

Ella se echó a reír.

—Todavía no —respondió.

Wesley corrió a presentarla:

—Se trata de la señorita Henrietta Lister-Brown, mi prometida.

A Clarrie se le revolvieron las entrañas al advertir dónde la había visto antes.

—Usted fue a la boda de mi hermano —declaró Will— con un sombrero rojo muy llamativo.

—En efecto. —La joven volvió a reír con deleite—. ¡Qué memoria tiene!

Él sonrió.

—Destacaba usted entre la multitud, señorita Lister-Brown.

—¡Qué halagadores son ustedes, los norteños!

Intercambiaron algunos cumplidos más. Ella era de Londres, familia política de los Landsdowne, y le encantaba visitar el norte. Wesley y ella tenían planes de boda para el año siguiente.

—Date prisa, tío Will —protestó Vernon—, que quiero jugar.

—Tranquilo, granujilla —contestó él fingiendo enfado—, si no quieres que te azote Boudica por tu falta de respeto.

—¡Eso! —aseveró Josephine agitando con energía la cuerda.

—Venga, querido —dijo Henrietta estrechando el brazo de Wesley—, que esta amable gente querrá seguir con su paseo.

Él volvió a inclinar el sombrero y todos se despidieron. Lanzó a Clarrie una mirada fugaz, casi triunfal. Estaba encantado de presumir de su hermosa prometida. A ella el corazón le batía errático en el pecho. Aun así, se obligó a sonreír.

—Enhorabuena por su futuro casamiento, señor Robson —musitó apartando la vista, incapaz de mirar el apuesto rostro de él.

Acto seguido, Will y ella empujaron la silla de Herbert en dirección al quiosco de la música. Clarrie se obligó a disfrutar de la merienda al aire libre pese a tener el estómago agitado y haber perdido el apetito. No le hacía ninguna gracia comprobar que la noticia de la boda de Wesley podía llegar a inquietarla tanto. ¡Qué absurdo, sentir celos de una aristócrata! Era, ni más ni menos, la clase de esposa de contactos de relieve que encajaba con los ambiciosos Robson. ¡Así fueran muy felices! Decidió desterrar de su mente cualquier pensamiento relativo a Wesley.

Clarrie se consagró a su trabajo y ocupaba cada minuto de vigilia en dirigir el salón de té o atender a Herbert. Los martes por la mañana recibía la visita de los mellizos, de modo que el único día en el que tenía un momento libre era el domingo. Tras ir a misa y comer, se dedicaba con frecuencia al papeleo, pero, estando en casa Will durante las vacaciones de verano, buscó tiempo para ir a montar con él y con Johnny las tardes dominicales. A veces cabalgaban por el valle del Tyne o cruzaban el río para recorrer las onduladas colinas de Durham.

Esas pocas horas de libertad se contaban entre las más felices que alcanzaba a recordar desde su vida en la India. Trotar al aire libre con sus jóvenes compañeros bajo el sol y la brisa entre bosques y páramos era todo un deleite. Cuando reía y bromeaba con ellos se olvidaba de las preocupaciones de la semana. Desaparecían las dificultades asociadas a la gestión del establecimiento y la salud de Herbert, y Clarrie volvía a sentirse joven y llena de vida.

En septiembre, Will partió a Edimburgo con Johnny para ayudar en las colonias universitarias antes de volver a Durham para proseguir sus estudios. Clarrie sufrió mucho su ausencia y la última tarde de la semana se volvió monótona.

—¿Por qué… no llamas… a Olive? —propuso Herbert un domingo ventoso—. No hace…

tiempo… de parque.

Los dos sabían que, sin la ayuda de Will, a Clarrie no le resultaba nada fácil empujar la silla de ruedas con aquel tiempo. El corazón le dio un respingo ante aquella idea: aunque no era la primera vez que la formulaba su marido, no pudo menos de vacilar. Olive no había ido a verlos desde Semana Santa, cuando a Clarrie la había distraído una llamada telefónica del salón para avisarla de que había fallado el reparto de harina. Dolly estaba hecha un basilisco y amenazaba con dejar la cocina.

—Ya veo que estás ocupada —había dicho su hermana apurada—. Ve y soluciónalo, yo puedo volver en cualquier otro momento.

Olive se había despedido antes de que hubiera tenido tiempo de preguntarle por nada más que si Jack y ella estaban bien. No había vuelto a Summerhill desde entonces y Clarrie tenía la impresión de que estar allí le resultaba incómodo. El lugar le recordaba su antigua condición servil y su dependencia respecto de su hermana mayor en un pasado que parecía resuelta a olvidar. Había ido dos veces al salón de té, pero siempre durante la mañana del martes, cuando ella no estaba. Y, aunque Will había ido a verla hacía un mes, no había contado gran cosa, salvo que se encontraba bien y que era feliz, y la había instado a ir a visitarla.

—¿Y en qué ocupa sus días? —había preguntado, deseosa por conocer los detalles.

Él se había encogido de hombros.

—En cuidar la casa y atender a Jack.

—Eso no es precisamente un trabajo a tiempo completo —había contestado ella.

Cuando estaba a punto de decir algo más, Will había optado, en cambio, por sonreír con aire compungido y decir:

—¿Por qué no vas a verlo por ti misma? Llevan más de un año casados y todavía no le has hecho una sola visita.

—Pero ¿de dónde saco el tiempo? —había protestado Clarrie.

Con todo, aquello había sido lo más parecido a un reproche que le había hecho nunca Will y su crítica le había resultado dolorosa. Estaba evitando a Olive en igual medida que su hermana a ella. Aquella visita que le había hecho antes de Navidad con una flor de Pascua había resultado estéril: Jack y ella se hallaban ausentes y Clarrie se había limitado a dejarle la planta a una vecina.

Por eso, cuando Herbert la animó una vez más a ir a verla, supo que tenía que reunir el valor necesario para hacerlo. Cortó unas rosas del jardín, las envolvió en papel de estraza y remontó el río hasta Lemington en la vieja bicicleta de Will. Mientras se acercaba a la calle de hermosas casas adosadas con grandes ventanales como las que solían habitar los capataces, no sabía si preferir que su hermana y su cuñado hubieran salido.

Le abrió la puerta Jack, adormilado y con el cabello rubio revuelto, y por un momento la miró confundido hasta que la reconoció bajo el sombrero colosal que llevaba atado con un pañuelo escarlata.

—¿Clarrie?

—Hola, Jack —sonrió ella tendiéndole el ramo de rosas—. Toma, son para Olive.

Él las miró inseguro.

—No me había dicho que ibas a venir.

—Lo he decidido hace media hora. Ha sido idea de Herbert, que…

—Se ha echado un rato a descansar. —Jack parecía no saber qué hacer.

Ella se sintió abochornada: estaba claro que había interrumpido la siesta de la tarde.

—Lo siento, no tendría que haber venido sin avisar. Puedo volver en otra ocasión.

—No, no seas tonta —repuso Jack recobrándose de la sorpresa—. Estará encantada de verte. Entra, chica.

Clarrie dejó la bicicleta apoyada en la barandilla de la fachada y lo siguió a un vestíbulo pintado de verde con un salón a la derecha y una escalera empinada a la izquierda. El blanco del pasamanos y los marcos de las puertas ofrecía una sensación de luminosidad. El olor a sándalo hizo que se le removieran las entrañas. Belguri. Ante ellos había una puerta que daba a la cocina. Jack la invitó a pasar.

—Siéntate —le ofreció antes de arrojar las flores sobre una mesa de pino cepillado que había ante la ventana—. Voy a llamar a mi señora.

Lo oyó subir las escaleras mientras lo observaba todo con curiosidad. Las paredes encaladas estaban decoradas con motivos de hojas que se enroscaban como guirnaldas por toda la pieza. Algunas eran verdes y otras estaban pintadas del naranja y amarillo del otoño. Entre ellas saltaban pajarillos de color turquesa, oro y escarlata. El mobiliario era sencillo: una mesa con cuatro sillas, un aparador y un arcón para la ropa de mesa, pero el amarillo pálido con que lo habían pintado confería al lugar una luminosidad deslumbrante. Había también dos sillones no muy amplios, tapizados con un tejido de flores amarillas y azules, a uno y otro lado del hogar y el fogón. Ante la ventana abierta pendía una persiana de listones blancos que tamborileaba suavemente contra el marco mecida por la brisa. Los platos del aparador eran blancos y azules con sauces pintados, como los que tenía su madre en Belguri.

Se le hizo un nudo en la garganta que la llevó a apartar la mirada. Entonces se acercó a la ventana y observó el patio trasero de paredes blanqueadas poblado de maceteros de flores, un rododendro que crecía en un tonel de grandes dimensiones y cajas de té pintadas y barnizadas que contenían azaleas, capuchinas y pensamientos. Semejante derroche de color arrobaba los sentidos. Pensó que el rojo oscuro de las rosas que había llevado, que ya habían empezado a languidecer sobre la mesa, resultaba reservado y apagado en comparación.

Al fin oyó pasos y se volvió para ver entrar a Jack seguido de Olive. Su hermana tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes y el cabello pelirrojo de tonos dorados le caía sobre los hombros.

—¡Esta casa es preciosa! —exclamó Clarrie—. Se parece un poco a… —Las palabras murieron antes de llegar a sus labios cuando Jack se hizo a un lado y entró Olive en la estancia. Miró a su hermana de hito en hito con el corazón petrificado.

—¡Olive! —exclamó—. ¡Estás encinta!

Su hermana, con el vientre hinchadísimo, se acercó meciéndose y con las manos en los riñones, como si tuviera miedo de volcar, y asintió con un gesto casi desafiante.

—Sí —dijo Jack con una sonrisa orgullosa—. De aquí a un mes sale de cuentas.

A Clarrie se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Qué bien! —logró decir—. No tenía ni idea…

Olive y su marido intercambiaron una mirada fugaz.

—¿No te lo dijo Will? —preguntó ella.

Clarrie negó con un movimiento de cabeza. Tendió las manos, incapaz de hablar. Olive

vaciló antes de acercarse a su hermana para que la envolviera en un abrazo un tanto incómodo, dadas las dimensiones de su barriga. Sintió algo moverse, como un codazo suave, y se echó hacia atrás con los ojos abiertos de par en par.

—¿Eso ha sido el bebé? —preguntó asombrada.

—Sí. —Olive sonrió mientras posaba en el bulto de su vientre sus manos protectoras.

Jack llevó a su esposa hasta uno de los sillones y le colocó un cojín en la espalda.

—Siéntate, Clarrie —insistió—, que voy a hacer té mientras vosotras charláis y os ponéis al día.

Con él yendo de un lado a otro de la cocina, Clarrie no sabía bien cómo empezar una conversación. ¿Por qué no le había dicho nada nadie? ¿Cuándo pensaba contárselo su hermana? ¡Si se llega a enterar por otra persona en el salón de té…! Will tendría que haberle dado la noticia. Sin embargo, mientras hacía por tragarse el desconcierto y el dolor, pudo adivinar por qué la habían mantenido en la ignorancia: porque sabían que le causaría tanta aflicción como alegría al subrayar la ausencia de hijos propios.

Hizo lo posible por contener su resentimiento. Era su querida hermana la que estaba a punto de tener su primer bebé. La iba a hacer tía y eso era motivo de júbilo sin importar las carencias que pudiera tener su propio matrimonio.

Mientras sorbía el té que había hecho Jack, se esforzó por hablar del salón de té y las excursiones con Will, así como de los paseos con Herbert y los mellizos. Poco a poco, Olive bajó la guardia y se avino a expresarle la emoción que sentía ante lo que se avecinaba.

—Si es niña, vamos a llamarla Jane por mamá —anunció— y, si es niño, George, como el padre de Jack.

Clarrie se inclinó hacia delante y le estrechó una mano.

—Excelente —sonrió—. Sea lo que sea, quiero ser la primera en enterarse.

Estaba despidiéndose ya cuando cruzó su mente una idea.

—Me estaba preguntando… ¿Tienes ya quien te asista cuando llegue el momento? Porque, si quieres…

—No te preocupes por eso —repuso Jack con firmeza—. Le va a echar una mano mi madre, que ha visto docenas de partos.

Olive evitó la mirada de su hermana. Tenía las mejillas al rojo vivo. Clarrie estaba dudando si debía darle un beso de despedida cuando Jack puso un brazo en torno al vientre de su mujer como si quisiera disuadirla, así que optó por recuperar sin más la bicicleta.

—Gracias por las flores, Clarrie —dijo su hermana con frialdad.

Ella inclinó la cabeza mientras empujaba la bicicleta. Al llegar al final de la calle, volvió la mirada para saludarlos con la mano, pero Olive y Jack habían desaparecido ya y su puerta estaba cerrada. La invadió un claro sentimiento de exclusión. Tragó saliva para contener un sollozo desdichado. ¿Por qué se estaba portando su hermana de ese modo? Mientras se alejaba humillada, culpó a Jack por haberse entrometido entre ambas. Tenía que ser él quien la había disuadido de mantener el contacto con ella.

Ya en casa, deseó tener allí a Will para exponerle la situación y el dolor que le había provocado el verse excluida del futuro alumbramiento. No se sentía cómoda contándoselo a Herbert. Esperó a que la enfermera se hubiera ido tras bañarlo y meterlo en la cama.

Estaba recostado sobre las almohadas cuyo blanco resaltaba el tono cetrino de su piel.

—No creo que tuviesen siquiera intención de decírmelo —le dijo con gesto infeliz—. ¿Te imaginas, tener un sobrino y que nadie te lo cuente? Will lo sabía, pero debió de pensar que no era él quien tenía que darme la noticia. ¿Cómo he podido dejar que nos separemos tanto? Ha sido como hablar con alguien a quien conoces de vista.

Herbert levantó una mano temblorosa y se llenó los pulmones antes de decir:

—Lo s… siento —balbució.

Ella lo miró.

—No es culpa tuya: tú siempre te has desvivido por ella. Es conmigo con quien está enfadada por algún motivo.

Él sacudió la cabeza.

—No… es eso. —Tenía la mirada triste, arrepentida.

—Entonces, ¿qué sientes?

—Ser… egoísta —dijo él a duras penas—. No darte… un hijo.

Clarrie sintió que se le encogía el pecho. Era tarde para pedir perdón, pensó enfadada. Él buscó a tientas su mano.

—Eres tan… tan buena con los mellizos —resolló—. Tendría que… haber sido… más… más valiente. ¿Podrás p… perdonarme?

Clarrie luchó con sus emociones. ¡Qué desperdicio de tiempo, el que habían estado juntos! A pesar de haber achacado a su esposo el no haber tenido relaciones íntimas, lo cierto es que ella se había contentado con canalizar su energía a través del salón de té. Quizás en el fondo la aliviaba que él nunca hubiese tratado de hacerle el amor. Era mucho mayor que ella y ella nunca lo había deseado físicamente, pero Herbert era un buen hombre y estaba convencida de que habría sido un buen padre para sus hijos, tal vez más prudente y tolerante que con los de su primer matrimonio.

Alargó el brazo para tomar la mano que la buscaba.

—Entiendo por qué lo hiciste. Recuerdo lo doloroso que fue tu duelo por Louisa… y por la hija que no llegasteis a tener.

Él la miró con gesto consumido por la culpa. Temblando, levantó la muñeca de Clarrie y la llevó a sus labios semiparalizados. Ella se puso en pie y lo besó en la frente antes de arroparlo y darle las buenas noches.

Más tarde, tras haberse puesto el camisón, volvió a la alcoba para echarse en el catre de campaña en el que había dormido aquel último año. Mientras iba de un lado a otro en la estancia en penumbra reparó en que Herbert estaba despierto y la contemplaba. Se acercó para observarlo con aire indeciso y vio que estaba llorando, en silencio y con un solo ojo. Un impulso le hizo apartar las colchas y meterse con él en la cama del lado en el que aún tenía tacto. Vacilante, le tocó el rostro y le apartó las lágrimas con el pulgar.

—¿Quieres que me quede contigo esta noche? —musitó—. ¿Aquí, en tu cama?

Él tragó saliva y respondió con voz ronca:

—Sí, me… encantaría.

Ella apoyó con suavidad la cabeza en el hombro de él y le pasó un brazo sobre el pecho. Lo oyó soltar un suspiro. Ninguno de ellos dijo nada: ambos se limitaron a disfrutar del calor de aquel abrazo y de lo inesperado del momento. Clarrie se durmió satisfecha. Se despertó en una ocasión y se preguntó dónde estaba, sobresaltada por el tacto del cuerpo de Herbert al lado del suyo y el silbo leve de su aliento. Entonces, volvió a dormirse hasta que, a las siete, llamó a la

puerta la enfermera. Besando a su marido, se levantó para abrir.

Después de eso, hizo retirar el catre para dormir noche tras noche con él. Aunque no mantuvieran relaciones, aquello suponía cierta clase de consuelo y propició una ternura nueva entre ambos.

Capítulo 30

Un jueves por la noche de finales de octubre, al volver de trabajar, la esperaba en casa la noticia de que Olive había dado a luz. Jack y ella habían tenido un hijo llamado George. Resistió la tentación de echar a correr en aquel instante para ir a verlos y decidió aguardar hasta que su hermana estuviera en condiciones de recibir visitas. Sin embargo, tras una semana sin saber nada de ella, no pudo esperar más: el viernes por la mañana dejó a Lexy a cargo del salón de té y se dirigió a Lemington con una caja de magdalenas y un oso de peluche enorme que había comprado en Fenwick.

La madre de Jack fue quien abrió la puerta. Intimidada por la presencia de Clarrie, dijo aturullada:

—Nuestra Olive está en cama con el bebé. Todavía no recibe visitas.

—Soy su hermana —repuso ella con firmeza— y ya es hora de que los vea a ella y a mi sobrino. ¿No cree usted? No voy a estar mucho rato ni a cansarla, pero quiero verla.

Siguió a la señora Brewis por la empinada escalera y entró con ella en el dormitorio en penumbra. Las cortinas, de color verde, estaban echadas, hacía calor por el fuego encendido y el aire estaba viciado por el olor ácido de los cuerpos. Dominaba la habitación una cama de madera en la que descansaba Olive, tendida sobre uno de sus costados y vestida con una bata suelta. Ni se veía ni se oía al bebé.

—Olive, cariño, ¿estás despierta? —susurró su suegra—. Ha venido a verte la señora Stock.

—¿Clarrie? —murmuró sin moverse.

—Sí. ¿Cómo estás? —preguntó la recién llegada mientras rodeaba el lecho—. No voy a quedarme mucho rato, pero tenía que verte. Te he traído algo.

Al llegar a su lado, oyó un ruidito, como una leve aspiración repetida. Dando un respingo, se dio cuenta de que su hermana tenía al bebé metido dentro de la bata, mamando de su pecho. Estaba bien fajado y apenas tenía fuera la cabeza y un mechón de cabello claro. Su hermana tenía el pelo mojado y desgreñado en torno al rostro, cuya expresión, en cambio, era de satisfacción soñolienta.

La intimidad de la escena abrumó a Clarrie y la dejó al borde del llanto.

—¡Qué bonito es! —exclamó—. Al menos, por lo que se alcanza a ver.

—Señora Stock —dijo nerviosa la madre de Jack—, puede que sea mejor dejarlos solos: la lactancia tiene a nuestra Olive agotada. Una tarda en acostumbrarse…

Clarrie dio un paso atrás.

—Quédate —pidió Olive—. Se está durmiendo otra vez. Creo que casi ha acabado.

—¿Quieres que retire las cortinas y abra la ventana? —preguntó la hermana—. Hace mucho calor aquí dentro.

—No —intervino de inmediato la señora Brewis—. No vayan a resfriarse. Mejor dejar las cosas como están.

—Mamá —dijo Olive—, ¿puedes traerme un vaso de agua? Puede que a Clarrie le apetezca una taza de té.

La hermana asintió con un gesto agradecido y la mujer salió para bajar las escaleras.

—¿La llamas *mamá*? —Tal detalle, por algún motivo, parecía contrariar a Clarrie.

—A Jack le gusta así.

El niño dejó de succionar y se soltó de su madre, que se apartó de él para incorporarse mientras cubría con la bata su seno hinchado. Tomó a su hijo y se lo apoyó en el hombro para frotarle con dulzura la espalda enfajada. Clarrie se sentó en el borde de la cama y ofreció a su hermana el oso de peluche.

—Ahora mismo dobla en tamaño al pequeño —advirtió—. Espero que no lo asuste.

—Es muy bonito. Debe de haberte costado una fortuna.

—No pienso reparar en gastos con mi primer sobrino —repuso Clarrie—. Los dos parecéis estar muy bien.

—Lo estamos —aseveró su hermana con una sonrisa—. La madre de Jack lo hace todo por mí para que yo solo tenga que estar aquí tumbada como una reina, comiendo, durmiendo y alimentando a George. Y el niño es muy bueno: casi no hace un ruido. ¡Dan ganas de tener media docena!

A Clarrie se le revolvieron de envidia las entrañas. Se levantó inquieta y tendió la mano para abrir una cortina.

—Me da igual lo que diga la señora Brewis: yo quiero ver bien a mi sobrino.

La luz viva del otoño cayó entonces sobre el lecho e iluminó el rostro encendido de Olive. Parecía cansada pero estaba hermosa. Su expresión se había dulcificado y los ojos le brillaban de felicidad.

—¿Quieres tenerlo en brazos? —le preguntó.

—¿Puedo?

La hermana pequeña le dio al bebé y Clarrie lo tomó y lo puso a descansar con cuidado en la sangradura del brazo. Regresó con él a la ventana para observarlo mejor. Tenía cerrados los ojos de pestañas claras; las mejillas, rosadas de haber comido, y la boca diminuta, brillante de leche. Parecía satisfecho y sosegado. Le acarició la cabecita con dulzura, maravillada ante la suavidad de su aterciopelada superficie rubia.

—¡Qué bonito eres! —le dijo con voz cantarina—. Vas a ser un rompecorazones, ¿verdad?

El niño dio una leve sacudida y frunció los labios como para ir a chupar antes de volver a calmarse de nuevo. Ella soltó una risa suave.

—Eres lo más bonito del mundo para la tita Clarrie. —Sintió una oleada de emoción y disfrutó de aquel instante, del calor y del peso del pequeño.

En ese momento llegó la señora Brewis con el agua que le había pedido Olive y con una de las magdalenas de Clarrie en un platillo.

—Tiene el té esperándola abajo, señora Stock —anunció mientras cruzaba la habitación para

volver a echar la cortina con un movimiento enérgico—. Deme al niño.

Ella besó a George y se lo devolvió a regañadientes.

—¿Necesitas algo? —preguntó a su hermana.

—Tiene todo lo que necesita —repuso la mujer con una sonrisa orgullosa—. Ya nos encargamos Jack y yo de que no le falte de nada.

Clarrie reprimió su irritación ante la actitud posesiva de aquella señora y fue a despedirse de su hermana con un beso.

—Vendré a verte pronto —prometió.

Olive se recostó con gesto soñoliento.

—Gracias por el oso, Clarrie.

Ella, alentada por la actitud de su hermana, mucho menos hosca, decidió no volver a dejar que pasaran semanas o meses sin visitarla como había hecho el año anterior. Abajo, tomó un sorbo del té que había calentado la señora Brewis y tiró el resto por el fregadero. Debía de llevar reposando en la tetera desde el desayuno. Cuando se marchó, tenía aún el olor lechoso de George en las manos.

A la visita siguiente, estaban en la casa tanto Jack como su madre, que hicieron que Clarrie tuviera la sensación de estar importunando. No la dejaron subir al dormitorio, pues, insistieron, Olive y el bebé estaban descansando. Sin embargo, al salir, oyó a George gimotear en el piso de arriba.

Que ni su hermana ni los Brewis quisieran tener relación alguna con ella la tenía desconcertada. A la semana siguiente bautizaron a George en la iglesia en la que habían contraído matrimonio Olive y Jack y Clarrie pudo consolarse al comprobar que, al menos, Herbert y ella estaban invitados.

Tras la ceremonia, los padres invitaron a un sencillo té en la casa de Lemington. Clarrie se había ofrecido a proporcionar tartas y bizcochos de su establecimiento, pero los Brewis habían insistido en encargarse de todo. Tras meter a Herbert con dificultad en la vivienda, lo sentaron en el sillón más grande que tenían en el salón blanco y rosa. Clarrie se aseguró de que le dejasen tener en brazos a su sobrino. Su carita arrugada se había ido llenando y la criatura pesaba el doble que la última vez. Lo meció con dulzura, pero, cuando el chiquillo se empezó a mostrar inquieto por tanto ir y venir, la madre de Jack corrió a quitárselo.

—Quiere comer —declaró y mandó a Olive a la planta alta.

Entonces llegó el coche de motor que habían llamado para llevar a Herbert a casa y Clarrie tuvo que marcharse sin volver a ver a su hermana y a su sobrino.

Pese a su determinación de visitarlos con frecuencia, llegó la Navidad y aún no lo había hecho. Estaba demasiado ocupada con el salón de té y con los cuidados de Herbert y no tenía un momento de descanso a excepción de los domingos, cuando sabía que estarían en la casa Jack y su madre. Dos días antes de Navidad se presentó cargada de regalos, pero Olive había salido.

—Se ha ido de tiendas —le dijo la señora Brewis—. Le estoy cuidando yo al pequeño. La invitaría a pasar, pero está durmiendo la siesta.

Ella le dio los regalos y se fue frustrada. De un modo u otro, le resultaba imposible reunir la energía necesaria para hacer frente a la desconfianza que le profesaban o eludir el sofocante celo con que protegían a Olive y a George. Habría sido mucho más fácil que su hermana fuera a verla al salón de té, pensó con una oleada de resentimiento. Que Olive fuera a ella.

Cuando llegó el año de 1914, Clarrie cumplió veintiocho años sin otro cambio en su vida ajetreada que la ausencia de los mellizos las mañanas de los martes cuando los escolarizaron. Los echaba mucho de menos y el único modo que halló de atenuar la pérdida consistió en abstraerse aún más en su trabajo.

El salón de té estaba teniendo tanto éxito que compraron la casa de al lado y la unieron para abrir más salas de reuniones. Necesitó la colaboración de Bertie, pues era quien manejaba los asuntos del padre, pero el local estaba resultando tan próspero que hacía tiempo que él había cejado en su oposición. De hecho, se ofreció a hacer una serie de inversiones en su nombre. Ella dio su consentimiento tras consultarlo con Herbert. Aunque no tenía ningún aprecio a aquel joven, confiaba en su experiencia. A juzgar por el estilo de vida espléndido que llevaban Verity y él, las fiestas que organizaban en la casa de Rokeham Towers, la escuela a la que llevaban a los mellizos y las vacaciones que pasaban en el sur de Francia, se le daba bien ganar y gastar dinero.

Cuando iba al bufete a hablar de negocios con él, Bertie la trataba con la deferencia debida a un cliente delante de su secretaria y no con el desdén que había desplegado con ella en otro tiempo. A Clarrie le resultaba divertido que estuviese tan dispuesto a asociarse con la propietaria del Herbert's Tea Rooms ahora que el salón de té estaba bien asentado y era próspero.

Por Bertie supo que los Robson iban a vender su cadena de Empire Tea Rooms.

—Han hecho una fortuna —aseveró envidioso—. Esa familia convierte en oro lo que toca. Van a comprar tierras en el África Oriental con las ganancias.

—¿En África? —exclamó ella anonadada—. ¿Para qué?

—Para plantar más té. La tierra es barata y, por lo que tengo entendido, presenta unas condiciones similares a las de Ceilán. Yo estoy pensando invertir —declaró alzando su barbilla rolliza con aire de importancia.

—¿Y Wesley Robson? —No pudo resistirse a preguntar—. ¿También se ha ido a África?

Bertie la miró con gesto taimado.

—¿Por qué preguntan siempre las mujeres por Wesley?

Clarrie se ruborizó.

—Solo siento curiosidad por saber qué intenciones tiene mi rival.

—Claro —dijo él arrellanándose en su colosal sillón de piel—. Por lo que sé, ha vuelto a Londres y a Mincing Lane. Está prometido, ¿lo sabías? Con una mujer muy atractiva. Su familia, que debe su fortuna al yute, está emparentada con los Landsdowne. Sin duda ha vuelto al sur por eso. Va a heredar otro potosí cuando forme parte de los Lister-Brown.

Clarrie, sin ganas de oír hablar más de la encantadora existencia de Wesley, se despidió con la excusa de que tenía que atender el salón de té.

En Semana Santa llegó Will cargado de planes sobre lo que hacer cuando acabase la universidad. Johnny y él iban a recorrer el continente hasta el otoño y luego él iba a matricularse en un curso de magisterio en Newcastle. Clarrie se mostró encantada ante la perspectiva de tenerlo de nuevo en Summerhill mientras completaba sus estudios y Herbert no puso objeciones. Daba la impresión de haber olvidado que en el pasado había querido con gran empeño que fuera abogado. Bertie, en cambio, no.

—¿Que quieres dedicarte a la enseñanza? —exclamó con desdén—. Eso es para los que no tienen seso suficiente para los negocios o la abogacía. Yo quiero verte formar parte del bufete familiar, eso es lo que ha deseado siempre papá.

—Ya no —repuso Will—. Ahora se alegra de que…

—Papá está prácticamente chocho. ¡Si le cuesta acordarse de lo que ha desayunado! Si le dices que quieres ser basurero, te dará su bendición igualmente.

—El caso es que es eso a lo que me quiero dedicar —dijo inflexible—. Yo no sirvo para abogado: los escritos legales me suenan a chino. Se me dan mucho mejor las partituras.

—Pues, entonces, al menos, sácale más partido a tu talento musical —replicó Bertie viendo que no tenía nada que hacer con su terco hermano—. Hazte profesional.

—No soy lo bastante bueno —reconoció el pequeño—. Sin embargo, sé que me gusta enseñar a otros. Ya he tenido experiencia en la colonia universitaria de Edimburgo.

—¡Vaya por Dios! En ese sitio infestado de bolcheviques y lunáticos religiosos. Si acabas trabajando para gente así, voy a acabar renegando de ti.

Clarrie felicitó a Will por mantenerse firme ante su hermano, sabedora de que, si se le hubiera ocurrido salir en su defensa, Bertie no habría dudado en echarle a ella toda la culpa.

—No es tan duro como quiere hacer ver —le dijo con aire divertido—. Solo piensa en guardar las apariencias y no desmerecer de los Landsdowne.

—Sí —rio el joven—. Le aterra que Verity lo regañe por avergonzar a la familia.

La compañía de Will llevó a Clarrie a reunir el valor necesario para ir a ver a su hermana una vez más. Llevaron bombones y flores y eligieron un momento en que sabían que Jack habría salido a trabajar. La encontraron en bata, despeinada y fregando, sin señora Brewis alguna que pudiera despacharlos.

—¡Por Dios bendito! —exclamó desconcertada ante su repentina aparición.

Will, sin dejarse intimidar, la besó en la mejilla y entró en la casa.

—¿Dónde está el pequeño George? Venimos a hartarlo de chocolatinas.

—¡Ni se os ocurra! —repuso ella con un grito ahogado mientras corría a recogerse el pelo—. Todavía no come sólidos.

Él se echó a reír.

—Pobre Georgie. Va a tener que conformarse con vernos engullir a nosotros.

Dicho esto, se dirigió a la cocina con paso decidido y, al ver al pequeño dando pataditas en una manta dispuesta en el suelo, se agachó para recogerlo. George tendió los brazos alarmado y con los ojos desencajados. Instantes después dejó escapar un chillido.

—¡Cuidado! —gritaron las dos hermanas al unísono.

Will, sin hacerles caso, se puso a lanzarlo por encima de su cabeza y a menearlo de un lado a otro hasta que convirtió sus alaridos en chillidos de deleite. Entonces se dio la vuelta y lo lanzó casi a los brazos de Clarrie. Ella lo asió y frotó su nariz contra la del pequeño.

—¡Hola, guapo! ¡Cómo has crecido! —Lo acogió entre sus brazos y él levantó una mano gordezuela con intención de explorar y metió los dedos en la boca de ella.

Olive observó la escena con expresión tensa.

—Relájate —le dijo Will rodeándola afectuoso con el brazo—. Clarrie no se lo va a comer: acaba de desayunar.

La madre puso los ojos en blanco.

—Tendríais que haber avisado de que veníais. Ni siquiera estoy vestida como Dios manda.

—¿Para darte tiempo a salir corriendo? —replicó él.

Clarrie sintió que le había quitado las palabras de la boca. Olive se ruborizó y se zafó de su

abrazo.

—¿Os puedo servir un té? —Sin esperar respuesta, se puso a hacer cosas en su preciosa cocina.

Su hermana no pasó por alto los cambios: el tendedero que había suspendido sobre sus cabezas con pañales puestos a secar, el cuenco y la taza con dos asas que había en el aparador y el cochecito de bebé embutido entre la puerta trasera y la despensa.

Mientras Will mantenía a Olive ocupada con su conversación y sus preguntas, Clarrie se sentó con el niño en el regazo y lo entretuvo con arrumacos y ruiditos.

—Ceja, cejita… —sonrió posando un dedo sobre el suave vello de aquella parte del cuerpo —. Nariz, naricita… ¡Barbilla, illa, illa! —rio acariciándole la papada.

El niño se deshacía en carcajadas de felicidad con la boca arqueada en una sonrisa desdentada. Clarrie repitió el juego hasta que el pequeño se aburrió de pronto, vio a su madre y se puso a llamar su atención.

Su hermana corrió al auxilio de su bebé y lo recogió de los brazos de Clarrie. Esta observó con envidia la escena que ofrecían el crío, sentado cómodamente en la cadera de su madre, y Olive, que, con aire distraído, besaba de cuando en cuando el lacio pelito rubio de su hijo. Aunque Will era el que más hablaba, la anfitriona les contó orgullosa que Jack se había hecho ya un experto cualificado en mezclas de té.

—Ayuda al señor Milner a decidir por qué tés tiene que pujar y todo eso —les dijo.

—Me alegro de que haya progresado tanto —aseveró su hermana.

Olive repuso con aire escéptico:

—Tú nunca has tenido tanta fe como yo en Jack.

Will miró a Clarrie sorprendido, pero la mayor no se dejó provocar.

—Pues tenías razón —dijo poniéndose en pie—. ¿Os gustaría venir a casa para tomar el té el Domingo de Pascua? Vamos a estar solo nosotros dos y Herbert, porque Bertie y su familia han ido a Francia.

—¡Sí, Olive! —la animó Will—. A papá le encantará ver a tu Georgie.

—No lo llamamos Georgie —contestó ella irritada—. Y lo siento, pero van a venir a vernos mamá, Thomas y su novia. —Sin embargo, al ver la expresión decepcionada de Will, añadió con más dulzura—: Jack tiene la esperanza de que su hermano se decida al fin a proponerle matrimonio. Ya no podemos lanzarle más indirectas, pero a la pobre Annie se le va a pasar la edad de concebir si Thomas no se da prisa.

Clarrie la vio ponerse colorada y apartar la mirada mientras apretaba a George contra sí casi con furia. De nuevo se abrió ante ellas aquel abismo que separaba a la madre y a la hermana sin hijos y del que nunca habían hablado. La entristecía que Olive no quisiera verla cerca ni de ella misma ni de su hijo, como si su presencia supusiera, de algún modo, una amenaza para el mundo acogedor que compartía con Jack. Se preguntó por qué desconfiaba su hermana de ella, cuando no albergaba deseo alguno de robarle nada.

—Cuídate —le dijo cuando se iban.

Tenía la esperanza de poder achuchar a George por última vez, pero Olive se aferró al niño, que le envolvía la cintura con sus piernas redonditas como si formara parte de ella.

En el paseo de vuelta a la ciudad, no pudo evitar echarse a llorar.

—¿Por qué está tan fría conmigo últimamente? ¿Qué le he hecho yo?

Will se quedó pensativo.

—¿Ha habido algo entre Jack y tú? —preguntó.

—En realidad, no —respondió ella inquieta—. Fuimos novios un tiempo, pero casi no nos veíamos. Cuando él me dejó, Olive se puso de su parte y me echó a mí la culpa. Pero eso fue hace muchos años.

—A lo mejor sigue celosa —sugirió Will.

—¿Celosa de mí? —dijo asombrada—. ¿Cómo va a estar celosa?

—Porque Jack sintió algo por ti primero y quizá tema que siga habiendo rescoldos.

—¡Qué tontería! Viven felices y tienen a George. Carece del derecho a sentir celos de nadie.

Él se detuvo y la tomó de las manos con aire afectuoso.

—Clarrie, cariño. Tú no eres consciente de la facilidad que tienes para enamorar a los hombres, ¿verdad? Los atraes como el sol en un día frío.

Ella se echó a reír de pronto, aunque a sus pestañas oscuras asomaron lágrimas.

—Will Stock, eres mejor reconstituyente que cualquiera de los que puedan vender en las boticas. Vas a ser un profesor excelente. ¿Qué alumno podría estar triste o decaído en tu clase?

Regresaron a Summerhill tomados del brazo. Clarrie, más animada, decidió que se mantendría alejada de su hermana hasta que la menor necesitara un acercamiento.

Capítulo 31

Clarrie se negó a creer en las pesimistas predicciones que hablaban de una posible guerra con Alemania. Aunque en el salón de té se habló del asunto, lo cierto es que los parroquianos con inquietudes políticas estaban más preocupados por las vacaciones pagadas, la representación sindical y los avances hacia el sufragio universal. Clientes habituales como Florence y Nancy, que habían visto a muchas de sus amigas encarceladas por este último motivo, se mostraban por demás optimistas.

—Ya veréis cuando llegue la campaña electoral este verano —dijo la primera con entusiasmo —. Si los liberales no nos prometen la emancipación, se van a quedar sin un montón de votantes.

—Sí —convino la segunda—. ¡Los van a dejar con un palmo de narices!

Will hizo sus exámenes finales y se graduó. Clarrie organizó una cena familiar en su honor cuando el joven volvió a casa a mediados de junio e invitó también a Johnny. Bertie y Verity llevaron champán, sabedores de que no habría vino a la mesa, y hablaron sin parar de su último viaje a Francia. Tenían cartas de presentación para Will y Johnny.

—Los Guillard tienen un palacete maravilloso en las afueras de Niza —anunció Verity—. Tenéis que conocerlo.

—Y en París tenéis a nuestro buen amigo el conde de Tignet —alardeó Bertie—, al que podéis visitar de camino al sur. Posee una bodega excelente. Lo conocimos en la Riviera el año pasado.

—¿No os preocupa lo que se está diciendo sobre la posibilidad de una guerra entre Francia y Alemania? —sintió que tenía que preguntar Clarrie al verlos hacer planes como si no hubiera tensiones en el continente—. En el salón de té estamos oyendo de todo.

—Todo eso son palabrerías, Clarrie —dijo él restando importancia al asunto—. Creo que nuestros amigos franceses serán más fiables en este sentido que los cuchicheos de tu local. ¿No es cierto?

Ella se reclinó y guardó silencio para seguir escuchando la entusiasmada conversación que mantenían los jóvenes sobre el gran viaje que pensaban hacer por Francia, Italia, Austria y Alemania.

Will y Johnny partieron hacia Francia a finales de junio. Clarrie fue a despedirlos a la estación central de Newcastle con Lexy y Edna. Trató de rememorar las sensaciones que la habían embargado hacía nueve años, al llegar allí con Olive: la inquietud, el miedo, el frío…

—¡Qué pinta debíamos de tener con los vestidos que nos habíamos hecho y con *sola topis* en

la cabeza! —rio narrando aquel momento—. Como sacadas de una novela de Kipling. Encima, el primo Jared nos paseó en la carreta para que nos vieran todos.

—La gente debió de pensar que habían llegado los del circo —bromeó Lexy.

—O, más bien, dos aves del paraíso —corrigió cortés Will.

Todos se echaron a reír y se abrazaron. A continuación, las mujeres les dijeron adiós con la mano en aquel vestíbulo cargado de humo y de ruido.

Dos días después de su partida, informó la prensa de un asesinato que se había producido en Europa Central. Clarrie había estado trabajando hasta tarde en el salón de té y no pudo leer el diario a Herbert hasta la noche siguiente. Un estudiante serbio había matado de un disparo al archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austrohúngaro. Leyó por encima la noticia, preguntándose vagamente si Will y Johnny tendrían intención de visitar Sarajevo. Los días y semanas que siguieron, los periódicos comenzaron a llenarse de artículos relativos a quemas de banderas en Austria y al deterioro de sus relaciones con Rusia, nación valedora de Serbia. Alemania y Francia, aliados respectivos de dichas potencias, se habían unido a las tensiones. ¿Acabaría viéndose arrastrada también Gran Bretaña?

Clarrie pudo inferir que la nación no tenía intenciones de declarar la guerra contra su vecina del otro lado del mar del Norte. Parecía algo imposible. Sus familias reales estaban unidas por lazos de parentesco y, entre Tyneside y los puertos germanos, había estrechos lazos comerciales. De hecho, de cuando en cuando habían aparecido por el salón de té marinos de sus barcos mercantes que no habían dudado en coquetear con las camareras. Will había llegado a hablar con algunos en su alemán vacilante.

En agosto llegaron noticias del empeoramiento de la situación en el continente. Austria había declarado la guerra a Serbia. Clarrie sufría sobre todo por Will y por su amigo. Habían recibido una postal de París y otra de Suiza. Como se habían desviado de sus intenciones originales, no tenía la menor idea de dónde podían estar. Esta última nación parecía más segura.

Todo el mundo, desde sindicatos hasta personalidades religiosas, manifestó su rechazo a la guerra, en especial en la región. Clarrie llevó a Herbert al parque el primer domingo del mes para asistir a un mitin por la paz. El día era espléndido y los parterres eran una hermosa alfombra en la que se mezclaban el rojo, el rosa, el amarillo y el azul. Las mujeres llevaban vestidos y sombreros coloridos y el aire estaba preñado de los gritos de los niños que jugaban al aire libre. Un conflicto bélico parecía tan improbable como la caída de un cometa en medio de todo aquello.

Aquella noche, incorporada en el lecho al lado de Herbert, Clarrie preguntó preocupada:

—No podemos estar tan locos como para ir a la guerra, ¿verdad?

—Will, al menos —respondió Herbert—, está a salvo.

Ella lo miró extrañada.

—Espero que sí, pero no hay manera de saberlo.

Su marido no estaba preocupado.

—Durham no… corre ningún peligro.

Clarrie sintió un espasmo en el estómago. Puso una mano sobre la de él.

—Herbert, ya no está en Durham. Se graduó, ¿no te acuerdas? Está viajando con Johnny por el extranjero.

—¿El extranjero? —dijo él turbado—. ¿En serio?

—Sí —respondió ella con dulzura—. Nos ha enviado varias postales. —Alargó la mano y tomó la última, que usaba a modo de punto de lectura, para enseñársela.

Él soltó un suspiro entre frustrado y resignado.

—Lo s… siento. Debería acordarme.

Ella se inclinó para besar la mejilla rígida de él.

—No te preocupes. Estoy convencida de que no le va a pasar nada.

Dos días después, mientras servían el almuerzo en el salón de té, oyó que se había declarado la guerra a Alemania y Austria, su aliada. Edna y Grace salieron corriendo del local aterradas y miraron calle arriba como si esperasen ver soldados enemigos marchar por Scotswood Road. Clarrie hizo enseguida que volvieran a entrar, las sentó en la cocina y las tranquilizó con sendas tazas de té caliente con azúcar.

—Aquí no van a venir —les aseguró—. Esto se va a resolver pronto. Estáis a salvo. Si se llega a combatir, será a cientos de kilómetros, en el continente.

Con todo, a la semana siguiente, empezaron a correr rumores de que había espías alemanes por todas partes y de que Bélgica se había visto invadida por monstruos dados a devorar niños. Los periódicos se volvieron belicosos de improviso, las carnicerías alemanas sufrieron ataques de parte de turbas furiosas y en las calles aparecieron carteles destinados a reclutar soldados. A finales de mes, la ciudad empezó a llenarse de inmigrantes que llegaban a trabajar en las fábricas de municiones dispuestas a lo largo del río y los parques resonaban con los gritos y los pasos de los voluntarios recién alistados y sus reclutadores.

En el salón de té, las opiniones estaban divididas, pues muchos sindicalistas expresaban abiertamente su desdén por el patriotismo exaltado y pendenciero y la defensa a ultranza del pabellón nacional. Burton, que en el pasado había sido parroquiano del Cherry Tree, declaró al respecto:

—Esta guerra no es nuestra, sino de los patrones. Que se maten los ricos a bayonetazos si quieren, porque el obrero no es tan estúpido.

Sin embargo, Clarrie no pasó por alto que al trabajador de la zona occidental de Newcastle le habían doblado la jornada laboral en las fábricas y minas a fin de que colaborasen con la campaña bélica, mientras que los administrativos y los ingenieros se unían a sus compañeros de trabajo para formar compañías locales de voluntarios deseosos de sumarse a la Fuerza Expedicionaria Británica en la defensa de la frontera oriental de Francia.

Clarrie mantuvo abierto hasta tarde el salón de té a fin de atender a quienes hacían turnos más largos y empezó a abrir al alba para servir desayunos y disuadir a los peones de atrincherarse en el *pub* antes de que sonaran las sirenas, pero todo parecía irreal: el entusiasmo de los desfiles de voluntarios y el gentío emocionado que lo saludaba con demasiada jovialidad para una guerra, como si los soldados se estuvieran embarcando en un viaje organizado a la playa.

Se preguntó qué podía suponer aquella situación para la India y se alegró de que Kamal se hubiera retirado hacía mucho del ejército. Ni siquiera sabía si estaría vivo aún, ya que nunca había contestado a ninguna de sus cartas. Pero, sobre todo, ansiaba recibir noticias de Will y de Johnny. El correo procedente del extranjero se había vuelto errático, ya que uno de los efectos más ostensibles del conflicto era el ataque a las embarcaciones. Llevaban ya un mes sin saber de él. ¿Podía ser que la saca con la correspondencia de Will se hubiera hundido en el torpedeo de un buque mercante? Con todo, guardaba para sí todas aquellas preocupaciones, convencida de que

no tenía mucho sentido angustiar con ellas a Herbert, que vivía mucho más feliz en su estado olvidadizo.

Una mañana brumosa de septiembre, mientras Clarrie ayudaba a Lexy con los desayunos, llegó al Herbert's Tea Rooms un hombre barbado con un sombrero de ala ancha y traje de paño escocés desaliñado. Miró a su alrededor y, descubriéndose la cabeza, le dedicó una sonrisa cansada.

Clarrie soltó de golpe la bandeja de huevos con beicon que llevaba.

—¿Will? —dijo ahogando un grito y, al ver que los labios de él se ensanchaban más aún, exclamó—: ¡Will! —Y se lanzó hacia él con los brazos tendidos.

Se abrazaron con fuerza y Lexy y Edna corrieron a su encuentro y lo cosieron a preguntas:

—¿Dónde has estado?

—¿Cómo te las has ingeniado para volver?

—Ya te hacíamos pudriéndote en una cárcel alemana.

Ina salió renqueando de la cocina para escuchar lo que decían y Dolly se echó a llorar.

—¡El mismo diablillo de siempre! ¿No te vas a cansar nunca de escaparte para meterte en líos?

Mientras tomaba un desayuno completo y una tetera de las grandes, les contó que a Johnny y a él los habían arrestado a mediados de agosto en las montañas de Austria, donde se habían alojado en un monasterio sin saber que había estallado la guerra. Tras retenerlos durante una semana, los llevaron a la frontera italiana y los deportaron. Sin embargo, mientras descansaban en una ciudad fronteriza, les robaron los pasaportes y el dinero y tuvieron que componérselas para regresar por mar a través de España. Habían estado tres semanas navegando, sin poder avisar de su paradero y rezando para que no los atacasen en el canal de la Mancha.

Clarrie lo llevó a Summerhill.

—No te asustes si tu padre te pregunta por qué has vuelto de Durham, porque piensa que todavía estás estudiando. No había estado nunca tan mal de la memoria.

—Mientras no me riña por no haber acabado todavía la educación primaria… —bromeó mientras le estrechaba el brazo—. Creo que me conformaré con volver a verlo.

Herbert, sentado en su lugar favorito, frente a la ventana del estudio, quedó perplejo ante el aspecto que presentaba el recién llegado y dio muestras de no reconocerlo. Sin embargo, una vez bañado y afeitado Will, cambió de actitud.

—¡Hijo mío! —exclamó con voz ronca mientras trataba de levantar una mano temblorosa—. Has… vuelto.

Cuando Will tomó entre las suyas las manos trémulas y surcadas de venas de su padre, este dejó escapar un gruñido estrangulado y se llenó de lágrimas el rostro inmóvil. A Clarrie le dio un vuelco el corazón al ver por el brillo de sus ojos que lo había reconocido y al oír a Will referirle sus aventuras con voz dulce y restando importancia al peligro que habían corrido Johnny y él. Sin embargo, la esperanza que había depositado ella en que el joven estudiara magisterio y volviese a vivir en Newcastle no tardó en verse frustrada. Él seguía siendo tan inquieto como siempre y no pensaba asentarse, sobre todo después de que Johnny regresara a Edimburgo para proseguir su carrera de Medicina.

Cuando llegó una carta de Spencer-Banks, su antiguo amigo de la escuela, diciendo que tenía intención de alistarse, no dudó en seguir su ejemplo.

—Pero ¿ya no quieres ser profesor? —protestó Clarrie—. Al menos, fórmate primero.

—¿Cómo voy a quedarme aquí enseñando música cuando esta guerra está amenazando la vida de tantos niños en toda Europa?

Sabía que cuando sus soñadores ojos azules mostraban aquel fulgor terco no había nada que pudiese hacer que cambiara de opinión, así que reprimió el miedo que sentía por él.

—Más nos vale fingir ante tu padre que has vuelto a la universidad —dijo resignada—. No me veo capaz de soportar oírlo preguntándome por ti cada cinco minutos.

Will firmó en un banderín de enganche de la margen meridional para poder adiestrarse con Spencer-Banks en la infantería ligera de Durham. Las primeras semanas estuvieron acuartelados en el condado y pudo volver a casa una vez al mes, incluidas las Navidades. Clarrie, que había decidido convertirlas en una ocasión feliz para él, organizó una fiesta para San Esteban e invitó a Johnny y a su familia, además de a Olive y a la suya.

«No faltéis, por favor —había rogado a su hermana por correo—. Podría ser que Will no volviese a casa hasta dentro de varios meses o aun de años.»

Quedó encantada cuando la vio aparecer con Jack y con George, que ya había empezado a caminar con paso muy inestable y agarrándose a cualquier falda o pernera que viera pasar a su lado. Cuando Clarrie sacó la caja de juguetes mecánicos, Vernon, que había cumplido ya los seis años, se los arrebató diciendo:

—¡Son míos! Él los va a romper.

—¿Por qué no le enseñas cómo funcionan? —propuso Clarrie mientras recuperaba la caja con firmeza—. Él es aún muy pequeño para saberlo solo y necesita la ayuda de un niño mayor como tú.

Will fue a su auxilio y acabó tirado en el suelo imitando el ruido del tren mientras George, entre risitas, tropezaba con sus piernas y Vernon lo montaba como si fuera un caballo. Josephine, pese a las protestas de su madre, que temía que la niña estropease el vestido, se unió también a ellos. Clarrie vio a Olive y a Jack relajarse visiblemente al ver a su hijo jugando feliz con los mellizos. Era la primera vez que los veía juntos fuera de su casa desde el bautizo y le llamó la atención que hiciesen tan buena pareja. La belleza de su hermana se había hecho más pronunciada con la edad. Tenía el rostro más lleno y llevaba el pelo recogido en un lustroso moño pelirrojo. Jack, con el cabello domado con aceite y aspecto menos infantil, poseía el aire confiado y enérgico de un hombre de negocios, como si fuera un joven Daniel Milner.

Por primera vez, Clarrie se convenció de que Olive había acertado al contraer nupcias con Jack. Tal vez su hermana hubiera tenido motivos diversos para casarse con él, que en parte bien podían haber sido las ganas de escapar de Summerhill y de ella, pero eso importaba ya poco. Olive y Jack parecían hechos el uno para el otro y, por cómo estaban pendientes de su hijo sin afectación alguna, podía ver que lo adoraban.

A la hora de despedirse, abrazó vacilante a su hermana.

—Gracias por venir. Will estaba deseando veros.

—Sé que lo vas a echar mucho de menos, Clarrie —dijo Olive echándose a llorar de pronto —. Es un muchacho admirable.

—Vamos, chiquilla —la animó Jack, que llevaba a George, dormido, apoyado sobre el

hombro—. Will sabe cuidarse. No te angusties, y menos en tu estado.

Olive se apartó y clavó la mirada en la de su marido. Clarrie la tomó de la mano.

—¿Estás otra vez embarazada? —musitó—. No tienes que preocuparte por mí, por favor.

La hermana asintió con un gesto antes de susurrar:

—Para marzo.

Clarrie le apretó la mano.

—¡Qué bien! Con razón pareces una rosa en flor.

Olive la miró con expresión agradecida mientras Jack la llevaba a la calle, en penumbra por el ocaso de diciembre. Will apareció al lado de Clarrie y le posó una mano en el hombro mientras los despedía con la otra.

—Mañana —le dijo en tono jovial— vamos a ir a montar. Ya he hablado con Lexy para que te prohíba la entrada al salón de té durante todo el día. En los establos a las diez.

Ella se volvió hacia él sonriente.

—Dos meses en el ejército y mandas más que el mariscal de campo French.

Él sonrió también.

—Con una Belhaven no hay más remedio que ponerse así: tienen fama de no acatar ni una orden.

Tomados del brazo, regresaron al calor del fuego de la sala de estar, donde dormitaba Herbert.

Capítulo 32

1915

En febrero, el regimiento de Will embarcó hacia Egipto y Olive dio a luz de manera prematura a una niña a la que llamaron Jane. La criatura nació diminuta y arrugada, con una mata de pelo negro.

—Igual que mamá y tú —susurró entre lágrimas la madre a Clarrie, a quien había mandado llamar inesperadamente—. Quería que la vieras, por si acaso…

A Jane la bautizaron enseguida en casa y la madre de Jack se mudó a la vivienda parar ayudar a Olive con George mientras ella amamantaba a aquel bebé delicado. La preocupación de Clarrie por su sobrina fue a sumarse a la que sentía por la suerte que podía correr Will.

Pasaron sin saber nada de él varias semanas, durante las cuales siguieron angustiados las noticias que ofrecía la prensa sobre la guerra en el Mediterráneo. A finales de abril se empezó a hablar de la sucesión de violentos combates en los Dardanelos y de las numerosas bajas sufridas por británicos y demás tropas aliadas frente al ejército turco, atrincherado en las inmediaciones de las playas de Galípoli.

Clarrie sacó el viejo atlas de Herbert. Aquellos eran lugares de los que jamás había oído hablar pese a haber atravesado el canal de Suez durante su viaje de la India. A diario rezaba por saber de Will y pedía que estuviera sano y salvo. A veces deseaba que lo hiriesen, lo justo para garantizar su regreso a casa, pero, para eso, ¿cuánto habría de perder? ¿Un ojo? ¿Media pierna? Se mortificaba con conjeturas tan macabras como poco fructíferas. Peor aún era repasar a diario las relaciones de víctimas. El miedo a topar con su nombre le pesaba en el estómago como una losa.

Al fin llegó una carta muy censurada firmada por él. Estaba vivo y en buen estado de salud y había regresado a Egipto. Aquel día, Clarrie ofreció tarta gratis en el salón de té para celebrarlo. Aunque no decía nada de adónde lo destinarían a continuación, cuando la guerra de trincheras que se libraba en Flandes se hizo más feroz y sangrienta, no pudo menos de desear que siguieran asignándole destinos en Oriente.

El número de caídos aumentó de forma catastrófica a medida que se libraba una campaña estival tras otra. La necesidad de voluntarios era insaciable y cada vez se hablaba más de la posibilidad de una recluta forzosa. Se instó a los varones a que hicieran constar si eran aptos para el combate. En una de sus infrecuentes visitas a Olive, Clarrie la encontró sumida en un estado

terrible: había perdido peso y tenía los ojos rojos de cansancio. La señora Brewis había llevado a George de compras.

—No quiere sacar a la cría —le explicó enojada mientras mecía a Jane para tratar de consolarla—, porque dice que le da muchos problemas.

—Está engordando —la alentó Clarrie—, conque no te angusties.

—Sí que me angustio —lloró Olive—. ¿Cómo no voy a angustiarme? La niña me tiene consumida y ¿qué hace Jack? Pues ir a tallarse a la oficina de enganche. —Tragó aire y alzó la voz para hacerse oír por encima de los chillidos de la pequeña—. Yo le he dicho que no lo haga, que no podía presentarse voluntario, porque lo necesitan en su empresa: el señor Milner lo considera su hombre de confianza y no puede prescindir de él, sobre todo después de que se hayan alistado tres de sus empleados. ¿Cómo voy a arreglármelas sola con George y con Jane? ¡No quiero ni pensarlo!

—Tallarse no es más que registrarse —apuntó la mayor—: no quiere decir que vaya a tener que sentar plaza en el ejército. A los hombres casados y con hijos los pondrán al final de la lista, sobre todo si, como Jack, están a cargo de un negocio.

No dijo nada de las dificultades que estaba teniendo de un tiempo a aquella parte para recibir té de Milner. El género de ultramar estaba decayendo y el transporte de té de la India y de Ceilán resultaba cada día más aventurado. Aún se estaba cultivando, recogiendo y empaquetando una cantidad ingente de té, pero buena parte de ella se quedaba almacenada en los puertos de origen en espera de barcos que la transportaran. Para colmo, la demanda de las fuerzas armadas era muy elevada y una proporción cuantiosa del suministro acababa por ser destinada a las raciones de los soldados.

El llanto de Jane se volvió más quejumbroso.

—¡Y la niña no deja nunca de llorar! —dijo Olive agitada.

—A ver. Déjamela —le ordenó Clarrie, tomando de su hermana aquella criatura de facciones coloradas que se deshacía en chillidos envuelta en su fajero, rígida y acalorada. Le soltó la manta que la cubría y se puso a caminar de un lado a otro de la cocina desordenada, meciéndola y calmándola con susurros.

Olive la miraba con gesto abatido.

—No me deja hacer nada. Mira cómo tengo la casa.

—Pensaba que te estaba ayudando la señora Brewis —dijo la mayor.

Su hermana soltó un suspiro.

—Ella solo tiene ojos para George. Me lo está maleducando. Si te he de ser sincera, preferiría que se volviera a su casa, así tendría, por lo menos, una persona menos para la que guisar y lavar la ropa. Pero puedo esperar sentada, porque Thomas y ella han alquilado su habitación a un obrero de la fábrica de municiones.

Jane se había calmado al fin y Clarrie le dio un beso en la carita llena de lágrimas.

—¿Por qué no te la ciñes al cuerpo mientras haces cosas? —propuso—. Como hacían Ama y las demás mujeres de Jasia. Lo que quiere es que la muevas y estés en contacto con ella.

Olive hizo una mueca.

—¿Qué quieres? ¿Que tenga todo el día a la madre de Jack diciéndome que parezco una campesina o una culi?

—¿Qué más te da a ti lo que te diga? Así podrás hacer las tareas de la casa y mecerla al

mismo tiempo… —Se acercó a su hermana y le dijo en voz baja—: Mamá lo hacía contigo.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿De verdad?

—Sí, mamá te llevaba atada a la espalda cuando bajaba andando al pueblo o regaba las flores de la terraza. Lo hacía incluso en el bazar de Shillong. Por supuesto, las *memsahibs* la criticaban, pero a ella le daba igual. —Sonrió con dulzura al hacer memoria de otra vivencia.

—¿Qué? —preguntó Olive—. Cuéntame más.

—Recuerdo que decía que le gustaba notarte cerca, sentir tu corazón y saber así que te encontrabas bien. Yo le preguntaba: «¿Le está latiendo?», y ella me decía: «Sí, le está latiendo muy bien. Gracias».

Los ojos cansados de Olive se llenaron de lágrimas. Con cuidado, Clarrie volvió a colocar a la pequeña en los brazos de su madre.

—Haz lo mismo con tu cría —le dijo— y tendrás una cosa menos de la que preocuparte.

Se despidió con la promesa de ir a verla cuando le fuera posible. Sin embargo, tras un año de guerra, el salón de té le exigía cada vez más. Los precios no dejaban de subir y se había quedado sin dos de sus empleadas: Dinah, para tener un bebé con el joven con el que se había casado a la carrera antes de que se alistara voluntario en la armada, y Grace, después de que la tentasen con un sueldo mejor en una fábrica de proyectiles. También le estaba costando horrores encontrar enfermeras para Herbert a medida que aumentaba la necesidad de personal sanitario en los hospitales militares y Sally se fue de la noche a la mañana para casarse con un remachador que había llegado a los astilleros procedente de Escocia. Era como si se hubiera desatado la fiebre del matrimonio. Rachel, el ama de llaves amiga suya, dio el sí sin dudarlo a un sargento de la brigada irlandesa de Tyneside y se mudó a South Shields mal que pesase a Clarrie.

Una noche fría y húmeda de noviembre, Clarrie volvió a casa y la encontró a oscuras. Se le había hecho tarde, porque había tenido el salón de té lleno de obreros llegados de fuera reacios a cambiar el calor del local por los barracones temporales en los que se hacinaban cerca del puerto. Sabía que la señora Henderson acababa su jornada a las seis, pero tenía la esperanza de que la joven enfermera de la agencia la hubiese esperado.

Entró encendiendo luces y anunciando que había llegado. Se dejó puesto el abrigo para protegerse del frío de los cuartos deshabitados de la planta baja y subió las escaleras. El dormitorio estaba desierto y el lecho, frío. La enfermera no había metido a Herbert en la cama, pero las cortinas estaban echadas. Apretó el paso en dirección al estudio.

—¿Herbert?

Los restos de la lumbre y el calor que aún conservaba la estancia hacían pensar que había estado ocupada hasta hacía poco. El corazón le dio un vuelco al ver en el suelo la manta que llevaba su marido sobre las rodillas. ¿Dónde diablos estaba? No podía haber ido a ninguna parte sin ayuda. Angustiada, fue de habitación en habitación por ver si estaba.

La puerta de su propio dormitorio, que hacía tanto que no utilizaba, se hallaba entreabierta y por entre las cortinas entraba luz. Fue a cerrarlas antes de iluminar la estancia y tropezó. Se aferró a la estructura de hierro de la cama para no caerse. Sus pies habían ido a dar con el bastón de Herbert. El corazón parecía querer salírsele por la boca. Sin pensar en la necesidad de mantener la ciudad a oscuras frente a los posibles ataques del enemigo, encendió la luz. Desplomado en el suelo, entre la cama y la ventana, se hallaba su marido.

—¡Dios mío! —Corrió a su lado.

Estaba tumbado boca arriba y tenía la mirada clavada en el techo. El pulso del cuello era muy débil.

—Herbert, ¿puedes moverte? ¿Me oyes?

Él movió los ojos hacia ella como única respuesta.

—Voy a buscar ayuda —dijo ella luchando con el miedo que le atenazaba la garganta—. Resiste. No te me mueras, Herbert —le suplicó—. ¡Por favor, no te mueras!

Cuando volvió a la planta alta tras llamar a la ambulancia y avisar a Bertie, su marido tenía los ojos cerrados y la respiración tan débil que tuvo que inclinarse hacia delante para sentirla en su mejilla y convencerse de que seguía con vida. Le acarició la cabeza mientras susurraba palabras de aliento.

Tras un lapso que se le hizo eterno, llegaron los servicios de emergencia haciendo sonar su campana y alertando al vecindario de que había ocurrido algo en el número 12. Subió al vehículo con Herbert sin esperar a Bertie, que la encontró en el hospital, recorriendo de un lado a otro la sala de espera. Clarrie corrió a abrazarlo, pero él la apartó azorado y exigió saber qué había pasado.

—Ha tenido otro ataque, muy grave. —Tragó saliva—. El médico no está seguro de que…

El primogénito quiso conocer todos los detalles y se mostró horrorizado al saber que habían dejado a su padre solo.

—Tenía que estar con él la enfermera —refirió ella conteniendo las lágrimas— y no sé cómo llegó desde el estudio hasta el dormitorio. Imagino que tuvo que arrastrarse. ¿Qué crees que estaba intentando hacer?

—Quizá no lo sepamos nunca —repuso él en tono acusador—. Tenías que haber estado con él y no en el salón de té.

—Lo siento —dijo ella desconsolada.

Al final llegó el especialista.

—El señor Stock está estable, pero en estado crítico. No hay nada que podamos hacer esta noche, así que váyanse a casa y descansen.

Bertie se marchó sin decir palabra y Clarrie regresó por entre la niebla y el eco de las calles a la casa vacía. Fue la noche más larga de su vida. Avivó el fuego del estudio de Herbert y, sentándose en el sillón de él, dormitó bajo la manta mientras aguardaba.

La señora Henderson se sobresaltó al llegar a las siete.

—Cuando salí anoche, el señor Stock estaba sentado en su sillón delante de la chimenea, se lo juro —dijo aturullada—. A la enfermera, la muchacha joven, la llamaron también a las seis para atender una emergencia. Yo pensaba que usted no tardaría. ¡Señora Stock, no sabe lo mal que me siento!

—No tanto como yo —respondió Clarrie—. No ha sido culpa suya. ¿Qué aspecto tenía cuando lo dejó?

La señora Henderson meneó la cabeza.

—El mismo de siempre. Parecía tranquilo. Estaba medio dormido y con la mirada clavada en las llamas. —Su expresión cambió de pronto—. Sí que dijo algo extraño, aunque puede ser que yo no lo oyera bien.

—¿Qué?

—Me preguntó por usted.

—¿Por mí?

—Sí. «Vaya a ver si necesita algo la señora Stock», me dijo. Me llamó señora Pearson, pero, como a veces mezcla las palabras…

El corazón le dio un vuelco.

—La señora Pearson era la cocinera que había aquí antes de mi llegada —recordó—. Tal vez estaba pensando también en la anterior señora Stock. —Sus labios temblaron al añadir—: Por eso debió de ir al dormitorio: buscaba a Louisa.

El estado de Herbert no empeoró ni mejoró durante la semana siguiente. Con el semblante gris y sin vida, permaneció inmóvil como una estatua bajo las sábanas blancas y la manta del hospital. Lo alimentaban por medio de un tubo. Las raras ocasiones en que abría los ojos eran para mirar con gesto ausente. Clarrie iba a verlo en las horas de visita y se sentaba a su lado a tomarlo de la mano, pero él no daba signo alguno de reconocerla ni de saber siquiera que estuviese presente. Verity fue un día, pero se quejó de que aquello le resultaba demasiado angustioso, en tanto que Bertie se presentó cada dos para reñirla por descuidar a su padre. A Will, destinado entonces en Alejandría, le hicieron llegar un mensaje advirtiéndole que debía estar preparado para lo peor.

Herbert, no obstante, seguía aferrado a la vida. Un mes más tarde, en Navidad, presentó una pequeña mejoría que su esposa recibió esperanzada: empezó a dar señales de que podía tragar y sus ojos se mostraron más alerta, si bien seguía sin poder hablar. Will escribió a Clarrie una carta extensa con la intención de alentarla. Ella le había participado su convencimiento de que Herbert había ido en busca de Louisa después de regresar mentalmente al pasado.

«También podía haberte estado buscando a ti, Clarrie —le aseguró—. Nadie le ha dado más consuelo ni más amor que tú en estos seis años últimos. No dejes que Bertie te convenza de lo contrario: mi padre jamás habría vivido tanto tiempo sin tus cuidados ni tu cariño.»

En los albores de 1916, el Parlamento aprobó a la carrera una ley de recluta forzosa y Clarrie, para colmo de males, vio cómo el cuartel vecino requisaba la casa de Summerhill para aposentar en ella a los soldados que no cabían en aquel.

—A ti no te hace falta tanto espacio —repuso Bertie indolente— y parece poco probable que mi padre vaya a recuperarse tanto como para volver a vivir allí.

—Pero la casa es también de Will —replicó ella, dolida por semejante insensibilidad.

—Will no va a necesitarla hasta que acabe la guerra y, cuando esté de permiso, siempre podrá usar la nuestra.

—¿Y yo? —exigió saber.

—El apartamento que hay encima del salón de té —señaló él con aire despreocupado— es bastante espacioso y te vendrá que ni pintado para ir a trabajar.

Furiosa, Clarrie fue a hablar con el oficial a cargo de la requisa, convencida de que debía de haber sido Bertie quien había informado de la existencia de aquella casa medio vacía.

—Nos dieron a entender que vivía usted aquí sola —respondió el militar con gesto azorado— y que disponía de otra propiedad en la que alojarse.

—Este es el hogar de mi esposo y lo va a necesitar cuando le den el alta —insistió—. Estoy

dispuesta a compartir la vivienda, pero no a acantonar soldados.

Al final, se acordó que el personal administrativo podría usar las habitaciones de la planta baja y que en la segunda se alojarían dos secretarias. Las frustraciones y preocupaciones de Clarrie alcanzaron su punto culminante aquel verano, cuando se difundió la noticia de la ofensiva del Somme, en Francia. Aquella acción de guerra, aclamada como un asalto multitudinario a las líneas alemanas, se resolvió en una carnicería descomunal en la que quedaron diezmados o arrasados en pocas horas regimientos enteros.

Clarrie se sentaba con otros clientes en el salón de té para leer con detenimiento los periódicos y tratar de reunir la mayor información posible, pese a lo inabarcable del número de muertos y heridos. El primo de Dolly se contaba entre los caídos, uno de los repartidores de Jack estaba desaparecido y la hermana más pequeña de Ina había enviudado a los veinte años. Estaba intentando consolar a sus empleadas y tranquilizar a Olive, haciéndole ver que podía ser que no reclutaran a su esposo, cuando recibió un telegrama.

Lo abrió con dedos temblorosos y a punto estuvo de desmayarse al leer el mensaje: Will volvía a Inglaterra. Tenía solo una semana de permiso y llegó en un tren lleno de soldados hasta los topes, delgado y con el rostro consumido, pero con una sonrisa de oreja a oreja que bastó para levantar el ánimo abatido de Clarrie.

Quiso llevarlo al salón de té para que comiese algo, pero él pidió ir a casa. De camino, le explicó que en aquel momento compartían la vivienda con personal militar, si bien su dormitorio seguía intacto. Se fue directo a la cama y durmió hasta la noche. Clarrie decidió que Bertie podía esperar un día a saber de la llegada de su hermano. Después de un baño, Will tomó parte de la exigua cena de jamón y patatas de Clarrie mientras ella lo ponía al día de cuanto había ocurrido en su ausencia. Él, en cambio, no hizo otra cosa que encogerse de hombros ante cualquier pregunta relacionada con la campaña de Galípoli del año anterior o el tiempo que había pasado sirviendo en Egipto.

—El ochenta por ciento de la vida castrense es más soso que las coles —se limitó a decir.

—¿Y el veinte por ciento restante?

Will, tras vacilar unos instantes, respondió:

—Esa es la parte que intenta olvidar uno.

Al día siguiente quedaron en encontrarse en el hospital después de que ella hubiese ido a trabajar y él hubiera visitado a Bertie y Verity. Cuando llegó Clarrie, él se hallaba ya en el pabellón lateral al que habían trasladado a Herbert, sentado al lado de su padre. Cuando alzó la mirada hacia ella, no pudo ocultar la conmoción que le había supuesto el aspecto frágil que presentaba el enfermo.

—Háblale —lo alentó ella—. El sonido de las voces le resulta reconfortante aunque no lo entienda.

Él lo intento, pero su proverbial elocuencia no quiso acompañarlo. Clarrie le posó una mano sobre el hombro y se lo estrechó. Los dos estuvieron un rato sentados en silencio hasta que, de pronto, Will se puso a cantar *The Cliffs of Old Tynemouth*, primero entre dientes y a continuación con más fuerza. Se trataba de una tonada tradicional que había aprendido de niño, en la escuela, y cantado cientos de veces a trozos por la casa:

Cantiles de Tynemouth, queridos y agrestes,
igual que las aguas que bañan sus pies…

Al oír elevarse su voz melodiosa de tenor, Clarrie recordó los tiempos en los que Olive y él la habían cantado juntos en su dormitorio infantil. Los ojos se le anegaron en lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta:

Hay tierras mejores, mas quedan atrás:
costa de la infancia, del primer amor…

Reparó en que Herbert había clavado la vista en su hijo, como si una parte de él, concentrada, tratase de recordar por entre la bruma de la confusión:

… el gozo que anhelo, de mi alma el hogar.

Cuando acabó la canción, Clarrie lo instó a cantar otra, pero él sacudió la cabeza abrumado por la emoción.

Entonces fue ella quien entonó una que había oído a menudo en el salón de té, porque Lexy y Edna la estaban cantando a todas horas: *Red Sails in the Sunset*. Will se sumó a ella y, a continuación, ambos interpretaron fragmentos de todas las canciones populares que lograron recordar.

Y así estuvieron hasta que asomó la cabeza por la puerta la enfermera jefe para informarlos de que había llegado el final de la visita.

—Y es una lástima —bromeó—, porque con esas voces suyas se hace más ameno el día.

Cuando Clarrie se inclinó para despedirse de su marido con un beso, lo hizo convencida de que él la había reconocido.

—¿No es una maravilla tener aquí de nuevo a Will? —musitó—. Mañana vendrá también a verte.

Mientras cruzaba el umbral, pudo ver que Herbert aún la observaba, así que le lanzó un beso y se fue imbuida de una alegría que no había conocido en meses.

El teléfono la sacó de un sueño profundo. Saliendo aletargada de la cama, corrió al guardarropa en camisón. Llamaban del hospital. Herbert había muerto mientras dormía, poco antes del alba.

Capítulo 33

A Will le ampliaron el permiso para que pudiera asistir al funeral de su padre. Clarrie se sintió agradecida de tenerlo para apoyarla y para evitar que Bertie dictase cómo se tenía que hacer todo. El primogénito quería una ceremonia ostentosa en la catedral, pero ella insistió en que debía ser en la iglesia de John Knox, donde había rezado Herbert la mayor parte de su vida. En privado, comentó a Will que lo único que pretendía su hermano era impresionar a su familia política. Cedió, eso sí, en lo tocante al convite posterior, que se ofrecería en Tankerville Terrace ante la imposibilidad de hacerlo en Summerhill por estar requisada buena parte de la vivienda.

—De todos modos, no tengo cuerpo para agasajar a nadie —confesó a Will.

Clarrie hizo frente al sepelio y el duelo con los sentidos embotados por la conmoción de la muerte de Herbert. Aunque en lo más hondo de sí había sabido que nunca se recobraría de aquel segundo ictus, se había acostumbrado a ir a visitarlo al hospital semana tras semana, apaciguada por aquel ritual cotidiano y alentada por la esperanza.

Se sintió emocionada y honrada por la gran cantidad de personas que fueron a ofrecerle el pésame: amigos, feligreses y clientes del bufete y del salón de té que lo tenían en gran estima. El personal del local acudió en su apoyo, como también hicieron Olive y Jack, y Johnny pasó la noche viajando desde Edimburgo para estar presente. El Herbert’s Tea Rooms estuvo una semana cerrado en señal de respeto.

Tan pronto acabaron las exequias, Bertie la hizo presentarse en el despacho para liquidar los asuntos pendientes.

—Hay mucho que discutir —le había advertido por teléfono.

Sin embargo, ella se negó a malgastar los últimos días de permiso de Will en tediosos asuntos legales y el hijo menor del difunto tampoco albergaba mucho interés en ellos.

—Deja que se encargue Bertie —dijo con cierto sarcasmo—. No hay nada que pueda gustarle más que validar un testamento jugoso.

Los dos lamentaron que el ejército hubiera requisado hacía mucho tiempo los caballos de Johnny. Al no poder montar, emprendieron largas caminatas hasta llegar al campo, donde el maíz se hallaba ya en sazón y las campesinas habían empezado a cosechar.

—Tal vez yo también debiera presentarme voluntaria —comentó Clarrie durante el último paseo que dieron—. De veras que no sé qué hacer. Llevo tanto tiempo pensando primero en Herbert que sin él me siento como una planta sin raíces.

—La labor que llevas a cabo en el salón de té también es importante —la animó Will—.

Estás sustentando a veintenas de personas y sabes que la situación aún tiene que empeorar: antes o después van a tener que imponer el racionamiento. No dejes el local, Clarrie: la gente necesita como el comer la alegría que le infunde. Y no olvides a Lexy, Edna, Ina y Dolly, que todavía dependen de ti.

—Sí, tienes razón —concluyó con un suspiro—. Además, me dolería mucho cerrarlo. Desde luego, así tendré con qué distraerme cuando te vayas.

Will entrelazó su brazo con el de ella mientras seguían caminando.

—Esa es mi Clarrie.

—Quién sabe si no será este el último año del conflicto y si no volverá todo el mundo a recuperar el sentido común antes de que haya que racionar nada.

Él, no obstante, soltó una risita desolada por respuesta.

—Esta guerra espantosa no tiene visos de acabar pronto. Nos vamos a matar unos a otros de hambre antes de que ninguno de los dos decida rendirse.

El día que Will tuvo que volver a presentarse ante su regimiento, la despedida fue muy triste.

—No vengas a la estación —recomendó a Clarrie—: habrá el mismo caos de siempre y, de todos modos, no vamos a saber qué decirnos.

—¿Y qué puedo hacer si no? —preguntó ella con un nudo en el estómago.

—Ve al salón de té y mantente ocupada. Me consolará saber que estás allí. Deja que te diga adiós como si fuese cualquier otro día. Por favor, Clarrie.

Ella calló el sentimiento de decepción que le supuso no poder estar con él hasta el último momento posible.

—Si eso es lo que quieres, así lo haré, por supuesto.

El personal administrativo trabajaba ya con ahínco en la planta baja cuando Clarrie se despidió de Will en el estudio de Herbert. Aún no se había puesto el uniforme y, con los pantalones de franela y la camisa abierta, parecía un niño. Tomó sus grandes manos con las suyas menudas y delicadas.

—Me alegra que estuvieses aquí a la muerte de tu padre —le dijo—. No creo que se tratara de una casualidad: estoy convencida de que te estaba esperando. Nunca lo había visto con tanta paz como cuando le cantaste. No sabes cuánto te lo agradezco.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Will.

—No me hace ninguna gracia tener que dejarte sola —aseveró él con la voz quebrada.

—No estoy sola: tengo a mi familia en el salón de té.

—Ojalá no fuera todo tan incierto. Quiero imaginarte escribiéndome desde el escritorio de papá y celebrando meriendas familiares en la sala de estar, no en una casa llena de secretarios del ejército —dijo con gesto angustiado.

Ella le apretó las manos.

—Pase lo que pase, siempre tendrás tu casa donde esté yo —le prometió ella—. Tú, encárgate de volver sano y salvo: eso es lo único que te pido.

Se abrazaron y él la estrujó como hacía de niño cuando echaba de menos a su madre. Ella le acarició el pelo y se obligó a no derrumbarse delante de él.

—Que Dios te proteja —murmuró.

—Y a ti.

Cuando ella se apartó, tenía la cara bañada en lágrimas. Estuvieron juntos unos instantes más,

sonriéndose con gesto triste. Había mucho que hablar y nada más que decir en un momento así.

Clarrie salió deprisa y no dejó escapar un sollozo hasta haber abandonado la casa. Sentía un peso enorme en el pecho que no la dejaba respirar. Trató de tomar aire y se enjugó las lágrimas que se le habían escapado. Al ir a dejar la plaza, se volvió para contemplar la casa y ahogó un grito al ver, durante una fracción de segundo, la figura alta de Herbert de pie ante la ventana del estudio como solía hacer hacía años. Se trataba, claro, de Will, que la observaba por última vez. Levantó una mano a modo de despedida y ella repitió el gesto y le lanzó un beso antes de volverse y seguir camino con paso resuelto. La imagen de él, agitando el brazo y sonriendo, la acompañó hasta llegar al salón de té.

Aquel fue un día difícil. Era la primera vez que pisaba el establecimiento tras la muerte de Herbert, pero lo superó manteniéndose ocupada mientras trataba de no pensar en la marcha de Will, en Will saliendo de uniforme de la casa, en Will en la estación, en Will en un tren atestado de combatientes que cruzaba ruidoso el Tyne con rumbo al sur…

En lugar de regresar a su casa vacía, aceptó gustosa la invitación a cenar a altas horas de la noche en el apartamento de arriba que le hizo Lexy. Edith, la menor de las hermanas de esta, acababa de ponerse a trabajar en Sunderland y a ella, que nunca antes había vivido sola, le resultaba desconcertante tanta quietud.

—Me he pasado toda la vida deseando que mis hermanas emigrasen a Tombuctú —bromeó — y ahora me veo hablando sola por no tener con quien hablar.

Tomaron té, compartieron un huevo duro y hablaron de frivolidades: recetas que requerían menos azúcar, un posible proveedor local de miel a fin de sustituir dicho artículo, la atracción que sentía últimamente Edna por un refugiado belga que trabajaba en el muelle, la artritis de Ina…

Lexy tomó un sorbo de la infusión e hizo una mueca.

—Esto sabe cada vez peor —se quejó—. Huele a alquitrán y sabe casi a lo mismo.

Clarrie soltó un bufido.

—A la vejez, te me estás poniendo muy delicada con el té.

—Tengo una buena maestra.

—De todos modos, tienes razón —aseveró ella con un suspiro—, el último lote que nos trajo Milner no era precisamente selecto: tenía ramitas del tamaño de un clavo. Pero, claro, no es culpa suya: eso es lo mejor que pueden comprar con ese dinero. La culpa es de los cultivadores codiciosos, que sacan cuatro y hasta cinco cosechas de un mismo arbusto. El Gobierno les ha garantizado los precios que había antes de la guerra, así que les da igual la calidad.

Lexy soltó una carcajada.

—Clarrie, estás muy desperdiciada en un salón de té. No he entendido de la misa la media, pero, si por mí fuera, serías presidenta de la Cámara de Comercio.

No mencionaron en ningún momento a Will, pero, cuando Clarrie estaba a punto de irse, Lexy le estrechó el brazo y le dijo:

—Ya verás como está bien: no te preocupes por él, que ha salido antes de otras muchas casi peores.

Aquella noche se metió en la cama de Herbert y agradeció el movimiento del piso de arriba, donde estaban acantonadas las secretarias. Guardaban las distancias, temerosas de la viuda de cuya casa se habían apropiado. Abrazó la almohada, que seguía oliendo a él. El peso que había

acarreado durante todo el día trató de salir y se le quedó atascado en la garganta. El dolor que había mantenido a raya desde la muerte de Herbert se apoderó de ella de improviso con el acicate de la ausencia de Will. Con grandes y convulsos sollozos, lloró la pérdida de su marido, afectuoso y reservado, que había mostrado un gran coraje durante su larga enfermedad, y lloró por Will, por no poder hacer nada por protegerlo, por aquel joven leal y cariñoso que iluminaba su vida como si fuera su propio hijo.

Una semana más tarde, volvió a la casa temprano por el cansancio y topó en el estudio de Herbert con dos hombres ocupados en revolver su biblioteca. Cuando exigió saber qué hacían, se identificaron como tasadores de una casa de subastas.

—No tengo ninguna intención de vender los libros de mi marido —protestó.

El mayor de los dos dijo un tanto azorado:

—Sobre eso tendrá que hablar con el señor Stock.

—Pero ¡si ha fallecido! —exclamó confundida.

La expresión de aquel hombre se volvió compasiva cuando aclaró:

—Con el señor Bertram Stock, que es quien nos ha pedido que nos encarguemos de los efectos personales de su padre.

Aunque se sentía mareada, se dirigió de inmediato al bufete de Bertie y exigió verlo de inmediato.

—¿A qué viene esto? Yo no he dicho nada de vender los libros de Herbert. Quiero guardarlos para Will, él no ha tenido ocasión de elegir nada. —Estuvo varios minutos echando espumarajos por la boca, furiosa ante semejante indolencia.

Él, mientras, se escarbaba las uñas con un abrecartas sin molestarse siquiera en alzar la vista, hasta que, al final, levantó una mano.

—Cuando hayas acabado con tu ataque de histeria, quizá quieras sentarte. —Y señaló con un movimiento de la mano el sillón que tenía delante del colosal escritorio forrado en cuero rojo sin levantarse siquiera.

Ella tomó asiento con indignada rigidez mientras él la estudiaba.

—Llevo intentando hablar contigo de asuntos legales desde que murió mi padre —dijo él como si fuera culpa de Clarrie.

—Todavía no estoy en condiciones de hablar de ello —repuso esta—. Prefiero no precipitarme. Todavía es pronto. No tienes derecho a intentar vender las cosas de Herbert.

—Tengo todo el derecho del mundo —replicó él con una sonrisa satisfecha—. Todas sus posesiones me pertenecen: los libros, el mobiliario, la casa…

Clarrie lo miró boquiabierta, incapaz de comprender.

—Eso no es posible.

—Claro que lo es. ¿O se te ha olvidado que llevo años gestionando sus asuntos?

—El negocio, pero no sus cosas personales.

—Todo —dijo Bertie sonriendo con malicia—. Me aseguré de ello cuando firmó para nombrarme su apoderado.

Clarrie estaba aturdida.

—O sea, que lo engañaste —gritó—. ¡Que me engañaste!

—No —insistió él antes de acercarse a ella con los ojos entornados—. Todas las pertenencias de mi padre son mías por derecho. ¿O creías que te iba a dejar lo que era suyo y de mi querida madre? ¿A ti, el ama de llaves?

Clarrie se levantó de su asiento sin apartar de él la vista.

—Yo no quiero nada para mí…

—Perfecto —la interrumpió—, porque así no te importará que el ejército se quede con el resto de la vivienda. Ya he renegociado la requisa de todo el edificio. Cuando hayan acabado, tengo intención de venderlo. Para mí estará siempre empañado por tu presencia, por tu vulgar gusto angloindio y por tus empeños en usurpar el lugar de mi madre.

Ella se encogió ante semejante virulencia.

—¿Por qué me odias así? Tu padre era feliz conmigo.

—No te odio —aseguró Bertie con gesto desdeñoso—. No siento nada por ti.

—¿Y qué pasa con Will? —quiso saber ella—. También son su casa y su herencia.

—Mi hermano dispondrá de los medios que necesite. De eso me encargo yo —dijo con brusquedad.

El corazón de Clarrie se aceleró de manera incómoda.

—¿Y qué ha sido de las inversiones que hiciste en mi nombre?

Él se mostró azorado de pronto.

—Ah, sí… —Se aclaró la garganta—. En aquel momento fueron transacciones muy sólidas, pero la guerra ha hecho que pierdan su valor. Solo cabe esperar que remonten cuando acabe el conflicto.

La cabeza le empezó a doler mientras trataba de hacerse a la idea de cuanto le estaba diciendo. De pronto sintió que el miedo le mordía las entrañas.

—El Herbert’s Tea Rooms —respiró con dificultad—, al menos, será mío, ¿no?

A Bertie le costó contener la sonrisa de triunfo que asomó a sus labios.

—Me temo que no.

Clarrie se abalanzó hacia delante y se aferró a la mesa con gesto incrédulo.

—¡Maldito cabrón vengativo! —exclamó.

Bertie se reclinó en su asiento con expresión alarmada.

—Digna hija de tu padre, con su mismo lenguaje cuartelero.

Ella tragó bilis.

—O sea, que me pones de patitas en la calle, ¿no es así? ¿Eso es lo que quiere Verity? ¿Ese es el agradecimiento que recibo por cómo me he portado con vuestros hijos?

Bertie recuperó su tono desabrido.

—No es eso lo que pretendo. Lo que quiero es hacerte una proposición: tú sigues dirigiendo el salón de té y yo te pago un salario razonable y te permito vivir en el apartamento de arriba sin necesidad de pagar el alquiler.

Clarrie no tenía palabras. La había insultado y humillado y, a continuación, esperaba que le estuviese agradecida por ofrecerle lo que le pertenecía por derecho.

—¡Qué cara más dura!

—Tú eliges: puedes encargarte de la dirección o dejar que lo venda.

Tuvo que reconocer que no tenía elección. Mientras ella se deslomaba por construir su negocio, él había estado conspirando para robárselo. Apretó los dientes para evitar dar una

arcada y logró murmurar:

—¿Te acuerdas de que Lexy vive en el apartamento de arriba?

—En ese caso, tendrá que irse —repuso él con indiferencia.

—Si se te ocurre tratar de desahuciarla, me encargaré de que se te rebele más de uno —amenazó.

Al rostro de él volvió a asomar un atisbo de incertidumbre.

—Seguro que, si es necesario, podrás llegar a algún tipo de acuerdo con esa mujer. El gobierno del salón de té queda en tus manos, siempre que me reporte beneficios.

—¿Beneficios? —le espetó ella—. Dadas las circunstancias, va a ser un milagro conseguir que no se vaya a la ruina.

—En ese caso, haz el milagro para mí.

Clarrie salió corriendo del bufete. La cabeza parecía estar a punto de estallarle y se sentía atenazada por el miedo. ¿Cómo había podido Herbert dar al mundo un hijo tan egoísta y cruel? Se revolvería en su tumba si pudiese ver lo que había hecho Bertie. Ojalá hubiera estado allí Will para defenderla. Sin embargo, se encontraba lejos, camino del frente, y no había nada que pudiese hacer aun en caso de estar informado. Como tantas veces en el pasado, iba a tener que luchar sola.

Expuesta al aire de septiembre y mareada por el miedo, se inclinó tambaleante y vomitó en el arroyo.

Capítulo 34

1917

Clarrie no mencionó ninguno de sus problemas en las cartas de tono afectuoso que enviaba a Will. Le dijo que se había mudado al apartamento porque le resultaba más cómodo al tenerlo tan cerca del trabajo. Así, además, Lexy y ella podían hacerse compañía. De hecho, se dio cuenta enseguida de que el cotorreo despreocupado de su amiga y su actitud cariñosa sin rodeos eran el tónico que necesitaba tras la muerte de Herbert y su expulsión de Summerhill por obra de Bertie. Tanto era así que tuvo que reconocer que apenas echaba de menos su antigua casa.

Lo que más le preocupaba en aquel momento era mantener abierto el salón de té. Había ocultado a casi todos, incluidos Jack y Olive, lo precario de la situación por evitar que se supiera que Herbert la había dejado en una posición tan vulnerable. Solo lo sabían Lexy e Ina, amigas de confianza desde hacía ya años.

A principios del verano había vuelto a subir hasta cotas desconocidas el precio de la harina, el azúcar y el té. Clarrie tenía que recurrir cada vez con más frecuencia a alimentos enlatados para complementar sus comidas y a bebidas enriquecidas con extracto de carne como sustitutos del cacao y el café. El negocio de Daniel Milner se hallaba sometido a una gran presión, pues, por si no era suficiente con la pérdida de clientes debida al aumento de los precios, el ejército había requisado sus carretas y sus caballos y la recluta forzosa lo estaba dejando sin mano de obra. El empresario había recurrido a los tribunales a finales de 1916 a fin de lograr que declarasen a Jack exento del servicio militar argumentando, con éxito, que su negocio estaba condenado a derrumbarse sin él. Durante una visita inusual que había hecho a su hermana poco antes de Navidad, Clarrie la había encontrado poco menos que loca de alegría.

—Ahora puedo dormir tranquila por la noche sabiendo que a Jack no lo van a mandar al frente. Me da igual si es egoísta. Yo no soy como tú, Clarrie: sola no soy capaz de salir adelante.

La mayor callaba sus problemas, triste ante el abismo que se abría entre ellas. Olive y ella tenían ya tan poco en común que ni sabían qué decirse. De hecho, notó que su hermana se sentía aliviada cuando la vio ponerse en pie para dar por concluida la visita. No recibió invitación alguna para pasar la Navidad con Olive y su familia, pues, tal como le explicó la menor a la carrera, iban a ir a casa de la madre de Jack. Clarrie procuró no revelar que se había sentido dolida y decidió mantener cierta distancia. Fue Lexy quien, junto con sus hermanas, hizo soportable su primera Navidad sin Herbert ni Will al invitar a Ina y a su familia. Pusieron en

común la comida que tenían, se hicieron regalos discretos y acabaron montando un concierto improvisado cantando al son de la armónica de la más pequeña de Ina. Aquello distaba mucho de asemejarse a la elegante sala de estar y los juegos refinados de Summerhill o Tankerville Terrace, pero animó a Clarrie más que ningún reconstituyente.

Cuando el negocio empeoró, Lexy y ella cerraron las salas de reuniones adicionales del local contiguo para alquilarlas como vivienda a obreros de la fábrica de municiones. Aquella primavera murió la prima Lily y Jared cerró el Cherry Tree, pues no se veía con ánimos de seguir con él. Las cosas habían ido de mal en peor desde que el Gobierno había restringido las horas en las que se podía beber y se hacía más difícil comprar alcohol. Un día se presentó a cenar en el salón de té. Clarrie le dio la bienvenida y él le tendió con gesto tímido un paquete envuelto en trapo.

—Lo he encontrado en el fondo del armario de Lily —dijo—. Lo siento mucho. Espero que funcione todavía.

Al desembalarlo, Clarrie encontró el viejo violín de Olive, el mismo que antes había sido de su padre.

—O sea, que, al final, nunca llegó a venderlo —exclamó—. ¡Lo tuvo todo este tiempo guardado! ¿Por qué diablos pudo querer hacer algo así?

Él se encogió de hombros.

—Yo creo que os tenía envidia y quería ser como vosotras. Que os fueseis con los Stock fue la gota que colmó el vaso. Se puso peor cuando os marchasteis. Te juro que no tenía ni idea de lo del violín.

—No te preocupes, ha pasado ya demasiado tiempo como para enfadarse con eso. Peores cosas pasan en alta mar, que decía mi padre.

—Hablando de mar —dijo con un suspiro—, han llamado a Harrison para servir en la armada. ¡Así andarán de personal!

Clarrie pensó que el violín tal vez sirviera para reavivar parte del afecto que habían perdido su hermana y ella. Sin embargo, Olive mostró poco interés en el instrumento recuperado. Hacía ya mucho que había dejado de tocar. En aquel momento tenía bastante con la inquietud que le producía el futuro incierto de la Tyneside Tea Company, cuya ruina podía condenar a su marido al desempleo o, lo que era peor, a la recluta forzosa. A su suegra, el travieso George había empezado a resultarle demasiado insoportable y la mujer prefería pasar el tiempo con el recién nacido de Thomas y Annie, en tanto que Jane estaba resultando ser tan delicada como Olive de pequeña y tener su misma propensión a los ataques de asma.

—Si los llevas al salón de té, a George lo vamos a tener entretenido —se ofreció, pero Olive no llegó a presentarse por allí.

Después de aparecer con el violín perdido, Jared empezó a acudir dos o tres veces por semana, muchas veces solamente para sentarse y esperar a que quedase libre el periódico, haciendo que una taza de Bovril durase una hora y charlando con otros parroquianos. Los clientes del Partido Laborista Independiente se hicieron grandes esperanzas con la revolución incruenta de Rusia y el alto el fuego en el frente oriental. Aunque durante todo el verano se conjeturó sobre la posibilidad de que esto pusiera fin al conflicto, los combates que se libraban en Francia parecían tan implacables como los del verano anterior.

Clarrie hacía su trabajo con tanta alegría como le era posible, aunque bajo la superficie sentía

en todo momento una tensión implacable por la suerte que podía estar corriendo Will en el frente occidental. Cuando llegaba una de las cartas o postales que con tanta ansiedad aguardaba, la embargaba una sensación embriagadora de alivio que, sin embargo, siempre resultaba efímera. Cierto era que en el momento de escribirla había estado sano y salvo, pero ¿y en el presente?

> ¿Sabes qué? —escribió una vez—. La semana pasada tuve que entregar un mensaje en el cuartel general y conocí a alguien con quien tuvisteis amistad en la India: el coronel Harry Wilson. Es un veterano de los de verdad, uno de los pocos soldados regulares de antes de la guerra, con los que no es normal cruzarse. Por lo visto, cuando os conocisteis no era más que un subalterno, pero dice que lo acogisteis muy amablemente en Belguri. Fue gracioso cómo salió la conversación. Me dijo que tenía un gran amigo en el norte: Wesley Robson. Estuvo a punto de caerse de espaldas cuando le dije que a él también lo conocía. Según me ha contado, a Wesley también lo han reclutado, de modo que quizá lo tengamos también entre nosotros en breve. El coronel me pide que os dé muchos recuerdos a ti y a Olive. Sobre todo hizo hincapié en ella y quiso saber si seguía pintando. ¡El mundo es un pañuelo!

La carta la dejó temblando, como si el pasado hubiera tendido el brazo para tocarla con sus dedos fantasmales. ¡Harry Wilson! Pensó en el encaprichamiento infantil de la pequeña con aquel soldado pelirrojo y en la vez en que fueron a verlo pescar mientras ella pintaba. Aquel día, Wesley había reñido con su padre de un modo irreconciliable y la discusión había exacerbado la adicción destructiva de Jock al licor y el opio. Era extraño cómo se habían entrelazado sus vidas. La guerra los había desplazado sin piedad como bolos lanzados al aire por un golpe violento y en aquel momento hasta el venturoso Wesley se había visto arrancado de su vida cómoda y arrojado al campo de batalla. Se preguntó si Henrietta, que quizá fuera ya su esposa, estaría temiendo insomne por él en alguna mansión de Londres.

Clarrie pensó si debía llamar a Olive para enseñarle la carta. Podía ser que se echase a reír ante aquel recuerdo, pero también que se enfadara si le hacía pensar de nuevo en Belguri. A Olive no le gustaba hablar de su antigua vida delante de Jack y los Brewis, como si se avergonzara de haber llevado en otro tiempo una existencia exótica tan ajena a la de ahora. Sin embargo, antes de que pudiese decidirse, se presentó Jack en el salón de té preguntando por ella.

Se quedó esperándola en el umbral con aspecto desmañado.

—¿Le pasa algo a Olive? —preguntó ella asustada—. ¿Están bien los niños?

—Sí, sí, están todos bien —dijo él a la carrera, nervioso e incómodo.

—Ven a la parte de atrás —lo invitó Clarrie antes de conducirlo a una mesa vacía y llamar a Edna para que les llevase té.

—No hace falta —se excusó—. No dispongo de tiempo.

—Yo sí lo necesito —repuso ella con una sonrisa fugaz—. Si quieres, puedes verme beber.

Se sentaron uno frente al otro y mantuvieron un silencio incómodo. Llegó el té y Jack tomó un sorbo y se aclaró la garganta:

—Olive no sabe que estoy aquí. Si se entera, me mata, pero estoy preocupado por ella, por cómo se las va a arreglar.

—¿A qué te refieres? —preguntó la cuñada dejando la taza sobre la mesa.

—Me han vuelto a llamar para reclutarme.

—Pero ¡si estás exento!

Jack negó con la cabeza.

—Han cambiado otra vez las leyes y ahora no hay nada que pueda hacer el señor Milner: esta vez no tengo más remedio que ir. —La miró a los ojos por primera vez—. No tengo miedo: habría ido la primera vez si no hubiera intervenido el señor Milner, pero nuestra Olive… Ella está destrozada con la simple idea de verme partir al frente.

A Clarrie se le encogieron las entrañas.

—¡Vaya! Lo siento, Jack. Y la pobre Olive… ¿Cuándo te vas?

—Tengo que presentarme mañana en el cuartel.

—¿Tan pronto? —preguntó aterrada.

—Hace falta gente —informó él con firmeza—. De todos modos, no es mi destino lo que me preocupa, sino Olive y los niños. ¿Vas a echarle una mano?

—Claro que sí —repuso enseguida. Vio que él estaba afanándose por decir algo más.

—No nos hemos portado muy bien contigo —aseveró—. Yo he dejado que os separéis…

—Tranquilo, no ha sido cosa tuya —dijo ella con voz suave.

—Sí, en parte sí. —Miró a su alrededor y, a continuación, encogió los hombros y bajó la voz —: Cuando me di cuenta de que no te importaba o, al menos, no lo suficiente como para casarte conmigo, sentí que me habías herido el orgullo. Entonces pensé que una manera de devolvértela era cortejar a tu hermana.

Clarrie sintió que se le encendían las mejillas.

—No deberías decir esas cosas…

—Déjame acabar. Puede ser que empezara como un juego, pero con el tiempo cambió. Acabé por enamorarme perdidamente de ella. El de nuestra boda fue el día más feliz de mi vida. —Le sostuvo la mirada—. Quiero a tu hermana más que a nada de este mundo.

—Me alegro. —Clarrie tragó saliva—. Y nunca lo he dudado.

—Pero ella sí. —Jack encogió el rostro con inquietud—. Todavía, después de haber tenido dos hijos en común, no es capaz de creer que pueda quererla más que a ti. Por eso he sido más duro contigo de lo que debería: solo por demostrarle a ella que la quiero más. Y por eso no le hace gracia que vengas a casa cuando estoy yo. Está celosa de ti, Clarrie.

—¡No!

—Pues es cierto. A mí antes también me pasaba —confesó.

—Pero ¿por qué?

—Porque siempre has dado la impresión de caer de pie: primero entras a trabajar para los Stock, luego te casas con el señor Herbert y te conviertes en la señora de la mansión, además de dirigir tu propio negocio. Era como si pudieses hacer todo lo que te proponías.

—Todo lo que he tenido me lo he ganado a pulso.

—Sí, si yo no lo niego. —Se encogió de hombros—. Lo que sí sé es que ahora estamos todos en el mismo bote, aferrándonos a nuestro trabajo con uñas y dientes. Parece que dé igual que sea uno un refinado Stock o un Brewis de clase obrera.

Clarrie estuvo tentada de revelarle hasta qué punto era más precaria en ese momento su situación que la de ellos. Al menos, gracias a la generosidad del señor Milner, Olive y ella eran propietarios del techo bajo el que habitaban. Sin embargo, saltaba a la vista que estaba muy preocupado por su familia. ¿Qué ganaba con angustiarlo aún más?

—El señor Milner —prosiguió él— se ha comprometido a respetarme el puesto de trabajo para cuando acabe la guerra y Olive recibirá mi paga del ejército. Quiero decir que no es el dinero lo que me preocupa: lo que necesita es tener a alguien fuerte que se encargue de ella y de los niños… y mi madre está pendiente ahora del pequeño de Thomas y de Annie.

Clarrie tendió una mano para posarla en el brazo de él.

—Deja de preocuparte: yo me ocuparé de ellos. Son sangre de mi sangre, ¿no?

Él le cubrió la mano con la suya un instante.

—Gracias, Clarrie. Y siento las tensiones que haya podido provocar entre nosotros. —Se puso en pie de inmediato y se colocó el sombrero—. Hay otra cosa que quizá no sabes. Bertie Stock ya no es abogado del señor Milner. Desde hace ya algún tiempo.

—No, no tenía ni idea —respondió ella abriendo bien los ojos—. ¿A qué se debe?

Jack vaciló.

— De entrada, sus honorarios son demasiado altos para la empresa.

—¿Y además…? —tentó ella.

Él parecía no saber bien cómo expresarlo.

—El señor Milner nunca se ha llevado tan bien con él como con el señor Herbert. Nunca ha confiado en ese hijo suyo.

—¿Y cómo es eso?

—Uno oye cosas… —Jack se encogió de hombros—. Además, no aconsejó muy bien a la empresa. Hizo inversiones en nuestro nombre que no dieron ningún provecho. El señor Milner le dijo que podía ser imprudente cuando fuese su propio dinero el que estaba en juego, pero no con el de otros.

Ella dejó escapar un gruñido.

—A mí me hizo lo mismo.

Él la miró sorprendido.

—En ese caso, el señor Milner podría recomendarte a otro abogado. No tienes por qué seguir con Bertie Stock por simple fidelidad…

—Ojalá fuera tan sencillo —dijo en voz baja.

Jack estaba perplejo.

—¿Y no lo es?

Ella negó con la cabeza. No era momento de desahogarse contándole que no le había quedado nada que invertir, que su única posesión de valor era un conjunto de joyas de esmeralda que le había dado Herbert en cierta ocasión y que era Bertie quien poseía la titularidad del salón de té, en tanto que ella no recibía más que una paga de su parte.

—Pues, por lo que tengo entendido, debes de ser de los pocos clientes que le quedan.

A Clarrie se le encogió el estómago. El negocio de Bertie le importaba bien poco, pero le preocupaba la solvencia del salón de té. De cualquier modo, estaba casado con una Landsdowne y no le cabía duda de que su familia política lo ayudaría en caso necesario.

—Gracias por la advertencia.

Él se despidió con una inclinación de cabeza y una de sus viejas sonrisas de hoyuelos marcados.

—Cuídate, Clarrie.

—Igualmente, Jack.

Lo observó apretar el paso mientras salía del establecimiento.

Clarrie esperó hasta la semana siguiente antes de ir a ver a Olive, porque no quería que su hermana asociara su visita con la partida de su marido. Fue el pequeño George quien abrió la puerta. De fondo se oía llorar inquieta a Jane. Siguiendo la fuente del sonido, encontró a la niña sentada sobre sus propias heces en la alfombra que había ante el hogar, la cocina sin recoger y el fuego apagado.

Recogió a la pequeña del suelo y trató de calmarla mientras miraba alarmada a su alrededor.

—¿Dónde está mamá? —preguntó a su sobrino.

—En la cama —dijo George—, harta de todo. Jane huele fatal, ¿verdad, tía Clarrie?

—Un poquito nada más —reconoció ella haciendo un mohín y tapándose la nariz.

George le copió el gesto y soltó una risita.

—Ayúdame a buscarle ropa limpia —pidió al niño mientras rebuscaba en un cesto de prendas sin planchar, en su mayoría de Jack. Limpió a la cría en el fregadero y le puso un par de bombachos de George.

Él sacó un mendrugo del cajón del pan y se lo dio a su hermana. Jane lo agarró y se afanó en masticarlo, con lo que puso fin de inmediato a sus sollozos.

Clarrie sonrió.

—Buen chico. Ahora, vamos a ver a mamá.

Olive estaba tendida bajo las colchas con las cortinas echadas. Se alcanzaba a oír su respiración dificultosa y sibilante. Corrió hacia ella con la niña en brazos.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—J… Jack —dijo Olive entre resuellos— s…se ha ido.

—Lo sé —repuso ella atusándole el pelo sudado—. Deja que te ayude a incorporarte. George, tráele a mamá un vaso de agua. ¿Podrás solito?

Él asintió y salió corriendo. Clarrie, mientras, puso a la niña en la cama y la tranquilizó con una sonrisa. A continuación, sentó a Olive y comenzó a frotarle la espalda. Su hermana temblaba con violencia. Tosía y perdía el aliento al mismo tiempo que intentaba sin fuerzas apartar a Clarrie.

—Despacio, inspira hondo… Tranquila —musitaba la mayor.

—Es J… Jack a quien quiero… a mi lado. N… no a ti.

—Pues me tienes a mí —aseveró ella con más brusquedad, alarmada al ver a su hermana rendirse de ese modo a sus miedos—. Y el mundo todavía no se ha acabado, conque deja de actuar como si lo hubiera hecho. Jack no está muerto: lo han llamado a filas. Quiero que cuando vuelva George con el agua te encuentre ya calmada. ¿Me oyes? Lo estás asustando y me estás asustando a mí.

Tanto sorprendió a Olive la repentina aspereza de Clarrie que obedeció sin rechistar. Su respiración se calmó enseguida y los temblores se hicieron más tenues. Jane comenzó a gatear sobre su madre y se agarró a su pelo. Ella protestó, pero Clarrie se puso a hacer cosquillas a la cría, que no tardó en dar gritos de alegría. George volvió y tendió a su madre una taza llena de

agua a rebosar. Tanto se parecía su sonrisa a la de su padre que Clarrie no pudo evitar sentir una punzada de lástima en el corazón.

—¡Qué chico tan listo! —lo alabó—. Esto es precisamente lo que necesita mamá. —Y alentó a Olive a beber.

—¿Ya no está mala mamá? —preguntó él esperanzado.

Clarrie vio las lágrimas que pugnaban por salir de los ojos hinchados y lívidos de su hermana.

—No, tesoro. Lo que está es triste porque papá se ha tenido que ir, pero la vamos a alegrar, ¿a que sí?

Él se encaramó en el lecho y ciñó el cuello de su madre con los brazos.

—No estés triste, mamá —le dijo con un sonoro beso.

Olive se tensó y Clarrie contuvo el aliento temiendo que fuese a apartarlo. Entonces, dejó escapar un sollozo enorme y rodeó a su pequeñín en un abrazo desesperado. Tenía el rostro tenso por la pena cuando clavó su mirada en la de su hermana.

—Clarrie, ¿cómo voy a salir de esta? —susurró.

Ella le colocó una mano en el hombro y le dio un apretón.

—Poquito a poco y un día tras otro. No existe otra manera.

Capítulo 35

1918

Con el apoyo constante de Clarrie y la confianza que le inspiraba, Olive logró reponerse e hizo cuanto pudo por llevar adelante la casa y la familia en ausencia de Jack. La mayor, consciente de la fragilidad de que adolecía el equilibrio emocional de su hermana, pasaba noches alternas en la casa de Lemington para echar una mano con las criaturas y calmar a Olive cuando la abrumaba el pánico.

Las autoridades ordenaron el racionamiento y las soldadas de Jack dieron la impresión de ir encogiendo a medida que avanzaba el año. Olive pasaba largas horas haciendo cola a fin de conseguir alimento, para lo cual dejaba a los niños en el salón de té al cuidado de su tía. El carácter despierto y amigable de los hermanos era motivo constante de diversión para el personal y Clarrie no podía menos de agradecer la facilidad con la que habían aceptado el trastorno que había sufrido su vida. Los adoraba.

Su cháchara continua brindaba una grata distracción frente a la angustia incesante de la escasez de suministros, los precios elevados y las malas noticias que llegaban del frente. Aquella primavera vino acompañada de una nueva ofensiva alemana en Flandes. La nación estaba harta de meses de privación, de hambre y de horas sin fin de trabajo extenuante en minas y fábricas, pero era el dolor del número ingente de caídos lo que llevaba al colmo la desesperación y la crispación de la ciudadanía. Todo el mundo conocía a alguien que había muerto en el campo de batalla o desaparecido en el mar. Y todos vivían acongojados por el miedo a recibir el crudo telegrama por el que informaba el Ministerio de Guerra de una nueva pérdida.

Olive se echaba a temblar literalmente cada vez que se detenía el cartero ante su puerta, dividida entre el deseo a recibir una carta de Jack y el temor de que el reparto incluyera la peor noticia de todas. Aun así, todo parecía indicar que tanto él como Will estaban subsistiendo en las trincheras con un alborozo estoico que contrastaba por demás con el estado de ánimo que reinaba en suelo nacional.

Si el salón de té había sido siempre un lugar de debate, aun a despecho de las restricciones que había impuesto el Gobierno respecto de las reuniones y la expresión de ideas discrepantes, en aquel momento el pueblo había empezado a criticar en público y sin miedo la gestión de la campaña bélica, desde la negativa del primer ministro a permitir que el presidente estadounidense Woodrow Wilson negociara la paz hasta el despilfarro de vidas humanas al que

se habían lanzado los generales del ejército. Se convocaron huelgas por las condiciones laborales que se daban en las fábricas y estallaron revueltas por el precio del pan. Todas estas cuestiones se discutían abiertamente en torno a las mesas de té del Herbert's Tea Rooms, por magro que pudiera ser el menú y por aguadas que estuviesen las infusiones.

—¿Para qué ha servido todo esto? —se preguntaban los parroquianos.

—Yo he oído que en Alemania también se han puesto en huelga.

—Pues yo tengo entendido que están muertos de hambre.

Otros musitaban tras mirar con recelo por encima del hombro:

—Puede ser que haya una revolución como las de Rusia.

A Clarrie, todas aquellas preocupaciones le parecían menores en comparación con la necesidad de mantener abierto el salón y ocupado al personal. Bertie, que había empezado pagándole un buen sueldo antes de abandonarla a su suerte, llevaba meses hostigándola para que ahorrase en cuanto le fuera posible. Ella, a la luz de lo que le había revelado Jack, sospechaba que estaba intentando sacar el mayor rendimiento posible al local para suplir con ello carencias en otros ámbitos. Sin embargo, Verity y él habían gastado siempre cantidades indecentes y, sin lugar a dudas, debían de estar molestos con el descenso del estilo de vida que había impuesto la guerra incluso a los ricos.

Nunca llegó a acercarse siquiera al salón de té: llevaba a cabo sus gestiones por mediación de cartas tan sucintas como intimidatorias que amenazaban a Clarrie con «consecuencias desafortunadas» en caso de que no recortara gastos. Desde enero les habían pagado tarde los sueldos, si bien Clarrie se había consolado pensando que Bertie tenía demasiada necesidad de aquel establecimiento como para dejar que se fuera a pique.

Sin embargo, llegó el mes de abril y Bertie dejó, sin más, de pagarle. Ella, alarmada, no dudó en acudir personalmente al bufete. Era la primera vez que lo pisaba desde la humillación sufrida tras la muerte de Herbert. Tampoco había vuelto a tener trato social alguno con él ni con Verity, quienes la habían hecho a un lado como quien extirpa un miembro afectado por el cáncer. El año anterior, a la muerte del padre de ella, Clarrie le había escrito una carta de condolencia que no había recibido respuesta alguna. De no ser porque echaba de menos a los mellizos, aquel rechazo le habría venido como anillo al dedo, pues no albergaba interés alguno en tener que encararse con Bertie ni en ser blanco de los comentarios mordaces de Verity. Aquello, sin embargo, constituía una emergencia.

Golpeó varias veces con los nudillos a la puerta descascarada antes de darse cuenta de que estaba cerrada con llave. Se asomó a la ventana y vio espantada que el despacho de la secretaria se hallaba huérfano de mobiliario y tenía el suelo desnudo. Dio un paso atrás, preguntándose por un instante si no se habría equivocado de edificio, pero enseguida identificó la aldaba con forma de delfín que había elegido Herbert, teñida ya de óxido verde por el abandono.

La acometió una gran inquietud. No le quedaba más remedio que plantarse en Jesmond y enfrentarse directamente a Bertie en su domicilio. A fin de ahorrarse el dinero del trayecto en tranvía, cruzó a pie el muelle de la ciudad para llegar al barrio elegante que habitaba el abogado. Aun así, tampoco aquella parte de la ciudad se había librado del desgaste de la guerra: en sus calles no había tráfico y las puertas y los marcos de las ventanas estaban perdiendo pintura.

Consternada, encontró la casa de Tankerville Terrace en silencio y cerrada a cal y canto. Cuando llamó a una casa vecina, la criada que fue a abrir no dudó en venirle con la comidilla:

—No los he visto por aquí desde las Navidades. Decían que no encontraban el servicio necesario para mantenerla abierta, pero, entre usted y yo —añadió arqueando las cejas—, he oído que están pasando apuros.

—¿Apuros? —preguntó Clarrie.

—Apuros económicos. El señor Raine, nuestro mayordomo, tiene amistad con el suyo o la tenía hasta que se fueron. El caso es que dice que perdieron mucho dinero por la guerra y no podían permitirse todos esos criados, sobre todo cuando no faltan sitios donde paguen mejor.

—Pero ¿y los clientes del señor Stock?

La mujer se encogió de hombros.

—De eso no sé nada.

—¿Y tiene idea de dónde han ido? —preguntó inquietándose.

—Al campo. A ver si recuerdo el nombre… Nosequé Towers —dijo arrugando la frente.

—¿Rokeham Towers?

—¡Eso! —exclamó.

Clarrie dejó escapar un gruñido de incredulidad. La criada la observó con gesto compasivo.

—Siento ser yo la que le dé la noticia, pero dudo mucho de que vaya a encontrar trabajo en casa de los Stock, porque está usted buscando trabajo, ¿verdad? —dijo, como temiendo de pronto haber pecado de indiscreta.

Ella se miró los zapatos desgastados y el abrigo remendado. Llevaba dos años compartiendo su ropa buena con el personal del salón de té y difícilmente podía culpar a aquella señora por confundirla con una criada en paro. Inclinando la cabeza, se limitó a decir:

—Gracias por su ayuda.

—Para eso estamos —respondió alegre la criada antes de observarla mientras se alejaba por la calle.

Aquella noche se sentó y escribió a la casa de Rokeham Towers para exigir a Bertie el pago de los salarios. Tres días después, recibió una escueta respuesta que la informó de que el señor Stock no podía permitirse ya desembolsar su sueldo ni el del personal y de que iba a poner en venta el salón de té.

—¡No puede hacer eso! —estalló ante Lexy.

—Pues eso es lo que está haciendo —gruñó la otra con un comedimiento muy poco habitual en ella—. Me sorprende que hayamos durado tanto. ¿A quién con dos dedos de frente se le va a ocurrir comprar un salón de té precisamente ahora?

De un modo u otro, Lexy consiguió agenciarse una botella de licor de destilación casera y Clarrie la encontró más tarde bebida y llorosa en el callejón de atrás. Olive, que había ido a recoger a los niños, la ayudó a llevarla al apartamento de arriba y a meterla en la cama sin montar un escándalo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber—. ¿Por qué dice Lexy que Bertie quiere vender el salón de té si el salón de té es tuyo? —La mirada afligida de Clarrie la sobresaltó—. Porque es tuyo, ¿verdad?

Clarrie negó con la cabeza tras un silencio prolongado.

—Siéntate, Olive, ya va siendo hora de que te lo explique.

Y así fue como la puso al corriente en pocas palabras de la traición de Bertie y de cómo le había arrebatado todo a excepción de sus efectos personales.

—Pero este salón de té —objetó perpleja Olive— es tu vida. No tiene ningún derecho.

Al ver que había perdido el color del rostro, Clarrie temió que fuera a sufrir uno de sus temblorosos accesos de miedo.

—Siento habértelo tenido que contar —le dijo.

Olive se puso en pie.

—No, soy yo la que debería sentirlo: no tendrías que haberte visto obligada a hacer frente a esto tú sola. Si yo hubiese sido una hermana de verdad, siquiera la mitad que tú…

—Tú has tenido tus propios problemas —murmuró Clarrie.

—No intentes justificarme —replicó ella sacudiendo la cabeza—. Te has pasado la vida protegiéndome y cuidándome y yo ni siquiera me he mostrado agradecida. —Su gesto se mostraba ahora atormentado—. A veces he llegado a odiarte por eso. Me moría de ganas de escapar de ti y de Summerhill, quería demostrarme que podía tomar las riendas de mi propia vida sin ti.

Clarrie se estremeció ante semejante franqueza, pero no dijo nada: habían sido demasiadas las veces que había respondido a los arranques de su hermana con palabras de consuelo destinadas a calmarla en lugar de limitarse a escucharla.

Olive se puso en pie y se envolvió el torso con los brazos.

—He estado tan inmersa en mis propias preocupaciones que nunca se me ha pasado por la cabeza que podías ser tú la que necesitara mi ayuda.

Las dos se sostuvieron la mirada hasta que Clarrie dijo con voz dulce:

—Yo no habría sido capaz de viajar hasta aquí desde la India ni de soportar aquel año terrible con la prima Lily sin ti. Tampoco me habría esforzado tanto por construir una vida nueva con los Stock si tú no hubieses estado conmigo. —Tendió los brazos sin saber bien cuál iba a ser la reacción de su hermana—. Tú eras la única persona a la que quería lo suficiente como para obligarme a seguir adelante. Sin ti, Olive, me habría rendido hace años.

La pequeña dejó escapar un sollozo y corrió hacia sus brazos para rodearla con fuerza con los suyos.

—Lo siento mucho —lloró—. Te quiero, Clarrie.

La mayor dejó fluir sus propias lágrimas mientras abrazaba aliviada a Olive. Sus diferencias y los celos del pasado se disolvieron junto con todo el daño que se habían hecho mientras se sostenían una a la otra y lloraban juntas. En el instante mismo en que creía estar perdiéndolo todo y sentía que su confianza se derrumbaba como un castillo de naipes, había vuelto a ella su hermana, como un rayo de sol que irrumpe en el cielo entre nubes de tormenta.

Fue Olive quien se apartó primero y, clavando en Clarrie una mirada resuelta, declaró con furia:

—Ese hombre no va a hacerte esto. ¡No se lo pienso consentir!

El espíritu combativo de la pequeña le infundió ánimos, por más que supiera que Olive no podía hacer nada frente a un Bertie resuelto a vengarse.

Las semanas siguientes se contaron entre las más tensas de la vida de Clarrie mientras luchaba por poner en marcha a sus camareras y mantener en funcionamiento el salón de té sin el dinero de Bertie. Cuando corrió la voz de que estaban a un paso de cerrar, fueron muchos los que

acudieron con donativos en forma de víveres o a ofrecerse a ayudar a cambio de nada. No pudo menos de emocionarse ante el desvelo y la fidelidad de sus clientes. Daniel Milner hizo cuanto pudo por prestarle dinero, aun cuando su propio negocio se encontraba al borde de la ruina. A fin de tener algo que ofrecer a sus compradores, el empresario se había visto reducido a vender pescado en lata y huevo en polvo que tenía que repartir en persona las más de las veces. A Clarrie no le hacía ninguna gracia sacar provecho de su generosidad por miedo a que Jack volviera de la guerra y se encontrase con que la firma en la que trabajaba ya no existía. Si es que acababa aquel conflicto y su cuñado regresaba con vida de él.

En consecuencia, pese a la liberalidad del prójimo, tuvo que empeñar las joyas que le había comprado Herbert para sostener el negocio. Llegado el mes de mayo, solo le quedaban la alianza y la piedra rosa que le había dado el *swami* al partir de la India. Estaba resuelta a no vender ninguna, pero, llegado el mes de junio, sin nadie que estuviera dispuesto a comprar ni dinero con que pagar los sueldos, tuvo que hacerlo.

Mientras se armaba de valor para entrar en una casa de empeño de la ciudad, sintió que le faltaba el aire por la rabia y la inquina al verse reducida a semejante estado por obra de Bertie. No lo había creído cuando él había aseverado que no podía pagarle, porque sabía que debía de tener acceso al dinero necesario a través de su esposa, ni le cabía duda de que con lo que gastaba Verity en una tarde de compras podía tener abierto el local un mes más. Aquella mañana, mientras se sacaba el anillo del dedo y desabrochaba la cadena de la que pendía la piedra del santón, sintió que enfermaba casi físicamente.

En el momento de dárselos al prestamista para recibir a cambio su dinero, frotó con los dedos por última vez el mineral rosado y liso del anacoreta y recordó a aquel anciano que se contentaba con vivir en una cabaña de hojas sin más bienes que una cazuela y una esterilla. Pensar en aquel hombre sabio y digno de ojos compasivos y sonrisa desdentada le infundió no poca calma. Como él, se convencería de que se le iban a conceder los medios necesarios para subsistir un día tras otro sin tener que preocuparse por nada que no fuera el momento presente.

Aquel mismo día le llegó una carta de Will que llevaba adjunto un cheque muy generoso. Clarrie apenas alcanzaba a dar crédito a lo que estaba viendo:

> ¿Por qué no me has dicho que te encontrabas en circunstancias tan difíciles? —la reprendía en su escrito—. Sabes que te habría ayudado encantado y que voy a tratar de hacerlo en la medida de lo posible. Dispongo de cierta suma de dinero de la herencia y Bertie sigue pagándome la asignación que me daba papá, pero ¿de qué me sirve aquí? Por favor, úsalo tú para mantener en funcionamiento el salón de té. Insisto. Estoy furioso con mi hermano por cómo te ha tratado y le he escrito para hacérselo saber. Cuando vuelva, pienso ponerlo todo en orden con él. Mientras tanto, estoy haciendo gestiones para comprarle el local y que tengas así asegurados el sustento y la vivienda. Un amigo mío está a punto de irse de permiso y le he encargado que haga en mi nombre los trámites necesarios para que pueda resolverse todo con más rapidez. Queridísima Clarrie, no puedo creer que hayas soportado sola toda esta

carga durante tanto tiempo. Prométeme, por favor, que nunca más volverás a ocultarme nada.

Clarrie tomó asiento y lloró de alivio. Lexy e Ina la encontraron en el almacén y creyeron que estaba tratando de asimilar una mala noticia hasta que ella se las compuso para revelarles la verdad.

—No sabéis lo que me consuela que lo sepa Will —dijo mientras lloraba y reía a un tiempo.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Ina.

Lexy y Clarrie se miraron y la primera sonrió.

—Solo ha podido ser —declaró— la señora Olive.

Aquella noche, al volver a Lemington, encontró a su hermana bañando a los niños en un barreño dispuesto frente al fuego. George no dejaba de chapotear ni de empapar con ello la alfombra y Jane lo imitaba dando grandes carcajadas.

—He recibido noticias de Will —anunció.

Olive levantó la mirada con aire sorprendido.

—¿Ah, sí?

Clarrie se arrodilló al lado del barreño.

—Vuestra mamá es una soplona —dijo salpicando agua a sus sobrinos—. ¡Una soplona entrometida y encantadora! —Se volvió y rodeó a su hermana con los brazos—. Will va a comprar el salón de té y es gracias a ti.

—¿Comprarlo? —exclamó ella anonadada—. Eso es mucho más de lo que yo me habría atrevido a desear.

—¡Pues así es! —rio Clarrie mientras rebuscaba la carta en el bolsillo de su falda.

Olive se la arrebató y leyó el contenido lanzando otro chillido de satisfacción.

—¿Lo ves? —le dijo con la mirada de quien acaba de ver confirmada su teoría—. Will opina lo mismo que yo: deberías ser menos orgullosa y compartir tus problemas.

—Conque orgullosa, ¿no? —preguntó la mayor con gesto burlón.

—Sí, orgullosa —corroboró Olive haciendo un mohín—. Te rebosa el orgullo.

Clarrie dejó escapar una carcajada mientras salpicaba agua con un dedo a su hermana, que ahogó un grito con fingida indignación.

—¡Mira lo que hago con tu carta! —dijo lanzándola tras ella para contraatacar con el agua.

Los niños las miraban boquiabiertos, encantados con aquel juego. La mayor volvió al ataque. Se oyeron risitas. De pronto, todos se habían puesto a mojarse entre gritos y carcajadas.

Cuando quedaron empapadas por completo, sacaron a los niños del barreño y los envolvieron en sendas toallas frente al hogar. Olive les leyó un cuento mientras Clarrie se puso a hacer té. Mirando por la ventana las deslumbrantes flores de color rosa del rododendro que tenía su hermana en cubas pintadas, sintió que el corazón se le henchía de gozo. Las voces que hacía Olive y las ingeniosas preguntas que formulaban los dos pequeños la llenaron de un nuevo optimismo. Quizá la bendición del *swami* seguía alcanzándola sin la piedra rosa.

A la mañana siguiente salió temprano para el salón de té, cargada de energía gracias al cheque de Will y los planes que había hecho. Tenía la intención de redecorar el local, con lo que darían trabajo a Jared y a otros de los clientes de mayor edad, plantar más patatas en el huerto

para el otoño y emprender un programa de ahorro para Navidad. Además, recuperaría la piedra del santón y su anillo de casada.

Era ya media tarde cuando irrumpió en el salón Olive con el cabello suelto y balbuciendo frases ininteligibles. Se derrumbó en brazos de su hermana, dando alaridos y con un telegrama arrugado en el puño.

—¡Desaparecido! —sollozó—. ¡Mi Jack ha desaparecido!

Capítulo 36

El coraje que acababa de descubrir Olive en su persona se diluyó ante la cruel incertidumbre de la suerte que había podido correr Jack. El oficial al mando de su unidad le ofreció al fin una relación algo más detallada de lo ocurrido. Había desaparecido durante una patrulla nocturna después de caer en una escaramuza. Ninguno de sus compañeros había regresado. Olive se vio sumida en un torbellino de preguntas sin resolver. ¿Estaba muerto o lo habían capturado? ¿Había sufrido heridas graves o estaba siendo víctima de un trato cruel?

Clarrie la veía atormentarse con dudas y con miedos sin poder hacer nada por mitigar su dolor. No había palabras que pudieran calmarla ni nadie, ni siquiera sus chiquillos, que fuese capaz de consolarla. Aunque ya antes estaba delgada, casi no probaba bocado. Tampoco lograba dormir, apenas le quedaban energías para subir las escaleras.

Una vez más, su hermana se echó a los hombros la responsabilidad de cuidar de Olive y su familia. Los críos se volvieron malhumorados y más difíciles de tratar. Se mostraban propensos al llanto o demasiado bulliciosos a la hora de jugar. Clarrie sufría por ellos al ver los mecanismos con que trataban de sobrellevar el silencio y el retraimiento de su madre, así como el cansancio de una tía en ocasiones irritable.

Lexy e Ina fueron de grandísima ayuda al entretener a los pequeños durante las largas semanas de las vacaciones escolares de George y bromear con Clarrie cuando la veían en exceso preocupada.

Por fortuna, el cambio de titularidad del local se produjo con rapidez y sin complicaciones. Bertie, como de costumbre, lo hizo todo a distancia. Supo por carta de la venta a los nuevos propietarios, una empresa llamada Stable Trading. Clarrie no pudo menos de sonreír ante la humorada de Will, que había combinado en el nombre el amor que compartían a los caballos («comercio de establos») con una referencia a la continuidad del negocio («comercio estable»). Le escribió unas efusivas líneas de agradecimiento en las que prometía trabajar con el doble de ahínco a fin de hacer provechosa su inversión. Sin más dilación, recuperó de la casa de empeños la alianza y la piedra del *swami*: todos necesitaban la buena suerte que pudiera traer.

A mediados de agosto, cuando se recibieron noticias de una colosal contraofensiva aliada, Olive supo que Jack estaba vivo.

—Lo han hecho prisionero de guerra —anunció a Clarrie con gesto tenso mientras le enseñaba una carta de la Cruz Roja.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella mientras iba a abrazarla.

Su hermana, sin embargo, no abandonó la postura rígida que había adoptado en la silla ni separó las manos que tenía entrelazadas sobre el regazo.

—Pues no sé qué tienes que agradecerle —contestó con amargura—. Yo sé que mi Jack no va a volver.

Así y todo, con el otoño llegaron las primeras muestras de optimismo en lo concerniente a la evolución de la guerra, que bien podía estar tocando a su final. Los periódicos recogían noticias relativas a los marinos alemanes amotinados y las manifestaciones que reclamaban el fin de las hostilidades. También dentro del país se habían dado movimientos destinados a acelerar la paz, que, aunque habían ido tomando impulso durante todo el año, no habían recibido demasiada atención por parte de la prensa. Clarrie había firmado hacía meses una petición de paz de las mujeres de cuya organización local se había encargado Florence, su vieja amiga de la cooperativa. Y en aquel momento parecía que el resto del continente estaba actuando en la misma línea. Los aliados habían ganado terreno en los últimos combates sangrientos de desgaste y corrían rumores de hambrunas y malestar en todo el centro de Europa.

A finales del mes de octubre, los rumores se habían tornado en clamor y Clarrie se permitió, por vez primera, abrigar la esperanza de que el fin del conflicto se hallara a la vuelta de la esquina.

—Lo más seguro es que tengamos aquí a Jack y a Will para Navidades —aseveraba sin descanso a Olive—, conque más te vale practicar otra vez tu sonrisa si no quieres que se te parta la cara de la emoción cuando llegue el momento.

El comentario, según pudo comprobar encantada, hizo que se arquearan los labios de Olive en aquel rostro ceniciento y demacrado, aunque lo cierto es que ni siquiera Clarrie se atrevía a creer del todo sus propias palabras. No obstante, a principios de noviembre todo el mundo hablaba de la posibilidad de un armisticio.

Armisticio que llegó de improviso el día 11. La noticia se extendió con una explosión de sonidos diferentes: las iglesias echaron las campanas al vuelo y por todo el río sonaron las sirenas. Los obreros soltaban sus herramientas y corrían a las calles para abrazarse, gritar y bailar entusiasmados. Por la noche iluminaron el cielo fuegos artificiales, mientras que en el suelo ardían con fuerza las hogueras en señal de celebración.

El personal del salón de té sirvió bebidas calientes gratuitas y Clarrie convenció a Olive para que sacara a George y a Jane a fin de que contemplaran el espectáculo. Todos se fueron a la cama agotados y dejaron las luces encendidas y las persianas abiertas en feliz señal de desafío. Habían sobrevivido.

Tres días más tarde, estando aún ebria la ciudad por la paz recién recuperada, entró corriendo al local un recadero con un telegrama. Clarrie sintió que le fallaban las rodillas cuando el muchacho pronunció su nombre casi sin resuello.

—No, por favor. ¡Ahora no! —exclamó.

Todos los presentes se volvieron para mirar con una mezcla de compasión y de alivio por no haber sido los destinatarios. Lexy salió corriendo a rescatarla y meterla en la cocina.

—Trae aquí —le ordenó—, que es peor no saber lo que dice. Lo rasgó para leerlo y, a continuación, abrió dos ojos como platos a la vez que soltaba una abrupta carcajada—: «Poned champán en hielo. Volvemos a casa. Con amor, Will».

—¿Qué? —exclamó Clarrie.

—Sí, es de Will, no del ejército —confirmó Lexy desternillándose.

Clarrie se sintió hasta mareada por la buena noticia.

—Con mucha suerte, podremos servirle té helado —comentó con una carcajada y, a renglón seguido, se puso a llorar.

—¡Muy bien! —la alentó Lexy mientras la acurrucaba—. Ya iba siendo hora de que te hartases de llorar.

A medida que transcurrían las semanas siguientes fue apagándose la euforia inicial. En lo material, la vida seguía siendo tan difícil como siempre, pues no desaparecieron el racionamiento ni las restricciones. La población estaba débil y desnutrida y eso propició que se propagase con una rapidez pasmosa cierta epidemia vírica particularmente dañina. La madre de Edna cayó enferma un martes y llegado el domingo ya estaba muerta. La escuela de George cerró dos semanas antes de las vacaciones de Navidad por haber quedado diezmado el número de profesores a causa de la gripe española.

George se resfrió y Jane volvió a verse aquejada de la tos sibilante de todos los inviernos. Los temores de Olive se centraron esta vez en el peligro de ver morir a sus hijos, a quienes, por consiguiente, se negó a dejar salir de la casa, envolvió en una capa de ropa tras otra y confinó en la cama pese a que no dejaban de quejarse de aburrimiento y de querer jugar en la calle.

Tanto Clarrie como ella aguardaron con impaciencia noticias del regreso de Jack y de Will, pero el periodo que siguió a la guerra fue por demás caótico. Los combatientes volvían a sus tierras de origen sin orden ni concierto y del continente llegaban noticias de cantidades ingentes de refugiados, puertos y estaciones atestadas y un número incontable de soldados que intentaban verse de nuevo en sus hogares.

El domingo anterior al día de Navidad, mientras ordenaba a Olive que la ayudase a atar una serie de serpentinas hechas a mano, Clarrie oyó levantarse el pasador de la verja trasera. Asomándose a la ventana vio entrar en el patio a un hombre vestido con un traje barato y desproporcionado y un sombrero grande. Se detuvo como quien no tiene claro si ha dado con la dirección correcta. Pasó un instante mirando a su alrededor antes de descubrirse y rascarse la cabeza rapada.

—Olive —la llamó Clarrie con voz ronca—. ¡Olive!

Su hermana levantó la vista.

—Ve a la puerta —la instó la mayor—. Ve a abrir la puerta, que han venido a verte.

Vio que a Olive le cambiaba la expresión y se le iluminaban los ojos con gesto entre expectante y temeroso. Clarrie inclinó la cabeza sonriente con un nudo en la garganta. Olive corrió tambaleante hacia la puerta y la abrió con sus manos delgadas. Su hermana observó la llegada al patio y no pasó por alto que se habría desplomado si Jack no llega a tender los brazos para sostenerla. El rostro sin afeitar de él se mostró perplejo hasta que la reconoció. Su mujer había cambiado más que él en los dieciocho meses que habían estado separados.

—¿Olive? —preguntó él.

—Jack —gimió ella tocándole la cara con aire incrédulo.

Cuando se recorrieron los cuerpos con los brazos, Clarrie apartó la mirada con cierta punzada de envidia. Aun así, agradecía que Jack hubiera vuelto sano y salvo, porque su hermana no habría aguantado mucho más: estaba extenuada tanto física como mentalmente y él era el único

que podía devolverla a la vida. Parpadeando para contener las lágrimas, subió corriendo para preparar a George y a Jane para recibir a su padre.

Al día siguiente se mudó de manera permanente al apartamento de encima del salón de té, a pesar de que tanto Jack como Olive le habían pedido que se quedase con ellos. Aun así, Clarrie no pasó por alto las ganas que tenían de estar solos y sabía que podía dejar en manos de él el cuidado de su hermana.

—No sabes lo que te agradezco que le hayas echado una mano con los niños a Olive —dijo él—. Sé que no ha sido fácil —añadió compungido—. Me ha contado todo lo del salón de té y la jugada que te hizo Bertie Stock. Lo siento mucho, Clarrie. Si en algún momento podemos devolverte el favor, solo tienes que pedirlo.

La mayor se fue prometiendo volver y visitarlos el día de Navidad. Lexy, Dolly e Ina celebraron con entusiasmo el regreso de Jack. Ella, en cambio, no ocultó la inquietud que le causaba el no haber sabido nada de Will ni de cuándo lo licenciarían. Había pasado ya mucho más de un mes desde la fecha de envío del telegrama.

—Lo más seguro es que haya ido de fiesta a París —bromeó Lexy.

—Seguro que el día menos pensado se presenta silbando en el salón de té —dijo Ina.

—Sí —convino Dolly—, no te preocupes: Will es como la falsa moneda, que siempre vuelve aunque no la quieras. Ya mismo lo tenemos buscando comida en la cocina y preguntando cuándo es la hora del té.

Y así siguieron, hablando de él y riéndose a su costa, hasta que Clarrie se sintió más tranquila y llegó a la conclusión de que solo tenía que ser más paciente.

Dos días antes de Navidad, estaba ayudando a Jared a recoger nabos en el huerto del establecimiento cuando aparecieron Lexy e Ina, echando vaho por la boca a medida que se acercaban. No reparó en su expresión crispada hasta que las tuvo al lado.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Qué ha pasado?

Se colocaron a izquierda y derecha de Clarrie. Ina sostenía con fuerza el periódico local, que temblaba en sus manos. La vio tragar saliva, como si quisiera hablar y no fuese capaz.

Lexy exclamó:

—¡No tiene ningún sentido! —Su voz sonaba a un tiempo desconcertada y furiosa.

—¿Qué? —preguntó Clarrie casi sin voz.

—Anuncian una misa de difuntos —la informó Lexy—, pero han tenido que equivocarse.

Ina le tendió el diario doblado y señaló un aviso breve. Con el miedo atenazándole las entrañas, Clarrie lo tomó y empezó a leer:

> **El viernes, 27 de diciembre, a las dos de la tarde, se ofrecerán en la capilla lateral de la catedral de San Nicolás las honras fúnebres del capitán William Henry Stock, hijo menor del difunto señor Herbert Stock, abogado, que falleció trágicamente a causa de una septicemia el pasado 9 de diciembre y está enterrado cerca de Albert, municipio del norte de Francia. El señor Bertram Stock y su esposa ruegan que solo asistan a la ceremonia los familiares y amigos del finado.**

Las palabras parecían bailar ante los ojos de Clarrie. ¿Will, muerto? ¡Imposible! Si había sobrevivido a la guerra… ¿Cómo era posible que hubiese fallecido por una infección en la sangre después de las hostilidades? Se habían equivocado. ¡No estaba dispuesta a aceptarlo!

—No —dijo sin aire mientras meneaba la cabeza—. ¡No, no, no! —Volvió a leer la esquela y hubo de reconocer que solo podía estar hablando de Will. De su Will. No había otro. Llevaba muerto dos semanas y ella no lo había sabido. Nadie se lo había dicho. ¿Cuánto haría que habían recibido Bertie y Verity la terrible noticia? El corazón le latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Las piernas se le volvieron de pronto demasiado débiles como para tenerla en pie. Lexy e Ina la asieron de los brazos para sostenerla erguida y Jared volcó el cubo que llevaba en la mano y corrió a ayudarla a sentarse.

—¿Por qué no me lo han dicho? —logró decir—. No tenían que haber dejado que me enterase de este modo. —Agitó el periódico—. ¿Por qué han permitido que me entere así?

—¡Porque son un par de demonios egoístas y perversos! —gritó Lexy.

—Pobre señor Will —añadió Ina entre llantos—. Un muchacho tan bueno, tan cariñoso…

La inmensidad de aquella desgracia fue a golpear a Clarrie como una ola gigante. Se dobló hacia delante con las manos como garras en el estómago para tratar de contener el dolor, pero no pudo evitar arrojarlo de sus entrañas convertido en un gemido agudo.

—¡Will! ¡Will! —exclamó sollozante—. ¡Cariño! ¡Mi niño!

Se balanceó angustiada en el aire húmedo y helado mientras sus amigas trataban de reconfortarla con brazos amorosos.

Capítulo 37

Clarrie no pudo esperar a las honras fúnebres para enfrentarse a Bertie y descubrir qué le había ocurrido a Will. Tampoco podía comer ni dormir. Ni siquiera le cabía en la cabeza la posibilidad de celebrar las fiestas. La decoración, el entusiasmo que inundaba las caras de los chiquillos, las bandas de metales que interpretaban villancicos en la calle…, todo la movía al llanto al evocar recuerdos dolorosos del Will joven y afectuoso que le enseñó su nacimiento durante su primera Navidad en Inglaterra. Ansiaba tener algo suyo, algo tangible a lo que aferrarse y con lo que rememorarlo.

Lexy quiso ir con ella a ver a Bertie, pero Clarrie insistió en que era mejor que se quedara a cargo del salón de té. Fue, por lo tanto, Olive quien ofreció a Jack para acompañar a su hermana en aquella terrible experiencia.

—No pienso dejar que te enfrentes sola a ese hombre —dijo con lágrimas en los ojos—. Jack no le dejará pasar ni una.

Sin embargo, encontraron la casa de Tankerville aún cerrada y, cuando preguntaron en el domicilio vecino, no dieron con la criada locuaz de la otra vez ni con nadie que pudiera saber cuándo volvían los Stock.

—Deben de estar viviendo todavía en la casa de campo de Rokeham —concluyó.

Deseaba plantarse allí de inmediato, salvar a pie, si era necesario, la distancia que los separaba de allí, pero no se atrevió a proponerlo: el calvario que había conocido Jack en su cautiverio había hecho mella en su fortaleza y se cansaba con facilidad. No podía arriesgarse a minar más su salud cuando lo que necesitaba era recobrar cuanto antes el vigor perdido para volver a incorporarse a su antiguo puesto en la empresa de té.

—¿Y si vamos a Summerhill? —propuso él—. Quien esté viviendo allí ahora debe de saber algo.

Ella se avino resignada, pero a continuación tuvo una idea. Antes de dejar Jesmond iría a buscar a Johnny Watson. Lo último que sabía de él por Will era que había concluido sus estudios de Medicina y estaba sirviendo en un hospital militar de Edimburgo. Sin embargo, cabía la posibilidad de que hubiera ido a visitar a los suyos por Navidad. Cuando vio a Johnny en la puerta, le costó creer que hubiera tenido tanta suerte.

—¡Oh, Johnny! —lloró.

Él tomó enseguida las manos de ella entre las propias y dijo:

—Lo sé, me lo dijeron. Es horrible, ¡horrible!

La invitó a pasar y, en la quietud de la sala de estar de sus padres, le preguntó qué sabía. Ella movió la cabeza a un lado y a otro.

—Lo que he leído en el periódico solamente —le dijo con gesto desolado.

—Bertie Stock ni siquiera se molestó en decírselo en persona —explicó Jack, casi sin resuello por la indignación—. Nunca la ha tratado como a un miembro más de la familia. Una vergüenza.

Johnny se mostró afligido.

—Dime qué puedo hacer por ti, Clarrie.

Ella lo miró agradecida, pero negó con la cabeza.

—Con que me acompañes a la ceremonia tendré suficiente.

Salió de allí con el corazón un tanto menos dolorido por haber visto al viejo amigo de Will, lo que la hizo sentirse más cerca del hijastro que había perdido. Aun así, Navidad y San Esteban pasaron sin que apenas pudiera recordar nada de ellos. Estaba entumecida, como envuelta en una manta gruesa que la distanciase del mundo. Era consciente de que estaban con ella Lexy e Ina (pues a Dolly, desconsolada, la enviaron a casa con su familia), pero no llegó a hacerse cargo de lo que le decían. Jared le hizo sopa de guisantes y Olive y Jack le llevaron a los niños para que se distrajera un rato y lo cierto es que George y Jane fueron los únicos que lograron atravesar su escudo.

—¿Por qué estás triste, tía Clarrie? —preguntó la pequeña mirándola con curiosidad.

—Porque el tío Will se ha ido al cielo —le respondió George—. Toma. Te lo hemos hecho nosotros.

El niño le tendió un ingenioso dibujo hecho de flores secas y recortes de tela que representaba a una mujer alta cabalgando entre los árboles a lomos de una montura diminuta.

—Esta eres tú, tía Clarrie —le explicó George—. Sé que no tienes caballo, pero como mamá dice que te gustan mucho…

—Yo también quiero un caballo —dijo Jane—. Quiero ser como tú.

Ella, abrumada, los abrazó y miró agradecida a Olive.

—Tía Clarrie, estás llorando otra vez —exclamó Jane—. ¿No te gusta?

—Me encanta —aseveró con voz ronca y lágrimas en las mejillas—. Gracias.

Durante las honras fúnebres estuvo bien acompañada, pues, además de Olive y Jack, acudieron Lexy, Ina, Dolly, Edna y Jared, del salón de té, y Johnny con sus padres. Rachel había leído la noticia en South Shields y había ido también a presentar sus respetos. Las dos amigas se abrazaron emocionadas. Todos se sentaron juntos en la poblada capilla lateral, en tanto que Bertie, Verity y Clive, el hermano de esta, ocuparon un banco del lado opuesto y apenas inclinaron la cabeza en señal de saludo. Entre las docenas de dolientes había soldados de uniforme pertenecientes al regimiento de Will.

A Clarrie se le pasó por la cabeza que tal vez hiciese acto de presencia Wesley. Will lo había nombrado en alguna de sus primeras cartas, aunque solo hasta la primavera, así que pensó que lo más seguro era que lo hubiesen destinado a otra parte y se encontrara en aquel instante en Londres, a salvo y con su mujer.

Se arrodilló y cerró los ojos haciendo lo posible por representarse en la imaginación el rostro joven y sonriente de Will, pero no acudió a su mente. Empezó la ceremonia. Tan grande era el dolor que le atenazaba la garganta que no fue capaz de cantar el primer himno. A este siguieron

las oraciones, cuyas adustas palabras resonaron en la capilla de piedra. A continuación se sentaron para oír el panegírico. En ese momento se tensó al ver al hombre uniformado que avanzaba desde el fondo de la capilla.

Se volvió para mirar a los asistentes y el corazón de Clarrie dio un brinco al ver a Wesley. Tenía el cabello rapado y el rostro más magro que antaño, pero sus ojos no habían perdido un ápice de su vitalidad. Brillaron de emoción, casi con ferocidad, cuando los paseó entre todos los presentes. A Clarrie se le aceleró el pulso cuando empezó a hablar.

—Antes de la guerra, yo casi no conocía a Will Stock. Para mí no era más que el hermano pequeño de Bertie: tímido, aficionado a la música, poco atlético, amigable pero quizá demasiado cortés para destacar, siempre a la sombra de su hermano mayor. A mi ver, le faltaba resolución para triunfar en la vida. No albergaba ambición alguna de formar parte del bufete familiar y parecía conformarse con ser maestro de escuela. —Sonrió con gesto arrepentido—. Tengo que reconocer que se me cayó el alma a los pies cuando descubrí que los dos íbamos a ser oficiales en la misma compañía. Supuse que yo, como hombre de mundo que lo superaba en edad, tendría que erigirme en su paladín y protector. ¡Qué equivocado estaba!

Acto seguido habló del coraje de Will, la amabilidad con que trataba a los camaradas asustados y su irrefrenable buen humor.

—Casi nunca callaba —prosiguió con una sonrisa traviesa—. Si no estaba charlando de críquet, caballos o música, se dedicaba a silbar y a cantar, sin dejarse arredrar por la falta de instrumento. Era capaz de imitar el sonido de toda una banda de metales o una orquesta y levantarle la moral al más abatido de los hombres. Jamás lo oí quejarse de otros ni criticarlos. Yo era el que perdía los estribos con los soldados y se dejaba deprimir por las condiciones a las que nos enfrentábamos, yo era el que renegaba de nuestra suerte. Él, el que escuchaba y comprendía a los otros para luego sacarme a mí de mi decaimiento.

Se detuvo y Clarrie vio que se le tensaba la mandíbula.

—Era mucho más sabio de lo que podía parecer por su edad. Demostraba más sentido común y más sensibilidad para con los otros que muchos de los que lo superábamos en edad. Sin embargo, conservaba un espíritu infantil, un optimismo y una confianza en la bondad del prójimo aleccionadores. Cuando alguien le preguntaba cómo podía conservar su jovialidad en medio del infierno de la guerra, Will decía siempre: «Pienso en mi hogar y en la gente a la que quiero. Ahí es donde se encuentra el mundo real y no en esta locura. Ellos son el ancla a la que me aferro».

Wesley recorrió con la vista a los congregados y sus ojos se encontraron un instante con los de Clarrie.

—A Will lo sostenían los recuerdos de su queridísima Newcastle y las colinas septentrionales por las que gustaba cabalgar. Sin embargo, si supo seguir adelante fue, sobre todo, porque se sabía querido por muchos, por su familia y sus amigos. —Vaciló. Sus ojos refulgían a la luz tenue de la capilla—. Will era un hombre grande. Habría sido un profesor de música excelente. Sin él, el mundo es un lugar peor y más tedioso. Yo me considero privilegiado por haberlo conocido, por haber servido a su lado y haber gozado de su generosa amistad.

Humilló la cabeza. Clarrie sintió un sollozo que pugnaba por salir desde tan hondo que casi la estaba ahogando. Las lágrimas corrieron en silencio por sus mejillas. La había sorprendido el elogio de Wesley, tan franco y, sin embargo, tan tierno. Había sabido capturar el espíritu de su amigo y, con ello, había hecho presente en aquel templo al Will que había conocido ella.

Cuando pasó a su lado, lo miró con agradecimiento. Él clavó en ella la mirada arrugando el entrecejo, tras lo cual la saludó con una breve inclinación de cabeza y siguió caminando.

Tras aquello, Clarrie sintió el consuelo de la música. ¡Cómo la habría disfrutado Will! Acabada la ceremonia, los aguardaba fuera una lluvia gélida. Al ver que Bertie y Verity caminaban directamente hacia un coche, sin intención alguna de hablar con ella, no dudó en correr tras ellos.

—Bertie, por favor —gritó aferrándose a la manga de su abrigo—, necesito hablar contigo.

Él apartó el brazo para zafarse.

—No tengo nada que decir.

—¿Por qué no me dijiste nada de Will? —exigió saber.

—Porque no tengo ninguna obligación para contigo —respondió él con desdén.

—Date prisa, Bertie —apremió Verity con impaciencia—, que está entrando el agua.

Clarrie se asió a la puerta.

—Sus pertenencias —dijo—. Sé que te las harán llegar a ti. ¿Puedo quedarme con algo que fuera suyo? Solo quiero un recuerdo, cualquier cosa: una pluma, un libro de poesía…

—Las posesiones de Will pasarán a mi hijo, Vernon, sobrino suyo y familia carnal —remachó con frialdad—. Y, ahora, por favor, déjanos llorar en paz a mi hermano.

Cerró de un portazo y el coche se perdió entre el tráfico. Ella permaneció de pie, temblando y observándolo con dolida incredulidad. Lexy y Johnny se acercaron corriendo a ella. Él la tapó con el paraguas y le rodeó los hombros con el brazo para protegerla.

—Olvídalos —le dijo Lexy—. ¡Y vámonos a casa, que estás chorreando! —E invitó a Johnny y a sus padres a tomar un refrigerio en el salón de té.

Cuando se dirigían a la parada del tranvía, Clarrie vio a Wesley destacarse del grupo de hombres uniformados que se habían reunido a fumar para acercarse a ella. La lluvia le caía por el rostro hasta el cuello de la chaqueta, que llevaba vuelto. La miró cauteloso con el ceño fruncido.

—Siento mucho lo de Will.

Ella inclinó la cabeza.

—Gracias por lo que ha dicho de él. Ha sido un gran consuelo.

—Lo he hecho encantado. —Wesley vaciló antes de preguntar—: ¿Cómo está?

Deseaba decir que la muerte de Will le había provocado el mismo dolor que si le hubieran arrancado las entrañas, que no alcanzaba siquiera a imaginar cómo iba a poder afrontar los días siguientes sin él, que estaba exhausta por completo y muy cansada de la guerra.

—Me voy reponiendo —aseveró en cambio—. Tengo buenos amigos.

—Ya lo veo. —Miró a Johnny, que la resguardaba de la lluvia con el paraguas.

Clarrie los fue presentando a todos.

—¿Quiere venir al salón de té? —preguntó a continuación, pues había sentido de pronto la necesidad de tenerlo a su lado para formularle las numerosas preguntas que tenía sobre Will y que él podía estar en condiciones de responder.

Él sonrió con pesar.

—Me temo que no puedo: tengo que tomar un tren de aquí a media hora.

—¿Regresa a Londres?

—Sí. Tengo que estar mañana de vuelta en la Bolsa de Mincing Lane. Parece mentira que la vida pueda volver a ser como antes de la guerra.

A ella se le revolvieron las entrañas.

—Es imposible que vuelva a ser como antes —repuso en voz queda.

—No, imagino que no.

Se sostuvieron la mirada.

—¿Estaba usted con Will… en sus últimos momentos? —se obligó a preguntar Clarrie.

La expresión de él se oscureció mientras meneaba la cabeza.

—Yo estaba de permiso, descansando en la retaguardia. Él murió en el hospital de campaña.

—¿Cómo ocurrió? Me refiero a la septicemia…

Él clavó en ella la mirada.

—¿No lo sabe?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No me han contado nada —dijo con amargura y, al ver la compasión que asomaba a los ojos de él, se arrepintió de haber hablado.

—Will se cortó la pierna con una alambrada. No se lo dijo a nadie, porque no era precisamente propenso a quejarse. Se le infectó. No había más remedio que amputársela, pero murió antes de que pudiesen operarlo.

Ella dejó escapar un gruñido al sentir un mareo repentino. Johnny la tomó del talle para sostenerla en pie.

—Vamos, Clarrie, tienes que sentarte —le dijo—. Yo me encargo de pagar el coche.

Wesley bajó la cabeza brevemente y se despidió educadamente antes de volver con sus camaradas. Clarrie, apoyada en Johnny y Lexy, dejó que sus amigos la llevasen.

Capítulo 38

1919

El Herbert’s Tea Rooms fue una verdadera tabla de salvamento para Clarrie durante los meses siguientes. A lo sumo, se permitía hacer planes para una semana. Programaba sus días en torno a las necesidades del salón de té, al que fue sacando poco a poco de la precaria situación en que había quedado durante la guerra. Olive, que estaba redescubriendo su amor por la pintura, ayudó a redecorarlo con un diseño egipcio más moderno.

A golpe de horas de trabajo y de una determinación terca, el negocio de reparto de té de Milner también sobrevivió a las hostilidades y, de hecho, comenzó a remontar vuelo con la ayuda de Jack. Clarrie recibió unas condiciones crediticias muy generosas y pronto estuvo en situación de ofrecer de nuevo tés de calidad. Por suerte, la Stable Trading le permitió seguir dirigiendo el negocio como lo considerase más oportuno a pesar de la muerte de Will. Sus ejecutivos mantuvieron el alquiler a un precio muy conveniente para ella y no intervinieron en sus gestiones: lo único que requerían de ella eran los detalles contables a final de mes, que ella remitía a una dirección de North Shields. Will, al parecer, había blindado la empresa para que Bertie no pudiera entrometerse, porque, en caso contrario, aquel ser avaricioso habría vuelto a poner en venta el local sin decirle nada.

Los rumores sobre las dificultades que atravesaba Bertie eran muchos. Sarah, la hermana de Lexy, que había trabajado en el pasado para Verity, oyó que se había puesto a la venta la casa de Tankerville. Summerhill había cambiado de manos. Ya en febrero, Jared había leído en el periódico que se había subastado. En el salón de té había quien afirmaba que Bertie había discutido con Clive Landsdowne por un asunto de inversiones y que los Stock ya no tenían abiertas las puertas de Rokeham Towers. Dolly había oído que Bertie y Verity habían vuelto a la ciudad y vivían en una casita adosada de South Gosforth con una sola criada para todas las labores. Clarrie podía suponer la angustia que debía suponer esta limitación para Verity. Con todo, había muchas gentes acaudaladas que habían perdido mucho más, pues el valor de las acciones y participaciones apenas alcanzaba una fracción de lo que había sido antes de la guerra.

Clarrie estaba resuelta a salvar la empresa y habría trabajado hasta caer rendida si Lexy no la hubiera obligado a tomarse un descanso. Llegado el verano habían vuelto a abrir el anexo de abajo en calidad de salas de reuniones y el establecimiento estaba cobrando de nuevo su reputación de local refinado pero asequible y hogar de debates radicales.

Con todo, era precisamente cuando estaba cerrado el local cuando más le costaba convivir con el duelo. De hecho, pasó más de una noche en vela, sin poder dormir pese al cansancio, llorando a Will y preguntándose qué le depararía el futuro. Olive y Jack seguían criando felices a sus hijos; Ina había empezado a hablar de retirarse para mudarse con su hijo, afincado en Cullercoats. Jared sorprendió a todos cuando empezó a cortejar a Lexy, a quien llevaba al cine los miércoles por la tarde, pero mayor fue la sorpresa al comprobar que Lexy alentaba aquellas atenciones suyas.

—Es muy amable conmigo —dijo a Clarrie— y yo los prefiero, mil veces antes, cariñosos a guapos.

Ella se alegraba por todos, aunque no por ello dejaba de inquietarse y de preguntarse si dirigir el salón de té era lo que le había tocado en suerte a ella para siempre. En tal caso, ¿llegaría algún momento en que no le parecería suficiente? A sus treinta y tres años, era una mujer viuda y sin hijos que vivía en un país que, sin ser el suyo de nacimiento, había acabado por amar.

Olive, consciente de aquella insatisfacción vital de su hermana, hizo por integrarla en la vida familiar y no dejaba de invitarla a su casa. Un domingo en el que estaban todos juntos, se dirigió a Jack diciendo:

—Cuéntale a Clarrie lo que te ha pedido el señor Milner.

—El jefe quiere saber si puedes echarle una mano con los caballos.

—¿Con los caballos? —preguntó ella.

—Sí, los que ya no están para trabajar. Tiene tres o cuatro de los que usó el Gobierno en la guerra que son muy viejos para tirar de un carro. El señor Milner no se ve con valor de llevarlos a que los sacrifiquen y los tiene en una granja cerca de Wylam.

—Como un hogar para ponis jubilados —apostilló Olive.

Clarrie sonrió.

—¡El señor Milner, siempre tan atento! No me digas que también lleva allí a las encargadas de salones de té que ya no pueden con su cuerpo.

Jack arqueó los labios.

—Se preguntaba si podrías hacerle el favor de ir allí de vez en cuando y sacarlos a dar una vuelta.

Aquella propuesta le pareció más interesante.

—Por supuesto.

En adelante, acudió una vez a la semana a los establos de Wylam para ayudar a almohazar a aquellos animales y a ejercitarlos. Eran ejemplares bajos y fornidos, pero muy dóciles y, si bien nunca se alejaba mucho con ellos ni los ponía sino al paso o, a lo sumo, al trote, acabó por desear que llegara el lunes para estar con ellos. Daniel Milner había llegado a un acuerdo con el propietario de aquel lugar para que guardara sus caballos viejos con media docena de purasangres.

—Se han pasado la vida deslomándose —explicó a Clarrie con aire jovial—, ¿por qué no iban a disfrutar a la vejez de un poco de aire fresco?

Uno de los primeros lunes de septiembre, cuando se preparaba para ir a Wylam, subió corriendo Edna a llamarla.

—Abajo hay un joven que pregunta por ti —le dijo sin resuello.

Clarrie dejó escapar un bufido de impaciencia, porque no quería retrasarse.

—En realidad pregunta por Clarissa Belhaven, pero nosotras somos muy listas y hemos atado cabos enseguida.

—¿Ah, sí? —Se volvió sorprendida. Hacía años que no la llamaban así—. ¿Y quién es?

Edna vaciló.

—Parece extranjero y es guapo. —Sonrió—. Tenéis cierto aire.

—¿A mí?

—Sí, tiene aspecto de indio. —Tiró de ella hacia la puerta—. Venga, no hagas esperar a un muchacho apuesto.

Intrigada, apretó el paso tras la impaciente Edna. Sentado a una de las mesas de delante de las ventanas, bebía té un indio joven de rostro amplio y cabello negro bien peinado que vestía un traje económico de sarga azul. Tan pronto la vio, se puso en pie para saludarla con una sonrisa de oreja a oreja. Había algo que le resultaba extrañamente familiar, pero no lograba identificarlo. De lo que estaba segura era de que no lo había visto antes.

Él le estrechó la mano con una inclinación de cortesía.

—Soy Arif Kalpar y vengo de Bengala. Encantado de conocerla.

—Dígame, señor Kalpar —sonrió ella—, ¿en qué puedo serle de ayuda?

—Le traigo recuerdos de mi tío abuelo Kamal —le explicó.

El corazón le dio un vuelco.

—¡Kamal! —exclamó—. ¡No me digas que eres sobrino nieto de Kamal!

—Sí. Siempre me está hablando de ustedes. Desde pequeño, el tío Kamal me contaba historias de Belhaven *sahib* y de cómo vivía en Assam.

Clarrie se aferró a la mano de él como si quisiera estar segura de que no se trataba de un sueño.

—Dime, ¿vive aún Kamal?

Arif asintió con la cabeza a la manera india.

—Sí, sigue vivo. Está ciego, pero tiene la mente despierta y no deja de contar historias.

Clarrie se sintió abrumada. Los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que llevarse las manos a la boca para evitar echarse a llorar. Su gesto alarmó al joven.

—Siento haberla disgustado.

—No, no, ni mucho menos —corrió a tranquilizarlo—. Lo que pasa es que me ha sorprendido después de tanto tiempo. Pensaba que no volvería a tener noticias suyas.

Lo invitó a tomar asiento y retiró la silla que tenía frente a él.

—¿Sabes si le llegaron mis cartas? Le estuve escribiendo los dos primeros años. ¿Cómo está? ¿Es feliz? ¿Ha vuelto alguna vez a Assam? ¿Sabe algo de Ama y su familia? Cuéntame cómo es la tuya. ¡Cuéntamelo todo!

Arif se echó a reír e hizo lo posible por responder las preguntas que salían en tromba de la boca de Clarrie como un río desbordado. Kamal era feliz y gozaba de un gran respeto en su pueblo por su sabiduría y por el conocimiento que tenía del mundo que se extendía tras los confines de la aldea. Le había gustado salir al campo a lomos de Príncipe hasta que empeoró su vista y murió el poni. No creía que hubiera vuelto alguna vez a Belguri o supiera algo de Ama, pero había guardado las cartas de Clarrie y, cuando él había sentado plaza en el ejército indio y lo habían destinado en Francia, su tío abuelo lo había instado a buscar a las hermanas Belhaven en caso de llegar a Inglaterra.

—«Pregunta en Newcastle», me dijo. Seguro que la señorita Clarissa trabaja en algo relacionado con el té. —Sonrió—. Me han bastado dos días para encontrarla.

A Clarrie se le llenaron los ojos de lágrimas mientras le sonreía.

—¿Sigues en el ejército?

Arif negó con la cabeza.

—Voy a volver a la India para estudiar Ciencias. El tío Kamal es quien me va a pagar la matrícula. Quiero trabajar en el servicio forestal y él dice que si me gustan los árboles es por las historias que me cuenta de Belguri y los montes de Jasia.

Clarrie se emocionó al oírle pronunciar aquellos nombres que tan bien conocía. Sintió una nostalgia agridulce de su antiguo hogar y cierta envidia de la premura con que regresaba él a la India. Reconoció la añoranza que asomaba a los ojos del muchacho.

Los suyos también brillaron cuando aseveró:

—Ojalá pudiera irme contigo.

Canceló su excursión a los establos para llevar a Arif a que viera a Olive. Su hermana también se quedó de piedra, aunque no se emocionó tanto por su aspecto físico, ya que ella recordaba Belguri como un lugar de infancia lejano y difuso cuyos detalles le costaba evocar. A Clarrie le llamó muchísimo la atención cómo se había adaptado a la vida de Tyneside. Su hogar estaba ahora allí y no sentía ningún anhelo de viajar ni regresar a la India.

Arif se quedó unos días, durante los cuales se alojó en el local contiguo hasta que le llegó el momento de marchar. Iba a viajar a Londres a bordo de un carguero y después tomaría un vapor. Clarrie lo acompañó al muelle y lo dejó en el barco con una carta para Kamal y varias muestras de té de la Tyneside Tea Company.

—Ya sé que es como llevar carbón a Newcastle, pero es que a tu tío abuelo le encanta el té. Dile que estos son mis favoritos y haz que intente adivinar las mezclas antes de revelarle cuál es cada una —le pidió en tono burlón. Entonces le estrechó la mano con cariño—. Y dile que me acuerdo muchísimo de él.

Los días que siguieron resultaron inquietantes. Arif había removido su pasado y despertado su natural inquieto. Andaba distraída en el trabajo, tanto que Lexy le llegó a decir:

—¡Por Dios bendito, muchacha! Que tienes la cara como si te hubiesen lanzado un balde de estiércol. ¡Me vas a espantar a los clientes! Tómate el día libre y ve a los establos a contarles tus penas a los caballos.

Aunque era viernes y el salón de té estaba de bote en bote, Clarrie dejó que Lexy la despachara. Mientras el tren remontaba el río en dirección a Wylam, se fue sintiendo mejor a medida que los astilleros y las fábricas daban paso a los bosques y el sol refulgía en las primeras hojas amarillas.

El mozo de cuadra la saludó sorprendido.

—No la esperaba hoy —dijo nervioso.

—¿He hecho mal?

—¡No, qué va! Es solo que hoy viene de visita el dueño de las tierras.

—Prometo no molestar. Solo voy a llevarme a Florrie al monte una hora.

Entró en la penumbra de los establos y se fue directa al compartimento de Florrie. El animal

relinchó al reconocerla y ella le rodeó el cuello con las manos y hundió la cara en el calor de su piel. Aquel olor, mezclado con el del heno, era para ella uno de los más reconfortantes del mundo. Al recordar que Kamal había seguido montando a su querido Príncipe hasta la muerte del poni, se puso a llorar.

Algo, un ruido o un movimiento, le anunció de pronto que no estaba sola. En el otro extremo de los establos había alguien examinando a una de las yeguas purasangre. Era demasiado alto para ser uno de los mozos. Se detuvo a observarla y fue hacia ella. Clarrie corrió a secarse las lágrimas. Solo cuando lo tenía casi delante paró mientes en quién era. Lo miró boquiabierta sin creer lo que veían sus ojos: quien la miraba no era otro que Wesley, ataviado con calzones y chaqueta de montar.

—¡Señor Robson! —exclamó casi sin voz—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Lo mismo que usted, imagino.

Siguió con la mirada clavada en él, sin salir de su asombro.

—P… Pero… ¿aquí? —tartamudeó—. Pensé que estaba en Londres.

—He venido al norte a supervisar unos negocios y atar unos cabos sueltos. ¿Está usted bien?

Ella apartó la vista y tendió una mano para acariciar a Florrie.

—Lo siento si mi presencia la incomoda —dijo—. Pensaba que solo venía los lunes. De haberlo sabido, no estaría aquí.

Clarrie entornó los ojos.

—¿Cómo sabe tanto de este lugar?

Él sonrió con el gesto burlón que tan bien conocía ella.

—Porque es mío.

Ella lo miró con la boca abierta, pero en ese momento apareció el mozo de cuadra.

—¿Quiere que le ensille a Paladín, señor?

—Sí, por favor, Tom. ¿Le gustaría venir a cabalgar conmigo, señora Stock?

—¿A lomos del viejo Florrie? —contestó Clarrie—. No, gracias.

—Tome uno de los míos. Tom me ha dicho que le gusta Laurel.

—No sabía —dijo ella ruborizándose— que me estuvieran espiando.

—No se enfade con él —pidió Wesley con gesto divertido—. Es solo que me gusta saber qué se cuece por aquí.

—¿Sabe Daniel Milner que los establos son suyos?

—Claro que sí.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué? Llevamos años haciendo negocios.

—¿El señor Milner y usted? —exclamó ella—. Pero ¡si quiso usted arruinarlo, echarlo del negocio cuando estaba empezando! Desde luego, debe de ser una persona muy indulgente.

Wesley frunció el ceño.

—¿De dónde ha sacado una cosa así?

—El señor Milner era cliente de Herbert. No puede usted negarlo. —Clarrie estaba indignada —. Sé que los demás comerciantes del ramo del té se estaban conchabando contra la Tyneside Tea Company, engañándolo con los precios para arruinarlo. ¡No intente hacerme ver que los Robson no estaban al corriente!

El rostro de él se tensó con gesto de enojo, pero su voz seguía estando calmada cuando dijo:

—No pretendo hacer ver nada. Tenía usted razón al sospechar de los Robson, pues mi tío James fue uno de los principales instigadores.

Clarrie sintió náuseas: aunque siempre había sospechado de su implicación, en el fondo había deseado que le demostrase que se equivocaba.

—Fue un acto vergonzoso. —Lo fulminó con la mirada mientras daba un paso atrás.

—Sí que lo fue. —Wesley la agarró de un brazo—. Por eso le conté a Milner lo que estaba ocurriendo.

Ella se estremeció.

—¿Usted…?

—Sí. Mi tío no quiso que yo estuviese al tanto, pero acabé por averiguarlo. Informé a Daniel de lo que estaba pasando y lo puse en contacto con un agente más fiable. Después de eso, su empresa empezó a prosperar. Lo único que le pedí a cambio fue que nunca revelase a mi tío ni a nadie lo que había hecho.

—Porque no quería matar a su gallina de los huevos de oro.

—Más bien. —La mirada de Wesley se volvió burlona—. No tenía intención alguna de arruinar un futuro venturoso si podía evitarlo.

Ella se sintió incómoda.

—Hizo usted lo correcto —admitió—. Siento haberlo acusado en falso, pero ¿cómo iba yo a saberlo? Al fin y al cabo, sigue usted siendo un Robson.

Wesley dejó escapar una carcajada repentina.

—¡Monte conmigo, Clarrie! Ni siquiera hace falta que hablemos si no quiere, se lo prometo. Conozco muy bien la opinión que tiene de mí y sé que es demasiado tarde como para intentar cambiarla, pero un paseo a caballo nos resultará placentero a ambos. Por favor, solo esta vez.

El deseo de complacerlo era demasiado poderoso como para resistirse. ¿Qué daño podía hacerle? Tal vez no se le fuera a presentar ninguna otra ocasión de cabalgar sobre un purasangre… ni al lado de Wesley. Asintió con la cabeza.

Ensillados los caballos en un periquete, no tardaron en salir del patio con sonido de cascos y enfilar las pistas rurales. Wesley puso rumbo al norte y la llevó colina arriba a través del bosque. Clarrie tenía el corazón desbocado y no pudo menos de recordar la ocasión en la que cabalgaron juntos por las arboledas que rodeaban Belguri. Al volver la vista a aquel tiempo, reparó en la facilidad con que la Clarissa Belhaven joven, impetuosa y apasionada de aquel entonces se había enamorado del apuesto Wesley Robson; ya no podía seguir negando que lo había amado. La arrogancia y el descaro de él le habían resultado exasperantes, pero también cautivadores y sensuales. Se había visto arrastrada hacia él en contra de su propio sentido común.

Cuando salieron del bosque para encontrarse a cielo abierto, Wesley se detuvo a esperarla. Sus rasgos marcados de perfil hicieron que le diese un vuelco el estómago. Seguía teniendo la facultad de hacer que Clarrie lo deseara. Sin embargo, no dejaba de ser el reclutador más implacable de cuantos habían procurado mano de obra para las plantaciones de té de los Robson, ni el mismo hombre que tanto daño había causado a su padre en su afán por apropiarse de Belguri. No debía olvidar las advertencias que contra él había formulado Jock: la pasión que sentía por Wesley seguía siendo para ella un acto de traición contra su difunto padre.

El sol se hizo más intenso y los obligó a detenerse a la orilla de un riachuelo y desmontar después de recorrer un par de kilómetros más. Wesley echó su chaqueta sobre la hierba que

crecía a la sombra de un muro de piedra y la invitó a sentarse. Desde allí vieron beber a los caballos y escucharon en silencio los cantos de las aves. Clarrie sintió la punzada repentina de todo un aluvión de recuerdos.

—¿En qué piensa —señaló Wesley—, que está sonriendo?

—Este lugar ha hecho que me acuerde de un día muy especial de antes de la guerra en el que nos sentamos Will, Johnny y yo ante la pared de una granja. Nos gustaba salir juntos a cabalgar y ponernos a arreglar el mundo.

—Johnny sigue siendo buen amigo suyo, ¿no es cierto? —preguntó él.

—Sí, y cuando estoy con él, me siento más cerca de Will.

Los dos se sumieron en el silencio hasta que Wesley lo rompió:

—El joven Will… —murmuró—. Hablaba muchísimo de usted.

Clarrie tragó saliva.

—¿Ah, sí?

—A todas horas —dijo él con una sonrisa triste—. Cuando los otros se ponían a recordar a sus enamoradas, él solo hablaba de usted. Ellos se burlaban de él llamándola la madrastra malvada. Él la adoraba, ¿sabe?

Ella empezó a sentir que le escocían los ojos.

—Era el joven más dulce que he conocido nunca. Will quería a todo el mundo.

—Pero usted era muy especial para él.

—Lo echo tanto de menos… —susurró Clarrie.

Wesley tendió una mano para tomar la de ella rodeándola con sus dedos cálidos.

—Lo sé. Yo también.

Ella lo miró a los ojos y vio un destello de emoción en su iris verde.

—Es curioso el modo como los juntó el destino en el mismo frente. Cuénteme cómo fue.

Sin soltar su mano, Wesley se puso a hablar del tiempo que sirvió en las trincheras, no de los momentos espantosos de combate, sino de los mundanos y los cotidianos, de los ratos que habían vivido juntos, fumando, bromeando y leyendo cada uno las cartas del otro.

—¿Le leía mis cartas? —preguntó ella desconcertada.

Él sonrió.

—Me temo que sí. Yo, en particular, estaba deseando que llegasen, porque contaba usted muchos más chismes que Bertie o que ninguno de sus amigos.

Ella se ruborizó y le apartó la mano.

—No tenía ningún derecho.

—Es cierto, pero resultaba muy beneficioso para la moral de los combatientes —bromeó.

Clarrie, enojada, se puso en pie mientras hacía por recordar todas las memeces íntimas que debía de haber escrito a Will a fin de entretenerlo. Wesley se levantó de un salto.

—No se enfade —la reprendió tomándola de nuevo de la mano.

—Deberíamos irnos —dijo ella evitando la mirada de él—. No tendría que estar aquí con usted.

—¿Por qué no?

—Usted lo sabe. —Ella pensaba en Henrietta.

Él la hizo girar sobre sí misma para mirarla.

—¿Qué ocurre, Clarrie? No es solo mi presencia lo que la importuna, ¿verdad? En los

establos, estaba usted llorando.

Ella se echó a temblar al sentir las manos de él asiendo las suyas.

—No lo entendería —susurró.

—Dígamelo de todos modos —insistió.

Clarrie tragó saliva.

—La semana pasada vino a visitarme un joven de la India, sobrino nieto de Kamal.

—¿De Kamal, su *jansama*? —exclamó él.

—Sí. ¿Lo recuerda?

—Claro que sí: era el mejor *jansama* que he conocido nunca.

Los ojos de ella se anegaron en lágrimas.

—Pues sigue vivo. Su sobrino nieto Arif hizo un viaje muy largo para encontrarme. Fue como topar con un fantasma de mi pasado. Tenía la sonrisa de Kamal. Antes incluso de que se presentara en el salón de té como de la nada, yo había estado pensando cada vez más en Belguri y en cuánto sigo añorándolo. Olive no piensa lo mismo: eso solo me pasa a mí.

—La India —murmuró Wesley— se le mete a uno en el alma. Todo lo demás resulta soso en comparación.

—¿Usted también lo siente? —preguntó ella buscando su mirada.

Él asintió.

—Hace que sea difícil afincarse en ningún lugar durante mucho tiempo. Yo, sin embargo, pensé que era usted feliz con su salón de té. Will me dijo lo importante que era para usted.

—Y lo es —reconoció ella—. He tenido que luchar tanto por él todos estos años, pero ahora se está recuperando… No voy a dejar que se venga abajo.

Él sonrió.

—Eso me suena más a la actitud combativa que esperaba de una Belhaven.

—¿Y usted? —preguntó—. Ha dicho que tenía cabos sueltos que atar.

—Sí. Me han ofrecido la oportunidad de dirigir una plantación de té nueva en el África Oriental. Parto de Londres el mes que viene.

—¡África! —exclamó ella sin aliento ante la noticia. Aquella reacción suya le causó sorpresa: ¿qué más le daba a ella adónde quisiera ir él?

Wesley, sin embargo, no pasó por alto aquel detalle.

—¿Significa eso que sigo importándole, aunque sea un poco? —la desafió.

A ella se le encendieron las mejillas.

—¿Qué le hace pensar que he sentido alguna vez algo por usted?

Él la atrajo hacia sí y le estudió el rostro.

—¿Va a seguir fingiendo incluso ahora que me voy para siempre? ¡Clarissa, que la conozco! Usted también lo siente, quizá no con tanta fuerza, pero los dos nos deseamos. Aquella vez que nos besamos en Belguri… ¿Me va a decir que lo ha olvidado? Porque yo, desde luego, no he podido.

El corazón de ella latía con fuerza ante el contacto con él, el roce de su aliento en el rostro de ella y la urgencia de su mirada.

—No, no lo he olvidado —musitó.

—Si usted no hubiese sido una terca Belhaven ni yo un Robson —prosiguió él—, podríamos haber sido marido y mujer, pero su padre se aseguró de que eso no ocurriera nunca. Lo único que

se ha interpuesto entre los dos han sido los prejuicios de su padre para conmigo y mi familia, que heredó usted de él y la envenenó también. ¡Admítalo!

—No, no es verdad —protestó ella mientras trataba de zafarse de él—. Yo he tenido ocasión de ver de qué pasta está hecho usted, un ser arrogante resuelto a salirse siempre con la suya sin importar a quién haga daño. Nunca le perdonaré la muerte de Ramsha.

—¿Quién es Ramsha? —le espetó él.

—El hijo preferido de Ama, mi aya —repuso ella—. Contrajo la malaria mientras trabajaba en la Oxford, pero consiguió escapar y su madre lo escondió. Usted lo sabía —lo acusó—, me siguió aquella mañana en Belguri y descubrió así que estábamos ocultando a uno de sus fugitivos.

Wesley la miró anonadado. Ella se sintió enferma de ira.

—¿Es verdad o no? Hizo usted que se lo llevaran…

—¡Basta! —dijo él agitándola—. A mí me daba igual el fugitivo. Sabía que lo más seguro era que estuviesen escondiendo a alguien, pero, francamente, no me importaba. Era usted a quien estaba buscando.

Clarrie lo miró incrédula.

—¿Y quién, sino usted, mandó que lo arrastraran de vuelta a la Oxford? —exigió saber—. Usted tuvo que decir algo.

La soltó para exclamar impaciente:

—¡Santo Dios, Clarissa! Yo no era el único reclutador de la plantación y, además, nunca estuve a favor de contratar a las gentes de las colinas, porque sienten nostalgia enseguida y no obedecen. Siento mucho lo de ese tal Ramsha, pero yo no le dije a nadie dónde estaba.

En el interior de Clarrie había estallado toda una tormenta de emociones. No sabía qué pensar.

—No me cree, ¿verdad? —Arrugó el sobrecejo—. ¿De veras me cree tan insensible y calculador? Con semejante concepto de mí, no me extraña que rechazara la idea de nuestro matrimonio.

Clarrie se encogió ante el desdén de su voz. A él le ardían los ojos.

—Quizás entonces estuviera yo demasiado pagado de mí mismo, pero era joven, estaba recién salido de Inglaterra y estaba deseando demostrar mi valía. De todos modos, nunca he guardado a los Belhaven un resentimiento comparable al que ustedes nos profesaban a nosotros. Siempre me ha gustado juzgar a las personas conforme a la experiencia que tengo de ellas, que fue lo que hice en su caso y en el de su padre. De hecho, no sé si se acordará, pero yo a él le ofrecí mi ayuda.

—¿Su ayuda? —repitió ella en tono mordaz—. ¡Si se burló de cómo dirigía Belguri y a continuación intentó arrebatárselo casándose conmigo!

—Le estaba haciendo un favor —le espetó Wesley—, un favor que personalmente no me beneficiaba en nada, sino todo lo contrario: a mi tío James, mi idea de comprar Belguri le pareció una estupidez. Y la verdad es que la ingratitud con la que me trató usted me convenció de que debía de estar en lo cierto.

—¿Y por qué tenía que estar agradecida? —preguntó ella furiosa—. ¿Porque, después de tratar a mi padre como lo trató, él se encerrase en su habitación y bebiese hasta morir?

Él volvió a tomarla del brazo.

—¿Me ha estado culpando de eso todos estos años? —preguntó él, entre incrédulo y escandalizado—. Su padre ya era antes un hombre destrozado y un borracho.

—¡No es verdad! —Clarrie lo rechazó.

—Lo decían todos los cultivadores de té mucho antes de que apareciese yo —aseveró con brusquedad—. ¿Y sabe qué más decían? Que debía su estado a la pérdida de su hermosa esposa india, pero que tenía también una hija no menos bonita llamada Clarissa que cuidaba de su casa y que era así como él quería que se quedaran las cosas. Para Jock no había nadie lo bastante bueno como para pretendiente de su hija. Quería que Olive y usted fueran solo para él, aunque tal cosa comportara la ruina de su plantación de té.

Clarrie le dio una guantada furiosa en la cara.

—¿Cómo se atreve?

Él le sostuvo la mirada con el rostro tenso y una vena palpitándole en la frente.

—Desde luego, hizo muy buen trabajo al convertirla en esclava del dolor egoísta que él sentía, al hacer que se sintiera culpable por querer estar con alguien que no fuese él.

—¡No! —dijo ella con un grito ahogado.

—Sí —prosiguió él inmisericorde—. Desde entonces ha estado usted huyendo del amor, del amor real y apasionado entre un hombre y una mujer. Ha enterrado usted sus propios sentimientos, Clarissa, para esconderse tras la excusa de tener siempre alguien a quien cuidar: su padre, Olive, Herbert… y hasta Will. La aterra la idea de amar a un hombre con todo el corazón. Cree usted no merecerlo. —Bajó la mirada para contemplarla con un gesto entre airado y compasivo—. En realidad, no me culpa a mí de la muerte de su padre y de la pérdida de Belguri, sino a usted misma. ¿No es así, Clarissa?

Sus palabras le sentaron como un golpe en el estómago. Apretó los dientes para reprimir el llanto que le había asomado a la garganta: no iba a dejar que viese cuánto daño le había hecho.

Estuvieron un largo rato mirándose con expresión furiosa y dolida. ¡Qué cruel era! Sin embargo, lo que tenían de cierto sus palabras hizo que se sintiera mareada. Llevaba años cargando con la culpa de la muerte de su padre como si fuera una losa pesada, tan onerosa, que resultaba un alivio poder culpar en su lugar a Wesley y los Robson.

Casi no podía mirarlo de la vergüenza que le hacía sentir. No obstante, una parte de ella anhelaba que la tomase en brazos y le dijera que ya no importaba ninguna de las antiguas rencillas ni rivalidades. Sin embargo, él, adoptando un ceño feroz, la eludió para dirigirse adonde se hallaba Paladín y, tomándolo de las riendas, lo montó.

—Perdone si no la acompaño de vuelta —dijo apretando la mandíbula—, pero estoy convencido de que preferirá perderme de vista cuanto antes. Siento mucho el daño que haya podido causarle durante todos estos años, Clarissa, pero piense que no es nada comparado con el dolor de corazón que me ha provocado usted.

Dio la vuelta a Paladín y lo espoleó hasta ponerlo al trote. Clarrie lo contempló furiosa y desolada. Se sentía terriblemente vacía y, a un tiempo, maltrecha por la crudeza de la ira que había descargado Wesley contra ella. ¿De veras la había amado todos aquellos años en lugar de considerarla un mero peón de su tablero empresarial o alguien con quien jugar cuando deseaba divertirse? Se agarró los brazos hasta hacerse daño. ¡Que se fuese a África con Henrietta! No tenía derecho a desenterrar sentimientos tan hondos en el momento de partir. ¡Ningún derecho! Demasiado tarde.

Temblando y sintiéndose despreciable, se obligó a subir a lomos de Laurel, pero, en lugar de regresar a los establos, se dirigió más al oeste. Era tarde y empezaba a oscurecer cuando regresó al fin a Wylam. Tom salió a su encuentro.

—El señor Robson me ha dicho que la espere hasta su regreso —la informó.

El corazón volvió a latirle con fuerza.

—¿Está aún aquí?

—No, señora. Se ha ido y ya no vendrá más —dijo él con gesto triste—. Pasado mañana vuelve a Londres.

Capítulo 39

Aquella noche, extenuada y afligida, se desahogó con Lexy.

—¡En qué estado vienes, muchacha! —dijo esta preocupada—. Anda, cuéntame qué te ha pasado.

Clarrie le refirió el encuentro con Wesley, que la había dejado perturbada en lo más hondo, y las rencillas familiares de los Robson y los Belhaven, exacerbadas por la muerte de su padre.

—Siempre he culpado a Wesley —admitió Clarrie—, aunque lo más probable es que mi padre hubiese fallecido de todos modos y que la plantación de té se hubiera arruinado igualmente. A pesar de todo, yo preferí tenerlo por el peor hombre del mundo.

—Puede que tuvieras todo el derecho del mundo a pensar eso —respondió Lexy—. Tú nunca has confiado en sus negocios, ¿verdad? Además, es familia de esa señoritinga estirada de Verity.

Clarrie parecía incómoda.

—Sin embargo, he sido demasiado dura. Lo he juzgado mal en aspectos muy importantes.

—¿Como cuáles?

—Estaba convencida de que era él quien había intentado sacar al señor Milner del negocio del té en los primeros tiempos de la empresa y resulta que fue uno de los que lo previno y lo ayudó a superar el bache.

Lexy soltó un suspiro.

—Sea como sea, no tiene sentido desear algo que no puedes tener. Por lo que me has dicho, él se va a ir a África con su señora, así que más te vale pasar página. —Su amiga le dio unos golpecitos en el hombro—. Nunca sabes si al final vas a tener delante de las narices a la persona con la que vas a ser feliz, como me ha pasado a mí con Jared o como puede pasarte a ti, por ejemplo, con Johnny, el médico guapetón.

Clarrie no tenía ninguna intención de seguir conversando. Dejó que Lexy le hiciera un té y la acostara.

—Mañana, no te levantes temprano —le aconsejó la camarera.

Clarrie durmió hasta tarde y sin soñar nada. Se despertó al oír voces amortiguadas que acudieron a la deriva hasta su conciencia como si estuviera sumergida en el agua y la llevaron a la superficie. Parpadeó y se incorporó en la cama. El sol brillaba ya con fuerza y las voces de la escalera llegaban con más nitidez.

—¡Que no puede subir! —protestó Lexy—. No se encuentra bien.

—Tengo que verla. Se trata de una cuestión de gran importancia —dijo una voz femenina en

tono lastimero.

—Espere abajo, que iré a llamarla.

—No, no, no puedo dejarme ver en público —espetó la mujer, que por el tono parecía Verity.

Clarrie salió de la cama con cierta dificultad y sintiéndose mareada.

—Pues no va a tener más remedio —concluyó Lexy en tono firme—. Tómese una taza de té mientras espera.

—¡No quiero té!

Las voces se hicieron de nuevo más tenues cuando Lexy condujo a la mujer abajo. Cuando regresó su amiga, Clarrie se había vestido ya y se estaba recogiendo el pelo.

—Es Verity —confirmó Lexy—. No quiere decirme a qué ha venido, pero está muy alterada.

Clarrie la encontró sentada en tensión detrás de una de las plantas mientras trataba de pasar inadvertida. Paró mientes en que era la primera vez que la esposa de Bertie se acercaba siquiera al salón de té.

—No puedo hablar contigo aquí —le aseguró en un susurro—. ¿No tienes un rincón más discreto?

La condujo al local contiguo y la invitó a entrar en una de las salas de reuniones vacías, donde tomaron asiento en torno a la mesa.

—¿Cómo están los mellizos? —quiso saber Clarrie.

—Nos están costando una fortuna —respondió ella con aire distraído—, pero te puedes imaginar que no he venido aquí a cotorrear.

—Pues la verdad es que no se me ocurre a qué has podido venir. Cuéntame, por favor.

Verity se retorció las manos en el regazo.

—Lo siento, estoy un poco nerviosa.

—Deja que te pida una taza de té —propuso Clarrie.

—¡Té! —La otra soltó un suspiro impaciente—. Esa ha sido siempre tu respuesta para todo, ¿no?

Clarrie la miró de hito en hito.

—Si no has venido a charlar ni a disfrutar de las excelencias de mi té, ¿qué es lo que quieres, Verity?

—No habría venido si… Mmm… No sé a quién más puedo acudir —dijo angustiada mientras evitaba la mirada de su interlocutora—. La situación es un poco desesperada.

—¿Desesperada?

—Seguro que has oído los rumores que corren acerca de nuestras recientes dificultades.

—Tengo entendido que estáis viviendo en South Gosforth y que Bertie ha estado perdiendo dinero —reconoció.

—¿Perdiendo dinero? —exclamó Verity—. ¡Lo ha tirado a la basura! Primero, el suyo y, luego, el mío. Clive ya no le piensa dejar un solo penique. Hemos tenido que vender Tankerville y Summerhill y seguimos teniendo deudas que saldar. ¡Vamos de cabeza a la ruina!

—¿Se ha gastado toda la herencia de Herbert? —preguntó Clarrie pasmada.

Verity lo confirmó con un movimiento de cabeza y añadió:

—Y mucho más.

Ella pensó en todo lo que podría haber hecho con solo una fracción de los ingresos de ellos cuando el salón de té estaba a un paso de tener que cerrar y, aunque no perdió la calma, tampoco

se anduvo con ambages cuando dijo:

—Me da la impresión de que tu marido va a tener que dejar de recurrir al dinero de los demás y conformarse de nuevo con ganarse la vida trabajando.

Verity la miró de soslayo.

—Ojalá fuese tan sencillo —repuso con voz ronca—. Si se hubiera ceñido a la abogacía…, pero parece que se ha dedicado a invertir de forma muy poco prudente el dinero de los clientes, incluido mi hermano, y ahora todos han perdido la confianza en él. —Bajó la voz hasta reducirla a un murmullo—. Puede ser incluso que lo suspendan y no le permitan volver a ejercer nunca. ¡Estoy tan asustada…! —Se cubrió el rostro con las manos enguantadas y comenzó a sollozar sin lágrimas.

Clarrie no sabía qué hacer. Era la primera vez en su vida que sentía una punzada de lástima por Verity. No quiso imaginar lo que debía de ser vivir con el jactancioso de Bertie, que había dilapidado jugando codiciosamente con el dinero de otros la herencia y el buen nombre que con tanto esmero había construido su padre. Sin embargo, tanto él como ella se lo habían buscado al gastar sin tasa y eran los pobres mellizos quienes más iban a tener que sufrir.

—Siento que Bertie haya sido tan imprudente —dijo—, pero no acabo de ver cómo puedo ayudaros.

—Podrías prestarnos dinero. —Verity alzó la mirada con gesto implorante.

La de Clarrie fue una risotada muy breve.

—No me sobra nada. Bertie me arrebató hace mucho lo que era mío. ¿Te acuerdas?

—Todo no, tienes el salón de té. Puedes usarlo de aval para pedir dinero al banco.

—El Herbert’s Tea Rooms no es mío —dijo exasperada—. Bertie me lo quitó y lo vendió. Pertenece a una compañía llamada Stable Trading que creó Will para que pudiera tener siempre un medio de vida. Se aseguró de que tu marido no pudiera volver a echarle la zarpa al local.

Verity la miró con un gesto extraño, mitad temeroso, mitad triunfante. Rebuscó en su bolso y sacó una carta.

—No, eso no ocurrió exactamente como tú piensas —afirmó tendiéndole el escrito—. Esto estaba en la caja de los efectos personales de Will. Hicimos mal al no dártelo, pero yo estaba convencida de que a estas alturas habrías averiguado la verdad.

Clarrie se estremeció al reconocer la caligrafía de Will y ver que habían abierto el sobre a pesar de que estaba dirigido a ella. Con manos temblorosas, sacó la carta y vio que estaba redactada con letra débil pero inconfundible. El remitente la había escrito en el hospital de campaña.

> Queridísima Clarrie:
> Aunque me encuentro ingresado por causa de una herida muy poco oportuna en la pierna, no debes preocuparte, ya que estoy convencido de que todo va a salir a pedir de boca. La mala noticia es que eso significa que tardaré en volver a casa más de lo que pensaba y que, por lo tanto, tendrás que tener más rato en hielo el champán que te pedí.
>
> El tiempo de reposo que llevo aquí me ha dado ocasión para pensar. Tengo algo que confesarte y creo que lo mejor es revelarlo cuanto antes,

por si acaso. No he sido del todo sincero contigo en lo que se refiere a la compra del salón de té ni a la naturaleza de la Stable Trading. La empresa se constituyó con la ayuda de un amigo mío que, sin embargo, me temo que no lo es tuyo.

Sin embargo, querida Clarrie, tienes que saber que ese hombre ha sido un buen amigo mío durante todos estos meses últimos y se ha convertido en uno de los mejores que haya tenido nunca. Cuando le hablé de tu situación, fue él quien procuró los fondos necesarios para comprar el Herbert's Tea Rooms, pues era el único que podía disponer de ese dinero en un plazo tan breve. Yo no tenía tal cantidad. No obstante, insistió en que no te dijera nada por la mala relación que habéis tenido en el pasado. Temía que te sintieras resentida y en deuda con él. Llevó a cabo todas las gestiones necesarias durante su último permiso y puso el establecimiento a tu nombre para que goces de la independencia y los medios necesarios para ganarte la vida pase lo que pase.

Sé que se va a poner furioso cuando averigüe que te lo he contado, pero creo que tenías que saberlo, aunque sea solo por la posibilidad de que reconsideres la mala opinión que tienes de este leal amigo mío.

¿Me perdonas, Clarrie, por haberte engañado? Eso espero de todo corazón. Sé que el momento en que volvamos a vernos será tan dichoso que tu enfado no puede durar mucho. Ojalá estuvieras aquí para hacer de Florence Nightingale en lugar de la estricta jefa de enfermería que nos ha tocado en suerte y que ni siquiera me deja cantar una vez que se apagan las luces.

A estas alturas habrás imaginado que el amigo del que te hablo es Wesley Robson. Espero que con el tiempo seas capaz de enterrar la animosidad a que dio origen la trágica muerte de tu padre. En la vida hay veces que desearíamos haber hecho las cosas de otro modo y me consta que Wesley se arrepiente en gran medida de la inmadurez de que dio muestras la primera vez que estuvo en la India. Te tiene en alta estima y, creo, te profesa un gran afecto. De lo contrario, ¿por qué iba a estar pidiéndome a todas horas que le hable de ti? Para mí sería una noticia espléndida que pudieseis volver a ser amigos a mi regreso.

No sabes, Clarrie, lo que anhelo ese día. No pienso en otra cosa que en volver cuanto antes a casa, a ti y a la familia, a Newcastle y a mis queridos amigos. Hasta entonces, recibe todo el amor de,

Will

Apretando bien la carta entre los dedos, Clarrie dejó escapar un gemido suave. ¡Querido, queridísimo Will! Era como recibir un mensaje suyo desde más allá de la tumba, siendo así que las palabras de afecto habían invocado la presencia irrefrenable de su hijastro. ¿Y lo que anunciaban esas palabras? Había sido Wesley, y no Will, quien había librado del desastre el

salón, quien había asegurado su propia subsistencia y su cordura. Y es que, de haber vuelto a perder su hogar en aquel momento aciago, bien podría haber optado por rendirse de manera definitiva. De haberlo sabido antes, no se le habría ocurrido reñir de forma tan vehemente con él ni decirle cosas tan hirientes la víspera.

—¿Y bien? —preguntó Verity con una sonrisa nerviosa.

—¿Vosotros lo sabíais?

—Naturalmente —repuso ruborizándose—, tuvimos que revisar todas sus pertenencias.

Clarrie sintió que la indignación empezaba a vencer la conmoción que le había provocado lo que acababa de saber.

—Le imploré a Bertie que me diera algo de Will a modo de recuerdo y ni siquiera tuvisteis la decencia de entregarme la carta que me escribió a mí. ¡Su última carta!

—Lo siento. Ahora veo que no estuvo bien —dijo atropelladamente—, pero yo imaginé que no tardarías en saberlo de todos modos. No me creo que Wesley Robson haya sido capaz de resistirse a hablarte de un gesto suyo tan magnánimo, sobre todo teniendo en cuenta que ha estado aquí recientemente para ocuparse de unos asuntos antes de marcharse al extranjero.

Clarrie la miró fijamente.

—¿También le habéis pedido dinero a él?

—Al fin y al cabo, es de la familia… —se defendió—. Pensamos que, si te sacó a ti del apuro cuando tú no le tocas nada, bien podía hacer lo mismo con nosotros.

—¿Y no lo hizo?

Verity parecía estar al borde de las lágrimas.

—Estuvo muy ofensivo. Le dijo a Bertie que se portara como un hombre y se buscara un empleo honrado. ¡Como si él fuera un obrero!

A Clarrie no le costaba imaginar la mirada de desdén de Wesley.

—¿Sabe Bertie que estás aquí?

Verity asintió muda.

—Como es demasiado cobarde para venir en persona —concluyó Clarrie, incapaz de ocultar su revulsión—, manda a su esposa para que suplique en su nombre.

La expresión implorante de la aludida resultaba grotesca.

—Clarrie, te lo pido por el bien de los mellizos. Tienes que ayudar a Bertie. ¡Por favor!

Ella tragó bilis. Tenía ante sí a la mujer que se había burlado de ella y la había humillado en Summerhill, condenándola al ostracismo por casarse con Herbert y apoyando a Bertie cuando este le arrebató el negocio que con tanto esfuerzo había levantado. ¡Y había venido a rogarle que le brindase apoyo económico, a humillarse a cambio de ayuda! Sintió que se despertaba en su interior una gran sed de venganza. ¡Qué bien sentaba tener al fin poder sobre aquella pareja odiosa!

Entonces pensó en Vernon y en la vivaracha Josephine. Los nietos de Herbert no merecían que los castigasen por los pecados de sus padres. Clarrie estudió un largo rato el rostro manchado de lágrimas de Verity.

—Está bien —dijo al fin—. Voy a hacer lo siguiente por vosotros: cuando el salón de té empiece a ofrecer de nuevo beneficios razonables, pondré una parte en un fondo fiduciario para los mellizos hasta que alcancen la mayoría de edad.

El semblante de Verity se iluminó.

—¿Un fondo fiduciario?

—Pero con la condición —le advirtió— de que ni Bertie ni tú podáis tomar ni un penique de él para uso personal.

Verity frunció el ceño.

—Wesley tenía razón al dar a entender que tu marido debería buscar trabajo. Si está dispuesto a esforzarse, puedo buscarle un empleo en el salón de té. Esa es mi oferta.

Verity contrajo el rostro con gesto asqueado.

—¿Trabajar aquí? ¿Con esta gente?

—Mi gente es la mejor del mundo —dijo Clarrie poniéndose en pie—. Ve a casa y dile a Bertie que en el Herbert's Tea Rooms hay trabajo honrado para él, pero que no le voy a prestar ni un penique más. ¡Bastante dinero mío ha despilfarrado ya!

Verity se levantó furiosa.

—Me siento sucia solo de venir a este lugar para pedirte ayuda. Me da igual lo endeudados que estemos: jamás voy a permitir que mi marido se rebaje a venir a trabajar en tu tetería de tres al cuarto.

Clarrie, sin esperar a que saliera, se dirigió primero a la puerta.

—En ese caso, adiós, Verity. Confío en que sepas encontrar la salida tú sola.

A continuación, echó a correr escaleras arriba y, en el apartamento, se hizo con el abrigo y el sombrero antes de gritar a la atónita Lexy:

—Tengo que ir a ver a alguien con urgencia. ¡Volveré en cuanto haya acabado!

Subió de un salto a un tranvía que la llevó a la ciudad y luego apretó el paso por la empinada Dean Street hasta el muelle en que tenían los Robson las oficinas de sus diversas empresas. Tomando el ascensor hasta la planta tercera, preguntó por Wesley a uno de los empleados del primer despacho.

—Ya no está aquí, señora —le informó—. Si desea hablar con alguien más…

—No, gracias. ¿Dónde puedo encontrarlo? —preguntó impaciente.

El hombre arrugó la frente.

—Se ha estado alojando en casa de su primo, pero lo más seguro es que ya haya salido hacia Londres.

—¿Hoy? —dijo alarmada—. Pensaba que estaría aquí hasta mañana.

—Ayer a última hora cambió de planes —le indicó él—. Si le he de ser sincero, me dio la impresión de que estaba deseando salir de aquí.

—¿Tiene usted el número de teléfono de su primo? —preguntó desesperada Clarrie. Ante la respuesta afirmativa del empleado, añadió—: ¿Le importaría llamar para ver si sigue allí? Por favor.

Él la miró con recelo, pero hizo lo que le pedía. El corazón parecía querer salírsele del pecho mientras observaba y esperaba. Lo único que deseaba era una última ocasión de hacer las paces con Wesley y reconocer ante él que había hecho mal al estar enfadada con él todos aquellos años.

El operador dio línea al empleado, que preguntó por Wesley.

—Ya. De acuerdo. Un segundo solo. —Miró a Clarrie y le anunció—: Ha salido ya hacia la estación, pero, si es necesario, pueden transmitirle el mensaje que desee.

El estómago se le encogió por la decepción. Dijo que no con la cabeza.

—No es necesario, muchas gracias —transmitió el empleado antes de colgar.

Ella agradeció su ayuda y salió sin pausa al rellano y bajó corriendo las escaleras en lugar de esperar el ascensor. Con igual premura recorrió el muelle, que hervía de actividad, y esquivó carros de caballos, vehículos de motor y los barriles que hacían rodar los repartidores para enfilar la pendiente que acababa por desembocar en la estación… y detenerse sin resuello a mitad de camino.

—¡Clarrie! —gritó una voz masculina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

A su lado vio una carreta de té y, a las riendas, a Jack.

—Tengo que llegar a la estación —logró decir.

—Pues tienes suerte de que vaya a recoger un envío —dijo él sonriendo—. Sube, mujer, que te llevo.

Mientras trotaban con brío por las calles en dirección a la estación central, Clarrie lo puso al corriente de la visita de Verity, la carta de Will y la injusticia que había cometido con Wesley durante todo aquel tiempo.

—Lo único que espero es poder aclarar las cosas entre nosotros antes de que parta a África.

Jack hizo un gesto de asentimiento.

—Nuestra Olive ha dicho siempre que te tenías que haber casado con él cuando estabais en la India, pero, en ese caso yo no habría conocido nunca a mi mujercita, ¿no es verdad? —Detuvo el carro al lado del soportal de piedra y la ayudó a apearse—. Suerte. Ojalá lo encuentres.

Un guardia la informó de que el próximo tren a Londres salía de allí a diez minutos desde el andén número 4 y le indicó la ubicación señalando por encima del puente. Ella compró un billete para acceder al apeadero y corrió hacia allí con tanta rapidez como le permitieron las piernas. El tren había llegado ya a la estación y los maleteros se afanaban ya en transportar equipajes. Buscó a Wesley entre el gentío de pasajeros. Alarmada, cayó de pronto en que bien podía estar acompañado de Henrietta. ¿O no había dicho en una ocasión que le encantaba visitar el norte? Empezó a vacilar y su valor se vino abajo. Ya era demasiado tarde: lo único que iba a conseguir si lo encontraba sería hacer el ridículo en aquel andén lleno de viajeros.

—¿Clarissa? —preguntó una voz que conocía bien.

Giró sobre sus talones. Solo había una persona que seguía llamándola así. Allí estaba Wesley, asomado a la puerta de uno de los vagones. Echó a correr hacia él, pero se vio abrumada por la contemplación de su rostro apuesto y ceñudo. La garganta se le cerró de la emoción y fue incapaz de articular palabra. Él se apeó.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo malo?

Ella negó con la cabeza y sintió que las lágrimas le afloraban a los ojos ante la preocupación de él. Wesley la tomó del brazo y la apartó del paso de los circunstantes. Miró a su alrededor y señaló hacia la salita de espera. Entraron y Wesley, viendo que estaba vacía, cerró la puerta tras ellos.

—Dígame. —Se había colocado cerca de ella, aunque no en contacto directo.

Ella le habló de la visita de Verity y de la carta.

—Conque ya sé lo de la Stable Trading —concluyó con voz ronca—. Fue usted quien salvó el salón de té.

—Ya —dijo con aire severo.

—¿Por qué no me lo contó?

—Porque sé bien lo orgullosa que es usted —repuso— y que habría preferido tirarme el

dinero a la cara.

Ella se puso colorada.

—Tal vez sí —reconoció—, pero Will quería que lo supiese. Quería que cambiara de opinión sobre usted y que fuésemos amigos.

Wesley la miró con escepticismo.

—O sea, que hace esto por respeto a la memoria de Will.

—No solo por eso —insistió ella—. Quería decirle que lo siento. —Al ver que él no respondía, prosiguió—: Siento mucho haberlo juzgado mal y haberlo culpado de los problemas de mi familia. Mi padre se equivocaba sobre usted, Wesley, por completo. Trabó amistad con Will y me ayudó sin esperar nunca nada a cambio. Esos no son los actos de un hombre inflexible y egoísta, sino de uno amable y generoso. —Le sostuvo la mirada—. Quería darle las gracias y poner las cosas en su lugar antes de su partida.

—¡Oh, Clarissa! —Él dejó escapar un suspiro prolongado con el rostro compungido—. ¿Por qué hemos pasado tanto tiempo enfrentados? Prohibí a Will que le dijera la verdad sobre la Stable Trading porque no quería que se sintiera, en modo alguno, en deuda conmigo. Si sentía algo por mí, quería que fuera por lo que soy y no por ninguna necesidad económica. En eso me equivoqué de medio a medio al principio al hablarle de matrimonio como si fuera una transacción comercial destinada a salvar Belguri, en lugar de como lo que era en realidad.

—¿Y qué era? —preguntó ella con cierta angustia.

—Una oferta de amor —dijo él con un brillo en los ojos.

A Clarrie le dio un vuelco el corazón. Lamentaba profundamente haber aguardado tanto.

—No ha sido solo culpa suya —susurró—. Yo estaba demasiado ofuscada para admitir lo que sentía por usted.

La mirada de él se intensificó.

—Entonces, ¿estaba en lo cierto? ¿Siente algo por mí?

Ella asintió y apartó la mirada.

—Mucho —musitó. Tan doloroso le resultaba tener que separarse de él que deseaba que acabase cuanto antes—. No debería perder el tren, que va a salir de un momento a otro. —Se apartó de él y lo rebasó para que no viese las lágrimas que apenas lograban contener las pestañas —. Espero que les sonría la suerte en el África Oriental, Wesley —dijo con voz tan serena como le fue posible—, a usted y a su esposa.

Él le asió el brazo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó estudiándole el rostro—. ¿Piensa usted que estoy casado?

—S… Sí —farfulló—. Con la señora Lister-Brown, ¿no?

Él soltó un suspiro impaciente y negó con la cabeza.

—Nunca llegué a casarme con Henrietta. Estuvimos prometidos mucho tiempo, pero yo no dejaba de postergarlo. Al final, puse fin al compromiso al regresar de Francia.

—Entiendo. —Clarrie estaba desconcertada.

—No, creo que no lo entiende. —Inclinándose para quedar más cerca de ella, se explicó—: Me di cuenta de que nunca iba a poder casarme con ella porque seguía enamorado de usted.

A ella empezó a latirle con fuerza el corazón.

—Su presencia en las honras fúnebres me hizo reparar en la fuerza de lo que siento por usted. Al verla con aquel médico joven me invadieron unos celos terribles.

—¿Con Johnny? —preguntó anonadada—. Es solo un amigo de Will.

—Entonces, ¿no hay nada entre ustedes? —exigió saber.

—Nada. —La mirada de él hacía que se sintiera débil.

Wesley la tomó por los brazos.

—Clarissa, contéstame con el corazón en la mano. ¿Crees que podrás amarme? Ahora que sabemos que no hay nadie más que se interponga en nuestro camino, ¿podríamos volver a ser amigos y, con el tiempo, quizá, llegar a ser algo más?

Ella se estremeció.

—Sí, claro. —Sonrió—. Yo todavía te quiero, Wesley.

—¿De verdad? —preguntó él con incredulidad.

—Siempre te he querido —reconoció—. Llevo años luchando contra lo que siento por ti, tratando en vano de odiarte. Ayer, después de tu partida, me di cuenta de lo enamorada que estoy aún de ti. Sin embargo, pensé que era ya demasiado tarde, porque había dado por supuesto que estabas casado. ¡No sabes lo feliz que me hace saber que no es así!

Él, embriagado por la sensación de alivio, la atrajo hacia sus brazos, se inclinó hacia ella y la besó con ansia. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y respondió a su beso.

En ese instante se abrió la puerta que tenían detrás.

—El tren está a punto de partir, señor —le avisó un maletero.

Se separaron, aunque sus miradas siguieron entrelazadas unos segundos más. Wesley sacó entonces una corona del bolsillo y se la lanzó al hombre.

—Saque mi equipaje del tren, por favor —le pidió—. No voy a ninguna parte.

Clarrie rio al ver al maletero retirarse estupefacto.

—¿Qué piensas hacer?

—Eso depende de ti —afirmó Wesley—, de si quieres venir conmigo a África o a Londres, si prefieres que me quede aquí o si deseas que volvamos a la India. ¡Me da igual! Quiero que vayamos allí donde pueda hacerte feliz.

El corazón de ella latía con fuerza. ¿Podría volver por fin a Belguri? Daba la impresión de que con Wesley todo era posible. Mientras contemplaba su rostro, sensual y lleno de vida, reparó en que la añoranza que sentía por su antiguo hogar había estado ligada en gran medida al deseo que sentía por él, por más que lo hubiese reprimido.

—A mí también me da igual —dijo apasionada— siempre que estemos juntos. ¡No quiero volver a separarme de ti nunca más!

Wesley dejó escapar un gruñido de placer. Tomó el rostro de ella entre sus manos.

—Demuéstrame que no estoy soñando —pidió riendo.

Ella sonrió con dulzura.

—En ese caso, bésame.

Jubilosos, se abrazaron anhelantes, apasionados, impacientes por compensar todos aquellos años de separación. Por las mejillas de Clarrie corrieron lágrimas de felicidad. El último deseo de Will, verlos a ambos reunidos, se había cumplido al fin.

Breve glosario de términos angloindios

chowkidar: vigilante nocturno, guarda.
doli: silla de mano improvisada de bambú.
ghat: embarcadero.
jansama: mayordomo.
memsahib: dama (forma femenina de *sahib*).
mohurer: contable jefe.
puya: plegaria o rito.
sahib: señor.
sola topi: salacot, sombrero tropical para protegerse del sol.
swami: asceta, santón.
tanga: tartana.